

ARQUEOLOGÍA EN EL ÁREA INTERMEDIA

Victor González Fernández

Compilador

Colección

Perspectivas Arqueológicas

INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ARQUEOLOGÍA EN EL ÁREA INTERMEDIA

ARQUEOLOGÍA EN EL ÁREA INTERMEDIA

Autores:

Anthony J. Ranere
Carl Henrik Langebaek
Ernesto Salazar
Francisco Corrales Ulloa
Hope Henderson
John W. Hoopes
L. Antonio Curet
Rafael Gassón
Robert D. Drennan
Santiago Mora
Tamara L. Bray

Traductores:

Cristóbal Gnecco
Víctor González Fernández

Compilador:

Víctor González Fernández

Arqueología en el Área Intermedia / Víctor González Fernández, compilador.--
Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2011,
448 p., il., fotografías (Perspectivas arqueológicas)

978-958-8181-79-0

1. Arqueología – América Latina.-- 2..Arqueología – Costa Rica.-- 3. Arqueología – Panamá.-- 4. Arqueología – Colombia.-- 5. Arqueología – Venezuela.--
6. Arqueología – Ecuador.-- 7. Evolución cultural. – 8. Cacicazgos.-- 9. Chibchas.

CDD 930.1



Fabián Sanabria Sánchez
Director general

Víctor González Fernández
Compilador

Mabel Paola López Jerez
Responsable de Publicaciones

Bibiana Castro Ramírez
Asistente de Publicaciones

Andrés Cote
Corrección de textos

Clara Milena García Loaiza
Diseño y diagramación

Primera edición, enero de 2012
ISBN 978-958-8181-79-0

©Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2011
Calle 12 No. 2-41
Teléfono: (57 1) 5619300
Bogotá, D. C., Colombia
www.icanh.gov.co

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, por ningún medio inventado o por inventarse, sin permiso previo por escrito del ICANH.

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia,
carrera 66 No. 24-09, Bogotá D. C.



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

CONTENIDO

Presentación

11-14

I

La historia profunda de Costa Rica

Francisco Corrales Ulloa

15-60

Hacia la definición de una región histórica.....	17
Los cazadores-recolectores paleoindios (10000-8/7000 a. C.).....	19
El Arcaico Tropical (7000-2000 a. C.).....	22
Los agricultores tempranos (2000-300 a. C.).....	24
Inicios de la sociedad cacical (300 a. C.-300 d. C.).....	28
La sociedad cacical (300-800 d. C.).....	35
Cacicazgos tardíos (800-1500 d. C.).....	42
Comentario final.....	49
Referencias.....	51

II

Panamá: una perspectiva prehispánica

Anthony J. Ranere

61-104

Introducción.....	61
Descripción física.....	62
Breve historia de las investigaciones arqueológicas.....	63
Período Paleoindio (¿? -10000 ¹⁴ C AP).....	64
Período Precerámico Temprano (10000-7000 ¹⁴ C AP).....	70
Período Precerámico Tardío (7000-4500 ¹⁴ C AP).....	73
Período Cerámico Temprano (4500-2500 ¹⁴ C AP).....	78
Período Cerámico Medio (2500-1250 ¹⁴ C AP).....	80
Período Cerámico Tardío (1250-450 ¹⁴ C AP).....	83
Tendencias de larga duración en la prehistoria de Panamá.....	85
Cambios en la historia de los asentamientos: un estudio de caso de la cuenca del río Santa María.....	88
Discusión.....	92
Referencias.....	94

III
Historia social y política del Caribe antiguo
L. Antonio Curet

105-144

Introducción.....	105
Historia cultural: conceptos y premisas.....	106
Período I: las culturas arcaicas o precerámicas.....	110
Período II: la serie Saladoide y el complejo La Hueca.....	113
Período III: “criollización” y diversificación de las culturas caribeñas	118
Período IV: prehistoria tardía	122
Resumen.....	125
Procesos sociales y diversidad sociocultural en la historia antigua del Caribe	125
El Caribe y el Área Intermedia	127
Conclusión.....	133
Agradecimientos.....	133
Referencias.....	134

IV
Arqueología de Venezuela: área en (de)construcción

Rafael Gassón

145-221

Introducción.....	145
El contexto geográfico	147
La cuenca del lago de Maracaibo	147
El noroeste.....	152
Los Andes.....	158
El lago de Valencia y su área de influencia	163
Los llanos.....	168
El Alto Orinoco	174
El Orinoco Medio	179
El oriente	184
El Bajo Orinoco.....	189
Discusión.....	195
Conclusión.....	203
Agradecimientos.....	204
Referencias.....	205

V
Preguntas sin respuestas y cuestiones sin preguntas:
algunas notas sobre los procesos de ocupación humana
en la Colombia prehispánica

Carl Henrik Langebaek

223-282

Antecedentes y marco conceptual	223
Primeras ocupaciones	226
Los primeros agricultores	234
Desarrollo de sociedades desiguales	239
Conclusiones	261
Agradecimientos.....	264
Referencias.....	265

VI
Panorama de la arqueología ecuatoriana a inicios del siglo XXI

Ernesto Salazar

283-311

Introducción.....	283
De la periodización.....	283
La investigación sobre cazadores-recolectores.....	284
El período Formativo.....	286
Agricultura y animales domésticos.....	288
El intercambio regional.....	291
Las sociedades complejas.....	293
Iconografía precolombina.....	297
Arqueología de rescate.....	298
Palabras finales.....	300
Referencias.....	302

VII
El noroeste amazónico y su pasado

Santiago Mora

313-336

Primeros pobladores.....	316
Ocupación humana y adaptación temprana en el noroeste amazónico.....	317
Agricultura y sociedad: las transformaciones.....	320
Referencias.....	327

VIII
**El papel de la coca en la interacción macrorregional
en el Área Intermedia y más allá**

Tamara L. Bray

337-366

Investigaciones macrorregionales en arqueología.....	338
Modelo del archipiélago vertical.....	339
Modelos alternativos.....	339
Productos de intercambio interzonal.....	340
Producción de coca en el mundo andino.....	342
Organización económica de la producción de coca.....	344
Los dueños de los cocalos.....	348
La ideología de la coca.....	349
Arqueología de la producción de coca.....	352
Discusión.....	355
Referencias.....	357

IX

**Culturas chibchas del litoral caribeño:
exploración de las conexiones precolombinas entre Colombia y Costa Rica**

John W. Hoopes

367-412

Introducción.....	367
Influencia suramericana en Costa Rica y viceversa: una visión histórica.....	373
Influencia colombiana en Costa Rica.....	377
Migraciones de Costa Rica a Colombia.....	378
Conexiones tempranas (1-500 d. C.).....	380
Los orígenes de Tairona - Nahuange.....	382
Los pendientes alados.....	387
Los orígenes colombianos de las tumbas de cajón de piedra costarricenses.....	390
Las conexiones del período Tardío (500-1500 d. C.).....	392
Asentamientos del período Tardío en Santa Marta y Costa Rica.....	394
Conclusión.....	398
Direcciones para la investigación futura.....	401
Referencias.....	403

X

**El Área Intermedia, el cacicazgo y la investigación
de la dinámica del cambio social**

Robert D. Drennan

413-419

XI

¿Adónde van las áreas culturales?

Hope Henderson

421-440

Antecedentes históricos y refutaciones.....	422
Reformulación de "Mesoamérica" para explicar el surgimiento y la articulación de las macrorregiones.....	425
Variación en las prácticas de las unidades domésticas en K'axob, Belice.....	428
Conclusiones.....	434
Agradecimientos.....	435
Referencias.....	436

PRESENTACIÓN

Este libro tiene la intención de romper el aislamiento tradicional de los arqueólogos que trabajan en un área de América y de tender puentes de comunicación que permitan superar el lamentable desconocimiento reinante entre los practicantes de la disciplina en cada país y región.

El concepto de Área Intermedia tiene hoy tantos detractores como apologistas. Los criterios establecidos por Gordon Willey (1959, 1971) para la configuración de las áreas culturales estuvieron basados en la presencia o ausencia de horizontes estilísticos. El término Área Intermedia apareció como útil por la carencia en la zona de algo presente en Mesoamérica y en los Andes Centrales: los horizontes integradores. Esta ausencia, sin embargo, no parece haber preocupado mucho a los arqueólogos del área. Aunque Gerardo Reichel-Dolmatoff se preguntó sobre ella y la atribuyó a dificultades geográficas, no se ha vuelto un programa de investigación y ha quedado pobremente explicada.

Cuando los arqueólogos logran superar barreras arbitrarias como los límites entre los países y la barrera mental del Darién, empiezan además a emerger relaciones intersociales antes insospechadas por simple falta de comunicación y por el sentido de aislamiento y de marginalidad que confiere no poderse clasificar como parte de ningún área nuclear. El Área Intermedia, incluidas aquí el Área Circuncaribe y la cuenca amazónica, aparece entonces hoy como una herramienta útil para estimular entre las comunidades académicas de nuestros países una colaboración que rompa la incomunicación tradicional y que sirva de partida para la investigación de las relaciones intersociales extrarregionales, que desbordan, con mucho, la arbitrariedad de las fronteras actuales.

El concepto ha sido atacado porque solamente define por oposición, porque enmarca o separa un área que existe solo por no ser Mesoamérica ni Andes Centrales. Richard Cooke ha hablado de un Área Macro Chibcha, y Óscar Fonseca de un Área Chibchoide, con la premisa de que las lenguas de la región pertenecieron a la misma familia y de que esa pertenencia debe implicar otros tipos de homogeneidad. La profundidad de esa familiaridad en lenguas es desconocida y, en cualquier caso, parece no haber cubierto toda el área (solo la Baja América Central, el norte de Colombia y el noroeste de Venezuela). La impugnación del concepto de Área Intermedia ha dado paso a otros conceptos: Región Histórica Chibcha, para tiempos precolombinos, que abarcaría parte de

Honduras (al este del río Ulua), parte de El Salvador (al oeste del río Lempa), Nicaragua, Costa Rica, Panamá y parte de Colombia (al norte, la región atlántica, excepto la Guajira; al sur, una línea proyectada desde Bogotá hasta Armenia; y al este, hasta las mesetas altas de la cordillera Oriental) (Fonseca 1992, 1998), y Área Lingüística Colombiano-Centroamericana (Constenla 1991), como se denomina aquella con ancestros lingüísticos protochibchas; sin embargo, hubo allí otras familias lingüísticas que Cooke (1992) buscó recoger con el término Región Histórica Chibcha-Chocó.

El término Área Istmo-Colombiana (Hoopes y Fonseca 2003) es demasiado pretencioso en su amplitud geográfica y, como señala Francisco Corrales, “combina un término geográfico y uno político, lo cual causa confusiones similares a las generadas por los términos basados en nombres etnográficos aplicados a familias lingüísticas y extrapolados a regiones arqueológicas”. Aun cuando esos conceptos buscan superar la denominación Área Intermedia, los problemas que supone el reconocimiento de diferentes familias lingüísticas en el registro arqueológico arrojan dudas acerca de lo apropiado de proyectar un término lingüístico como referente para territorios pretéritos; además, inducen a confusiones con los grupos actuales que se denominan con los mismos nombres.

Aunque pareciera que acuñar un término más adecuado es una tarea pendiente, cualquier concepto tiene el problema –o la virtud– de que generaliza, homogeneiza y elimina (o soslaya) las diferencias internas y las interacciones internas y externas. El Área Intermedia pudiera entonces concebirse no en el sentido tradicional del ámbito geográfico de homogeneidad cultural interna, sino más bien en el de un laboratorio para el estudio comparativo de esa supuesta homogeneidad, y también de la diversidad, en el pasado. Otra de las ventajas de considerar la macrorregión es que nos ayuda a evitar darle mucha importancia a los límites contemporáneos entre países y fomenta la idea de que el objeto de estudio no pueden ser las arqueologías nacionales. Nos ayuda también a enfocar la atención en los patrones de organización y de cambio que son comunes a esta y a otras áreas culturales y geográficas.

Como coeditores de la revista *Arqueología del Área Intermedia*, Cristóbal Gnecco y quien escribe tratamos de fomentar entre los años 2000 y 2010 una discusión entre los arqueólogos sobre los avances sustantivos de la arqueología del área. Una primera formalización se llevó a cabo entre el 9 y el 11 de mayo del año 2002 durante el *II Congreso de Arqueología en Colombia*, celebrado en el Museo Antropológico de la Universidad del Tolima en el simposio central “La situación actual de la arqueología del Área Intermedia”. Ese evento incluyó a varios de los autores de este libro y presentó, de manera sintética y analítica, los resultados —para esa época— de las investigaciones en la macrorregión desde una perspectiva amplia y comprensiva. Los efectos de ese diálogo

se vieron reflejados en la revista mencionada y nació, además, la idea de organizar un volumen editado que presentara un balance actualizado por parte de autores de todos los países en el área y miradas críticas desde fuera de ella con la finalidad de tener un panorama muy amplio.

Para lograr ese propósito invitamos a diez autores a producir los artículos originales que finalmente conforman este libro: los primeros siete textos consideran la arqueología de cada país o subregión del área (Corrales: Costa Rica, Ranere: Panamá, Curet: islas del Caribe, Gassón: Venezuela, Langebaek: Colombia, Salazar: Ecuador, Mora: noroeste amazónico) y los siguientes cuatro textos exploran asuntos transversales críticos desde una perspectiva más amplia (Bray: el mundo andino, Hoopes: conexiones chibchas, Drennan: el cacicazgo, y Henderson: el concepto de área cultural).

La producción, la edición y luego la traducción de algunos textos se extendieron más allá de lo previsto y se vieron afectadas por cambios en la política editorial del ICANH en 2006. En ese proceso el profesor Cristóbal cedió sus responsabilidades como compilador, asumiendo más el cuidadoso trabajo de traducción de obras originalmente escritas en inglés. Afortunadamente, y con el importante apoyo de la nueva Oficina de Publicaciones del Instituto, se logró retomar el proyecto en 2011 y finalizar la empresa en la forma que hoy se presenta.

La compilación de artículos que abordan la arqueología de esas subdivisiones arbitrarias de la macrorregión que son los países actuales nos deja con pocas herramientas para “mejorar” el término Área Intermedia, y nos empuja a pensar, más bien, en la línea de los cuatro artículos transversales, en las ventajas que tiene para la arqueología la existencia histórica de esa unidad diversa. El volumen es testimonio de que la colaboración entre los arqueólogos y arqueólogas que trabajan en esta amplia región no solo es conveniente sino que resulta necesaria si atendemos al carácter relativamente aislado que la arqueología ha tenido en estos países y, al mismo tiempo, a las repercusiones que la arqueología de cada una de esas partes tiene para las regiones vecinas.

Agradezco mucho a todos los colaboradores, especialmente a Hope Henderson y Cristóbal Gnecco, por su invaluable apoyo en las diversas etapas de este proyecto y por mantener su compromiso con esta obra conjunta, actualizando sus textos a lo largo de un proceso en el cual hubo tal vez demasiadas nuevas versiones y modificaciones. Creo que el producto final es mejor de lo esperado y estoy seguro de que poder ver el conjunto recompensará bien el arduo trabajo de sus partes individuales.

Víctor González Fernández
Instituto Colombiano de Antropología e Historia

REFERENCIAS

Constenla, Adolfo

- 1991 *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. Universidad de Costa Rica, San José.

Cooke, Richard

- 1992 Etapas tempranas de la producción de alimentos vegetales en la baja Centroamérica y partes de Colombia (Región Histórica Chibcha-Chocó). *Revista de Arqueología Americana* 6:35-70.

Fonseca, Óscar

- 1992 *Historia antigua de Costa Rica: surgimiento y caracterización de la primera civilización costarricense*. Universidad de Costa Rica, San José.
- 1998 El espacio histórico de los amerindios de filiación chibcha: el área histórica chibchoide. En *Congreso Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica y sus Fronteras*, editado por María Eugenia Bozzoli, Ramiro Barrantes, Dinorah Obando y Myrna Rojas, pp. 36-60. Universidad Estatal a Distancia, San José.

Hoopes, John y Óscar Fonseca

- 2003 Goldwork and Chibchan Identity: Endogenous Change and Diffuse Unity in the Isthmo-Colombian Area. En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panamá and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter & John Hoopes, pp. 49-89. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Wiley, Gordon

- 1959 The Intermediate Area of Nuclear America: Its Prehistoric Relationships to Middle America and Peru. En *33rd International Congress of Americanists*, vol. 1, pp. 184-191. San José.
- 1971 *Introduction to American Archaeology*, vol. 2. Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.

I

LA HISTORIA PROFUNDA DE COSTA RICA

Francisco Corrales Ulloa
Departamento de Antropología e Historia
Museo Nacional de Costa Rica

EL TERRITORIO DE COSTA RICA, EN TIEMPOS PRECOLOMBINOS, FUE PARTE DE ÁREAS O REGIONES culturales más amplias. La más inmediata la conformó junto con los actuales territorios de Nicaragua y Panamá, pero también se incluye dentro del Área Intermedia. Para explicar el sur de América Central, o la Baja América Central, como también se ha denominado, los modelos han ido variando, y de considerarlo un lugar fuertemente sometido a las influencias, e incluso zona de paso de áreas vecinas, se ha planteado, con base en evidencia arqueológica, lingüística y genética, que se dio un desarrollo autóctono a partir de un ancestro común llamado en términos lingüísticos protochibcha. Este modelo asume una gran estabilidad cultural para las ocupaciones de las diferentes regiones y subregiones arqueológicas. Los cambios en el nivel de organización social habrían sido graduales, lo cual se habría reflejado en las tradiciones cerámicas y líticas. La subsistencia se habría basado en la diversidad, y los contactos e interacciones con zonas vecinas habrían permitido la adquisición de técnicas e ideas que se habrían adaptado a las condiciones o estilos locales (Barrantes 1993; Constenla 1991; Fonseca y Cooke 1994).

Que Costa Rica sea una estrecha franja de 52.000 km² entre dos mares, dividida por una alta cordillera, le confiere una gran variedad geográfica, altitudinal y vegetal. Las regiones arqueológicas que se han propuesto abarcan desde las zonas costeras hasta las tierras altas, e incluso extensiones transcordilleranas. Las particularidades del terreno les permitieron a los grupos precolombinos aprovechar diversos recursos en diferentes pisos altitudinales, pero en distancias relativamente cortas.

Se distinguen, de manera general, tres grandes regiones arqueológicas (o subáreas), cuyos límites durante los diferentes períodos se han ido ajustando, a medida que avanzan los estudios en zonas poco conocidas y en los países vecinos a los cuales se extienden.

La región Gran Nicoya se propone para el noroeste de Costa Rica (subregión sur o Guanacaste) y el Pacífico de Nicaragua (subregión norte). Algunos prefieren usar la

distinción geográfica y hablar solo del noroeste de Costa Rica (Guerrero, Solís y Vázquez 1994). La región Central se extiende desde la costa pacífica, cruzando la cordillera Central, hasta la costa caribe, con dos subregiones: la Central Pacífica y la Caribe Central. La llamada subregión Llanuras del Norte es aún poco conocida, y podría contener extensiones de otras zonas culturales, incluso de Nicaragua, y particularidades propias. La región Gran Chiriquí abarca el sureste de Costa Rica (subregión Diquís) y el oeste de Panamá (Chiriquí y Bocas del Toro). Datos iniciales indican una extensión hacia el Caribe sur de Costa Rica, que requiere más estudios (figura 1). En las diferentes regiones se dio un proceso de desarrollo similar, a grandes rasgos, lo cual facilita la comparación interregional (figura 2).

El siguiente resumen de información se mantiene, principalmente, dentro de los límites del territorio costarricense, pero con referencias a la región cultural más amplia.



Figura 1. Regiones arqueológicas de Costa Rica y sitios mencionados en el texto.

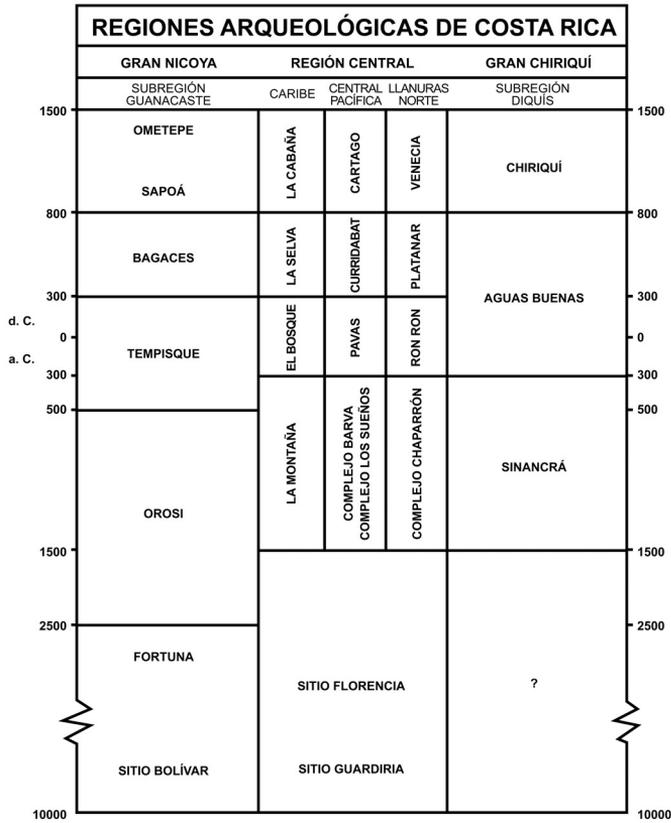


Figura 2. Secuencias cronológicas propuestas para las diferentes regiones arqueológicas de Costa Rica.

HACIA LA DEFINICIÓN DE UNA REGIÓN HISTÓRICA

Un cambio importante en la arqueología del sur de América Central se dio con la propuesta, formulada desde la genética y la lingüística, de la continuidad de la ocupación de los grupos indígenas desde varios milenios antes de Cristo. Esta vino a corroborar algunas propuestas, realizadas desde el ámbito arqueológico, acerca de largas secuencias de ocupación en algunas regiones e implicaba, además, dejar de ver la zona como producto de la difusión desde áreas consideradas nucleares (Mesoamérica y los Andes). Barrantes (1993:170-171) y Barrantes et ál. (1990:64) compararon grupos de marcadores

genéticos, específicamente grupos sanguíneos, enzimas, plasma y dermatoglifos de indígenas de Costa Rica y Panamá, y con base en los resultados plantearon que se diferencian de otros grupos amerindios por las particularidades de su estructura genética. Como derivación se plantea un desarrollo autóctono, que se extendería por varios milenios (7.000-10.000 años), en el que la infiltración externa no habría sido significativa.

Paralelamente, Constenla (1991) realizó estudios léxico-estadísticos y de lingüística comparada de los grupos indígenas actuales del Área Intermedia, para analizarla como un área lingüística y formular sus fronteras y sus relaciones con zonas vecinas. Así, él propone una estirpe lingüística chibchense, cuya fragmentación se inició alrededor del tercer y cuarto milenios antes de Cristo. Aunque el método ha sido cuestionado, el rango temporal propuesto coincide con la introducción o desarrollo local de la agricultura, que pudo haber sido el factor determinante que desató el cambio (Constenla 1991:45). Otro postulado importante de Constenla es la permanencia territorial de los grupos indígenas del sur de América Central.

Estas propuestas encuentran eco en el registro arqueológico. En zonas como Arenal (noroeste de Costa Rica), la región central de Costa Rica, Gran Chiriquí y Panamá Central se enuncia continuidad entre fases o períodos en toda la secuencia de ocupación o en importantes segmentos de esta (Baudez et ál. 1993; Cooke 1984; Corrales 2000; Hoopes 1992; Ranere y Cooke 1996; Snarskis 1978).

Lo anterior motivó la redefinición del Área Intermedia. Fonseca (1992, 1994, 1998) propuso la Región Histórica Chibcha (figura 3) para hacer énfasis en los procesos de cambio endógeno y corregir lo peyorativo del término Área Intermedia. Cooke (1992:39-41), por su parte, prefirió el término Región Histórica Chibcha-Chocó, para reconocer que en la misma zona también hay lenguajes extintos y sobrevivientes de la familia lingüística chocó. En lo arqueológico, esta coexistencia se refleja en ciertos patrones comunes de subsistencia, tecnología y conocimiento.

El uso de términos lingüísticos como chibcha o chibcha-chocó para referirse a territorios pretéritos no parece ser el más apropiado, y además ocasiona confusiones con los grupos actuales que se denominan con los mismos nombres. Una nueva propuesta, de Hoopes y Fonseca (2003), para denominar la zona como Área Istmo-Colombiana, recuerda el planteamiento de Constenla (1991) del Área Lingüística Colombiana-Centroamericana. Este último término, que combina un criterio geográfico y uno político, no escapa al cuestionamiento. El istmo centroamericano es más extenso que la sección propuesta, y lo mismo ocurre para Colombia, como ellos mismos reconocen (Hoopes y Fonseca 2003:50-52), de manera que el término en cuestión causará confusiones, al igual que los de origen lingüístico. Sin embargo, a pesar de estos problemas de nomen-

clatura, se ha iniciado una nueva perspectiva en los estudios arqueológicos que reconoce las particularidades de desarrollo de la región histórica.

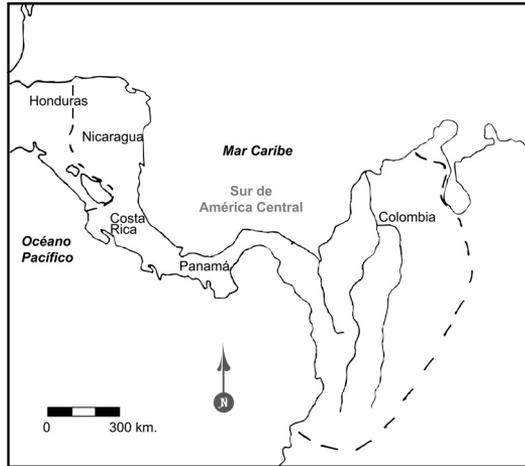


Figura 3. Límites aproximados de la región histórica Chibcha-Chocó o Istmo-Colombiana.

LOS CAZADORES-RECOLECTORES PALEOINDIOS (10000-8/7000 A. C.)

Para el sur de América Central la evidencia más temprana de ocupaciones humanas corresponde con el período Glacial Tardío (10000-8/7000 a. C.), sin que se hayan detectado sitios que sugieran ocupaciones más tempranas, como ha sido postulado para otras regiones. Algunos problemas relacionados con la investigación de los períodos Paleoindio y Arcaico radican en la dificultad de localizar sitios tempranos, debido a procesos de sedimentación, erosión y cobertura forestal. Por otra parte, la conservación de los materiales es pobre debido a la acidez de los suelos, las condiciones del clima y otros factores ambientales que inciden en la presencia de vestigios aparte de los líticos. Además de lo anterior, la estratigrafía de los yacimientos conocidos se encuentra alterada y faltan fechas de ^{14}C .

La mayor parte de la evidencia de los períodos tempranos ha sido encontrada en superficie. Se han realizado excavaciones en los sitios Guardiria-2 y Florencia-1, en el valle de Turrialba, subregión Caribe Central, cercanos a una fuente de material silíceo, pero la actividad agrícola actual ha perturbado irremediablemente la estratigrafía. Aún así, se han registrado áreas de cantera, campamento y taller, donde se fabricaban

diferentes herramientas de piedra típicas del período, como puntas acanaladas, raspadores, cuchillos y otros (Castillo et ál. 1987; Messina 2002; Snarskis 1977; Valerio 2003; Vázquez 2002). Otras puntas acanaladas, encontradas en superficie, provienen del noroeste del país (sitio Bolívar, Guanacaste) (Sheets et ál. 1991; Swager y Mayer-Oakes 1952) y del sitio Birlen, en las llanuras del norte (León 2006) (figura 4).

Extrapolando la información propuesta en el ámbito continental, se considera que la población era pequeña y estaba organizada en bandas dispersas y móviles. Con base en la evidencia de Guardiría, se piensa que estos grupos establecieron campamentos y talleres en zonas propicias, a los cuales regresaban estacionalmente. Una de las razones para que las poblaciones se mantuvieran pequeñas, de acuerdo con la evaluación de Piperno (1989:549), fue que el bosque seco estacional primigenio tenía un bajo potencial ecológico.

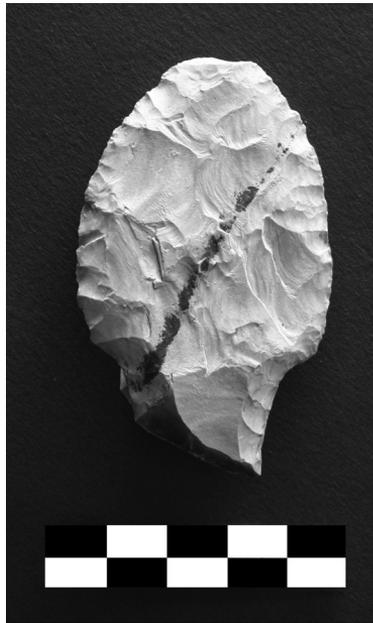


Figura 4. Punta “cola de pez”, sitio Birlen, llanuras del norte.

Aunque hay evidencia de megafauna en diferentes partes de Nicaragua, Costa Rica y Panamá, no se ha encontrado en asociación con restos culturales. En el sitio Nacao-me, en las tierras bajas de Guanacaste, las marcas y hundimientos presentes en huesos largos de mastodonte (*Cuvieronius* sp.) no parecen de origen natural, pero por la

falta de implementos de obvia fabricación humana se deja abierto su origen cultural (Valerio 1997).

La megafauna se habría extinguido alrededor de 8000 años a. C. debido a cambios climáticos y a la caza excesiva por parte de los grupos humanos de la época, aun cuando algunos autores discrepan de esta última posibilidad (Hurtado 2002:32). La caza continuó, pero solo la de las especies menores que aún subsisten. Se asume también que hubo cambios en las estrategias de recolección, aunque no hay documentación al respecto.

Una de las mayores discusiones a propósito de este período se centra en las condiciones naturales que las poblaciones paleoindias encontraron a su arribo al sur de América Central. Lynch (citado por Cooke 1984:266-67) propuso que la vertiente pacífica de Panamá habría sido preferida por las primeras poblaciones humanas, ya que pudo tener grandes extensiones abiertas, tal vez conservadas por fuegos inducidos por humanos. Él piensa que los bosques tropicales, por tener una baja biomasa en cuanto a grandes animales, no serían los más adecuados para las estrategias de caza comunal que habrían caracterizado a los grupos paleoindios en general.

Por otro lado, Ranere (1980) ha opinado que los cazadores paleoindios lidiaron con el bosque tropical en vez de evitarlo, y que las zonas grandes de sabanas o pastizales no se habrían formado hasta la aparición de la agricultura. Los diagramas de polen del lago Gatún, en la misma área en que varias puntas de proyectil han sido halladas, incluyen “géneros de árboles predominantes del bosque tropical lluvioso” para el período entre 11300 y 9600 AP (Cooke 1984:267).

En Costa Rica, la vertiente pacífica de Guanacaste pudo contar con áreas abiertas favorables para la pastura de ungulados y proboscidos, alternadas con áreas boscosas (Valerio 1997:92-93), de una manera similar a la expuesta para la vertiente pacífica de Panamá (Cooke 1984:267). Sin embargo, la mejor evidencia de restos paleoindios se ha encontrado en zonas altas como Tilarán y Turrialba, lo cual llama a revisar la idea de que los grupos paleoindios estuvieron mejor adaptados a las planicies secas que a los bosques húmedos (Sheets 1994:314), y sugiere, más bien, que ocuparon una gran variedad de hábitats tropicales (Cooke 1984:268).

La tecnología lítica bifacial es típica de este período y las puntas acanaladas son el instrumento más característico. En los sitios Guardiría-2 y Florencia-1 hay registro de una amplia gama de instrumentos, que incluye cuchillos, raspadores, perforadores, preformas de puntas, raederas espatuladas terminales, núcleos y desechos (Castillo et ál. 1987; Messina 2002; Snarskis 1981; Valerio 2003).

El área de Costa Rica y Panamá parece ser la frontera de la distribución espacial de dos tipos de puntas paleoindias: un conjunto que muestra similitudes con el tipo Clovis,

aunque con la particularidad de presentar un acinturamiento que no está presente en las puntas Clovis de Norteamérica; y un conjunto similar a las denominadas puntas pedunculadas Magallanes o “cola de pez”, algunas veces acanaladas. Al norte de Costa Rica, las puntas paleoindias son Clovis clásicas o acinturadas, en tanto que al sur de Panamá predominan las “cola de pez”, con una técnica de reducción diferente (Cooke y Ranere 1992:259; Snarskis 1984:199), aunque estas también se han encontrado hacia el norte, en Chiapas, México (García 1979).

Snarskis (1984:199) sugiere una difusión desde el norte hacia el sur, que implicó el cambio de las puntas parecidas a Clovis a las denominadas “cola de pez”, con un estado intermedio reflejado en las puntas del sur de América Central. La razón del cambio serían los patrones de adaptaciones ecológicas humanas, en este caso el cambio de una tecnología de obtención de recursos usada en tierras altas áridas y sabanas por las tecnologías usadas en zonas boscosas. Pero la precisa razón por la cual las puntas acinturadas y con pedúnculo serían más eficientes en zonas boscosas no es clara. Rouse (citado por Snarskis 1984:199), haciendo referencia a fechas tempranas para puntas “cola de pez” en Suramérica, señala, por el contrario, una difusión del sur hacia el norte, que degeneraría en las puntas acanaladas y acinturadas parecidas a Clovis. Hurtado (2002:34) considera que el conjunto de puntas encontradas en Turrialba presenta una “sorprendente diversidad”, con similitudes particulares con puntas encontradas en la Patagonia y en Florida, y considera además que se ubicarían en tiempos posteriores a Clovis, en el Paleoindio Tardío, entre 8500 y 8000 a. C.

EL ARCAICO TROPICAL (7000-2000 A. C.)

Las ocupaciones arcaicas registradas hasta ahora en Costa Rica son escasas, y se han encontrado en tierras altas, en contraste con lo que sucede en Panamá Central, donde son frecuentes las ocupaciones costeras basadas en la pesca y la recolección de moluscos (Cooke y Ranere 1992:263,267). En los sitios Guardiría-2 y Florencia-1, en el valle de Turrialba, se presenta una continuidad de las tradiciones líticas del Paleoindio en el período Arcaico Temprano, en particular, la técnica bifacial. Al igual que en el período anterior, la perturbación de la estratigrafía causada por labores agrícolas, en ambos sitios, hace difícil distinguir entre los conjuntos de herramientas, pero algunos artefactos, como puntas de proyectil triangulares y lanceoladas con pedúnculo acanalado, raspadores y cuñas bifaciales toscas, se postulan como arcaicos por sus diferencias con materiales paleoindios y sus similitudes con otros componentes arcaicos, especialmente los de Panamá Central (Acuña 1983, 2002; Messina 2002; Snarskis 1984:190; Valerio 2003).

Según Messina (2002:240), la técnica bifacial es abandonada en períodos posteriores al Arcaico Temprano, al igual que ocurre en Panamá Central. Valerio (comunicación personal) no comparte esta interpretación, y considera que la técnica continúa en el Arcaico Tardío, de acuerdo a la evidencia de Guardiría-2 y Bajos del Tigre, e incluso en conjuntos líticos de sitios de los períodos cerámicos.

En este período se habría dado un probable incremento de la población, con una expansión geográfica de pequeños asentamientos temporales, lo cual pudo relacionarse con el uso de una mayor diversidad de recursos alimenticios. En Panamá Central, los sitios durante el período 9/8000-5000 a. C. son tres veces más numerosos que durante el Glacial Tardío, y los abrigos rocosos pudieron estar continuamente ocupados (Cooke y Ranere 1992:262; Fonseca y Cooke 1994:227).

La caza y recolección de frutos y raíces silvestres se habría mantenido desde 8/7000 hasta 5000 a. C., cuando habrían empezado prácticas hortícolas rudimentarias. En el ámbito regional, la presencia de instrumentos de piedra, restos macrobotánicos y fitolitos, fechados entre 7000 y 5000 a. C. en los abrigos de Carabalí y Cueva de los Vampiros, en Panamá Central, sugiere que las raíces, los tubérculos, las palmas y los árboles frutales fueron elementos importantes en la dieta regional (Cooke y Ranere 1992:260; Valerio 1987).

La fase La Fortuna (4000-3000 a. C.), en las tierras altas de Tilarán, Guanacaste, fue propuesta con base en hallazgos de herramientas líticas en superficie, y en la excavación de un campamento con presencia de dos fogones (sitio Tronadora Vieja). También se encontraron piedras usadas para cocinar mediante calentamiento, que en algunos casos mostraban fracturas producidas por cambios de temperatura abruptos. Un hallazgo prominente fue una punta pedunculada, junto con desechos de talla en xilópallo, calcedonia, dacita y otros materiales de grano fino disponibles localmente (Sheets 1994:314).

Varios sitios en la región de Turrialba han sido señalados, en principio, como pertenecientes al Arcaico Tardío (7000-4500 AP), con base en conjuntos líticos a partir de lascas simples desprendidas de núcleos, que en general son multidireccionales, y con base en la ausencia de cerámica (Acuña 2002, Mesina 2002:234,241). Sin embargo, la corroboración de la filiación cronológica de estos sitios exige más excavaciones.

Algunos de los temas de discusión pendientes acerca de los períodos Paleolítico y Arcaico se relacionan con la dispersión de los grupos humanos a través del continente y con las posibles rutas que tomaron, también el número, velocidad y datación de esas migraciones, el tamaño y relaciones genéticas de los grupos colonizadores, su papel en la caza y en la extinción de la megafauna, su adaptación a las condiciones tropicales, su domesticación temprana de plantas y su transición a la vida sedentaria, así como su impacto en el ambiente.

En este último aspecto, es importante considerar el papel del sur de América Central como un centro de domesticación temprana de plantas, y no como un mero receptor.

LOS AGRICULTORES TEMPRANOS (2000-300 A. C.)

El período Formativo en el sur de América Central no es la antesala de sociedades estatales tempranas, como originalmente fue concebido. Corresponde, más bien, a la consolidación de las prácticas agrícolas, a la aparición de la cerámica y al comienzo de la sociedad aldeana (Hoopes 1987:1-11). En el siguiente período se iniciaría apenas la sociedad cacical, y aún eso es objeto de debate. En ese sentido, el término Formativo se usa en razón de la relación cronológica y de la similitud formal y estilística de los complejos cerámicos iniciales.

Para este período hay escasa información sobre la transición local de la caza y la recolección a la agricultura incipiente, y sobre cómo esta se convirtió en la actividad principal. Entre las limitaciones se encuentran la escasez de sitios y el estado de conservación de los materiales, afectados por la acidez de los suelos, la erosión, procesos de sedimentación y tectonismo.

Cooke y Ranere (1992:261) y Hoopes (1995:189) han sostenido que la creación de un ambiente apropiado y el cuidado y uso de palmas, tubérculos, raíces y árboles frutales durante el Arcaico habrían sido la antesala de la horticultura por grupos semisedentarios. Esto se sugiere por la evidencia documentada en sitios precerámicos en abrigos rocosos de Panamá Central y Oeste (Cooke y Ranere 1992).

En el sur de América Central, las poblaciones cerámicas más tempranas registradas corresponden al complejo Monagrillo, de Panamá Central, fechadas entre 2900 y 1200 a. C. (Cooke 1995:180). Hay diferentes interpretaciones sobre si la cerámica Monagrillo corresponde a un desarrollo autóctono o si derivó de la difusión de complejos cerámicos más tempranos del norte de Colombia y Ecuador (Cooke 1995; Fonseca 1997; Hoopes 1987, 1995; Meggers 1997). En todo caso podría representar el antecedente de varios complejos cerámicos del sur de América Central.

En Costa Rica existen sitios pequeños que han sido datados entre 2000 y 300 a. C., aunque solo se cuenta con algunas fechas de ¹⁴C. Se ubican tanto en la costa como en tierras interiores, y se entienden como relacionados con comunidades agrícolas sedentarias, pequeñas y dispersas. Por región destacan Tronadora Vieja y La Pochota, en el noroeste; Los Sueños, en el Pacífico central; Chaparrón, en las llanuras del norte; La Montaña, en el valle de Turrialba; Black Creek, en el Caribe sur; y Curré y Ni Kira en el sureste (Baldi 2001; Corrales 1989, 2006a; Chávez et ál. 1996; Herrera y Corrales 1997;

Hoopes 1987; Odio 1992; Snarskis 1978). La mayoría de estos lugares son depósitos estratificados, y los materiales recolectados en ellos han sido la base para proponer complejos cerámicos tempranos (figura 5).



Figura 5. Cerámica decorada con uña y objeto triangular. Complejo cerámico Curré, 1500 - 300 a. C., subregión Diquís.

En los contextos domésticos excavados no se ha distinguido ningún patrón que haga suponer la existencia de la distinción social asociada con rango, lo cual está en congruencia con el nivel tribal que se atribuye a estos grupos. Las relaciones económicas y políticas se habrían basado en el parentesco, con un liderazgo informal y la propiedad comunal de bienes. Sin embargo, durante este período debe haberse iniciado algún grado de diferenciación social.

Se conoce muy poco sobre las viviendas, y no se tiene hasta el momento evidencia sobre los patrones funerarios de este período. En Tronadora Vieja, Guanacaste, se hallaron marcas en el terreno, que se interpretaron como las huellas de postes que sostenían una vivienda pequeña, de forma circular. Se identificó un espacio doméstico con base en la presencia de fogones, fragmentos de cerámica, desechos líticos, restos de maíz y piedras utilizadas para molienda (Hoopes 1987). En Black Creek, Caribe sur, Baldi (2001) reconoció dos áreas de actividad asociadas a un fogón cóncavo que contenía semillas de palma carbonizadas y huesos de animales, y a un piso habitacional con segmentos de arcillas endurecidas y cantos rodados agrupados.

Otra gran cantidad de sitios presentan tan solo unos pocos tuestos de este período. Muchos de ellos son multicomponentes, por lo que es difícil establecer su tamaño u otras características particulares. En el valle de Turrialba se detectaron agrupaciones de asentamientos pequeños en zonas bajas, que llevaron a Sánchez (2002:261,270) a postular ocupaciones secuenciales en vez de sincrónicas, con algún tipo de movilidad microrregional, como se ha documentado para algunas sociedades agrarias en los trópicos húmedos.

Se proponen prácticas vegecultoras que combinaban tubérculos, raíces y árboles, pero ya habría presencia del maíz. En el sitio Curré se recuperaron microlitos silíceos modificados, que habrían formado parte de instrumentos compuestos para rallar (Corrales 1989), y en el valle de Turrialba estos aparecen desde el Arcaico Tardío hasta 1000 d. C. (Messina 2002:231,241). De acuerdo con el registro etnográfico, estos artefactos se usan para rallar la yuca en su variedad amarga, y así se señaló inicialmente para los especímenes encontrados en el sureste de Costa Rica (Corrales 1989). La presencia de budares en el Caribe central y en el Pacífico central reforzaría esta interpretación; sin embargo, la ausencia de las variedades amargas de yuca en la zona sugiere que esas herramientas se usaban para procesar otros tubérculos, incluida la variedad dulce de la yuca (figura 6).



Figura 6. Microlitos de piedra silíce, 1500 - 300 a. C., sitio Curré, subregión Diquís.

La evidencia relacionada con el maíz incluye semillas y olotes carbonizados, fitolitos y polen encontrados en Tronadora Vieja (Hoopes 1987). Northrop y Horn (1996:292,296), mediante estudios de polen, han encontrado señales del cultivo de maíz en sedimentos lacustres en el valle de Turrialba, fechados alrededor de 600 a. C. (2.560±60, D-47264), que apuntan a que el maíz formaba parte de las estrategias de subsistencia en esa zona para la parte tardía del período. El cultivo de semillas o milpa tiene un mayor impacto en el entorno, porque requiere más nutrientes y provoca mayor erosión de los suelos, pero la producción es mayor y el almacenamiento es más sencillo. Aún no es claro que el maíz tuviera un papel principal en este período. Se ha sugerido su uso en bebidas fermentadas (chicha), para actividades rituales que habrían servido para fortalecer el prestigio de los líderes (Hoopes 1995).

Por el momento, la información más antigua sobre el uso de la cerámica en Costa Rica corresponde a esta etapa. Se han recuperado fragmentos de ollas globulares de borde exverso, vasijas cilíndricas de base plana, platonos o “budares”, tecomates, tazones y otras formas de vasijas, decoradas mediante técnicas como incisos o acanaladuras, estampados (diseños en serie ejecutados con la uña, bordes dentados de conchas, instrumentos aguzados, entre otros) y modelados (figurillas, botones y tiras). Los complejos cerámicos tempranos registrados en Costa Rica comparten diversos modos de formas de vasijas y decoración con otros complejos ubicados en Panamá y Nicaragua, este hecho sugiere un *horizonte cerámico formativo* y apoya la idea de una proximidad cultural que hace eco de la proximidad genética y lingüística. Empero, también hay diferencias en la presencia o ausencia de modos y en su presencia absoluta y proporcional. Por ejemplo, las vasijas cilíndricas de base plana parecen ser un marcador cronológico de carácter panregional, en tanto que otros elementos, como los budares o las “ollas-tecomate”, se encuentran solo en ciertas regiones.

Algunos autores (Fonseca 1997; Hoopes 1987, 1994, 1995; Meggers 1997; Myers 1978) han extendido las comparaciones regionales de complejos cerámicos tempranos dentro de los límites del Área Intermedia y más allá. Sin embargo, se han basado en la comparación de listas seleccionadas de rasgos, sin referencia a su frecuencia. Un análisis de agrupamiento (*cluster analysis*), que usó los porcentajes de formas de vasijas y modos decorativos de los diferentes complejos fechados entre 2000 y 300 a. C. en el sur de América Central, mostró conjuntos de complejos que también responden al criterio de proximidad geográfica (Corrales 2000).

Con base en las tendencias observadas, se propone un grupo norteño, compuesto por complejos de Nicaragua y del centro y norte de Costa Rica (Dinarte, Los Sueños, Barva, La Pochota, Chaparrón y Tronadora), y un grupo sureño de complejos, del sur de Costa

Rica y Panamá (Curré, Darizara, La Montaña, Black Creek y Sarigua). Este es un panorama similar al que conforman las relaciones genéticas y lingüísticas propuestas para grupos indígenas modernos del área, que se agrupan en zonas geográficas contiguas y muestran una alineación a lo largo del istmo, con una división general entre grupos “norteños” (guatuso y rama del norte de Costa Rica y sur de Nicaragua) y “sureños” (los cunas y todas las otras lenguas al oeste, hasta el sureste de Costa Rica) (Barrantes 1993; Constenla 1991). Los resultados respaldan el modelo de cadena sugerido por Bray (1984) y las separaciones y asociaciones propuestas por Hoopes (1992, 1995:187-188) y Fonseca (1997:53) para los grupos de la zona.

Se necesitan más investigaciones sobre este período, en particular sobre el inicio y consolidación de las prácticas agrícolas. La falta de conservación de restos orgánicos restringe estos estudios, y análisis complementarios, por ejemplo de polen o fitolitos, se practican solo ocasionalmente. No está claro el surgimiento de la manufactura de la cerámica, ni si esta estuvo desde un inicio relacionada con prácticas agrícolas. Si Monagrillo no fue el complejo originario, aún es de esperar otro antecedente local de la ya bien elaborada cerámica temprana encontrada hasta el momento. Así mismo, la falta de fechas de ¹⁴C limita la posibilidad de establecer relaciones entre los diferentes sitios, y de discutir relaciones de similitud y diferencia entre los complejos cerámicos en el ámbito regional. El rango temporal, como en casi todos los períodos para Costa Rica, es muy amplio, y sin claras distinciones entre el inicio y el final.

INICIOS DE LA SOCIEDAD CACICAL (300 A. C.-300 D. C.)

Luego del denominado período Formativo hay un aumento marcado de sitios arqueológicos, y algunos asentamientos alcanzan extensiones considerables, aunque en muy pocos casos con elementos arquitectónicos notables. Igualmente, se encuentran objetos que, por la complejidad de su manufactura y lo difícil que habría resultado obtenerlos, se consideran exclusivos de los dirigentes y, por lo tanto, símbolos de rango.

Hoopes (1991:172,181) considera que el proceso que tuvo lugar en Costa Rica, y en general en el sur de América Central, pudo diferir del proceso de Mesoamérica, donde el rango y la autoridad centralizada aparecieron concurrentemente y la aparición de diferenciación social coincide con el surgimiento de cacicazgos incipientes. En ese sentido, la presencia de bienes de élite es una señal de rango, pero no fue necesariamente acompañada por un poder político significativo.

Más aún, algunos autores cuestionan la validez de los términos tradicionales de *tribu* y *cacicazgo* como marco de referencia analítico suficientemente productivo

para las sociedades del istmo. Lange (1996:312) sugiere un sistema de nomenclatura de tribus sin rango, con rango pasivo, con rango activo y con rango complejo. Hoopes (1991:187) ha sugerido el término *tribu compleja*, para referirse a sociedades que tienen muchas de las características generalmente adscritas a los cacicazgos, pero que carecen de centralización política. Este es un tema abierto a debate, a medida que se avanza en el conocimiento de estas sociedades.

Para el período que nos ocupa, que duró entre 600 y 1.000 años, según diferentes autores, planteamos una transición gradual desde formas tribales, menos jerarquizadas y basadas en relaciones de parentesco, a cacicales (o cualquier alternativa similar), en un continuo cambio en el grado de centralización, que no necesariamente se refleja en la cultura material. Hay una serie de manifestaciones de carácter intangible (rituales, mecanismos de distribución, reglas suntuarias, acceso diferenciado a recursos perecederos, conocimiento esotérico, entre otros) que no se reflejan directamente en el registro arqueológico y que son difíciles de inferir (Hurtado 1988:56).

Incluso la diferenciación de las jerarquías en los diversos sitios pudo no ser notoria desde el primer momento y, en consecuencia, su análisis y descripción ameritan categorías diferentes. Por ejemplo, muchos de los asentamientos de este período localizados en el valle central alcanzaron grandes extensiones y, aunque no se detecten restos de centros nucleados, es posible que ciertos rasgos prominentes (como las construcciones de madera) asociados a la jerarquía no sean distinguibles claramente en el registro arqueológico. Por otra parte, no hubo necesariamente un desarrollo secuencial en la complejización social; hubo variaciones, entre grupo y grupo, en el grado de autoridad de las personas o de los segmentos dirigentes. Además, muchas comunidades pudieron permanecer en el nivel de tribu, o en formas alternativas de organización, hasta tiempos de la Conquista.

En el noroeste (Guanacaste) y en la subregión Central Pacífica los asentamientos pudieron medir varias hectáreas, pero la evidencia sobre viviendas o rasgos domésticos es escasa. En algunos sitios de estas regiones se encuentran pisos de arcilla quemada, pero no se ha logrado establecer la forma ni el tamaño de las viviendas (Guerrero y Solís 1997; León y Salgado 2005; Snarskis 1981). Sin embargo, la ausencia de jerarquías de asentamientos o de sitios con diferenciación interna no es un fenómeno generalizado. Para la subregión Caribe Central, Snarskis (1992:146) señala como evidencia de jerarquía sociopolítica y religiosa la complejidad interna del sitio Severo Ledezma, que presenta una estructura habitacional de forma rectangular, de 25 x 15 m, con divisiones internas de cantos rodados, junto con contextos y ofrendas de mayor rango en algunas de las tumbas asociadas. Otras estructuras habitacionales

menores se registraron en áreas cercanas. En el interior de la grande se encontraron numerosos enterramientos, entre los cuales destaca uno ubicado hacia la parte central, que incluía ofrendas de cerámica, un collar de jade y el plato de un metate de “panel colgante” (Snarskis 1978, 1992). En la subregión Diquís, los sitios con montículos (El Cholo) y con montículos y esferas de piedra (Sitio Bolas) serían centros principales, que controlaban asentamientos pequeños y sin elementos notables (Corrales 2002; Drolet 1983), pero apenas empiezan a ser estudiados.

Con respecto al patrón funerario, en el sitio La Regla, en la zona costera del golfo de Nicoya (Guanacaste), se encontraron paquetes de huesos envueltos en cortezas y fibras, que muestran variabilidad social; solo algunos de ellos contienen ofrendas de jade, collares de madera y metates (Guerrero et ál. 1992). Esta es la evidencia funeraria más antigua hasta ahora registrada en Costa Rica, y ha sido fechada alrededor de 500 a. C. (figura 7). No obstante, en Guanacaste las tumbas más comunes son pozos de forma acampanada o de tiro y cámara, que se ubican en zonas elevadas; en ellas las ofrendas más comunes son cerámicas bicromas, artefactos de jade u otras piedras verdes, y “metates” ceremoniales trípodes con decoración en bajorrelieve (Vázquez et ál. 1994). Los objetos en piedra verde fueron trabajados con las mismas técnicas y con los mismos motivos del jade, y son conocidos genéricamente como “jade social” (figura 8).

En la región Central predominan las tumbas en pozos de forma acampanada, donde se encuentran objetos cerámicos y líticos (Valerio et ál. 1996). En algunas tumbas también hay jade u objetos de piedras verdes (colgantes, cuentas y otros), remates de bastones y metates trípodes de panel colgante (Snarskis 1981). En la subregión Caribe, los individuos eran dispuestos en forma contigua, y demarcados por cantos rodados que formaban “corredores” (figura 9). Los datos acerca de la subregión Diquís no son claros: se han encontrado zonas que se consideran funerarias por la presencia de conjuntos de cantos rodados, como tapas de posibles tumbas, pero bajo estos no se encuentran restos humanos ni ofrendas. Infortunadamente, los suelos ácidos que predominan en la zona no permiten la conservación de material orgánico. Hay reportes de colgantes y cuentas de piedras verdes en posibles tumbas de pozo ubicadas en lomas.



Figura 7. Enterramiento secundario o de “paquete”, sitio La Regla, período Tempisque, 300 a. C.-300 d. C., subregión Guanacaste.



Figura 8. Colgantes en diferentes tipos de piedras, conocidos genéricamente como jades.



Figura 9. Tumbas de corredor, sitio Severo Ledezma, 300 a. C.-300 d. C., subregión Caribe Central.

Los bienes de élite o elementos exóticos de difícil adquisición, cargados de significación, como los objetos de jadeíta obtenidos por medio de diferentes fuentes de intercambio desde Mesoamérica, fueron uno de los marcadores más notables de rango. Se encuentran piezas identificadas como olmecas y mayas en las ofrendas funerarias de Guanacaste y en la región Central, muchas de las cuales fueron retrabajadas para adaptarlas a los estilos locales. Otros objetos exóticos obtenidos desde Mesoamérica son vasijas de mármol, discos con glifos mayas y navajas de obsidiana. Su adquisición estaría en función de una estratificación social jerarquizada. La tríada, presente en las diferentes regiones arqueológicas, de ornamentos de jade y otras piedras verdes, “metates” ceremoniales y remates zoomorfos de piedra para bastones de madera, habría servido para indicar el rango social del personaje de acuerdo al número y calidad de los

objetos, a la dificultad de su adquisición y a la diferenciación de su distribución. El jade, de acuerdo a los contextos conocidos, pudo ser utilizado por los diferentes miembros de la comunidad, tal vez como medio de identificación clánica, pero los individuos más importantes contarían con piezas más grandes, mejor trabajadas y principalmente de jadeíta (Guerrero 1998).

Los llamados “metates ceremoniales” destacan por la destreza de su ejecución. Se inspiran en los metates o piedras de moler de uso doméstico. Graham (1992:165) opina que son herramientas-símbolo en las que las imágenes figurativas representan formas de poder. Son artefactos de gran pericia artesanal, que por su volumen y complejidad indican la presencia de artesanos especializados. Los metates con bajorrelieve en su cara inferior, propios del noroeste, tienen a menudo figuras de personas con máscaras y tocados extravagantes, que al parecer representan a líderes políticos o religiosos con su atuendo de autoridad. Los llamados de “panel colgante”, característicos de la región Central, se decoraban con elementos animales, figuras antropomorfas con máscaras de animales, cautivos con las manos amarradas y cabezas-trofeo. En algunos casos hay una asociación clara con escenas rituales de sacrificios.

Otros artefactos que se relacionan con la consolidación del prestigio y del poder de las élites que habrían surgido gradualmente son los objetos de metal. Inicialmente, la técnica y algunos objetos particulares llegaron al Caribe central, al valle central y a las llanuras del norte en los primeros siglos después de Cristo (Fernández 2004:36). Sin embargo, faltan mejores contextos y dataciones, pues pocas excavaciones han sido realizadas por arqueólogos. Se sugieren posibles contactos con Panamá Central, e incluso con Colombia, tal vez por vía marítima, dada la ausencia de metalurgia para este período en el sureste de Costa Rica y en el oeste de Panamá. Los objetos de cobre, oro y guanín (aleación de oro y cobre, también conocida como tumbaga) representan animales con la cola curvada, ranas de estilo naturalista y aves bicéfalas, que se asocian a los denominados “tipos internacionales” presentes en una provincia metalúrgica extensa que incluiría a Costa Rica, Panamá y Colombia (Bray 1981).

En las prácticas agrícolas, el maíz habría cobrado mayor importancia, especialmente en las zonas de clima estacional marcado, pero todavía dominaba una agricultura mixta de semillas, raíces, tubérculos y árboles. En la zona de Turrialba el espectro de polen alrededor de 300 a. C., en sedimentos extraídos de la laguna Bonillita, provee evidencia de la agricultura del maíz, que habría requerido de asentamientos permanentes y limpieza de terrenos (Northrop y Horn 1996:297). Adicionalmente, las pequeñas piedras puntiagudas, o microlitos, que han sido asociadas a ralladores, encontradas en sitios del valle de Turrialba, indicarían actividades de procesamiento de tubérculos (Acuña

1985). En el noroeste se han encontrado restos de maíz y evidencia indirecta de su procesamiento, como manos y metates, pero su importancia en la dieta pudo ser similar a la de los tubérculos. A pesar de que el grano hizo su aparición desde tiempos tempranos, su importancia varió según la zona. La organización necesaria para la producción habría sido uno de los factores, junto con el intercambio regional y los conflictos bélicos, que habrían propiciado una mayor jerarquización social.

La cerámica bicroma, engobe rojo y el color natural de la arcilla separados por líneas incisas, motivos decorativos ejecutados con técnicas plásticas y adornos zoomorfos, domina en las diferentes subregiones (figura 10). Esta cerámica forma parte de un horizonte regional que va desde el Pacífico de Nicaragua hasta el oeste de Panamá (Hoopes 1996:17; Snarskis 1978, 1981:25,44). Algunos autores ven este “horizonte” extendido hasta Mesoamérica (Snarskis 1981), o incluso a lo largo de toda el Área Intermedia (Myers 1978), pero es necesario analizar con mayor detalle estas proposiciones basadas únicamente en frecuencias absolutas.

La larga extensión del período y la escasez de información en ciertas zonas limitan la posibilidad de abordar uno de los temas principales, el desarrollo de la sociedad de rango. Los problemas de conservación y la falta de dataciones siguen siendo un impedimento. Así mismo, es necesario evaluar con mayor profundidad, respecto al sur de América Central, el modelo de fisión y evolución local de los grupos que lingüísticamente pertenecían a la estirpe chibchense. La presencia panregional de un horizonte de cerámica bicroma en zonas da un apoyo inicial al modelo, pero no se ha hecho un acercamiento integral a la temática.



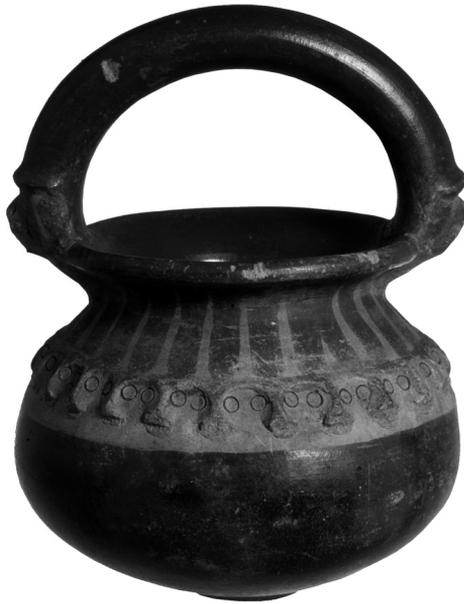


Figura 10. a. Vasija bicroma, complejo cerámico Aguas Buenas, 300 a. C.-800 d. C., subregión Diquís. b. Vasija bicroma, complejo cerámico El Bosque, 300 a. C.-300 d. C., subregión Caribe Central.

LA SOCIEDAD CACICAL (300-800 D. C.)

Para este período ya se considera consolidado el nivel de organización cacical, y son también más marcadas las diferencias regionales. Luego de las similitudes interregionales de los períodos anteriores, en congruencia con el modelo de evolución desde un ancestro común, la permanencia de los grupos en territorios cada vez más delimitados habría ido configurando diferencias e identidades locales.

En regiones como el Caribe central, donde fue considerado inicialmente como transicional o antesala de los cacicazgos tardíos, este período más bien puede representar uno de los momentos de florecimiento de los asentamientos complejos. En el noroeste la presencia de cementerios, que solo fue posible construir con un enorme esfuerzo comunal, y la diversidad de ofrendas funerarias, constituyen argumentos a favor de este nivel de organización (Guerrero et ál. 1994), aunque los sitios habitacionales aún no han sido bien estudiados. La excepción es el sureste (subregión Diquís), donde se da una continuidad desde el período anterior, en un raro caso de estabilidad cultural.

La obtención de bienes de prestigio traídos desde otras zonas, y su manufactura local, reservadas para dirigentes, son mucho más frecuentes en este período. Destacan los objetos en jade obtenidos en tierras mayas, y sus contrapartes locales en diferentes piedras verdes, que continuaron jugando un papel central como símbolo de rango, aunque su uso declinaría hacia el final del período. Jades mayas, decorados con glifos y dibujos, muchos de los cuales fueron retrabajados con estilos locales, muestran claramente la preeminencia de las cosmovisiones locales. El oro está presente en contadas ocasiones en el noroeste y en la región Central, pero no en el Diquís, aunque esta subregión, en el siguiente período, se convertiría en el foco de producción de objetos de metal.

En el noroeste la información sobre espacios domésticos es escasa y no hay datos claros sobre la forma y la distribución de las viviendas. En los sitios Vidor, Nacascolo (Bahía Culebra) y Bolívar (Tilarán) se encontraron hornos circulares, hornillas elipsoidales, pisos de arcilla y huellas de postes de viviendas circulares. En varios lugares, en la zona entre Bagaces y Cañas, se excavaron hornos, usados al parecer para la cocción de cerámica (Guerrero y Solís 1997); pero el tamaño y configuración de los asentamientos no se conoce. Llama la atención la ausencia de estructuras, que supone un contraste notable con el patrón funerario.

Los enterramientos se ubicaron en zonas planas, no lejos de las áreas habitacionales, y destacan por su volumen y la complejidad de sus construcciones. El más común corresponde a individuos en posición flexionada, enterrados en montículos, por lo general circulares, de gran tamaño (hasta 5 m de altura, y de 15 a 100 m de diámetro), contruidos con cantos rodados o bloques de ignimbrita angulosa, y cuya construcción exigió un gran esfuerzo colectivo, en consonancia con un nivel de organización cacical (Guerrero et ál. 1990; Guerrero et ál. 1994; Norr 1986). Otros enterramientos, más sencillos fueron empedrados a nivel del suelo con fosas individuales y fosas sin marcadores superficiales. Una variante fueron las urnas funerarias con individuos cremados y ofrendas de objetos de jade y navajas de obsidiana, en el sitio Los Inocentes, en el piedemonte del volcán Orosi, y las urnas con infantes sin cremar en el sitio costero de Vidor (Abel-Vidor et ál. 1987; Guerrero y Solano 1993) (figura 11).

En grandes montículos, como el registrado en Monte Sele, Bagaces, se encuentran pilares monolíticos, tal vez como marcadores funerarios. Las ofrendas fueron vasijas con decoración bicroma y policroma e incisa, predominantemente; metates ceremoniales, hachas, pulidores, objetos de jade y otras piedras verdes. Una ofrenda particular fueron las navajas de obsidiana, que habrían sido obtenidas por intercambio con fuentes en Honduras y Guatemala.



Figura 11. Enterramientos, sitio Orocú, período Bagaces, 300-800 d. C., subregión Guanacaste.

En el sitio Finca Linares se encontraron diferencias en los ajuares presentes en tres sectores excavados dentro de un mismo espacio funerario, que se relacionaron con la jerarquía social. De acuerdo con Herrera (1998), un primer sector con individuos adornados con piedra verde y metal (tumbaga o guanín), metates esculpidos y vasijas policromas, refleja un nivel jerárquico más alto, por contraste con un segundo sector, con personas acompañadas de ofrendas escasas y de menor calidad. En un tercer sector se encontraron objetos de lutita silificada en proceso de manufactura, núcleos y utensilios para tallar piedra; este se consideró el instrumental de un especialista del trabajo en este material.

Aun cuando existe contada evidencia directa, la gran cantidad de manos, metates y otros instrumentos sugiere que el maíz y los frijoles fueron cultivos principales, complementados con tubérculos y palmas. Con respecto a la caza, hay restos faunísticos de venado de cola blanca, zaínos, garrobos, pavones, iguanas y tortugas terrestres. Hay un notable aumento de la extracción de moluscos de manglares y de sustratos costeros rocosos y arenosos de diferente profundidad. La pesca de especies como atunes, tiburones, jureles y pargos se realizó en ambientes de bahía, arrecifes, estuarios y en mar abierto (Gutiérrez 1998). Los desechos de estas actividades de subsistencia, junto con fragmentos de cerámica, se amontonaban cerca de las viviendas, formando cúmulos de

basura o “concheros”. Es posible que las prácticas de sobreexplotación de los suelos y las condiciones climáticas adversas, como las sequías, motivaran el abandono de ciertas áreas en el interior, por ejemplo la zona entre Cañas y Liberia, y el desplazamiento de su población hacia las costas y las tierras altas.

Durante este período aumenta la producción de cerámica con decoración bicroma y policroma (tres o más colores) y con líneas incisas. Además de los motivos locales predominantes, se encuentran algunas asociaciones iconográficas con los mayas (por ejemplo, el tipo cerámico Galo Policromo).

Hay mayor información sobre los asentamientos de la región Central. En este período se registran sitios con montículos y basamentos circulares y rectangulares de viviendas, que fueron delimitadas con cantos rodados, así como calzadas o caminos empedrados. En la subregión Central Pacífica las viviendas tenían pisos y fogones de arcilla quemada, y paredes de caña cubiertas del mismo material (Blanco y Salgado 1978; Guerrero 1980; Herrera et ál. 1990). En contraste, varios sitios ubicados en el manglar de Tivives, en el Pacífico central, se caracterizan por la presencia de montículos artificiales sin basamentos o muros de contención de cantos rodados. En el sitio La Malla se detectó un fogón y la presencia de estructuras circulares fabricadas con fragmentos de vasijas, conchas desechadas y arcilla, cuya función pudo ser la de reservorios de agua dulce (Quintanilla 1990).

Vázquez (2002:361) considera que, respecto de la subregión Caribe Central, se ha subestimado la importancia de esta ocupación (fase La Selva). Una prospección y evaluación del piso del valle de Turrialba estableció que este es el período de mayor ocupación, con base en el número de sitios, la densidad y la distribución de la cerámica. Por su parte, Hurtado (1988:55) considera que Guayabo, uno de los asentamientos más complejos estudiados en Costa Rica, floreció en este período. En concordancia, un estudio de polen en núcleos de sedimentos, en la laguna Bonillita, sugiere que el período entre 1100 y 1300 AP (650-850 d. C.) fue el más significativo en la expansión de la población local y en la limpieza de terrenos en la cuenca de la laguna. Los diagramas muestran la presencia de una secuencia de picos grandes de esporas de helechos, carbón, dos picos cercanos de maíz y un amplio pico de *Gramineae*, que marcarían un período de limpieza del bosque y la expansión de la actividad agrícola (Northrop y Horn 1996:297).

La subsistencia giró alrededor del maíz como producto principal, aunque siempre complementado por otras prácticas vegetadoras, la caza y la pesca. En varios sitios, como La Fábrica, se han recuperado semillas de maíz, frijol y palmas, así como huesos de venado y vértebras de pescado. En los sitios ubicados cerca de Tivives, las actividades de subsistencia estuvieron relacionadas con la utilización de los recursos del manglar, en especial moluscos como la piangua (*Anadara* sp.), que fueron consumidos en grandes cantidades.

Con respecto al patrón funerario, en la subregión Central Pacífica se encuentran fosas de forma circular, de fondo cóncavo o “paila”, donde se colocaban los individuos extendidos o flexionados. Sobre estas se acumulaban cantos rodados que podían formar pequeños túmulos sobre el terreno. Una particularidad notable es el quebrado o “matado” ritual sobre la fosa de gran cantidad de vasijas ovoides de soportes altos, que se observa en sitios como Zapote-2, Pesa Vieja, Rincón y La Chácara (Acuña 1984; Artavia y Hernández 1990; Herrera 1997; Snarskis y Guevara 1987). En la subregión Caribe continúan, provenientes del período anterior, los enterramientos llamados “de corredor”, pero se dieron otras maneras de sepultura. En cementerios como el del sitio Liceo se encuentran túmulos bajos, con acumulaciones irregulares de cantos rodados, de configuración circular, que cubren conjuntos de ofrendas; sin embargo, la ausencia de restos óseos y de marcas de fosas en el terreno limita la interpretación de la disposición de los individuos. También se han documentado tumbas en forma de cajón, forradas con piedras redondeadas de río (Gutiérrez y Badilla 1990; Snarskis 1978). El conjunto de ofrendas funerarias continúa desde el período anterior e incluye objetos de cerámica bicroma e incisa, metates (incluidos los de panel colgante) y objetos de jade o piedra verde.

La cerámica de la región Central incluye vasijas en las que predomina la decoración modelada e incisa (figura 12). En algunos tipos aún persiste la bicromía en zonas, pero también hay ejemplos de pintura negativa y tricromía. Hay figurillas antropomorfas y zoomorfas (tipo Santa Clara) con representaciones de mujeres con niños, personajes con elaborados tocados y guerreros con cabezas-trofeo, que permiten una mejor comprensión de los diferentes sujetos y de su papel en la sociedad jerárquica de la época. En la estatuaria destacan figuras humanas con máscaras de lagarto y metates con forma de jaguar y con otros motivos decorativos. Ciertos animales, por ejemplo felinos, aves y saurios, posiblemente por su valor simbólico en la mitología de los grupos, eran venerados y representados con mayor frecuencia.

En la subregión Diquís, en contraste con las otras, no se han registrado diferencias marcadas con el período anterior. La continuidad en los conjuntos cerámicos, que destacan por la bicromía en zonas, permite establecer la tradición Aguas Buenas como un ejemplo extremo de la estabilidad que tuvo lugar en el sur de América Central. En un largo período de más de mil años no se pueden establecer cambios notables en la cultura material, aunque se dé por hecho un crecimiento de la población y una mayor complejidad de la organización social en esta segunda mitad. Este aumento de la complejidad se propone en razón de la aparición de algunos “centros de poder”, como los sitios Barriles, en Panamá Oeste, y Bolas, en la subregión Diquís, que destacan por su tamaño y por la presencia de montículos, áreas extensas de ocupación, cilindros o “barriles” de piedra (figura 13), petroglifos

de diseño complejo y esferas de piedra, características que los hacen contrastar con asentamientos que apenas cuentan con depósitos de material cerámico y lítico (Corrales 2002; Drolet 1983; Haberland 1976; Laurencich y Minelli 1963; Linares y Ranere 1980). Del sitio Barriles provienen las conspicuas estatuas de “hombre sobre esclavo”, que se pueden considerar como representaciones de estratificación social, en particular aquellas en las que un individuo, con sombrero cónico y collar con colgante, está a horcajadas sobre otro, que no tiene ningún tipo de ornamento o vestuario. Otras estatuas corresponden a personajes que sostienen cabezas-trofeo. Al parecer, tomar la cabeza de los enemigos durante los conflictos bélicos o ceremonias especiales fue una práctica extendida en el ámbito regional.



Figura 12. Vasija trípode, complejo cerámico Curridabat, 300 - 800 d. C., subregión Central Pacífica.

La información funeraria sigue siendo escueta. Por la ausencia de cementerios bien definidos se ha propuesto que los enterramientos se realizaban dentro de las viviendas. En sitios como Batambal, en el delta del Diquís, se han encontrado vasijas completas, pero no resulta clara su función funeraria. Hay reportes no confirmados de sepulturas en pequeñas colinas, donde se habrían colocado ofrendas de cerámica, metates ovalados y, en casos muy contados, objetos tallados en piedras verdes, como cuentas y colgantes.



Figura 13. Cilindro o barril de piedra, 300 a. C. - 800 d. C., subregión Diquís.

Se propone que existió una agricultura mixta, de maíz, tubérculos y árboles frutales, que se complementó con la caza y la pesca, como en el período anterior. En las costas se utilizaron los recursos marinos, y en especial la recolección de moluscos fue un complemento de las prácticas agrícolas. La pesca en áreas costeras incluyó especies de mar abierto, y se debió de contar con embarcaciones, arpones, redes y anzuelos para capturarlas (Hoopes 1996; Quintanilla 1992).

La cerámica bicroma en zonas, con decoración plástica y modelados zoomorfos, que tuvo una amplia distribución en el sur de América Central durante el período anterior, continúa en uso en Gran Chiriquí, después de que declinó en otras zonas. Se ha planteado (Linares y Ranere 1980) que algunos tipos, como Bugaba Esgrafiado, son un marcador temporal de esta fase, pero los datos en diferentes depósitos estratigráficos no son concluyentes (Corrales 2000).

Este período aún presenta claroscuros. En la región Central, la propuesta de que los sitios alcanzaron un gran desarrollo se fundamenta en la mayor presencia de cerámica

de esta época, pero todavía no se ha encontrado un sitio con arquitectura compleja que se asocie únicamente a este período. En el noroeste, los estudios de asentamientos habitacionales son aún una asignatura pendiente. Ahí también se notan influencias provenientes de Mesoamérica, sobre todo en la cerámica y en la presencia de objetos de jade mayas, que hacen necesario indagar con mayor detalle sobre la naturaleza de las relaciones con esa área cultural. Para el sureste, la ocupación inusualmente larga aguarda mayores refinamientos que permitan establecer divisiones o entender cómo la zona estuvo ajena a cambios marcados, tal vez debido al aislamiento.

CACICAZGOS TARDÍOS (800-1500 D. C.)

Luego de 800 d. C., el registro arqueológico muestra asentamientos principales con obras de infraestructura masivas que implicaron la movilización de una gran cantidad de fuerza de trabajo y una planificación previa. Hay un gran número de cementerios, simples y complejos, y diversidad de bienes domésticos y suntuarios. Estos sitios habrían funcionado como centros de poder que competían por recursos o prestigio, y que dominaban grandes territorios. Además, controlaban el intercambio regional, y en especial el de bienes suntuarios, que provenían de grupos ubicados a larga distancia, por diferentes medios. Para el siglo XVI las fuentes etnohistóricas reportan la presencia de cacicazgos regionales y de confederaciones territoriales. Existían caciques principales que habrían controlado territorios amplios, con cacicazgos menores subordinados (Abel-Vidor 1981; Corrales 2006b; Ibarra 1990).

La continuidad de las ocupaciones que se propone en general para el sur de América Central tendría su excepción en el noroeste, con el arribo, a partir de 800 d. C., de poblaciones provenientes de Mesoamérica, luego de un largo recorrido por la costa pacífica centroamericana, en el que pudieron perder algunos elementos típicos de la cultura mesoamericana. Los chorotegas, como fueron conocidos en la Conquista, se habrían impuesto sobre las poblaciones locales, pero sin desplazarlas totalmente, y establecieron una dinámica compleja, que pudo incluir la mezcla, la subordinación o la ubicación en zonas periféricas (Vázquez et ál. 1994). Lo anterior se presume puesto que, aunque se notan cambios, en especial en el ámbito ideológico (religión, arte), reflejados en la iconografía de ciertos tipos cerámicos, faltan elementos como las plataformas y el juego de pelota, y persiste una base local en aspectos como la subsistencia, la estatuaria y las formas circulares de las viviendas.

Hay una importante ocupación costera en el noroeste durante este período, con asentamientos que llegan a medir hasta 10 ha. Ya en el período anterior se había documenta-

do una considerable ocupación de los valles costeros, que se acentúa en este período. En los sitios Nacascolo y Papagayo se excavaron casas circulares, con basamentos formados con cantos rodados, de hasta 25 m de diámetro. Estas viviendas habrían tenido pisos de arcilla quemada, y las paredes de las viviendas tenían recubrimientos de arcilla, de los cuales se encuentran fragmentos con impresiones de caña (Baudez et ál. 1992; Vázquez et ál. 1994).

Los fértiles valles costeros y las tierras asociadas al río Tempisque, el más largo y caudaloso de la región, habrían sostenido una agricultura basada en el maíz y en cultivos asociados (frijoles, ayotes y otros). Las ocupaciones costeras, además, practicaron la pesca y la recolección de moluscos, de manera intensiva. Los desechos se acumulaban en los llamados “concheros”, depósitos de basura que llegaron a formar montículos compuestos de conchas, huesos de animales terrestres, aves y peces, cerámica fragmentada y restos líticos (Gutiérrez 1993; Lange 1976). También existían lugares especializados en la extracción de sal, como el sitio Salinas, y se habría intercambiado esta sustancia con grupos de tierra adentro (Bonilla y Calvo 1990). La composición ósea de los individuos encontrados en cementerios costeros refleja el patrón de gran consumo de recursos marinos, aun cuando el maíz siguió siendo un componente principal de la dieta (Norr 1991).

Los cementerios no presentan construcciones en piedra, y habrían constado de fosas en terrenos planos, junto a fuentes de agua tanto dentro como fuera de las áreas habitacionales. Pudo haber estructuras culinarias asociadas al ritual mortuorio, como en el sitio La Ceiba, a orillas del río Tempisque (Guerrero et ál. 1988). Los enterramientos pueden combinar individuos articulados extendidos (es lo más frecuente), o flexionados, junto a otros inarticulados, que podrían sugerir algún culto a los ancestros. Se colocaron abundantes y elaboradas ofrendas de cerámica, en las que sobresale la policromía; y también objetos de piedra, entre los que destacan los “metates zoomorfos”, que continúan la larga tradición de manufactura de este tipo de artefactos (Baudez 1967; Blanco et ál. 1988; Hardy 1992).

La cerámica policroma del noroeste, por su calidad y acabado, fue un estimado producto de intercambio en el ámbito inter y extrarregional. Es frecuente encontrarla en los asentamientos y cementerios de la región Central, a la cual habría llegado por varias posibles rutas. Aunque la cerámica incorporó motivos de inspiración mesoamericana, lo cierto es que la mayor parte de la decoración es local. Entre los motivos mesoamericanos han sido identificados la serpiente emplumada, deidades asociadas a la guerra y al agua (Tlaloc) y otros (Abel Vidor et ál. 1987; Baudez 1967; Lothrop 1926).

Para la región Central, dentro de la continuidad de ocupación que se propone con respecto a los períodos anteriores, los principales sitios arqueológicos se pueden catalo-

gar como verdaderas ciudadelas, con regularidades en su diseño que indican un grado de planificación previa. Por lo general, presentan sectores centrales y periféricos, que alcanzaron extensiones entre 5 y 10 ha. En el sector central se encuentran montículos circulares con paredes de piedra, de hasta 2,5 m de altura, con dos o más rampas o graderías de acceso. Sobre estas elevaciones se ubicaron viviendas que, siguiendo los datos de los cronistas y el patrón etnográfico de grupos indígenas bribris y cabécares, pudieron ser circulares y cónicas. En el mismo sector, o en áreas aledañas, se ubican basamentos y montículos circulares y rectangulares más bajos, construidos con piedras de río. Calzadas internas pueden rodear los montículos principales o conectar los diferentes sectores. Otras calzadas, de varios metros de ancho y varios kilómetros de extensión, conectaban con otros asentamientos principales o subordinados, o con fuentes de materia prima, lo cual indica la presencia de redes territoriales. Se conocen más de veinte sitios con estas características. Como ejemplos se pueden mencionar Pozo Azul y Lomas Entierros, en el Pacífico central; La Fábrica y Aguacaliente, en el valle central; Guayabo y Ta'lari, en el valle de Turrialba; Cubujuquí y Cutris, en las llanuras del norte; y Las Mercedes, Nuevo Corinto y La Cabaña, entre muchos otros, en las llanuras del Caribe central. En el sitio Guayabo hubo un notable manejo del recurso hídrico, por medio de acueductos, puentes y estanques (Aguilar 1972; Corrales 1992; Corrales y Gutiérrez 1988; Gutiérrez y Mora 1990; Hartman 1901; Hurtado y Gómez 1987; Snarskis 1978; Solís y Herrera 1992; Vázquez 1985) (figura 14).



Figura 14. Vista de basamento circular, sitio Agua Caliente, 800-1500 d. C., región Central.

Estos sitios han sido considerados centros de organización económica y política, y representativos de un aumento de la población y de su concentración en tales centros, lo cual también obedecía a razones estratégicas, como parte de una “balcanización” de la sociedad (Snarskis 1981). Vázquez (2002) considera que en el caso del valle de Turrialba la evidencia indica más bien una declinación de la población en ese período, con base en las densidades cerámicas.

A pesar de la importancia del maíz, del cual se han recuperado bastantes restos, las raíces, tubérculos y árboles fueron abundantemente utilizados, como lo testimoniaron los españoles con sus reportes sobre las extensas plantaciones de pejibayes (*Bactris gasipaes*) de las llanuras del Caribe. Todo un instrumental agrícola, que incluía hachas pulidas y lasqueadas, cuñas, cinceles, martillos, cuchillos, manos, metates y otras herramientas, da cuenta del clareo de los bosques y de la preparación de los cultivos.

Los cementerios contaron con una configuración espacial y una disposición de las tumbas que pueden asociarse a unidades sociales bien diferenciadas. Podían encontrarse cerca del área central de los asentamientos, o en zonas aparte, en montículos artificiales o en terrenos planos, sin marcadores superficiales. Las llamadas “tumbas de cajón” fueron construidas con lajas o cantos rodados, y albergan individuos extendidos, en ocasiones junto a otros desarticulados (figura 15). Vasijas de cerámica modelada o bicroma local, y objetos de piedra, son las ofrendas más comunes, y ocasionalmente se encuentran figuras de oro. Además, es muy frecuente encontrar vasijas asociadas a varios tipos policromos de Guanacaste, especialmente Mora Policromo (Blanco 1986; Hartman 1901; Snarskis 1978; Vázquez 1981, 1984). La cerámica bicroma y tricroma, con líneas de pintura negra, roja, amarilla o blanca, es más frecuente en la subregión Caribe y en el valle central que en el Pacífico Central, lo cual puede estar relacionado con la proximidad a ciertos centros de fabricación, o bien con diferencias étnicas.

La variada y rica estatuaria de este período, que continúa desde el anterior, incluye estatuas de guerreros que sostienen cabezas-trofeo y hachas, y también incluye cabezas-retrato y hombres acuclillados, que se identifican como chamanes fumando tabaco. También es abundante la producción de mesas con ornamentación de felinos y cabezas-trofeo, lápidas o tapas de tumbas, y metates zoomorfos. La belicosidad que reflejan las esculturas de guerreros con cabezas-trofeo, posibles retratos de personajes particulares, es una poderosa imagen que pudo tener una función ideológica de intimidación y dominación. El culto de las cabezas-trofeo está presente desde períodos tempranos y muestra que los conflictos eran frecuentes en los cacicazgos de la época, lo que habría favorecido el centralismo. Los españoles fueron testigos y sacaron ventaja de los conflictos entre cacicazgos.



Figura 15. Tumbas de “cajón”, sitio La Itaba, 800-1500 d. C., región Central.

La situación en el sureste (subregión Diquís) muestra claramente un crecimiento de la población en este período, con un aumento notable en el tamaño y en la complejidad del diseño de los asentamientos, luego de la larga “tradición” Aguas Buenas. En las tierras aluviales asociadas al río Térraba y a sus principales tributarios se desarrollaron sitios principales que alcanzaron extensiones de hasta 30 ha, como por ejemplo Rivas, Murciélago, Curré y Finca 6. Las áreas nucleadas de estos sitios presentan basamentos habitacionales de forma circular, con empedrados asociados, calzadas, basureros, montículos habitacionales y funerarios (figura 16). Los sitios más complejos han sido considerados sectores residenciales, con diferentes niveles de integración comunal (Corrales 1989; Drolet 1983; Haberland 1976; Quilter y Blanco, 1995).

Al igual que en las otras regiones, en los suelos fértiles aluviales se dio una agricultura intensiva alrededor del maíz, hubo cultivos asociados, como frijoles, ayotes y algodón, y se utilizaron palmas como el coyol y la palma real, y árboles como el guapinol y el nance. Todo un sistema de comunicación, que utilizaba el río Térraba y sus tributarios, permitió el intercambio de productos, desde la costa hasta las tierras altas, entre diferentes territorios cacicales.

Los cementerios de este período tienden a ubicarse en las cimas de lomas o en terrazas altas con vista a cauces principales, lo que pudo obedecer a creencias específicas. Pueden ser montículos circulares o rectangulares, y hay además diferencias en su complejidad y

tamaño. Los cementerios complejos estaban conformados por un gran montículo o varios montículos asociados, con paredes de cantos rodados, que contenían un gran número de tumbas. Las ofrendas abarcaron vasijas policromas, cerámica “galleta”, vasijas trípodas, metates zoomorfas y objetos de oro, tumbaga y resina. Los denominados cementerios simples constan de un solo montículo con pocas tumbas y ofrendas más sencillas.



Figura 16. Vista de muro de piedras, sitio Finca 6, 800-1500 d. C., subregión Diquís.

Un elemento que proviene del período anterior son las notorias esferas de piedra, que se colocaban en grupos en las áreas abiertas o plazas de aldeas principales, especialmente las ubicadas en la planicie del delta del Diquís. Se presume que las esferas fueron utilizadas como símbolos de rango y marcadores territoriales, pero no se descarta un eventual significado astronómico asociado con el ciclo agrícola (Corrales y Badilla 2005; Lothrop 1963; Quintanilla 1992). La estatuaria también incluye esculturas zoomorfas de bulto y esculturas antropomorfas, en algunos casos de gran tamaño, con una espiga o base para colocarlas verticalmente. Las esculturas antropomorfas, junto con las esferas, habrían sido elementos de prestigio público y colectivo,

a diferencia de los ornamentos de oro o cerámicas especiales, que reflejaron más la posición individual (Quintanilla 2002:52) (figura 17).

La cerámica tuvo variedad de formas, estilos y técnicas decorativas. Se destacaba el uso de la policromía (crema, rojo y negro), las vasijas ovoides de soportes altos en forma de pez o reptil, y la cerámica “galleta”, que sobresale por sus formas elegantes y por la delgadez de sus paredes. En la subregión Diquís, la orfebrería se inicia tarde (luego de 700 d. C.), pero alcanza un gran auge en la manufactura de objetos de oro y guanín, por la presencia de arenas auríferas en los ríos y quebradas de la península de Osa. Durante los siglos XIX y XX se dieron verdaderas “fiebres del oro”, que dejaron pocos contextos intactos para los arqueólogos. En los estilos locales del Diquís destacan las figuras humanas con adición de motivos zoomorfos, tal vez representaciones de chamanes, los ornamentos martillados (discos, pectorales, diademas) y las figuras articuladas (Fernández 2004:48). Estos ornamentos variaron en su número y fineza dentro de los cementerios, y constituyen un claro indicador de diferenciación social (Drolet 1983; Laurencich y Minelli 1966; Lothrop 1963; Quilter y Blanco 1995; Stone 1966, 1988) (figura 18).



Figura 17. Esferas de piedra, sitio Finca 6, 800-1500 d. C., subregión Diquís.



Figura 18. Disco de oro, 800-1500 d. C., subregión Diquís.

Este período muestra una complejización marcada, que se evidencia también en los reportes de los cronistas. Sin embargo, se debe prestar mayor atención a los procesos particulares en cada región, en temas como la complejización social y su contraparte arqueológica, y no presuponer que en todos tuvo lugar la misma organización; así mismo, falta investigar cómo variaron las fronteras de regiones arqueológicas a través del tiempo. Otro tema es el rol del intercambio y de la adquisición de bienes exóticos en la consolidación del poder cacical. El denominado Período de Contacto ha sido poco estudiado, y es crucial para entender la transición a la nueva condición generada por la Conquista.

COMENTARIO FINAL

La definición del Área Intermedia como subproducto de la demarcación de las áreas culturales de los Andes y Mesoamérica le restó coherencia, y finalmente redundó en que fuera considerada un corredor de ideas, objetos e incluso gente entre las áreas nucleares. Durante varias décadas predominaron los enfoques difusionistas, y el sur de América Central fue considerado una zona “pasiva”, que habría funcionado como frontera marginal, periferia o mero recipiente de influencias culturales de Mesoamérica y Suramérica (Bauz 1970; Johnson 1963; Lothrop 1926, 1963; Stone 1972, 1977).

Los modelos propuestos a partir de los ochenta criticaron esta visión y propusieron alternativas como modelos de cadena y esferas de interacción para la transmisión y adopción de técnicas e ideas (Abel-Vidor 1981; Bray 1984; Hoopes 1987; Lange 1992; Myers 1978). El sur de América Central y el Área Intermedia, ahora región Chibcha Chocó o Istmo-Colombiana, se comenzaron a ver, desde su individualidad cultural y adaptabilidad, como el estímulo primario para el desarrollo y como un centro temprano de innovaciones tecnológicas (Bray 1984; Hoopes 1987, 1992; Linares 1979; Sheets 1992).

Los datos obtenidos por genetistas y lingüistas apoyaron la idea de que en la zona se había dado un proceso de desarrollo autóctono. Adicionalmente, este proceso implica que las poblaciones descendientes de un ancestro común tendrían que generar secuencias culturales evolutivas. Así mismo, se podrían establecer relaciones directas entre grupos indígenas contemporáneos y arqueológicos. Sobre este punto, Barrantes (1993:22) ha señalado que la evolución biológica de los grupos está ligada al cambio cultural, una coevolución a través del tiempo de variables culturales y biológicas.

Lo anterior no implica negar el papel de los factores externos, ni que todo se explique por el desarrollo local, pero se debe analizar la importancia de esos factores por período y región, y cómo se integraron en la base local. Ya Bray (1984:376) había señalado que cuando el préstamo ocurre, lo que se toma es la tecnología, con poca copia directa. Los estudios sobre el papel de las redes de intercambio y sobre los contactos en zonas limítrofes aún deben emprenderse de manera integral, e igualmente sobre las migraciones de gentes, como en el caso de la Gran Nicoya, cuya dinámica es aún objeto de investigación.

El modelo de evolución local ha arrojado nueva luz sobre la arqueología de Costa Rica, y hace más sentido de los rangos tan prolongados que se han propuesto para las distintas fases y períodos de ocupación. Aunque persisten limitaciones en la distinción del cambio, ahora se entiende mejor que en ciertas zonas este fuera gradual y por lo tanto las fases se extendieran durante varios siglos. También se entienden mejor las conexiones entre períodos, aunque no siempre el encadenamiento está claro, y todavía es objeto de estudio.

Finalmente, un aspecto a resaltar es la continuidad cultural, que implica la nueva perspectiva de desarrollo local y la relación entre poblaciones indígenas precolombinas y actuales, y por extensión con la población mestiza. Esta ligazón tiene dimensiones prácticas en la defensa de los derechos de los indígenas, particularmente el resguardo de territorios ancestrales. La conexión de la población mestiza con la “historia profunda” de Costa Rica permite incidir en la construcción de identidad nacional y regional, así como en la protección del patrimonio.

REFERENCIAS

Abel-Vidor, Suzanne

1981 Ethnohistorical Approaches to the Archaeology of Greater Nicoya. En *Between Continents/Between Seas: Pre-Columbian Art of Costa Rica*, editado por Elizabeth Benson, pp. 85-92. The Detroit Institute of Arts, Detroit.

Abel-Vidor, Suzanne, Claude Baudez, Ronald Bishop, Leidy Bonilla, Marlin Calvo, Winifred Creamer, Jane Day, Juan V. Guerrero, Paul Healy, John Hoopes, Frederick W. Lange, Silvia Salgado, Robert Stoessner y Alice Tillet.

1987 Principales tipos cerámicos y variedades de la Gran Nicoya. *Vínculos* 13(1-2):35-317.

Acuña, Víctor

1983 Florencia-1, un sitio pre-cerámico en la vertiente atlántica de Costa Rica. *Vínculos* 9(1-2):1-14.

1984 Sitio arqueológico Zapote-2: valle de Turrialba. *Revista de Ciencias Sociales* 1:95-100.

1985 Artefactos microlíticos de Turrialba relacionados con procesamiento de tubérculos. *Vínculos* 11(1-2):31-46.

2002 Cronología y tecnología lítica en el valle de Turrialba. *Vínculos* 25(1-2):41-76.

Aguilar, Carlos

1972 *Guayabo de Turrialba: arqueología de un sitio indígena prehispánico*. Editorial Costa Rica, San José.

Artavia, Javier, y Cristina Hernández

1990 *El Rincón: un cementerio de la fase Curridabat*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

Baldi, Norberto

2001 *Black Creek (Cat UCR N° 467): Primeras interpretaciones arqueológicas de un modo de vida costero en el Caribe sur de Costa Rica*. Tesis de grado, Escuela de Antropología y Sociología, Universidad de Costa Rica, San José.

Barrantes, Ramiro

1993 *Evolución en el trópico: los amerindios de Costa Rica y Panamá*. Universidad de Costa Rica, San José.

Barrantes, Ramiro, Peter E. Smouse, Harvey W. Mohrenweiser, Henry Gershowitz, Jorge Azofeifa, Tomas D. Arias y James V. Neel

1990 Microevolution in Lower Central America: Genetic Characterization of the Chibcha-speaking Groups of Costa Rica and Panama, and a Consensus Taxonomy Based on Genetic and Linguistic Affinity. *American Journal of Human Genetics* 46:63-84.

Baudez, Claude

1967 *Recherches archeologiques dans la vallée du Tempisque Guanacaste*, Costa Rica. Travaux & Memoires de l'Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine vol. 18, Paris.

- 1970 *Central America*. Barrie and Jenkins, London.
- Baudez, Claude, Sophie Lalignant, Nathalie Borgnino y Valérie Lauthelin
 1992 *Papagayo: un hameau précolombien du Costa Rica*. Recherche sur les Civilisations, Paris.
 1993 *Investigaciones arqueológicas en el delta del Diquís*. Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, D.F.
- Blanco, Aída
 1986 Arqueología de salvamento del sitio C39-EC Ochomogo. *Journal of the Steward Anthropological Society* 14(1-2):269-280.
- Blanco, Aída, Juan Vicente Guerrero y Silvia Salgado
 1988 Patrones funerarios del policromo medio en el sector sur de la Gran Nicoya. *Vínculos* 12(1-2):135-137.
- Blanco, Aída, y Silvia Salgado
 1978 Rescate arqueológico del sitio 26-CN, Barreal de Heredia. En *Memoria del Congreso sobre el Mundo Centroamericano de su Tiempo (V Centenario de Gonzalo Fernández de Oviedo)*, editado por Gabriel Ureña, pp. 113-138. Texto, San José.
- Bonilla, Leidy, y Marlin Calvo
 1990 *G-227-Salinas: un sitio de extracción de sal marina en Guanacaste*. Tesis de grado, Escuela de Antropología y Sociología, Universidad de Costa Rica, San José.
- Bray, Warwick
 1981 Gold Work. En *Between Continents/Between Seas: Pre-Columbian Art of Costa Rica*, editado por Elizabeth Benson, pp. 153-166. The Detroit Institute of Arts, Detroit.
 1984 Across the Darien Gap: A Colombian View of Isthmian Archeology. En *The Archaeology of Lower Central America*, editado por Fred Lange y Doris Stone, pp. 305-338. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Castillo, Dalia, Eduardo Castillo, Myrna Rojas y Carlos Valdeperas
 1987 *Análisis de la lítica lasqueada del sitio 9-FG-T, un sitio paleoindio en Turrialba*. Tesis de grado, Escuela de Antropología y Sociología, Universidad de Costa Rica, San José.
- Chávez, Sergio, Óscar Fonseca y Norberto Baldi
 1996 Investigaciones arqueológicas en la costa caribe de Costa Rica, América Central. *Revista de Arqueología Americana* 10:123-161.
- Constenla, Adolfo
 1991 *Las lenguas del Área Intermedia: Introducción a su estudio areal*. Universidad de Costa Rica, San José.
- Cooke, Richard
 1984 Archaeological Research in Eastern Panamá. En *The Archaeology of Lower Central America*, editado por Fred Lange y Doris Stone, pp. 263-302. University of New Mexico Press, Albuquerque.

- 1992 Etapas tempranas de la producción de alimentos vegetales en la baja Centroamérica y partes de Colombia (región histórica Chibcha-Chocó). *Revista de Arqueología Americana* 6:35-70.
- 1995 Monagrillo, Panamá's First Pottery. *Summary of Research, with New Interpretations. En The Emergence of Pottery: Technology and Innovation in Ancient Societies*, editado por William Barnett y John Hoopes, pp. 169-184. Smithsonian Institution, Washington, D. C.
- Cooke, Richard, y Anthony Ranere
- 1992 The Origin of Wealth and Hierarchy in the Central Region of Panamá (12,000-2000 BP) with Observations on Its Relevance to the History and Phylogeny of Chibchan-speaking Polities in Panamá and Elsewhere. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred W. Lange, pp. 243-316. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.
- Corrales, Francisco
- 1989 *La ocupación agrícola temprana del sitio Curré, valle del Diquís*. Tesis de grado, Escuela de Antropología, Universidad de Costa Rica, San José.
- 1992 Investigaciones arqueológicas en el Pacífico central de Costa Rica. *Vínculos* 16(1-2):1-29.
- 2000 *An Evaluation of Long Term Cultural Change in Southern Central America: The Ceramic Record of the Diquís Archaeological Subregion, Southern Costa Rica*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Kansas, Lawrence.
- 2002 Rescate en Repunta. Reporte de excavación en el sitio El Cholo. *Vínculos* 25(1-2):97-122.
- 2006a Excavando Los Sueños, Pacífico central de Costa Rica. *Vínculos* 29(1-2):33-59.
- 2006b Arqueología y etnohistoria de los grupos indígenas del sureste de Costa Rica. *Revista del Archivo Nacional* LXX(1-12):147-148.
- Corrales, Francisco, y Adrián Badilla
- 2005 *Paisaje cultural. Delta del Diquís*. Museo Nacional de Costa Rica - Unesco, San José.
- Corrales, Francisco, y Maritza Gutiérrez
- 1988 Williamsburg: evaluación general de un sitio multicomponente del Atlántico central de Costa Rica. *Vínculos* 12(1-2):21-38.
- Drolet, Robert
- 1983 Al otro lado de Chiriquí. El Diquís: nuevos datos para la integración cultural de la región Gran Chiriquí. *Vínculos* 9(1-2):25-76.
- 1988 The Emergence and Intensification of Complex Societies in Pacific Southern Costa Rica. En *Archaeology and Art in Costa Rican Prehistory*, editado por Fred Lange, pp. 163-188. University of Colorado Press, Boulder.
- 1992 The House and the Territory: The Organizational Structure for Chiefdom Art in the Diquís Subregion of Greater Chiriquí. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 207-242. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.
- Fernández, Patricia
- 2004 *Oro precolombino de Costa Rica*. Fundación Museos del Banco Central, San José.
- Fonseca, Óscar
- 1992 *Historia antigua de Costa Rica: surgimiento y caracterización de la primera civilización costarricense*. Universidad de Costa Rica, San José.

- 1994 El concepto de Área de Tradición Chibchoide y su pertinencia para entender Gran Nicoya. *Vínculos* 18-19(1-2):209-228.
- 1997 La cerámica temprana de Costa Rica en el contexto del área histórica chibchoide (400-2500 A.P.). *Revista de Arqueología Americana* 13:41-68.
- 1998 El espacio histórico de los amerindios de filiación chibcha: el área histórica chibchoide. En *Congreso Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica y sus Fronteras*, editado por María Eugenia Bozzoli, Ramiro Barrantes, Dinorah Obando y Myrna Rojas, pp. 36-60. Universidad Estatal a Distancia, San José.

Fonseca, Óscar, y Richard Cooke

- 1994 El sur de América Central: Contribución al estudio de la historia antigua chibcha. En *Historia general de América Central*, editado por Robert Carmack, pp. 217-282. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José.

García, Joaquín

- 1979 *Una punta acanalada de la cueva de los Grifos, Ocozocoautla, Chiapas*. Cuaderno de trabajo No. 17, Departamento de Prehistoria, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.

Graham, Mark M.

- 1992 Art-tools and the Language of Power in Early Art of the Atlantic Watershed of Costa Rica. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 165-206. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Guerrero, Juan Vicente

- 1980 *La Fábrica: un sitio con rasgos arquitectónicos de la fase Curridabat (400-900 d. C.)*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.
- 1998 The Archaeological Context of Jade in Costa Rica. En *Jade in Ancient Costa Rica*, editado por Julie Jones, pp. 23-38. The Metropolitan Museum of Art, New York.

Guerrero, Juan Vicente, Aída Blanco y Silvia Salgado

- 1988 Patrones funerarios del Policromo Medio en el sector sur de la Gran Nicoya. *Vínculos* 12(1-2):135-157.

Guerrero, Juan Vicente, y Federico Solano

- 1993 *Informe de trabajos de campo en Los Inocentes, La Cruz, Guanacaste*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

Guerrero, Juan Vicente, y Felipe Solís

- 1997 *Los pueblos antiguos de la zona Cañas-Liberia, del año 300 al 1500 después de Cristo*. Museo Nacional de Costa Rica - Servicio Nacional de Aguas Subterráneas Riego y Avenamiento, San José.

Guerrero, Juan Vicente, Felipe Solís y Anayensy Herrera

- 1990 Zona arqueológica Cañas-Liberia: Planteamiento de un problema de investigación. *Vínculos* 14(1-2):67-76.

Guerrero, Juan Vicente, Felipe Solís y Ricardo Vázquez

1994 El período Bagaces (300-800 d. C.) en la cronología arqueológica del noroeste de Costa Rica. *Vínculos* 18-19:91-110.

Guerrero, Juan Vicente, Ricardo Vázquez y Federico Solano

1992 Entierros secundarios y restos orgánicos de ca. 500 a. C. preservados en un área de inundación marina, golfo de Nicoya, Costa Rica. *Vínculos* 17(1-2):1-52.

Gutiérrez, Maritza

1993 *El aprovechamiento de la fauna del sitio Nacascolo, Guanacastes*. Práctica dirigida para Licenciatura, Departamento de Antropología. Universidad de Costa Rica, San José.

1998 La ictiofauna del sitio arqueológico Nacascolo, Bahía Culebra, Guanacaste. *Vínculos* 22(1-2):157-187.

Gutiérrez, Maritza, y Adrián Badilla

1990 *Informe de labores de campo y excavaciones arqueológicas en el sitio Polideportivo B*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

Gutiérrez, Maritza, y Guiselle Mora

1990 Reconocimiento y evaluación exploratoria de un complejo arquitectónico localizado entre llanuras: Cubujuquí. *Vínculos* 14(1-2):105-119.

Haberland, Wolfgang

1976 Gran Chiriquí. *Vínculos* 2(1):115-121.

Hardy, Ellen

1992 *The Mortuary Behavior of Guanacaste-Nicoya: An Analysis of Precolumbian Social Structure*. Tesis doctoral, Department of Anthropology, University of California, Los Ángeles.

Hartman, Carl V.

1901 *Archaeological Researches in Costa Rica*. The Royal Ethnographical Museum, Stockholm.

Herrera, Anayensy

1997 *Juegos Nacionales Cartago 98: al encuentro con el pasado prehispánico. Informe de campo del rescate arqueológico y avance de laboratorio en el sitio Hacienda Molino, sector La Chácara*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

1998 Espacio y objetos funerarios en la distinción de rango social en Finca Linares. *Vínculos* 22(1-2):125-56.

Herrera, Anayensy, y Francisco Corrales

1997 *Rescate arqueológico del sitio Ni Kira (P-331NK), corredores de Puntarenas, Costa Rica*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

Herrera, Anayensy, Leyla Solano, Felipe Solís y Juan Vicente Guerrero

1990 *La ocupación aldeano cacical en el sitio La Fábrica, valle central, Costa Rica*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

Hoopes, John

- 1987 *Early Ceramics and the Origins of Village Life in Lower Central America*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge.
- 1991 The Isthmian Alternative: Reconstructing Patterns of Social Organization in Formative Costa Rica. En *The Formation of Complex Society in Southeastern Mesoamérica*, editado por William Fowler, pp. 171-192. CRC Press, Boca Raton.
- 1992 Early Formative Cultures in the Intermediate Area: A Background to the Emergence of Social Complexity. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 43-84. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
- 1994 Ford Revisited: A Critical Review of the Chronology and Relationships of the Earliest Ceramic Complexes in the New World, 6000-1500 B.C. *Journal of World Prehistory* 8(1):1-50.
- 1995 Interaction in Hunting and Gathering Societies as a Context for the Emergence of Pottery in the Central American Isthmus. En *The Emergence of Pottery. Technology and Innovation in Ancient Societies*, editado por William Barnett y John Hoopes, pp. 185-198. Smithsonian Institution, Washington, D. C.
- 1996 Settlements, Subsistence, and the Origins of Social Complexity in Greater Chiriqui: A Reappraisal of the Aguas Buenas Tradition. En *Paths to Central America Prehistory*, editado por Fred Lange, pp. 15-48. University of Colorado Press, Boulder.

Hoopes, John, y Óscar Fonseca

- 2003 Goldwork and Chibchan Identity: Endogenous Change and Diffuse Unity in the Isthmo-Colombian Area. En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panamá and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John Hoopes, pp. 49-89. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Hurtado, Luis

- 1988 Estratificación social de un cacicazgo en Costa Rica. Una aplicación de la inferencia como método de conocimiento en arqueología. En *Hacia una arqueología social*, editado por Óscar Fonseca, pp. 46-77. Universidad de Costa Rica, San Pedro.
- 2002 Desarrollo socioeconómico de la región de Guayabo (tiempos prehispánicos). En *Guayabo de Turrialba. Una aldea prehispánica*, editado por Elena Troyo, pp. 25-57. Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, Ministerio de Cultura y Juventud - Unesco, San José.

Hurtado, Luis, y José Gómez

- 1987 Breve descripción comparativa de dos regiones arqueológicas en Costa Rica: Guayabo de Turrialba y Ta'lari de Pacuare. *Vínculos* 11(1-2):67-100.

Ibarra, Eugenia

- 1990 *Las sociedades cacicales de Costa Rica (siglo XVI)*. Universidad de Costa Rica, San José.

Johnson, Frederick

- 1963 Central American Cultures: An Introduction. En *Handbook of South American Indians*, editado por Julian H. Steward, vol. 2, pp. 43-68. Smithsonian Institution, Washington, D. C.

Lange, Frederick

- 1976 Bahías y valles de la costa de Guanacaste. *Vínculos* 2(1):45-66.
- 1992 Summary: Perspectives on Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area. En *Wealth*

- and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred W. Lange, pp. 423-443. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
- 1996 Gaps in Our Databases and Blanks in Our Syntheses: The Potential for Central American Archaeology in the Twenty-first Century. En *Paths to Central American Prehistory*, editado por Fred Lange, pp. 305-326. University of Colorado Press, Boulder.
- Laurencich, Laura, y Luigi Minelli
- 1963 La fase Aguas Buenas en la región de San Vito de Java (Costa Rica). En *Actas del 40 Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1, pp. 219-224. San José.
- 1966 Informe preliminar sobre excavaciones alrededor de San Vito de Java. En *Actas del 36 Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1, pp. 415-427. Sevilla.
- León, Magdalena
- 2006 A New Fluted Fishtail Point Find from Costa Rica. *Mammoth Trumpet* 3(21):21-24.
- León, Magdalena, y Silvia Salgado
- 2005 Los desarrollos sociales de la Fase Pavas (300 a. C.-300 d. C.) en el sector occidental del valle central. *Vínculos* 27(1-2):1-18.
- Linares, Olga
- 1979 What is Lower Central America Archaeology? *Annual Review of Anthropology* 8:21-43.
- Linares, Olga, y Anthony Ranere (editores)
- 1980 *Adaptative Radiations in Prehistoric Panama*. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.
- Lothrop, Samuel K.
- 1926 *Pottery of Costa Rica and Nicaragua*. Contributions from the Museum of the American Indian No. 8, New York.
- 1963 *Archaeology of the Diquís Delta, Costa Rica*. Papers of the Peabody Museum Archaeology and Ethnology, No. 51, Harvard University, Cambridge.
- Meggers, Betty
- 1997 La cerámica temprana en América del Sur: ¿Inventación independiente o difusión? *Revista de Arqueología Americana* 13:7-40.
- Messina, Renato
- 2002 *Serie ampliada de sitios con artefactos lasqueados sobre rocas silicificadas del valle de Turrialba, en contextos precerámicos no estratificados*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.
- Myers, Thomas
- 1978 Formative Period Interaction Spheres in the Intermediate Area: Archaeology of Central America and Adjacent South America. En *Advances in Andean Archaeology*, editado por David L. Browman, pp. 203-234. Mouton, The Hague.

Norr, Lynnette

- 1986 Archaeological Site Survey and Burial Mound Excavations in the Río Naranjo-Bijagua Valley. *Journal of the Steward Anthropological Society* 14:135-156.
- 1991 *Nutritional Consequences of Prehistoric Subsistence Strategies in Lower Central America*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Illinois, Urbana-Champaign.

Northrop, Lisa, y Sally Horn

- 1996 Pre-columbian Agriculture and Forest Disturbance in Costa Rica: Paleoecological Evidence from Two Lowland Rainforest Lakes. *The Holocene* 6:289-299.

Odio, Eduardo

- 1992 La Pochota: un complejo cerámico temprano en las tierras bajas de Guanacaste, Costa Rica. *Vínculos* 17:1-16.

Quilter, Jeffrey, y Aída Blanco

- 1995 Monumental Architecture and Social Organization at the Rivas Site, Costa Rica. *Journal of Field Archaeology* 23:203-221.

Quintanilla, Ifigenia

- 1990 *Sitio La Malla: interpretación de un sitio arqueológico asociado al ecosistema de manglar en el Pacífico central de Costa Rica*. Tesis de grado, Escuela de Antropología y Sociología, Universidad de Costa Rica, San José.
- 1992 *Prospección arqueológica del delta de Sierpe Térraba, sureste de Costa Rica*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.
- 2002 Las estatuas de base de espiga del delta del Diquís, Costa Rica. *Precolombart* 4-5:40-53.

Piperno, Dolores

- 1989 Non-Affluent Foragers: Resource Availability, Seasonal Shortages and the Emergence of Agriculture in Panamanian Tropical Forests. En *Foraging to Farming: The Evolution of Plant Exploitation*, editado por D. Harris y G. Hillman, pp. 538-554. Boston: Unwin Hyman.

Ranere, Anthony

- 1980 Human Movement into Tropical America at the End of the Pleistocene. En *Anthropological Papers in Honor of Earl H. Swanson, Jr.*, editado por Lucille Harten, Claude Warren y Donald Tuohy, pp. 41-47. Idaho Museum of Natural History, Pocatello, Idaho.

Ranere, Anthony, y Richard Cooke

- 1996 Stone Tools and Cultural Boundaries in Prehistoric Panamá: An Initial Assessment. En *Paths to Central America Prehistory*, editado por Fred Lange, pp. 49-78. University of Colorado Press, Boulder.

Sánchez, Julio César

- 2002 *Ocupaciones alfareras del valle de Turrialba: distribución cronológica y densidades por fases arqueológicas*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

Sheets, Payson

- 1992 The Pervasive Pejorative in Intermediate Area Studies. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 15-42. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
- 1994 Summary and Conclusions. En *Archaeology, Volcanism and Remote Sensing in the Arenal Region, Costa Rica*, editado por Payson Sheets y Brian Mckee, pp. 312-326. University of Texas Press, Austin.

Sheets, Payson, John Hoopes, William Melson, Brian Mckee, Thomas Sever, Marilynn Mueller, Mark Chenault y John Bradley

- 1991 Prehistory and Volcanism in the Arenal Area, Costa Rica. *Journal of Field Archaeology* 18:445-465.

Snarskis, Michael

- 1977 Turrialba (9-F6-T), un sitio paleoindio en el este de Costa Rica. *Vínculos* 3(1):13-25.
- 1978 *The Archaeology of the Central Atlantic Watershed of Costa Rica*. Tesis doctoral, Department of Anthropology, Columbia University, New York.
- 1981 The Archaeology of Costa Rica. En *Between Continents/Between Seas: Pre Columbian art of Costa Rica*, editado por Elizabeth Benson, pp. 15-84. The Detroit Institute of Arts, Detroit.
- 1982 *La cerámica precolombina en Costa Rica*. Instituto Nacional de Seguros, San José.
- 1984 Central America: The Lower Caribbean. En *The Archaeology of Lower Central America*, editado por Fred Lange y Doris Stone, pp. 195-232. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1992 Wealth and Hierarchy in the Archaeology of Eastern and Central Costa Rica. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 141-164. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Snarskis, Michael, y Óscar Guevara

- 1987 La Pesa Vieja: excavación de rescate en un cementerio de la fase Curridabat. *Revista de Ciencias Sociales* 35:31-42.

Solís, Felipe, y Anayensy Herrera

- 1992 Lomas Entierros: un centro político prehispánico en la cuenca baja del río Grande de Tárcoles. *Vínculos* 16(1-2):85-110.

Stone, Doris

- 1966 *Introducción a la arqueología de Costa Rica*. Museo Nacional de Costa Rica, San José.
- 1972 *Pre-columbian Man Finds Central America. The Archaeological Bridge*. Peabody Museum Press, Cambridge, Massachusetts.
- 1977 *Pre-columbian Man in Costa Rica*. Cambridge: Peabody Museum Press, Cambridge, Massachusetts.

Swager, James, y William Mayer-Oakers

- 1952 A Fluted Point from Costa Rica. *American Antiquity* 17:264-265.

Valerio, Wilson

- 1987 *Análisis estratigráfico y funcional de Carabalí (SF-9): un abrigo rocoso en la región central de Panamá*. Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Costa Rica, San José.
- 1997 Marcas y hundimientos en huesos de fauna pleistocénica de Nacaome, Guanacaste. *Vínculos* 21(1-2):79-98.
- 2003 *Planimetría y evidencias paleoarcaicas de Finca Guardiría, Turrialba*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

Valerio, Wilson, Virginia Novoa y Alejandro Alfaro

- 1996 *Evaluación y rescate del sitio El Pital (A-50-EP) Ciderisa*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica, San José.

Vázquez, Ricardo

- 1981 *27HM: un sitio en Cartago con tumbas de cajón*. Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Costa Rica, San José.
- 1984 Estructura e integración y composición demográfica en un cementerio con tumbas de cajón del Intermontano Central de Costa Rica. En *Inter-regional Ties in Costa Rican Prehistory*, editado por Elizabeth Skirboll y Winnifred Creamer, pp. 59-82. BAR International Series 226, Oxford.
- 1985 Rescate del sitio arqueológico Aguacaliente: resultados y perspectivas. *Boletín de la Asociación Arqueológica de Costa Rica* 7-8:3-17.
- 2002 *Conclusiones sobre la cronología y la ocupación territorial del valle de Turrialba: con consideraciones acerca de la formación y transformación del registro arqueológico*. Inédito, Departamento de Antropología e Historia, Museo Nacional de Costa Rica.

Vázquez, Ricardo, Frederick W. Lange, John W. Hoopes, Oscar Fonseca Z., Rafael González R., Ana C. Arias, Ronald T. Bishop, Nathalie Borgnino, Adolfo Constenla, Francisco Corrales U., Edgar Espinoza P., Laraine A. Fletcher, Juan V. Guerrero M., Valérie Lauthelin, Dominique Rigat, Silvia Salgado G. y Ronaldo Salgado G.

- 1994 Hacia futuras investigaciones en Gran Nicoya. *Vínculos* 18-19:245-277.

II

PANAMÁ: UNA PERSPECTIVA PREHISPÁNICA

Anthony J. Ranere

Temple University

Traducción de Cristóbal Gnecco

INTRODUCCIÓN

LA DISCUSIÓN ARQUEOLÓGICA ACERCA DE PANAMÁ NORMALMENTE DIVIDE AL PAÍS EN TRES ÁREAS: occidental, central y oriental. La vertiente atlántica es más húmeda en las tres áreas y tuvo trayectorias culturales diferentes de las de la vertiente más seca del Pacífico. Panamá Occidental generalmente se identifica con el nombre de Gran Chiriquí, un término que también incluye la zona oriental de Costa Rica, que limita con Panamá (figura 1). Panamá Central también se conoce como Gran Coclé, y Panamá Oriental como Gran Darién. Estas designaciones identifican tradiciones regionales distintas en el istmo que existieron, por lo menos, desde dos mil años antes del contacto, y quizás incluso desde cinco mil años antes. Las fronteras geográficas entre estas áreas no fueron fijas, sino que cambiaron en el tiempo (Cooke y Sánchez 2004a).

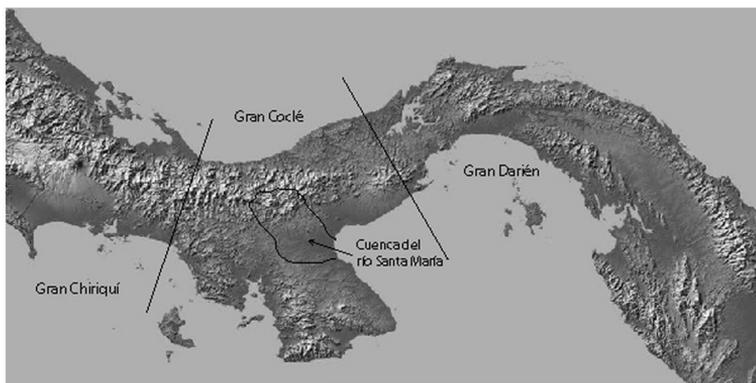


Figura 1. Mapa topográfico de Panamá con las tres regiones culturales principales y la cuenca del río Santa María.

DESCRIPCIÓN FÍSICA

Panamá es un país con una forma sigmoide larga, orientado de oriente a occidente en el extremo suroriental del istmo centroamericano (figura 2). El país se extiende 635 km desde la frontera con Costa Rica hasta la frontera con Colombia, y su anchura varía de 80 km, en el Canal, a 150 km, excepto en el área central, donde la península de Azuero penetra 90 km en el Pacífico. Con 77.080 km², el tamaño de Panamá es casi una quinceava parte del tamaño de Colombia; sin embargo, alberga una considerable diversidad ecológica debido a sus macizos montañosos, que alcanzan 3.000 m de altura en la frontera occidental con Costa Rica, y a sus diferentes costas. En ausencia de modificación humana, el paisaje de Panamá, con las condiciones climáticas actuales, estaría completamente cubierto por bosques, con la excepción de pequeñas sabanas edáficas, especialmente a lo largo de la costa pacífica central. El lado caribe del istmo, con una abundante precipitación (ca. 2.500 - 5.000 mm/año), relativamente bien distribuida, se caracteriza por la presencia de bosques perennes. Una precipitación similar o mayor en las montañas sostiene bosques de montaña perennes. En la vertiente pacífica, una menor precipitación (ca. 1.000-2.500 mm/año), distribuida estacionalmente, sostiene formaciones boscosas secas y húmedas (Panamá, Estadística Panameña 1986). En la actualidad, la mayor parte del país ha sido deforestada; este proceso comenzó hace miles de años (Piperno et ál. 1991b).

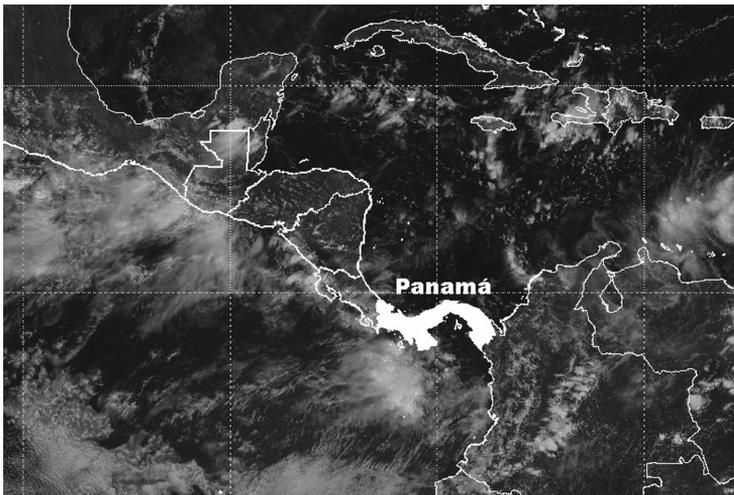


Figura 2. Imagen satelital que muestra la relación entre Panamá, Centroamérica y el norte de Suramérica.

BREVE HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS

Panamá ha atraído el interés de arqueólogos profesionales por más de un siglo. La atención inicial se debió a enormes colecciones de cerámica recuperadas de tumbas saqueadas en la provincia occidental de Chiriquí y alojadas en museos de los Estados Unidos (MacCurdy 1911; Holmes 1884; Shelton 1984). Más tarde, Linné (1929) realizó exploraciones arqueológicas en el Darién; la publicación que resultó de este proyecto es todavía valiosa. Sin embargo, la excavación de Sitio Conte, en la llanura costera pacífica de la provincia de Coclé, hecha por Samuel K. Lothrop en la década de 1930 (continuada por John Alden Mason), fue la que puso a Panamá en el mapa arqueológico (Lothrop 1937, 1942; Mason 1942). Allí fueron enterrados hombres de estatus alto en tumbas que contenían numerosos objetos de oro y de marfil, cerámica y piedras semipreciosas; ocasionalmente estaban acompañados por hombres y mujeres sacrificados (Briggs 1989).

Durante las décadas de 1940 y 1950 se hicieron importantes reconocimientos y excavaciones en sitios de la bahía de Parita, en Panamá Central. Fueron localizados varios sitios con cerámica temprana y se llevaron a cabo grandes excavaciones en Monagrillo, el sitio tipo de la alfarería más temprana conocida en el istmo (Willey y McGimsey 1954). Poco después se realizó la primera excavación de un sitio precerámico en Panamá, Cerro Mangote (McGimsey 1956; McGimsey et ál. 1966). Reconocimientos costeros y excavaciones en el golfo de Chiriquí, en la década de 1960, produjeron la primera secuencia estratigráfica para la región (Linares 1968a, 1968b). La década siguiente vio un número creciente de arqueólogos que trabajaban en el país y el aumento de la investigación en el marco del proyecto Panamá Occidental, un estudio multidisciplinario que analizó las adaptaciones humanas en los medioambientes de tierras altas y de las costas pacífica y caribeña (Linares 1977; Linares y Ranere 1980; Linares et ál. 1975; Ranere 1972, 1975). También se hicieron proyectos de corto alcance en Panamá Central, en la década de 1970 (por ejemplo: Bird y Cooke 1978; Cooke 1972; Ichon 1980; Ranere y Hansell 1978). En la década de 1980 comenzó el proyecto Santa María (PSM), un esfuerzo multidisciplinario y regional de largo alcance que exploró la relación entre asentamientos, subsistencia y medioambiente, desde la ocupación inicial de la región hasta el establecimiento de la agricultura sedentaria en aldeas (ca. 11.500-2.000 ¹⁴C años AP), por medio de reconocimientos y excavaciones limitadas en diferentes zonas fisiográficas de la cuenca del río Santa María y mediante núcleos paleoecológicos de albinas y lagos (Cooke y Ranere 1984, 1992a, 1992b, 1992c; Piperno 1983, 1985; Piperno et ál. 1991a, 1991b; Ranere y Cooke 1991, 1996); las características principales de este

proyecto, con pocas y notables excepciones (v. gr., Hansell 1988; Valerio 1987), fueron el reconocimiento y las pequeñas excavaciones estratigráficas.

En la última década se ha prestado más atención a los últimos dos mil años de la época prehispanica, con los reconocimientos de los valles de los ríos Parita y Villa (Haller 2004; Isaza 2004) y la excavación de largo alcance del Cerro Juan Díaz, el sitio mejor investigado de Panamá (Cooke 2003a, 2003b; Cooke y Sánchez 1998; Cooke et ál. 2000; Sánchez 2000). Una serie de proyectos dirigidos por Griggs (1998; Griggs et ál. 2002) ha expandido significativamente nuestro conocimiento de la historia de los asentamientos en la vertiente caribe de Panamá Central, particularmente respecto de los períodos cerámicos. Esta investigación reciente complementa la investigación anterior de Drolet (1980) a lo largo de la costa caribe de Panamá Oriental y el trabajo mencionado de Linares en la costa caribe de Panamá Occidental. Después de un espacio de treinta años han continuado los trabajos arqueológicos en la costa caribe de Boca del Toro, cerca de la frontera con Costa Rica (Wake et ál. 2004). Finalmente, la parte más temprana de la secuencia cultural establecida por Pearson (2002, 2003; Pearson y Cooke 2002) en las tierras altas centrales y en la península de Azuero ha añadido datos cruciales al período Paleoindio de la región¹.

PERÍODO PALEOINDIO (?-10000 ¹⁴C AP)

La primera evidencia sólida de presencia humana está asociada con la tradición Clovis. Dos talleres (Nieto y La Mula Oeste), y probables sitios de habitación Clovis (Vampiros y, quizás, los abrigos Aguadulce y Corona) han sido examinados en el Gran Coclé (Cooke 1998; Cooke y Ranere 1992a; López y Ranere 2008; Pearson 2002, 2003; Pearson y Cooke 2002; Piperno et ál. 2000; Ranere 2000; Ranere y Cooke 1991, 1995, 2003). Además, los niveles de partículas de carbón de un núcleo lacustre con una secuencia de 14.000 años, proveniente de La Yeguada, indican que las quemadas de la vegetación del borde del lago comenzaron en 11000 ¹⁴C AP, después de 3.000 años de inactividad (Piperno et ál. 1991a); aunque no se han identificado ocupaciones de edad Clovis cerca del lago, se encontró una punta “cola de pescado” acanalada en un sitio del área (Pearson 2002).

1 Una síntesis reciente de la prehistoria de Panamá integra datos arqueológicos y etnohistóricos de una manera notable (Cooke y Sánchez 2004a, 2004b); recomiendo al lector consultar este trabajo si quiere encontrar información sobre la arqueología de Panamá que no está cubierta por este artículo.

<i>Período</i>	<i>Edad (años ¹⁴C AP)</i>	<i>Rasgos diagnósticos</i>
Paleoindio	?-10000 AP	Puntas bifaciales acanaladas (lanceoladas y con pedúnculo); lascas envolventes; plataformas de percusión con abrasión; raspadores terminales con espolón; hojas de núcleos preparados.
Precerámico Temprano	10000-7000 AP	Puntas bifaciales pedunculadas rectas sin acanalamiento; puntas bifaciales con muesca y pedúnculo; tratamiento térmico de las etapas finales de reducción; plataformas de percusión astilladas; primeros cantos con bordes desbastados; primeras bases para moler sobre cantos rodados.
Precerámico Tardío	7000-5000 AP	Ausencia de reducción; reducción de núcleos del azar; retoque secundario escaso; primeras cuñas tabulares; primer uso extensivo de reducción bipolar; uso frecuente de cantos con bordes desbastados; bases para moler sobre cantos rodados y piedras más grandes; manos para moler; primer uso de ágata translúcida y de cristales de cuarzo; primer uso de lascas desprendidas usando un yunque; primer uso de lascas puntiagudas y pedunculadas de forma irregular.
Cerámico Temprano	5000-2500 AP	Primera cerámica: formas simples con pintura roja y decoración incisa; cerámica Monagrillo. Azuelas de piedra tallada; uso frecuente de cantos con bordes desbastados; bases para moler sobre cantos rodados y piedras más grandes; manos de moler; uso final de ágata translúcida y de cristales de cuarzo.
Cerámico Medio	2500-1250 AP	Cerámica bien manufacturada: primer uso de pintura negra; primera cerámica policroma; cerámica La Mula, Aristides, Tonosí y Cubitá. Metates sin patas; primeros metates con base; manos; hachas y cinceles de piedra pulida; puntas unifaciales pedunculadas; hojas; primeros ornamentos de oro, concha, diente y piedras semipreciosas.
Cerámico Tardío	1250-450 AP	Primer uso de pintura púrpura; cerámica Conte, Macaracas, Parita, El Hatillo, Joaquín y Mendoza. Puntas unifaciales y trifaciales pedunculadas.

Tabla 1. Secuencia cronológica del Gran Coclé y rasgos diagnósticos de cada período.

La aparición inicial de puntas Clovis lanceoladas en América Central, indistinguibles de sus contrapartes Clovis tempranas de Norteamérica, y la casi idéntica secuencia de reducción bifacial usada para producir esas puntas en ambos lugares, parecen mejor explicadas como resultado de una rápida expansión démica de poblaciones Clovis al istmo centroamericano (Pearson 2004; Ranere 2000; Ranere y Cooke 2003). Ante la ausencia de restos de fauna y flora asociados con sitios Clovis en América Central, solamente es posible especular si los primeros migrantes se dedicaban más a la caza que a la recolección y si consumían grandes especies ahora extintas², como hacían sus contrapartes de Norteamérica. La dependencia de carne, más que de plantas, ayudaría a explicar cómo se movieron rápidamente las poblaciones Clovis y cómo sobrevivieron en los muchos medioambientes tardiglaciales centroamericanos recién encontrados.

Las conexiones entre la tradición Clovis representada en Panamá y la de Norteamérica se pueden ver mejor en el taller lítico de La Mula Oeste, cerca de la costa actual de la bahía de Parita³, donde se manufacturaron puntas Clovis. La Mula Oeste está localizado en una pequeña colina situada encima de una quebrada intermitente. La erosión ha expuesto artefactos líticos paleoindios y de épocas más tardías, además de cerámica, en la superficie inclinada de la colina, como un depósito retrasado. La combinación de abundantes desechos de manufactura bifacial y artefactos de piedra poco comunes identifica el sitio como un taller y, secundariamente, como un campamento de corta duración. El conjunto está caracterizado por fragmentos bifaciales, raspadores terminales con espolón, buriles, grabadores y hojas con desbastado leve. Los artesanos Clovis (pero no los talladores de períodos posteriores) usaron, exclusivamente, ágata translúcida (o calcedonia) de color blanco lechoso a café. La actividad mejor documentada en el sitio es la manufactura de puntas bifaciales. Hemos recuperado más de ochenta fragmentos de bifaces, la mayoría rotas en el proceso de manufactura. Doce de los quince fragmentos basales son acanalados o con adelgazamiento extensivo. El único ejemplar casi completo (figura 3) podría pasar desapercibido en una colección de puntas Clovis tempranas de Norteamérica. La secuencia de reducción bifacial representada en La Mula Oeste se asemeja a la documentada para los talleres Clovis norteamericanos (Morrow 1996:201-215; Ranere 2000). Aunque no se han encontrado depósitos intactos en La Mula Oeste, fue posible fechar un fogón localizado en las vecindades del sitio, la fecha obtenida fue 11300 ± 250 (Crusoe y Felton 1974).

2 Se conocen veintiséis géneros en los contextos tardiglaciales de la Baja América Central (Janzen y Martin 1982; Martin y Guilday 1967).

3 La línea de la costa debió estar a 50 km de distancia hace 11.000 años (Golik 1968).



Figura 3. Punta Clovis recuperada de La Mula Oeste en tres partes.

En excavaciones recientes realizadas en Cueva de los Vampiros, sitio localizado al nororiente de La Mula Oeste, cerca de la costa actual de la bahía de Parita, se hallaron artefactos líticos y desechos de manufactura en una ocupación localizada en el tiempo por dos fechas de ^{14}C : 11550 ± 520 y 8970 ± 40 AP (Pearson 2002; Pearson y Cooke 2002); entre los desechos se encontraron lascas *outré passé*, un producto diagnóstico de la secuencia de reducción Clovis determinada en los componentes de Norteamérica y de La Mula Oeste. En Vampiros también fueron encontrados un raspador terminal con espolón, un raspador terminal y lascas de adelgazamiento bifacial con plataformas desbastadas; estos elementos son característicos de los conjuntos Clovis. El fragmento distal de una punta acanalada recuperado en el sitio semeja una punta “cola de pescado” (con su hoja ancha y delgada), más que una punta lanceolada Clovis (Pearson y Cooke 2004). Las lascas envolventes no se producen, comúnmente, en la secuencia de reducción de las puntas “cola de pescado”; de hecho, en Westend, un taller de puntas “cola de pescado” en la cuenca del río Chagres, en el Gran Darién, se hallaron varios cientos de lascas de adelgazamiento y otros desechos de manufactura bifacial, pero ninguna lasca envolvente (Ranere y Cooke 2003).

Otros dos sitios de la cuenca de Santa María, en el Gran Coclé, ambos abrigos rocosos, contienen ocupaciones paleoindias con fechas de ^{14}C y lascas de reducción bifacial con plataformas desbastadas. El abrigo Aguadulce tiene tres fechas de ^{14}C asociadas con una ocupación dispersa que incluye lascas de adelgazamiento bifacial con plataformas desbastadas: 10529 ± 184 , 10675 ± 95 y 10725 ± 80 AP (Piperno et ál. 2000). En el abrigo Corona se hallaron lascas de adelgazamiento similares en un nivel fechado en 10440 ± 650 ^{14}C AP.

La única otra área de Panamá que ha producido restos paleoindios es el lago Alajuela (Madden), un embalse formado con el caudal del río Chagres para proveer agua al Canal. Durante la estación seca, de diciembre a abril, el Alajuela se vacía gradualmente para mantener el nivel del lago Gatún (también creado por una represa, más abajo, en el río Chagres), en cuya superficie viajan los barcos mientras atraviesan el Canal. La acción de las olas durante el ascenso y descenso anual del nivel del agua ha erosionado las costas del lago y de numerosas islas que hay en él, que algunas vez fueron colinas. Al final de la estación seca quedan expuestas grandes áreas de terreno desnudo, sobre las cuales aparecen restos culturales que datan desde el período Paleoindio. El examen periódico de estas superficies erosionadas ha permitido recuperar siete puntas acanaladas aisladas (Bird y Cooke 1977, 1978); seis de ellas son variedades pedunculadas y acanaladas de puntas “cola de pescado” (figura 4). La séptima punta del lago Alajuela es un espécimen con cintura semejante a la de las bifaces Clovis (figura 4). En una pequeña isla del lago se encontró un taller para la producción de bifaces, el sitio Westend (Ranere y Cooke 1991), que cubre más de una hectárea (se extendía por debajo del nivel del lago en la época de nuestras visitas) y contiene artefactos de piedra y cerámica de períodos tardíos, además de los desechos del taller paleoindio. Recuperamos grandes cantidades de lascas de adelgazamiento bifacial, muchas con plataformas desbastadas y con labio, y una preforma bifacial de gran tamaño con forma lanceolada ($14 \times 8,2 \times 1,2$ cm); no encontramos ninguna punta completa. Algunas de las lascas de adelgazamiento son tan grandes que tienen que haber sido obtenidas de bifaces con un ancho entre 10 y 18 cm. No encontramos ninguna lasca *outré passé* entre los cientos de especímenes líticos recuperados. La morfología de la preforma, el tamaño de las lascas de adelgazamiento y la ausencia de lascas *outré passé* sugieren que en este taller se producían puntas “cola de pescado” acanaladas, no puntas Clovis.

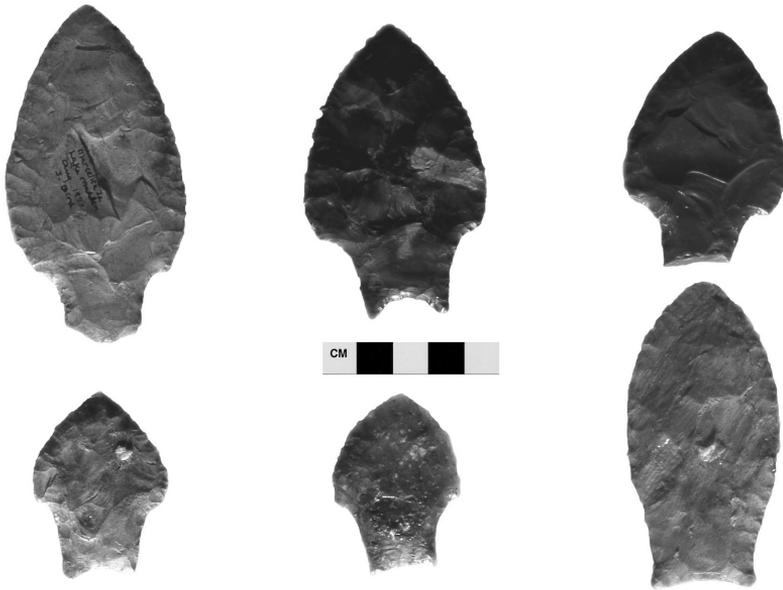


Figura 4. Cinco puntas “cola de pescado” acanaladas y una punta Clovis con cintura (derecha inferior), recuperadas del lago Alajuela (Madden).

Ninguno de los sitios atribuidos a los paleoindios en Panamá parece estar relacionado con los primeros colonos del istmo, a juzgar por la familiaridad con y la utilización de materias primas locales en todos los casos. En la vertiente pacífica de Panamá Central y en el área del Canal se encuentran fuentes de silicatos criptocristalinos de varias clases (por ejemplo, chert, calcedonia, ágate, jaspe). Puesto que los sitios se encuentran desde los pastizales de sabanas abiertas en la llanura costera del Pacífico hasta los bosques de montaña en la vertiente pacífica de la divisoria de aguas y los bosques estacionales de las tierras bajas de las cuencas del Atlántico (y puesto que hay tan pocos de ellos), los paleoindios de Panamá han sido caracterizados como cazadores-recolectores móviles agrupados en pequeñas bandas con amplio cubrimiento territorial, con énfasis en la cacería (Cooke 1998; Ranere 2000; Ranere y Cooke 1991, 2003). Esto parece ser cierto a pesar de que en la mitad de este período, ca. 10500 ¹⁴C AP, ocurrió el dramático cambio climático que marcó el final del Pleistoceno, a juzgar por los datos paleoclimáticos de Panamá (Piperno et ál. 1991a, 1991b; Piperno y Jones 2003; Piperno y Pearsall 1998) y de otras regiones (Berrio et ál. 2001; Curtis et ál. 1999; Leyden 1995, 1997).

PERÍODO PRECERÁMICO TEMPRANO (10000-7000 ¹⁴C AP)

Las ocupaciones del Precerámico Temprano comenzaron justo cuando terminaron las del Paleoindio, es decir, el mismo rango amplio de medioambientes fue explotado por números pequeños de cazadores-recolectores que utilizaron una sofisticada tecnología bifacial para fabricar armas de cacería y otros artefactos (Ranere y Cooke 1996, 2003). Aguadulce, Corona y Vampiros contienen componentes del Paleoindio y del Precerámico Temprano; en un taller de este último período, La Mula Central, se produjeron puntas de hoja delgada y ancha con pedúnculo y puntas con muesca (figura 5), a 500 m del taller Clovis de La Mula Oeste (Hansell 1988). El registro de flujo de carbón de la laguna Yeguada indica que las ocupaciones en el área fueron continuas después de 11000 ¹⁴C AP. En el sitio Eastend, 100 m al este del taller paleoindio de Westend, en el lago Madden, se manufacturaron puntas pedunculadas y aserradas (Ranere y Cooke 1996). Dos abrigos excavados en el piedemonte de la vertiente de Santa María, Carabalí y Los Santanás, tienen componentes del Precerámico Temprano (Ranere y Cooke 1996; Valerio 1987). Un reconocimiento reciente de la cuenca del río Indio, en el lado caribeño del istmo, identificó un gran afloramiento con presencia del Precerámico Temprano y/o del Paleoindio: lascas de adelgazamiento bifacial, una de ellas con una pequeña plataforma desbastada (Cooke y Sánchez 2001).

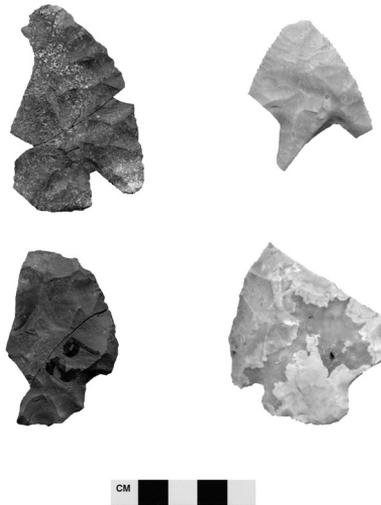


Figura 5. Puntas pedunculadas y con muescas recuperadas del taller La Mula, del Precerámico Temprano; las dos puntas en la segunda fila son preformas en etapas finales de manufactura.

Los factores que afectaron a la población de Panamá durante la transición del Pleistoceno al Holoceno más tarde incluyeron condiciones climáticas más cálidas y húmedas, con aumentos anuales de temperatura de ca. 6-8 grados y precipitación de ca. 30%. Este fenómeno produjo el desplazamiento altitudinal de las zonas de vegetación y el reemplazo de la formación de sabana abierta en la costa del Pacífico por un bosque tropical estacional (Piperno y Jones 2003; Piperno y Pearsall 1998). El aumento en el nivel del mar que siguió al final del Tardiglacial redujo en 2/3 el tamaño de la llanura costera del Pacífico en parte de Panamá. Las especies pleistocénicas de caza de tamaño mediano y grande se extinguieron en el istmo, excepto el venado de cola blanca, el venado rojo, el pecarí de collar, el pecarí de labio blanco, el tapir y, en la costa atlántica, el manatí.

Las extinciones y el reemplazo de la sabana por bosque debieron reducir la oferta de caza; además, el aumento del nivel del mar redujo el territorio disponible para obtener alimentos. Lamentablemente, no se han conservado restos de fauna en los sitios panameños del Precerámico Temprano, por lo cual no es posible especificar cómo se tradujeron esas reducciones en las capturas de animales. Sin embargo, el subsiguiente período Precerámico Tardío ofrece algunas indicaciones: hacia 7000 ¹⁴C AP, al comienzo del período, las poblaciones de algunas especies animales en el Gran Coclé se redujeron dramáticamente debido a la caza excesiva (Cooke y Ranere 1992c). Los restos de perros encontrados al comienzo de la secuencia del Precerámico Tardío sugieren que estos animales ya eran usados durante el Precerámico Temprano, probablemente para cazar.

El carácter cambiante de la tecnología lítica a medida que progresó el Precerámico Temprano parece reflejar el decrecimiento de la importancia de la caza. Aunque se fabricaron puntas de proyectil exquisitamente talladas, las lascas de reducción bifacial encontradas en el abrigo Carabalí, en el piedemonte de Veraguas (Valerio 1987), exhiben plataformas preparadas con golpes en la parte inicial de la secuencia (a diferencia de las plataformas desbastadas del Paleoindio) y ninguna preparación al final. La talla bifacial como estrategia de reducción lítica desaparece completamente en Panamá hacia 7000 ¹⁴C AP. No es coincidencia que la primera aparición de artefactos dedicados específicamente al procesamiento de plantas ocurra en la parte media del Precerámico Temprano, justo cuando la reducción bifacial para la manufactura de artefactos cayó en desuso.

La evidencia del uso de recursos vegetales en el Gran Coclé durante el Precerámico Temprano es mucho más sólida. Una señal clara de que las plantas se habían convertido en el foco de considerables esfuerzos de subsistencia proviene de los núcleos del lago Yeguada. En un nivel fechado en 8600 ¹⁴C AP el núcleo registra el aumento de perturbación del bosque en polen, fitolitos y partículas de carbón, y refleja la apertura

de claros para el cultivo de jardines (Piperno et ál. 1991b; Piperno y Pearsall 1998). El polen y los fitolitos de plantas cultivadas no aparecen sino más arriba en los núcleos, pero se han encontrado fitolitos de varios cultígenos en sitios de habitación que datan del Precerámico Temprano. En un nivel de Vampiros fechado en 8600 ^{14}C AP se encontraron fitolitos de sagú (*Maranta arundinacea*). En el abrigo Aguadulce (figura 6) se recuperaron fitolitos de un maíz primitivo (*Zea mays*) en la parte superior del nivel D, que antecede a una fecha de 7000 ^{14}C AP; en una posición estratigráfica inferior se encontraron fitolitos de calabaza (*Cucurbita*), sagú y lerén (*Calathea allouia*) y tula (*Lagenaria siceraria*). La mejor interpretación de las fechas de ^{14}C con acelerador y la rata de sedimentación localizan la aparición inicial de estas plantas en el noveno milenio AP; sin embargo, el nivel D está bastante comprimido, con una fecha obtenida sobre fitolitos de 7061 \pm 81 ^{14}C AP en la parte superior, y otra de 10725 \pm 80 ^{14}C AP en la base, apenas 20 cm más abajo (Piperno et ál. 2000). Los cantos con borde desbastado, artefactos claramente destinados a procesar alimentos vegetales, aparecen por primera vez en la secuencia regional en depósitos fechados en 8040 \pm 390 ^{14}C AP en el abrigo Carabalí (Cooke y Ranere 1992a; Valerio 1987).



Figura 6. El abrigo Aguadulce al final de las excavaciones de 1997. En la dirección de las agujas del reloj, desde arriba, José Tapia, Martha Cecilia Cano, Carlos López, Aureliano Valencia y Bruce Broce.

PERÍODO PRECERÁMICO TARDÍO (7000-4500 ¹⁴C AP)

Hace siete mil años ocurrió un cambio en la prehistoria del Gran Coclé y, quizás, también del Gran Chiriquí y del Gran Darién. El número de sitios y la cantidad de restos de ocupación aumentaron significativamente. Los cantos con borde desbastado y las manos para moler fueron comunes, junto con las bases de cantos rodados sobre las que fueron usados. La talla bifacial dejó de usarse para manufacturar bifaces, y fue reemplazada por reducciones al azar de los núcleos o por talla bipolar; el retoque secundario de las lascas producidas de esta manera es inexistente o mínimo. La primera evidencia sólida de explotación de recursos marinos proviene de Cerro Mangote (McGimsey 1956), mientras que la evidencia microfósil de cultivo de una amplia gama de plantas proviene de sitios arqueológicos y sedimentos en núcleos lacustres. El ritmo de la deforestación para cultivo aumentó, como indican los registros microfósiles de La Yeguada, dominados por especies de bosque secundario (Bush et ál. 1992; Piperno et ál. 1991b).

La agricultura itinerante, también llamada de roza y quema, se convirtió en el componente más importante de la economía de subsistencia en la vertiente del Pacífico del Gran Coclé. En el piedemonte de Veraguas, en la secuencia de la laguna La Yeguada, ocurrió una deforestación más significativa después de 7000 AP (Piperno et ál. 1991b); los altos niveles de fitolitos de *Curatella americana* en los sedimentos del Precerámico Tardío de Aguadulce sugieren que en este tiempo se estableció una vegetación posterior al clímax de los incendios (Piperno 1988). Las especies cultivadas fueron el maíz, el zapallo, el ñame (*Dioscorea trifida*), la yuca (*Manihot esculenta*), el sagú y el lerén; también se han registrado algunas palmas (por ejemplo *Acrocomia mexicana*, *Elaeis*) y frutales como el nance (*Byrsonima crassifolia*), ejemplares del género *Hymenaea* y el jobo (*Spondias*), que pueden haber sido cuidados, sino cultivados (Cooke y Ranere 1992a; Piperno y Pearsall 1998). Algunas de estas especies (maíz, yuca, ñame y sagú) fueron identificadas a partir de granos de almidón recuperados de cantos con bordes desbastados y de bases de piedra para moler provenientes del abrigo Aguadulce (Piperno et ál. 2000).

Algunos mamíferos terrestres, sobre todo venados (pero también pecaríes, conejos, mapaches y armadillos), proveyeron el grueso de la proteína animal, aunque también fueron explotados reptiles (iguanas, tortugas) y anfibios (*Bufo marinus*). Cooke y Ranere (1992c) interpretaron la presencia de organismos pequeños, la escasez de animales grandes y el aprovechamiento máximo de las presas en el registro faunístico del Precerámico Tardío como una indicación de que la fauna terrestre estaba siendo sobreexplotada; esto permitiría explicar por qué en esta época aparecieron las primeras evidencias

de explotación sistemática de recursos de los estuarios (crustáceos y cangrejos) y, ocasionalmente, de tortugas marinas. Por otra parte, en Cerro Mangote se encontró el cementerio más temprano de Panamá (McGimsey 1956; Norr 1990).

Cerro Mangote fue el primer sitio del Precerámico Tardío excavado en Panamá y sigue siendo uno de los más importantes; fue investigado, inicialmente, en 1955 y 1956 por McGimsey (1956; McGimsey et ál. 1966) y reexcavado por un equipo de la Universidad de Temple en 1979. El sitio está localizado cerca de la cima de una colina de 46 m de altura en la orilla del río Santa María, y domina las albinas que, actualmente, se extienden por 8 km hasta el mar. El análisis de los núcleos de sedimentos del delta del río Santa María indica que la línea de la costa estaba a solo 1 km del sitio cuando fue ocupado por primera vez, y a 3 km hacia 5000 AP, cuando fue abandonado. Los depósitos de basura de hasta 2 m de espesor son visualmente dominados por conchas, pero también incluyen una amplia variedad de especies acuáticas y terrestres (Cooke 1992). Las piezas líticas talladas fueron dominadas por la reducción azarosa y oportunista de los núcleos y por artefactos sobre lascas usadas, mínimamente o no modificadas; también se encontraron grandes cantidades de cantos con bordes desbastados y bases para moler en cantos rodados. En la pequeña muestra de cantos con bordes desbastados de Cerro Mangote analizada hasta hoy se han encontrado granos de almidón de maíz.

Un gran número de individuos fue enterrado en los depósitos; la excavación de McGimsey recuperó 65 individuos y la de Temple otros 13. Algunos de los enterramientos de Cerro Mangote eran primarios, con los cuerpos en posición flejada; sin embargo, la mayoría corresponde a atados secundarios, con muchos individuos en un solo paquete (figura 7). Puesto que los dos estilos de enterramiento fueron contemporáneos, la explicación más probable es que los primarios fueron de gente muerta mientras vivía en Cerro Mangote y los paquetes correspondieron a individuos muertos fuera del sitio. Hay razones para creer que Cerro Mangote fue ocupado de manera estacional, pero recurrente. El análisis realizado por Cooke (1992; Cooke y Ranere 1992c) de los restos de fauna de la excavación de 1979 indica que el 50% de la fauna consumida, por peso, provino de recursos terrestres, y el restante 50% de recursos, del estuario; sin embargo, el análisis de Norr (1990) de isótopos estables de carbón y nitrógeno de los enterramientos muestra que el consumo de recursos marinos fue menor, insuficiente para haber mantenido el equilibrio entre recursos terrestres y marinos por demasiado tiempo. Las cantidades de cangrejo de estuario (*Cardisoma*), de fácil captura solamente cuando la especie se reproduce al inicio de la estación lluviosa, sugieren que el sitio fue ocupado durante abril y mayo y, quizás, durante uno o dos meses antes o después. El análisis de Norr también indica que el maíz fue un elemento esencial en la dieta de los habitantes de Cerro Mangote.



Figura 7. Entierros secundarios excavados en Cerro Mangote.

Varios abrigos con componentes del Precerámico Tardío han sido excavados, entre ellos Aguadulce (en la llanura costera); Cueva de los Ladrones, Corona, Carabalí, Vaca del Monte y Los Santanás (en el piedemonte); y Río Cobre, cerca de la división de aguas. Algunos contienen restos de conchas y peces en los conjuntos faunísticos, a pesar de que están a considerable distancia de la costa (Corona a 48 km y Ladrones a 25). Parece que los recursos marinos fueron añadidos a la dieta para suplir los recursos terrestres sobreexplotados, y hay indicaciones de que las poblaciones sufrieron estrés nutricional periódico⁴. Más aún, por lo menos cinco individuos fueron descuartizados en Aguadulce y, quizás, comidos durante la ocupación Precerámica Tardía del sitio (Ranere y Greenfield 1981).

Los sitios más tempranos excavados en el Gran Chiriquí pertenecen a este período. Las ocupaciones mejor documentadas provienen de los abrigos Casita de Piedra y

4 Norr (1990) encontró hipoplasia de esmalte, hiperostosis porosa y periostosis en los esqueletos de Cerro Mangote.

Trapiche, en la cuenca del Alto Chiriquí (Ranere 1972, 1980a, 1980b), y del sitio a cielo abierto Hornito (Cooke 1977), a unos 20 km de los abrigos. Una fecha de ^{14}C de 6560 ± 120 AP proviene de la base de los depósitos de Casita de Piedra; la fecha más temprana de Trapiche es 5850 ± 110 , y de Hornito, 6270 ± 270 . A diferencia de los sitios contemporáneos del Gran Coclé, los sitios de las tierras altas de Chiriquí tienen un componente de lítico tallado caracterizado por grandes “cuñas para separar” bifaciales con forma de cincel (figura 8) y *choppers* hechos en andesita (Ranere 1975). Las muestras de fitolitos de Casita indican un ambiente de bosque; los restos macrobotánicos de los depósitos son palmas (*Acrocomia aculeata*, *Attalea butyracea* y cf. *Geonoma*), leguminosas de árbol (*Hymenaea courbaril*) y frutales (*Byrsonima crassifolia*) (Smith 1980). Los artefactos dominantes para procesamiento de plantas fueron cantos con bordes desbastados y bases de cantos idénticas a las encontradas en los sitios del Gran Coclé (figura 9). Análisis recientes de granos de almidón recuperados en artefactos de la fase Talamanca en los tres sitios indican que durante este período se procesaron especies salvajes y domésticas (Dickau 2005; Dickau et ál. 2007). El almidón de las especies salvajes corresponde a ñame (*Dioscorea* sp.), *Calathea*, *Zamia* cf. *Skinneri* y pastos no identificados, mientras que el almidón de las especies domésticas fue identificado como de maíz (*Zea mays*), yuca (*Manihot esculenta*) y sagú (*Maranta* cf. *arundinacea*).

Aunque no hay sitios datados en el Precerámico Tardío en el Gran Darién, los análisis de polen y fitolitos de núcleos de sedimentos del lago Gatún, tomados cerca del curso inferior sumergido del río Chagres, indican que la agricultura también se encontraba en desarrollo durante este período en Panamá Oriental (Bartlett y Barghoorn 1973; Piperno 1985, 1988). En esos núcleos los fitolitos de maíz son anteriores a 5000 AP (Piperno 1985); además, se ha recuperado polen de maíz de contextos que pueden ser de 7000 AP (Bartlett et ál. 1969). Esta área recibe cerca de 2.500 mm de precipitación anual, con una temporada seca de cuatro meses. Este ambiente favorable para el crecimiento del maíz también se encuentra en buena parte del Gran Darién; es probable, por lo tanto, que el cultivo de maíz y de otros cultígenos ocurriera en toda la zona. En la parte inferior de un núcleo de sedimentos del lago Wodehouse, cerca de la frontera con Colombia, se dataron polen y fitolitos de maíz, y evidencia de perturbación del bosque en 4000 AP (Piperno 1994); aunque esta fecha está por fuera del período que estoy discutiendo, sugiere que la agricultura estaba bien establecida para entonces, y quizás mucho tiempo antes.

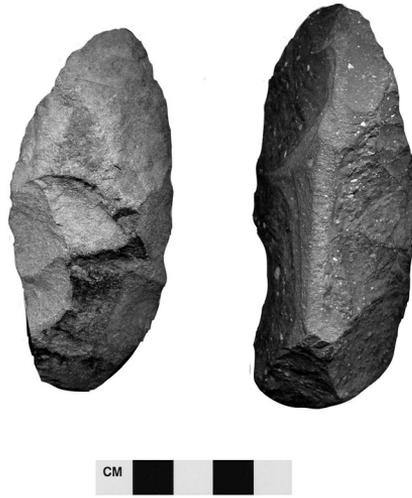


Figura 8. Cuñas bifaciales con forma de cincel, de depósitos de la fase Talamanca, encontrados en los abrigos del río Chiriquí.

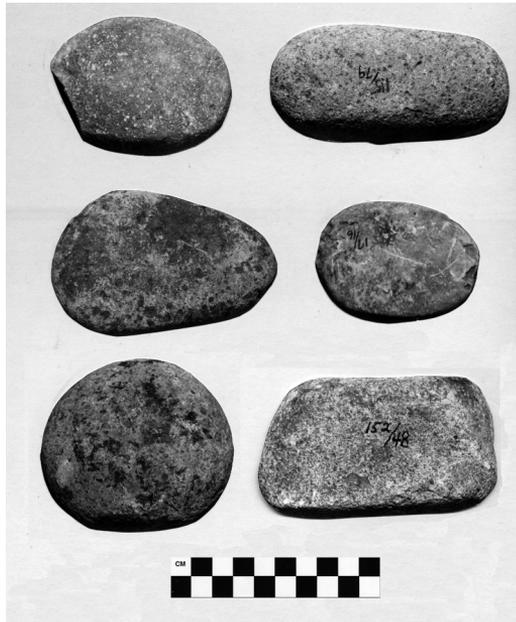


Figura 9. Cantos con bordes desbastados de los abrigos del río Chiriquí.

PERÍODO CERÁMICO TEMPRANO (4500-2500 ¹⁴C AP)

La cerámica aparece en la secuencia del Gran Coclé alrededor de 4500 ¹⁴C AP; fue inicialmente recuperada del sitio costero de Monagrillo y de otros sitios situados en la costa de la bahía de Parita (Willey y McGimsey 1954). La cerámica Monagrillo ha sido encontrada en varios sitios tierra adentro, entre ellos los abrigos Aguadulce, Corona, Carabalí, Cueva de los Ladrones y Río Cobre, en la sombra de la divisoria de aguas (Cooke 1995), y en sitios en el lado atlántico (Griggs 2005); sin embargo, no ha sido encontrada al oeste o este del Gran Coclé. Las excavaciones en abrigos rocosos y en sitios a cielo abierto en el Gran Chiriquí documentan la continuidad de ocupaciones precerámicas hasta el tercer milenio AP. Aunque no se ha estudiado en profundidad, se estima que en esa misma época se introdujo la cerámica en el Gran Darién.

La cerámica Monagrillo tiene todas las características de un esfuerzo inicial: la cocción se realizó a baja temperatura, y produjo una matriz friable; las formas son cuencos simples y vasijas sin decorar; algunas piezas fueron pintadas con bandas anchas de pintura roja, y otras, aunque escasas, fueron gravadas con diseños curvilíneos (inicialmente encontradas en el sitio tipo de Monagrillo).

Con excepción de la cerámica, hay una notable continuidad en la cultura material entre los períodos Precerámico Tardío y Cerámico Temprano. La tecnología de piedra tallada y los tipos de artefactos son prácticamente indistinguibles entre los dos períodos. Los cantos con bordes desbastados y las bases para moler en cantos rodados siguieron siendo los artefactos más importantes para procesar plantas. Sin embargo, ocurrió un cambio hacia el uso más intensivo de menor cantidad de especies, sobre todo de yuca y maíz, bien representadas en el registro microfósil de Aguadulce y Cueva de los Ladrones (Piperno 1985; Piperno et ál. 2000). La ausencia de polen y fitolitos de especies arbóreas en el núcleo de La Yeguada, fechado en la parte inicial del período (ca. 4000-3800 AP), indica que el área alrededor del lago había sido completamente deforestada (Piperno et ál. 1991b); sin duda, este fue también el caso de la mayor parte del Gran Coclé.

Durante el Cerámico Temprano hubo un énfasis creciente en los recursos costeros, como se refleja en las técnicas empleadas para capturar peces. La enorme cantidad de peces pequeños recuperada de las excavaciones de Monagrillo indica que las redes habían sido añadidas al inventario cultural. La expansión de las técnicas de captura de peces, la reducción de la dependencia de los recursos terrestres y el aumento en el número y tamaño de los sitios costeros sugiere mayor dependencia de los recursos acuáticos ante la disminución de la oferta de fauna terrestre. En los sitios de las tierras altas, como ocurrió durante el Precerámico Tardío, se han encontrado restos de peces y conchas.

El inicio de este período en el Gran Chiriquí (fase Boquete) no estuvo marcado por la introducción de la cerámica sino por un cambio, aparentemente abrupto, en la industria de la piedra tallada. Las “cuñas para separar”, bifaciales con forma de cincel, fueron reemplazadas por pequeñas cuñas tabulares hechas de lascas bipolares y residuos de núcleos (figura 10). Mientras que la andesita fue la materia prima preferida durante el período anterior, en los componentes líticos de la fase Boquete, la calcedonia, el cuarzo y la obsidiana fueron también importantes. Un pequeño número de azuelas pulidas y cincelos y una sola hacha acanalada (*grooved ax*) también forman parte del componente lítico. La continua importancia de los cantos con borde desbastado para el procesamiento de plantas, la similitud de las especies procesadas y la redundancia en la ocupación de los sitios sugieren una continuidad entre las dos fases (Ranere 1980c, 1980d).

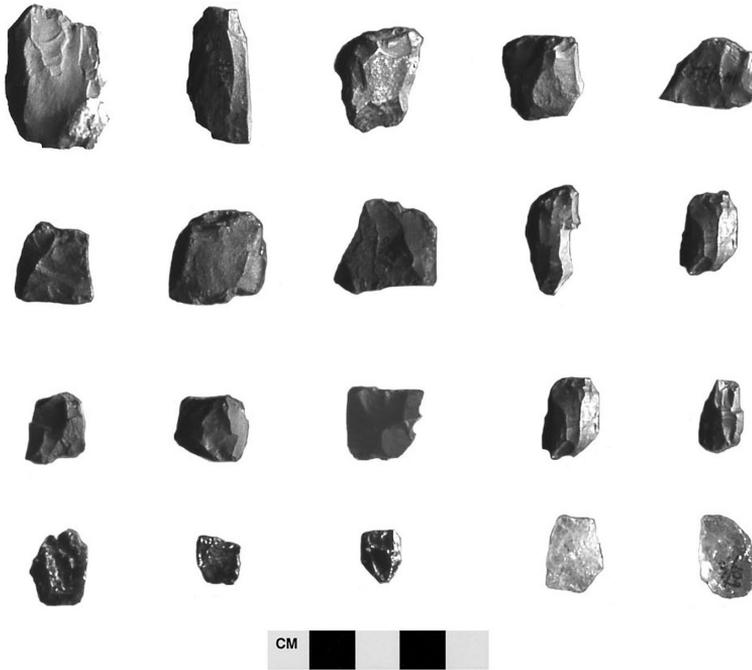


Figura 10. Cuñas tabulares hechas con lascas bipolares o restos de núcleos de depósitos de la fase Boquete provenientes de los abrigos del río Chiriquí. Los tres especímenes del extremo izquierdo inferior son de obsidiana, los dos del extremo derecho inferior de cuarzo cristalino y los de las tres primeras filas de calcedonia.

En los depósitos de la fase Boquete de los abrigos Casita de Piedra y Trapiche, los restos macrobotánicos fueron dominados por las mismas especies de palmas, leguminosas de árbol y frutales que dominaron durante la fase Talamanca (Smith 1980). De los artefactos de la fase Boquete se han recuperado granos de almidón de todas las especies representadas en la fase Talamanca, con la excepción del sagú (Dickau 2005; Dickau et ál. 2007). Los registros de fitolitos de Casita de Piedra indican que la región del Alto Río Chiriquí permaneció con cubierta boscosa, lo cual sugiere que en esta fase se continuó practicando el cultivo de pequeña escala (Piperno 1988); sin embargo, los núcleos de sedimentos de lagos situados más al oeste, en ambos lados de la frontera entre Costa Rica y Panamá, indican que la deforestación generalizada ya estaba en camino hacia 3000 AP. En el núcleo de la laguna Zoncho (1.190 msnm), en Costa Rica, se encontró polen de maíz desde 2940 ± 50 ^{14}C AP (Clement y Horn 2001). La secuencia de la laguna Volcán (1.500 msnm), en Panamá, también registra una fecha temprana para deforestación extensiva, 2860 ± 50 ^{14}C AP, pero el polen de maíz no aparece en el núcleo sino poco más abajo de una fecha de 1790 ± 50 ^{14}C AP (Behling 2000); esto sugiere que otros cultígenos fueron dominantes en el sistema agrícola del milenio anterior, quizás aquellos identificados con el registro de granos de algodón de los abrigos del río Chiriquí. Los datos de los núcleos lacustres también sugieren que hubo mayor cantidad de asentamientos (y que estos fueron más sustanciales) hacia, por lo menos, el final de este período que antes.

PERÍODO CERÁMICO MEDIO (2500-1250 ^{14}C AP)

Durante este período ocurrió una reorganización fundamental de la subsistencia, los asentamientos y, probablemente, la organización social en Panamá. En el Gran Coclé el énfasis de la subsistencia cambió de campos itinerantes en las tierras altas a campos de cultivo más permanentes en los suelos aluviales de la mayor parte de los valles de los ríos de la llanura costera del Pacífico. La aparición de asentamientos permanentes, algunos de gran tamaño, a lo largo de los ríos, está relacionada con el establecimiento de campos de cultivo permanentes. Un patrón similar puede haber ocurrido, también, en el Gran Chiriquí, aunque la evidencia proviene, fundamentalmente, de Costa Rica, donde ha habido mayor investigación (Hoopes 1996). Los grandes asentamientos permanentes de los valles altos de Volcán y Cerro Punta, en elevaciones entre 1.200 y 2.000 msnm, han sido mejor estudiados (Linares y Sheets 1980; Linares et ál. 1975; Sheets 1980).

¿Cuándo ocurrió todo esto? En realidad, conocemos poco del registro arqueológico de Panamá durante la mayor parte del tercer milenio AP. La evidencia existente sugiere la

continuidad de los patrones de asentamiento y subsistencia del Cerámico Temprano en el Cerámico Medio. Este hecho está ejemplificado en el Gran Coclé en el sitio La Mula-Sarigua, localizado cerca de la desembocadura del río Parita (Hansell 1988). Este es uno de los varios sitios costeros de la bahía de Parita ocupados durante el Cerámico Temprano; sin embargo, a diferencia de Monagrillo y Zapotal, los sitios mejor conocidos del período, La Mula-Sarigua siguió siendo ocupado durante la parte inicial del Cerámico Medio. Hansell calcula que las 1,3 ha del asentamiento Cerámico Temprano de La Mula-Sarigua crecieron a 4,4 ha en el tercer milenio AP; una fecha de 2820 ¹⁴C AP se asocia con cerámica La Mula y con cantos de bordes desbastados.

Hacia 2250 AP el tamaño de La Mula-Sarigua explotó hasta casi 60 ha; esta cifra es veinte veces más grande que la de Zapotal, el sitio de mayor tamaño del período Cerámico Temprano en el Gran Coclé. Otros sitios de tamaño similar también fueron habitados al final del tercer milenio, como Sitio Sierra, en la cuenca baja del río Santa María, en el norte, y cerro Juan Díaz, en el bajo río La Villa, en el sur (Cooke 1984; Cooke et ál. 2000; Cooke et ál. 2003). De hecho, el énfasis de los asentamientos del Gran Coclé cambió al final del tercer milenio AP de las pendientes de las tierras altas a las partes bajas de los ríos que cruzan la llanura costera. Por primera vez aparecen en gran cantidad pesadas herramientas para trabajar la madera (cinceles de piedra pulida), presumiblemente para talar los bosques de galería y hacer campos agrícolas (Cooke y Ranere 1992a; Ranere 1992). Las manos y los metates reemplazaron a los cantos con bordes desbastados y a las bases de molienda sobre cantos rodados como las herramientas dominantes para moler. En Sitio Sierra y Cerro Juan Díaz los restos de maíz (fitolitos, granos de almidón y tuzas, y granos quemados) dominan el registro paleobotánico (Cooke y Ranere 1992a; Cooke y Sánchez 2004a). El análisis de isótopos estables de esqueletos del cementerio del Cerámico Medio de Sitio Sierra indica altos niveles de consumo de maíz (Norr 1984, 1990).

Los artefactos de piedra tallada fueron hechos en lascas puntiagudas y hojas removidas de núcleos preparados; generalmente tuvieron muescas para enmangamiento (figura 11). Varios tipos de cerámica fueron introducidos. Hacia mediados del período aparecieron varias clases de bienes de élite, incluyendo algunos hechos de piedras semipreciosas pulidas, conchas (especialmente *Spondylus* y *Pinctada*) y oro (Cooke y Sánchez 1998). Estos eventos sugieren la importancia económica de la especialización artesanal y del intercambio. En este período los cementerios se encuentran ubicados en las partes altas de las lomas, aislados de los asentamientos, aunque los enterramientos de algunos individuos de estatus bajo fueron hechos en los límites de las aldeas (figura 12). La aparición de una jerarquía de asentamientos, el desarrollo de la especialización artesanal, la pro-

liferación de bienes de élite y el tratamiento diferencial de los muertos sugieren que en el Gran Coclé empezaba a ocurrir la diferenciación de estatus y de jerarquías sociales.

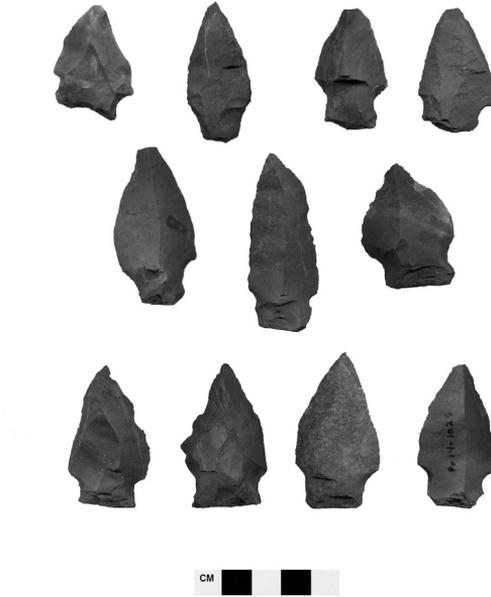


Figura 11. Puntas unifaciales pedunculadas de la ocupación del Cerámico Medio de La Mula-Sarigua.



Figura 12. Entierros excavados en Sitio Sierra (foto de Richard Cooke).

Durante este período también ocurrieron en el Gran Chiriquí cambios dramáticos en cuanto al aumento de la población, asentamientos permanentes, evidencia de especialización artesanal y correlatos materiales de jerarquías sociales, generalmente identificados con cacicazgos. La información mejor controlada proviene de las tierras altas, en los valles Cerro Punta y El Hato (Linares y Ranere 1980; Linares et ál. 1975). Los reconocimientos sistemáticos de esos valles no encontraron sitios de períodos anteriores (Dahlin 1980; Sheets 1980; Shelton 1984), a diferencia de los realizados en la cuenca del río Santa María, en el Gran Coclé, donde se registraron numerosos sitios de más de siete mil años. Los sitios más tempranos en las tierras altas del Gran Chiriquí se encuentran en bajas elevaciones y en los márgenes occidentales de Costa Rica. A medida que aumenta la altitud y se va hacia el oriente, hacia la cuenca alta del río Chiriquí Viejo, los sitios más tempranos son más y más recientes; en ese sentido parece acertada la sugerencia de Linares (1980a) de que las tierras altas de Chiriquí fueron pobladas por grupos que se expandieron desde el oeste y desde elevaciones más bajas.

La evidencia de que la diferenciación social había alcanzado niveles de cacicazgo es más clara en el sitio Barriles, en la región de El Hato, uno de cinco asentamientos grandes (de 15 a 30 ha) concentrados en el área, pero ciertamente no el más grande; sin embargo, es el único excavado hasta ahora, primero por Stirling (1950) y después por el proyecto de Linares (Linares y Ranere 1980). El sitio contiene un gran montículo artificial, grandes esculturas de piedra, metates ceremoniales gigantes provenientes de tumbas de gran tamaño (que sirvieron, quizás, de “tronos”) y “barriles” de piedra tallada (de los cuales deriva el nombre del sitio). Algunas de las estatuas parecen representar miembros de la élite llevados en hombros por los comuneros. Los metates ceremoniales están bordeados con imágenes de cabezas-trofeo. Excavaciones más extensas llevadas a cabo en Sitio Pitti, en la cuenca más alta de Cerro Punta, y recolecciones superficiales realizadas en el área, indican que no solamente esos objetos fueron hechos por especialistas; también lo fueron manos, metates y hachas ordinarios encontrados en los sitios de la región, excepto en los más pequeños; solo los artefactos de piedra tallada siguieron siendo “industrias caseras” (Sheets 1975).

PERÍODO CERÁMICO TARDÍO (1250-450 ¹⁴C AP)

Únicamente en este período se encuentran restos arqueológicos que corresponden a las descripciones que hicieron los cronistas de los cacicazgos del Gran Coclé. Las tumbas de hombres adultos de la élite que fueron halladas en el cementerio de Sitio Conte pertenecen al inicio de este período (Cooke y Sánchez 2004a; Cooke et ál. 2000).

Sitio Conte, localizado en el río Coclé, en la llanura costera del Pacífico, fue excavado por Samuel Lothrop en la década de 1930 (Lothrop 1937, 1942); junto con El Caño, un centro ceremonial contemporáneo localizado al otro lado del río, que tiene columnas monolíticas, calzadas pavimentadas y montículos funerarios de tierra, representa un recinto de élite sin paralelo en el Gran Coclé. Las terrazas con recubrimientos de piedra que se encuentran en el cercano cerro Cerrezuela pueden ser el tercer componente de este complejo ceremonial que pudo haber servido a un grupo social que incorporó diferentes cacicazgos (Briggs 1989; Cooke 2005; Cooke y Sánchez 2004a). Como Cooke (2005) sugirió, Sitio Conte puede haber sido el lugar de enterramiento de los individuos más ricos y de los guerreros más valientes; la singularidad del complejo conformado por Sitio Conte, El Caño y Cerrezuela llevó a Cooke a proponer la emergencia de un grupo social más grande que un cacicazgo, “a juzgar por el registro etnográfico, una especie de grupo de descendencia o grupos de etnias con lenguas cercanamente relacionadas, memorias con orígenes comunes, canciones y plegarias compartidas y conflictos entre personajes reales y míticos”.

La riqueza y elaboración de las tumbas de Sitio Conte exceden las encontradas en el período precedente y las de cualquier otro sitio del período Cerámico Tardío. Los individuos enterrados fueron, fundamentalmente, hombres adultos (solamente uno de los 93 individuos era un niño, y el 75% de los adultos eran hombres), incluidos los personajes principales. Las cantidades de cerámica, oro, piedras semipreciosas trabajadas y joyas (*v. gr.*, collares de caninos de felinos y perros) que fueron enterradas con los esqueletos de numerosos hombres y mujeres (¿cautivos y concubinas sacrificados?) sugieren la acumulación de bienes lujosos como marcadores de estatus social. Briggs (1989) registró las piezas encontradas por Mason en la tumba 74, así: 3.496 cuentas, 188 barras de oreja, 91 barras de piedra y oro, 45 apéndices de oro para barras de oreja, 87 campanas, 29 medallones (discos repujados con diseños geométricos), 17 cinceles, 13 placas (discos repujados con diseños figurativos), 4 mancornas, 2 pendientes, 23 recubrimientos de hueso, objetos de resina y marfil, 6 muñequeras o tobilleras, 30 recubrimientos misceláneos, cuatro ornamentos nasales, 2 narigueras o aretes, una barra y una campana de cobre (Cooke et ál. 2000).

Aunque Sitio Conte parece haber estado en uso solamente entre ca. 750 y 950 d. C. (Cooke et ál. 2000), la realización de elaborados ceremoniales funerarios y el entierro de numerosos objetos de lujo con personajes importantes continuó hasta tiempos históricos. El conquistador español Espinosa interrumpió la ceremonia fúnebre del cacique Paris, cuyo cuerpo estaba cubierto de oro por debajo de su vestido de tela, e intercedió para salvar la vida de hombres y mujeres destinados al sacrificio como compañía de

Paris en su tumba. A juzgar por los objetos guaqueados de El Hatillo (o Finca Calderón), localizado tierra adentro sobre el río Parita, el sitio debió haber sucedido a Sitio Conte como necrópolis del Gran Coclé, tal vez debido a que el balance de poder pasó a los jefes de la península de Azuero desde los llanos de Coclé (Cooke et ál. 2000; Haller 2004).

El patrón de especialización artesanal e intercambio que emergió en el período Cerámico Intermedio se intensificó durante el Cerámico Tardío, no solo en el Gran Coclé sino en todas partes de Panamá. En la cuenca de Cerro Punta, cerca de la frontera con Costa Rica, los especialistas parecen haber sido responsables de la producción de herramientas de piedra pulida –hachas y cinceles– y metates con base, pero la producción de artefactos de piedra tallada continuó siendo lo que Sheets (1975; Sheets et ál. 1980) llamó una “industria casera”; sin embargo, en el período Cerámico Tardío, incluso en la húmeda vertiente del Atlántico, una aldea pequeña como Cerro Brujo no produjo ninguna de sus herramientas de piedra, a juzgar por la ausencia de desechos; además, los artefactos son más numerosos que las lascas. Los artefactos de piedra tallada encontrados en las excavaciones de Cerro Brujo fueron hechos en hojas prismáticas de andesita con pedúnculo (Ranere y Rosenthal 1980), obtenidas en canteras de las tierras altas (donde son comunes los afloramientos de andesita) a cambio de recursos costeros.

En la costa pacífica del Gran Chiriquí la población se concentró en aldeas nucleadas como La Pitahaya, localizada en una península (llamada Isla Palenque) unida a una gran isla (Boca Brava) cercana a la costa del golfo de Chiriquí (Linares 1980b). Durante la fase San Lorenzo (1250-950 AP) el sitio cubrió 8,5 ha y contuvo montículos (hechos de desechos de ocupación) que tuvieron grandes columnas de basalto y estatuas. El comercio interregional es evidente en las materias primas de columnas y estatuas, manos y metates, y en las hojas de calcedonia y puntas trifaciales, ninguna de las cuales se consigue en la isla (Shelton 1980); también es evidente en las grandes vasijas policromas del Gran Coclé (Cooke 1980). Unos pocos tiestos procedentes de la península de Nicoya, en Costa Rica, encontrados en La Pitahaya, sugieren contactos e intercambio a lo largo de las costas de la Baja América Central (Cooke 1980).

TENDENCIAS DE LARGA DURACIÓN EN LA PREHISTORIA DE PANAMÁ

Los primeros habitantes de Panamá de quienes tenemos noticia eran parte de la tradición Clovis que se extendió de Alaska a Panamá y, quizás, más allá. La aparición de esta tradición en el país fue, seguramente, resultado de una expansión démica desde el norte hacia el deshabitado o poco poblado istmo (Pearson 2004; Ranere 2000; Ranere y Cook 2003). Si la secuencia de puntas lanceoladas Clovis a puntas Clovis con cintura

y a puntas “cola de pescado” representa una trayectoria histórica en América Central, un desarrollo posible pero no probado, entonces la expansión démica continuó hacia Suramérica (Ranere y Cooke 1991). El hecho de que la tradición de puntas “cola de pescado” no se haya expandido por la totalidad de Suramérica puede haberse debido a la presencia de poblaciones ya establecidas en la mayor parte del continente (Pearson 2004). En cualquier caso, durante el período Paleoindio (de 11500 a 10000 ¹⁴C AP) sucedieron pocas cosas en Panamá que se distingan de lo que sucedió en vecinos distantes en el norte y en el sur.

Durante el subsiguiente período Precerámico Temprano continuó la interacción entre las poblaciones de Panamá y de otras regiones. Las industrias de piedra tallada continuaron siendo caracterizadas por reducción bifacial y puntas de proyectil bien hechas, ahora con mayor variación formal. En el valle del río Reventazón, en Costa Rica (Acuña 1983, 2000), en el valle del Magdalena, en Colombia (López 1995, 2004), en México (MacNeish et ál. 1967) y en Brasil (Roosevelt et ál. 1996) se han encontrado puntas pedunculadas similares a las halladas en la cantera y taller La Mula Central, en el Gran Coclé (Hansell 1988), y en el sitio Eastend, del Gran Darién. La aparición en Panamá, hace unos ocho mil años, del complejo de piedras de moler caracterizado por cantos con bordes desbastados y bases sobre cantos rodados tiene contrapartes contemporáneas en Colombia (Aceituno 2002) y, quizás, en Ecuador (Stohtert 1988). Más aún, la introducción en la economía de subsistencia del Gran Coclé de cultígenos como el zapallo, el sagú, el lerén y la tula (presumiblemente desde Suramérica) y del maíz (desde México) evidencia interacción e intercambio a larga distancia (Piperno y Pearsall 1998).

Durante el Precerámico Tardío, que comenzó hace unos siete mil años, ocurrieron suficientes diferencias en los patrones culturales del centro y el oeste de Panamá como para que los términos Gran Coclé y Gran Chiriquí empiecen a tener sentido. Aunque las dos áreas compartieron el complejo de cantos con bordes desbastados como las herramientas básicas para el procesamiento de alimentos, el énfasis en grandes cuñas bifaciales talladas con forma de cincel y en *choppers* hechos en rocas ígneas en el Gran Chiriquí, y en pequeños artefactos hechos en calcedonia y cuarzo con técnicas de reducción bipolares y al azar en el Gran Coclé, es una clara indicación de que las dos industrias evolucionaron de manera independiente (Ranere y Cooke 1996). Es probable que esta diferenciación haya empezado antes de este período, pero no se han encontrado sitios del Precerámico Temprano en el occidente de Panamá para verificar esta suposición. En el Gran Coclé también hay evidencia de un aumento dramático de la población durante este período (Cooke y Ranere 1992a). Las actividades agrícolas itinerantes de los grupos del Gran Coclé produjeron la masiva deforestación de las regiones que han sido documentadas con núcleos de polen y

fitolitos (Piperno et ál. 1991b; Piperno y Jones 2003); en cambio, los reconocimientos realizados en la cuenca del río Chiriquí Viejo, cerca de la frontera con Costa Rica (Dahlin 1980; Linares y Sheets 1980; Sheets 1980; Shelton 1984) y a lo largo de la costa del golfo de Chiriquí (Linares 1968b), no pudieron localizar sitios de este período. Además, las poblaciones de la cuenca alta del río Chiriquí que estaban realizando actividades agrícolas vivían en ambientes de bosque (Dickau 2005; Piperno y Pearsall 1998). No sabemos si el oriente de Panamá era culturalmente diferente de Panamá Central en esta época, debido a que el Gran Darién permanece casi totalmente inexplorado.

En el Gran Coclé la cerámica se añadió al inventario de la cultura material hace unos 4.500 años, pero poco cambió durante los 2.000 años del período Cerámico Temprano. Aunque la cerámica no ingresó al inventario del Gran Chiriquí hasta hace unos 2.500 años, ocurrió un cambio en la industria de piedra tallada; hace 4.500 años la industria lítica de los abrigos de la cuenca alta del río Chiriquí abandonó las grandes cuñas bifaciales y los *choppers* hechos sobre rocas bifaciales, característicos de los conjuntos de la fase Talamanca (Ranere 1980c, 1980d). Los conjuntos de la fase Boquete (ca. 4.500-2500 ¹⁴C AP) incluyeron más artefactos pequeños hechos sobre lascas de calcedonia, cuarzo y obsidiana, generalmente elaborados con reducción bipolar; sin embargo, al igual que sus predecesores de la fase Talamanca, los grupos de la fase Boquete vivían en un ambiente básicamente boscoso y, presumiblemente, a diferencia de lo que sucedía en la misma época en el Gran Coclé, limitaron el cultivo de plantas a pequeñas huertas caseras, en vez de cultivarlas en grandes campos agrícolas (Dickau 2005). Los datos paleoecológicos obtenidos de núcleos de lagos localizados en lugares opuestos del Gran Darién indican que la deforestación causada por la agricultura itinerante fue generalizada en este período (Bartlett y Barghoorn 1973; Piperno 1985, 1994). La identificación de lazos entre el Gran Darién y el Gran Coclé, más allá del hecho de que compartieron un sistema de subsistencia que incorporó cultivos itinerantes, deberá esperar a que se realicen investigaciones arqueológicas en sitios que tengan las mismas fechas de los núcleos de sedimentos obtenidos en lagos.

Durante el período Cerámico Intermedio (2500-1250 AP) la densidad de la población aumentó en todo el istmo; en algunas regiones del Gran Coclé y el Gran Chiriquí ese crecimiento fue acompañado por la emergencia de sociedades estratificadas. Reconocimientos en el Gran Coclé (Haller 2004; Isaza 2004, 2007; Weiland 1984) y el Gran Chiriquí (Linares 1968a, 1968b; Linares y Sheets 1980; Sheets 1980) documentaron la presencia de una jerarquía de asentamientos con sitios pequeños (que rara vez excedieron 2 ha) y sitios más grandes (entre 20 y 60 ha). Los reconocimientos realizados a lo largo de la costa caribe en el Gran Chiriquí, el Gran Coclé y el Gran Darién (Drolet 1980; Griggs et ál. 2002; Linares 1980c) han documentado un incremento sustancial de la población durante este período.

Los sitios más grandes y más densos se encuentran a lo largo de los ríos que tienen depósitos aluviales más ricos y en las tierras altas con suelos volcánicos jóvenes. Solamente en este período es evidente la interacción creciente dentro de Panamá (la cerámica policroma del Gran Coclé se encuentra en sitios del Gran Chiriquí y del Gran Darién) y también hacia fuera (Cooke 1976, 1980; Cooke y Sánchez 2000); el contacto con el exterior es claro en la introducción de la metalurgia desde Colombia al empezar el segundo milenio AP (Cooke et ál. 2000).

La distribución de sitios grandes y pequeños con recintos ceremoniales (montículos, monolitos de piedra, grandes esculturas) durante el período Cerámico Tardío se volvió más generalizada a medida que el istmo adquirió la configuración reportada por observadores occidentales en el siglo XVI (Jopling 1994; Cooke y Sánchez 2004b).

CAMBIOS EN LA HISTORIA DE LOS ASENTAMIENTOS: UN ESTUDIO DE CASO DE LA CUENCA DEL RÍO SANTA MARÍA

Es difícil obtener una idea de la magnitud de los cambios que ocurrieron en el Panamá precolombino, debido al carácter fragmentario del registro arqueológico en muchos lugares del país. Solo existe una región donde se ha obtenido una secuencia completa con datos comparativos de patrones de asentamiento: la cuenca del río Santa María, en la región central del Pacífico panameño. El análisis de los datos de la prospección de la cuenca provee un ejemplo de los cambios en densidad poblacional y en los sistemas de asentamiento que ocurrieron en el istmo a través del tiempo. La cuenca del río Santa María puede ser representativa de las secuencias de otras partes del Gran Coclé, por lo menos en la vertiente pacífica de la divisoria de aguas, pero es posible que difiera de las secuencias del Gran Chiriquí y del Gran Darién; sin embargo, todas las secuencias comenzaron con la misma base paleoindia y terminaron con agricultores aldeanos sedentarios, generalmente organizados en sociedades jerárquicas.

La cuenca del río Santa María cubre un área de 3.315 km² en el Gran Coclé, uno de los mayores sistemas orográficos de Panamá. En la década de 1980 llevamos a cabo un estudio regional de larga duración, el Proyecto Santa María; incluyó un muestreo probabilístico que consistió en transectos de 500 m de ancho que cubrieron una distancia total de 74,5 km lineales o 37,25 km² en todas las zonas fisiográficas de la cuenca, desde la costa hasta las tierras altas (Cooke y Ranere 1992a). Es posible obtener una aproximación inicial del número relativo de individuos que poblaron la cuenca a través del tiempo comparando el tamaño acumulado del área cubierta por los sitios de habitación ocupados durante los distintos períodos en la muestra de transectos (tabla 2).

	Número total de sitios	Número de sitios de habitación	Tamaño promedio de sitios de habitación (m ²)	Área acumulativa de sitios de habitación (m ²)	Sitios de habitación por km ²	Área acumulada de sitios de habitación por km ²
Tierras altas						
PI	1	0	0	0	0	0
EP	5	2	712	356	0,24	84
LP	41	13	15.850	1.219	1,53	1.865
EC	4	2	540	270	0,24	64
MC	50	19	24.819	1.306	2,24	2.920
LC	49	21	26.817	1.277	2,47	3.155
Piedemonte						
PI	1	0	0	0	0	0
EP	1	1	550	550	0,13	73
LP	37	13	2.281	29.652	1,73	3.953
EC	28	7	2.214	15.500	0,93	2.067
Tierras altas						
PI	1	0	0	0	0	0
EP	5	2	712	356	0,24	84
LP	41	13	15.850	1.219	1,53	1.865
EC	4	2	540	270	0,24	64
MC	50	19	24.819	1.306	2,24	2.920
LC	49	21	26.817	1.277	2,47	3.155
Piedemonte						
PI	1	0	0	0	0	0
EP	1	1	550	550	0,13	73
LP	37	13	2.281	29.652	1,73	3.953
EC	28	7	2.214	15.500	0,93	2.067
MC	13	3	758	2.275	0,4	303
LC	26	15	39.877	598.150	2	79.753
Llanura						
PI	5	0	0	0	0	0

EP	8	2	4.836	9.672	0,33	1.612
LP	17	6	7.725	46.352	1	7.725
EC	5	3	9.837	29.510	0,5	4.918
MC	28	7	16.176	113.231	1,17	18.872
LC	16	5	14.164	70.822	0,83	11.804
Delta						
PI	0	0	0	0	0	0
EP	0	0	0	0	0	0
LP	4	2	260	520	0,24	63
EC	3	1	240	240	0,12	29
MC	16	9	59.742	537.681	1,09	65.173
LC	23	13	43.543	566.061	1,58	68.613
Costa						
PI	0	0	0	0	0	0
EP	0	0	0	0	0	0
LP	2	1	9.700	9.700	0,13	1.212
EC	1	1	9.700	9.700	0,13	1.212
MC	3	3	33.887	101.660	0,38	12.707
LC	13	11	18.693	205.620	1,38	2.570

Tabla 2. Componentes de los sitios por transectos y diferentes zonas fisiográficas.

La densidad de población durante el Paleoindio fue baja, a juzgar por el hecho de que no se identificaron sitios de habitación de este período. En el reconocimiento se registraron siete sitios del Paleoindio o del Precerámico Temprano: cuatro talleres y tres dispersiones líticas. En cambio, se registraron cinco sitios de habitación del Precerámico Temprano; se trata de sitios pequeños, cuyo tamaño promedio es de 0,2 ha. Así, aunque la población en la cuenca aumentó varias veces su tamaño desde el período Paleoindio, siguió siendo pequeña; sin embargo, a mediados del Precerámico Temprano aparecieron los primeros cultígenos en el registro arqueológico de la cuenca, y la primera evidencia de la apertura de campos agrícolas en el registro paleoecológico del lago La Yeguada (Piperno et ál. 1991b).

Durante el Precerámico Tardío el número de sitios de habitación en los transectos aumentó a 35, y el área acumulada cubierta por esos sitios fue diez veces más grande que

el área acumulada de los cinco sitios del Precerámico Temprano; mientras cuatro de los sitios tuvieron más de una hectárea, el promedio fue de solo 0,3 ha, no muy diferente del tamaño de los sitios de habitación del Precerámico Temprano. La mayoría de los sitios de este período (26 de 35) se localizaron en los transectos de las tierras altas. El registro de La Yeguada (polen, fitolitos y partículas de carbón) indica que el comienzo del período, en 7000 ¹⁴C AP, marca la introducción de los cultivos itinerantes a la cuenca, y que hacia el final los únicos árboles existentes alrededor del lago fueron de especies de bosque secundario (Piperno et ál. 1991b).

No es fácil interpretar qué le sucedió a la población de la cuenca durante el Cerámico Temprano. El número de sitios de habitación cayó de 35 a 14 y el área de ocupación acumulada fue solo dos tercios de la precedente. Si la mayor parte de la cuenca ya estaba deforestada, como indica el registro paleoecológico de La Yeguada (Piperno et ál. 1991b), podemos esperar que la erosión y la degradación de los suelos condujeran al abandono parcial. Simulaciones de deforestación y crecimiento de población en el Gran Coclé sugieren que el crecimiento de la población durante este período ocurrió en áreas periféricas a las que prospectamos en los transectos (Hansell y Ranere 1997); sin embargo, a pesar de la dificultad para distinguir los sitios del Precerámico Tardío y del Cerámico Temprano a partir de recolecciones superficiales (los conjuntos líticos de los dos períodos son prácticamente indistinguibles, y la cerámica Monagrillo no se preserva bien cuando está expuesta en la superficie), esta caída en la población puede ser más aparente que real. El crecimiento de la población en el período, si realmente ocurrió, no tuvo el mismo ritmo de incremento de los tres períodos anteriores; para que eso hubiera ocurrido el área de ocupación acumulada debió ser de 70 ha, cuatro veces más que el área combinada de este período y del precedente. Ya sea que la población durante el Cerámico Temprano disminuyera, se mantuviera en el mismo nivel o aumentara ligeramente, queda la impresión de que la capacidad de carga de la cuenca estaba cerca del límite para agricultores itinerantes móviles.

El área de ocupación acumulada entre los períodos cerámicos Temprano y Medio aumentó entre diez y catorce veces en los transectos de la llanura costera y el delta viejo, donde los sitios de habitación aumentaron de cinco a diecinueve y, más importante, donde el promedio de su tamaño aumentó de menos de una hectárea a cuatro. Antes del Cerámico Medio el sitio de habitación más grande registrado tiene 1,7 ha; en cambio, Sitio Sierra (AG-3), localizado en la zona del delta viejo, tiene 45 ha. En contraste, el área de ocupación acumulada de los sitios del período en las tierras altas es similar a la de los dos períodos anteriores (tabla 2).

El área de ocupación acumulada del Cerámico Tardío dobla la del Cerámico Medio; este aumento proviene, casi exclusivamente, de los dos transectos del piedemonte, donde

el número de sitios de habitación pasó de tres a quince y el área acumulada de 0,2 a 60 ha; en cambio, las cifras correspondientes al transecto Santa Fe de las tierras altas no cambiaron sustancialmente del período anterior a este (de diecinueve a veintiún sitios y de 25 a 27 ha de área acumulada). El número de sitios de habitación de las tierras bajas aumentó de diecinueve a veintinueve, pero el área acumulada solo aumentó 12% (de 75 a 84 ha).

DISCUSIÓN

¿Qué podemos aprender de la historia de los asentamientos de la cuenca del río Santa María? Primero, el transecto prospectado confirma el hecho de que la población paleoindia debió ser pequeña; este hecho no es sorprendente, porque los recursos disponibles para los seres humanos en las selvas tropicales son escasos y dispersos, aún más si, como los paleoindios, se trata básicamente de cazadores (cf. Ranere y Cooke 2003). Aunque la densidad de la población se incrementó durante el Precerámico Temprano (10000-7000 ¹⁴C AP), de todas maneras permaneció en niveles bajos; por lo tanto, produce alguna sorpresa que se añadieran plantas cultivadas a la subsistencia a mediados del período, si no antes. Los núcleos de sedimentos obtenidos en el lago La Yeguada indican un incremento de quemaduras del bosque hacia 8600 AP; además, en Cueva de los Vampiros fueron encontrados fitolitos de sagú con fechas de radiocarbono similares. En el Abrigo Aguadulce se recuperaron fitolitos de sagú, lerén, calabaza y tula que parecen datar de la parte media del Precerámico Temprano. Esto sugiere que los recursos de los bosques tropicales son tan pocos y tan dispersos que incluso con bajas densidades fue más eficiente, en términos energéticos, producir parte de los alimentos que adquirirlos a través de caza y recolección.

El comienzo del Precerámico Tardío, hace unos siete mil años, coincidió con el aumento notable de las quemaduras del bosque; este hecho marcó la aparición inicial de cultivos itinerantes en la cuenca. La densidad de la población aumentó dramáticamente durante este período. En el transecto se encontró un sitio de habitación cada kilómetro cuadrado; esta cifra contrasta con la del Precerámico Temprano, un sitio por 7 km². Varias plantas nuevas, presumiblemente más productivas, se añadieron a la subsistencia; las más prominentes fueron el maíz (introducido al final del período), la yuca y el ñame. El cambio de huertas caseras a campos de cultivos hechos por roza y quema fue el principal responsable del aumento de la población en la cuenca. La generalización de esta técnica de cultivo es evidente en el hecho de que hacia el final del período, hace unos cinco mil años, en la secuencia de La Yeguada solamente se encuentra polen de especies arbóreas que crecen en zonas intervenidas; hace unos cuatro mil años, a mediados del Cerámico Temprano, la secuencia de La Yeguada registra la desaparición del polen de esas especies y el registro polínico y de fitolitos pasa a ser

dominado por pastos. En esa época el área alrededor del lago parece haber sido completamente deforestada; aunque permaneció habitada –la vegetación continuó siendo quemada–, parece que los suelos empobrecidos debido al sistema de rotación corta no podían sostener el mismo número de personas. La densidad del Cerámico Temprano cayó a un sitio por 2,4 km². A pesar de la clara evidencia de degradación ecosistémica y, quizás, población decreciente, no parece haber ocurrido ningún cambio en la economía de subsistencia durante los dos mil años de duración del período; sospechamos, pero no tenemos los datos para demostrarlo, que la gente abandonó las áreas degradadas –como la cuenca del río Santa María– y ocupó otras que, por razones climáticas (*i. e.*, mayor y menor precipitación estacional), no eran óptimas para los cultivos itinerantes, pero todavía no estaban degradadas.

Durante el Cerámico Medio el número de sitios de habitación en el transecto prospectado se incrementó de 14 a 41 y, lo que es más significativo, el área acumulada de esos sitios pasó de 5,6 a 78 ha en un período de solo doscientos a cuatrocientos años. Este hecho sugiere dos cosas: 1) las poblaciones humanas pueden crecer rápidamente si hay los recursos disponibles para sostener un número mayor de individuos; y 2) debieron estar disponibles nuevos recursos para sostener ese nivel de crecimiento (véase Shennan 2003:110-112). El recurso más significativo en este caso fueron los suelos aluviales de los ríos más grandes que cruzan la llanura de inundación de Coclé; este recurso debió ser “nuevo”, porque se formó por acumulación de los sedimentos erodados por la deforestación de las tierras altas. El cultivo de esos suelos fue nuevo; esta práctica no había entrado, hasta entonces, a formar parte del grupo de actividades óptimas de subsistencia. Aunque no es claro si esta situación fue causa o consecuencia, representa un caso de adopción de una estrategia de subsistencia energéticamente más costosa, pero con el potencial de proveer un aumento significativo en la cantidad de alimentos que elevó la capacidad de carga regional cuando se logró su incorporación óptima. El desmonte de los montes de galería con hachas de piedra pulida (que debieron ser manufacturadas o adquiridas) fue, inicialmente, una labor más intensiva –y, por lo tanto, energéticamente menos eficiente– que la quema de vegetación seca en las laderas de las montañas, pero tenía el potencial de establecer campos de cultivo permanentes.

El cultivo de los extensos depósitos aluviales a lo largo del río Santa María y de otros grandes ríos que cruzan la llanura costera del Gran Coclé hizo posible el establecimiento de grandes aldeas permanentes, cuyas características incluyeron especialización artesanal (de bienes utilitarios y lujosos), redes de intercambio intrarregional y tratamiento diferencial de los muertos. El aumento de los sitios de habitación desde el Cerámico Medio hasta el Tardío (de 41 a 65) y la duplicación del área acumulada de ocupación, testimonian el éxito continuado de esta estrategia económica, tal como lo registraron los primeros cronistas. Lo demás, como reza el refrán, es historia.

REFERENCIAS

- Aceituno, Francisco Javier
2002 *Ocupaciones tempranas del bosque tropical subandino en la Cordillera Centro-Occidental de Colombia*. Disertación doctoral, Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense, Madrid.
- Acuña, Víctor
1983 La Florencia-1, un sitio precerámico en la vertiente atlántica central de Costa Rica. *Vínculos* 9:1-14.
2000 Cronología y tecnología lítica en el valle Turrialba. *Vínculos* 25:41-76.
- Bartlett, Alexandra S., y Elso Barghoorn
1973 Phytogeographic History of the Isthmus of Panama, During the Past 12,000 Years. (A History of Vegetation, Climate and Sea-level Change). En *Vegetation and Vegetational History of Northern South America*, editado por Alan Graham, pp. 233-247. Elsevier, New York.
- Bartlett, Alexandra S., Elso Barghoorn y R. Berger
1969 Fossil Maize from Panama. *Science* 165(3891):389-390.
- Behling, Hermann
2000 A 2,860-year High-resolution Pollen and Charcoal Record from the Cordillera de Talamanca in Panamá: A History of Human and Volcanic Forest Disturbance. *Holocene* 10:387-392.
- Berrio, Juan Carlos, Arnoud Boom, Pedro José Botero, Luisa Fernanda Herrera, Henry Hooghiemstra, Freddy Romero y Gustavo Sarmiento
2001 Multi-disciplinary Evidence of the Holocene History of a Cultivated Floodplain Area in the Wetlands of Northern Colombia. *Vegetation History and Archaeobotany* 10:161-174.
- Bird, Junius, y Richard G. Cooke
1978 The Occurrence in Panamá of Two Types of Paleo-indian Projectile Points. En *Early Man in America from a Circum-pacific Perspective*, editado por Alan Bryan, pp. 263-272. Occasional Papers No. 1, Department of Anthropology, University of Alberta, Edmonton.
- Briggs, Peter
1989 *Art, Death and Social Order: The Mortuary Arts of pre-Conquest Central Panamá*. BAR International Series No. 550, Oxford.
- Bryan, Alan, Rodolfo Casimiquela, José María Cruxent, Ruth Gruhn y Claudia Oschenius
1978 An El Jobo Mastodon Kill at Taima-Taima, Venezuela. *Science* 200:1275-1277.
- Bush, Mark B., Dolores R. Piperno, Paul A. Colinvaux, Paulo E. De Oliveira, Lawrence A. Krissek, Michael C. Miller y William E. Rowe
1992 A 14,300-yr Paleoecological Profile Of a Lowland Tropical Lake in Panamá. *Ecological Monographs* 62(2):251-275.

Clement, Rachel, y Sally Horn

- 2001 Pre-columbian Land-use History in Costa Rica: A 3000-year Record of Forest-clearance, Agriculture and Fires from Laguna Zoncho. *Holocene* 11:419-426.

Cooke, Richard

- 1972 *Archaeology of the Western Coclé Province, Panamá*. Disertación doctoral, Institute of Archaeology, London University, London.
- 1977 Recursos Arqueológicos. En *Evaluación ambiental y efectos del Proyecto Hidroeléctrico Fortuna. Lotería*, editado por Abdiel J. Adames, apéndice 7, pp. 399-467.
- 1980 Polychrome Pottery from the Central Region of Panamá at La Pitahaya (IS-3). En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 376-384. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.
- 1984 Archaeological Research in Central and Eastern Panamá: A Review of Some Problems. En *The Archaeology of Lower Central America*, editado por Fred Lange y Doris Stone, pp. 263-302. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1992 Prehistoric Nearshore and Litoral Fishing in the Eastern Tropical Pacific: An Ichthyological Evaluation. *Journal of World Prehistory* 6:1-49.
- 1995 Monagrillo, Panamá's First Pottery (3800-1200 cal BC): Summary of Research (1948-1993), with New Interpretations of Chronology, Subsistence and Cultural Geography. En *The Emergence of Pottery: Technology and Innovation in Ancient Societies*, editado por William Barnett y John Hoopes, pp. 169-184. Smithsonian Institution, Washington, D. C.
- 1998 Human Settlement of Central America and Northern South America, 14,000- 8,000 BP. *Quaternary International* 49/50:177-190.
- 2003a Observations on the Religious Content of the Animal Imagery of the "Gran Coclé" Semiotic Tradition of pre-Columbian Panamá. En *Behaviour behind Bones. The Zooarchaeology of Ritual, Religion, Status and Identity*, editado por Sharyn O'Day, Wim van Neer y Anton Ervynck, pp. 114-127. Oxbow, Liverpool.
- 2003b Rich, Poor, Shaman, Child: Animals, Rank, and Status in the "Gran Coclé" Culture Area of pre-Columbian Panamá. En *Behaviour behind Bones. The Zooarchaeology of Ritual, Religion, Status and Identity*, editado por Sharyn O'Day, Wim van Neer y Anton Ervynck, pp. 271-284. Oxbow, Liverpool.
- 2005 Prehistory of Native Americans on the Central American Landbridge: Colonization, Dispersal and Divergence. *Journal of Archaeological Research* 13(2):129-187.

Cooke, Richard, y Anthony J. Ranere

- 1984 The "Proyecto Santa María": A Multidisciplinary Analysis of Prehistoric Adaptations to a Tropical Watershed in Panamá. En *Recent Developments in Isthmian Archaeology: Advances in the Prehistory of Lower Central America*, editado por Fred Lange, pp. 31-53. BAR International Series No. 212, Oxford.
- 1992a Prehistoric Human Adaptations to the Seasonally Dry Forests of Panamá. *World Archaeology* 24(1):114-133.
- 1992b The Origins of Wealth and Rank in Prehistoric Central Panamá: Some New Data and Some Old Problems. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 243-316. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
- 1992c Human Influences on the Zoogeography of Panamá: An Update Based on Archaeofaunal and Documentary Data. En *Biogeography of Mesoamerica*, editado por Stanley

Darwin y Alan Welden, pp. 21-58. *Tulane Studies in Zoology and Botany*, Supplementary Publication No. 1, Tulane University, New Orleans.

Cooke, Richard G., y Luis Alberto Sánchez

- 1998 Coetaneidad de metalurgia, artesanías de concha y cerámica pintada en cerro Juan Díaz, Panamá. *Boletín Museo del Oro* 42:57-85.
- 2001 El papel del mar y de las costas en el Panamá prehispánico y del período de contacto: redes locales y relaciones externas. En *Revista de Historia. Simposio: Historia Marítima del Pacífico*, pp. 15-60. San José, Escuela de Historia, Universidad de Costa Rica.
- 2004a Sociedades originarias. Capítulo I: Panamá prehispánico. En *Historia General de Panamá*, editado por Alfredo Castillero Calvo, pp. 4-48. Comité General del Centenario, Ciudad de Panamá.
- 2004b Sociedades originarias. Capítulo II: Panamá indígena. 1501-1550. En *Historia General de Panamá*, editado por Alfredo Castillero Calvo, pp. 49-89. Comité General del Centenario, Ciudad de Panamá.

Cooke, Richard, Luis Alberto Sánchez, Diana Carvajal, John Griggs y Ilean Isaza

- 2003 Transformaciones sociales y culturales de los amerindios de Panamá durante el siglo XVI: una perspectiva arqueológica y paleoecológica. *Mesoamérica* 45:1-34.

Cooke, Richard, Luis Alberto Sánchez y Keichi Udagawa

- 2000 Contextualized Goldwork from “Gran Coclé”, Panamá: An Update Based on Recent Excavations and New Radiocarbon Dates for Associated Pottery Styles. En *Pre-Columbian Gold: Technology, Style and Iconography*, editado por Colin McEwan, pp. 154-176. British Museum Press, London.

Crusoe, Donald, y James Felton

- 1974 La Alvina de Parita: A Paleo-indian Camp in Panamá. *Florida Anthropologist* 27:145-148.

Curtis, Jason, Mark Brenner y David Hodell

- 1999 Climate Change in the Lake Valencia. *Holocene* 9:609-619.

Dahlin, Bruce

- 1980 Surveying the Volcán Barú Region with the Posthole Digger. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 276-279. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.

Dickau, Ruth

- 2005 *Resource Use, Crop Dispersals, and the Transition to Agriculture in Prehistoric Panamá: Evidence from Starch Grains and Macroremains*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Temple University, Philadelphia.

Dickau, Ruth, Anthony J. Ranere y Richard G. Cooke

- 2007 Starch Grain Evidence for the Pre-ceramic Dispersals of Maize and Root Crops into Tropical Dry and Humid Forests of Panama. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 104:3651-3656.

Dillehay, Tom

1997 *Monte Verde: A Late Pleistocene Settlement in Chile, Volume 2: The Archaeological Context and Interpretation*. Smithsonian Institution, Washington, D. C.

Drolet, Robert

1980 *Cultural Settlement along the Moist Caribbean Slopes of Eastern Panamá*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Illinois, Urbana.

Golik, Abraham

1968 History of Holocene Transgression in the Gulf of Panamá. *The Journal of Geology* 76(5):497-507.

Griggs, John C.

1998 *Un estudio preliminar arqueológico de la concesión minera de Petaquilla, provincia de Colón, República de Panamá*. Inédito, Teck Corporation, Vancouver.

2005 *The Archaeology of Central Caribbean Panamá*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Texas, Austin.

Griggs, John, Luis Augusto Sánchez, Richard Cooke, Camilo Díaz y Diana Carvajal

2002 *Recopilación y presentación de datos ambientales y culturales en la región occidental de la cuenca del Canal de Panamá. Tarea 6: inventario de sitios de recursos culturales y evaluación del potencial de sitios adicionales. Volumen 2: informe de los sitios de recursos culturales fuera de las áreas de impacto directo y sitios de recursos culturales dentro de las áreas de impacto directo en las cuencas de los ríos Caño Sucio e Indio*. Inédito, Autoridad del Canal, Ciudad de Panamá.

Haller, Michael J.

2004 *Political Economy and the Development of Chiefly Societies in the Río Parita Valley, Herrera Province, Panamá*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Pittsburgh.

Hansell, Patricia

1988 *The Rise and Fall of an Early Formative Community: La Mula-Sarigua, Central Pacific Panamá*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Temple University, Philadelphia.

Hansell, Patricia, y Anthony Ranere

1997 Modeling Deforestation and Population Growth: A View from Prehistoric Central Panamá. Archaeological Applications of GIS. En *Proceedings of Colloquium II, UISPP XIIIth Congress, Forlì, Italy, September 1996*, editado por Ian Johnson y MacLeran North. Sydney University Archaeological Methods Series, Sidney.

Holmes, William

1884 Ancient Art of the Province of Chiriquí. *Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology 6th. Annual Report 1884-1885*, pp. 13-186.

Hoopes, John W.

- 1996 Settlement, Subsistence, and the Origins of Social Complexity in Greater Chiriquí: A Reappraisal of the Aguas Buenas Tradition. En *Paths Through Central American Prehistory: Essays in Honor of Wolfgang Haberland*, editado por Frederick W. Lange, pp. 15-48. Niwot, University Press of Colorado.

Ichon, Alain

- 1980 *L'archéologie du sud de la péninsule d'Azuero, Panamá*. Études Mésoaméricaines, Serie II, Mission Archéologique et Ethnologique Française au Mexique, México.

Isaza, Ilean

- 2004 *The Ancestors of Parita: Settlement Survey of the Lower La Villa Valley, Azuero Peninsula, Panamá*. Ponencia presentada en la LXIX reunión anual de la Society for American Archaeology, Montreal.
- 2007 *The Ancestors of Parita: Pre-Columbian Settlement Patterns in the lower La Villa River Valley, Azuero Peninsula, Panamá*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Boston University.

Janzen, Daniel, y Paul Martin

- 1982 Neotropical Anachronisms: Fruits the Gomphotheres Ate. *Science* 215:19-27.

Jopling, Carol F. (editora)

- 1994 *Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII: selecciones de los documentos del Archivo General de Indias*. Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, Serie Monográfica 7, Ciudad de Panamá.

Leyden, Barbara

- 1995 Evidence of the Younger Dryas in Central America? *Quaternary Science Reviews* 14:833-839.
- 1997 Man and Climate in the Maya Lowlands. *Quaternary Research* 28:407-414.

Linares, Olga

- 1968a Ceramic Phases for Chiriquí, Panamá, and their Relationships to Neighboring Sequences. *American Antiquity* 33(2):216-225.
- 1968b *Cultural Chronology of the Gulf of Chiriquí, Panamá*. Smithsonian Contributions to Anthropology vol. 8, pp. 1-119, Washington, D. C.
- 1977 Adaptive Strategies in Western Panamá. *World Archaeology* 8:304-319.
- 1980a Conclusions. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 233-247. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.
- 1980b Ecology and Prehistory of the Chiriquí Gulf Sites. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 67-77. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.
- 1980c Ecology and Prehistory of the Aguacate Peninsula in Bocas del Toro. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 57-66. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.

Linares, Olga, y Anthony Ranere (editores)

1980 *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University Press, Cambridge.

Linares, Olga, y Payson Sheets

1980 Highland Agricultural Villages in the Volcán Barú Region. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 44-55. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.

Linares, Olga F., Payson Sheets y Eleanor Rosenthal

1975 Prehistoric Agriculture in Tropical Highlands. *Science* 187:137-45.

Linné, Sven

1929 *Darién in the Past: The Archaeology of Eastern Panamá and North-Western Colombia*. Elanders Boktryckeri Aktiebolag, Goteborg.

López, Carlos E.

1995 Dispersión de puntas de proyectil bifaciales en la cuenca media del río Magdalena. En *Ámbitos y ocupaciones tempranas de la América Tropical*, editado por Inés Cavelier y Santiago Mora, pp. 73-82. Fundación Erigaie - Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

2004 *Landscape Development and the Evidence for Early Human Occupation in the inter-Andean Tropical Lowlands of the Magdalena Valley, Colombia*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Temple University, Philadelphia.

López, Carlos E., y Anthony J. Ranere

2008 Diversidad Cultural durante el Pleistoceno tardío y el Holoceno temprano en la Baja Centro América y en el noroeste de Suramérica. En *Ecología histórica: interacciones sociedad-ambiente a distintas escalas socio-temporales*, editado por Carlos E. López y Guillermo A. Ospina, pp. 45-53. Universidad Tecnológica de Pereira - Sociedad Colombiana de Arqueología - Universidad del Cauca.

Lothrop, Samuel K.

1937 *Coclé: An Archaeological Study of Central Panamá, Part 1*. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology No. 7, Cambridge.

1942 *Coclé: An Archaeological Study of Central Panamá, Part 2*. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology No. 8, Cambridge.

Mason, J. Alden

1942 New Excavations at the Sitio Conte, Panamá. *Anthropological Sciences, Proceedings of the 8th Scientific Congress*, pp. 103-07.

MacCurdy, George C.

1911 A Study of Chiriquian Antiquities. Memoirs of the Connecticut Academy of Science, 3.

MacNeish, Richard S., Antoinette Nelken-Terner y Irmgard W. Johnson

1967 *The Prehistory of the Tehuacan Valley, Volume 2: Nonceramic Artifacts*. Robert S. Peabody Foundation, Andover, Massachusetts.

Martin, Paul, y John Guilday

- 1967 A Bestiary for Pleistocene Biologists. En *Pleistocene Extinctions: The Search for a Cause*, editado por Paul Martin y Henry Wright, pp. 1-62. Yale University Press, New Haven.

McGimsey, Charles

- 1956 Cerro Mangote: A Preceramic Site in Panamá. *American Antiquity* 22:151-161.

McGimsey, Charles, Michael Collins y Thomas McKern

- 1966 Cerro Mangote and its Population. *Journal of the Steward Anthropological Society* 16(1-2):125-157.

Morrow, Julie

- 1996 *The Organization of Early Paleoindian Lithic Technology in the Confluence Region of the Mississippi, Illinois, and Missouri Rivers*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Washington University, St. Louis.

Norr, Lynette

- 1984 Prehistoric Subsistence and Health Status of Coastal Peoples from the Central American Isthmus. En *Paleopathology at the Origins of Agriculture*, editado por George J. Armelagos y Mark Cohen, pp. 463-490. Academic Press, New York.
- 1990 *Nutritional Consequences of Prehistoric Subsistence Strategies in Lower Central America*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Illinois, Urbana.

Panamá, Estadística Panameña

- 1986 *Estadística panameña. Situación física, meteorología: año 1984*. Ciudad de Panamá.

Pearson, Georges

- 2002 *Pan-continental Paleoindian Expansions and Interactions as Viewed from the Earliest Lithic Industries of Lower Central America*. Disertación doctoral, University of Kansas, Lawrence.
- 2003 First Report of a New Paleoindian Quarry Site on the Isthmus of Panamá. *Latin American Antiquity* 14:311-322.
- 2004 Pan-American Paleoindian Dispersals and the Origins of Fishtail Projectile Points as Seen through the Lithic Raw-material Reduction Strategies and Tool-manufacturing Techniques at the Guardiría Site, Turrialba Valley, Costa Rica. En *The Settlement of the American Continents: A Multidisciplinary Approach to Human Biogeography*, editado por Michael Barton, Geoffrey A. Clark, David R. Yesner y Georges Pearson, pp. 85-102. University of Arizona Press, Tucson.

Pearson, Georges, y Richard Cooke

- 2002 The Role of the Panamanian Land-bridge during the Initial Colonization of the Americas. *Antiquity* 76:931-32.
- 2004 *A Fluted Point Occupation at Cueva de los Vampires, Panamá*. Ponencia presentada en la LXIX reunión anual de la Society for American Archaeology, Montreal.

- Piperno, Dolores R.
- 1983 *The Application of Phytolith Analysis to the Reconstruction of Plant Subsistence and Environments in Prehistoric Panamá.* Disertación doctoral, Department of Anthropology, Temple University, Philadelphia.
- 1985 Phytolithic Analysis of Geological Sediments from Panamá. *Antiquity* 59:13-19.
- 1988 *Phytolith Analysis: An Archaeological and Geological Perspective.* Academic Press, San Diego.
- 1994 Phytolith and Charcoal Evidence for Prehistoric Slash and Burn Agriculture in the Darién Rainforest of Panamá. *Holocene* 4:321-325.
- Piperno, Dolores, Mike Bush y Paul Colinvaux
- 1991a Paleocological Perspectives on Human Adaptation in Panamá. I. The Pleistocene. *Geoarchaeology* 6:201-226.
- 1991b Paleocological Perspectives on Human Adaptation in Panamá. II. The Holocene. *Geoarchaeology* 6:227-250.
- Piperno, Dolores, y John Jones
- 2003 Paleocological and Archaeological Implications of a Late Pleistocene/early Holocene Record of Vegetation and Climate Change from the Pacific Coastal Plain of Panamá. *Quaternary Research* 59:79-86.
- Piperno, Dolores, y Deborah Pearsall
- 1998 *The Origins of Agriculture in the Lowland Tropics.* Academic Press, San Diego.
- Piperno, Dolores, Anthony Ranere, Irene Holst y Pat Hansell
- 2000 Starch Grains Reveal Early Root Crop Horticulture in the Panamanian Tropical Forest. *Nature* 407:894-897.
- Ranere, Anthony J.
- 1972 *Early Human Adaptations to New World Tropical Forests: The View from Panamá.* Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of California, Davis.
- 1975 Toolmaking and Tool Use among the Preceramic Peoples of Panamá. En *Lithic Technology*, editado por Earl Swanson, pp. 173-210. Mouton, Den Haag.
- 1992 Implements of Change in the Holocene Environments of Panamá. En *Archaeology and Environment in Latin America*, editado por Omar Ortiz-Troncoso y Thomas van der Hammen, pp. 25-44. Universiteit van Amsterdam, Amsterdam.
- 1980a Preceramic Shelters in the Talamanca Range. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 16-43. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.
- 1980b The Río Chiriquí Shelters: Excavation and Interpretation of their Deposits. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 250-266. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.
- 1980c Stone Tools and their Interpretations. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 118-137. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.

- 1980d Stone Tools from the Chiriquí Shelters. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 316-352. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.
- 2000 Paleoindian Expansion into Central America: The View from Panamá. En *Archaeological Passages: A Volume in Honor of Claude N. Warren*, editado por Joan Schneider, Robert Yohe III y Jill Gardner, pp. 110-122. Western Center for Archaeology and Paleontology, Publications in Archaeology No. 1, Hermet.
- Ranere, Anthony J., y Richard G. Cooke
- 1991 Paleoindian Occupation in the Central American Tropics. En *Clovis: Origins and Adaptation*, editado por Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire, pp. 237-253. Center for the Study of the First Americans, Oregon State University, Corvallis.
- 1995 Evidencias de ocupación humana en Panamá a postrimerías del Pleistoceno y a comienzos del Holoceno. En *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, editado por Inés Cavelier y Santiago Mora, pp. 5-26. Fundación Erigiae - Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
- 1996 Stone Tools and Cultural Boundaries in Prehistoric Panamá: An Initial Assessment. En *Paths to Central American Prehistory*, editado por Fred Lange, pp. 49-78. University Press of Colorado, Niwot.
- 2003 Late Glacial and Early Holocene Occupation of Central American Tropical Forests. En *Under the Canopy. The Archaeology of Tropical Rain Forests*, editado por Julio Mercader, pp. 219-248. Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey.
- Ranere, Anthony J., y Leonard Greenfield
- 1981 *The Evidence for and Implications of Nutritional Cannibalism during the Preceramic in Central Panamá*. Ponencia presentada en la XLVI reunión anual de la Society for American Archaeology, San Diego.
- Ranere, Anthony J., y Patricia K. Hansell
- 1978 Early Subsistence Patterns along the Pacific Coast of Panamá. En *Prehistoric Coastal Adaptations*, editado por Barbara Stark y Barbara Voorhies, pp. 43-59. Academic Press, New York.
- Ranere, Anthony J., y Jane Rosenthal
- 1980 Lithic Assemblages from the Aguacate Península. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 467-483. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University Press, Cambridge.
- Roosevelt, Anna C., M. Lima da Costa, C. Lopes Machado, M. Michab, N. Mercier, H. Valladas, J. Feathers, W. Barnett, M. Imazio da Silveira, A. Henderson, J. Silva, B. Chernoff, D. S. Resse, J. A. Holman, N. Toth y K. Schi
- 1996 Paleoindian Cave Dwellers in the Amazon: The Peopling of the Americas. *Science* 272:373-384.
- Sánchez, Luis Alberto
- 2000 Panamá: Arqueología y evolución cultural. En *Artes de los pueblos precolombinos de América Central*, pp. 115-145. Institut de Cultura - Museu Barbier-Mueller, Barcelona.

Sheets, Payson D.

- 1975 Behavioral Analysis and the Structure of a Prehistoric Industry. *Current Anthropology* 16(3):369-391.
- 1980 The Volcán Barú Region: A Site Survey. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 267-275. Peabody Museum Monographs n.º 5, Harvard University Press, Cambridge.

Sheets, Payson, Jane Rosenthal y Anthony Ranere

- 1980 Stone Tools from Volcan Barú. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 404-428. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University Press, Cambridge.

Shelton, Catherine

- 1980 Stone Tools from La Pitahaya (IS-3). En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 429-466. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University Press, Cambridge.
- 1984 *Formative Settlement in Western Chiriquí, Panamá: Ceramic Chronology and Phase Relationships*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Temple University, Philadelphia.

Shennan, Stephan

- 2002 *Genes, Memes and Human History: Darwinian Archaeology and Cultural Evolution*. Thames and Hudson, New York.

Smith, C. Earle

- 1980 Plant Remains from the Chiriquí Sites and Ancient Vegetational Patterns. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama*, editado por Olga Linares y Anthony Ranere, pp. 151-174, Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University Press, Cambridge.

Stirling, Matthew

- 1950 Exploring Ancient Panamá by Helicopter. *The National Geographic Magazine* 97(2):227-246.

Stohtert, Karen

- 1988 *La prehistoria temprana de la península de Santa Elena, Ecuador: la cultura Las Vegas*. Miscelanea Antropológica Ecuatoriana, Serie Monográfica 10, Guayaquil.

Tosi, Joseph

- 1971 *Inventariación y demostraciones forestales, Panamá*. Reporte técnico No. 2, Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, Roma.

Valerio, Wilson

- 1987 *Análisis funcional y estratigráfico de Sf-9 (Carabalt), un abrigo rocoso en la región central de Panamá*. Tesis de Licenciatura, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Antropología y Sociología, Universidad de Costa Rica, San José.

Van der Hammen, Thomas, y Gonzalo Correal

- 2001 Mastodontes en un humedal pleistocénico en el valle del Magdalena (Colombia) con evidencias de la presencia del hombre en el Pleniglacial. *Boletín de Arqueología FIAN* 16(1):4-36.

Wake, Thomas, Jason de León y Carlos Fitzgerald

2004 *Sitio Dragoo, Panamá. Results of the 2003 Season*. Ponencia presentada en la LXIX reunión anual de la Society for American Archaeology, Montreal.

Weiland, Doris

1984 Prehistoric Settlement Patterns in the Santa María Drainage of Panamá: A Preliminary Analysis. En *Recent Developments in Isthmian Archaeology*, editado por Fred Lange, pp. 31-53. BAR International Series No. 212, Oxford.

Willey, Gordon, y Charles McGimsey

1954 *The Monagrillo Culture of Panamá*. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University Press, Cambridge.

III

HISTORIA SOCIAL Y POLÍTICA DEL CARIBE ANTIGUO

L. Antonio Curet
Field Museum of Natural History

INTRODUCCIÓN

LAS ISLAS DEL CARIBE, UNA CADENA INSULAR QUE VA DESDE EL DELTA DEL ORINOCO HASTA LAS penínsulas de Yucatán y la Florida, y de la cual hacen parte las Bahamas, configuran el archipiélago más grande del continente americano (figura 1). La región estuvo habitada por grupos indígenas desde por lo menos 5000 a. C. hasta el Descubrimiento, y existe evidencia de que en un momento u otro existieron grupos organizados en un rango amplio de tipos de sociedades, desde bandas de cazadores, pescadores y recolectores, hasta cacicazgos complejos. Debido a su gran diversidad sociocultural, combinada con el aspecto insular, la región ofrece ciertas condiciones únicas en América para el estudio de los procesos sociales y culturales.

Este trabajo tiene tres propósitos. El primero es presentar una descripción del sistema clasificatorio utilizado por los arqueólogos que trabajamos en la región. Por más de seis décadas, la arqueología caribeña ha estado dominada por el modelo clasificatorio diseñado por Irving Rouse (1939, 1948, 1952, 1964, 1982, 1986, 1992). Como indicaré, está basado en una perspectiva normativa y unilineal de la historia, que ha restringido nuestra habilidad para explicar los cambios y el desarrollo de las sociedades indígenas. El segundo propósito es reseñar la historia cultural del Caribe, incluyendo la evidencia sobre la diversidad cultural y social de la historia antigua de la región. Al contrario de lo que tradicionalmente se creía, la información que tenemos disponible hasta el momento indica que la historia antigua del Caribe fue dinámica y llena de variabilidad. Esta diversidad de los grupos caribeños parece haber sido influenciada por diversos factores, como procesos locales y migraciones e interacciones entre las comunidades de las islas, y entre estas y las del continente. Por último, el tercer propósito es reseñar la posible evidencia de interacción entre las culturas insulares del Caribe y las del Área Intermedia. A pesar de lo que proponen varios modelos clásicos, como el desarrollado

por Steward (1948), las islas del Caribe no parecen haber compartido una tradición cultural con los grupos del Área Intermedia; sin embargo, existe alguna evidencia de un contacto regular entre ambas regiones.

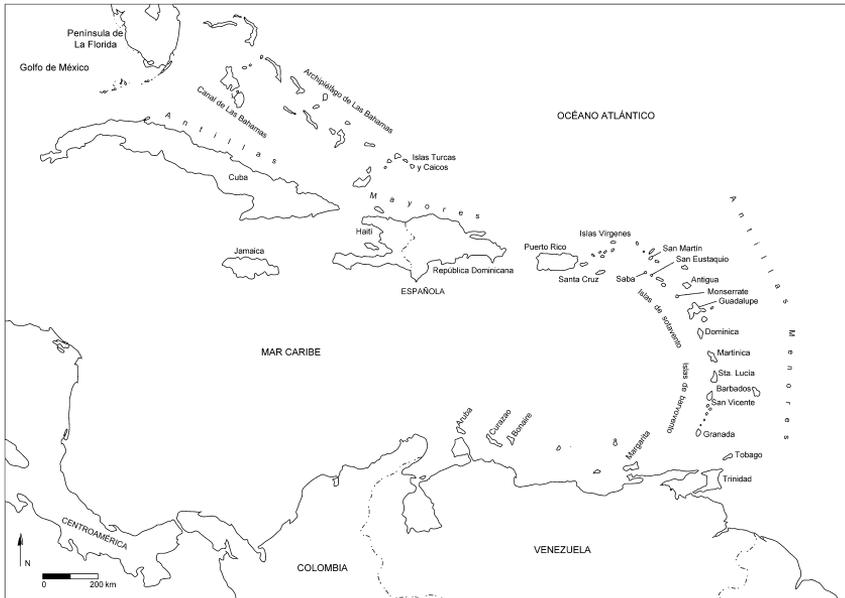
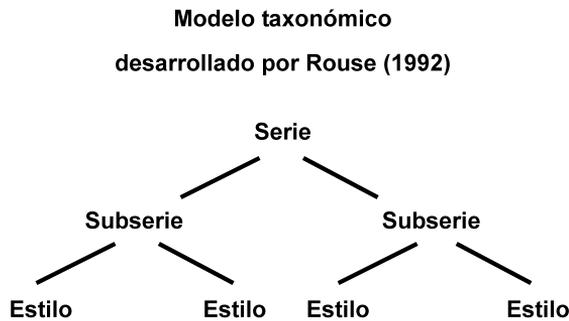


Figura 1. Mapa del mar Caribe.

HISTORIA CULTURAL: CONCEPTOS Y PREMISAS

Irving Rouse comenzó a desarrollar en los años treinta el modelo de historia cultural utilizado en el Caribe, basándose en sus estudios realizados en Haití (1939), primero, y luego en Puerto Rico (1952). Durante el análisis de los materiales de Haití, Rouse descartó el uso del sistema de tipo y variedad para el estudio de la alfarería caribeña, debido a la considerable diversidad de los atributos cerámicos. Por esta razón, desarrolló el sistema de análisis modal, utilizando los que denominó *modos* o *elementos diagnósticos* (Siegel 1996:675). Aunque no exactamente idéntico, el análisis a base de modos es similar al análisis de atributos, y se utiliza para definir las normas culturales de los grupos que son objeto de estudio. Más tarde, durante sus trabajos en Puerto Rico, Rouse

(1952) desarrolla el concepto de estilo, que define como la totalidad del conjunto cerámico de una cultura; pero en la práctica, para Rouse el estilo es sinónimo de cultura (Rouse 1986, 1992; Siegel 1996). En los años cincuenta, mientras trabajan en Venezuela, Rouse y Cruixent (1963) notan la posible relación entre estilos y desarrollan el concepto de serie. Una serie es un conjunto de estilos que aparentan estar relacionados a través del tiempo y el espacio. Finalmente, siguiendo la sugerencia de Gary Vecelius, Rouse decide incorporar el concepto de subserie, una categoría espacio/temporal intermedia entre la serie y el estilo (figura 2). Como se puede apreciar, este modelo clasificatorio es jerárquico y dendrítico, y en él dos culturas o estilos de los niveles más bajos pueden ser relacionados únicamente a través de los niveles superiores. Por supuesto, esta premisa limita enormemente nuestra capacidad de estudiar relaciones sociales entre diferentes culturas y sociedades (ver Curet 2003, 2004b, 2005 para una discusión más amplia de este problema).



- Serie:** Es la categoría más inclusiva que consiste en un grupo de estilos o complejos que se desarrollaron uno a partir del otro.
- Subserie:** Unidad geográfica, cronológica y cultural intermedia entre la serie y el estilo.
- Estilo:** Toda la cerámica que se encuentra dentro de las líneas espaciales y temporales de un grupo, en la práctica, el estilo representa tanto el conjunto cerámico como el grupo que lo creó (cultura).

Figura 2. Esquema del método de Rouse y definiciones de los términos.

Utilizando estos conceptos, Rouse definió, primero, los estilos de varias partes del Caribe, en algunos casos a nivel de islas y en otros a nivel de regiones dentro de una isla. Luego, agrupando los estilos de acuerdo a sus características comunes, definió las series y subseries. Estas distintas categorías fueron ordenadas en tablas, para determinar la distribución espacio/temporal de las distintas culturas (figura 3). Haciendo uso de estas tablas, Rouse desarrolló sus teorías sobre migraciones y cambios culturales en el Caribe, y así mismo dividió la historia antigua de esta región en períodos que se definen de la siguiente manera:

Este [su sistema cronológico] consiste de cuatro períodos enumerados del I al IV, cada uno dividido en dos partes. Los períodos Ia y Ib pertenecen al Precerámico. El período IIa es cuando la cerámica pintada era dominante, y el período IIb es el tiempo cuando se estaba poniendo fuera de moda. El período IIIa es aquel de una cerámica simple [sin decoración] nueva. Los estilos modelados-incisos más tardíos comenzaron durante el período IIIb y alcanzaron su clímax en el período IVa. El período IVb es el histórico (Rouse 1992: 106).

Aunque, de forma general, esta secuencia de períodos sigue un patrón similar a través de la cuenca del Caribe, el modelo contiene problemas, algunos de los cuales serán mencionados a continuación. El primero es que la transición de un período a otro no ocurrió al mismo tiempo en todas las islas. En muchos casos, los cambios culturales en distintas islas y regiones no parecen haber estado sincronizados. De hecho, en algunas partes del Caribe las culturas indígenas no parecen haberse desarrollado más allá del período I. Así ocurrió con algunos grupos de cazadores y recolectores que estuvieron presentes en algunas partes de Cuba y la Española en tiempos de la Conquista. Otro problema sobreviene con el descubrimiento reciente de depósitos de cerámica con decoración exclusivamente plástica, que son contemporáneos a la cerámica pintada que caracteriza al período II (ver el complejo La Hueca, más adelante). Por lo tanto, los períodos no pueden ser definidos uniformemente en términos del material que los caracteriza, como lo pretende Rouse. Esta consideración nos trae al último problema: la falta de reconocimiento de la diversidad cultural en las dimensiones espaciales y cronológicas en la definición de los períodos. De acuerdo con Rouse, estas categorías deben ser construidas, en lo atinente a las culturas, de forma tan homogénea como sea posible. De este modo, un espacio geográfico determinado puede ser ocupado, en un tiempo dado, únicamente por una cultura. Como es de esperarse, este punto crea una serie de problemas metodológicos y teóricos que limitan de una manera increíble nuestra capacidad para estudiar, analizar y entender el pasado indígena.

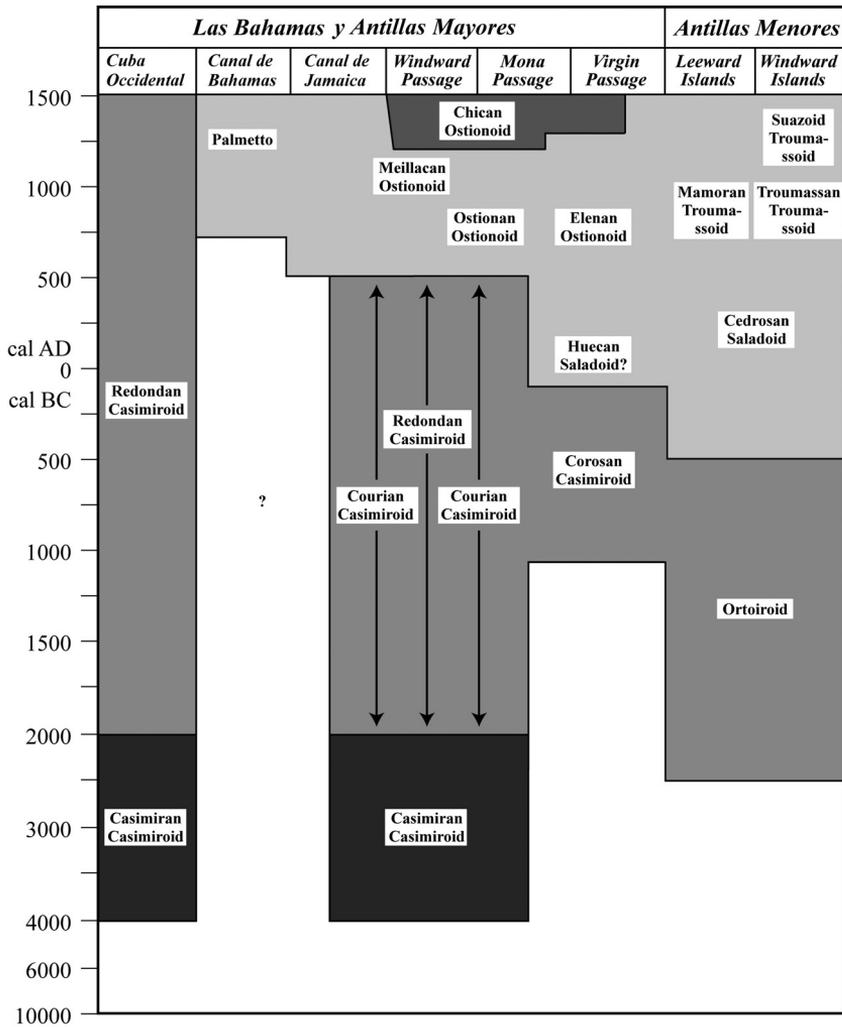


Figura 3. Tabla cronológica desarrollada por Rouse (1992) para las islas del Caribe.

A pesar de sus deficiencias, he decidido utilizar estos períodos como marco cronocultural para describir lo que conocemos hasta el momento sobre la prehistoria del Caribe. Dos razones principales sustentan esta decisión: en primer lugar, a pesar de sus inconsistencias, el sistema de períodos es relativamente útil si se busca establecer comparaciones, como en este trabajo. En segundo término, la mayor parte de la

información provista por los estudios arqueológicos sobre la región está organizada de acuerdo a este sistema; la reorganización de estos datos en un modelo nuevo sería una obra monumental, que excedería los propósitos y el alcance de este trabajo. Sin embargo, además de discutir los patrones generales según las categorías de Rouse, también enfatizo en la diversidad presente en cada período para compensar algunos de los problemas mencionados.

No pretendo presentar una reseña exhaustiva o detallada de las características culturales de todos los grupos que habitaron la cuenca del Caribe. Trabajos de este tipo han sido publicados por varios autores; refiero al lector a las obras de Veloz (1991, 1993), Rouse (1986, 1992), Keegan (1994, 1996, 2000), Tabío (1988), Cassá (1995) y Wilson (1997, 2001b, 2007), para encontrar mayor información sobre este tema. Aquí presento una visión panorámica de los cambios culturales, y atiendo más a los cambios históricos, en los aspectos sociales y políticos, de los grupos insulares.

En el recuento de la historia antigua del Caribe me limito geográficamente a las islas que van desde el archipiélago de las Bahamas hasta Trinidad y Tobago. No incluyo otras regiones relacionadas con el Caribe, como el Orinoco Medio y Bajo, las Guyanas ni algunas de las islas continentales (e.g., Aruba, Curaçao, Bonaire), ya que serán discutidas por otros autores en este volumen, y puesto que, debido a su condición dentro del continente, sus dinámicas socioculturales pudieron haber sido algo distintas de las de las islas.

PERÍODO I: LAS CULTURAS ARCAICAS O PRECERÁMICAS

Tradicionalmente, estas culturas han sido caracterizadas como pequeños grupos de cazadores, pescadores y recolectores, cuyos restos materiales consisten mayormente de artefactos de piedra y concha. En el Caribe, estas culturas comienzan alrededor del año 5000 a. C., principalmente en la isla de Trinidad, en el sur del arco antillano. Sin embargo, con la excepción de esta isla, las Antillas Mayores (4000-3000 a. C.) tienden a tener fechados más tempranos que las Antillas Menores (ca. 2000 a. C.). Hasta el momento no se han descubierto restos de estas culturas en las Bahamas ni en Jamaica. Los conjuntos culturales arcaicos a través del Caribe son altamente diversos, y por ello resulta difícil clasificarlos en culturas o tradiciones arqueológicas. Por esta razón, son muchos y variados los modelos cronológicos y culturales sugeridos para clasificar estos grupos (e. g., Chanlatte 2000; Guarch 1978, 1990; Rouse 1992; Tabío 1988; Tabío y Rey 1966; Veloz 1991, 1993; Veloz y Vega 1982). Sin embargo, Lundberg (1991:75) ha sugerido que parte de esta variabilidad puede deberse más a las diferencias dentro de un mismo

sistema de subsistencia y asentamiento que a las diferencias en la identidad cultural de los grupos. En otras palabras, sugiere que la diversidad local en el registro arqueológico pudo haber sido producida por los mismos grupos culturales que practicaban distintas técnicas de subsistencias en distintos sitios.

Rouse (1992) ha dividido estos grupos en dos series, que son identificadas por los tipos de artefactos. La serie Casimiroide consiste, mayormente, en artefactos líticos lascados y en conchas, mientras que la Ortoroide es caracterizada, principalmente, por artefactos de molienda como manos cónicas y morteros. La serie Casimiroide tiene sus fechas más tempranas en las islas de Cuba y la Española, mientras que la Ortoroide Temprana se concentra en el sur de las Antillas Menores. Otros investigadores de la región consideran esta clasificación algo incompleta y simplista, y han sugerido otros modelos taxonómicos para estas culturas; así puede verse en Veloz y Vega (1982), para la Española, y Guarch (1978, 1990) y Tabío (1988; Tabío y Rey 1966), para Cuba. En contraste con el modelo de Rouse, estos sistemas concentran su atención en la gran diversidad de los conjuntos arqueológicos, más que en el propósito de agruparlos con base en sus características comunes.

Recientemente se ha sugerido que existieron dos migraciones de grupos arcaicos en las Antillas; la primera, correspondiente a la serie Casimiroide, parece haber migrado desde la península de Yucatán hacia la isla de Cuba, y eventualmente a la Española y Puerto Rico (Wilson 2007; Wilson et ál. 1998). La segunda migración, asociada a la serie Ortoroide, provino del continente suramericano y se dirigió a algunas de las Antillas Menores, como Antigua y Santa Cruz, y llegó eventualmente a Puerto Rico. Febles (1980, citado en García Rodríguez 1989) también ha sugerido una posible migración de grupos arcaicos desde las costas de Florida a Cuba, pero hasta el momento las fechas en ambas regiones no coinciden.

Debido a la reducida extensión de los sitios y a la escasez de artefactos presente en los depósitos, muchos investigadores consideran que estos grupos estaban organizados en pequeñas bandas nómadas, en las que las organizaciones sociales eran simples y mayormente reguladas por relaciones de parentesco. Estas descripciones han sido cuestionadas a la luz de nueva evidencia de una organización social algo más compleja de lo que se pensaba anteriormente. En Cuba y la Española, por ejemplo, se ha encontrado un gran número de cuevas fúnebres, muchas de las cuales fueron usadas, aparentemente, de forma continua durante varios siglos (La Rosa y Robaina 1994, 1995; Veloz 1991; Veloz y Vega 1982). También se ha reportado la presencia, en estas islas, de artefactos altamente elaborados, destinados a usos ceremoniales o asociables a un estatus social elevado, como bastones y vasijas de piedras profusamente decoradas (Rouse 1992:59; Veloz 1993:61). En

Puerto Rico se han descubierto sitios tempranos de gran tamaño (Ayes 1989; Moscoso 1999b) que sugieren una organización social más compleja que la de la simple banda. Finalmente, también en Puerto Rico se descubrieron marcas de postes en un conchero, que indican cierto grado de sedentarismo (Rodríguez 1997, 1999).

Toda esta evidencia, en conjunto, nos indica que los grupos arcaicos eran diversos no únicamente en sus aspectos culturales, sino posiblemente en sus formas de organización política y social. Definitivamente, la evidencia apunta hacia la existencia de unas estructuras sociales más elaboradas y complejas que las atribuibles a una banda, de acuerdo con la definición de Service (1962); y posiblemente pueden ser consideradas como otro ejemplo de los llamados grupos cazadores-recolectores complejos (Arnold 1996). Por otro lado, la idea tradicional de que la economía de estos grupos estaba basada meramente en la recolección, la caza, y la pesca también ha sido puesta en duda recientemente (Newsom 1993; Newsom y Wing 2004). En el sitio Cueva María de la Cruz, en Puerto Rico (Rouse y Alegría 1990:23), se ha encontrado evidencia de la presencia de semillas de aguacate y de sapote hacia 60 a. C., lo cual demuestra no solo que estos grupos cultivaban plantas, sino que también introdujeron, directa o indirectamente, especies continentales. Respecto de la Española, Veloz (1991, 1993) ha sugerido que los grupos arcaicos cultivaron la especie silvestre de la guáyiga o zamia (*Zamia debilis*).

Supuestamente, el Período I termina, en las Antillas Menores y en Puerto Rico, con la llegada de grupos alfareros-horticultores provenientes del continente suramericano, vinculados arqueológicamente a la serie Saladoide. Sin embargo, por lo menos en Puerto Rico, varios de los fechados arcaicos coinciden por lo menos en cuatro siglos con los de los alfareros migrantes de Suramérica. Por otra parte, los grupos arcaicos persisten en las islas de Cuba y la Española, donde comienzan a surgir unos depósitos netamente arcaicos que contienen cerámica. Este hecho ha motivado la creación de nuevas fases culturales, que se conocen en Cuba como el Protocerámico o Protoagrícola, y en la República Dominicana como Caimitoide y estilo Punta. Algunos arqueólogos, entre ellos Rouse (1992:90-91), han sugerido que esta alfarería es un producto de las relaciones entre las sociedades arcaicas de Cuba y la Española con las sociedades alfareras provenientes de América del Sur, que se asentaron en Puerto Rico. Varios arqueólogos dominicanos y cubanos consideran esta explicación algo simplista, y han propuesto otras opiniones que contemplan desde una migración nueva, proveniente del continente y que se habría dirigido directamente a las Antillas Mayores, hasta un desarrollo local independiente. Godo (1997), Guarch (2001) y Ulloa (1999) han publicado reseñas en las que discuten con amplitud este tema.

PERÍODO II: LA SERIE SALADOIDE Y EL COMPLEJO LA HUECA

Alrededor de 500 a. C., unos grupos alfareros comienzan a migrar desde el delta del río Orinoco hacia las Antillas. En términos arqueológicos estos grupos pertenecen a la que Rouse ha denominado como la serie Saladoide, caracterizada por una cerámica extremadamente fina y muy decorada. Ese terminado no es tan solo abundante, sino también sofisticado, ya que combina varias técnicas artísticas como la pintura, la incisión y el modelado en vasijas con formas complejas. La más común es la pintura blanca sobre un fondo rojo (figura 4), aunque también existen el blanco sobre naranja, la policromía y las incisiones rellenas de pintura. Otro tipo de decoración diagnóstica, especialmente durante la fase temprana de esta serie, son las incisiones finas y entrecruzadas. La migración saladoide parece haber continuado desde Trinidad hasta Puerto Rico, con solo un sitio reportado en el este de la isla Española.

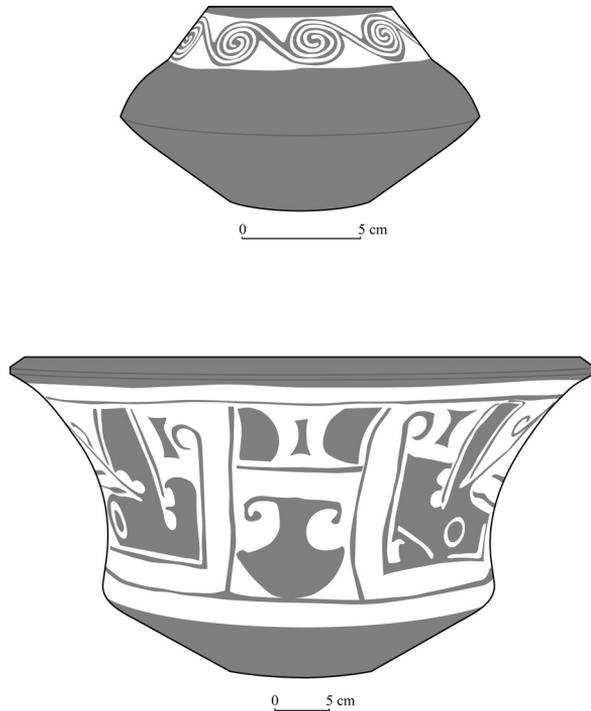


Figura 4. Vasijas saladoides decoradas con pintura blanca sobre engobe rojo (Chanlatte y Narganes Storde 2002).

Además de la cerámica, estas culturas cuentan con un gran número de artefactos manufacturados con piedras exóticas (e. g., Cody 1991, 1993; Crock y Bartone 1998; Healy et ál. 2001; Murphy et ál. 2000; Narganes 1995; Rodríguez 1993; Watters 1999; Watters y Scaglione 1994). Estos artefactos incluyen amuletos hechos con piedras semipreciosas y líticas, producidos con pedernal y otros materiales (serpentina, cuarzo, calcita, malaquita, nefrita, turquesa, etc.), muchos de ellos provenientes de otras islas o del continente. Esta distribución de materiales exóticos, combinada con la gran extensión de los estilos cerámicos, atestigua la amplia e intensa interacción a larga distancia que tuvo lugar durante este período. Es posible que estas relaciones constaran de redes de intercambio económico o en alianzas políticas que comprendían el cruce de “regalos” entre los líderes de distintas comunidades.

La información que tenemos hasta el momento indica que muchos de estos grupos vivían en casas multifamiliares, como las registradas hoy día para muchos grupos de la Amazonia. En el caso de Puerto Rico, Curet y Oliver (1998) informan sobre la presencia de concentraciones de entierros en la plaza central de algunos sitios saladoideos, que interpretan como evidencia de la presencia de grupos de descendencia lineal, los cuales operan como grupos económicamente corporativos. Sin embargo, concentraciones similares no han sido reportadas para sitios saladoideos en las Antillas Menores. Boomert (2001), por otro lado, utiliza la analogía etnográfica para conjeturar que los grupos saladoideos estaban organizados en sociedades matrilineales. La falta de evidencia de un trato diferencial en los entierros y en las unidades domésticas ha motivado a muchos estudiosos a describir la organización de estos grupos como igualitaria. Dentro de esta categoría, el modelo de *big man*, desarrollado primero por Sahlins (1958, 1963) y luego por Service (1962), es el más aplicado para las sociedades saladoideas (e. g., Boomert 2001). Sin embargo, no han sido consideradas otras posibles formaciones sociales igualitarias. Chanlatte y Narganes (2002), por su lado, han sugerido que los grupos saladoideos estaban organizados en cacicazgos bastante complejos. Otros investigadores han utilizado la similitud estilística de los materiales de grupos de islas adyacentes y la evidencia de intercambio entre estas mismas islas para sugerir la existencia de un tipo de organización sociopolítica que va más allá de la unidad insular. Específicamente se ha sugerido que había unidades sociales y políticas que incluían grupos de islas vecinas (Crock 2000; Hofman 1993; Hoogland 1996); sin embargo, la evidencia a nivel de sitio o región inmediata para este tipo de organización no está disponible.

Infelizmente, lo usual ha sido caracterizar a las culturas saladoideas de una forma normativa y homogénea. Las descripciones de los grupos saladoideos similares a la presentada aquí abundan en la arqueología caribeña, y son normalmente aplicadas en

forma indiscriminada a la totalidad de la extensión de estas culturas, desde el Orinoco Medio hasta Puerto Rico. En otras palabras, los grupos saladoides tienden a ser homogeneizados geográfica y cronológicamente, al tiempo que se hace un excesivo énfasis en las similitudes de sus culturas materiales y se ignora su variabilidad cultural. En este proceso de homogeneización tampoco se considera que la variabilidad presente en el registro arqueológico pudo haber sido producida no tan solo por las diferencias culturales, sino también por diversos procesos sociales y políticos que habrían ocurrido dentro de la serie Saladoide. Un ejemplo de esta posible diversidad sociopolítica son las concentraciones de entierros, reportadas para Puerto Rico pero no para las Antillas Menores. También existe evidencia material de relaciones entre grupos de islas adyacentes en las Antillas Menores, que han sido comparadas con el ciclo del Kula reportado para el Pacífico del sur; sin embargo, evidencia de esta magnitud no ha sido reportada hasta el momento para el noreste del Caribe (*i. e.*, Puerto Rico; ver Rodríguez Ramos 2002, para una posible excepción). A pesar de esta variabilidad, muchos estudiosos del Caribe continúan asumiendo que los grupos saladoides fueron cultural, social y políticamente homogéneos durante más de mil años de existencia.

Por más de cuarenta años se asumió que las primeras sociedades alfareras tempranas del Caribe tuvieron su origen, simplemente, en la migración y en el establecimiento homogéneo de las culturas saladoides en las islas. Sin embargo, las investigaciones de Chanlatte y Narganes (Chanlatte 1981, 1990, 1995; Chanlatte y Narganes 1983, 1986) han producido evidencia que cuestiona seriamente este modelo. En el sitio de La Hueca, en la isla de Vieques, al sureste de Puerto Rico, estos investigadores descubrieron en los años setenta depósitos del Saladoide temprano junto a otros depósitos con cerámicas de distintos tipos. Las fechas radiocarbónicas demostraron que ambos tipos de depósitos coinciden lo suficiente como para ser contemporáneos. El complejo cerámico de La Hueca, como denomino aquí a este conjunto alfarero, no contiene cerámica con diseños pintados, y los modelados consisten en figuras diferentes a las de la cerámica saladoide. La técnica decorativa más característica de este complejo es la incisión entrecruzada en zonas delimitadas por incisiones lineales (figura 5). La cerámica incluye formas de vasijas, elementos y diseños decorativos no presentes en la serie Saladoide. También aparece una gran cantidad piedras semipreciosas, con un estilo distinto al de la serie saladoide –especialmente, las representaciones de aves de pico largo o cóndores (figura 6), algunas de ellas provenientes de otras islas o del continente (Narganes 1995)–. El análisis del material lítico ha determinado pequeñas, pero significativas, diferencias en la manufactura de los artefactos de ambos grupos (Rodríguez 2001a, 2001b).

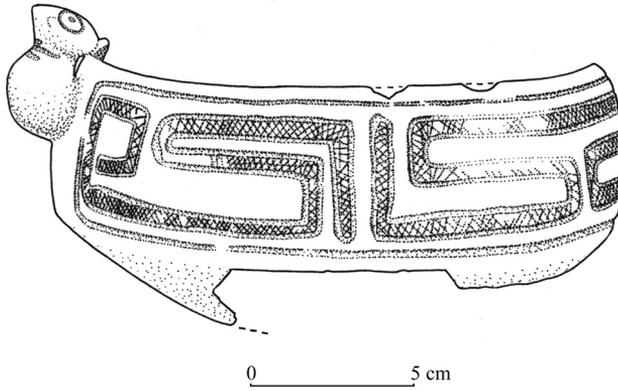


Figura 5. Vasija del complejo La Hueca con decoración incisa entrecruzada (Chanlatte y Narganes Storde 2005).

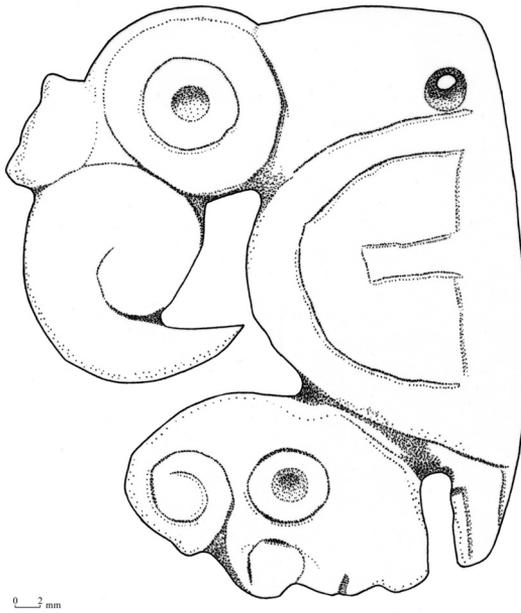


Figura 6. Amuleto en piedra verde del complejo La Hueca en forma de pájaro de pico largo o cóndor (Chanlatte y Narganes Storde 2005).

Años más tarde, Miguel Rodríguez (1991) descubrió depósitos similares al de La Hueca en el sitio de Punta Candelero, en Humacao, en la costa este de Puerto Rico. Materiales similares a los descubiertos en La Hueca y en Punta Candelero han sido posteriormente descubiertos en otros sitios de las Antillas Menores, pero el contexto y la relación entre los depósitos de La Hueca y los de la serie Saladoide son difíciles de determinar (Haviser 1991; Hofman y Hoogland 1999; Oliver 1999).

Este nuevo complejo cerámico ha sido interpretado de diferentes maneras. Chanlatte ha propuesto que esta cerámica representa una cultura distinta, que migró desde Venezuela antes que la Saladoide. Otros (Roe 1989; Rouse 1992) han sugerido que la cerámica de La Hueca es bastante parecida a la del Saladoide Temprano como para considerarla parte de esta cultura. El debate respecto de si son una o dos culturas sigue vigente, y hasta el momento no se ha llegado a ningún consenso sobre el significado de este complejo cerámico (Hofman y Hoogland 1999; Oliver 1999). En general, existe algo de acuerdo en cuanto a que la cerámica de La Hueca es lo suficientemente distinta de la del Saladoide temprano como para argumentar que representa una identidad cultural o social diferente; sin embargo, no lo hay sobre cuál es el nivel que estas diferencias de identidad representan (*i. e.*, de estatus social, étnica, grupo de parentesco, religiosa, etc.).

Aunque aparte de la cerámica y el ajuar de piedras semipreciosas son pocos los datos disponibles para reconstruir la organización social y política de los grupos de La Hueca, existe información que nos indica que las diferencias con el Saladoide van más allá de los artefactos. Rodríguez (1991) ha informado que las marcas de postes descubiertas en los depósitos de La Hueca, en Punta Candelero, son mucho más pequeñas que las de los saladoides, lo cual sugiere que las casas eran de menor tamaño. Por otro lado, hasta el momento no se ha descubierto ningún entierro perteneciente al complejo de La Hueca en Vieques o Puerto Rico, lo que parece indicar que sus prácticas fúnebres eran diferentes de las de los saladoides –Durand y Petitjean (1992) comunicaron el descubrimiento de un entierro que ellos asignan a este complejo debido a la presencia de amuletos con estilo de La Hueca, pero su contexto cultural no está definido claramente–. Es interesante que, a pesar de la ausencia de entierros humanos, en los depósitos de La Hueca se encuentran entierros de perros. Por último, no existe evidencia artefactual o de elementos que indique la presencia de estratificación social entre los grupos de La Hueca, y por tal razón estos grupos son normalmente descritos como sociedades igualitarias. Una descripción más detallada de la organización social y política, sin embargo, deberá esperar a la disponibilidad de información más detallada.

Rouse fecha el final del Saladoide o período II entre 500 y 600 d. C., tiempo en el cual comienza el período III. Esta cronología secuencial ha sido cuestionada recientemente

en dos aspectos. El primero es que algunos depósitos saladoides tardíos, datados en los últimos diez años, han producido fechas mucho más recientes que las sugeridas por el marco cronológico de Rouse (*e. g.*, 800-1100 d. C., dependiendo de la isla; ver Lundberg 2007; Oliver 1995; Rodríguez 2008). El segundo aspecto es que estas fechas tardías cuestionan la unilinealidad del modelo de Rouse, ya que los fechados tardíos del Saladoide coinciden por varios siglos con el período posterior, el tercero. Esto sugiere con fuerza la coexistencia de varios grupos culturales en las mismas regiones, islas o áreas culturales. Aunque todavía desconocemos la magnitud del impacto de este último punto en nuestras interpretaciones futuras, de seguro nos obligará a reevaluar muchos de nuestros modelos que aceptan cambios unilineales y que no tienen en consideración el rol de la interacción intercultural en los procesos sociales y culturales de las islas.

PERÍODO III: “CRIOLLIZACIÓN” Y DIVERSIFICACIÓN DE LAS CULTURAS CARIBEÑAS

El final del Período II y el principio del Período III están caracterizados por un proceso marcado de diversificación y regionalización de las tradiciones culturales. A grandes rasgos, este proceso parece ser similar a través del archipiélago, donde la cerámica altamente elaborada del Saladoide es reemplazada por una alfarería más burda, en la que abunda más la decoración plástica que el uso de pinturas y engobes. Estos procesos incluyeron también cambios en los patrones de asentamiento y en aspectos demográficos. De hecho, para finales del Período III la pintura está ausente en varias regiones, por ejemplo en el este de Puerto Rico. Además, durante este lapso de tiempo continuó el movimiento de las tradiciones cerámicas y horticultoras hacia el oeste de Puerto Rico, incluyendo a las islas de la Española, Cuba, Jamaica y las Bahamas. Las dataciones de estos cambios varían de isla en isla, probablemente en razón de distintos factores de índole sociocultural (figura 3).

Las Antillas Mayores se caracterizan por el desarrollo de la serie que Rouse denomina Ostionoide, que incluye tres subseries: Ostionan, Elenan (figura 7) y Meillacan (figura 8). Es interesante notar que, en cuanto al estilo, los extremos de islas adyacentes tienden a tener un mayor grado de similitud que los extremos de una misma isla. Esta comprobación sugiere que hubo una interacción más intensa a través de los estrechos o pasajes que median entre las islas, que entre los lugares opuestos de la misma isla. Por otro lado, en el registro arqueológico se nota un aumento en el número y tamaño de los sitios, y en algunas áreas aparecen patrones de asentamiento centralizados (Curet 1992a, 1993, 2003, 2005; Rodríguez 1985, 1992; Siegel 1999; Torres 2001, 2005; Veloz 1991, 1993). Las famosas canchas de pelota (o bateyes) y las plazas ceremoniales (figura 9) comienzan a ser construidas en Puerto Rico durante este período (Alegría 1983; Curet Newsom y Welch

2003; Oliver 1998). También existe evidencia de la intensificación de la producción agrícola (Moscoso 1986, 1987, 1999a; Oliver 1998; Ortiz et ál. 1993; Veloz 1977, 1993) y de cambios en las prácticas mortuorias (Curet y Oliver 1998) y en las unidades domésticas (Curet 1992b; Veloz 1993).

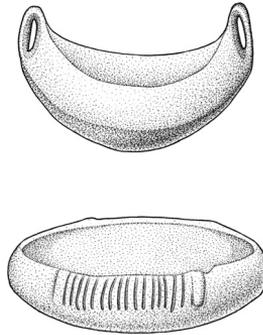


Figura 7. Vasijas de la subserie Elenan Ostionioide, del este de Puerto Rico.

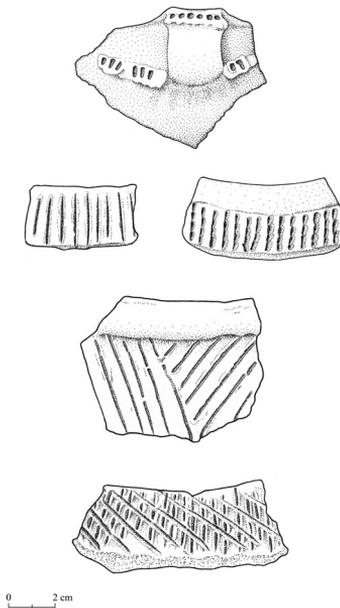


Figura 8. Cerámicas de la subserie Meillacan Ostionioide, de la República Dominicana (Veloz et ál. 1981).

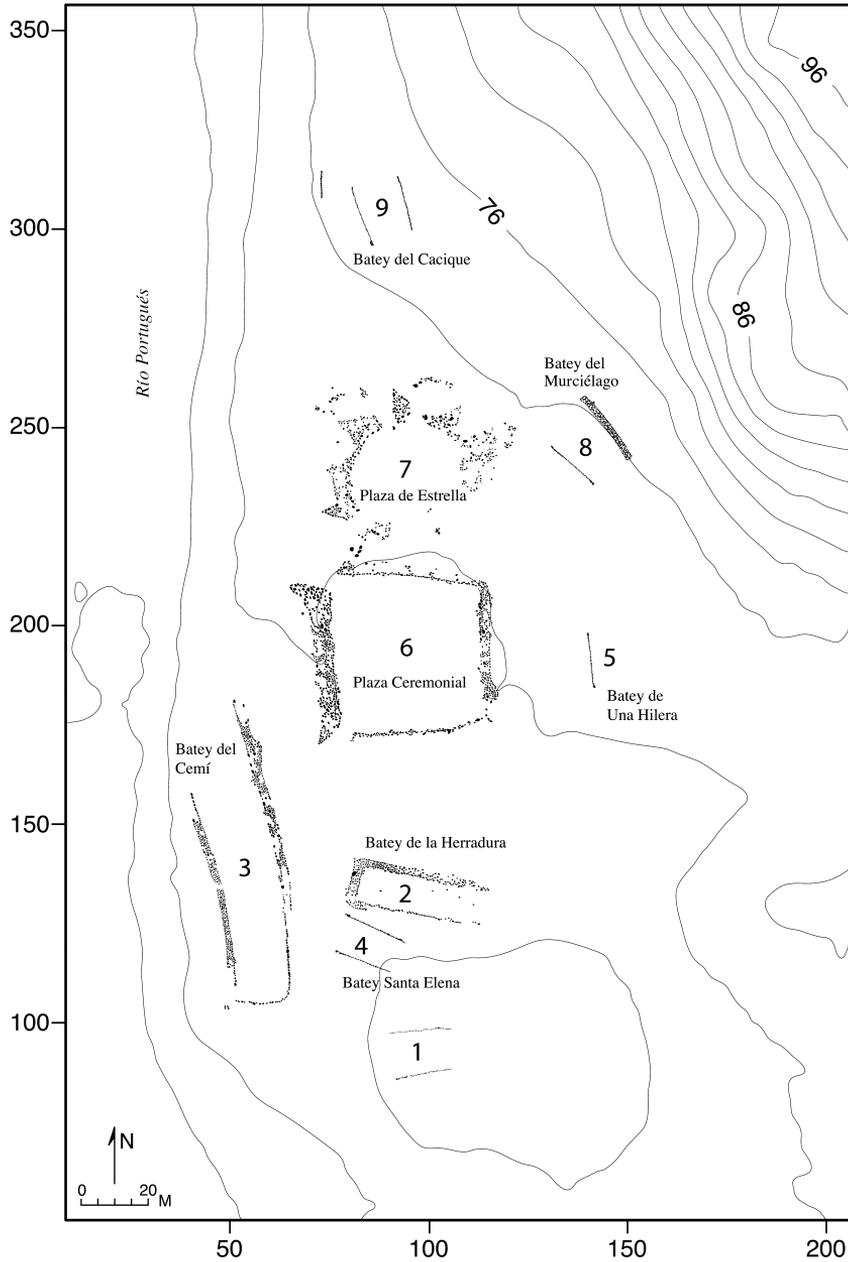


Figura 9. Mapa del centro ceremonial de Tibes, Ponce, Puerto Rico, perteneciente a la subserie Elenan Ostionoide.

La mayoría de estos cambios han sido interpretados por muchos de nosotros como evidencia de transformaciones sociales; específicamente, como el desarrollo de sociedades estratificadas, y, posiblemente, de los cacicazgos. Sin embargo, estos estudios asumen que la única forma de estratificación que existe es aquella en la que el poder y el estatus social se concentran en un individuo o en un escaso número de individuos (*i. e.*, cacicazgos). Por lo general, no se considera la posibilidad de la formación de otros tipos de sociedades estratificadas, aparte de los cacicazgos. Por ejemplo, hasta ahora no hemos considerado que, en algunos casos, la estratificación pudo haber surgido a nivel de linajes o clanes, y no de individuos o pequeños grupos familiares. La antropología moderna ha sugerido, recientemente, que el término de *sociedad jerárquica o estratificada* alude a una gran diversidad de formaciones sociales, muchas de las cuales no necesariamente incluyen la concentración del poder político o social en un solo individuo o institución (por ejemplo, Blanton et ál. 1996; Crumley 1995; Feinman 1995; Feinman et ál. 2000; McGuire y Saitta 1996; Saitta 1997). La posibilidad de la presencia de otros tipos de sociedades estratificadas, distintas de las cacicales, no ha sido descartada del todo para el Caribe antiguo.

Nuestro conocimiento de las Antillas Menores durante este período es algo más reducido, debido a la falta de estudios extensivos en la región; esta carencia limita nuestra reconstrucción de la historia cultural de esas islas. Rouse incluye a las situadas al norte de Guadalupe en la serie Ostionoide, y a las del sur en la serie Troumassoide; sin embargo, algunos estudios recientes tienden a indicar que la situación es algo más compleja que esta simple división. Los nuevos estudios regionales y de sitios proveen información detallada que está cambiando nuestras perspectivas sobre las Antillas Menores y creando una visión más clara de esta época (Crock 2000; Hofman 1993; Hofman y Hoogland 2004; Hoogland 1996; Murphy 1999). Hasta el momento, parece que algunas islas o grupos de islas desarrollaron tradiciones culturales diferentes, dependiendo de su ubicación geográfica y de su posición en las esferas de interacción con otras de las Antillas Menores, con las Antillas Mayores o con el continente. En términos generales, las islas del norte, como las Islas Vírgenes, parecen haber estado incluidas en las tradiciones culturales de las Antillas Mayores, mientras que las del sur fueron más influenciadas por los grupos de Venezuela y de las Guyanas. Las islas entremedio, al parecer, desarrollaron tradiciones más independientes, pero son necesarios más datos para tener una visión clara sobre las relaciones entre estas tradiciones culturales.

Por otro lado, durante este período las Antillas Menores parecen haber tenido una mayor diversidad social y política que durante el período II. Continúa y se acentúa la interacción entre grupos humanos de diversas islas, la cual ha sido interpretada como

evidencia de la existencia de redes sociales y de intercambio, de alianzas políticas y, quizás, del surgimiento de unidades políticas a nivel de grupos de islas (Crock 2000; Haviser 1991; Hofman 1993; Hoogland y Hofman 1999). Se debe apuntar, sin embargo, que las vastas redes de interacción a larga distancia del período II disminuyen marcadamente durante el período III, en términos de su extensión e intensidad (Rodríguez 2002). En general, parece que la escala de las interacciones fue reducida a un nivel más local o con las islas vecinas. Es decir, el intercambio de larga distancia fue mínimo y la interacción con el continente parece haberse reducido, principalmente, a las islas situadas al sur de Guadalupe. Esto sugiere que el proceso de regionalización cultural estuvo acompañado de grandes y dramáticos cambios en las relaciones con otros grupos.

PERÍODO IV: PREHISTORIA TARDÍA

Muchos de los procesos y características culturales del período anterior continúan durante el período IV. En general, la cerámica se sigue caracterizando, principalmente, por la decoración plástica, pero las representaciones, diseños y motivos cambian (figuras 10a y b). La diversidad cultural y política continúa presente, y muchas de las interacciones entre las islas persisten durante este período. Por fortuna, además del registro arqueológico, la información disponible acerca este período incluye las crónicas europeas del principio de la Colonia.

El desarrollo cultural en las Antillas Mayores llega a su máxima expresión durante este tiempo, como lo atestigua el aumento en muchos ámbitos de la cultura material, especialmente aquellos relacionados con el ceremonial religioso (figura 10) (McGinnis 1997, 2001; Oliver 2009; Walker 1993). Rouse incluye estas sociedades dentro de la serie Ostionoide, como en el período anterior, pero con nuevas variantes en las subseries: Chican y Meillacan. En Puerto Rico, durante este tiempo, se construye un número más elevado de estructuras monumentales, algunas de ellas de mayor tamaño que las anteriores. Este tipo de construcciones ha sido reportado para la Española y las Islas Vírgenes, pero en menores cantidades. Por otro lado, los objetos ceremoniales aumentan en número y son más sofisticados, especialmente en la Española y en Puerto Rico.

Hacia el tiempo del Descubrimiento, la Española parece haber tenido varios cacicazgos complejos (*paramount chiefdoms*). De acuerdo a las crónicas, la isla estaba dividida en cinco provincias, cada una dominada por un cacique, pero es probable que existieran algunos territorios organizados en cacicazgos más simples (Tavares 1996; Vega 1990; Veloz 1983, 1991, 1993; Wilson 1990). La evidencia arqueológica y documental también

apunta hacia la presencia de varios grupos étnicos en la isla (Veloz 1983, 1993; Wilson 1993, 2001a), y Anderson-Córdova (1990, 1995) ha sugerido que algunos cacicazgos pudieron haber consistido en poblaciones multiétnicas.

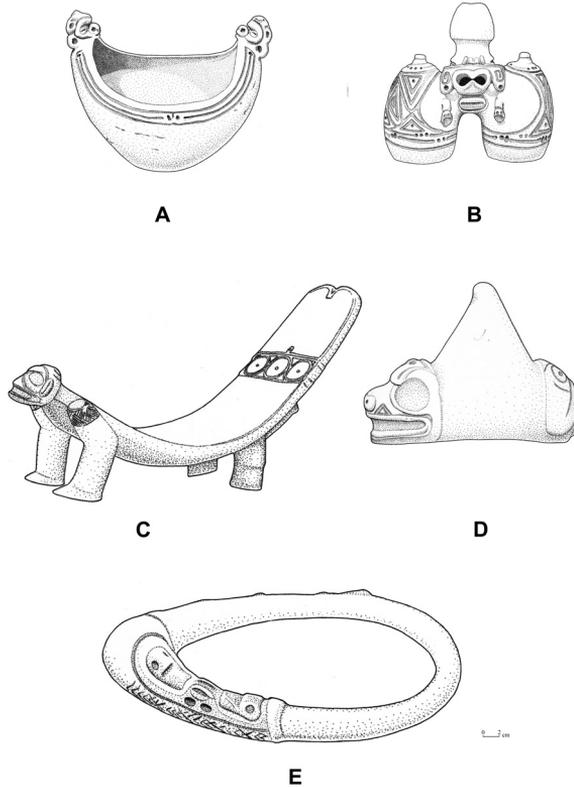


Figura 10. Artefactos ceremoniales de la subserie Chican Ostionoide (taínos): (a) vasija, (b) botella en cerámica, (c) dujo o asiento ceremonial, (d) trigonolito o ídolo de tres puntas en piedra, (e) aro lítico (Bercht et ál. 1997).

En contra de la opinión de algunos investigadores, Puerto Rico no parece haber tenido cacicazgos complejos en tiempos de la Conquista. Algunos documentos históricos indican que la isla estuvo dividida en cacicazgos pequeños que gobernaban pequeños valles de ríos. La amplia presencia de canchas de pelota y plazas ceremoniales sobre toda la isla sugiere que hubo pequeñas organizaciones políticas que competían unas con otras. En comparación con el período anterior, algunas regiones de esta isla sufren una marcada reducción en su población (Curet 1992a; Rodríguez 1985; Torres 2001).

Durante el Período IV, Cuba continuó albergando a grupos horticultores, cazadores y recolectores. Los datos arqueológicos y documentales indican la presencia de unidades políticas organizadas a nivel regional, y de posibles cacicazgos (Domínguez 1991; Valcárcel 1999), y hay quienes han sugerido la presencia de una variedad de tipos de organizaciones sociopolíticas a través de la isla (*e. g.*, Aleksandrenkov 1985). Guarch (1988, 1990, 1994, 1996) ha reportado evidencia de estratificación social en el “cementerio” tardío del sitio de Chorro de Maíta. El entierro número 57 de este cementerio contenía una serie de objetos raros y exóticos, entre ellos varias piezas de oro que, según algunos investigadores, se asemejan a algunos estilos colombianos (Oliver 2000). Sin embargo, es difícil determinar si esta estratificación está basada en privilegios adquiridos o heredados por los individuos.

Debido a la escasez de los estudios arqueológicos realizados en Jamaica, no resulta fácil evaluar la situación sociopolítica de esta isla. Sin embargo, cierta información documental disponible (Bernáldez 1953 [siglos XV - XVI]; Colón 1980 [siglos XV - XVI]), y algunos objetos ceremoniales descubiertos recientemente (Saunders y Gray 1996), muestran que hubo prácticas religiosas elaboradas y unidades políticas algo complejas en este período.

El panorama en las Antillas Menores sigue siendo algo complicado, igual que en el período anterior. Desde el primer viaje de Colón, los europeos consideraron a los grupos de estas islas étnicamente distintos a los de las Antillas Mayores, y los denominaron con el término de *caribes*. Sin embargo, cierta información documental y arqueológica sugiere la presencia de una mayor diversidad cultural y étnica que la que se suponía anteriormente. Rouse (1992) continúa dividiendo a las islas en dos categorías: Guadalupe y las islas al sur pertenecen a la serie Suazoide, y las islas del norte de Guadalupe, a la serie Ostionide. La evidencia arqueológica sugiere que, si bien es cierto que las islas al norte recibieron más influencia de las Antillas Mayores, y las del sur la recibieron del continente, también hubo desarrollos socioculturales locales (Crock 2000; Hofman 1993; Hoogland 1996; Keegan 1994). Además, existe información arqueológica y etnohistórica sobre la presencia de redes de interacción e intercambio en el ámbito local, y en algunas islas los documentos hablan de líderes que controlaban el intercambio, las alianzas políticas y las acciones bélicas (Cody 1995); sin embargo, muchos de estos documentos fueron escritos en el siglo XVII y no está claro cuánta de la información es aplicable a períodos anteriores al Descubrimiento. Hoogland y Hofman (1999) han sugerido la presencia de varios niveles o esferas de interacción en las Antillas Menores: el nivel más bajo estaría conformado por los grupos locales (de islas vecinas), y el más alto comprendería la interacción con Puerto Rico, al norte, y con el continente, al sur.

RESUMEN

En síntesis, las islas caribeñas tuvieron una larga y compleja historia antigua. Desde su primera colonización por parte de grupos, especialmente de cazadores, pescadores y recolectores, hasta la época del contacto, las sociedades caribeñas sufrieron una serie de cambios socioculturales resultantes de una combinación de factores internos y externos. Existe evidencia de que los grupos llamados arcaicos comenzaron a habitar las islas desde, por lo menos, el año 5000 a. C., y que provenían de múltiples localidades, entre ellas el continente suramericano, Yucatán y quizás la Florida. La presencia de bastones y bolas de piedras, cuevas funerarias, etc., también indica que estos grupos desarrollaron sociedades relativamente complejas. Para 500 a. C., unos grupos alfareros de Suramérica, que dependían en gran parte del cultivo, comienzan a migrar hacia las islas. Estos grupos, llamados saladoideos, se asentaron mayormente entre Puerto Rico y las Antillas Menores, e influenciaron grandemente la historia antigua del Caribe. El período siguiente fue de diversificación cultural y social a través de las islas. Es durante este tiempo cuando una gran parte del ceremonialismo y la diversidad sociocultural presentes en el siguiente período asientan sus bases en las culturas indígenas. Finalmente, en el período IV las culturas del Caribe llegan a un nivel cultural, ceremonial y artístico algo más elaborado, que fue observado hasta cierto punto por los invasores europeos.

Como se puede apreciar, la historia antigua del Caribe y sus procesos sociopolíticos no fueron uniformes, unilineales ni simples, a pesar de lo que deja entender el modelo de historia cultural de Rouse. Esta historia fue dinámica y estuvo llena de procesos heterogéneos, como migraciones, interacciones entre regiones, entre islas y con el continente, alianzas políticas, redes de intercambio y desarrollos locales que produjeron una enorme diversidad cultural, social y política. Infortunadamente, aunque muchos reconocen la existencia de esta diversidad sociocultural, hasta el momento son pocos, si los hay, quienes la han incorporado en los modelos teóricos que tratan de explicar y entender estos procesos. Esta problemática se discute más a fondo en la próxima sección.

PROCESOS SOCIALES Y DIVERSIDAD SOCIOCULTURAL EN LA HISTORIA ANTIGUA DEL CARIBE

Uno de los problemas principales al estudiar los procesos sociopolíticos de la historia antigua del Caribe es el continuo uso de los conceptos culturales y cronológicos desarrollados por Rouse como unidades básicas de análisis. Estos conceptos son unidades

cronológicas/espaciales específicas, al interior de las cuales, según indica Rouse, las series, subseries y estilos son tan homogéneos como sea posible. Por ende, para este autor solamente una unidad cultural puede ocupar una región en un tiempo dado. Esta homogeneización cultural, que es parte integral del sistema de Rouse, conlleva una serie de problemas teóricos y metodológicos que, obviamente, afectan nuestra capacidad para explicar y entender los cambios sociales y culturales del pasado.

Un ejemplo del uso indebido de estas unidades es la rápida extrapolación que numerosos estudios sobre artefactos, sitios y regiones hacen de conclusiones, válidas a nivel local, hasta los niveles de las culturas (*e. g.*, estilo), subseries y series (incluyo algunas de mis propias investigaciones). Aún peor, estas conclusiones son extendidas a través de largos períodos de tiempo y vastas regiones geográficas. Otro ejemplo es el caso de muchos de los estudios de la serie Saladoide en el Caribe. Esta tiene una extensión geográfica que va desde el Orinoco Medio hasta el extremo oriental de la Española, incluyendo las Guayanas y la costa norte de Venezuela, y abarca un lapso de más de mil años. Pues bien, aunque se reconoce que comprende una considerable diversidad, muchos arqueólogos caribeños siguen tratándola como una unidad de estudio para aspectos sociopolíticos, cuya organización social, política y económica es descrita de manera homogénea. Es decir, se asume que todas las comunidades saladoides son política y socialmente idénticas.

Así pues, debido a nuestra persistencia en utilizar los conceptos de Rouse, muchos de nuestros análisis y estudios no observan la concordancia entre las unidades que estamos interesados en estudiar (domésticas, comunidades, regiones, unidades políticas regionales, relaciones sociales, etc.) y las que utilizamos en el análisis (cultura, estilo, serie y subserie). Idealmente, debemos utilizar unidades de análisis a niveles inferiores al de la cultura, para de esta manera incluir en nuestros estudios y conclusiones la diversidad sociocultural propia de los grupos que estudiamos. No podemos continuar desarrollando conclusiones acerca del nivel local y de un salto elevarlas al nivel de la cultura, la cual abarca una enorme área geográfica y una duración de varios siglos. Con esto no queremos decir que debemos abandonar por completo el modelo de Rouse, como lo han sugerido otros investigadores (Keegan 2001). Este modelo sirve como un marco cronológico y cultural que nos permite tener una visión más amplia de la historia antigua del Caribe, y nos facilita el análisis comparativo entre regiones, islas, grupos de islas y el continente. Pero queremos enfatizar que nuestros estudios y análisis deben considerar el nivel de análisis y la escala de estudio apropiados para el fenómeno social o cultural que investigan.

Otro problema que afrontamos al formular conclusiones sobre las sociedades indígenas del Caribe es el uso indiscriminado de las crónicas y los documentos históricos. La

gran mayoría de estos documentos fueron escritos a propósito de las Antillas Mayores, y en especial de la Española, una isla que para el tiempo del Descubrimiento parece haber tenido varios cacicazgos complejos, que fueron descritos con algo de detalle por los europeos. Pero, infortunadamente, poco mencionan sobre la organización social y política de los grupos del resto de las Antillas Mayores, y mucho menos de las Antillas Menores y de las Bahamas. Debido a la falta de información documental, muchos investigadores han optado por utilizar las descripciones de la Española y aplicarlas a otras islas, incluidas las propias Bahamas y las Antillas Menores. Este “trasplante” de información histórica se ha realizado, en muchos casos, sin evaluar la aplicabilidad de las descripciones al resto de las islas, presuponiendo, una vez más, la uniformidad cultural y social de los grupos que habitaron las diferentes islas.

Considerando el avance de la metodología y la teoría arqueológicas en los últimos años, no podemos seguir dándole un trato preferencial a las descripciones históricas sobre los datos del registro arqueológico, que están llenas de prejuicios y malentendidos. Es tiempo de que se reconozca que la epistemología, la metodología y las prácticas teóricas de la arqueología están suficientemente desarrolladas para producir datos y conclusiones más confiables y precisas que muchas de las que proporciona la evidencia etnohistórica.

Por último, otra práctica común en la arqueología caribeña es que normalmente se toman en consideración solo dos tipos de organizaciones sociopolíticas: las sociedades igualitarias, principalmente el modelo de *big man* desarrollado por Service, y las sociedades cacicales. Otros tipos de sociedades, estratificadas y no estratificadas, por lo general no se tienen en cuenta. Esta práctica tiene el efecto de crear un proceso de homogeneización, en este caso de los aspectos sociales y políticos, por el cual todas las sociedades indígenas son clasificadas en uno de esos esquemas, independientemente de la presencia de alguna variabilidad o diversidad. No quiero decir que no existieron cacicazgos o sociedades correspondientes al modelo *big man* en el Caribe, pero aquellas categorías no deben ser aceptadas a priori, sino que deben ser demostradas empíricamente, considerando a la vez otras posibles formaciones sociopolíticas.

EL CARIBE Y EL ÁREA INTERMEDIA

Desde muy temprano, en los estudios arqueológicos y antropológicos del continente suramericano varios investigadores trataron de categorizar a los distintos grupos indígenas en una gran variedad de áreas culturales. El resultado fue la creación de diversos sistemas clasificatorios, con diferentes categorías, que se traslapan en algunas áreas, pero no en todas. Dos ejemplos son el Área Intermedia (Wiley 1971) y las tribus del

Área Circuncaribe (Steward 1948), que se concentran en el noreste de Suramérica y en la parte baja de Centroamérica. Sin embargo, una diferencia considerable es que Steward incluyó las islas del Caribe en su Región Circuncaribe, la cual, tradicionalmente, no es considerada parte del Área Intermedia. Esta diferencia se debe, principalmente, a que los criterios utilizados por Steward para su clasificación enfatizaban más la organización social, política y económica de los grupos que otras características netamente culturales. En especial, Steward tendió a enfatizar que las sociedades del Área Circuncaribe eran grupos estratificados y con técnicas agrícolas intensivas.

Hasta cierto punto, la situación del Área Intermedia es similar a la del Área Circuncaribe, pues aquella tiende a ser definida como el área ubicada entre las grandes “civilizaciones” de Mesoamérica y del Área Andina, en la cual se desarrollaron sociedades estratificadas como consecuencia de la influencia de estas dos regiones. Sin embargo, y al contrario de lo que sucede en la Circuncaribe, en algunas ocasiones el concepto de Área Intermedia se refiere también a criterios culturales, y de esta forma el elemento lingüístico chibcha es considerado una parte integral de su definición. Así pues, debido a su situación geográfica (no está localizado entre las dos áreas “nucleares”) y a las diferencias culturales (idiomas y otras tradiciones), el Caribe nunca fue incluido en el concepto de Área Intermedia¹.

Aunque reconozco que no hay una gran cantidad de evidencia que demuestre una tradición cultural común entre las sociedades de las islas del Caribe y el Área Intermedia, se registra información que confirma la existencia de cierto tipo de interacción. A continuación presento algunas de las evidencias más relevantes de una posible conexión entre ambas regiones. Como notará el lector, los datos son pocos y ambiguos, como para llegar a conclusiones definitivas, pero suficientes para desarrollar algunas hipótesis y sugerencias para futuros trabajos.

Veloz y Angulo (1982) informan sobre el descubrimiento de un trigonolito de piedra en el sitio de Malambo, en Colombia (figura 11a). El trigonolito o cemí de tres puntas es un tipo de artefacto religioso característico de las Antillas, y que normalmente está manufacturado en piedra, concha o coral. Sus representaciones más tempranas en el Caribe han sido reportadas para la cultura Saladoide temprana (500 a. C.- 600 d. C.) en las Antillas Menores y Puerto Rico (Rouse 1992). Para el período IIa (500 a. C.-300 d. C.) los trigonolitos son de tamaños pequeños y están manufacturados mayormente a partir del caracol *Strombus gigas*, y de piedra (figura 11b). A finales del período III y durante el

1 Véase Curet (2004a) para una discusión más extensa sobre estas diferencias.

período IV, estos ídolos aumentan en tamaño y complejidad artística, especialmente en las Antillas Mayores. Aunque existen diversos tipos en las islas (Fewkes 1907; McGinnis 1997, 2001; Walker 1993), los trigonolitos parecen haber tenido su máxima expresión en Puerto Rico. Arrom (1989) ha relacionado estos ídolos con la producción de la yuca.

Según Veloz y Angulo, el ejemplo de Malambo pertenece a la fase del mismo nombre y corresponde a un fechado temprano de 400 a 200 a. C. Utilizando las fechas que tenían disponibles en 1982, estos autores argumentaron que, ya que las fechas de Malambo eran más tempranas que las de los trigonolitos de las Antillas, el uso de este tipo de ídolo debió haberse difundido desde la costa caribeña de Colombia a las islas del Caribe. Sin embargo, nuevas dataciones obtenidas desde 1982 han producido fechas más tempranas para los trigonolitos del Caribe, que los inscriben en el Saladoide temprano o en el Período IIa (500 a. C.-300 d. C.). Basándonos, pues, en estos datos, podemos sugerir que el trigonolito del sitio Malambo puede ser contemporáneo de los más tempranos del Caribe. Al contrario de lo que sugieren Veloz y Angulo, y considerando que estos artefactos son más abundantes en el Caribe, es más probable que la “difusión” del trigonolito proviniera de esta última región, en dirección a la costa colombiana.

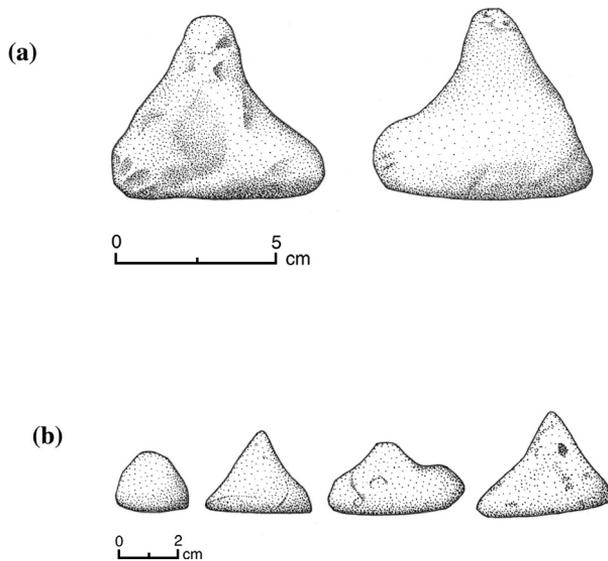


Figura 11. (a) Trigonolito hallado en el sitio Malambo de Colombia (Veloz y Angulo 1982); (b) trigonolitos tempranos de Puerto Rico.

Por otro lado, Mary Helms (1987) ha argumentado que para la época del Descubrimiento existían esferas de interacción entre los grupos de Colombia y Panamá y los grupos de las Antillas Mayores. La evidencia principal que sustenta esta aseveración es que en ambas regiones se usaron objetos ceremoniales y de estatus social, manufacturados en madera negra altamente pulida, o en madera pintada de color negro y así mismo pulida. Según Helms, el color y el pulimento debieron de tener cierto significado simbólico, que posiblemente fue utilizado por la élite como conocimiento esotérico para reclamar su acceso al mundo supernatural. El hecho de que en Colombia, Panamá y las Antillas Mayores se haya utilizado el mismo tipo de material, pintura y pulimento en objetos de alto contenido simbólico, motiva a Helms a pensar en un contacto directo entre estas regiones, posiblemente a nivel de los grupos dominantes dentro de estas sociedades estratificadas. Rodríguez (2002) también ha sugerido la posibilidad del intercambio de objetos de piedras semipreciosas entre las costas de Colombia, Panamá y Costa Rica con las Antillas Mayores. Como Helms, Rodríguez argumenta que el intercambio fue directo, y no a través de las Antillas Menores (ver más adelante).

Helms (1987) también sugiere que las esferas de interacción pudieron haber incluido el intercambio de algunos de los famosos objetos de aleaciones de oro confeccionados en Colombia y Panamá. En sus estudios de objetos de oro en las Antillas Mayores, en especial la aleación llamada guanín o tumbaga (mayormente oro y cobre), Vega (1979) y Oliver (2000) han expuesto argumentos similares. Vega ha sugerido que el guanín, mencionado ampliamente en las crónicas, es posiblemente de origen colombiano, ya que la costa caribeña de Colombia era la región más cercana en la que se contaba con la tecnología necesaria para fundir y alear los metales. Por otro lado, al ocuparse de algunos de los objetos de guanín descubiertos en el sitio del Chorro de Maíta, en Cuba (figura 12), Oliver sugiere que el estilo y la tecnología de manufactura son similares a los de la cultura Tairona de Colombia. Otros artefactos fabricados con esta aleación han sido encontrados en las Antillas Mayores, lo cual sugiere que estas piezas fueron importadas regularmente. Las dataciones de varias de las piezas varían desde el principio de la era cristiana hasta la época del contacto; este hecho indica que hubo persistencia en la obtención de este material por parte de los indígenas insulares aún antes del desarrollo de culturas altamente estratificadas.

Aunque la presencia del guanín o tumbaga colombiano en las Antillas Mayores es bastante segura, todavía quedan por determinar las rutas y los tipos de intercambio que permitieron la importación de los objetos. Hasta el momento, la mayoría de los autores favorecen la hipótesis de una ruta de intercambio indirecta: los artefactos de guanín habrían viajado desde Colombia al delta del Orinoco, y de ahí a las Antillas Mayores

a través de las Antillas Menores (ver, por ejemplo, Vega 1979). De ser así, la forma de intercambio también habría sido indirecta, pues los artefactos habrían pasado de un grupo a otro, hasta llegar a las Antillas Mayores. Esto, hasta cierto punto, contradice la sugerencia de Helms y Rodríguez sobre la existencia de esferas de interacción directa entre las costas de Colombia y Panamá y las Antillas Mayores. Hasta el momento es difícil determinar cuál de estas sugerencias es correcta; sin embargo, los estudios de simulación computarizados realizados por Callaghan pueden arrojar luz sobre el tema.

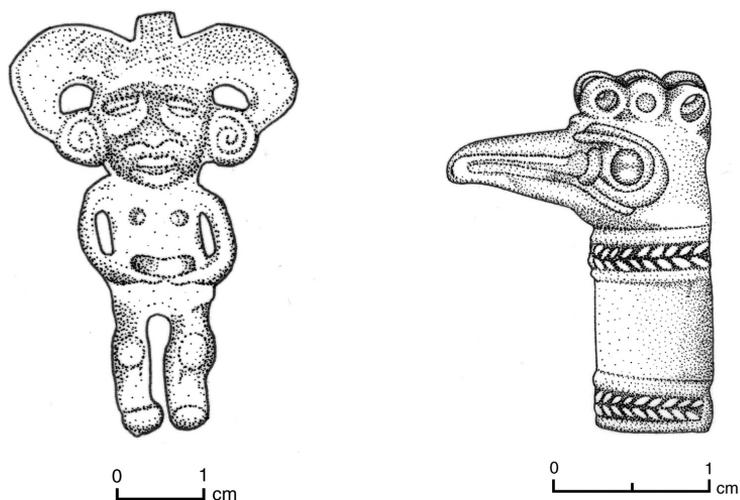


Figura 12. Objetos de adorno corporal en oro, de Cuba (Dacal y Rivero 1996; Guarch 1988, 1994, 1996; Oliver 2000).

Callaghan (1993, 1995, 1999) ha realizado estudios en computadoras que demuestran la posibilidad de realizar, en canoa, viajes directos entre la costa caribeña de Colombia y Venezuela y las Antillas Mayores. Considerando el tamaño y tipo de embarcación, las corrientes marinas y la dirección del viento, el programa informático demostró que los viajes marinos directos desde las costas colombianas y venezolanas hasta las Antillas Mayores (sin pasar por las Antillas Menores) tenían una mayor probabilidad de ser exitosos que los que partían desde las costas de Centroamérica, Yucatán y el golfo de México. Aunque estos estudios no representan una evidencia definitiva de una interacción directa entre los grupos de la costa colombiana y los de las Antillas Mayores, muestran

la viabilidad de los viajes a través del mar Caribe sin pasar por las Antillas Menores o por el delta del Orinoco. Esta posibilidad está apoyada por la falta de evidencia en las Antillas Menores de intercambio con el Área Istmo-Colombiana. Sin embargo, es probable, como sugiere Oliver (2000), que las rutas y los tipos de intercambio cambiaran a través del tiempo.

Por otro lado, a través de su estudio comparativo de los estilos de los artefactos ceremoniales de Puerto Rico y la Española, con los de los objetos de un gran número de culturas continentales, McGinnis (1997) concluye que existen “nódulos de similitud” en los detalles de los diseños, en los tipos de artefactos y en el uso de las criaturas iconográficas. En su opinión, estas similitudes son más pronunciadas con los artefactos religiosos de Costa Rica que con los de cualquier otra región del continente. Sin embargo, a pesar de la extensión y magnitud de la evidencia, McGinnis (1997:858-864) considera que estas similitudes se deben más a una “herencia común” que a una influencia cultural resultante de un comercio continuo o de una interacción intensiva entre ambas regiones. Como explicó el autor (1997:863): “No dudo que existiera un contacto ocasional intermitente, o aún continuo, especialmente por o para la élite en busca de pequeños objetos de prestigio exóticos. No creo que existiera un comercio continuo [...]”.

En años más recientes, Rodríguez (2002, 2011) ha venido realizando el que hasta el momento es el estudio más exhaustivo sobre la posible interacción entre Centro América y Colombia y las Antillas Mayores. Su estudio se concentra en comparar una variedad de materiales arqueológicos de las Antillas Mayores, que incluyen restos alimenticios, cerámica, lítica y lapidaria, artefactos en concha, ornamentos de oro y arquitectura, con los del Área Istmo-Colombiana (*i. e.*, Colombia, Panamá y Costa Rica). Basado en sus resultados, Rodríguez concluye que las amplias y marcadas similitudes entre ambas regiones sugieren que la interacción existió desde muy temprano en la historia antigua del Caribe, hasta el momento del Descubrimiento. Resulta interesante que la evidencia no sea homogénea a través del tiempo; esta comprobación lleva al autor a sugerir que el tipo y la naturaleza de la relación sufrió cambios diacrónicos, que posiblemente reflejan los cambios históricos, políticos y sociales que se desarrollaron en cada área cultural.

Pese a que la evidencia de que hubo contacto e interacción entre los grupos del Área Intermedia y los de las Antillas es poca, es bastante consistente. Aunque existen indicios de que esta interacción, inicialmente, incluyó tanto herramientas básicas como restos de alimentos, en la mayoría de los casos tardíos los objetos son de orden religioso o de tipo ceremonial (Rodríguez 2001). El trigonolito y los objetos de madera negra pulida y de oro son, definitivamente, artefactos con un alto contenido simbólico/religioso. Infortunadamente, el estudio de estas interacciones todavía está en

una etapa inicial, y es poco lo que podemos decir sobre su rol político y social en la historia de los grupos de ambas regiones.

Pero, considerando los tipos de objetos y la escasez de evidencia en los períodos tardíos, se puede sugerir que el contacto o relación entre ambas regiones debió consistir en el intercambio de objetos de estatus y de información esotérica entre la élite de los grupos, como lo han sugerido Helms (1979, 1987) y Rodríguez (2011). La primera argumenta que la élite de muchos de los grupos del Área Intermedia y del Caribe utilizó símbolos, artefactos y conocimientos, provenientes de lugares exóticos o geográficamente distantes, para reclamar un contacto más directo y estrecho con los poderes y entes sobrenaturales. Lo hacía para obtener y reforzar su posición privilegiada dentro de la sociedad, y para conservar su poder político, que estaba basado, entre otras cosas, en la ideología religiosa de la sociedad (Curet 1992a, 2003; Moscoso 1986, 1987; Oliver 1998, 2009; Siegel 1999). Sin embargo, se necesita más evidencia sobre el tema para poner a prueba estos argumentos.

CONCLUSIÓN

El Caribe, como muchas de las áreas continentales, contó con una diversidad cultural, social y política que con frecuencia no es reconocida por los arqueólogos de la región. La falta de atención a la diversidad sociocultural ha causado una visión relativamente homogénea de las sociedades indígenas, y ha producido una perspectiva extremadamente simplista de los procesos sociales, económicos, históricos, culturales y políticos del pasado. Para llegar a un mejor entendimiento y conocimiento de las sociedades pretéritas y de sus procesos históricos, tenemos que considerar no solo los patrones sociales y culturales observables en el registro arqueológico e histórico, como lo hemos venido haciendo hasta el momento, sino también la variabilidad presente en estos conjuntos. Hasta entonces, no creo que podamos tener una visión más realista y humana de las sociedades antiguas del Caribe.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quisiera agradecer a Cristóbal Gnecco por haberme invitado a participar en el Congreso de Arqueología Colombiana, en donde se presentó una versión preliminar de este trabajo. También quiero dar las gracias al colega Reniel Rodríguez Ramos por sus comentarios y correcciones, que ayudaron a mejorar el texto final. Jill Seagard, ilustradora del Field Museum, se merece el crédito por las figuras.

REFERENCIAS

- Alegría, Ricardo E.
1983 *Ball Courts and Ceremonial Plazas in the West Indies*. New Haven, Yale University.
- Aleksandrenkov, Eduard
1985 Aborígenes de Cuba: problemas y posibilidades de estudios. *Revista Española de Antropología Americana* 15:59-75.
- Anderson-Córdova, Karen F.
1990 *Hispaniola and Puerto Rico: Indian Acculturation and Heterogeneity, 1492-1550*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Yale University, New Haven.
1995 Aspectos demográficos de los cacicazgos taínos. En *Actas del Decimoquinto Congreso de Arqueología del Caribe*, editado por Ricardo E. Alegría y Miguel Rodríguez, pp. 351-365. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.
- Arnold, Jean (editor)
1996 *Emergent Complexity: The Evolution of Intermediate Societies*. International Monographs in Prehistory, University of Michigan, Ann Arbor.
- Arrom, José J.
1989 *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. Siglo XXI, México, D.F.
- Ayes, Carlos
1989 *Angostura: un campamento arcaico temprano del valle de Manautabón*. Universidad de América 1:24-37.
- Bercht, Fátima, Estrellita Brodsky, John Alan Farmer y Dicey Taylor (editores)
1997 *Taíno: Pre-columbian Art and Culture from the Caribbean*. Monacelli Press - El Museo del Barrio, New York.
- Bernaldez, Andrés
1953 [siglos XV-XVI] *Historia de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- Blanton, Richard E., Gary M. Feinman, Steve A. Kowalewski y Peter M. Peregrine
1996 A Dual-processual Theory for the Evolution of Mesoamerican Civilization. *Current Anthropology* 37:1-14.
- Boomert, Arie
2001 Saladoid Sociopolitical Organization. En *Actas del Decimoctavo Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Gérard Richard, vol. 2, pp. 55-77. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Guadalupe.

Callaghan, Richard T.

- 1993 Passages to the Greater Antilles: An Analysis of Watercraft and the Marine Environment. En *Actas del Decimocuarto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Alissandra Cummins y Phillipa King, pp. 64-72. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Barbados.
- 1995 Antillean Cultural Contacts with Mainland Regions as a Navigation Problem. En *Actas del Decimoquinto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Ricardo E. Alegría y Miguel Rodríguez, pp. 181-190. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.
- 1999 Computer Simulations of Ancient Voyaging. *The Northern Mariner/Le Marin du Nord* 1:24-33.

Cassá, Roberto

- 1995 *Los indios de las Antillas*. Fundación Mapfre-América, Madrid.

Chanlatte, Luis A.

- 1981 *La Hueca y Sorcé (Vieques, Puerto Rico): primeras migraciones agroalfareras antillanas*. Edición del autor, Santo Domingo.
- 1990 Cultura Ostionide: un desarrollo algoalfarero antillano. En *Actas del Undécimo Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por A. Gus Pantel Tekaks, Iraida Vargas y Mario Sanojas, pp. 295-311. Fundación Arqueológica, Antropológica e Histórica de Puerto Rico, San Juan.
- 1995 La presencia huecoide en Hacienda Grande, Loíza. En *Actas del Decimoquinto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Ricardo E. Alegría y Miguel Rodríguez, pp. 501-510. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.
- 2000 Los arcaicos y el formativo antillano (6000 a. C.-1492 d. C.). *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* 28:29-42.

Chanlatte, Luis A., e Yvonne M. Narganes Storde

- 1983 *Vieques-Puerto Rico: asiento de una nueva cultura aborigen antillana*. Edición de los autores, Santo Domingo.
- 1986 *Proceso y desarrollo de los primeros pobladores de Puerto Rico y las Antillas*. Edición de los autores, Santo Domingo.
- 2002 *La cultura Saladoide en Puerto Rico: su rostro multicolor*. Museo de Historia, Antropología y Arte - Universidad de Puerto Rico, San Juan.
- 2005 *Cultura La Hueca*. Museo de Historia, Antropología y Arte, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

Cody, Anne K.

- 1991 From the Site of Pearls, Grenada: Exotic Lithics and Radiocarbon Dates. En *Actas del Decimotercer Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Edwin N. Ayubi y Jay G. Haviser, pp. 589-604. Reports of the Archaeological and Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, Curaçao.
- 1993 Distribution of Exotic Stone Artifacts through the Lesser Antilles: Their Implications for Prehistoric Interaction and Exchange. En *Actas del Decimocuarto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Alissandra Cummins y Phillipa King, pp. 204-226. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Barbados.

1995 Kalinago Alliance Networks. En *Actas del Decimoquinto Congreso de Arqueología del Caribe*, editado por Ricardo E. Alegría y Miguel Rodríguez, pp. 311-325. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.

Colón, Cristóbal

1980 [siglos XV-XVI] *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*. Espasa-Calpe, Madrid.

Crock, John G.

2000 *Interisland Interaction and the Development of Chiefdoms in the Eastern Caribbean*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Crock, John G., y Robert N. Bartone

1998 Archaeology of Trants, Montserrat, part 4: Flaked Stone and Stone Bead Industries. *Annals of the Carnegie Museum* 67:197-224.

Crumley, Carole L.

1995 Heterarchy and the Analysis of Complex Societies. En *Heterarchy and the Analysis of Complex Societies*, editado por Robert Ehrenreich, Carole L. Crumley y Jannette Levy, pp. 1-6. Archaeological Papers of the American Anthropological Association No. 6, Washington, D. C.

Curet, L. Antonio

1992a *The Development of Chiefdoms in the Greater Antilles: A Regional Study of the Valley of Maunabo, Puerto Rico*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Arizona State University, Tempe.

1992b House Structure and Cultural Change in the Caribbean: Three Case Studies from Puerto Rico. *Latin American Antiquity* 3:160-174.

1993 Prehistoric Demographic Changes in the Valley of Maunabo: A Preliminary Report. En *Actas del Decimocuarto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Alissandra Cummins y Phillipa King, pp. 1-24. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Barbados.

2003 Issues on the Diversity and Emergence of Middle-Range Societies of the Ancient Caribbean: A Critique. *Journal of Archaeological Research* 11(1):1-42.

2004a Interaccionar o no interaccionar: el Área Intermedia, el Circumcaribe y las Antillas Mayores. *Arqueología del Área Intermedia* 6:83-108.

2004b Island Archaeology and Units of Analysis in the Study of Ancient Caribbean Societies. En *Voyages of Discovery: The Archaeology of Islands*, editado por S. M. Fitzpatrick, pp. 187-201. Praeger, Westport, Connecticut.

2005 *Caribbean Paleodemography: Population, Culture History, and Sociopolitical Processes in Ancient Puerto Rico*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Curet, L. Antonio, Lee A. Newsom y Daniel Welch

2003 Space and Time in the Civic-ceremonial Center of Tibes, Ponce, Puerto Rico. En *Actas del Decimonoveno Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Luc Alofs y Raymundo A. C. F. Dijkhoff, pp. 142-155. Museo Arqueológico de Aruba, Aruba.

Curet, L. Antonio, y José R. Oliver

- 1998 Mortuary Practices, Social Developments, and Ideology in Precolumbian Puerto Rico. *Latin American Antiquity* 9:217-239.

Dacal, Ramón, y Manuel Rivero

- 1996 *Art and Archaeology of Pre-columbian Cuba*. University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
Domínguez, Lourdes S.
1991 *Arqueología del centro-sur de Cuba*. Academia, La Habana.

Durand, Jean-François, y Henri Petitjean

- 1992 A propos d'un collier funéraire a Morel, Guadeloupe: les huecoide sont-ils mythe? En *Actas del Duodécimo Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Linda Robinson, pp. 53-72. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Martinique.

Febles, Jorge

- 1980 *Estudio comparativo de las industrias de piedra tallada de Aguas Verdes, Baracoa y Playitas, Matanzas, Cuba. Probables relaciones de ellas con otras del sureste de los Estados Unidos de América*. Inédito, Departamento de Arqueología, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

Feinman, Gary M.

- 1995 The Emergence of Inequality: A Focus on Strategies and Processes. En *Foundations of Social Inequality*, editado por T. Douglas Price y Gary M. Feinman, pp. 255-279. Plenum, New York.

Feinman, Gary M., Ken G. Lightfoot y Steadman Upham

- 2000 Political Hierarchies and Organizational Strategies in the Puebloan Southwest. *American Antiquity* 65:449-470.

Fewkes, Jesse W.

- 1907 The Aborigines of Porto Rico and the Neighboring Islands. *Annual Report of the Bureau of American Ethnology for 1903-1904* 25:1-220.

García, Frank G.

- 1991 Hipótesis sobre el poblamiento temprano de Cuba a partir de un estudio paleoclimático del cuaternario. En *Estudios arqueológicos*, editado por Jorge Febles, Lourdes Domínguez, José Guarch, Aida Martínez y Alexis Rives, pp. 1-22. Academia, La Habana.

Godo, Pedro P.

- 1997 El problema del protoagrícola de Cuba: Discusión y perspectivas. *El Caribe Arqueológico* 2:19-30.

Guarch, José María

- 1978 *El taíno de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
1988 Sitio arqueológico del Chorro de Maita. *Revista Cubana de Ciencias Sociales* 17:162-183.
1990 *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín, Holguín, Cuba.

- 1994 *Yaguay Yucayeque Turey (Yaguajay, la aldea del cielo resplandeciente)*. Holguín, Holguín, Cuba.
- 1996 La muerte en las Antillas: Cuba. *El Caribe Arqueológico* 1:12-25.
- 2001 Crónica para el innominable. *El Caribe Arqueológico* 5:29-33.

Haviser, Jay B.

- 1991 Development of a Prehistoric Interaction Sphere in the Northern Lesser Antilles. *New West Indian Guide*, 65:129-151.

Healy, Paul F., A. Reg. Murphy y David M. Cruz

- 2001 Excavations at the Royal's Site (JO-11), Antigua: An Inland Saladoid Settlement. En *Actas del Octavo Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Gérard Richard, vol. 2, pp. 216-232. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Guadeloupe.

Helms, Mary W.

- 1979 *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power*. University of Texas Press, Austin.
- 1987 Art Styles and Interaction Spheres in Central America and the Caribbean: Polished Black Wood in the Greater Antilles. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert D. Drennan y Carlos Alberto Uribe, pp. 67-83. University Press of America, Lanham, Maryland.

Hofman, Corinne

- 1993 *In Search of the Native Population of Pre-Columbian Saba (400-145 A.D.). Part One: Pottery Styles and Their Interpretations*. Disertación doctoral, Departament of Archaeology, Leiden University.

Hofman, Corinne, y Menno Hoogland

- 1999 Synthesis and Evaluation. En *Archaeological Investigations on St. Martin (Lesser Antilles)*, editado por Corinne Hofman y Menno Hoogland, pp. 313-316. Departament of Archaeology, Leiden University, Leiden, Netherlands.

Hoogland, Menno

- 1996 *In Search of the Native Population of Pre-columbian Saba (400-145 A.D.). Part Two: Settlement Sites in their Natural and Social Environment*. Disertación doctoral, Departament of Archaeology, Leiden University, Leiden, Netherlands.

Hoogland, Menno, y Corinne Hofman

- 1999 Expansion of the Taino Cacicazgos Towards the Lesser Antilles. *Journal de la Societé des Américanistes* 85:90-113.

Keegan, William

- 1994 West Indian Archaeology. 1. Overview and Foragers. *Journal of Archaeological Research* 2:255-284.
- 1996 West Indian Archaeology. 2. After Columbus. *Journal of Archaeological Research* 4:265-294.
- 2000 West Indian archaeology. 3. Ceramic Age. *Journal of Archaeological Research* 4:265-294.
- 2001 Archaeological Investigations on Ile á Rat, Haiti: Avoid the Oid. En *Actas del Undécimo Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Gérard Richard, vol. 2, pp. 233-239. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Guadeloupe.

La Rosa, Gabino, y Rafael Robaina

- 1994 *Infanticidio y costumbres funerarias en aborígenes de Cuba*. Multigraf, La Habana.
 1995 *Costumbres funerarias de los aborígenes de Cuba*. Academia, La Habana.

Lundberg, Ernest

- 1991 Interrelationships among Preceramic Complexes of Puerto Rico and the Virgin Islands. En *Actas del Decimotercero Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Edwin N. Ayubi y Jay B. Haviser, pp. 73-85. Reports of the Archaeological-Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, Curaçao.
 2007 A Monserrate Component in the Virgin Islands in the Context of Inquiry into the Saladoid-ostionoid Transition. En *Proceedings of the Twenty-first Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*, editado por Basil Reid, Henri Petitjean Roget y L. Antonio Curet, pp. 338-346. University of the West Indies, St. Augustine, Trinidad and Tobago.

McGinnis, Shirley A. M.

- 1997 *Ideographic Expression in the Precolumbian Caribbean*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Texas, Austin.
 2001 Patterns, Variations, and Anomalies in Ideographic Expression in the Precolumbian Caribbean. En *Actas del Decimotercero Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Gérard Richard, vol. 2, pp. 99-114. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Guadeloupe.

McGuire, Randall H., y Dean J. Saitta

- 1996 Although they Have Petty Captains, They Obey Them Badly: The Dialectics of Prehispanic Western Pueblo Social Organization. *American Antiquity* 61:197-216.

Moscoso, Francisco

- 1986 *Tribu y clases en el Caribe antiguo*. Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, República Dominicana.
 1987 Etapas históricas de la sociedad tribal en las Antillas. *Dédalo* 25:99-136.
 1999a *Sociedad y economía de los taínos*. Edil, Río Piedras, Puerto Rico.
 1999b *Arcaicos de Angostura, pasado remoto de Puerto Rico: diálogo de Francisco Moscoso, historiador, con Carlos M. Ayes Suárez y Ovidio Dávila, arqueólogos*. Sociedad de Investigaciones Arqueológicas e Históricas Seboruco, Vega Baja, Puerto Rico.

Murphy, A. Reg.

- 1999 *The Prehistory of Antigua, Ceramic Age: Subsistence, Settlement, Culture and Adaptation Within an Insular Environment*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Calgary, Alberta.

Murphy, A. Reg., David J. Hozjan, Christy N. de Mille y Alfred A. Levinson

- 2000 Pre-columbian Gems and Ornamental Materials from Antigua, West Indies. *Gems y Gemology* 36:234-245.

Narganes, Yvonne M.

- 1995 La lapidaria de la Hueca, Vieques, Puerto Rico. En *Actas del Decimoquinto Congreso In-*

ternacional de Arqueología del Caribe, editado por Ricardo E. Alegría y Miguel Rodríguez, pp. 141-154. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.

Newsom, Lee A.

1993 *Native West Indian Plant Use*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville.

Newsom, Lee A., y Elizabeth S. Wing

2004 *On Land and Sea: Native American Uses of Biological Resources in the West Indies*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Oliver, José R.

1995 The Archaeology of the Lower Camp Site, Culebra Island: Understanding Variability in Peripheral Zones. En *Actas del Decimoquinto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Ricardo E. Alegría y Miguel Rodríguez, pp. 485-500. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.

1998 *El centro ceremonial de Caguana, Puerto Rico: simbolismo iconográfico, cosmovisión y el poderío caciquil taíno de Borinquen*. BAR International Series No. 727, Oxford.

1999 The 'La Hueca Problem' in Puerto Rico and the Caribbean: Old Problems, New Perspectives, Possible Solutions. En *Archaeological Investigations on St. Martin (Lesser Antilles)*, editado por Corinne Hofman y Menno Hoogland, pp. 253-297. Faculty of Archaeology, Leiden University, Leiden, Netherlands.

2000 Gold Symbolism among Caribbean Chiefdoms: Of Feathers, Cibas, and Guanín Power Among Taíno Elites?. En *Pre-columbian Gold: Technology, Style, and Iconography*, editado por Colin McEwan, pp. 196-219. British Museum, London.

2009 *Caciques and Cemi Idols. The Web Spun by Taíno Rulers Between Hispaniola and Puerto Rico*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Ortiz, José J., José Rivera, Andrés Príncipe, Marisol Meléndez y Michelle Lavergne

1993 Intensive Agriculture in Pre-columbian West Indies: The Case for Terraces. En *Actas del Decimocuarto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Alissandra Cummins y Phillipa King, pp. 278-285. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Barbados.

Rodríguez, Miguel A.

1985 *Cultural Resources Survey at Camp Santiago Salinas, Puerto Rico*. Museum of Turabo University, Caguas, Puerto Rico.

1991 Arqueología de Punta Candelero, Puerto Rico. En *Actas del Decimotercer Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Edwin N. Ayubi y Jay B. Havisser, pp. 605-627. Reports of the Archaeological-Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, Curaçao.

1992 Diversidad cultural en la tardía prehistoria del este de Puerto Rico. *Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe* 15:58-74.

1993 Early Trade Networks in the Caribbean. En *Actas del Decimocuarto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Alissandra Cummins y Phillipa King, pp. 306-314. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Barbados.

1997 Maruca, Ponce. En *Ocho trabajos de investigación arqueológica en Puerto Rico: segundo*

- Encuentro de Investigadores*, editado por Juan Rivera, pp. 17-30. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan.
- 1999 Excavations at Maruca, a Pre Ceramic Site in Southern Puerto Rico. En *Actas del Decimoseptimo Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por John H. Winter, pp. 166-180. Mollow College, New York.
- Rodríguez, Reniel
- 2001a *Lithic Reduction Trajectories at La Hueca and Punta Candeleiro Sites, Puerto Rico*. Tesis de Maestría, Department of Anthropology, Texas A y M University, College Station.
- 2001b Lithic Reduction Trajectories at La Hueca and Punta Candeleiro Sites (Puerto Rico). En *Actas del Decimoctavo Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Gérard Richard, vol. 1, pp. 251-261. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Guadeloupe.
- 2002 Dinámicas de intercambio en el Puerto Rico prehispánico. *El Caribe Arqueológico* 6:16-22.
- 2011 Close Encounters of the Caribbean Kina. En *Islands in the Crossroads: Migration, Seafaring, and Interaction in the Caribbean*, editado por L. Antonio Curet y Mark W. Hauser. University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Roe, Peter G.
- 1989 A Grammatical Analysis of Cedrosan Saladoid Vessel Form Categories and Surface Decoration: Aesthetic and Technical Styles in Early Antillean Ceramic. En *Early Ceramic Population, Lifeways, and Adaptive Strategies in the Caribbean*, editado por Peter E. Siegel, pp. 267-382. British Archaeological Reports, Oxford.
- Rouse, Irving
- 1939 *Prehistory in Haiti: A Study in Method*. Yale University Publications in Anthropology No. 21, New Haven.
- 1948 The Arawak. En *Handbook of South American Indians*, editado por Julian Steward, vol. 4, pp. 46-50. Bulletin of the Bureau of American Ethnology No. 143, Smithsonian Institution, Washington, D. C.
- 1952 Porto Rican Prehistory. En *Scientific Survey of Puerto Rico and the Virgin Islands*, vol. 18, partes 3-4. New York Academy of Science, New York.
- 1964 Prehistory of the West Indies. *Science* 144:499-513.
- 1982 Ceramic and Religious Development in the Greater Antilles. *Journal of New World Archaeology* 5:45-55.
- 1986 *Migrations in Prehistory: Inferring Population Movement from Cultural Remains*. Yale University Press, New Haven.
- 1992 *The Taínos: Rise and Decline of the People who Greeted Columbus*. Yale University Press, New Haven.
- Rouse, Irving, y Ricardo E. Alegría
- 1990 *Excavations at María de la Cruz Cave and Hacienda Grande Village Site, Loíza, Puerto Rico*. Yale University Publications in Anthropology No. 80, New Haven.
- Rouse, Irving, y José María Cruxent
- 1963 *Venezuelan Archaeology*. Yale University Press, New Haven.

Sahlins, Marshall D.

- 1958 *Social Stratification in Polynesia*. University of Washington Press, Seattle.
 1963 Poor Man, Rich Man, Big Man, Chief: Political Types in Melanesia and Polynesia. *Comparative Studies in Society and History* 5:285-303.

Saitta, Dean J.

- 1997 Power, Labor, and the Dynamics of Change in Chacoan Political Economy. *American Antiquity* 62:7-26.

Saunders, Nicholas J., y Dorrick Gray

- 1996 Zemis, Trees, and Symbolic Landscape: Three Taíno Carvings from Jamaica. *Antiquity* 70:801-812.

Service, Elman R.

- 1962 *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*. Random House, New York.

Siegel, Peter E.

- 1996 An Interview with Irving Rouse. *Current Anthropology* 37:671-689.
 1999 Contested Places and Places of Contest: The Evolution of Social Power and Ceremonial Space in Prehistoric Puerto Rico. *Latin American Antiquity* 10:209-238.

Steward, Julian H.

- 1948 The Circum-caribbean Tribes: An Introduction. En *Handbook of South American Indians*, editado por Julian H. Steward, vol. 4, pp. 1-41. Bulletin of the Bureau of American Ethnology No. 143, Smithsonian Institution, Washington, D. C.

Tabío, Ernesto E.

- 1988 *Introducción a la arqueología de las Antillas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Tabío, Ernesto E., y Estrella Rey

- 1966 *Prehistoria de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

Tavares, Glenis

- 1996 Límites territoriales de los aborígenes de la isla de Haití a la llegada de los españoles. En *Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe*, editado por Marcio Veloz y Ángel Caba, pp. 34-47. Museo Arqueológico Regional Altos de Chavón, La Romana, República Dominicana.

Torres, Joshua M.

- 2001 *Settlement Patterns and Political Geography of the Saladoid and Ostionoid Peoples of South Central Puerto Rico: An Exploration of Prehistoric Social Complexity at a Regional Level*. Tesis de Maestría, Department of Anthropology, University of Colorado, Denver.

Ulloa, Jorge

- 1999 Aproximación a la cerámica temprana del Caribe. *El Caribe Arqueológico* 3:28-42.

Valcárcel, Roberto

1999 Banes precolombino, jerarquía y sociedad. *El Caribe Arqueológico* 3:84-89.

Vega, Bernardo

1979 *Los metales y los aborígenes de la Hispaniola. Museo del Hombre Dominicano*, Santo Domingo.

1990 *Los cacicazgos de la Hispaniola. Fundación Cultural Dominicana*, Santo Domingo.

Veloz, Marcio

1977 *Medioambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo.

1983 Para una definición de la cultura taína. En *La cultura taína*, pp. 15-21. Comisión Nacional para la Celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, Madrid.

1991 *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.

1993 *La isla de Santo Domingo antes de Colón*. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.

Veloz, Marcio, y Carlos Angulo

1982 La aparición de un ídolo de tres puntas en la tradición Malambo (Colombia). *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* 10:15-20.

Veloz, Marcio, Elpidio Ortega y Ángel Caba

1981 *Los modos de vida mellacoides y sus posibles orígenes*. Editora Taller, Santo Domingo.

Veloz, Marcio, y Bernardo Vega

1982 The Antillean Preceramic: A New Approximation. *Journal of New World Archaeology* 5:33-44.

Walker, Jeffrey B.

1993 *Stone Collars, Elbow Stones, and Three-pointers, and the Nature of Taino Ritual and Myth*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Oregon, Eugene.

Watters, David R.

1999 Exotic Lithics Confirm Human Presence at Stranded Paleoshoreline on Barbuda, West Indies. *Current Research in the Pleistocene* 16:81-83.

Watters, David R., y Richard Scaglione

1994 Beads and Pendants from Trants, Montserrat: Implications for the Prehistoric Lapidary Industry of the Caribbean. *Annals of the Carnegie Museum* 63:215-237.

Wiley, Gordon

1971 *An Introduction to American Archaeology*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.

Wilson, Samuel M.

1990 *Hispaniola*. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.

- 1993 The Cultural Mosaic of the Indigenous Caribbean. *Proceedings of the British Academy* 81:37-66.
- 1997 *The Indigenous People of the Caribbean*. University of Florida Press, Gainesville.
- 2001a Cultural Pluralism and the Emergence of Complex Societies in the Greater Antilles. En *Actas del Octavo Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Gérard Richard, vol. 2, pp. 7-12. Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Guadeloupe.
- 2001b The Prehistory and Early History of the Caribbean. En *Biogeography of the West Indies: Patterns and Perspectives*, editado por Charles A. Woods y Florence E. Sergile, pp. 519-527. CRC Press, Boca Ratón.
- 2007 *The Archaeology of the Caribbean*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Wilson, Samuel E., Harry B. Iceland y Thomas R. Hester
- 1998 Preceramic Connections between Yucatán and the Caribbean. *Latin American Antiquity* 9:342-352.

IV

ARQUEOLOGÍA DE VENEZUELA: ÁREA EN (DE)CONSTRUCCIÓN

Rafael Gassón

Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas

El pasado es un inmenso pedregal que a muchos les gustaría recorrer como si de una autopista se tratara, mientras otros, pacientemente, van de piedra en piedra, y las levantan, porque necesitan saber qué hay debajo de ellas.

José Saramago, *El viaje del elefante*

INTRODUCCIÓN

ESTE ENSAYO PRETENDE OFRECER UNA SÍNTESIS INTRODUCTORIA DE ALGUNOS DE LOS PROBLEMAS fundamentales de la arqueología prehispánica de Venezuela, dentro del marco geográfico y cultural que por tradición y conveniencia continuamos llamando Área Intermedia (figura 1). No es este el lugar para recuentos históricos, resúmenes detallados de datos o visiones generales, que pueden consultarse en otras partes¹, y en consecuencia, se notará la ausencia de algunas áreas importantes, aunque poco estudiadas. Más bien hemos tratado de sintetizar los datos de las regiones que muestran líneas de trabajo más o menos largas y continuas, caracterizadas por estudios regionales y por la presencia de distintos investigadores/as, para exponer los planteamientos e hipótesis que guían la investigación en la actualidad.

Para comprender el lugar de las sociedades indígenas de Venezuela dentro de esta área cultural es necesario establecer algunas preguntas básicas: a) ¿a qué porción del territorio del Área Intermedia nos referimos?; b) ¿cuáles son sus características?; c) ¿cuál es el sustrato más antiguo de las comunidades aborígenes; existieron uno o varios desarrollos básicos?; d) ¿cuánta variación y complejidad podemos observar en los sistemas de asentamiento y subsistencia?; e) ¿las categorías evolucionistas generales, como

1 El lector puede consultar: Amodio (1998), Arroyo et ál. (1999), Crucent y Rouse (1958-1959, 1982), Gassón (2002), Kidder (1970), Marcano (1889-1890/1971), Meneses y Gordones (2001), Molina (1990), Navarrete (1995, 2004), Osgood y Howard (1943), Requena (1932), Rouse y Crucent (1963), Sanoja (1982), Sanoja y Vargas (1974, 1983, 1999a), Toledo (1999), Vargas (1990).

bandas, tribus y cacicazgos, representan de forma adecuada la gama de variaciones que podemos observar en el registro arqueológico?; (f) ¿qué herramientas podemos utilizar para describir las relaciones entre comunidades mas allá del nivel regional?; (g) ¿qué podemos decir acerca de las causas de la estabilidad o del cambio sociocultural?; y (h) ¿cuántos grupos lingüísticos parecen estar representados?

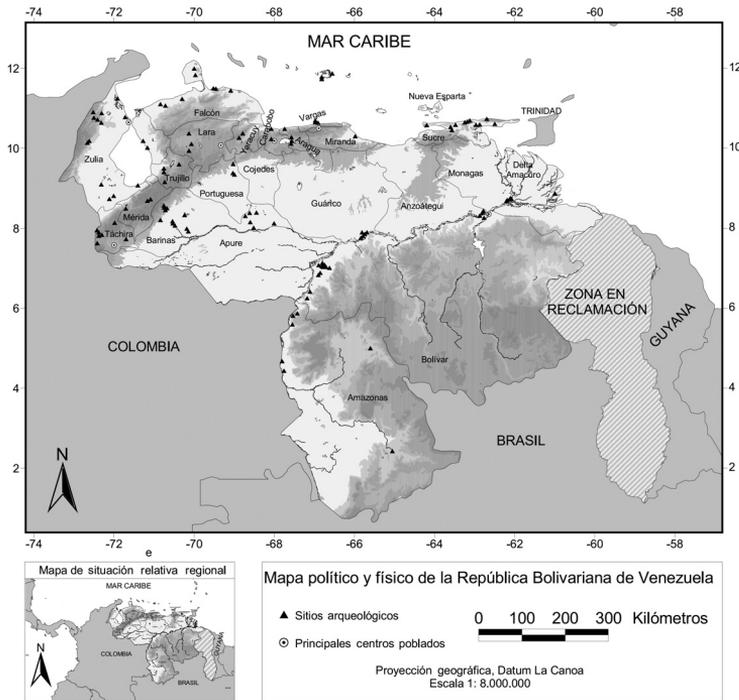


Figura 1. Mapa físico y político de la República Bolivariana de Venezuela.

La palabra *(de)construcción*, que utilizo en el título, no posee una connotación negativa o posmodernista *à la mode*; se refiere, simplemente, a que, contra la noción común, la arqueología venezolana no debe ser considerada para nada como una tarea terminada, aún en sus líneas más generales, sino que está en un proceso de crecimiento o, más propiamente, de *construcción*. También se refiere al intento de desmontar algo que se ha elaborado, pero no con miras a destruirlo, sino para comprobar cómo está hecho, cómo se ensamblan y se articulan sus piezas y cuáles son los estratos ocultos y las fuerzas no controladas que lo constituyen (Peretti 1998).

EL CONTEXTO GEOGRÁFICO

Existen varios aspectos del territorio venezolano que debemos considerar: su posición en el extremo norte de Suramérica, su extensión y su variabilidad ambiental. Venezuela es un país neotropical. En sus 916.445 km² de territorio emergido coinciden paisajes tan diversos como el macizo guayanés, los llanos, las cordilleras Andina y Central, el mar Caribe y la región deltaica, que desemboca en el océano Atlántico. A esto debemos agregar cerca de 900.000 km² de espacios geográficos marítimos, con numerosas dependencias federales (Venezuela, Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales - MARN 2000:40). Por su ubicación geográfica, Venezuela está bajo la influencia de la zona de convergencia intertropical, donde se encuentran los vientos alisios del noreste y del sureste, y como consecuencia el país presenta distintas situaciones climáticas: la precipitación puede variar desde menos de 400 mm anuales, en las zonas áridas y semiáridas de las regiones centrales y costeras, hasta más de 4.000 mm, hacia el sur. Las temperaturas medias diarias oscilan entre 28 °C en las tierras bajas, y menos de 0 °C en las cumbres de los páramos andinos. El resultado es un complejo mosaico de ecosistemas en el que se alternan sabanas con bosques deciduos y morichales; bosques montanos con selvas nubladas y páramos; desiertos con bosques secos, cardonales y bosques de manglar (Aguilera 1981).

Existen diversas formas de subdividir el territorio en regiones naturales, denominadas regiones biogeográficas o, simplemente, biorregiones (MARN 2000:44). Los arqueólogos, por su parte, han utilizado diversos criterios, entre ellos políticos, ambientales, culturales o históricos. Cada una de estas conceptualizaciones tiene ventajas, pero también problemas. A la postre, la mayoría sigue, grosso modo, las grandes divisiones biogeográficas impuestas tanto por el paisaje perceptual como por la historia regional. En atención a la brevedad, seguiremos aquí un esquema basado en una combinación de criterios perceptuales, geográficos e históricos, que solo tiene como intención agrupar los datos en grandes bloques arbitrarios, para facilitar la exposición de la información.

LA CUENCA DEL LAGO DE MARACAIBO

En la cuenca del lago de Maracaibo aún carecemos de evidencias claras sobre cazadores y recolectores paleoindios, con la posible excepción del complejo Manzanillo, ubicado sobre una antigua terraza fluvial de la formación El Milagro, en la ciudad de Maracaibo. Los artefactos, elaborados sobre madera fosilizada, carecen de contextos

estratigráficos y dataciones absolutas (Cruxent 1962). La presencia de un sustrato paleoindio en Rancho Peludo fue descartada (Núñez-Regueiro et ál. 1985:384).

Desde hace tiempo, la cuenca ha atraído la atención de los especialistas, debido a su ubicación estratégica dentro del Área Intermedia y la posible presencia de agricultores y ceramistas tempranos, asuntos que también han provocado discusiones y errores persistentes. Rouse y Cruxent presentaron dos alternativas para la introducción de la agricultura en Venezuela: una entrada temprana desde Colombia, por medio de los portadores de la cerámica Dabajuroide de Rancho Peludo, y una más tardía, por medio de los tocuyanoides del estado Lara. Rouse y Cruxent encontraron en Rancho Peludo evidencias de agricultores y ceramistas con una datación de 2860 ± 150 a. C. Por tanto, el sitio podría ser evidencia de la domesticación temprana de *Manihot esculenta* en el norte de Suramérica (1963:48-50).

En 1966, Gallagher culminó un estudio sobre el conchero de La Pitía, al noroeste de la cuenca. Su objetivo era poner a prueba las ideas de Willey sobre un horizonte antiguo de ceramistas y agricultores que se extendía por las costas del sur del Caribe, y que supuestamente dio origen a la serie Barrancoide; y, así mismo, las ideas de Cruxent y Rouse sobre la dicotomía cultural de Venezuela. Gallagher definió tres fases de desarrollo cultural. La primera, Kusu, es una ocupación arcaica, cuyos habitantes fueron ceramistas y pescadores durante la parte final del primer milenio a. C., que presenta relaciones con Puerto Hormiga, San Jacinto y Malambo, en Colombia. Hokomo (1000 a. C. a 1000 d. C.) representa la mayor y más larga ocupación. Sus miembros fueron recolectores de bivalvos marinos que vivieron en aldeas semipermanentes, y probablemente fueron agricultores incipientes. Tiene relaciones con la serie Tocuyanoide y con el Primer Horizonte Pintado de Colombia. La última fase, Siruma, entre 1000 d. C. y 1500 d. C., es una etapa de declinación, quizá debido a la deposición de sedimentos que convirtieron a la zona en un pantano e impidieron la práctica de la agricultura y la recolección de moluscos. Se relaciona, principalmente, con el estilo Hato Nuevo de la serie Dabajuroide. El sitio fue abandonado poco después de la colonización, cuando se introdujo el pastoreo de ganado que aún se practica entre los wayuus (Gallagher 1976:xii-xiv). Las conclusiones de Gallagher apoyaron, de forma general, las ideas de Willey sobre un horizonte agrícola y cerámico muy temprano en el Caribe (ver, sin embargo, Langebaek y Dever 2000:52), no obstante, sin poder decir mayor cosa sobre los orígenes de la serie Barrancoide. En segundo lugar, contra las ideas de Cruxent y Rouse, los modos policromos de Venezuela occidental parecían ser, de acuerdo a los conocimientos con que se contaba en ese tiempo, un desarrollo local que no provenía de Colombia (Gallagher 1976:202-208).

Como parte de un proyecto dedicado a establecer una cronología del occidente de Venezuela, Sanoja y Vargas definieron en la cuenca dos fases arqueológicas: Onia y Zancudo. La

primera se ubicó en las orillas del río homónimo, a 17 km de Santa Bárbara del Zulia. La subsistencia de sus habitantes se basó en el cultivo de la yuca, complementado por peces, tortugas y mamíferos terrestres. La poca profundidad de los depósitos sugiere una ocupación corta (Sanoja y Vargas 1967:67-68). La fase Zancudo, ubicada al sur del lago, estaba en una zona baja, selvática, cerca del río Capazón. Los sitios se encuentran en sectores altos, alejados del río. A diferencia de la fase Onia, se encontraron numerosas manos y metates, además de budares, lo que permitió inferir que hubo una economía mixta, de maíz y yuca. Hubo un mayor consumo de animales terrestres. Los estratos son más profundos e indican una ocupación más prolongada. Las seriaciones sugieren que las viviendas fueron desplazadas cada cierto tiempo, un uso que es consistente con la práctica de la agricultura de roza y quema (Sanoja 1969:91-104; Sanoja y Vargas 1967:67-68). Sanoja y Vargas definieron una tradición cerámica plástica basada en el modelado, el punteado y la incisión, que incluyó las fases Onia, Zancudo y Rancho Peludo, además de las fases Chiguará y San Gerónimo, en los Andes (1968:93).

El interés de Wagner por las tierras bajas tropicales del norte de Suramérica la llevó a plantear otro programa de largo plazo sobre la prehistoria y etnohistoria del occidente Venezolano. Como parte de este programa, se realizaron excavaciones en el yacimiento palafítico de Lagunillas (figura 2), que permitieron definir la fase homónima, ubicada entre 500 y 200 a. C. (Wagner 1980; Wagner y Tarble 1975). Esta mostró relaciones con el norte de Colombia, Ecuador, la Amazonia y el occidente de Venezuela, y rasgos locales, y motivó a la búsqueda de otros sitios relacionados. El examen de la cerámica de Las Tortolitas (municipio de Mara, estado Zulia) encontró similitudes con la de Lagunillas y con la de Malambo, en Colombia, y puso a prueba las características del patrón Andino Norteño Tropical (Wagner 1973), una combinación de rasgos del Área Intermedia y de las culturas de selva tropical del sur que incluyó a las tradiciones Tocuyanoide y Pitioide, a Lagunillas y a la región de Perijá. Este patrón se caracterizó por una cerámica diversificada; agricultura de maíz y yuca; prácticas de enterramiento en las que predominan las urnas; y figurinas y adornos biomorfos. Dicho patrón fue ubicado, originalmente, en las tierras calientes de Trujillo y Zulia, y se señaló que mostraba grandes influencias del Primer Horizonte Pintado del norte de Colombia (Reichel-Dolmatoff 1997:139). Excavaciones posteriores realizadas en Lagunillas, El Diluvio, San Martín, Caño Pescado y Berlín modificaron algunas de estas ideas (Arvelo y Wagner 1981:103-105; Wagner 1992:208).

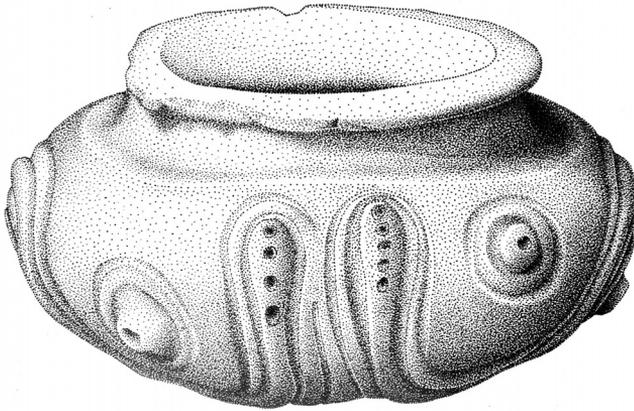


Figura 2. Bol cerámico de la fase Lagunillas, estado Zulia (ilustración de Carlos Quintero, archivo IVIC).

El estudio de Myers sobre las esferas de interacción “formativas” en el Área Intermedia intentó formular hipótesis sobre el origen y la dispersión de la fabricación de cerámica hacia Mesoamérica y los Andes, incluyendo a Venezuela, con Rancho Peludo. El autor estableció un conjunto de hipótesis que enfatizaban las comparaciones entre formas de vasijas, campos y diseños decorativos. Sin embargo, como se verá, sus conclusiones estaban minadas por los problemas de datación y las carencias en la información arqueológica disponible en la época (1978:220).

Arvelo y Wagner identificaron semejanzas en patrones de diseño, técnicas y campos decorativos entre la alfarería A de Las Tortolitas, la tradición Malambo (Colombia) y la cerámica Chicoide (República Dominicana), que no pueden ser explicadas simplemente a partir de migraciones, ya que existen diferencias cronológicas considerables. Como alternativa, plantearon la existencia de una esfera de interacción del noroeste de Suramérica, compuesta, en un primer momento, por Malambo y Las Tortolitas, y que luego se amplió para abarcar parte de las Antillas Mayores (1984:54-55).

Tartusi et ál. (1984:69-79) definieron tres tradiciones en el noroeste de Suramérica: Malamboide, Hornoide y Ranchoide. La Malamboide incluyó los sitios de Cuzi, El Campamento, Marichén, La Barra y Las Minas, y la alfarería A de Las Tortolitas. En Colombia está representada, por supuesto, por Malambo. Cronológicamente, se extiende desde 1100 a. C. hasta comienzos de la era cristiana. Se basó en el cultivo de la yuca amarga y la recolección de moluscos. La tradición Ranchoide está compuesta por tres

complejos: Puerto Estrella (500-700 d. C.), Rancho Peludo (700 a 1000-1100 d. C.) y Guasare (1000-1100 a 1350 d. C.). Esta tradición estuvo basada en la agricultura de maíz, la recolección de moluscos y la pesca. La tradición Hornoide incluye los períodos Loma y Horno, y los sitios Patilla, El Hatico y El Porvenir, en el área del río Cesar, en Colombia. En Venezuela incluye Las Tortolitas (alfarería B), el sitio Alto Grande y la fase Hokomo. Fue parcialmente contemporánea de los complejos Puerto Estrella y Rancho Peludo, de la tradición Ranchoide.

Los problemas cronológicos de Rancho Peludo fueron demostrados por Núñez-Regueiro et ál. (1985:384, 398-399), quienes mediante cincuenta dataciones radiocarbónicas y veinticinco de termoluminiscencia demostraron que las fechas obtenidas por Cruxent y Rouse estaban contaminadas por carbón inerte, que produjo un “envejecimiento” de los fechados de al menos 1.313 a 11.835 años. Este análisis permitió descartar a Rancho Peludo como uno de los sitios de ceramistas y agricultores más antiguos de América, con una fecha estimada de 2860 ± 150 a. C. Además, no encontraron pruebas concluyentes de la domesticación y cultivo de la yuca amarga. Sin embargo, esta datación errónea de Rancho Peludo continúa permeando la literatura especializada. Por ejemplo, Bruhns (1994:152) y Piperno y Pearsall (1998) mencionaron este sitio como una de las primeras evidencias de agricultores y ceramistas en el norte de Suramérica. Igualmente, Gnecco y Aceituno incluyeron a Rancho Peludo entre los sitios de recolectores y cazadores tempranos de la región (2004:154).

Arvelo realizó una síntesis de los estudios sobre la historia antigua de la cuenca del lago de Maracaibo para proponer un modelo de los movimientos poblacionales que tuvieron lugar desde y hacia esta zona durante un lapso de tres mil años, y que fueron la causa principal de la diversidad cultural existente en el registro arqueológico y etnohistórico. Mediante el estudio detallado de las tradiciones y estilos cerámicos regionales, se identificaron movimientos migratorios desde el norte de Colombia, el piedemonte colombo-venezolano y la cuenca del río Orinoco hacia el lago de Maracaibo, además de migraciones desde la cuenca hacia otras regiones. Se identificaron dos grandes oleadas migratorias. La primera, representada por las tradiciones cerámicas policromas Hokomo y Mirinday, se distribuyó por la zona árida del noreste. La segunda, representada por las tradiciones Malambo y Berlín, se ubicó en la región suroeste de la cuenca, más fértil y húmeda. Los datos lingüísticos señalan que los grupos arawak se distribuyeron en el área de las tradiciones Hokomo y Mirinday, en donde aún se encuentran los wayuus y añús. Aunque la relación entre la tradición Berlín y los grupos chibcha y caribe es débil, el sector por el cual se expandió esta tradición está actualmente habitado por los barís y los yucas, respectivamente. Por tanto, la cuenca fue un corredor natural, un área de confluencia cultural y una región para el desarrollo de tradiciones locales (Arvelo 1987, 1996:97).

En este mismo orden de ideas, Oliver propuso un modelo para explicar los orígenes y la expansión de los hablantes de lenguas arawaks en el norte de Suramérica. Según este autor, la expansión de los arawaks hacia el occidente venezolano y la región de Ranchería y La Guajira, en Colombia, está relacionada con la distribución de varias tradiciones polícromas, como la Tocuyanoide temprana, y las tardías Tierroide y Dabajuroide. De acuerdo con el conocido modelo de Lathrap, Oliver considera que el origen de la expansión arawak se encuentra en la región central del río Amazonas, en donde ocurrió la separación inicial del proto-arawak, hace unos cinco mil años (Lathrap 1970). La distribución de la llamada tradición Macroabajuroide se produjo desde el sur hacia el noroccidente de Venezuela, a través de los llanos occidentales. Las semejanzas entre las subtradiciones cerámicas Tierran y Dabajuran, de la tradición Dabajuroide, serían el producto de la diferenciación entre grupos caquetíos (arawaks), ocurrida en los llanos entre 100 y 500 d. C. (Oliver 1989:485).

Siguiendo el esquema de Tartusi et ál. (1984), Ardila exploró la Alta Guajira para ubicar sitios que le permitieran identificar y describir las relaciones existentes entre las tradiciones arqueológicas regionales y los grupos étnicos actuales. La dinámica generada por la llegada de dos diferentes corrientes migratorias de origen arawak a la península constituyó la base para los procesos de adscripción territorial, cambio cultural, asimilaciones y establecimiento de alianzas. Los datos indican un modelo de relaciones interétnicas basado en una estructura política de carácter segmentario y jerárquico, con diferentes niveles de articulación e integración, y una compleja red de alianzas e intercambios entre unidades sociales menores, características de los grupos arawaks. Según Ardila, la distribución geográfica de la tradición Hornoide indica una fuerte cohesión y una tendencia a la centralización política, con la probable emergencia de sistemas de tipo “gran hombre”, encargados de la coordinación de los actos rituales y de la toma de decisiones (1996:200-201; Tartusi et ál. 1984).

EL NOROESTE

La existencia de un sustrato “paleondio” (es decir, de cazadores especializados de megafauna) continúa siendo objeto de controversia. En el estado Falcón el trabajo de Cruxent y asociados en sitios como Cucuruchú, Muaco y, sobre todo, Taima-Taima, sugiere la cacería de grandes animales en emboscadas que tenían lugar en abrevaderos y zonas pantanosas. Las excavaciones de 1976 señalan a Taima-Taima (figura 3) como un sitio de matanza de mastodontes, con una antigüedad de trece mil años. Esto implica la existencia de una tradición de cazadores especializados independiente y más antigua que las tradiciones

norteamericanas, que ha sido objeto de numerosas discusiones basadas, sobre todo, en la validez de los fechamientos y en el contexto estratigráfico (Bryan 1979:111; Gruhn 1979:109-110). De hecho, la carencia de otros sitios con asociaciones claras no contribuye a sustentar de manera inequívoca estas afirmaciones. Por ejemplo, el estudio de los restos fósiles de un ejemplar de *Eremotherium elenense* encontrado cerca de Yay, Sanare (estado Lara), en supuesta asociación con un campamento-taller o sitio de matanza, que sugiere la coexistencia de cazadores antiguos con fauna pleistocénica (Sanoja y Morganti 1985:13), no resistió el análisis tafonómico. Linares indica que este tipo de asociaciones, basadas en un conocimiento inapropiado de la geología local y en el uso de analogías falsas, contribuye poco al conocimiento del modo de vida de los cazadores y recolectores antiguos (Linares 1990:32-33).



Figura 3. Cruxent en Taima-Taima, estado Falcón (foto: Thea Seagall, archivo IVIC).

No obstante, Cruxent planteó una antigüedad aún mayor para las primeras ocupaciones humanas en el estado Falcón. En el río Pedregal propuso una hipotética correlación entre la geomorfología local, formada por cuatro terrazas aluviales, y una secuencia

cultural formada por los complejos líticos El Camare, Las Lagunas, El Jobo y Las Casitas. Los artefactos del complejo El Camare representan un modo de vida basado en la cacería directa de grandes animales. El complejo Las Lagunas corresponde a un modo de vida transicional, con instrumentos como lanzas o azagayas adaptados a una fauna de menor tamaño y más escasa. El complejo El Jobo se caracterizó por la presencia de dardos y propulsores para la cacería individual a distancia. Finalmente, Las Casitas se caracterizó por puntas de flecha triangulares, que implican el uso del arco y la flecha para la cacería de animales pequeños. La cronología relativa podría abarcar desde un máximo de 24.000 a 18.000 años a. C. para los cazadores más tempranos, hasta unos 10.000 a. C. para los cazadores con puntas de proyectil (Cruxent 1977:31-36).

De acuerdo con el estudio del sitio de Monte Cano, realizado por Rodríguez y Morganti (1985), esta secuencia no es producto de diferencias culturales, sino del proceso de fabricación de artefactos. Pero Oliver y Alexander argumentan que las terrazas sí pueden ser correlacionadas y fechadas. Aunque el sitio cabecero El Camare no está ubicado en terrazas aluviales, Las Lagunas se encuentra sobre una terraza aluvial. Esta interpretación trae serios problemas, ya que las fechas asociadas al complejo El Jobo son de alrededor de 13000 AP, mientras que el estimado de la Terraza II sugiere fechas de más de 20000 AP. Además, hallazgos de artefactos “clovisoides” y “cola de pescado” en la península de Paraguaná parecen indicar una mayor diversidad de complejos paleoindios en esta región, mientras que en la tierra firme parecen predominar las industrias joboides (Oliver y Alexander 2003:224-226). Según Jaimes, durante la transición Pleistoceno-Holoceno los estados Falcón y Lara sirvieron de asiento a las tradiciones tecnomorfológicas Joboide, Lago Madden y/o El Inga-Fell 1. La falta de otros hallazgos estratigráficos joboides no permite ir más allá de documentar su presencia en el área. Las limitaciones crono-estratigráficas y los procesos de erosión eólica e hidráulica en el río Pedregal, en Monte Cano, Siraba, Cayude, Los Planes, La Hundición y en El Vano dificultan la interpretación de la cronología y las relaciones intra-sitio. En el caso de Los Tres Cruces, no existe evidencia de que haya existido deposición de sedimentos sobre los materiales. Por otro lado, los problemas planteados por las condiciones paleo-ambientales áridas y secas en Falcón y Lara pudieron haber sido solucionados por medio de una economía mixta, intermedia entre un modo de vida arcaico y un modo de vida de cazadores especializados (Jaimes 1999).

En la región Zulia-Lara-Falcón la evidencia más temprana de la transición de economías apropiadoras a productoras de alimentos se encuentra asociada a los portadores de la serie Tocuyanoide (600-500 a. C.), caracterizados por su gran dispersión geográfica y una economía de amplio espectro. Se han encontrado yacimientos de estos grupos desde el nororiente de Colombia hasta el noroccidente y centro de Venezuela en

ambientes costeros, valles intermontanos y en las montañas. Tradicionalmente, se ha sugerido que los tocuyanoides pudieron haber estado organizados en comunidades tribales. No obstante, Arvelo advierte que el estudio de los patrones de asentamiento y de la variabilidad estilística en la cerámica mostró la posible existencia de alternativas de organización social cuyo significado no podemos comprender, pero que indican que no deberíamos usar tipos sociales como “tribus” de manera acrítica (1999:72).

Según Oliver, entre 850 y 1200 d. C. los grupos agroalfareros dabajuroides dominaron el sector comprendido entre la costa de Yaracuy-Aroa y el río Borojó, en el estado Falcón. Hacia 1300 d. C. extendieron su dominio hasta la zona de Maticora-Cocuiza, y además establecieron asentamientos en la parte norte del lago de Maracaibo. Para principios del siglo XVI, los descendientes de los dabajuroides, conocidos como caquetíos, estaban organizados en un sistema jerárquico de jefaturas, con un líder central que tenía funciones políticas y religiosas. Este jefe supremo controlaba una serie de subunidades territoriales y políticas dirigidas por caciques menores. Los asentamientos no estaban concentrados ni nucleados, y carecían de estructuras defensivas. La unidad doméstica fue la maloca multifamiliar, que podía contener hasta cuarenta o cincuenta personas. Al parecer, no existió una jerarquía de asentamientos ni una organización militar efectiva, aunque se mencionan encuentros bélicos (Oliver 1989).

Se han obtenido informaciones sobre los caquetíos de las islas de Curazao y Aruba. Los asentamientos de la Edad Cerámica fueron comunidades locales autosuficientes, con un nivel relativamente simple de organización social. Sin embargo, al parecer, existieron rutas de comunicación (*roois*), que sugieren un nivel mayor de integración, pero no tan complejo como los mencionados para los cacicazgos de tierra firme (Haviser 1989:140; Versteeg y Rostain 1997).

Los caquetíos de Barquisimeto se concentraron en los valles de los ríos Turbio y Claro. En esta región, a diferencia de los sistemas jerárquicos y centralizados de la costa falconiana, encontramos una organización social que puede ser descrita como un sistema dual. Los jefes de paz basaban su poder en su generosidad y capacidad de negociación. En cambio, los jefes de guerra aparecían en situaciones de tensión política, cuando las alianzas entre aldeas eran críticas, y podían concentrar fuerzas muy considerables. A diferencia de los falconianos, los asentamientos sí estaban concentrados y nucleados. Eran también agricultores de tierras bajas, con sistemas de riego por acequias (Oliver 1989). Se han localizado posibles tanques para riego en la región de Sicarigua-Los Arangues, próxima a Quíbor (Molina y Monsalve 1985). Existió una especie de tierra de nadie o zona de amortiguamiento entre los caquetíos de Barquisimeto y los de Yaracuy. Estos últimos parecen haber sido más belicosos que sus vecinos larenses.

Arvelo y Wagner prospectaron partes del estado Yaracuy, las llanuras fluvio-marinas de Aroa-Yaracuy, porciones del macizo de Nirgua y el sector occidental de la sierra de Aroa. Para el período comprendido entre 1200 y 1400 d. C., esta región estuvo habitada por gentes relacionadas con el estilo San Pablo, y con las series Ocumaroide y Memoide. Los sitios de habitación correspondientes al estilo San Pablo fueron muy extensos (de 20 a 30 ha), lo que confirma las noticias históricas del siglo XVI. Es poco lo que se sabe sobre las organizaciones políticas del área. Al parecer, los caquetíos tenían sociedades jerarquizadas que podrían haber incluido más de un grupo étnico. Otros grupos con organizaciones complejas fueron los jirajaras del macizo de Nirgua. Según Arvelo y Wagner (1993:27), la relación entre los estilos policromos y los grupos arawaks no es definitiva. La variación estilística del Polícromo Tardío podría representar a más de un grupo étnico, y diferentes formas de organización social.

En el valle de Quíbor (en el estado Lara) Sanoja, Vargas y sus asociados propusieron la existencia de cacicazgos vinculados a la tradición Boulevard desde 600 d. C. hasta la época del contacto. Evidencia de esto es una posible jerarquía regional de asentamientos con sitios de habitación monticulares, grandes cementerios o “necrópolis” con tratamiento diferencial de los enterramientos (como los cementerios de Boulevard y La Pura y Limpia), y una extensa industria de artefactos de concha marina, que implicaba la obtención de materia prima en fuentes ubicadas a muchos kilómetros del valle, a través de redes comerciales, y la producción in situ por parte de posibles especialistas, lo que se infiere de la abundancia de los artefactos, la regularidad en los procesos de trabajo y la calidad de los artículos terminados. Los objetos (cuentas de collar, brazaletes, pendientes, pectorales, tapasexos, tapajos, etc.) eran destinados a los ajuares funerarios de los enterramientos. El intercambio ocurría, generalmente, entre grupos, no entre individuos, y era siempre de interés público (Vargas et ál. 1997:324-327). Además, la producción de estos objetos era de importancia capital, pues su consumo ritual en enterramientos mantenía abiertas las redes de intercambio, propiciaba la existencia de artesanos y permitía reproducir los componentes ideológicos y políticos del sistema (1997:326). En la región de Sicarigua-Los Arangues también se identificó la presencia de objetos de concha en ajuares funerarios de sitios asociados a la tradición Boulevard; así pues, es probable que los habitantes de esta región participaran en las mismas redes de intercambio (Gil 2003:142; Molina 2002:150). Según esta interpretación, los valles de Quíbor, El Tocuyo, Barquisimeto, etc. debieron haber sido la sede de una sociedad cacical bastante compleja, con cierto grado de especialización del trabajo y una probable división en linajes o jerarquías claramente establecidas (Gil 2003:178-184; Molina 2002; Sanoja y Vargas 1987; Toledo y Molina 1987; Vargas et ál. 1997).

El proyecto regional de Arvelo proporcionó una perspectiva diferente. El análisis de la cronología, de los patrones de asentamiento y subsistencia, de los estilos cerámicos asociados y de los enterramientos no pudo apoyar la existencia de cacicazgos jerárquicos en el valle de Quíbor durante la época prehispánica. No se encontró ninguna evidencia de jerarquía entre los asentamientos. La única tendencia hacia la nucleación en los sitios relacionados con la tradición San Pablo (equivalente a la Boulevard) parece estar relacionada con la producción especializada de sal. Los diferentes tratamientos dados a los enterramientos no estarían asociados a la jerarquía, sino más bien a la edad y a la posición estratigráfica de los difuntos. Se encontró una tendencia al aumento de la población, pero muy por debajo de la capacidad de carga del valle. La evidencia sobre subsistencia no apoyó ni negó una relación entre el cultivo del maíz y la complejización social. Los datos históricos del siglo XVI sugieren que los habitantes del valle se encontraban organizados en tribus. La producción especializada de sal por parte de los grupos asociados al estilo cerámico San Pablo podría mostrar cierta tendencia hacia la especialización y la complejización, pero para entenderla y evaluarla es necesaria una perspectiva territorial más amplia (Arvelo 1995:192).

Arvelo ha propuesto la existencia de un sistema sociopolítico regional descentralizado en el noroccidente de Venezuela durante la etapa final de la época prehispánica y los primeros años del período del contacto. Esta hipótesis surge como alternativa a la discusión acerca de si hubo o no sociedades cacicales en la región. Arvelo señala que tanto sociedades igualitarias como jerarquizadas convivieron en un mismo sistema de interdependencia regional durante el período comprendido entre 1000 y 1530 d. C., y sugiere, por tanto, que la presencia de organizaciones regionales no es un fenómeno exclusivo de las sociedades jerarquizadas (2003:15).

Desde una perspectiva opuesta, Salazar ha argumentado en favor de la gestación de una sociedad jerárquica de tipo estatal en la llamada Región Geohistórica Caquetía, que comprendía sectores de casi todo el occidente de Venezuela, los llanos, la cuenca del lago de Maracaibo y las Antillas Menores. Según este autor, la existencia de un proceso de centralización y fusión política y administrativa, un ejército eficiente y una economía diversificada permitieron que la organización sociopolítica cacical caquetía alcanzara, a finales del siglo XV, un alto grado de desarrollo. Su estructuración en confederación, a fin de lograr la unificación política, social y económica bajo una jefatura suprema, indica la tendencia hacia la formación de un estado primario (2003:211-217). Se deberá esperar el impacto y evaluación de ambas propuestas, no solo a través de la crítica teórica, sino también mediante el análisis de los indicadores arqueológicos apropiados.

LOS ANDES

Los antiguos cazadores y recolectores de la zona andina son muy poco conocidos. Se han reportado varias estaciones paleontológicas en el piedemonte de los estados Lara y Trujillo, pero no se han localizado verdaderos sitios de cazadores de megafauna, con la excepción de El Vano (estado Lara). En esa localidad Jaimes reporta lo que parece ser la orilla de una antigua laguna pleistocénica, en donde se encontraron tres fragmentos de puntas de proyectil y otros artefactos especializados, posiblemente asociados a huesos de megaterio (*Eremotherium rusconni*) y otras especies con marcas de corte paralelas y cruzadas, fracturas deprimidas y escalonadas, etc. Un fragmento de hueso fechado por AMS proporcionó una fecha de 10.710 ± 60 AP (Jaimes 1996:47; 1999:99-101; 2003).

Se han indicado evidencias de tipo arcaico o mesoindio para los Andes en Capacho y Lomas Bajas, en el estado Táchira. El sitio Capacho II es un conchero ubicado debajo de un depósito de material cerámico. En el complejo Lomas Bajas también se localizaron restos de moluscos, huesos de animales y raspadores. Estos últimos posiblemente fueron usados en la elaboración de puntas de madera para presas pequeñas y medianas. Es muy probable la presencia de bandas, provenientes del piedemonte oriental, de cazadores de animales pequeños; sin embargo, aún carecemos de contextos arqueológicos claros que sustenten estas proposiciones (Rouse y Cruixent 1963:47; Wagner 1993:273-274).

Wagner realizó un programa de excavaciones que proporcionó una serie de datos e hipótesis sobre el ordenamiento y uso del espacio, que a su vez ha servido de base a la mayoría de las investigaciones posteriores. Se definieron tres patrones culturales que corresponden a los principales pisos ecológicos de los Andes venezolanos. El Andino corresponde a la tierra fría, ubicada por sobre los 2.000 m. Se caracterizó por el uso de arquitectura de piedra (casas, muros, estructuras agrícolas y pozos de cámara o mintonyes), adoratorios en cuevas y abrigos, enterramientos con ofrendas votivas y el cultivo de tubérculos altoandinos. La alfarería se caracterizó por la presencia de formas simples y decoración sencilla (Wagner 1967:7; 1978:86; 1980:5-6). Otro elemento importante es la fabricación y uso de pectorales líticos. En Mocao Alto, en Mucuchíes, Wagner ubicó un taller de placas líticas elaboradas en serpentinita y esteatita. Es notable que el sitio, además de ser la aldea y taller donde vivieron y trabajaron los artesanos, fue también su cementerio, ya que se encontraron dieciocho enterramientos humanos con pulidores, afiladores, fragmentos de materia prima y placas en todas las etapas de elaboración, en calidad de ofrendas votivas (figura 4). Niño ha localizado otros talleres similares en sitios como El Bolo, en la cuenca alta del río Chama. Se ubican cronológicamente, entre 1000 y 1500 d. C. (Niño 1990:39; Wagner 1967:7; 1973:207; 1978:86; 1980:5-6; Wagner y

Schubert 1972:888). Perera ha propuesto que las placas líticas son un elemento cultural cuyo origen debería ubicarse en las tierras bajas de Lara y el área del piedemonte oriental (1979:121).



Figura 4. El Mocoa Alto, estado Mérida (cortesía de Erika Wagner).

El patrón Subandino corresponde a la tierra templada, por debajo de los 2.000 m, y se caracteriza por la ausencia de construcciones de piedra, por los entierros simples y la presencia de una cerámica mucho más elaborada, relacionada con las series Tierroide y Dabajuroide y varios otros estilos del Área Intermedia. El maíz fue el principal cultivo. En términos cronológicos, se ubica igualmente entre 1000 y 1500 d. C. El patrón Andino Norteño Tropical corresponde a la tierra caliente de los llanos de Monay, en Táchira, y a las tierras bajas del sur del lago de Maracaibo, y se caracterizó por una agricultura de maíz y, posiblemente, de yuca, enterramientos en urnas, cerámica compleja y diversificada, figurinas antropomorfas y adornos. Como se indicó mas arriba, sus principales nexos culturales son con la Pitía, la serie Tocuyanoide y Santa Ana, en Trujillo. Es un poco anterior, y se ubica entre 300 y 1000 d. C. (Wagner 1978:83-85). Según Vargas (1986:23-25), las diferencias entre estos patrones no se deben a factores ecológicos, sino a la existencia de diferentes modos de trabajo dentro de un mismo modo de vida, que mostraba un alto grado de integración económica, política e ideológica.

En relación con los productores de alimentos, Núñez-Regueiro y Wagner han destacado la importancia del piedemonte oriental como un área cultural definida, caracterizada por la existencia de un modo de vida sedentario semicultor, en una zona geológicamente estable y ecológicamente muy diversificada, lo cual permitió que surgiera una economía eficiente sin necesidad de recurrir a técnicas de mejoramiento del suelo o de control del agua, como sucedió en los Andes o en los llanos. Entre 900 y 1200 d. C. se produjo un aumento notable de la población, una estratificación de la organización política y la aparición de una ideología compartida, evidenciada en símbolos como las placas líticas, los objetos de concha y los enterramientos en urnas o con objetos votivos. Evidencias de este desarrollo social, político e ideológico pueden ser observadas desde el piedemonte de los estados Lara y Barinas hasta regiones tan distantes como la de la cultura Santa María, en el noroeste argentino (Núñez-Regueiro y Wagner 1984:19; Wagner 1992:209-210).

En el piedemonte, Spencer y Redmond localizaron yacimientos ubicados, principalmente, en los valles de los ríos Canaguá y Curbatí. El patrón de asentamiento y la organización política de estas comunidades (complejos Curbatí Temprano y Tardío) muestran un menor grado de centralización, en comparación con sus vecinos llaneros. Existen diferencias entre los asentamientos de ambos valles. La población del valle del Curbatí fue más numerosa que la del Canaguá. Además, en Curbatí se localizaron seis estaciones de petroglifos, mientras que no se localizó ninguna en Canaguá. Muchos petroglifos son representaciones de placas aladas y otros artefactos. Estos motivos han sido interpretados como señaladores de rutas de intercambio de bienes destinados al consumo por parte de las sociedades complejas de las llanuras y los Andes, y se ha concluido que los habitantes del valle del río Curbatí pudieron haber jugado un papel importante como intermediarios en el comercio regional (Spencer 1991:159-160). Los petroglifos del complejo Curbatí son los únicos que se han podido analizar en su contexto arqueológico, en la zona piemontana (Redmond y Spencer 1990:13; Valencia y Sujo Volsky 1987:234).

Otros objetos utilizados con fines políticos y/o ceremoniales fueron los adornos de oro. Se han reportado algunos raros hallazgos de objetos hechos de aleaciones de oro y otros metales, provenientes de yacimientos próximos al piedemonte, como La Era Nueva (Lechtman 1972:473; Wagner 1979:212). Estos objetos fueron obtenidos, posiblemente, a través de las redes de intercambio con Colombia. No obstante, Langebaek contempla la interesante posibilidad de una tradición orfebre venezolana a partir de la explotación de yacimientos propios y del intercambio de oro con el norte y con los llanos orientales de Colombia (1989-1990:203).

Durán ha localizado nuevos yacimientos en el piedemonte oriental del estado Táchira. Los sitios El Palmar y San Miguel se encuentran en la región que colinda con los estados Barinas y Apure. El Palmar parece ser un sitio de habitación y enterramiento, mientras que San Miguel es un sitio de habitación, con poca densidad de material (Durán 1986:10; 1988:20). La cerámica posee relaciones con las tradiciones Hokomo, Mirinday, Osoide y Lagunillas (Durán 1986:8-10; 1988:20). Su cronología tardía tiende a apoyar la idea de que la difusión de estas tradiciones ocurrió en sentido norte-sur, y favorece así la posición de Arvelo sobre la importancia del piedemonte y los llanos altos para la difusión de los estilos policromos tempranos del occidente de Venezuela, mientras que contradice la predicción de Oliver sobre la aparición de sitios con alfarería policroma temprana hacia el sur del área (Arvelo 1987:59; Oliver 1990:115). No obstante, las fechas del estado Táchira, en especial las del sitio San Miguel, deberán ser confirmadas para ser integradas debidamente en la cronología regional (Durán 1986:11; 1988:22-23; Wagner 1993:tablas 8-1, 8-2).

El ordenamiento y el uso del espacio se caracterizaron por un esfuerzo importante para recuperar y consolidar terrenos aptos para la agricultura y para almacenar y distribuir agua, ya que la zona presenta superficies escarpadas y un clima frío y seco durante buena parte del año. Existe abundante evidencia sobre terrazas de cultivo, las cuales se encuentran distribuidas a lo largo de la cordillera, desde Aricagua y Acequias, en el suroeste, hasta Jajó y Tuñame, en el noreste (Donkin 1979:84). En Mucuchíes, Wagner observó numerosas estructuras, como muros y terrazas, y obtuvo piedras y manos de moler y restos de plantas, principalmente maíz (*Zea mays*) de la variedad colombo-venezolana Pollo. No se han encontrado restos de tubérculos altoandinos (*Solanum tuberosum*, *Ullucus tuberosus*, *Oxalis tuberosa*), pero es posible inferir su uso a partir de las informaciones históricas, los nombres indígenas locales y su importancia en la dieta campesina (Wagner 1980:23). Puig ha avanzado en el estudio y descripción de terrazas agrícolas a través de fotos aéreas y trabajo de campo, en las cuencas de los ríos Chama, Nuestra Señora y la Vizcaína. En la cuenca alta del río Chama identificó un área de 60 ha formada por una serie de sesenta escalones construidos en forma regular en piedra seca, con superficies de siembra de 1,50 a 2,00 m, y asociados con construcciones que podrían indicar una labor sistemática de siembra y cosecha (Puig 1996:102-103).

Conocemos muy poco sobre la organización de las aldeas y unidades domésticas. Una aldea típica del patrón Andino fue descrita por Vargas en el sitio San Gerónimo, la cual fue fechada hacia 1140 d. C. Se describió una estructura de planta rectangular, con silos subterráneos (*mintoyes*) asociados, y se ubicaron posibles restos de otras dos viviendas

(Vargas 1969:123; Sanoja y Vargas 1999a:66). En Colinas de Queniquea, en la cuenca alta del río Uribante, estado Táchira, Durán ubicó al menos treinta terrazas de forma ovalada y consolidadas con bases y terrazas de piedra. Estas últimas se diseñaron siguiendo el declive natural del terreno, y entre ellas se observan caminerías de piedra. La cerámica es muy compleja y muestra relaciones generales con las series policromas del occidente de Venezuela (Durán 1993:42-46). Conocemos aún menos sobre los patrones de asentamiento a nivel regional. Podría sugerirse que el patrón extremadamente disperso de muchos de los asentamientos andinos podría limitar el control territorial esencial para sociedades jerárquicas (si las hubo), lo que tal vez hizo necesarias otras estrategias de centralización, tales como centros religiosos y mercados o ferias periódicas.

Existe una multitud de indicios sobre la presencia de jerarquías y desigualdades en las organizaciones sociales andinas. Sin embargo, debido a la ausencia de estudios regionales que indiquen cuáles eran el alcance y las consecuencias de estas diferencias, las opiniones al respecto son muy contradictorias. Por ejemplo, Sanoja y Vargas (1999b:217) indican que para el momento del contacto no hay noticias de caciques con gran poder político o regional, aunque sí hay indicadores de jerarquías de carácter religioso, quizá con corporaciones o grupos de sacerdotes (mohanes) organizados regionalmente. También se mencionan individuos destacados por su riqueza, mas no por su poder político. Aguado (1987:II:474) indicó que

[...] entre ellos no hay principales y si se tiene algún respeto o veneración es a algún pariente que tiene muchos hijos e hijas y posee más labranzas y bienes temporales que los demás, y que por esta razón vive o ha vivido tiránicamente, y que por vía de tiranía se hace respetar y acatar, mas no para que por esta causa pueda castigar civil ni criminalmente ni entrometerse en otras diferencias populares ni particulares, porque en esto tienen su antigua costumbre convertida en ley inviolable y que se guarda enteramente.

La evidencia arqueológica para el estado Táchira durante los siglos X al XII parece apoyar los datos históricos; existen indicios de diferenciación social y de riqueza entre individuos y familias, pero no se han encontrado datos sobre cacicazgos claramente definidos (Durán 1998:289).

Un análisis comparativo entre los Andes de Colombia y de Venezuela les permitió a Lleras y Langebaek apoyar la presencia de pequeñas “parcialidades” o cacicazgos en los Andes venezolanos. Las evidencias expuestas parecen desmentir la idea según la cual la construcción de obras imperecederas de infraestructura agrícola, como las que se han encontrado en Mérida, se pueden asociar a un desarrollo sociopolítico superior al de grupos que, como los muisca, nos han dejado un cuadro más bien pobre de su

cultura material (Lleras y Langebaek 1987:264). Por su parte, Meneses propone la existencia de una sociedad jerarquizada en la cuenca alta del río Chama. Los poblados integrados en esta unidad tenían características particulares, pero estaban, supuestamente, unidos por una organización social que les permitía complementarse en términos económicos. Pero este autor también señala que las sociedades cacicales no eran propias de toda la cordillera y que las sociedades complejas del área no estaban caracterizadas por una sola forma de organización social y económica (Meneses 1999:242-243).

EL LAGO DE VALENCIA Y SU ÁREA DE INFLUENCIA

En la cuenca del lago de Valencia y los valles de Aragua y Caracas, y en los valles y costas orientales del estado Miranda, algunos hallazgos, muy escasos, indican la presencia de posibles cazadores y recolectores, reminiscentes del complejo El Jobo (Cruxent y Rouse 1958-1959). Hacia 6000 AP, en las costas al oeste de la cuenca aparecen concheros precerámicos como Cerro Iguanas e Indio Libre, indicadores de un modo de vida arcaico basado en la explotación de moluscos marinos, la caza, la pesca y la recolección de plantas. Cerca de la ciudad de Valencia, Cruxent identificó el complejo Michelena, compuesto por hachas, manos y piedras de moler, que podría representar una ocupación temprana de forrajeros y agricultores incipientes del interior. Luego, entre comienzos de la era cristiana y 900 d. C., aparecen grupos asociados con la serie Tocuyanoide en la costa central, y con la serie Barrancoide en la cuenca del lago. Sitios como El Palito, Aserradero y Trompis se caracterizaron por el cultivo de la yuca, posibles viviendas palafíticas y cerámica asociada a la tradición Barrancoide (Sanoja, 1979). En El Palito se identificó la serie Ocumaroide, cuyos portadores posiblemente estaban adaptados a la explotación de recursos marinos y de tierra firme. Es poco lo que se sabe de los orígenes, cronología, características y filiaciones culturales de esta serie, que comparte, en líneas muy generales, elementos de la serie Dabajuroide, del occidente, y de la Saladoide, del oriente de Venezuela (Rouse y Cruxent 1963:104).

Entre 700 y 800 d. C. aparecieron los primeros indicios de una población distinta, asociada a las series Arauquinoide y Valloide del Orinoco Medio. Aquella población fue relacionada con la serie o tradición Valencioide, y se caracterizó por el sedentarismo, la construcción de montículos, el posible cultivo de maíz en las riberas inundables del lago, la deformación craneana y entierros en urnas, y además por una alfarería y adornos que indican un nivel de complejidad social que aún no podemos identificar. La abundancia, tamaño, diversidad y distribución de los sitios asociados a la serie Valencioide sugieren una población considerable, y quizá la integración de otros grupos. Los

asentamientos en la cuenca propiamente dicha parecían concentrarse en dos áreas: un grupo se encontraba en la orilla occidental del lago, mientras que el otro se ubicaba en la parte oriental, lo que quizá indique un sistema político dual (Oliver et ál. 1998:11).

Vargas no duda en identificar la presencia de uno o varios cacicazgos prehispánicos en la región entre 1200 y 1300 d. C. Estos se hallaban bien asentados en la zona central que ocupaba el territorio de los estados Aragua, Miranda, Carabobo, parte de Yaracuy, Distrito Federal y las islas cercanas, y mantenían contactos, mediante redes de intercambio, con otras sociedades complejas, como las de la región de Quíbor, en Lara (Molina 1985:55-56). Según Vargas (1990:231-232), existió una jerarquía de asentamientos compuesta por aldeas centrales y aldeas periféricas. No obstante, para Antczak (1999), —aunque muchos arqueólogos afirmen la presencia de un “cacicazgo” valenciode entre 900 y 1500 d. C., y asuman la continuidad histórica entre este y los indios caracas—, no tenemos evidencia para apoyar estas hipótesis.

A fin de obtener una perspectiva diacrónica del sistema de asentamientos prehispánicos en las dependencias federales, Antczak y Antczak prospectaron 55 islas y 47 sitios para establecer la intensidad ocupacional relativa de los asentamientos y sus funciones dentro del sistema. La ocupación humana de los grupos insulares pudo comenzar hace unos 4.000 años, y se evidencia en un posible sitio manicuaroides en la Isla de La Blanquilla, en donde se encontró, además, cerámica Saladoide que podría ser de alrededor de 500 d. C. Otras islas fueron visitadas más tarde por poblaciones ocumaroideas, dabajuroideas y valencioides. En los yacimientos que estaban localizados en las áreas de mayor concentración de recursos altamente productivos y predecibles, como los botutos (*Strombus gigas*) y las tortugas (*Chelonia midas*, *Eretmochelys imbricata*, *Caretta caretta*, *Dermochelys coriacea* y *Lepidochelys olivacea*), se encontraron contextos arqueológicos más complejos, incluida una proporción considerable de objetos ceremoniales, como en el caso del archipiélago de los Roques (Antczak y Antczak 1991, 1993).

En la isla Dos Mosquises se encontraron más de trescientas figurinas prehispánicas, que representan, en su mayoría, mujeres (figura 5). La ausencia de artefactos relacionados con actividades femeninas permite suponer que las mujeres no viajaban a las islas. Es posible que las figurinas femeninas actuaran como una forma de magia protectora, ya que para muchas sociedades las mujeres están más cerca de la naturaleza que los hombres. Estas imágenes, posiblemente, funcionaron como representaciones icónicas de las mujeres del grupo, en rituales en los que se pedía permiso o se aplacaba la ira de los “dueños” o “maestros protectores” de los animales capturados. Así, las figurinas sustitúan metafóricamente a las mujeres, ausentes en las islas (Mackowiak de Antczak 2000; Antczak y Antczak 2006).



Figura 5. Figurina femenina sentada. Isla Dos Mosquises, archipiélago de Los Roques (cortesía M. Antzac y A. Antzac).

Se determinaron dos períodos de ocupación valencioide: uno temprano, documentado por fechas de Cayo Sal (1200 d. C.) y de Dos Mosquises (1270 \pm 80 d. C.), y otro tardío, documentado por fechas de Dos Mosquises (1430 d. C. y 1480 \pm 80 d. C.). La disponibilidad de buenos puertos y aguas someras con praderas de *Thalassia*, en donde abundaban los botutos y las tortugas, condicionaron la distribución de los asentamientos. Se distinguieron tres clases: temporales de corta duración, temporales de mediana duración y temporales de prolongada duración o semi-permanentes, probablemente asociados a actividades rituales (Antczak y Antczak 1991:355). Los campamentos valencioides dejaron de funcionar en los primeros años de la Conquista. A finales de la época prehispánica, mientras en otras islas se explotaba una gama generalizada de recursos, destinados sobre todo al consumo in situ, en Los Roques la explotación de recursos fue,

posiblemente, realizada por grupos de trabajo especializados en obtener excedentes para ser consumidos en el continente (Antczak y Antczak 1991; 1993:53). No obstante, la explotación de las islas no se limitó a bienes de subsistencia, sino que incluyó otras clases de objetos, como perlas, caparazones de tortugas, dientes de tiburón, púas de raya, picos de peces aguja y conchas marinas, que fueron muy codiciadas por los aborígenes continentales. Entonces, la obtención de proteínas no fue el único motivo de los viajes a las islas, y otras razones más complejas, económicas, políticas e ideológicas, también deben ser tomadas en cuenta (1991; 1993:72).

Los resultados del análisis contextual realizado por Antczak de especies autóctonas de mamíferos y de artefactos para propósitos especiales, indican la presencia en las islas de miembros prominentes de la sociedad valencioide (jefes, chamanes y/o guerreros). Se destaca también el carácter ceremonial del sitio de Dos Mosquises, que probablemente sirvió para controlar las actividades realizadas en las islas vecinas. Desde una perspectiva macrorregional, el análisis cuestiona la noción de un proceso de evolución unilineal en la unidad o unidades políticas valencioides. La visión previa de un proceso simplista sobre este “cacicazgo” es sustituida por una perspectiva basada en cambios recurrentes, de corto y mediano plazo, en la naturaleza e intensidad de las interacciones regionales entre diversas unidades políticas, que posiblemente variaron entre organizaciones de tipo “gran hombre” a cacicazgos liderados por jefes supremos. Estas interacciones se basaron en un proceso cambiante de negociaciones multilaterales de poder a través del comercio, empresas conjuntas de explotación de recursos, intercambios matrimoniales, ceremonias y períodos de guerra y paz (Antczak 1999).

Entre 1100 y 1200 d. C., cerámicas asociadas a la serie Valencioide comenzaron a dispersarse fuera del área de la cuenca. Al noroeste se han encontrado en pueblos, bahías y cuencas costeras; al este, en el litoral central, Los Roques, el valle de Caracas y en los altos mirandinos de la cordillera Central (Antczak 1999:54-55; Gómez 1995; Herrera 2004). Estos sitios pueden haber participado de una “esfera de interacción” valencioide entre los habitantes de la cuenca y sus vecinos de las montañas, costas e islas. La articulación entre los miembros de esta unidad podría haber sido de carácter asimétrico o de centro-periferia, entre poblaciones igualitarias y centralizadas. No obstante, para Antczak esto permanece como una especulación (sic), ya que la misma unidad podría establecerse a partir de procesos de complementariedad y asistencia mutua. Este autor se inclina por la segunda hipótesis, aunque, como se explicó más arriba, aún carecemos de evidencias concluyentes, sobre todo de excavaciones en tierra firme. Mientras contemos con estos datos, ninguna de estas hipótesis podrá ser probada o refutada (Antczak 1999:300).

No obstante, según Herrera, el uso de la noción de centro-periferia, de cierta manera, reconoce una diferencia jerárquica entre el centro dominante y la periferia dominada. Dado que se han recuperado materiales locales en bahías costeras como Patanemo, junto a materiales provenientes de la cuenca del lago de Valencia, y puesto que ello podría implicar el uso de mano de obra local y no simplemente expediciones directas desde la cuenca, este autor contempla la posibilidad de redefinir el concepto de esfera de interacción en términos de lo que Chase-Dunn y Hall llaman “centro/periferia diferenciación” (1991:19). Este concepto implica a sociedades con diferentes niveles de complejidad y densidad de población, concuerda con el modelo propuesto por Antczak y supone el reconocimiento de cierto nivel de complejidad social en la cuenca del lago de Valencia (Antczak 1999; Herrera 2005; Vargas 1990).

A una escala aún mayor, el archipiélago de las Aves de Barlovento pudo haber sido el límite oriental de las influencias culturales de las islas de Aruba, Curazao y Bonaire, y de la costa falconiana y la frontera occidental para los grupos valencioides de la costa central que ocupaban el archipiélago de los Roques y La Orchila. Aunque hay presencia de cerámica Dabajuroide, esta puede ser el resultado de intercambios en el continente. Por otra parte, no se han encontrado evidencias de incursiones valencioides hacia los archipiélagos occidentales. De esto se infiere la existencia de cierta territorialidad típica de pescadores y recolectores que compiten por recursos abundantes y predecibles. Por tanto, debió existir una especie de frontera entre las poblaciones valencioides y dabajuroides que no participaron en la misma esfera de interacción (Antczak y Antczak 1993:73-74).

Como mencioné anteriormente, no se encontraron evidencias de continuidad cultural entre los valencioides insulares y los caribes de las fuentes históricas, y esta ausencia plantea un problema intrigante. Las sociedades caribes comparten principios estructurales, como economías mixtas sin acumulación de excedentes, aldeas autónomas con jefes no autoritarios y alianzas coyunturales, organización social con base en la familia extendida, división sexual y poco especializada del trabajo, y redes de intercambio generalizado (Morales y Arvelo-Jiménez 1981).

Nieves realizó investigaciones arqueológicas y etnohistóricas en los valles y la costa centro-oriental del estado Miranda. Según la autora, la fase Cúpira podría corresponder a los indígenas tomuzas, de filiación caribe. Aunque la cultura material comparte atributos generales con la serie Valencioide, los datos indican una organización social horizontal y una economía mixta de agricultura de roza y quema, complementada con caza, pesca y recolección. Se observó la presencia de dos posibles tipos de asentamientos: uno semisedentario (sitio Chupaquire), y otro más trashumante, localizado en el

área de Cúpira. Los cronistas refieren numerosos casos de alianzas entre los caribes, por la necesidad de resistir a la dominación española (Nieves 1992:168-171).

Biord realizó una crítica de las imágenes históricas de los aborígenes caribes de la región centro-norte de Venezuela, entre 1550 y 1625. Existen contradicciones importantes entre las fuentes documentales primarias y secundarias. Las primarias ofrecen una visión de las sociedades indígenas como políticamente descentralizadas y desprovistas de jefes visibles o permanentes. Como predice el modelo de Morales y Arvelo-Jiménez, posiblemente hubo dos formas distintas de organización política, una descentralizada, habitual, y otra centralizada, ocasional, que se activaba de acuerdo a circunstancias extraordinarias. Las aldeas se hallaban dispersas, pero unidas por diversos vínculos sociales que no implicaban federaciones o sistemas regionales. Sin embargo, podían aliarse ante amenazas externas, bajo jefes que actuaban como líderes militares asesorados por otros en calidad de consejeros o ayudantes. Pero dichos liderazgos no eran permanentes ni hereditarios. No obstante, este modo centralizado debió haber sido más reconocible para los europeos, pues se acomodaba mejor a sus referentes culturales, y es el que aparece en las fuentes secundarias. Con todo, la dinámica política caribe de centralización-descentralización, y sus jefes con mecanismos distintos de poder y autoridad, confundieron las descripciones de los conquistadores; de allí el carácter “evanescente” de estas figuras de autoridad, que aparecen y desaparecen de las fuentes históricas (Biord 2005:175-178)

LOS LLANOS

De momento, disponemos solo de datos etnohistóricos para documentar la presencia de grupos cazadores, recolectores y pescadores. En cambio, tenemos abundantes datos para las sociedades agricultoras. Las investigaciones modernas comenzaron en 1958, cuando Cruxent y Rouse definieron la primera secuencia para Barinas, compuesta por los estilos Agua Blanca y Caño del Oso. Las investigaciones de Zucchi han permitido ampliar significativamente esta propuesta inicial. Las excavaciones en La Betania (Zucchi 1967) permitieron definir la serie Osoide, compuesta por los complejos Caño del Oso (1000 a. C.-500 d. C.) y La Betania (500 d. C.-1200 d. C.).

El complejo Caño del Oso apareció a principios del primer milenio a. C. en los llanos altos del estado Barinas. El complejo tiene tres fases de desarrollo y presenta alfarería elaborada, decorada con pintura monocroma y/o policroma, y una subsistencia basada en el cultivo del maíz, en la caza y en la pesca (Zucchi 1968:135). Entre 230 a. C. y 500 d. C. la población osoide se expande hacia el norte (estado Portuguesa) y aparecen las primeras evidencias de contactos entre los osoides y otros grupos, tales como los tocuyanoideos

y los representantes de la fase Corozal I del Orinoco Medio (Roosevelt 1980:196). La presencia de pintura polícroma en Caño del Oso es importante, ya que Coe sugirió la existencia de un *sloping horizon* para la pintura polícroma, que se extendió desde el occidente de Venezuela hacia Centroamérica y Mesoamérica. La fecha más temprana en Caño del Oso ubica el complejo hacia 920 a. C., lo que sustenta la hipótesis de Coe. Sin embargo, aún no está claro cómo y a partir de dónde se difundió la pintura polícroma, si es que esta fue la forma en que apareció en estas áreas (Coe 1962:177; Zucchi 1972a:442).

El complejo La Betania fue producto de cambios importantes en las prácticas agrícolas, el patrón de asentamiento y la alfarería de la población osoide. Aunque es patente la continuidad histórica y cultural entre estos complejos, La Betania debe considerarse como “híbrido”, producto de la fusión del complejo Caño del Oso con uno intrusivo en la zona (Zucchi 1972a:111). Los cambios más notables fueron la introducción de la yuca, la aparición de construcciones artificiales de tierra y nuevas formas y elementos en la alfarería, tales como budares, vasijas globulares, múltipodas y técnicas como el modelado y el aplicado (Zucchi 1968:135). Excavaciones en Hato de La Calzada (Barinas) establecieron el carácter artificial de los montículos, su estructura original, sus técnicas de construcción y dataciones para sus etapas de construcción (Zucchi 1972b). Los cambios observados en el complejo La Betania han sido interpretados como el resultado de la intensificación de la interacción entre los llanos y la fase Corozal II del Orinoco Medio. Debido a lo anterior, probablemente, se introdujo en el Orinoco la raza de maíz Pollo, la misma usada por los osoides. Además, en la cerámica de Corozal se observan rasgos, como la pintura polícroma, que pueden provenir de los llanos occidentales (Rouse 1978:207). Hacia la parte final de esta etapa, es decir, durante Corozal III, se introdujo el maíz *chandelle*, junto a todos los rasgos estilísticos que tipifican la serie Arauquinoide (Zucchi 1985).

Otro aporte importante fue la identificación de sistemas de campos agrícolas para la producción intensiva de alimentos. Un sistema de campos elevados, de unos 15,5 km², estuvo en uso, probablemente, entre 1200 y 1400 d. C. en la región de Caño Ventosidad, Barinas. Zucchi y Denevan conciben el desarrollo de esta tecnología como consecuencia de la variabilidad ecológica, las condiciones extremas de los llanos bajos y la presión poblacional de grupos procedentes del Orinoco, como los arauquinoideos, cedeñoideos y los de Caño Caroní (Denevan y Zucchi 1978:244; Zucchi 1985; Zucchi y Denevan 1979:72). Roosevelt sugirió que el desarrollo de sociedades complejas en las sabanas de Venezuela fue una respuesta a los problemas generados por una población creciente gracias a la introducción del maíz, que puede haber creado la necesidad de

la intensificación de la agricultura y la aparición de cacicazgos (1980). Zucchi propuso, después, que la agricultura intensiva fue una estrategia menor, de distribución e importancia limitadas, ya que las poblaciones locales pudieron haber usado los rasgos naturales de la topografía de las sabanas para cultivar (Zucchi 1984:315).

Los llanos altos de Portuguesa parecen haber sido un área de confluencia, comercio e interacción cultural, con presencia de comunidades multiétnicas y estilos “híbridos” entre 1000 y 1500 d. C. Los datos del área de Turén parecen confirmar esta propuesta. Allí se identificaron dos tipos de yacimientos: osoides, con una alfarería simplificada, tanto en formas como en decoración, relacionada con el complejo La Betania; y yacimientos poco profundos, con presencia de alfarería Tierroide, Arauquinoide, Osoide y un cuarto componente no identificado (Zucchi y Denevan 1979:70; Zucchi y Tarble s.f.:8).

A mediados de los años setenta comenzaron las investigaciones con propósitos más ambiciosos que la historia cultural. Garson estudió la cronología, la cultura material y los patrones de asentamiento y subsistencia de la población en la región de Hato de la Calzada. Identificó cuatro tipos de asentamientos organizados en forma jerárquica, además de la importancia de la variación estacional y espacial de los recursos de subsistencia, que consistían sobre todo en peces, reptiles y anfibios (1980:129-130).

A partir de 1983, Spencer y Redmond definieron varias fases arqueológicas en el piedemonte y en los llanos altos, en una región de 450 km² ubicada en la cuenca del río Canaguá. En la primera fase de ocupación de los llanos, Gaván Temprana (300-500 d. C.), se ocuparon tres sitios, sin evidencia de estructuras de tierra ni indicadores de integración sobre el nivel de la comunidad (Redmond y Spencer 1990:17). En cambio, durante la fase Gaván Tardía (550-1000 d. C.), en la región surgió una sociedad cacical (figura 6). Esta conclusión fue apoyada por seis tipos de evidencia: 1) una jerarquía regional de asentamientos; 2) arquitectura monumental; 3) incremento considerable de la población; 4) diferenciación en los patrones residenciales y funerarios; 5) implementación de tecnologías complejas, como campos drenados y elevados para la agricultura y calzadas para el transporte; y 6) relaciones complejas con otras sociedades, entre ellas el intercambio a larga distancia y la guerra.

En esta región existió una unidad sociopolítica, con un territorio unido por una red de calzadas que conectaban tres clases de sitios: 1) un centro primario regional, fortificado y con estructuras públicas; 2) centros secundarios, con menos estructuras públicas y sin fortificaciones; y 3) sitios de habitación sin construcciones públicas (Redmond y Spencer 1990:17-20; Spencer 1991:148-151; 1992:154). Los campos drenados para el cultivo intensivo estaban ya en uso durante la fase Gaván Tardía (550-1000 d. C.).

Los análisis sugieren que el potencial productivo de un sistema de campos localizado cerca del centro primario regional excedió las necesidades de la comunidad local asociada. El análisis de polen indica que el maíz fue el cultivo más importante. Dado que no existen evidencias de presión poblacional, se propone que estos excedentes fueron utilizados como base económica de actividades como el intercambio y la guerra (Spencer et ál. 1994:138-139). A pesar de que Spencer y Redmond demostraron que en la región de El Gaván la producción de excedentes no estaba relacionada con la presión poblacional, estos autores adoptaron una posición intermedia, reconociendo que su modelo no excluye la presión poblacional como una de las posibles causas de la intensificación de la agricultura. De hecho, Spencer explica la aparición de cacicazgos en la región de El Gaván como el resultado de la competencia por tierra cultivable y de la expansión poblacional de las sociedades llaneras hacia el piedemonte (1998).



Figura 6. Centro primario regional El Gaván, estado Barinas (cortesía E. Redmond y C. Spencer).

Otros aspectos del registro arqueológico de la región han sido también reinterpretados. Con frecuencia se había sugerido que las calzadas del área habían sido utilizadas para el traslado durante la estación lluviosa, o para la producción agrícola (Cruxent 1952:286; Denevan 1991:240; Garson 1983:323). Sin embargo, el análisis de la red de calzadas de la fase Gaván Tardía no encontró una correlación positiva entre sitios ubicados en zonas que sufren de inundaciones periódicas y su conexión a la red. Debido

a esto se concluyó que la configuración de estos antiguos caminos fue el resultado de un conjunto complejo de factores políticos, militares y religiosos, relacionados con la dinámica sociopolítica de la fase Gaván Tardía, y que estuvo dirigida a promover la integración de la unidad sociopolítica (Spencer y Redmond 1998:108-109).

Otros estudios se han venido desarrollando en la región de El Cedral, ubicada a unos 40 km al suroeste de El Gaván. Al estudiar las posibles razones de la intensificación agrícola se encontró que el potencial productivo de los campos drenados asociados al centro primario regional de El Cedral (680 ± 50 y 690 ± 50 d. C.) era superior a las necesidades de la población regional, y se propuso que la intensificación de la agricultura también estuvo destinada a la producción de excedentes. Evidencias sobre el consumo público de alimentos y bebidas sugieren el uso de festejos rituales como otro de los mecanismos fundamentales de la economía política cacical en los llanos (Gassón 1998:78, 167; 2003:190-198; Gassón y Rey 2006:153-154).

Existen diferencias importantes entre las unidades sociopolíticas de El Gaván y El Cedral. Primero, es probable que El Cedral fuera el centro regional de un cacicazgo mayor en escala y poder político que El Gaván. El centro primario de El Cedral tiene 150 ha de extensión, en contraste con las 33 de El Gaván. Segundo, los campos elevados estaban directamente bajo el control del centro regional y son mucho mayores (al menos 416 ha, muchas más que las 35 de los campos drenados de El Gaván). Tercero, la red de calzadas de El Cedral tiene mayor extensión, y varias de ellas tienen características monumentales (Gassón 1998; Redmond et ál. 1999:124). Podríamos estar ante sociedades complejas con estrategias políticas diferentes: mientras que los líderes políticos de El Cedral posiblemente dedicaron mayor esfuerzo a la producción directa de excedentes y a su redistribución, para asegurar seguidores, los líderes de El Gaván pueden haber confiado más en la coerción política y en la movilización de excedentes desde los centros y sitios de menor jerarquía hacia la capital regional (Gassón y Rey 2006:154; Redmond et ál. 1999:125). Dado que las unidades políticas de El Gaván y El Cedral fueron parcialmente contemporáneas, existe la posibilidad de que hubiera una dinámica competitiva entre sus élites, dirigida a la obtención de mano de obra y al acceso a bienes de prestigio. Tenemos evidencia de guerra en el ámbito macrorregional, que incluye restos humanos desarticulados, estructuras defensivas y destrucción por fuego en el centro primario de El Gaván. Es posible que la unidad política de El Cedral haya persistido durante más tiempo que la de El Gaván, y que haya sido responsable de la destrucción de esta última y del abandono de sus centros y aldeas. Estos datos sugieren que el cambio político en el área tiene que ver, sobre todo, con la competencia y la guerra entre unidades vecinas, el proceso sociopolítico denominado cacicazgos cíclicos (Redmond et ál. 1999:124-126).

Sabemos que la dinámica de la evolución sociopolítica en los llanos incluyó la competencia por mano de obra, a través de la guerra, y la producción y reparto de riqueza en festejos ceremoniales, como forma de atraer y retener seguidores (Gassón 1998:40-41). Drennan propuso un modelo multilineal en el cual una posible trayectoria de desarrollo pudo estar basada en factores demográficos, que habrían proporcionado el impulso necesario para la aparición de jerarquías sociales, la producción de excedentes y otras instituciones político-económicas. Otra trayectoria posible surge a partir de la habilidad de los líderes para incrementar su base económica, lo que podría llevar a un incremento en la concentración de la población y, por tanto, a más trabajadores y excedentes para financiar la economía cacical (Drennan 1987:314).

Quizá, también el cambio climático haya jugado un papel importante en la evolución de estas unidades políticas (Gassón 1998). Existen evidencias que sugieren que este pudo haber sido decisivo en la disminución del uso de campos drenados y elevados antes de la llegada de los conquistadores europeos. El fenómeno climático, conocido en Europa como el Período Cálido u Óptimo Medieval, se caracterizó en América por grandes sequías. En Venezuela, el comienzo de este período está marcado por una serie de sequías que parecen relacionarse con el fin de la agricultura intensiva en los llanos altos occidentales, un movimiento de parte de la población del Orinoco Medio hacia los llanos bajos, y la expansión o migración de la población tierroide y dabajuroide hacia las montañas y costas del occidente del país. Por ejemplo, las fechas correspondientes al final de la fase Gaván Tardía coinciden con dos de la cadena de sequías registradas en la secuencia paleoclimática de la cuenca de Cariaco (760 y 910 d. C.), que también parecen estar relacionadas con el llamado colapso maya en Mesoamérica (Haug et ál. 2003:1743). Aunque el final del complejo Gaván de la serie Osoide ha sido vinculado con el proceso sociopolítico llamado cacicazgos cíclicos, las evidencias arqueológicas sobre guerras entre las unidades de Gaván y El Cedral no parecen concluyentes, y una explicación alternativa podría ser la quema y abandono del sitio debido a la sequía (Gassón y Zucchi 2010:10). Luego, otro fenómeno climático conocido como la Pequeña Edad de Hielo afectó a los Andes venezolanos hace apenas setecientos años, y produjo un clima más frío y seco que probablemente afectó el régimen hidrológico de los llanos (Rull 1987:13; Rull y Schubert 1989:71-73). La secuencia vegetacional y climática hallada en los Andes es muy similar a la de Colombia y otras partes de Suramérica. En el bajo río San Jorge, una larga secuencia de desarrollo sociocultural, con uso de campos elevados, concluyó alrededor de 1200-1300 d. C., a consecuencia de un largo período de sequía (Plazas et ál. 1988:76). Bray concluye que la secuencia de períodos húmedos y secos puede ser, por tanto, válida para todo el norte de Suramérica (1995:104).

EL ALTO ORINOCO

En las tierras bajas al oriente de la cordillera andina y alrededor del Orinoco, bosques mixtos con recursos abundantes y predecibles pudieron dar cabida a la aparición de economías de amplio espectro, con dependencia de materias primas locales y diferenciación cultural regional y microrregional entre 11000 y 10000 AP. En tres sitios cercanos a Puerto Ayacucho (estado Amazonas), Barse encontró ocupaciones precerámicas en contextos estratificados, en antiguas terrazas aluviales y canales del Orinoco, con lo cual determinó y estableció un período arcaico de selva tropical. Estos sitios: Culebra, Provincial y Pozo Azul, tienen al menos nueve mil años de antigüedad, y claramente demuestran la adaptación humana a las selvas y sabanas tropicales durante el Holoceno Temprano y Medio (Barse 1995,1999:366).

En Culebra se definieron dos componentes precerámicos, Atures I y II. El componente Atures I está caracterizado por raspadores sobre lascas, núcleos y residuos de talla elaborados en cuarzo y cuarzita local. El componente Atures II consiste en raspadores sobre lascas y residuos de talla, pero incluye puntas de proyectil pedunculadas en chert, que podrían provenir del interior del escudo guayanés. En Provincial se definieron dos componentes precerámicos. En el A se encontró un piso de vivienda con dos fogones, asociado a un fragmento de piedra de moler, un martillo, un yunque y lascas de cuarzo, además de madera carbonizada y nueces de palmas. En el componente B se ubicó otro fogón, asociado a una lasca de cuarzo y residuos de talla. El carbón de un fogón del componente A proporcionó una fecha radiocarbónica de 9020 ± 100 AP, mientras que otros fragmentos de carbón proporcionaron una fecha de 9210 ± 120 AP, esto es, alrededor de 7000 a. C. Estas son las fechas más antiguas obtenidas para una ocupación humana en el Orinoco. Lamentablemente, el carbón del componente B no era adecuado para fechar (Barse 1990:1380, 1995:107). Finalmente, en Pozo Azul se ubicó una ocupación datable hacia el Holoceno Medio, que consiste en un piso de vivienda con lascas de cuarzo, rocas quemadas, carbón y fragmentos de nueces de palma. Se obtuvo una fecha de 7010 ± 190 AP, es decir, hacia 5060 a. C.

Todo lo anterior ha permitido definir la tradición Atures del estadio Arcaico Orinoquense. Esta está compuesta de dos períodos: Atures I (9200 - 7000 AP), que incluye el conjunto de raspadores sobre lascas asociadas a la adaptación inicial a la selva tropical, y Atures II (7000-4000 AP), identificado por la presencia de puntas de proyectil y lascas asociadas a la adaptación a las sabanas y bosques que surgieron debido al clima más seco del Holoceno Medio y Tardío (Barse 1995:108). Para Barse, el origen de la tradición Atures debe buscarse en los complejos arcaicos del Pos-Pleistoceno temprano de la

meseta de Bogotá. Además de las similitudes cronológicas y tecnológicas, estos complejos se localizan cerca de las fuentes de los ríos Guaviare y Meta, que cruzan las planicies orientales y fluyen en el Orinoco. La presencia de monos aulladores (*Alouatta sp.*), pecaríes (*Tayassuidae*) y nutrias (*Lutra sp.*) en sitios precerámicos en Nemocón (meseta de Bogotá) indica que los habitantes de los asentamientos arcaicos (7000-6000 AP) estaban familiarizados con la explotación de los recursos de las tierras bajas (Barse 1995:112; Bray 1984:313; Correal 1979:122). Estos hallazgos evidencian la gran antigüedad de dos patrones típicos del Área Intermedia: la explotación de diferentes zonas ecológicas y la conexión entre las tierras altas y bajas.

Las ocupaciones de los fabricantes de cerámica se ubican entre 3500 y 720 AP. El primer complejo cerámico, Galipero, fue identificado en el sitio Pozo Azul Sur, y consistía en un piso de habitación con un fogón pequeño. Allí se encontraron tiestos cerámicos y lascas de cuarzo similares a las del período Arcaico. Los tiestos tenían desgrasante de arcilla y no presentaron decoración. Este material podría estar relacionado con la serie Cedeñoide, del Orinoco Medio (Barse 1999:366).

La segunda fase, Isla Barrancas, presenta una cerámica desgrasada con arena, y con formas como boles hemisféricos con pestañas y platos con bordes engrosados, pintura roja, incisión simple, aplicaciones modeladas e incisas, y adornos biomorfos. La cerámica de Isla Barrancas se encontró debajo de una capa estéril, que posiblemente se depositó durante un período árido, que se refleja como un hiato en la secuencia ocupacional del Orinoco Medio y Bajo entre 650 a. C. y 185 d. C. (Meggers 1987:30, figura 1). Las similitudes estilísticas y el contexto deposicional de Isla Barrancas sugieren que esta fase es contemporánea, o ligeramente más antigua, que el período Barrancas Preclásico de la tradición Barrancoide del Bajo Orinoco (Barse 1999:375-378).

A esta fase inicial siguió un *continuum* de desarrollo cultural formado por otras tres fases barrancoides, llamadas Casa Vieja, Pozo Azul y Culebra. Todas ellas comparten una alfarería rojiza, desgrasada con arena y decorada con incisión ancha y llana, asociada a otra alfarería de menor frecuencia, desgrasada con cauxí o caraipé. La fase Culebra, que marca el final de la secuencia, es contemporánea con la Ronquín del Orinoco Medio. Se propone que Isla Barrancas es el mejor candidato para ser la fase ancestral de la que se derivan Culebra y Ronquín (Barse 1989:405-406).

La fase Cataniapo, parcialmente contemporánea con Pozo Azul, representa una unidad estilística y cronológicamente discreta, sin relaciones aparentes con las fases previamente descritas. Presenta una alfarería muy diferente, desgrasada con cuarzo molido y carente de decoración. Barse encuentra similitudes con el estilo Saladero, descrito por Cruxent y Rouse, sobre todo por la presencia de boles carenados y campaniformes, y

aunque existe una distancia cronológica importante, afirma que ambas fases pertenecen a una misma tradición cultural (Barse 1989:391).

Finalmente, la fase Arauquín (1200-1300 d. C.) está representada por varios sitios, especialmente en la isla Rabo de Cochino, y está caracterizada por dos alfarerías: una con desgrasante de espícula de esponja, incisión de línea fina, punteado y aplicados, además de diseños pintados en típicos motivos triangulares, relacionada con la serie Arauquinoide, y otra desgrasada con arena gruesa y con bandas aplicadas incisas, relacionada con la serie Valloide. Barse no las considera dos alfarerías diferentes, sino partes de una misma tradición. Sus portadores parecen haber sido la población más abundante y compleja que haya habitado el área (1989:409-410).

Una de las implicaciones más importantes de la secuencia de Barse consiste en que apoya la hipótesis original de Cruxent y Rouse sobre los orígenes de la serie Barrancoide, que ellos situaban en algún punto de los llanos bajos occidentales, y no en el Amazonas Medio. Si las comparaciones estilísticas son correctas y la cronología relativa es acertada, la posición temporal y las relaciones culturales del complejo Isla Barrancas darían apoyo adicional a esta proposición (Barse 1989:308-309; Boomert 2000:123). Sin embargo, Barse no considera que la tradición Barrancoide se haya desarrollado en la Orinoquia. La existencia de una fase anterior (el complejo Galipero) indica que fases formativas previas se encontraban ya en el sitio antes de la llegada de la tradición Barrancas (Barse 1999:378).

Greer presentó una cronología regional para las pinturas rupestres que se encuentran en los alrededores de Puerto Ayacucho, con el objeto de que sirviera como marco general a estudios futuros. Este investigador definió siete períodos de pinturas rupestres: los 1 y 2 son, al parecer, precerámicos, mientras que en los cinco restantes se observa la influencia cada vez mayor de las culturas agricultoras y ceramistas del Orinoco Medio, hasta concluir en la época colonial. Greer sugiere, en forma tentativa, fechas absolutas para los cinco períodos tardíos, con base en la “cronología larga” de Rouse y Roosevelt y en consideraciones de orden etnográfico. Todos los ejemplos de arte rupestre examinados son considerados formas de arte sagrado, posiblemente relacionadas con actividades chamanísticas. Parece haber poca relación con magia para la cacería, asuntos de género o actividades sexuales, algo que Greer considera notable en comparación con otras áreas del mundo (figura 7). En conclusión, el arte rupestre de la región es más abundante, antiguo y diverso de lo que se había pensado previamente (Greer 1995:325-326; 1997:38-40).



Figura 7. Pinturas rupestres de Cerro Gavilán, estado Bolívar (cortesía de F. Scaramelli).

En 1970, Lathrap propuso a los ríos Negro, Casiquiare y Orinoco como la principal ruta migratoria utilizada por los portadores de las tradiciones cerámicas Saladoide y Barrancoide para desplazarse desde el Amazonas Medio hasta las Antillas; sin embargo, hasta hace unos veinte años la arqueología de la Amazonia venezolana era prácticamente desconocida (Zucchi 1991a:1). El reconocimiento realizado en 1985 por Zucchi en el Alto Orinoco, Atabapo, Negro, Ventuari y Casiquiare, permitió establecer siete subáreas arqueológicas. A pesar de las expectativas creadas por el modelo de Lathrap, no se encontró alfarería relacionada con las series Saladoide o Barrancoide, sino un conjunto de complejos cerámicos diferentes, con relaciones formales, tecnológicas y estilísticas con fases, estilos y complejos situados en las tierras bajas al norte del Amazonas y en el Orinoco Medio. Aunque estos complejos poseen rasgos distintivos propios, cinco de ellos (Nericagua, Laguna Iboa, Carutico, Garza y Pueblo Viejo) fueron agrupados por Zucchi en la llamada tradición de Líneas Paralelas, caracterizada por el uso combinado de desgrasantes orgánicos e inorgánicos, ocho formas de vasijas y decoración de línea fina (Zucchi 1991b:204; 1993:140).

Estos datos arqueológicos, unidos a información ecológica, lingüística, etnohistórica y etnográfica, han permitido desarrollar una nueva proposición sobre la expansión de los grupos de lengua arawak. Según Zucchi, el impulso inicial del movimiento de los proto-arawaks consistió en el comienzo de un episodio climático seco, entre 5000 y 4200 AP, que debió causar una disminución en los recursos del Amazonas Central y cambios en la demografía y composición social, y provocó expansiones y/o migraciones hacia otras regiones. Entre 3800 y 2800 AP, el mejoramiento en las condiciones ambientales probablemente estimuló el crecimiento de los diferentes grupos del cuadrante noroccidental de la Amazonia. Después, un nuevo episodio climático seco en el Alto Orinoco y el río Negro estimuló una mayor competencia por recursos e incrementó las tensiones sociales. Para aliviarlas, las poblaciones arawaks desarrollaron las siguientes estrategias: a) jerarquización de sus unidades sociales; b) expansión y consolidación de territorios tribales; c) ocupación diferencial de los territorios tribales, de acuerdo a la jerarquía y a la distribución de los recursos; d) migración a nuevos territorios; y e) implementación de mecanismos económicos, tales como el incremento de la producción, el control de la población y el establecimiento de alianzas y mecanismos de intercambio (Zucchi 1991c, 1992, 1993).

Las investigaciones de Whitehead y Vidal aportan muchos datos interesantes y abren nuevos campos para la investigación histórica. Según Vidal, las sociedades indígenas del área estaban agrupadas en confederaciones intra e interregionales, a través de las cuales las poblaciones de las áreas ribereñas se vinculaban en relaciones de interdependencia con las de las zonas interfluviales. La especialización en determinadas actividades económicas y el sistema intercomunitario de bienes y de alianzas matrimoniales sustentaban el sistema económico de estas redes sociales (1993:34). Vidal describe en forma general las características de los diez principales macrosistemas políticos aborígenes de la época del contacto: Manoa, Gran Airico, Huyapari, Aruaki, Tapajoso, Caripuna, Conori, Oniguayal, Machiparo y Paricora. Estas unidades se distribuyeron entre los ríos Orinoco y Amazonas. Aunque el tamaño de sus territorios podía variar, poseían un nivel de integración similar, el cual superaba la aldea autónoma y la jerarquía regional de asentamientos. Estas últimas eran el reflejo de jerarquías políticas hereditarias, en las que el mando podía ser de naturaleza política, militar o religiosa, o una combinación de estas. Tales unidades se caracterizaron por la multiétnicidad, la especialización económica y la producción de excedentes para el intercambio, la interdependencia de los grupos ribereños y de tierra firme, y la existencia de territorios definidos, con zonas de amortiguación y control militar. La dinámica del poder se definía por el acceso y competencia por la mano de obra destinada a la producción de excedentes, la construcción de

infraestructuras, las incursiones bélicas y la expansión territorial (Whitehead 1994:38-41; Vidal 1993:34-35). La reconstrucción de las migraciones, de los procesos de etnogénesis y del surgimiento de la diferenciación social le sugiere a Zucchi la relación de los grupos indígenas contemporáneos con seis de sus subáreas arqueológicas: Piapoco-Maipure (subárea 2), Guipuinave (subárea 3), Warekena (subáreas 4 y 5), Yavitero (subárea 5), Baré (subárea 6) y Mawacwa (subárea 7) (Zucchi 1992:230-234; 1991c:123). Vidal ha indicado la existencia de algunos “centros ceremoniales” y “ciudades” que debieron funcionar como lugares centrales de estas unidades políticas (2000:11).

EL ORINOCO MEDIO

Cruxent y Rouse (1958-1959:207-211) establecieron la cronología básica para el Orinoco Medio, que comprende dos estilos: Ronquín (períodos II y III, 1050 a. C.-1150 d. C.) y Camoruco (período IV, 1150-1500 d. C.). En Parmana, Roosevelt evaluó la importancia de la introducción de la semicultura para la evolución social en las tierras bajas de Suramérica, estableció una secuencia compuesta por tres tradiciones y nueve fases, y estudió las relaciones entre los cambios en la cultura material, los patrones de asentamiento y subsistencia y el crecimiento de la población (1980:ix-x; 1997). La primera tradición, La Gruta, está compuesta por las fases La Gruta (2500-1600 a. C.), Ronquín (1600-1300 a. C.), y Ronquín Sombra (1300-1000 a. C.) (Roosevelt 1997:tabla 1). La subsistencia estaba basada en el cultivo de yuca, complementado con la pesca y la cacería. La población regional era escasa, y no hay evidencias de diferenciación sociopolítica.

La tradición Corozaal (1000 a. C.-800 d. C.) está compuesta por tres fases: Corozaal 1, dividida en Temprana (1000 a. C.-¿?) y Tardía (¿?-500 d. C.), Corozaal 2 (500-700 d. C.) y Corozaal 3 (700-800 d. C.) (Roosevelt 1997:tabla 1). La complejidad de la cerámica Corozaal, la introducción del complejo maíz/frijol/calabaza y una expansión rápida de la población parecen corresponder a un patrón distintivo de interacción humana compleja, que presenta a la tradición Corozaal como una etapa de transición (1997:158-162).

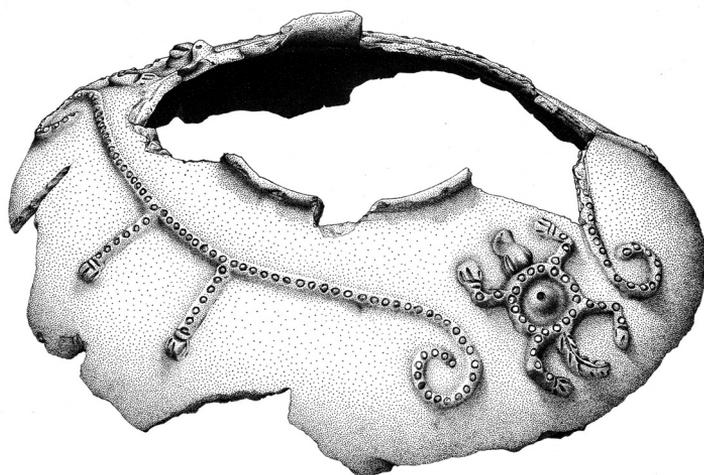
La tradición Camoruco (800-1550 d. C.) está compuesta por las fases Camoruco 1 (800-1000 d. C.), Camoruco 2 (1000-1300 d. C.) y Camoruco 3 (1300-1550 d. C.) (Roosevelt 1997b:tabla 1). La población se mantuvo estable durante las dos primeras fases, pero en Camoruco 3 ocurre un incremento dramático de la población regional y cambios significativos en el patrón de asentamiento, que podrían indicar la aparición de una sociedad compleja. El sitio Corozaal podría ser un centro primario regional (Roosevelt 1987:157; 1997:165). La cerámica es mucho más estandarizada y uniforme. Aunque la tradición Camoruco puede haber sido un desarrollo local, su distintivo patrón

estilístico arauquinoide indica la intensificación de los contactos externos y una rápida cristalización de nuevas formas económicas, sociopolíticas e ideológicas (Roosevelt 1997:164-165).

Vargas realizó un proyecto en Parmana, cuyo objetivo era la reconstrucción de los modos de vida de la región. Utilizando una terminología diferente, define una secuencia más corta y simplificada, compuesta por dos fases: Ronquín y Corozal. Ronquín, alrededor de 650 a. C., se caracterizó por grupos pequeños que habitaban posiblemente casas comunales ubicadas en la zona ribereña. La economía estaba basada en la agricultura de yuca, la pesca y la caza. Vargas clasifica este poblamiento como del tipo “semi permanente sedentario”, caracterizado por una fase estable y una móvil, de acuerdo al ciclo anual del río. Luego aparecen los representantes de la fase Corozal, alrededor de 600 d. C. Se trata de grupos más numerosos que habitaban áreas de montículos, alejadas hasta 4 o 5 km del río. La economía se basó en una agricultura mixta de maíz y yuca (Vargas 1981:431-433). Vargas no observó elementos concluyentes que permitan plantear la existencia de un “modo de vida cacical” en el Orinoco Medio (1990:187-188).

Entre 1976 y 1977, Zucchi realizó un recorrido y sondeos en diecinueve sitios ubicados en el Orinoco Medio. Con base en el análisis del material cerámico, principalmente el del sitio Agüerito, frente a la desembocadura del río Apure, Zucchi y sus asociados definieron una secuencia cerámica más corta que la propuesta por Roosevelt, y más compleja que la propuesta por Sanoja y Vargas. Se identificaron cinco alfarerías (*wares*), que podrían reflejar unidades sociales distintas.

La alfarería A tiene una pasta rojiza con desgrasante de arena fina y pintura blanco sobre rojo. Esta alfarería es equivalente a la tradición Ronquín y a la secuencia Saladoides de La Gruta, Ronquín y Ronquín Sombra (Zucchi et ál. 1984:159). La alfarería B posee diferentes desgrasantes, aunque la arcilla endurecida y los tiestos molidos son diagnósticos. El análisis de la alfarería B permitió formular la nueva serie Cedeñoide, ubicada entre 1000 a. C. y 1500 d. C. (Zucchi y Tarble 1984:305-308). La alfarería C está identificada por el desgrasante de espículas de esponja (figura 8), una amplia gama de formas y decoración con aplicados incisos, incisiones en forma de V y motivos pintados (Zucchi 1985:26-37; 1988:461). La alfarería B-C es similar a las antes mencionadas, y no parece representar una unidad cultural distintiva (Zucchi et ál. 1984:162). La alfarería D presenta pasta rojiza con desgrasante de cuarzo, formas como boles abiertos y vasijas de cuerpo globular y cuello alto decorado con tiras aplicadas incisas, modelado zoomorfo e incisiones lineales. A partir de estos materiales se definió la serie Valloide, con una cronología comprendida entre 1000 y 1500 d. C. (Tarble y Zucchi 1984:443-444).



Quintero

Figura 8. Vasija arauquinoide, Tucuragua, estado Bolívar (ilustración de Carlos Quintero, archivo IVIC).

Este análisis permitió proponer, para Agüerito, una secuencia compuesta por cuatro episodios ocupacionales. Al comienzo del período 1 (ca. 1000 a. C.) el sitio estuvo ocupado, quizás, por los portadores de la alfarería B Temprana, con una subsistencia basada en la cacería, la pesca, la recolección y la agricultura incipiente, y luego hubo coexistencia, ocupaciones alternativas o estacionales de los representantes de las alfarerías A y B. Durante el período 2 (ca. 400 d. C.) el sitio fue ocupado por los portadores de las cerámicas A y B. Hacia 600 d. C. aparece una alfarería simple, desgrasada con espículas de esponja, que constituye un complejo intrusivo en el área. La evidencia de contactos entre estos grupos es más fuerte, lo que sugiere la presencia de aldeas multiétnicas. En el período 3 (1000 d. C.) predominaron los portadores de la alfarería C, y hubo un cambio súbito en sus modos decorativos. Finalmente, el período 4 (1200-1400 d. C.) se caracterizó por la coexistencia de las alfarerías C y D, que podrían representar a dos grupos étnicos distintos (Zucchi et ál. 1984:179).

Según Lathrap y Oliver, el modelo de cuatro episodios ocupacionales para Agüerito tuvo como consecuencia la mezcla de materiales heterogéneos dentro de la llamada alfarería B. La reinterpretación de las fechas de ^{14}C llevó a un planteamiento alternativo de múltiples contextos deposicionales, y favoreció un modelo de pequeños lentes de acumulación de residuos, típico de los asentamientos de sociedades de selva tropical (Lathrap y Oliver 1987:279). Se propuso separar un complejo/estilo antiguo Agüerito dentro de la

alfarería B, caracterizado por desgrasante de fibras vegetales, motivos decorativos de línea incisa fina, boles carenados con pintura negra y roja sobre blanco, que ocupó la parte más temprana de la secuencia y que estaría asociado a dos fechas de 3475 a. C. y 3730 a. C. Aunque Zucchi, Tarble y Vaz no descartan completamente la presencia de este componente, sí rechazan la de un complejo policromo con una fecha tan temprana, debido a lo pequeño de la muestra y a la posibilidad de que los artefactos sean producto de intercambios con los habitantes de los llanos occidentales (Boomert 2000:110; Zucchi et ál. 1984:176).

Existe un consenso creciente para aceptar la cronología “corta” de Sanoja y Vargas. La secuencia de Agüerito sugiere que las fechas tempranas podrían estar asociadas a los materiales de la serie Cedeñoide, lo que acortaría la cronología de las tradiciones Ronquín y Corozal (Boomert 2000:112; Gassón 2000:281). Barse ha aportado nuevas dataciones, procedentes de incrustaciones carbonizadas en cerámica Ronquín, que sugieren que la secuencia es más reciente que lo señalado por Rouse y Roosevelt. Si las fechas reportadas por Barse, del primer milenio de la era cristiana, son correctas, esto significa que las fechas dadas para la introducción y popularización del cultivo del maíz durante la fase Corozal III (800 a. C.) son muy tempranas, y que la cronología del área de Parmana debería ser revisada por completo (Barse 2000:341). Aunque se han producido muchos avances, la cronología temprana del Orinoco Medio está aún lejos de ser clara, y a ello deben añadirse los problemas terminológicos y clasificatorios (DeBoer 1998:278).

Tarble definió los criterios para la ubicación de los asentamientos de los habitantes prehispánicos del área de Barraguán. Los criterios elementales correspondieron a las necesidades materiales de la población, como la distribución espacial y temporal de los recursos, seguidos por aquellos asociados a la comunicación y defensa. En la zona ribereña, la ausencia de estructuras defensivas sugiere un control político en el ámbito regional, mientras que la ubicación, más oculta, de los asentamientos de tierra adentro podría indicar mayor actividad bélica con otros grupos o con los invasores europeos (Tarble 1990:64). Finalmente, existieron criterios ideológicos, entre ellos la relación sociedad/naturaleza y la división del universo en principios masculino/femenino y secular/sagrado (Tarble 1993:154; 1994).

A partir de los años noventa, Scaramelli y Tarble se han interesado por las cuevas y abrigos rocosos de la zona comprendida entre Puerto Ayacucho y Caicara del Orinoco. Tarble pudo discriminar en dichos sitios y en las cerámicas Arauquinoide y Valloide del Orinoco Medio una posible división entre las esferas de lo sagrado y lo profano, que coincide con una división de carácter sexual en el acceso al conocimiento esotérico y en la participación en la actividad ritual. El control de estos aspectos de la vida religiosa por parte de los hombres les proporcionó una ventaja de poder en su sociedad

(Tarble 1991:161). En Punta Cedeño (Caicara del Orinoco), Rivas encontró indicios de un posible origen arawak de algunos de los petroglifos, y una articulación con elementos relacionados con el mundo chamanístico (1993:166). Al igual que en la región de Puerto Ayacucho (Greer 1995:325), las pinturas de las cuevas y abrigos del Orinoco Medio fueron elaboradas por diferentes grupos, desde \pm 500 a. C. hasta el presente, como lo indican la presencia de cerámica Saladoide, Arauquinoide y Valloide, la etnohistoria del área y los artefactos europeos hallados en ella. Estos sitios sirvieron como espacios de reclusión para los chamanes, como lugares asociados a los héroes culturales, y como sitios de enterramiento para diferentes pueblos a lo largo del tiempo. Los espacios sagrados fueron, por tanto, una parte esencial de la definición del paisaje territorial y social de los habitantes del área (Scaramelli y Tarble 1996:21; Tarble y Scaramelli 1999:32).

Investigaciones realizadas por Perry en el Alto y Medio Orinoco produjeron resultados inesperados sobre la subsistencia prehispánica. El análisis de glóbulos de almidón provenientes de microlascas para ralladores, procedentes de Pozo Azul, en el Alto Orinoco, y de restos botánicos y artefactos líticos y cerámicos de Los Mangos del Parguaza, en el Orinoco Medio, mostró que poseen restos botánicos casi idénticos. No obstante, ningún conjunto refleja lo que se hubiese esperado con base en las interpretaciones tradicionales que enfatizaban el procesamiento de la yuca amarga (Perry 2001:10). En cambio, se identificó un patrón complejo que incluyó plantas como *Dioscorea sp.* (ñame), *Maranta sp.*, *Myrosma sp.*; palmas como *Attalea sp.*; y plantas con semillas como *Zea mays*. Esto implica que las analogías etnográficas son poco adecuadas para comprender los patrones de subsistencia prehispánicos (Perry 2002:638).

Scaramelli y Tarble han construido un marco cronológico para comprender las transformaciones experimentadas por las sociedades indígenas, como resultado del proceso colonial, en el Orinoco Medio. Los datos se organizaron en cuatro períodos básicos: Prehispánico Tardío (1200 d. C.-contacto), Colonial Temprano (1680-1766), Colonial Tardío (1767-1830) y Republicano (1831-1920). Estos comprenden la fundación y desarrollo de la frontera colonial misional a lo largo del río Villacoa, y las subsecuentes transformaciones producidas por la guerra de Independencia en el siglo XIX (Scaramelli y Tarble 2003:166). Se analizaron aspectos como la transformación del consumo de bebidas alcohólicas y la introducción de cuentas de vidrio entre las sociedades indígenas. Los colonizadores usaron estas mercancías como estrategia para la sujeción de los habitantes del área, creando nuevas prácticas de consumo y la necesidad de obtener dinero y/o bienes para adquirirlas. Así, hubo cambios en el rol tradicional del consumo de bebidas en la economía, en las definiciones del yo y en la creación y mantenimiento del estatus socio-político (Scaramelli y Tarble 2003:165; 2005:158-159).

Finalmente, la tesis doctoral de Scaramelli resume la mayoría de estos estudios para ilustrar el largo proceso de interacción, adaptación e innovaciones culturales ocurrido en el Orinoco Medio con la expansión de la sociedad occidental, proceso que comprende desde la relación inicial con los colonizadores y las transformaciones resultantes del colapso de la intervención española, hasta el período poscolonial. Recolecciones sistemáticas de superficie y excavaciones realizadas en quince sitios arqueológicos, que incluyen asentamientos indígenas, misiones y pueblos criollos, proporcionaron indicadores de los cambios culturales y de las variaciones en las identidades de los grupos locales en respuesta a los agentes colonizadores. En general, se observa una fuerte resistencia al proceso de colonización, evidenciada por cambios en los patrones de asentamiento, pero también la adopción de nuevas prácticas de intercambio y comercio, la introducción y consumo de productos y tecnologías foráneas, y una creciente mercantilización del trabajo, los bienes y los servicios aborígenes. Este estudio permitió superar la tendencia general de hacer excesivo énfasis en la expansión del capitalismo y la tecnología industrial como las fuerzas primarias de cambio, en detrimento del papel de las culturas nativas; estas últimas deben ser vistas no solo como productos o víctimas, sino como agentes activos de este proceso (Scaramelli 2005).

EL ORIENTE

Sanoja y sus asociados han reportado nuevos hallazgos sobre los recolectores y cazadores arcaicos del oriente de Venezuela. Las poblaciones recolectoras del golfo de Paria ilustran la forma en que la tecnoeconomía y la organización social fueron reprogramadas para aprovechar los cambios ambientales, y cómo aparecieron las plantas cultivadas. Sanoja relaciona explícitamente las transformaciones ocurridas en las sociedades del golfo con los cambios ecológicos producidos por regresiones y transgresiones marinas entre 7000 y 1000 AP. Los cambios cíclicos en el relieve costero crearon una variedad de ecosistemas locales y la reducción de los manglares. Las oportunidades abiertas por estos cambios propiciaron la creación de asentamientos sedentarios o semisedentarios para la producción y procesamiento de alimentos, la explotación estacional de recursos y la pesca y recolección especializada en estuarios, ríos y mar abierto. Para ello se desarrollaron tecnologías como el arco y la flecha, arpones, redes, anzuelos y canoas. Igualmente, se desarrollaron hachas y azuelas para preparar campos de cultivo, así como manos, metates y morteros para el procesamiento de vegetales (Sanoja 1989; Sanoja y Vargas 1995).

En el estado Sucre (golfo de Paria y delta del río San Juan) se definieron tres modos de vida. El I, representado por sitios como Ño Carlos, Guayana y Remigio, indica el paso de una economía basada en la recolección y la cacería terrestre a una basada en la explotación de recursos marinos, con artefactos rústicos unifaciales en arenisca. Luego, entre 4600 y 4200 AP, coexistieron dos modos de vida diferentes. El II está representado por sitios como Guayana y La Aduana, con un patrón de asentamiento nómada o semisedentario orientado hacia el mar y sus recursos, como lo evidencia la presencia de numerosos concheros y utensilios como gubias para la probable fabricación de embarcaciones. El modo de vida III, representado por el sitio de Las Varas, ya es evidencia del establecimiento de aldeas estables, con modos de trabajo mixtos que incluyeron la caza, la pesca y la recolección en ambientes marinos, fluviales y terrestres, así como el cultivo y la domesticación de plantas (Sanoja y Vargas 1995).

En las inmediaciones de Carúpano, estado Sucre, Vargas definió la fase Cuartel, fechada, al menos, entre comienzos de la era cristiana y 290 d. C. Durante esta época, los grupos ronquinoides (saladoides) del Orinoco Medio comienzan a migrar hacia la costa oriental de Venezuela, donde establecen los asentamientos saladoides más grandes y estables conocidos en el país (El Cuartel, Puerto Santo, El Mayal y otros). La cerámica muestra influencias saladoides y barrancoides, además de evidencias de contactos comerciales entre estos grupos, durante el período Clásico de Barrancas (figura 9). La cerámica saladoide costera es más compleja y sofisticada que la de los grupos del Orinoco (Vargas 1979:230-231). En el sitio se puede observar una diversificación y especialización funcional del espacio, y así se distinguen espacios domésticos, para la vida cotidiana, y espacios públicos, destinados a cementerios. Vargas considera que el proceso de tribalización de la costa oriental de Venezuela es de carácter derivado, producto del contacto entre los recolectores, cazadores y horticultores incipientes del Arcaico (como los del conchero Playa Grande) y las poblaciones saladoides y barrancoides del Orinoco. Este modo de vida tribal, igualitario, con una economía basada en la vegecultura, la pesca, la caza y la recolección en hábitats ricos y complejos permitió mantener poblaciones importantes en un mismo sitio durante todo el año, lo que favoreció el surgimiento de aldeas grandes y permanentes (Sanoja y Vargas 1995:355; Vargas 1990:203-205).

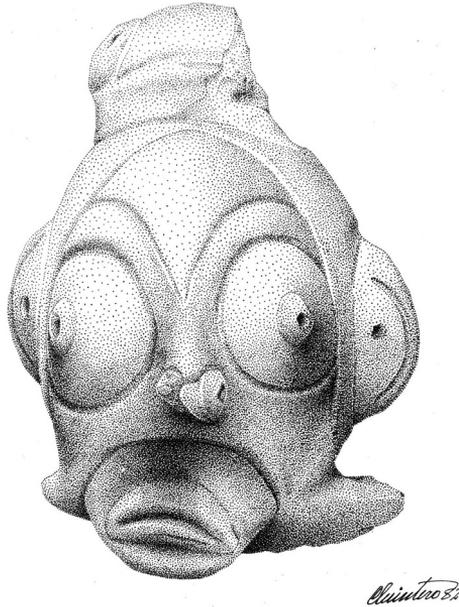


Figura 9. Apéndice antropomorfo, serie Saladoide, estado Sucre (ilustración de Carlos Quintero, archivo ivic).

En 1980 Oliver publicó un estudio sobre los materiales del sitio Quebrada de Balerio, unos 6 km al este de Güiria (estado Sucre). El sitio había llamado la atención de Cruxent en 1974 por su posible antigüedad, ya que se obtuvo una fecha de 4810 ± 130 a. C., que lo habría hecho, de ser correcta, uno de los estilos cerámicos más antiguos de América. No obstante, el análisis de los materiales indica que la ocupación del sitio debe ubicarse entre 100 a. C. y 300 d. C., es decir, que corresponde a la parte temprana de la ocupación saladoide de la costa. Un problema importante es la fecha de la llegada de los grupos saladoides a Trinidad, Paria y Carúpano. Según Oliver, existe un lapso temporal de unos setecientos años con el Saladoide Terminal del Orinoco Medio, que parece muy considerable si las razones del movimiento de estos grupos fueron económicas y demográficas (Lathrap 1970). Se necesitan estudios sobre este período para entender el movimiento de la población saladoide desde el Orinoco Medio y Bajo hacia las costas y las Antillas (Oliver 1980:57-58).

Para comprender mejor la importancia de las discusiones sobre las fechas, orígenes y circunstancias de la aparición del Saladoide Costero es necesario recapitular las diferencias sobre las fechas de aparición y los orígenes de los complejos cerámicos Saladoide

y Barrancoide. Pueden resumirse así: primero, Rouse y Roosevelt datan la aparición de la pintura blanco sobre rojo alrededor de 2500-200 a. C. en el Orinoco Medio, que sería la aparición más temprana de esta técnica en Suramérica; mientras que en el Bajo Orinoco el estilo Saladero se desarrolló desde 1050 a. C. hasta 350 d. C. Sanoja y Vargas proponen una fecha más tardía, de 600 a. C., y consideran esta técnica una intrusión de los complejos formativos tardíos del este que se asentaron sobre todo en el Orinoco Medio, ya que en el Bajo Orinoco no se encuentran verdaderos asentamientos saladoideos (Vargas 1979:224). Segundo, Rouse y Roosevelt consideran que la serie Barrancoide se deriva de La Gruta, en el Orinoco Medio. Sanoja y Vargas la ven como un desarrollo proveniente del Horizonte Formativo Temprano de los Andes Septentrionales. Tercero, mediante la aceptación de las fechas tempranas de La Gruta, Rouse y Roosevelt construyen una secuencia que incluye varios vacíos largos con gran estabilidad en modos cerámicos con antecedentes desconocidos. Mediante el rechazo de las fechas tempranas, Sanoja y Vargas construyen una secuencia que no tiene vacíos significativos, que muestra un lento pero discernible cambio en la cultura material, y que es compatible con la distribución espacial y temporal de los rasgos cerámicos compartidos por los complejos formativos del oeste de Suramérica y la aparición del Saladoide Costero (Sanoja y Vargas 1983:240-241).

Huelga decir que la comprensión exacta de este proceso es crítica para entender el origen de las principales ocupaciones ceramistas y agrícolas, no solo en la costa oriental de Venezuela, sino también en las Antillas. Existen al menos tres grupos de opinión sobre como ocurrió este proceso. Uno estima la existencia de un horizonte cerámico muy temprano, horticultor y probablemente pre-saladoide, que quizá provino de las Guayanas. Los otros dos reconocen el origen en tierras venezolanas de las cerámicas más tempranas de las Antillas, ya sea a través de Río Guapo, un estilo saladoide procedente de la costa central, o a través de los estilos saladoideos de la costa oriental. La mayoría de los arqueólogos están de acuerdo en que los primeros pueblos ceramistas y agricultores migraron desde el Orinoco, a través de la costa central o nororiental de Venezuela, hacia el Caribe (Haviser 1997:591).

En cuanto a las ocupaciones más tardías, Wagner realizó un análisis preliminar del material cerámico procedente de la laguna de Campoma (estado Sucre), y encontró que indica relaciones estilísticas con el oriente, centro y occidente del país, así como con algunas de las Antillas. La cerámica combina elementos pintados occidentales y modelados centro-orientales, y los materiales líticos y los budares indican una agricultura mixta de yuca y maíz. Esto sugiere que las diferentes sociedades de las sierras y costas occidentales y centrales mantenían relaciones e intercambios frecuentes, y que las

diferencias culturales entre el oriente y occidente del país fueron menos precisas que en épocas anteriores (Wagner 1972b:243-244).

La depresión del Unare representa la cuenca hidrográfica más importante de la región de los llanos orientales, y constituye una excepcional vía de comunicación entre el río Orinoco y la costa caribe venezolana. A pesar de su importancia, las investigaciones arqueológicas han sido casi inexistentes, y solo recientemente se han desarrollado algunos estudios (Amaiz 2000; Rodríguez 1992; Navarrete 2000, 2006). La evidencia arqueológica indica relaciones con el Orinoco Medio, así como con las tradiciones tardías costeras. Al igual que en los llanos occidentales, grupos caribes del río Orinoco ocuparon los llanos orientales entre los años 1000 y 1500 d. C., debido al fenómeno conocido como “expansión arauquinoide” (Tarble 1985; Zucchi 1984, 1985).

Según las crónicas más tempranas, en la región existieron sociedades complejas, conocidas como “palenques”, que poseían un patrón de asentamiento de tres niveles, construcciones defensivas, territorios de caza, lagunas de pesca y depósitos de armamentos y de provisiones. Las aldeas estaban unidas por redes de relaciones sociopolíticas y comerciales subordinadas. La economía agrícola incluía la producción centralizada y la redistribución de excedentes, y el intercambio comercial y ritual en fiestas y ceremonias, incluido el de artefactos exóticos. La estructura social palenque incluía caciques, jefes militares, especialistas religiosos o piaches, y gente del común. Los jefes gozaban de tratamiento diferencial diario, ritual y funerario, y la autoridad era hereditaria (Navarrete 2000; Rodríguez 1993). Sin embargo, las crónicas del siglo XVIII describieron a los mismos grupos como estructuras tribales. La literatura arqueológica y etnográfica actual apoya esta última visión de las organizaciones y transformaciones regionales (Rodríguez 1992; Navarrete 2000). En el caso del Unare, los españoles enfatizaron, en principio, los rasgos jerárquicos de las élites nativas. La misma denominación de *palenques* no es un etnónimo: los primeros cronistas describieron las estructuras defensivas (empalizadas) como un rasgo distintivo de estos grupos, aun cuando en los primeros encuentros los denominaron de acuerdo a los nombres de sus caciques (Navarrete 2000). No obstante, de las fuentes de la segunda mitad del siglo XVII y del XVIII emerge una imagen muy diferente. Según varios autores, las aldeas de primer y segundo orden ya no existían, los territorios ancestrales fueron abandonados y la estructura social jerárquica centralizada estaba desarticulada. Un rasgo clave de estas crónicas es la ausencia casi total de referencias a la jerarquía y a la complejidad, y su énfasis en la descripción de la vida cotidiana como simple e igualitaria (Navarrete 2000). Para el siglo XVIII, debido a la desaparición de numerosos grupos, la reubicación de asentamientos, la adaptación a nuevos ambientes, la pérdida de control sobre los recursos marinos, la fusión con

grupos del sur, la transformación de los mercados y el debilitamiento de las posiciones sociopolíticas tradicionales, los palenques se transformaron y se desplazaron hacia el sur, hacia el Orinoco y hacia el oeste, donde se unieron con kariñas y cumanagotos (Morales Méndez 1990).

Amaiz realizó un análisis contextual de carácter intra-sitio en El Cedro (al suroeste de San José de Guaribe, estado Guárico). El carácter homogéneo de los conglomerados de materiales culturales presenta al sitio como estructurado en un modelo igualitario, al menos a nivel de las unidades domésticas. Por otra parte, la existencia al interior del asentamiento de espacios como los talleres tampoco es contradictoria con una reconstrucción igualitaria de la sociedad. Sin embargo, como el estudio es de carácter intra-sitio, no se puede descartar que el sitio haya formado parte de una estructura jerárquica (Amaiz 2000).

En la actualidad, Navarrete y sus asociados continúan desarrollando un proyecto regional en la cuenca del Unare. El autor parte de la premisa de que la articulación de evidencias e interpretaciones arqueológicas y etnohistóricas es una alternativa metodológica para comprender los contenidos ideológicos en y sobre el pasado de la región, y propone que las transformaciones sociopolíticas palenques, y los cambios en su representación, son producto de la competencia entre las visiones históricas determinadas por los intereses de los agentes coloniales, y también de los especialistas que los han interpretado posteriormente (2000). En cuanto a la evidencia arqueológica, no se han recuperado, hasta ahora, evidencias claras de complejidad social. En cambio, se han podido identificar variantes estilísticas regionales para el Alto Unare (área de Pariaguán) que combinan rasgos barrancoides, arauquinoides y valloides. Para el Unare Medio (área de Zaraza y Onoto), la cerámica presenta rasgos de la serie Memoide. Finalmente, para el Bajo Unare (áreas de Clarines-Matuyure y Guaribe), donde se centra esta investigación, se ha encontrado el patrón típico de la cerámica Memoide, con microvariantes que muestran diferentes grados de interacción con otras tradiciones tardías: Orinoquense Tardía (Valloide), Costera Centro-Oriental (Valencioide, Ocumaroide y Guayabitoide) y Occidental (Dabajuroide y Tierroide). Según Navarrete, este horizonte de estilos tardíos con fuerte influencia dabajuroide está asociado a rasgos sociopolíticos que podrían significar algún tipo de proceso de “arawakización” (2006:59).

EL BAJO ORINOCO

Hasta hace poco, el período Precerámico del Bajo Orinoco era virtualmente desconocido. Cruxent identificó dos complejos en hipotética sucesión cronológica. El primero, llamado Tupuquén, consiste en una industria unifacial de núcleos y lascas de basalto,

ubicada en la confluencia de los ríos Cuyuní y Yuruari (estado Bolívar). Esta podría estar relacionada con la Flake Tradition, que alcanzaría hasta 3500 AP (Boomert 2000:47; Crucent 1972:32). El segundo complejo, Canaima, fue ubicado en las sabanas cercanas al Alto Caroní, y consiste en una industria bifacial caracterizada por puntas de proyectil triangulares, cuchillos bifaciales, raspadores plano-convexos y martillos. La edad exacta del complejo se desconoce, aunque Boomert lo asigna a la denominada subserie Canaiman de la serie Joboide. Materiales comparables del norte de Suramérica han sido fechados entre el Pleistoceno tardío y el Holoceno temprano (Boomert 2000:50-51; Crucent 1972; Rouse y Crucent 1963:34, 47-48).

En la región del Bajo Caroní, Sanoja y sus colegas han definido dos nuevas tradiciones: Caroní y Guayana. La primera estaba orientada a la explotación de los recursos de ríos, ciénagas y bosques de galería. En cambio, la tradición Guayana parece corresponder a un modo de vida recolector-cazador, que explotaba las selvas y sabanas del interior. Aunque ocupaban espacios contiguos a los de la tradición Caroní, los yacimientos de la Guayana están bien delimitados y diferenciados; su utillaje es diferente, e incluye una mayor variedad de materias primas, así como nuevos artefactos, entre ellos percutores esféricos y posibles boleadoras (Sanoja y Vargas 1999a; Sanoja et ál. 1994, 1996). La Guayana parece estar estrechamente relacionada con la tradición Atures, así como con el complejo Canaima. Con base en contextos geológicos y comparaciones tipológicas, se asigna una antigüedad relativa, para ambas tradiciones, de unos quince mil a diez mil años. La tradición Caroní comparte similitudes con la Itaparica, del Mato Grosso, y con Monte Alegre, en el Bajo Amazonas, mientras que la Guayana está relacionada con la tradición Umbú, del sur de Brasil (Sanoja y Vargas 1999:117-122).

La transición a la producción de alimentos es aún poco conocida. En la cueva del Elefante, un abrigo rocoso cercano a la confluencia del Orinoco y el Caroní, Sanoja y Vargas (1970) recuperaron raspadores, perforadores y *choppers* toscos, además de artefactos de piedra pulida para el procesamiento de vegetales, tales como ralladores, manos y boles de piedra, comparables a objetos de Banwari-Trace en Trinidad. En el cañón de Necuima, Armand (1983) encontró útiles similares, pero sin artefactos de piedra pulida. De acuerdo a Sanoja y Vargas, estos yacimientos representan la disolución de la formación de recolectores-cazadores en la cuenca del Orinoco (3000-5000 a. C.). En la parte baja del río Caroní, esta época se caracterizó por la coexistencia de diversas tradiciones de artefactos líticos y de hueso, y por la presencia de arte rupestre (Sanoja y Vargas 1999:123-124). En relación con las poblaciones agricultoras y ceramistas, Crucent y Rouse (1958-1959:213-237) proporcionaron la secuencia de estilos cerámicos que

todavía es aceptada por muchos especialistas, compuesta por cinco estilos: Saladero, Barrancas, Los Barrancos, Guarguapo y Apostadero.

El estilo Saladero (1050 a. C.-350 d. C.) se caracteriza por una cerámica fina, desgrasada con arena, y con formas como boles abiertos, ollas y botellas con engobe rojo, pintura roja sobre natural y blanco sobre rojo (figura 10). Las fechas asociadas al residuario se solapan con las de la siguiente ocupación, Barrancas. Sin embargo, se ha dado prioridad a la estratigrafía sobre las fechas radiocarbónicas, y se ha indicado que el material barrancoide refleja influencias del saladoide, mientras que no ocurre lo contrario, hecho que indica la mayor antigüedad del material saladoide (Cruxent y Rouse 1958-1959:220-222). Del estilo Barrancas (hacia 800 a. C.) es característica una cerámica de mayor espesor, con superficies ásperas e irregulares y bordes de pestaña macizos. Las formas como boles abiertos, ollas y botellas también son comunes, pero se añaden otras, como vasijas de doble vertedero y naviformes. La decoración es masiva y pesada, con mamelones, asas en D, modelado-inciso, punteado y engobe rojo y negro. El estilo Los Barrancos (500 d. C.) es más fino, y las formas como boles, ollas y botellas continúan, aunque estas últimas son menos frecuentes. Se observa una reducción en las pestañas hacia un borde triangular. La decoración modelada-incisa se hace más sofisticada y estilizada, y la pintura desaparece. El estilo Guarguapo (1000 d. C.) aparece junto al estilo Los Barrancos, y se incrementa en los niveles superiores. La alfarería está desgrasada con espículas de esponjas, y guarda relación con los estilos tardíos de la serie Arauquinoide. La decoración es escasa, pero se pueden apreciar rostros aplicados con ojos tipo “grano de café”, cadenetas aplicadas y diseños geométricos incisos. Finalmente, el estilo Apostadero (1400 d. C.) pareciera ser intrusivo y haber coexistido con el Guarguapo sin mezclarse. Los tiestos están desgrasados con arena. Las formas son sencillas y predominan los boles sobre las ollas. Estos materiales podrían tener relación con la serie Valloide, puesto que la asociación entre materiales desgrasados con espículas y con arena gruesa o roca molida es común en los sitios tardíos del Orinoco (Tarble y Zucchi 1984:438).

A partir de 1968, Sanoja y Vargas inician un proyecto con el propósito de revisar las hipótesis de Cruxent y Rouse sobre los orígenes y dispersión de las series Saladoide y Barrancoide, además de ofrecer una reconstrucción de los modos de vida barrancoides, para ofrecer un panorama más completo de la historia antigua de la región (Sanoja 1979:25-30). Sanoja estableció la llamada tradición Barrancas, compuesta de dos fases: Barrancas y Macapaima. Aunque Sanoja coincide, en líneas generales, con la secuencia de estilos barrancoides definidos por Cruxent y Rouse, difiere en cuanto a la cronología y al significado de los cambios estilísticos observados, y afirma que limitarse a ellos sería tener una

visión muy restringida del desarrollo de estas sociedades. Por esto, Sanoja definió una serie de períodos de desarrollo histórico-social para la tradición Barrancas, denominados Preclásico (\pm 900-600 a. C. - \pm 100-400 d. C.), Clásico (\pm 200-400 d. C. - 700 d. C.) y Post-Clásico (\pm 700-1000 d. C. - 1600-1700 d. C.); proporciona, así, tres etapas generales: un comienzo “formativo”, con un modo de vida aldeano agrícola estable, seguido por una etapa de florecimiento y, finalmente, una etapa de decadencia cultural (1979:254-260).



Figura 10. Vasija efigie, Saladero, estado Monagas (ilustración de Carlos Quintero, archivo IVIC).

En la región existen otras fases arqueológicas que no han podido ser relacionadas claramente con las tradiciones Barrancoide o Arauquinoide, por ejemplo, la fase Bañador (Nieves 1980). La cerámica es tosca, con boles abiertos de pestaña y vasijas carenadas con bordes corrugados, reminiscente de la tradición Tupiguaraní de la costa de Brasil. Esta fase está datada hacia 1430 d. C. La presencia de la fase Bañador en el Bajo Orinoco podría ser el resultado de procesos análogos a los que causaron la presencia de Caño Caroní en los llanos occidentales de Venezuela, y podría, por tanto, ser también producto de la influencia de la expansión Arauquinoide en el Bajo Orinoco (Nieves 1980:152-153; Sanoja y Vargas 1974:105-106; Zucchi 1985:35).

Boomert ofreció una perspectiva general de la prehistoria de Trinidad y Tobago, como parte del proceso de formación de un sistema interregional de intercambio ceremonial, que puede entenderse como una esfera de interacción que llegó a incluir el Medio y Bajo Orinoco, el golfo de Paria y la parte noroccidental de las costas de Guyana. El estudio se propone comprender la gran influencia barrancoide que exhiben los complejos cerámicos de las comunidades saladoides del Orinoco Medio, las Antillas Menores, las

Guayanas y la costa oriental de Venezuela. Concluye que tan temprano como en la parte final de la subserie Early Cedrosan (Saladoide Insular), rasgos cerámicos barrancoides se “filtraron” (sic) desde el Bajo Orinoco a las aldeas saladoides de la parte oriental del norte de Suramérica y el Caribe, y que este proceso pudo haber comenzado durante el establecimiento del estilo/complejo Los Barrancos (Barrancas Clásico), hacia 100 a. C. El estudio se refiere a la parte nuclear de este sistema de intercambio como la esfera de interacción del Bajo Orinoco. La ubicación del estilo/complejo Los Barrancos en el *apex* del delta del Orinoco ofreció grandes oportunidades para la interacción, el intercambio y la difusión de la cultura Barrancoide. El criterio fundamental para la definición de esta esfera de interacción fue la aparición, en sitios arqueológicos saladoides, de cerámica tipo Los Barrancos/Coporito, además de otras clases de artefactos claramente barrancoides. En Tobago, estas alfarerías de contacto suelen estar compuestas por vasijas ceremoniales usadas como ofrendas funerarias, y por otros artefactos como pipas e incensarios. Esto sugiere que estos artefactos de “comercio” fueron apreciados por los saladoides tanto por sus cualidades exóticas como por los mensajes simbólicos que portaban, ligados, posiblemente, a prácticas chamánicas. Se ha propuesto que la esfera de interacción del Bajo Orinoco estuvo destinada a la promoción de alianzas políticas asociadas al parentesco y a servicios rituales, y que el intercambio de materia, energía e información, en forma de mitos, historias, canciones, danzas, noticias y otras formas de conocimiento, debe haber sido clave para el mantenimiento de este sistema (Boomert 2000:442-444).

Respecto a la etapa tardía, se pueden observar grandes contradicciones entre el registro arqueológico y el etnohistórico. Los datos históricos del Bajo Orinoco muestran un cuadro de gran complejidad cultural, relaciones interétnicas y cierto nivel de estratificación social cuyo alcance es aún poco comprendido. Heinen ha documentado, a través de datos históricos, etnográficos y toponímicos, la existencia de una ruta comercial que se extendía desde Trinidad, por el delta suroriental a través de la sierra de Imataca, a las tierras altas de Guayana (1992:73-75). Boomert indica que la situación geográfica del complejo Los Barrancos es similar a la de Aruacay, un poblado indígena del siglo XVI identificado como una *gateway community*, que pudo haber jugado un importante papel en las redes de interacción multiétnicas observadas durante la época del contacto (2000:386). Pero se advierte también que el panorama de diversidad cultural que ilustran los documentos históricos contrasta con el panorama simplificado que ofrece la arqueología tardía, con solo dos estilos cerámicos: Guayabitan (Arauquinoide), equivalente al estilo Apostadero o Barrancas Post-Clásico, y la protohistórica cerámica Mayoide. Debido a esto, es muy difícil decir en qué medida las características arqueológicas

observables de la esfera de interacción del Bajo Orinoco reflejen sus características socioculturales (Boomert 2000:491-493).

Otros autores se inclinan por una reconstrucción más compleja de las organizaciones sociales locales. Whitehead sugiere que, alrededor de 1500 d. C., en los ríos Amazonas y Orinoco existieron diferentes macrosistemas amerindios caracterizados por una notable complejidad sociocultural y política, que surgieron gracias a la integración de diferentes unidades étnicas (1994:38-41). Whitehead identifica diversas jefaturas y por lo menos tres cacicazgos para el Bajo Orinoco, a principios del siglo XVI: Yao, Orinoqueponi y Tivitive, que podrían ser cacicazgos “típicos” o aún “máximos”, y superaban las diez mil personas (1998:155). El poder político derivaba del control sobre el comercio a larga distancia, en particular de bienes como artefactos de oro y algodón, y, además, del control sobre fuentes de recursos locales y mano de obra. El hallazgo de un pectoral de oro en el río Mazaruñi (Guyana) ha sido interpretado como evidencia de comercio de larga distancia desde Colombia, pero también podría apoyar noticias históricas de producción, comercio y uso de artefactos de oro elaborados en el ámbito local (Whitehead 1990:32-33; 1996).

En la región de Caruachi, Sanoja y sus asociados han establecido una secuencia de tres formaciones sociales: cazadores-recolectores, tribal agricultora y capitalista. Los datos disponibles para la formación tribal agricultora sugieren una ocupación intensiva del Bajo Caroní por parte de dos tradiciones: la Barrancas y la Cachamay. Los asentamientos de la Barrancas se ubican en la margen derecha del río Caroní y comienzan después del año 200 d. C., como resultado de la expansión barrancoide durante el período Clásico (Sanoja, Bencomo y Aguila 1994:26-27). Los sitios de la tradición Cachamay se ubican en la margen izquierda y aparecen como consecuencia de la fusión de grupos relacionados con la fase Macapaima, la tradición Arauquinoide y la tradición Barrancas. Se observó la existencia de grandes aldeas y la presencia de alfarería que combina motivos simplificados de los componentes arqueológicos mencionados. Las aldeas de la fase Cachamay podrían estar relacionadas con los señoríos o cacicazgos mencionados en las crónicas (1994:29-31):

No todos los especialistas del área están de acuerdo con estas narrativas. La imagen que está surgiendo del examen detallado de las fuentes históricas más tempranas es la de líderes políticos con una posición inestable o temporal, con funciones religiosas y rituales, en medio de un sistema interregional basado en el intercambio y el festejo ritual, y de la existencia de diferentes pueblos y grupos lingüísticos, como los nepoyos, chaimas, siawanis, kariñas, waraos, verotianis y guaiquerys. Se advierte que las propuestas que hacen énfasis en cacicazgos poderosos o federaciones étnicas podrían ser muy exageradas (Boomert 2000:393; Heinen y García-Castro 2000:561-562, 573-574).

DISCUSIÓN

En la parte final de este ensayo volvemos a las preguntas que nos planteamos en la introducción, a manera de síntesis y balance crítico. En primer lugar, con respecto a la posición geográfica y cultural de Venezuela, pareciera que las dificultades que encuentran los americanistas al manejar los datos procedentes del país indican que, si vamos a seguir utilizando la noción de Área Intermedia, sus límites y conceptualización deben ser revisados. Cuando se habla del occidente de Venezuela, la mayoría de los autores se refieren a los Andes y la cuenca del lago de Maracaibo, con menos énfasis en áreas como los llanos y el Orinoco, aunque su compleja historia ocupacional está directamente relacionada con el Área Andina, el noroccidente de Colombia, los llanos orientales y el noroccidente de la Amazonia. El cambio del interés de estudios sobre historia cultural a estudios procesuales concentrados en la comparación de secuencias evolutivas y en la variedad de formas de organización social, sin duda, inclinará la atención de muchos especialistas hacia las sociedades que habitaron nuestro territorio. En el campo metodológico, quizá más que definir límites de áreas culturales, necesitamos formular *categorías* intermedias de análisis que nos permitan conectar efectivamente regiones y sociedades específicas a mayores niveles de escala, sean regionales, interregionales o continentales (Gassón y Wagner 2004). Sin embargo, como hasta el más descuidado de los lectores habrá notado, un problema grave es la constante definición y redefinición de fases, estilos, series y tradiciones, así como el cambio de nombre de los sitios. Muchos autores simplemente ignoran el trabajo de sus predecesores, con el efecto de confundir, más que aclarar, la historia cultural del país. Sin aspirar a una nomenclatura universal o a un paradigma unificado, es importante respetar la terminología de los trabajos anteriores, o al menos establecer con la mayor precisión posible las equivalencias de los sitios, series y tradiciones, que en muchos casos suponen cambios de terminología, mas no de contenido (Lathrap y Oliver 1980:397).

En segundo lugar, un rasgo aún poco destacado de las comunidades más tempranas de Venezuela es la variabilidad en cuanto a cultura material y modos de vida. Sitios como Taima-Taima indican la existencia de cazadores especializados de megafauna con una antigüedad de, al menos, trece mil años. Pero el énfasis en sitios de matanza podría sobrestimar la importancia de los grandes animales o, para adoptar la mordaz expresión de Oliver, de la carne y las hamburguesas (Oliver y Alexander 2003:225). No obstante, un consenso creciente aboga por una visión más amplia de las actividades económicas y de la relación entre sociedad y ambiente. Sabemos ahora de la existencia de cazadores y recolectores antiguos de las selvas y sabanas del interior, sobre todo

en el Alto Orinoco y el Bajo Caroní (Barse 1990, 1995; Jaimes 1999; Sanoja et ál. 1994, 1996). Con respecto a los cazadores de megafauna, se producirán avances importantes cuando se localicen sitios de diferentes clases (no solo de matanza), con materiales en contextos estratigráficos claros y en otras áreas (la costa, islas, montañas, etc.), que permitan ampliar nuestra comprensión histórica y ecológica de los grupos humanos que ocuparon el noroeste del país durante el final del Pleistoceno y comienzos del Holoceno (Jaimes 1999:119).

En el Orinoco Medio las comunidades más tempranas de agricultores y ceramistas se asentaron en La Gruta, entre 2500 y 1600 a. C., si tomamos la cronología “larga” de Rouse (1978) y Roosevelt (1997); o en Agüerito, una población cedeñoide de ceramistas sin agricultura o con horticultura incipiente, cerca de 1000 a. C., si se adopta, en cambio, el modelo de Zucchi et ál. (1984). En el Alto Orinoco tenemos el complejo Galipero, que se ubica entre 3500 y 720 AP, que también podría estar relacionado con la serie Cedeñoide del Orinoco Medio (Barse 1999:366). En el Bajo Orinoco figura el período Barrancas “Preclásico”, entre \pm 900-600 a. C., de acuerdo a la cronología y nomenclatura de Sanoja (1979). En el occidente está la fase Hokomo, en el lago de Maracaibo, con una larga secuencia de 1000 a. C. a 1000 d. C. (Gallagher 1976); Caño del Oso, en los llanos occidentales, hacia 920 a. C., si aceptamos esta fecha, mucho más temprana que las otras obtenidas en el montículo 1 de Hato de la Calzada (Zucchi 1972a:442); y Tocuyano, en los valles intermontanos del estado Lara, hacia 295 a. C., fecha que podría extenderse hasta 600-500 a. C., según la mayoría de los especialistas (por ejemplo, Arvelo 1999). La fecha asignada al conocido sitio de Rancho Peludo, en Zulia, de 2820 ± 150 a. C. debe ser definitivamente descartada (de acuerdo al concluyente estudio de Núñez-Regueiro et ál. 1985). Es notable que estas sociedades se hayan adaptado a ambientes tan diferentes y apartados, y que su cultura material fuera tan rica y compleja. Respecto a estas comunidades “formativas”, Hoopes ha afirmado que el reconocimiento de la gran variación de estrategias adaptativas y de cultura material es un paso importante para comprender la naturaleza de las organizaciones sociopolíticas del Área Intermedia (1992:47).

Tercero, aún sabemos relativamente poco acerca de los sistemas de subsistencia y asentamiento. Los datos disponibles indican que en la etapa más temprana debemos incluir la presencia de cazadores especializados de tierras áridas, sabanas y bosques tropicales; plantadores incipientes, recolectores y pescadores marinos, y sociedades ceramistas sin agricultura. Datos arqueológicos e históricos posteriores indican claramente que en Venezuela *coexistieron* una gran diversidad de modos de vida y niveles de organización, que incluían recolectores y cazadores, pescadores especializados y productores de alimentos igualitarios y jerarquizados (Morey 1976:41-42).

Los agricultores de las tierras altas utilizaron una amplia gama de estrategias productivas, que comprendían terrazas, canales, sistemas de riego y agricultura de vega en el piedemonte. Se ha señalado con frecuencia a estas tecnologías como indicadores de sociedades jerárquicas (Puig 1989:26); pero se ha dicho también que la intensificación agrícola no es necesariamente un indicador de cacicazgos, ni el cacicazgo una condición necesaria para la intensificación de la producción. Muchos sistemas de irrigación andinos tienden a ser de pequeña escala, basados en conocimientos locales y manejados colectivamente a través de decisiones tomadas en consenso (Guillet 1992:7). En las tierras bajas se emplearon huertos domésticos, agricultura de roza y quema en bosques, y “cultivo limpio” en sabanas y riberas inundables. Además, estructuras como campos drenados, elevados y canales fueron empleadas en el cultivo de las sabanas húmedas. La diversidad de sus formas, tamaños y contextos ecológicos permite suponer variaciones en funciones, tipos de cultivos, grupos étnicos, estructura social y cronología, por lo que las explicaciones monocausales acerca de su origen, historia y desaparición podrían ser cuestionables (Gassón 1998; Spencer et ál. 1994:120-123; Zucchi 1984; Zucchi y Denevan 1979).

En cuanto a los tipos de cultivos, se sigue usando la conocida dicotomía que opone semicultura y vegeticultura (Sanoja 1981). Wagner ha criticado la excesiva confianza de los arqueólogos en los “súper cultivos” como el maíz y la yuca para reconstruir las economías agrícolas, y su desconocimiento de otras plantas que ya no forman parte de las dietas modernas (1982:217-219). Esta crítica fue confirmada en el Orinoco, donde el análisis de restos botánicos y de artefactos mostró patrones complejos de procesamiento de alimentos, que podrían no haber incluido el uso de la yuca y/o el maíz como base de la dieta. Esto implica que las analogías etnográficas no son adecuadas para comprender a los agricultores prehispánicos (Perry 2001, 2002).

Respecto a los patrones de asentamiento, aún es mucho lo que hay que hacer. Los estudios sobre unidades domésticas prehispánicas han sido relativamente escasos y descriptivos (Durán 1993:16; Oliver 1997:365; Sanoja 1998:140; Vargas 1969:29). Los datos sobre la estructura de aldeas y poblados son todavía más escasos (Durán 1993; Spencer y Redmond 1992). Estudios regionales sugieren que la disponibilidad de recursos no fue el único criterio para la localización y conformación de los patrones de asentamiento, y que la capacidad de carga no es algo inherente a la naturaleza e independiente de la cultura, sino que varió de acuerdo con la tecnología, la organización social, las historias locales y la ecología (Arvelo 1995; Scaramelli 2005; Spencer y Redmond 1992; Tarble 1993).

Cuarto, sobre la variabilidad de las formas de organización social, los datos indican con fuerza que el uso de tipologías sociales tradicionales tiende más bien a oscurecer la gama de las organizaciones políticas. En muchas partes, el concepto de tribu no

significa más que aldeas agrícolas que comparten estilos similares de cerámica, pero desconocemos si existieron otros niveles de integración entre ellas, aparte de las redes de intercambio, que no son particularmente útiles para *definir* unidades sociopolíticas. Sistemas de tipo “gran hombre” y sistemas duales son mencionados con frecuencia, pero la vaguedad de muchas de estas descripciones deja sospechar que, en realidad, solo se reconoce algún tipo de rango o jerarquización que no es posible identificar con precisión. Por ejemplo, parece difícil definir la relación que existía entre las personalidades destacadas y la gente del común en el área andina. Los datos arqueológicos e históricos tempranos de Mérida y Táchira solo indican diferencias en prestigio y riqueza a nivel de las unidades familiares, sin evidencias claras de un nivel de integración por sobre la unidad doméstica. No hay indicios precisos sobre la presencia de caciques poderosos y, en cambio, se mencionan especialistas religiosos (mohanes) e individuos prominentes debido a su riqueza. Aunque a los mohanes se les tributaba, no parecen haber creado una economía política en oposición a la economía doméstica. El caso de las sociedades andinas muestra que la noción de cacicazgo podría limitar, más que ayudar a avanzar en nuestro conocimiento, ya que se ha utilizado a priori para explicar las características de la tecnoeconomía y las diferencias sociales.

Algunos de los sistemas duales del occidente de Venezuela podrían tener su origen en la antigua matriz cultural arawak, caracterizada por: 1) agricultura intensiva, con producción de excedentes; 2) sistemas regionales de asentamiento, con aldeas grandes y densas, organizadas en torno a espacios públicos, o de forma circular y conectadas por redes de caminos; 3) sistemas de parentesco jerárquicos; 4) jerarquías rituales y políticas, que podían cambiar entre modos centralizados e igualitarios, de acuerdo a las circunstancias; 5) fiestas y ceremonias rituales con funciones políticas. La combinación de estos factores, en diferentes grados y bajo diversas circunstancias, les permitió un alto nivel de adaptación, diversidad y complejidad a las antiguas sociedades de lengua arawak (Heckenberger 2002:111; Vidal 1997:23).

En relación con los hablantes de lenguas caribes, observamos algo similar. Como se mencionó más arriba, estas sociedades también comparten principios estructurales, como: 1) agricultura de roza y quema, complementada con caza, pesca y recolección; 2) aldeas dispersas y políticamente autónomas, aunque unidas por diversos vínculos sociales, que no implicaban federaciones o sistemas regionales jerárquicos; 3) sistemas de parentesco con base en la familia extendida como unidad primaria de producción y consumo; 4) jefaturas no autoritarias, con alianzas coyunturales para enfrentar problemas o peligros comunes. Los ancianos y chamanes también eran figuras de importancia; 5) división sexual del trabajo con escasa especialización, y existencia de redes de

circulación de productos, servicios e información (Morales Méndez y Arvelo-Jiménez 1981). Entre los caribes históricos de la región central hubo al menos dos modalidades de organización política: una descentralizada, habitual, y otra centralizada, ocasional, que se activaba de acuerdo a circunstancias extraordinarias (Biord 2005:175-178). Aunque entre las poblaciones caribes más antiguas, como los habitantes del lago de Valencia, los arauquinoides del Orinoco o los caribes de la cuenca del Unare, pudo haber cierto grado de centralización, la evidencia no es concluyente (Navarrete 2000, 2006; Oliver et ál. 1998; Roosevelt 1987; Spencer 1998; Vargas 1990). Aún más problemáticas lucen las reconstrucciones sobre las organizaciones sociopolíticas del Alto y Bajo Orinoco, donde la presencia de redes sociales interétnicas ha sido interpretada en un espectro que abarca desde sistemas igualitarios o de tipo “gran hombre”, hasta la existencia de macrosistemas políticos o cacicazgos “máximos” de decenas de miles de personas (Boomert 2000; Heinen y García-Castro 2000; Sanoja y Vargas 1999a; Whitehead 1998).

Luego parece que algunos de los “cacicazgos” más conocidos de Venezuela no encajan confortablemente en esa categoría. Por ejemplo, las sociedades del estado Falcón no poseían una jerarquía regional de asentamientos, ni una organización militar efectiva. Los datos de Lara y Yaracuy indican que no es tan sencillo identificar las organizaciones políticas del pasado: poseemos interpretaciones muy distintas, que van desde un modelo descentralizado hasta la gestación de un estado primario (Arvelo 1995; Salazar 2003). Parece claro que la historia de la población valencioide no debe verse como una secuencia de evolución unilineal, sino como un caleidoscopio de períodos de progreso y recesión entre una o más unidades políticas en una red compleja de interacciones de diversa naturaleza, intensidad y duración (Antczak 1999). En los llanos occidentales, la identificación de cacicazgos fue una conclusión del análisis más que una premisa del estudio. Sin embargo, el estudio comparativo con regiones vecinas demuestra que estos conceptos siempre pueden ser cuestionados o mejorados (Redmond et ál. 1999). En conclusión, aunque hemos avanzado notablemente en los últimos años, el conocimiento de las antiguas formas de organización social aún está en sus comienzos (Gassón 2001:201-203; Navarrete 2006:64-66).

Quinto, en la explicación de los contactos socioculturales a escalas mayores, hemos avanzado desde las explicaciones con base en microprocesos históricos, como migraciones y difusiones (que aún tienen un espacio importante e innegable en nuestra arqueología), al estudio de redes de sociedades en interacción.

Por ejemplo, se ha afirmado con frecuencia que redes de intercambio conectaban regiones tan lejanas como los Andes, los llanos y las Guayanas. Esta área ha sido vista

como una totalidad integrada por sociedades parcialmente especializadas e interdependientes debido a diferencias ecológicas, en donde la reciprocidad, el multilingüismo y la ausencia de jerarquías políticas avanzadas fueron los elementos constitutivos de un sistema de interdependencia regional que abarcó buena parte de la cuenca del Orinoco (Arvelo-Jiménez y Bjord 1994; Arvelo-Jiménez et ál. 1989; Morey 1975, 1976; Morey y Morey 1975). No obstante, la evidencia arqueológica cuestiona la existencia de circuitos comerciales extensos y regulares, y la comprensión de las sociedades de la Orinoquia como básicamente igualitarias. Sin negar la existencia de bienes perecederos de uso cotidiano, muchos de los objetos comerciales sugieren, mejor, la existencia de sistemas de bienes de prestigio. En los llanos, la circulación y competencia por bienes de prestigio fue un elemento crítico para el cambio social, ya que la producción, la redistribución y la competencia por su control fueron mecanismos que promovieron la aparición de jerarquías y desigualdades sociales (Gassón 1996:140-143; Redmond 1994:51-52; Spencer 1994:42-43).

Arvelo y Wagner plantearon la existencia de una esfera de interacción del noroeste de Suramérica, que sirvió para explicar las relaciones estilísticas entre las cerámicas antillanas y las de tierra firme (1984:54-55). Antczak y Antczak proponen la existencia de una esfera de interacción valencioide, que reconoce la unidad estilística de la serie Valencioide, e indica algún tipo de contacto entre sus componentes. Boomert incluyó a Trinidad y Tobago, el Medio y Bajo Orinoco, el golfo de Paria y las costas de Guyana como parte de una esfera de interacción que estuvo destinada a promocionar alianzas políticas y servicios rituales entre sociedades igualitarias o de tipo “gran hombre” (Boomert 2000:442-444). Vidal utilizó el concepto de macrosistemas políticos, en la región amazónica, como un nivel de integración que superaba la aldea y la región, y que fue la expresión física de jerarquías políticas complejas.

Al final de la época prehispánica, la dicotomía cultural que plantearon Cruxent y Rouse para el período Neoindio o Formativo se fue “atenuando”, esto es, que las diferentes sociedades del país mantuvieron relaciones e intercambios culturales frecuentes, que aún no podemos comprender, pero que podemos reconocer como una especie de horizonte tardío caracterizado por la presencia de estilos “híbridos”, reconocibles desde el piedemonte de Táchira, el noroeste de Venezuela, el área de Turén, en Portuguesa, los materiales de las costa central y la cuenca del Unare, hasta el estilo Apostadero, en el oriente de Venezuela (Arvelo 2003; Cruxent y Rouse 1958-1959; Durán 1986; Navarrete 2006; Wagner 1972b; Zucchi y Tarble s.f.). Será interesante elucidar la naturaleza de las relaciones que hubo entre estas sociedades tardías. En todo caso, un enfoque dirigido a comprender la acción y el rol específico de los diferentes grupos étnicos y sectores

políticos en el surgimiento y desarrollo de redes específicas parece más adecuado que tratar de generalizar sobre la naturaleza “igualitaria” o “jerarquizada” de estos sistemas de interacción. Sistemas particulares podrían haber estado organizados según principios muy diferentes, tales como el intercambio desigual en “sistemas-mundo”, el intercambio igualitario entre grupos descentralizados, “jeterarquías” entre grupos políticamente equivalentes, y el intercambio de bienes de prestigio entre élites en áreas extensas y poco definidas. La constitución de macrosistemas dominados por grupos étnicos emergentes, así como la transformación en las funciones de ciertas instituciones económicas, podrían ser producto de la colonización europea (Zucchi y Gassón 2003).

En sexto lugar, con relación al problema del cambio sociocultural, los enfoques clásicos tenían poco que decir al respecto. La historia cultural concibe el pasado como conjuntos culturales distribuidos en coordenadas de tiempo-espacio, donde el cambio es producto de la migración humana o la difusión de rasgos culturales (Cruxent y Rouse 1958-1959:305-308), mientras que la arqueología social lo ve como una serie de estratos compuestos por formaciones sociales, en donde el cambio es producto de la contradicción sociedad-naturaleza (Sanoja y Vargas 1974:21). A partir de finales de la década de los setenta se desarrolló una tradición de trabajo que ve en la presión poblacional una de las condiciones fundamentales para el cambio social. Este modelo ha sido utilizado para explicar el desarrollo de sistemas agrícolas intensivos y de sociedades complejas, como resultado de la interacción entre el crecimiento poblacional y las condiciones ecológicas del Orinoco Medio y los llanos occidentales (Roosevelt 1980; Spencer 1998; Zucchi y Denevan 1979). Pero nuevos modelos de interacción social igualitaria o jeterárquica, de evolución multilineal, de cacicazgos cíclicos, y de migraciones y poblamiento con base en sistemas de parentesco y estructuras políticas, sugieren que las relaciones de producción y el cambio histórico tuvieron, junto a los procesos de cambio ambiental, un papel crítico en la transformación y evolución de las sociedades antiguas venezolanas (ver, por ejemplo, Arvelo 2003; Biord 2005; Scaramelli 2005; Spencer y Redmond 1994; Redmond et ál. 1999; Zucchi 2002). Lange (1992), correctamente, invirtió la pregunta tradicional: ¿por qué estas sociedades nunca se convirtieron en estados?, a ¿cómo las sociedades del Área Intermedia pudieron mantenerse generalmente estables durante tanto tiempo? Si bien podemos observar la permanencia de tradiciones tecnoeconómicas y estilísticas muy prolongadas, esto no significa que no haya habido transformaciones y cambios importantes entre sus portadores. El cambio de los estudios concentrados en la tecnoeconomía como reflejo de las relaciones sociedad-naturaleza, a una concepción dinámica con énfasis en las relaciones entre las poblaciones humanas y el estudio de múltiples escalas de análisis arrojarán nueva luz sobre muchos problemas de la historia prehispánica venezolana.

En séptimo y último lugar, resulta sorprendente que no se haya prestado mayor atención a la presencia de los lenguajes arawaks en algunos estudios de síntesis sobre el Área Intermedia, en los que solo se destaca la presencia de tres familias lingüísticas: chibchan, paezan y macro-cariban (Lange 1992:10; Willey 1971:278). Como hemos visto, según Lathrap (1970) la expansión arawak comenzó hace unos cinco mil años en la región central del río Amazonas. El modelo destacaba la migración de los hablantes de lenguas proto-arawaks y portadores de la cerámica Saladoide hacia el Orinoco, a través de la ruta río Negro-Casiquiare-Alto Orinoco, que luego fueron desplazados por los proto-maipures portadores de la alfarería Barrancoide, lo que forzó a los saladoides a emigrar hacia el noroeste de Venezuela y las Antillas. Sin embargo, Zucchi demostró que el modelo es cuestionable desde su raíz, ya que no encontró evidencias de estas series cerámicas en el río Negro-Alto Orinoco. Por esto, desarrolló un nuevo esquema sobre la expansión de los grupos arawak-maipures desde la cuenca amazónica hacia distintos puntos del norte de Suramérica y las Antillas. Según Zucchi, los portadores de la denominada tradición de Líneas Paralelas posiblemente fueron hablantes del grupo maipure del norte, o grupos vinculados a ellos. Su distribución geográfica indica la ocupación y dispersión en el norte de Suramérica a partir del área ancestral en la cuenca del río Negro (Zucchi 2002). Modelos de dispersión de las lenguas arawaks en el occidente de Venezuela, como el de Oliver (1989), deberán ser reconsiderados a la luz de esta propuesta.

Zucchi relaciona a los portadores de la alfarería Arauquinoide con los caribes, y visualiza su desarrollo como un proceso compuesto por tres etapas: Temprana (400-500 d. C.), durante la cual comenzaron un proceso de articulación con las poblaciones ya presentes en el Orinoco; Intermedia (500-1000 d. C.), en la que los nexos entre los arauquinoide y estas poblaciones ganan en extensión y profundidad; y Tardía o de Dominación (1000-1400 d. C.), en la que se produjo una saturación de las riberas inundables, que provocó el desplazamiento o “expansión” de los arauquinoide y otras poblaciones a nuevas áreas (Zucchi 1985:26-37; 1988:461). Tarble destacó la heterogeneidad caribe en cuanto a lengua, organización social y patrones de asentamiento y subsistencia; definió tres estrategias básicas de expansión: fluviales, interfluviales y de sabana; y compuso un modelo de cuatro etapas: 1) a partir de 3000 a. C., cuando los proto-caribes comienzan a dispersarse a partir de las Guayanas; 2) alrededor de 1000 a. C., con la introducción del cultivo de la yuca y la expansión por las sabanas, donde ocurre un proceso de separación lingüística; 3) entre 400 y 600 d. C., con mayor evidencia de expansión a través de los grandes ríos; y 4) entre 600 y 1000 d. C., cuando la población arauquinoide domina el Orinoco y regiones adyacentes (Tarble 1985:65-68). Estos modelos son complementarios, ya que coinciden con Lathrap, quien relaciona la cerámica

desgrasada con espículas de esponja con los caribes (1970), y con Durbin, quien indica que la mayoría de los caribes de Venezuela provienen de las Guayanas (1977).

Con relación a la región andina, muchos siguen la conocida división de los aborígenes en dos grupos: timotes y cuicas, lo que ha ofrecido un esquema básico, pero también ha confundido unidades culturales y lingüísticas. Estas poblaciones estaban, efectivamente, relacionadas con la región chibcha y tairona de Colombia. Pero aquellas no son las únicas relaciones que se pueden señalar. Otras lenguas como el timote presentan una estructura gramatical arawak. Además, según Clarac de Briceño, la información etnográfica indica la presencia de arawaks en la cordillera. A pesar de que no se conocen indicadores arqueológicos del contacto entre las poblaciones de Lagunillas (Mérida) y el sur del lago de Maracaibo, los descendientes de los indígenas de Lagunillas se reconocen como emparentados con los wayuus u otros grupos de lengua arawak (Clarac de Briceño 1990:40-41). En conclusión, las evidencias arqueológicas y lingüísticas permiten establecer que la cordillera de Mérida no estaba poblada para la época de contacto por un solo grupo étnico, y sugieren, en cambio, que fue ocupada por distintas oleadas poblacionales provenientes de la región nor-central del país, de la cuenca suroccidental del lago de Maracaibo, y por grupos provenientes de los llanos occidentales (González 2004; Gordones y Meneses 2004:52).

CONCLUSIÓN

Es difícil tratar de definir el pasado y su relación con el presente. Muchas veces no sabemos cuales son los presupuestos, fuerzas y conceptos detrás de la creación del pasado. Por otra parte, pareciera hasta irresponsable ocuparse del pasado, dadas las urgencias del presente. No obstante, dado que la identidad se nutre del pasado, deberíamos saber cómo lo imaginamos, y cuáles son las consecuencias de la creación de esas imágenes. Aceptaremos que el pasado es una construcción discursiva del presente, pero no es solo una proyección imaginaria del presente hacia atrás: aunque el pasado ya no existe, sus efectos continúan con nosotros (Eagleton 1988). En un país donde aún no sabemos qué hacer con el pasado, en donde los fundamentos de la venezolanidad recién empiezan en la Colonia o en la Independencia, en donde se proponen Estados primitivos, o por el contrario, dudamos que la evolución social ocurrió, parece necesario el esfuerzo. Hay demasiadas cosas que se afirman sobre el pasado que pasan sin ser examinadas. En consecuencia, las que pueden ser hipótesis o ideas interesantes se vuelven verdades incontestables por el prestigio de quien las expresa, o por su capacidad de difusión, o en la medida en que satisfacen prejuicios o expectativas psicológicas o políticas.

Los paradigmas dominantes en Venezuela, la arqueología normativa y la arqueología social, a pesar de haber sido útiles y poderosos en su día, han entrado francamente en una etapa de estancamiento y decadencia, que bien podemos llamar (aunque suene anticuado) crisis de representación. Según estos modelos tradicionales, la mayoría de los problemas de la arqueología venezolana se encuentran ya resueltos, por lo que solo podemos añadir detalles o pies de página a un pasado que conocemos bastante bien. En este ensayo hemos visto que, si bien estos modelos sirvieron para conocer la profundidad temporal y la variedad de las culturas venezolanas, y para comprender que el pasado no está compuesto por artefactos, sino por acciones humanas, muchos de los problemas fundamentales de nuestra historia prehispánica continúan sin resolver.

El epígrafe de Saramago expresa mejor que yo mis preocupaciones y la intención de este trabajo. No pretendo para nada fiscalizar lo que otros digan, o decir que yo hago o pienso mejor que otros. Pero sí quiero ver qué hay debajo de las piedras que cubren el camino hacia nuestro pasado.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer, en primer lugar, la infinita paciencia de Cristóbal Gnecco y Víctor González para esperar y aunar este ensayo. Agradezco también a los numerosos colegas que me suministraron datos, ilustraciones, artículos, libros y comentarios. Como dicta la costumbre, las interpretaciones y errores son de mi exclusiva responsabilidad.

REFERENCIAS

- Aguado, Pedro de, fray
1987 *Recopilación histórica de Venezuela, vols. I y II*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Aguilera, Jesús Antonio
1981 *Venezuela y sus ambientes naturales*. Universidad Central de Venezuela - Colegio Universitario de Carúpano, Caracas.
- Amaiz, George
2000 *El espacio habitado: modelos de organización interna de un asentamiento memoide. El Cedro, estado Guárico, Venezuela*. Tesis de grado, Escuela de Antropología, Universidad Central, Caracas.
- Antczak, Andrzej
1999 *Late Prehistoric Economy and Society of the Islands off the Coast of Venezuela: A Contextual Interpretation of the Non-ceramic Evidence*. Disertación doctoral, Institute of Archaeology, University College, London.
- Antczak, Andrzej, y María Magdalena Antczak
1991 Análisis del sistema de los asentamientos prehistóricos en el archipiélago de Los Roques. *Montalbán* 23:335-286.
1993 Avances en la arqueología de las islas venezolanas. En *Contribuciones a la arqueología regional de Venezuela*, editado por Francisco Fernández y Rafael Gassón, pp. 53-92. Fondo Editorial Acta, Caracas.
1993 *Los ídolos de las Islas Prometidas. Arqueología prehispánica del archipiélago de Los Roques*. Equinoccio, Caracas.
- Ardila, Gerardo
1996 *Los tiempos de las conchas*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Armand, Jorge
1983 El sitio arqueológico de Necuima en el Bajo Caroní, Guayana venezolana: un caso de transición cultural. *Boletín Antropológico* 4:36-40.
- Arroyo, Miguel, Lourdes Blanco y Erika Wagner
1999 *El arte prehispánico de Venezuela*. Fundación Galería de Arte Nacional, Caracas.
- Arvelo, Lilliam
1987 *Un modelo de poblamiento prehispánico para la Cuenca del Lago de Maracaibo*. Tesis de Maestría, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.
1995 *The Evolution of Prehispanic Complex Social Systems in the Quíbor Valley, Northwestern Venezuela*. Disertación doctoral, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
1996 Modelo de poblamiento para la Cuenca del Lago de Maracaibo. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Lan-gebaek y Felipe Cárdenas, pp. 75-106. Universidad de los Andes, Bogotá.

- 1999 Tribus, analogía etnográfica y arqueología. Los grupos tocuyanoides tempranos en el Noroccidente de Venezuela. *Acta Científica Venezolana* 50:70-78.
- 2003 ¿Cacicazgos o tribus? Sistemas socio/políticos regionales en el Noroccidente de Venezuela (1000 - 1530 d. C.): evidencia arqueológica y etnohistórica. *Arqueología del Área Intermedia* 5:15-49.

Arvelo, Lilliam, y Erika Wagner

- 1981 Las Tortolitas: un yacimiento arqueológico del distrito Mara, estado Zulia, Venezuela. Informe preliminar. *Boletín del Programa de Arqueología de Rescate* 3:103-170.
- 1984 Relaciones estilísticas cerámicas del Noroeste de Suramérica con las Antillas. En *Relaciones prehispánicas de Venezuela*, editado por Erika Wagner, pp. 51-66. Fondo Editorial Acta Científica, Caracas.
- 1993 Investigaciones prehistóricas y etnohistóricas en la Depresión del Yaracuy, Venezuela. En *Contribuciones a la arqueología regional de Venezuela*, editado por Francisco Fernández y Rafael Gassón, pp. 17-52. Fondo Editorial Acta Científica, Caracas.

Arvelo-Jiménez, Nelly, y Horacio Biord

- 1994 The Impact of Conquest on Contemporary Indigenous Peoples of the Guiana Shield. The System of Orinoco Regional Interdependence. En *Amazonian Indians from Prehistory to the Present: Anthropological Perspectives*, editado por Anna Roosevelt, pp. 55-78. University of Arizona Press, Tucson.

Arvelo-Jiménez, Nelly, Filadelfo Morales y Horacio Biord

- 1989 Repensando la historia del Orinoco. *Revista de Antropología* 5(1-2):155-174.

Barse, William

- 1989 *A Preliminary Archaeological Sequence in the Upper Orinoco Valley, Territorio Federal Amazonas, Venezuela*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Catholic University of America, Washington.
- 1990 Pre-ceramic Occupations in the Orinoco River Valley. *Science* 250:1388-1390.
- 1995 El período Arcaico en el Orinoco y su contexto en el norte de Suramérica. En *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, editado por Inés Cavalier y Santiago Mora, pp. 99-114. Instituto Colombiano de Antropología - Fundación Erigaie, Bogotá.
- 1999 La etapa Formativa en la cuenca del Orinoco: sistemáticas de tiempo-espacio. En *Formativo sudamericano. Una reevaluación*, editado por Paulina Ledergerber-Crespo, pp. 366-379. Abya-Yala, Quito.
- 2000 Ronquín, AMS Dates, and the Middle Orinoco Sequence. *Interciencia* 25(7):337-341.

Biord, Horacio

- 2005 *Niebla en las sierras. Los aborígenes de la región centro-norte de Venezuela (1550-1625)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

Boomert, Arie

- 2000 *Trinidad, Tobago and the Lower Orinoco Interaction Sphere. An Archaeological/ethnohistorical Study*. Cairi, Alkmaar.

Bray, Warwick

- 1984 Across the Darien Gap: A Colombian View of Isthmian Archaeology. En *The Archaeology of Lower Central America*, editado por Fred Lange y Doris Stone, pp. 305-337. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1995 Searching for Environmental Stress: Climatic and Anthropogenic Influences on the Landscape of Colombia. En *Archaeology in the Lowland American Tropics*, editado por Peter Stahl, pp. 96-112. Cambridge University Press, Cambridge.

Bryan, Alan

- 1979 The Significance of the Taima-Taima Site from the Perspective of America as a Whole. En *Taima-Taima. A Late Pleistocene Paleo-Indian Kill Site in Northernmost South America*, editado por Claudio Ochsensus y Ruth Gruhn, pp. 111-119. Cpipics - South American Quaternary Documentation Program, Bonn.

Bruhns, Karen Olsen

- 1994 *Ancient South America*. Cambridge University Press, Cambridge.

Chase-Dunn, Christopher, y Thomas Hall (editores)

- 1991 *Core-periphery Relations in the Pre-capitalist World*. Westview Press, Boulder.

Coe, Michael

- 1962 Costa Rican Archaeology and Mesoamerica. *Southwestern Journal of Anthropology* 18:170-183.

Correal, Gonzalo

- 1979 *Investigaciones arqueológicas en abrigos rocosos de Nemocón y Sueva*. FIAN, Bogotá.

Clarac de Briceño, Jacqueline

- 1990 Los arawak en la cordillera de Mérida. Dinámica de su encuentro prehispánico con el grupo anterior según información etnográfica. *Boletín Antropológico* 18:39-42.

Cruxent, José María

- 1952 Notes on Venezuelan Archaeology. A Preliminary Account of the Causeways in the State of Barinas. En *Indian Tribes of Aboriginal America*, editado por Sol Tax, pp. 280-294. University of Chicago Press, Chicago.
- 1962 Artifacts of Paleo-Indian Type, Maracaibo, Zulia, Venezuela. *American Antiquity* 27(4):576-579.
- 1971 Apuntes sobre arqueología venezolana. En *Arte prehispánico de Venezuela*, editado por Miguel Arroyo, José María Cruxent y Sagrario Pérez, pp. 19-59. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas.
- 1972 Tupuquen: un yacimiento con lítica de tipo paleoindio. *Acta Científica Venezolana* 23.

Cruxent, José María, e Irving Rouse

- 1958-1959 *An Archaeological Chronology of Venezuela*. Pan American Union, Washington, D. C.
- 1982 *Arqueología cronológica de Venezuela*. Ernesto Armitano, Caracas.

DeBoer, Warren

- 1998 Review of "Excavations at Coroza, Venezuela: Stratigraphy and Ceramic Seriation", by Anna Curtenius Roosevelt. *Latin American Antiquity* 9(3):277-278.

Denevan, William

- 1991 Prehistoric Roads and Causeways of Lowland Tropical America. En *Ancient Road Networks and Settlement Hierarchies in the New World*, editado por Charles Trombold, pp. 230-242. Cambridge University Press, Cambridge.

Denevan, William, y Alberta Zucchi

- 1978 Ridged Field Excavations in the Central Orinoco Llanos, Venezuela. En *Advances in Andean Archaeology*, editado por David Browman, pp. 235-245. Mouton, The Hague.

Drennan, Robert

- 1987 Regional Demography in Chiefdoms. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos A. Uribe, pp. 307-324. University Press of America, Lanham.

Donkin, Richard

- 1979 *Agricultural Terracing in the New World*. University of Arizona, Tucson.

Durán, Reina

- 1986 El Palmar: un yacimiento arqueológico en el pie de monte Andino. *Boletín Informativo del Departamento de Antropología* 5:3-11.
- 1988 Informe de excavación del Distrito Libertador: yacimiento "San Miguel", caserío Los Monos. *Boletín Informativo del Departamento de Antropología* 7:9-70.
- 1993 Una aldea prehispánica en Colinas de Queniquea. *Boletín Informativo del Departamento de Antropología, Dirección de Cultura y Bellas Artes de San Cristóbal Venezuela* 10:5-69.
- 1998 *La prehistoria del Táchira*. Excavaciones arqueológicas. Lito Formas, San Cristóbal.

Durbin, Marshall

- 1977 A Survey of the Carib Language Family. En *Carib-speaking Indians, Culture, Society and Language*, editado por Ellen Basso, pp. 23-38. University of Arizona Press, Tucson.

Eagleton, Terry

- 1988 *Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria*. Cátedra, Madrid.

Gallagher, Patrick

- 1976 *La Pitía: An Archaeological Series in Northwestern Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology No. 76, New Haven.

Garson, Adam

- 1980 *Prehistory, Settlement and Food Production in the Savanna Region of La Calzada de Páez, Venezuela*. Disertación doctoral, Yale University, New Haven.

Gassón, Rafael

- 1996 La evolución del intercambio a larga distancia en el nororiente de Suramérica: bienes de intercambio y poder político en una perspectiva diacrónica. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp. 133-154. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- 1998 *Prehispanic Intensive Agriculture, Settlement Pattern and Political Economy in the Wes-*

- tern Venezuelan Llanos*. Disertación doctoral, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- 2001 Tipos y grados. Organizaciones políticas prehispánicas del Occidente de Venezuela. En *La arqueología venezolana en el nuevo milenio*, editado por Lino Meneses y Gladys Gordones, pp. 179-209. Universidad de los Andes, Mérida.
- 2002 Orinoquia. Archaeology of the Orinoco Basin. *Journal of World Prehistory* 16 (3):237-310.
- 2003 Ceremonial Feasting in the Colombian and Venezuelan Llanos. Some Remarks on its Sociopolitical and Historical Significance. En *Histories and Historicities in Amazonia*, editado por Neil Whitehead, pp. 179-201. University of Nebraska Press, Lincoln.
- Gassón, Rafael, y Juan Carlos Rey
- 2006 Cacicazgos cíclicos e intensificación agrícola en los llanos occidentales de Venezuela. En *Agricultura ancestral, camellones y albarradas*, editado por Francisco Valdez, pp. 141-158. Abya-Yala, Quito.
- Gassón, Rafael, y Erika Wagner
- 2004 ¿Cuestión de límites? El no-lugar de Venezuela en la arqueología del Área Intermedia. *Arqueología del Área Intermedia* 6:167-198.
- Gassón, Rafael, y Alberta Zucchi
- 2010 *El clima y la diáspora Arawak: algunas correlaciones entre cambio climático y sociocultural en Venezuela durante la época prehispánica*. Ponencia presentada en la V Reunión de Teoría Arqueológica en América del Sur, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Gil, Félix Alberto
- 2003 *Aspectos funerarios del centro occidente venezolano. Caso región larense. Barquisimeto*. Fiamas, Barquisimeto.
- Greer, John
- 1995 *Rock Art Chronology in the Orinoco Basin of Southwestern Venezuela*. Disertación doctoral, University of Missouri, Columbia.
- 1997 El arte rupestre del sur de Venezuela: una síntesis. *Boletín de la Sociedad de Investigación del Arte Rupestre de Bolivia* 11:38-52.
- Gruhn, Ruth
- 1979 Synthesis: A Reconstruction. En *Taima-Taima. A Late Pleistocene Paleo-Indian Kill Site in Northernmost South America*, editado por Claudio Ochsenuis y Ruth Gruhn, pp. 109-110. Cipics - South American Quaternary Documentation Program, Bonn.
- Gnecco, Cristóbal, y Javier Aceituno
- 2004 Poblamiento temprano y espacios antropogénicos en el Norte de Suramérica. *Complutum* 15:151-164.
- Gómez, Ana María
- 1995 *Guaremal: un nuevo sitio arqueológico en los Altos Mirandinos*. Tesis de grado, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

González, Omar

- 2004 *Relaciones lingüísticas entre los idiomas andinos originarios y los de las tierras bajas (lenguas arawakas y otras familias)*. Ponencia presentada en el coloquio Relaciones Prehispánicas en la Región Andina, Museo de Bellas Artes, Galería de Arte Nacional, Caracas.

Gordones, Gladys, y Lino Meneses

- 2004 El poblamiento prehispánico de la cordillera andina de Mérida-Venezuela. *Boletín Antropológico* 60:37-71.

Guillet, David W.

- 1992 *Covering Ground. Communal Water Management and the State in the Peruvian Highlands*. University of Michigan Press, Ann Arbor.

Haug, Gerald H., Detlef Günther, Larry C. Peterson, Daniel M. Sigman, Konrad A. Huguen y Beat Aeschümann

- 2003 Climate and the Collapse of Maya Civilization. *Science* 299:1731-1735

Haviser, Jay

- 1989 *Amerindian Cultural Geography on Curaçao*. Natuurwetenschappelijke Studiekring voor Suriname en de Nederlandse Antillen, Amsterdam.
- 1997 Settlement Strategies in the Early Ceramic Age. En *The Indigenous People of the Caribbean*, editado por Samuel Wilson, pp. 57-69. University Press of Florida, Gainesville.

Heckenberger, Michael

- 2002 Rethinking the Arawakan Diaspora: Hierarchy, Regionality, and the Amazonian Formative. En *Comparative Arawakan Histories. Rethinking Language, Family, and Culture Area in Amazonia*, editado por Jonathan Hill y Fernando Santos-Granero, pp. 99-122. University of Illinois Press, Urbana.

Heinen, Heinz Dieter

- 1992 The Early Colonization of the Lower Orinoco and its Impact on Present Day Indigenous Peoples. *Antropológica* 78:51-85.

Heinen, Heinz Dieter, y Álvaro García-Castro

- 2000 The Multiethnic Network of the Lower Orinoco in Early Colonial Times. *Ethnohistory* 47(3-4):561-579.

Herrera, Eduardo

- 2004 *Entre la montaña y el mar. Patanemo, un área arqueológica de la costa centro-norte de Venezuela*. Tesis de Grado, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 2005 *Arqueología de la cuenca de Patanemo, Edo. Carabobo, Venezuela. Primeras interpretaciones e hipótesis de trabajo*. Ponencia presentada en el XXI Congress of the International Association for Caribbean Archaeology, University of the West Indies, St. Augustine.

Hoopes, John

- 1992 Early Formative Cultures in the Intermediate Area: A Background for the Emergency of

Social Complexity. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 43-83. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Jaimes, Arturo

- 1996 Visión crítica sobre la arqueología de cazadores-recolectores en el occidente de Venezuela. Bases para una reinterpretación. *Boletín del Museo Arqueológico de Quibor* 5:37-62.
- 1999 Nuevas evidencias de cazadores-recolectores y aproximación al entendimiento del uso del espacio geográfico en el noroccidente de Venezuela. Sus implicaciones en el contexto suramericano. *Arqueología del Área Intermedia* 1:83-120.
- 2003 El Vano: una nueva localidad paleoindia en el noroccidente de Venezuela. *Maguaré* 17:46-64.

Kidder II, Alfred

- 1944 [1970] *Archaeology of Northwestern Venezuela*. Kraus Reprint, New York.

Lange, Frederic

- 1992 The Intermediate Area: An Introductory Overview. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 1-14. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Langebaek, Carl Henrik

- 1989-1990 Águilas y caricurries. Venezuela y su coparticipación en el área orfebre de Colombia y el istmo en el siglo XVI. *Revista Colombiana de Antropología* 27:199-235.

Langebaek, Carl, y Alejandro Dever

- 2000 *Arqueología en el Bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

Lathrap, Donald

- 1970 *The Upper Amazon*. Praeger, New York.

Lathrap, Donald, y José Oliver

- 1980 Una evaluación crítica de "Las culturas formativas del oriente de Venezuela" por Mario Sanoja Obediente (1979). *Interciencia* 5(6):396-400.
- 1987 Agüerito: el complejo policromo más antiguo de América en la confluencia del Apure y el Orinoco (Venezuela). *Interciencia* 12(6):274-289.

Lechtman, Henry

- 1972 A Tumbaga Object from the High Andes of Venezuela. *American Antiquity* 38:473-482.

Linares, Omar

- 1990 Nuevo registro para el cuaternario de Venezuela del megaterio menor, *Eremotherium elenense* (Mammalia: Megatheriidae), y su supuesta vinculación con cazadores antiguos. *Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología* 5:25-35.

Lleras, Roberto, y Carl Langebaek

- 1987 Producción agrícola y desarrollo sociopolítico entre los chibchas de la cordillera Oriental

y la serranía de Mérida. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos A. Uribe, pp. 251-269. University Press of America, Lanham.

Mackowiak de Antczak, María Magdalena

2000 *Idols in Exile: Making Sense of Prehistoric Human Figurines from Dos Mosquises Island, Archipiélago de Los Roques, Venezuela*. Disertación doctoral, Institute of Archaeology, University College, London.

Marcano, Gaspar

1889-1890 [1971] *Etnografía precolombina de Venezuela*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Venezuela, Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales (MARN)

2000 *Primer informe de Venezuela sobre diversidad biológica*. MARN, Caracas.

Meggers, Betty

1987 Oscilación climática y cronología cultural en el Caribe. En *Relaciones entre la sociedad y el ambiente*, editado por Mario Sanoja, pp. 23-54. Fundación de Arqueología del Caribe, Washington, D. C.

Meneses, Lino

1999 Las sociedades prehispánicas de la cordillera andina de Mérida. En *Hacia la antropología del siglo XXI*, editado por Lino Meneses, Jacqueline Clarac de Briceño y Gladys Gordones, pp. 234-244. Talleres Gráficos de Producciones Karol, Mérida.

Meneses, Lino, y Gladys Gordones (editores)

2001 *La arqueología venezolana en el nuevo milenio*. Universidad de los Andes, Mérida.

Morales, Filadelfo

1990 *Los hombres del onoto y la macana*. Tropikos, Caracas.

Morales, Filadelfo, y Nelly Arvelo-Jiménez

1981 Hacia un modelo de estructura social caribe. *América Indígena* 41(4):603-626.

Molina, Luis

1985 Quíbor y Valencia: dos historias en contacto. *Gens* (1)1:51-57.

1990 *Animales antediluvianos, antigüedades indias, culturas. Contribución a la historia de la arqueología y paleontología del estado Lara, Venezuela, 1852-1989*. Cecop - Conac, Caracas.

2002 Arqueología de la región Sicarigua-Los Arangues, Noroeste de Venezuela. *Anales del Museo de América* 10:137-153.

Molina, Luis, y María Mercedes Monsalve

1985 *Sicarigua. Estudio preliminar del modo de vida y las formas agrarias en un yacimiento arqueológico del noroeste de Venezuela*. Sovar, Caracas.

Morey, Nancy

1975 *Ethnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Utah, Provo.

- 1976 Ethnohistorical Evidence for Cultural Complexity in the Western Llanos of Colombia and the Eastern Llanos of Venezuela. *Antropológica* 45:41-69.
- Morey, Robert, y Nancy Morey
1975 Relaciones comerciales en el pasado en los llanos de Colombia y Venezuela. *Montalbán* 4:533-563.
- Myers, Thomas
1978 Formative-Period Interaction Spheres in the Intermediate Área: Archaeology of Central America and Adjacent South America. En *Advances in Andean Archaeology*, editado por David Browman, pp. 204-234. Mouton, The Hague.
- Navarrete, Rodrigo
1995 Antiguos caminos y nuevos senderos: ¿existe una arqueología postmoderna en Venezuela??. En *La mirada penetrante: reflexiones y prácticas del discurso antropológico*, editado por Rodrigo Navarrete, pp. 101-139. Fondo Editorial Tropikos - Universidad Central de Venezuela, Caracas.
2000 Behind the Palisades: Sociopolitical Recomposition of Native Societies in the Unare Depression, the Eastern Venezuelan Llanos (Sixteenth to Eighteenth Centuries). *Ethnohistory* 47(3-4):535-560.
2004 *El pasado con intención. Hacia una reconstrucción crítica del pensamiento arqueológico en Venezuela (desde la Colonia al siglo XIX)*. Fondo Editorial Tropikos - Universidad Central de Venezuela, Caracas.
2006 Prospectando caciques: teorías y métodos actuales para el estudio de las sociedades complejas en el norte de Suramérica. *Arqueología Suramericana* 2(1):53-71.
- Nieves, Fulvia
1980 *La fase Bañador del Bajo Orinoco*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
1992 *Cúpira. Su pasado y su presente*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Niño, Antonio
1990 Presencia de talleres de placas aladas en la cuenca alta del río Chama, cordillera de Mérida. *Boletín Antropológico* 20:36-48.
- Núñez-Regueiro, Víctor, y Erika Wagner
1984 Los agricultores prehispánicos del piedemonte oriental andino. *Acta Científica Venezolana* 35, supl. 1:19.
- Núñez-Regueiro, Víctor, y Marta R. Tartusi
1990 Aproximación al estudio del área pedemontana de Suramérica. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12:125-160.
- Núñez-Regueiro, Víctor, Marta Tartusi y Julio César Valdés
1985 Efectos de la contaminación por carbón inerte en la datación radiocarbónica del sitio Z-102 Rancho Peludo, Venezuela. *Acta Científica Venezolana* 36:384-400.

Oliver, José

- 1980 *Excavaciones arqueológicas en la quebrada de Valerio, golfo de Paria, estado Sucre, Venezuela*. Unefm, Coro.
- 1989 *The Archaeological, Linguistic and Ethnohistorical Evidence for the Expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeastern Colombia*. Disertación doctoral, University of Illinois, Urbana.
- 1990 Reflexiones sobre los posibles orígenes del wayú (guajiro). En *La Guajira*, editado por Gerardo Ardila, pp. 81-135. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Oliver, José, y Charles S. Alexander

- 2003 Ocupaciones humanas del Pleistoceno terminal en el occidente de Venezuela. *Maguaré* 17:83-246.

Oliver, José, Warwick Bray, Peter Drewett, Marlena Antczak y Andrzej Antczak

- 1998 *Proyecto Tacarigua. Arqueología del centro norte de Venezuela*. Inédito.

Osgood, Cornelius, y George Howard

- 1943 *An Archaeological Survey of Venezuela*. Yale University Press, New Haven.

Perera, Miguel Ángel

- 1979 *Arqueología y arqueometría de las placas líticas aladas del occidente de Venezuela*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Peretti, Cristina de

- 1998 Deconstrucción. En *Diccionario de hermenéutica*, editado por Alberto Ortiz-Osés y Paulo Lanceros. Universidad de Deusto, Bilbao.

Perry, Linda

- 2001 *Prehispanic Subsistence in the Middle Orinoco Basin: Starch Analyses Yield New Evidence*. Disertación doctoral, Southern Illinois University, Carbondale.
- 2002 Starch Analyses Reveal Multiple Functions of Quartz “Manioc” Grater Flakes from the Orinoco Basin, Venezuela. *Interciencia* 27(11):635-639.

Piperno, Dolores, y Deborah Pearsall

- 1998 *The Origins of Agriculture in the Lowland Tropics*. Academic Press, San Diego.

Plazas, Clemencia, y Ana María Falchetti

- 1981 *Asentamientos prehispanicos en el bajo río San Jorge*. FIAN, Bogotá.

Plazas, Clemencia, Ana María Falchetti, Thomas van der Hammen y Pedro Botero

- 1988 Cambios ambientales y desarrollo cultural en el bajo río San Jorge. *Boletín del Museo del Oro* 20:55-88.

Puig, Andrés

- 1989 Antiguas configuraciones agrícolas en el valle de la Pedregosa. *Boletín Antropológico del Museo Arqueológico* 16:25-34.

- 1996 La tecnología agrícola prehispánica en la cordillera andina de Mérida. En *Mérida a través del tiempo. Los antiguos habitantes y su eco cultural*, editado por Jacqueline Clarac de Briceño, pp. 91-109. Talleres Gráficos Universitarios, Mérida.
- Redmond, Elsa
- 1994 *Tribal and Chiefly Warfare in South America*. University of Michigan Museum of Anthropology Memoir No. 28, Ann Arbor.
- Redmond, Elsa, y Charles Spencer
- 1990 Investigaciones arqueológicas en el piedemonte y los llanos altos de Barinas, Venezuela. *Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología* 5:4-24.
- 1995 Las calzadas prehispánicas de Barinas en su contexto regional. *Acta Científica Venezolana* 46:253-262.
- Redmond, Elsa, Rafael Gassón y Charles Spencer
- 1999 A Macroregional View of Cycling Chiefdoms in the Western Venezuelan Llanos. En *Complex Polities in the Ancient Tropical World*, editado por Elizabeth Bacus y Lisa Luce-ro, pp. 109-129. American Anthropological Association, Arlington.
- Requena, Rafael
- 1932 *Vestigios de la Atlántida*. Tipografía Americana, Caracas.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo
- 1997 *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Segunda Expedición Botánica, Bogotá.
- Rivas, Pedro
- 1993 Estudio preliminar de los petroglifos de Punta Cedeño, Caicara del Orinoco, estado Bolívar. En *Contribuciones a la arqueología regional de Venezuela*, editado por Francisco Fernández y Rafael Gassón, pp. 165-196. Fondo Editorial Acta Científica, Caracas.
- Rodríguez, Ana Cristina
- 1992 *Los palenque, ¿cacicazgos prehispánicos en el nororiente de Venezuela?* Tesis de grado, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Rodríguez, María Elena, y Alessandro Morganti
- 1985 *Cazadores recolectores de Monte Cano, Paraguaná*. Tesis de grado, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Roosevelt, Anna
- 1978 La Gruta. An Early Tropical Forest Community of the Middle Orinoco Basin. En *Unidad y variedad. Ensayos en homenaje al Dr. J. M. Cruxent*, editado por Erika Wagner y Alberta Zucchi, pp. 173-201. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas - Centro de Estudios Avanzados, Caracas.
- 1980 *Parmana. Prehistoric Maize and Manioc Subsistence along the Amazon and Orinoco*. Academic Press, New York.
- 1987 Chiefdoms of the Amazon and Orinoco. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos A. Uribe, pp. 153-185. University Press of America, Lanham.

1997 *The Excavations at Corozaal, Venezuela: Stratigraphy and Ceramic Seriation*. Yale University Publications in Anthropology No. 83, New Haven.

Rouse, Irving

1978 The La Gruta Sequence and its Implications. En *Unidad y variedad. Ensayos en homenaje al Dr. J. M. Cruxent*, editado por Erika Wagner y Alberta Zucchi, pp. 203-229. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas - Centro de Estudios Avanzados, Caracas.

Rouse, Irving, y José María Cruxent

1963 *Venezuelan Archeology*. Yale University Press, New Haven.

Rull, Valenti

1987 Evidencias de una oscilación climática fría, contemporánea de la Pequeña Edad de Hielo, en los Andes venezolanos. *Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología* 4:13-27.

Rull, Valenti, y Carlos Schubert

1989 The Little Ice Age in the Tropical Venezuelan Andes. *Acta Científica Venezolana* 40:71-73.

Salazar, Juan José

2003 *Caciques y jerarquía social. Sociedades complejas del período del contacto en el Noroccidente de Venezuela*. Imprenta Oficial del Estado Lara, Barquisimeto.

Sanoja, Mario

1969 *La fase Zancudo. Investigaciones arqueológicas en el lago de Maracaibo*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Sanoja, Mario

1979 *Las culturas formativas del oriente de Venezuela. La tradición Barrancas del Bajo Orinoco*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

1981 *Los hombres de la yuca y el maíz*. Monte Ávila, Caracas.

1982 *De la recolección a la agricultura*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

1985 La sociedad tribal del oriente de Venezuela. *Gens* 1(3):41-67.

1989 Origins of Cultivation around the Gulf of Paria, Northeastern Venezuela. *National Geographic Research* 5(4):446-458.

1998 Arqueología del capitalismo. Santo Tomás y las misiones capuchinas catalanas de Guayana, estado Bolívar, Venezuela. *Boletín del Museo Arqueológico de Quíbor* 6:135-160.

Sanoja, Mario, César Bencomo y Tomás Aguila

1994 *Proyecto arqueológico Guayana. Primer informe anual*. Edelca, Ciudad Guayana.

1996 *La microhistoria del Bajo Caroní. Informe final*. Edelca, Ciudad Guayana.

Sanoja, Mario, y Alessandro Morganti

1985 La formación cazadora-recolectora del noroeste de Venezuela. *Gens* 1(4):5-22.

Sanoja, Mario, e Iraida Vargas

- 1967 Elementos para una cronología arqueológica del occidente de Venezuela. *Teoría y Praxis* 1:67-77.
- 1968 Elementos para una cronología arqueológica del occidente de Venezuela. (Continuación). *Teoría y Praxis* 2:93-99.
- 1970 *La cueva de "El Elefante"*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1974 *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Monte Ávila, Caracas.
- 1983 New Light on the Prehistory of Eastern Venezuela. *Advances in World Archaeology* 2:205-244.
- 1987 La sociedad cacical del valle de Quíbor (estado Lara, Venezuela). En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos A. Uribe, pp. 201-212. University Press of America, Lanham.
- 1995 *Gente de la canoa. Economía política de la antigua sociedad apropiadora del noreste de Venezuela*. Fondo Editorial Tropikos - Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1999a *Orígenes de Venezuela. Regiones geohistóricas aborígenes hasta 1500 d. C.* Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela, Caracas.
- 1999b De tribus a señoríos: los Andes Septentrionales. En *Historia de la América andina, vol. 1, Las sociedades aborígenes*, editado por Luis Guillermo Lumbreras, pp. 199-220. Universidad Andina Simón Bolívar, Quito.

Scaramelli, Franz

- 2005 *Material Culture, Colonialism, and Identity in the Middle Orinoco, Venezuela*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Chicago, Chicago.

Scaramelli, Franz, y Kay Tarble

- 1996 Contenido arqueológico y etnográfico de los sitios de interés espeleohistórico del Orinoco Medio, Bolívar, Venezuela. *Boletín de la Sociedad Venezolana de Espeleología* 30:20-32.
- 2003 Caña: The Role of Aguardiente in the Colonization of the Orinoco. En *Histories and Historicities in Amazonia*, editado por Neil Whitehead, pp. 163-178. University of Nebraska Press, Lincoln.
- 2005 The Roles of Material Culture in the Colonization of the Orinoco, Venezuela. *Journal of Social Archaeology* 5(1):135-167.

Spencer, Charles

- 1991 The Coevolution and the Development of Venezuelan Chiefdoms. En *Profiles in Cultural Evolution: Papers from a Conference in Honor of Elman Service*, editado por Terry Rambo y Kathleen Gillogly, pp. 137-165. University of Michigan, Ann Arbor.
- 1998 Investigating the Development of Venezuelan Chiefdoms. En *Chiefdoms and Chieftaincy in the Americas*, editado por Elsa Redmond, pp. 104-137. University Press of Florida, Gainesville.

Spencer, Charles, y Elsa Redmond

- 1992 Prehispanic Chiefdoms of the Western Venezuelan Llanos. *World Archaeology* 24:134-157.
- 1998 Prehispanic Causeways and Regional Politics in the Llanos of Barinas, Venezuela. *Latin American Antiquity* 9(2):95-110

Spencer, Charles, Elsa Redmond y Milagro Rinaldi

- 1994 Drained Fields at La Tigra, Venezuelan Llanos: A Regional Perspective. *Latin American Antiquity* 5(2):119-143.

Tarble, Kay

- 1985 Un nuevo modelo de expansión caribe para la época prehispánica. *Antropológica* 63-64:45-81.
 1990 *Informe Proyecto de Arqueología y Espeleología Histórica en el Área de Influencia del Complejo Los Pijiguaos, Edo. Bolívar*. Convenio MARN - Bauxiven, Caracas.
 1991 Piedras y potencia, pintura y poder: estilos sagrados en el Orinoco Medio. *Antropológica* 75-76:141-164.
 1993 Criterios para la ubicación de los asentamientos prehispánicos en el área de Barraguán, Edo. Bolívar. En *Contribuciones a la arqueología regional de Venezuela*, editado por Francisco Fernández y Rafael Gassón, pp. 139-164. Fondo Editorial Acta Científica, Caracas.
 1994 *Concepción y uso del espacio en la época precolombina tardía en el área de Barraguán, estado Bolívar*. Trabajo de ascenso, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Tarble, Kay, y Franz Scaramelli

- 1999 Style, Function and Context in Rock Art of the Middle Orinoco Area. *Boletín de la Sociedad Venezolana de Espeleología* 33:17-33.

Tarble, Kay, y Alberta Zucchi

- 1984 Nuevos datos para la arqueología tardía del Orinoco: la serie Valloide. *Acta Científica Venezolana* 35(5-6):434-455.

Tartusi, Marta, Antonio Niño y Víctor A. Núñez

- 1984 Relaciones entre el área occidental de la cuenca del lago de Maracaibo con las áreas vecinas. En *Relaciones prehispánicas de Venezuela*, editado por Erika Wagner, pp. 67-88. Fondo Editorial Acta Científica, Caracas.

Toledo, María Ismenia (editora)

- 1999 *Arqueología Venezuela prehispánica. Sitios, cronologías y tradiciones culturales*. IPC, Caracas.

Toledo, María Ismenia, y Luis Molina

- 1987 Elementos para la definición arqueológica de los cacicazgos prehispánicos del noroeste de Venezuela. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos A. Uribe, pp. 187-200. University Press of America, Lanham.

Valencia, Ruby de, y Jeannine Sujo Volsky

- 1987 *El diseño en los petroglifos venezolanos*. Fundación Pampero, Caracas.

Vargas, Iraida

- 1969 *La fase San Gerónimo. Investigaciones arqueológicas en el Alto Chama*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
 1979 *La tradición Saladoide del oriente de Venezuela. La fase Cuartel*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
 1981 *Investigaciones arqueológicas en Parmana. Los sitios de La Gruta y Ronquín. Estado Guárico, Venezuela*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

- 1986 Desarrollo histórico de las sociedades andinas antiguas de Venezuela. *Gens* 2(1):18-40.
- 1989 Teoría sobre el cacicazgo como modo de vida: el caso del Caribe. *Boletín de Antropología Americana* 20:19-29
- 1990 *Arqueología, ciencia y sociedad*. Abre Brecha, Caracas.
- Vargas, Iraida, María Ismenia Toledo, Luis Molina y Carmen Elena Montcourt
- 1997 *Los artifices de la concha. Ensayo sobre tecnología, arte y otros aspectos socio-culturales de los antiguos habitantes del estado Lara*. Faces-ucv - Alcaldía del Municipio Jiménez-Lara - Fundacultura - Museo Arqueológico de Quíbor, Barquisimeto.
- Versteeg, Aad, y Stephen Rostain
- 1997 *The Archaeology of Aruba: The Tanki Flip Site*. Publications of the Archaeological Museum of Aruba No. 6, Aruba.
- Vidal, Silvia
- 1993 *Reconstrucción de los procesos de etnogénesis y de reproducción social de los baré de Río Negro (siglos XVI-XVIII)*. Disertación doctoral, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.
- 1997 Liderazgo y confederaciones multiétnicas amerindias en la Amazonia luso-hispana del siglo XVIII. *Antropológica* 87:19-46.
- 1999 Amerindian Groups of Northwest Amazonia. The Regional System of Political-religious Hierarchies. *Anthropos* 94:515-528.
- 2000 Kuwé Duwákalmi: The Arawak Sacred Routes of Migration, Trade, and Resistance. *Ethnohistory* 47(3-4):635-6
- Wagner, Erika
- 1967 *The Prehistory and Ethnohistory of the Carache Area in Western Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology No. 71, New Haven.
- 1972a La protohistoria e historia inicial de Boconó. Estado Trujillo. *Antropológica* 33:39-60.
- 1972b Nueva evidencia arqueológica de Venezuela oriental: el yacimiento de Campoma. En *Atti dei XL Congresso Internazionale Degli Americanisti*, pp. 239-245. Roma - Genova.
- 1973 The Mucuchíes Phase: An Extension of the Andean Cultural Pattern into Western Venezuela. *American Anthropologist* 75:195-213.
- 1978 Los Andes venezolanos. Arqueología y ecología cultural. *Ibero-Amerikanisches Archiv* 4(1):81-91.
- 1980 La prehistoria de Mucuchíes. *Montalbán* 10:913-936.
- 1982 Investigaciones arqueológicas recientes en Venezuela occidental. Sus relaciones culturales con el Área Intermedia. En *Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-mesoamericano*, editado por Jorge Marcos y Presley Norton, pp. 437-456. Espol, Guayaquil.
- 1992 Diversidad cultural y ambiental en el occidente de Venezuela. En *Archaeology and Environment in Latin America*, editado por Omar Ortiz-Troncoso y Thomas van der Hammen, pp. 207-221. Universiteit van Amsterdam, Amsterdam.
- 1993 La prehistoria de la cordillera de Mérida. En *El Cuaternario de la cordillera de Mérida, Andes venezolanos*, editado por Carlos Schubert y Ligia Vivas, pp. 271-291. Universidad de los Andes - Fundación Polar, Mérida.
- 1997 *Venezuela y sus vínculos amazónicos*. Ponencia presentada en el 49 Congreso Internacional de Americanistas, Quito.

Wagner, Erika, y Kay Tarble

- 1975 Lagunillas: A New Archaeological Phase for the Lake Maracaibo Basin, Venezuela. *Journal of Field Archaeology* 2:105-118.

Wagner, Erika, y Carlos Schubert

- 1972 Prehispanic Workshop of Serpentinite Artifacts, Venezuelan Andes, and Possible Raw Material Source. *Science* 175:888-890.

Willey, Gordon

- 1971 *An Introduction to American Archeology, vol. 2, South America*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

Whitehead, Neil

- 1990 The Mazaruni Pectoral: A Golden Artefact Discovered in Guyana and the Historical Sources Concerning Native Metallurgy in the Caribbean, Orinoco and Northern Amazonia. *Archaeology and Anthropology* 7:19-38.
- 1994 The Ancient Amerindian Polities of the Amazon, the Orinoco, and the Atlantic Coast: A Preliminary Analysis of their Passage from Antiquity to Extinction. En *Amazonian Indians. From Prehistory to the Present*, editado por Ana Roosevelt, pp. 33-54. University of Arizona Press, Tucson.
- 1996 The Mazaruni Dragon: Golden Metals and Elite Exchanges in the Caribbean, Orinoco and Amazon. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp. 107-132. Universidad de los Andes, Bogotá.
- 1998 Colonial Chieftains of the Lower Orinoco and the Guayana Coast. En *Chieftdoms and Chieftaincy in the Americas*, editado por Elsa Redmond, pp. 150-163. University Press of Florida, Gainesville.

Zucchi, Alberta

- 1967 *La Betania. Un yacimiento arqueológico del occidente de Venezuela*. Disertación doctoral, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1968 Algunas hipótesis sobre la población aborigen de los llanos occidentales de Venezuela. *Acta Científica Venezolana* 19:135-139.
- 1972a New Data on the Antiquity of Polychrome Painting from Venezuela. *American Antiquity* 37:439-446.
- 1972b Aboriginal Earth Structures of the Western Venezuelan Llanos. *Caribbean Journal of Sciences* 12(1-2):95-106.
- 1973 Prehistoric Human Occupations of the Western Venezuelan Llanos. *American Antiquity* 38:182-190.
- 1976 *Caño Caroní. Un grupo prehispánico de la selva de los llanos de Barinas*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1978 La variabilidad ecológica y la intensificación de la agricultura en los llanos venezolanos. En *Unidad y variedad. Ensayos en homenaje al Dr. J. M. Cruxent*, editado por Erika Wagner y Alberta Zucchi, pp. 349-375. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas - Centro de Estudios Avanzados, Caracas.
- 1984 *Alternative Interpretations of Pre-columbian Water Management in the Western Llanos of Venezuela*. *Indiana* 9:309-327.

- 1985 Evidencias arqueológicas sobre posibles grupos de lengua caribe. *Antropológica* 63-64:23-44.
- 1988 El Orinoco Medio: su importancia para explicar la relación entre el juego de pelota de los otomaco, de las Antillas y de Mesoamérica. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, LXXI(282):443-477.
- 1991a El Negro-Casiquire-Alto Orinoco como ruta conectiva entre el Amazonas y el norte de Suramérica. En *Proceedings of the Twelfth Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*, editado por Linda Robinson, pp. 1-33. AIAC, Martinica.
- 1991b Prehispanic Connections between the Orinoco, the Amazon and the Caribbean Area. En *Proceedings of the Thirteenth Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*, editado por Edwin Ayubi y Jay Haviser, pp. 202-220. AIAC, Curaçao.
- 1991c Las migraciones maipures: diversas líneas de evidencia para la interpretación arqueológica. *América Negra* 1:113-138.
- 1992 Lingüística, etnografía, arqueología y cambios climáticos: la dispersión de los arawako en el noroeste amazónico. En *Archaeology and Environment in Latin America*, editado por Omar Ortiz-Troncoso y Thomas van der Hammen, pp. 223-252. Universiteit van Amsterdam, Amsterdam.
- 1993 Datos recientes para un modelo sobre la expansión de los grupos maipures del norte. *América Negra*, 6:131-148.
- 2002 A New Model of the Northern Arawakan Expansion. En *Comparative Arawakan Histories. Rethinking Language, Family, and Culture Area in Amazonia*, editado por Jonathan Hill y Fernando Santos-Granero, pp. 199-222. University of Illinois Press, Urbana.
- Zucchi, Alberta, y William Denevan
- 1979 *Campos elevados e historia cultural prehispánica en los llanos occidentales de Venezuela*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
- Zucchi, Alberta, y Rafael Gassón
- 2002 Elementos para una interpretación alternativa de los circuitos de intercambio indígena en los llanos de Venezuela y Colombia durante los siglos XVI-XVIII. *Arqueología del Área Intermedia* 4:65-87.
- Zucchi, Alberta, y Kay Tarble
- s.f. *Turén, la confluencia cultural Orinoco-Lara-Falcón*. Inédito, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.
- 1982 Evolución y antigüedad de la alfarería con esponjilla en Agüerito, un yacimiento del Orinoco Medio. *Indiana* 7:183-199.
- 1984 Los cedeñoides: un nuevo grupo prehispánico del Orinoco Medio. *Acta Científica Venezolana* 35(3-4):293-309.
- Zucchi, Alberta, Kay Tarble y Eduardo Vaz
- 1984 The Ceramic Sequence and New TL and C14 Dates for the Agüerito Site of the Middle Orinoco. *Journal of Field Archaeology* 11:155-180.

V

PREGUNTAS SIN RESPUESTAS Y CUESTIONES SIN PREGUNTAS: ALGUNAS NOTAS SOBRE LOS PROCESOS DE OCUPACIÓN HUMANA EN LA COLOMBIA PREHISPÁNICA

Carl Henrik Langebaek
Departamento de Antropología
Universidad de los Andes

ANTECEDENTES Y MARCO CONCEPTUAL

A MEDIDA QUE LA ARQUEOLOGÍA AMERICANA SE HA INTERESADO EN ABARCAR LA MAYOR CANTIDAD DE formas posibles de organización social, ha venido en aumento la contribución de regiones tradicionalmente poco llamativas. Colombia no es una excepción: en los últimos años se ha estudiado una gran diversidad de secuencias arqueológicas que aportan enormemente al conocimiento de los procesos de cambio social y al entendimiento de la diversidad cultural. No obstante, la mayor parte ha sido estudiada bajo la influencia del relativismo y de una fuerte reacción contra el método comparativo y el evolucionismo. Esto ha implicado que las secuencias no siempre se aborden como procesos a largo plazo, y que las comparaciones rara vez vayan más allá de un estrecho ámbito cultural (*i. e.*, chibchas, suroccidente, etc.). El punto de partida de este artículo es que las comparaciones más productivas son las que se pueden hacer entre secuencias pertenecientes a ámbitos culturales diferentes, no solo porque a la larga serán más útiles para entender esas diferencias, sino porque también darán pistas más sólidas sobre el cambio social en general, incluidos sus aspectos económicos, políticos e ideológicos.

Un estudio comparativo, interesado en procesos de cambio a largo plazo, no puede abarcar todos los aspectos potencialmente atractivos. Para ser realistas, este artículo se concentra en los aportes sustantivos que la disciplina ha hecho en el país con relación a ciertos temas básicos. Este escrito no enfatiza la discusión teórica, ni valora los aportes a la luz de lo que “debiera” hacerse, una tendencia de moda, pero estéril a la hora de llegar a interpretaciones si no, digamos, verdaderas, por lo menos interesantes. Pero tampoco se limita a describir los hallazgos y evidencias. Comparte la opinión de que la arqueología colombiana se ha quedado atrás en los debates teóricos, pero no cree que ese problema se resuelva con precarias especulaciones desligadas de

los aportes que la investigación ha venido realizando en varias partes del país. Como alternativa, opta por un camino intermedio: identifica críticamente el inventario de preguntas recurrentes sobre las secuencias estudiadas en Colombia y discute la información disponible en relación con esas preguntas. El objetivo central es cuestionar la clase de preguntas formuladas, a la luz de inferencias que se pueden hacer de las investigaciones realizadas.

Algunos interrogantes de los arqueólogos son universales, independientemente de la clase de sociedad que estudian; por ejemplo, los que se refieren a la cronología o a los criterios de clasificación de restos materiales. Esas preguntas no son las que interesan aquí, aunque obviamente son importantes. En este trabajo se consideran pertinentes aquellas que nos dicen algo sobre cómo eran y cómo se transforman las sociedades (Drennan 1992), pero que también son el producto de posturas teóricas en el sentido más amplio; es decir, se opta por las preguntas que son “correctas” únicamente desde la óptica de cierta manera de ver el mundo, más poderosas incluso que las “escuelas” de pensamiento (procesual, posprocesual, marxista, etc.). Por ejemplo, en el caso de los primeros ocupantes, las inquietudes que han guiado a las investigaciones se refieren a las relaciones con el medioambiente, los patrones de movilidad, la tecnología y la subsistencia. Se podría alegar que esas preguntas se derivan de la naturaleza del registro arqueológico, pero argumentaría que en proporción no menos despreciable provienen de la idea de que las sociedades de cazadores-recolectores responden, de manera más o menos directa, al impacto del medio en el que se desarrollan. Cuando se trata de estudiar las primeras sociedades agrícolas, los arqueólogos usualmente no dejan de tener algún interés por el medioambiente, o por los patrones de movilidad, pero el asunto de la domesticación de plantas y, cuando se dispone de alfarería, de los aspectos tecnológicos relacionados con ella, acaparan la atención. En este caso la lógica es la misma que para los cazadores-recolectores, pero tratando de identificar qué puede explicar que abandonaran su anterior modo de vida. También se trata de una selección más o menos arbitraria sobre lo que se considera medular en esa clase de sociedades: es decir, la limitada capacidad de transformar el medio y producir alimentos.

Finalmente, en el caso de sociedades desiguales –cacicazgos, jefaturas o sociedades complejas, o como se les tenga a bien llamar– se estudian aspectos relacionados con la organización social. La pregunta guía, alrededor de la cual se ordenan aspectos ambientales y tecnológicos, se refiere al desarrollo de jerarquías sociales. Esto no quiere decir que, por ejemplo, el tema de la subsistencia no sea interesante para quienes trabajan en el caso de los cacicazgos; significa que se le tiende a supeditar a la cuestión de la organización social, y específicamente al desarrollo de la desigualdad. En estas

sociedades, la riqueza del material arqueológico permite estudiar con detalle aspectos económicos, demográficos, ideológicos, etc., pero casi siempre a la luz del sentido de esos aspectos en términos de la organización política y las diferencias sociales. Temas que tienen que ver con lo político y lo ideológico poco se abordan para las ocupaciones tempranas; en cambio, son más populares entre quienes trabajan con cacicazgos.

Este artículo no quiere caer en la inútil sobrevaloración, o por el contrario, desprecio, de ciertos aspectos del pasado prehispánico. No tiene como objetivo hacer un balance del papel de lo “ideológico” en contraste con lo “económico” en el pasado prehispánico. Esta es una falsa dicotomía que ha contribuido poco al estudio del pasado. La pregunta central, que trasciende por completo esas falsas divisiones, se refiere a cómo eran y cómo cambian las sociedades, tratando de entender no solo cuáles aspectos son importantes, sino cómo, en su conjunto, las sociedades funcionan y se transforman en medio de una compleja interacción de factores. Esto no significa que lo económico y lo ideológico tengan en toda clase de sociedades el mismo peso evolutivo. Una de las lecciones más afortunadas del marxismo es señalar que se trata de aspectos contingentes desde el punto de vista histórico, determinados por trayectorias de cambio particulares, sin que ello signifique renunciar a la comparación y a la generalización. De allí se infiere de nuevo la importancia del método comparativo, pero al mismo tiempo la necesidad de no definir de antemano el valor asignado a cada uno de esos aspectos, sino de confrontar nuestras ideas con los resultados de nuestras propias investigaciones. Algunos calificarían esa posición de positivista. Por mi parte considero que es un asunto de seriedad académica. Por lo tanto, este artículo no renuncia a la necesidad de analizar la información obtenida por las investigaciones arqueológicas a la luz de las preguntas hasta ahora formuladas, pero también lo hace desde la perspectiva de la importancia de preguntas hechas con menos frecuencia, pero que prometen ser vetas de investigación en el futuro. Esta articulación entre preguntas y estudios empíricos no alcanza a ser formulada en términos de grandes cuestiones teóricas, pero esperamos que contribuya como un paso intermedio entre ese tipo de aspectos y lo que los arqueólogos piensan e investigan.

Antes de comenzar, una observación: la cantidad y calidad de la investigación arqueológica en Colombia ha aumentado de forma exponencial en los últimos años. Sin embargo, este artículo se concentra solo en algunas de las regiones donde se han realizado estudios recientemente, son las que se presentan en la figura 1.



Figura 1. Ubicación de las principales regiones mencionadas en el texto.

PRIMERAS OCUPACIONES

El estudio de los primeros habitantes de Colombia ha sido llevado a cabo, principalmente, en las tierras altas de los Andes Orientales, el valle del Magdalena y el altiplano de Popayán. Hasta hace poco, la mayor parte de la información provenía de sitios excavados por Correal y su equipo en los Andes Orientales (Correal 1977; Correal y Van der Hammen 2003), pero recientemente el inventario de sitios se ha ampliado a las tierras bajas (López 1990, 1994, 1999; Mora 2003), aunque en muchas regiones de Colombia los hallazgos siguen siendo circunstanciales (Ardila y Politis 1989; Botiva 1994; Correal 1977, 1983; Dillehay et ál. 1992). Buena parte de los sitios excavados en los Andes Orientales corresponde a abrigos rocosos (Sueva, Tequendama, El Abra, Chía, Gachalá, entre otros), mientras en las tierras bajas la mayor parte de la información proviene de sitios a campo abierto. En todas las regiones, sin embargo, incluso el mínimo establecimiento de secuencias cronológicas ha sido complicado.

Tecnología

Dado el impacto de los modelos ecológicos y tecnoeconómicos en los estudios sobre cazadores, la investigación sobre tecnología ha sido predominante. Desde luego, la tecnología es entendida como mecanismo de adaptación al medio, y por lo tanto se ha venido aceptando que su variación formal (esto es, reducible a variaciones en herramientas) refleja, de forma más o menos directa, procesos de adaptación al medio. Desde la óptica de los trabajos suramericanos, Dillehay (2000) ha definido la existencia de tres clases de pobladores a partir de su tecnología: una equipada con una tecnología bifacial especializada en la cacería, otra equipada con tecnología bifacial y unifacial adaptada a la explotación de múltiples recursos en medios específicos, especialmente áreas de fronteras ecológicas (ecotonos), y una tercera con tecnología de artefactos unificiales y curados, especializados en ambientes específicos. En el aspecto tecnológico, el debate de hoy se ha centrado en la función de los artefactos, especialmente los líticos, que son los más visibles, pero no los únicos del pasado. Esta aproximación supera la visión de la tecnología como simple ordenamiento evolutivo, pero siempre añadiendo una consideración ecológica. En Colombia se propuso originalmente que se trataba de un problema evolutivo, considerando que las tecnologías bifaciales correspondían a cazadores especializados que dieron paso a tecnologías más apropiadas para una explotación más amplia del medio. No obstante, ha sido complicado ratificar esa idea. Incluso en la sabana de Bogotá, las secuencias no muestran mayores contrastes a nivel de material arqueológico. La comparación de artefactos líticos encontrados en Colombia con los estilos mejor conocidos de otras regiones de América apenas está comenzando (Gnecco 1997).

En las excavaciones realizadas en los Andes Orientales se distinguen dos conjuntos: tequendamienses y abrienses. Los primeros fueron elaborados cuidadosamente mediante retoques controlados, y entre ellos se incluye por lo menos un fragmento de punta de proyectil; en algunos casos fueron elaborados sobre materia prima procedente del valle del Magdalena. Los artefactos abrienses, por su parte, son de elaboración simple. Desde un comienzo se trabajó la hipótesis de que la presencia de estas clases de artefactos reflejara diferencias cronológicas, aunque dejando abierta la posibilidad de que se tratara de tecnologías adaptadas a condiciones ecológicas diversas. También se ha planteado que la aparición de artefactos tequendamienses sea indicio de la movilidad de poblaciones entre el valle del Magdalena y la sabana de Bogotá (Correal 1977; Correal y Van der Hammen 2003). Sería fácil pensar que los primeros artefactos hayan correspondido a cazadores pleistocénicos especializados en megafauna, que se desplazaban con frecuencia entre la sabana de Bogotá y las tierras más bajas, mientras

los artefactos abrienses podrían haber correspondido a cazadores del Holoceno, habitantes de regiones de bosque. Pero esta distinción no tiene soporte; por ejemplo, en Tibitó, donde la asociación con megafauna es clara, los artefactos son abrienses (Gnecco 2003b: 102). En la sabana se propuso un cambio a través del tiempo: los artefactos tequendamienses desaparecieron para dar paso a conjuntos exclusivamente abrienses, pero eso no necesariamente indica transformaciones económicas in situ, sino, probablemente, cambios en los patrones de movilidad. Otra propuesta que favorece una visión secuencial basada en la tecnología se refiere al aumento de la proporción de artefactos de hueso, el cual favorece, para algunos, una mayor frecuencia en el consumo de alimentos de origen vegetal (Bray 1984:313).

El asunto no está resuelto. Recientemente, algunos autores han puesto en duda la validez de la tipología realizada por Correal con base en aspectos de forma, cuestionablemente asociados a funciones. Artefactos morfológicamente distintos fueron probablemente usados para lo mismo, o viceversa, artefactos morfológicamente similares pudieron ser usados para cosas distintas (Gnecco 2003; Nieuwenhuis 2002). Por otra parte, lo que parece incuestionable es que existen diferencias regionales; en las tierras bajas, donde los hallazgos son por lo general superficiales, la situación es diferente: en primer lugar, hay una mayor cantidad de artefactos retocados (Gnecco y Mohammed 1994; López 1999); en segundo lugar, tanto estos como los que tienen aspecto abriense fueron hechos en la misma materia prima (Nieuwenhuis 2002).

Nieuwenhuis (2002), con base en el análisis de artefactos encontrados en los Andes Orientales, ha propuesto que muchos de los artefactos abrienses, en realidad, no muestran huellas de uso que permitan considerarlos como artefactos. Aún más, propone que los tequendamienses pueden ser, simplemente, artefactos excepcionalmente bien hechos sobre materia prima foránea, dentro de un conjunto de aspecto abriense, o que son el resultado de prácticas de intercambio con habitantes de tierras bajas. Esta interpretación cuestiona que el hallazgo de artefactos tequendamienses sea el resultado de movimientos de cazadores especializados entre las tierras altas y las bajas (Nieuwenhuis 2002:113). Por otro lado, Nieuwenhuis (2002:110-1) invalida también la asociación entre clases de artefactos y medioambientes específicos, o actividades especializadas. Recuerda que se han encontrado artefactos de aspecto abriense en una enorme diversidad de regiones, y que la presencia o ausencia de puntas de proyectil no necesariamente se asocia con la cacería de grandes animales.

Recientes investigaciones en otras regiones apuntan también en la dirección de no depender exclusivamente de análisis funcionales de la tecnología. Por ejemplo, según Gnecco y Mohammed (1994), un análisis exclusivamente funcional de la tecnología de

los artefactos encontrados en el valle de Popayán llevaría a pensar en el dominio absoluto de la cacería sobre cualquier otra estrategia de subsistencia; no obstante, otras líneas de evidencia muestran que ese no era el caso.

Medioambiente y cambios climáticos

Como se infiere de la discusión anterior, parte importante de la investigación sobre los cazadores-recolectores se concentra en el medioambiente, en dos sentidos: su composición en términos de recursos disponibles y los cambios que sufrió a través del tiempo, en términos de una secuencia de cambios climáticos. Desde luego, un aspecto importante de esta discusión se relaciona con el debate tecnológico. Algunos autores han señalado que los artefactos tequendamienses desaparecieron y dieron paso a los abrienses, más aptos para la subsistencia en ambientes boscosos, a la vez que los artefactos de hueso se hicieron más numerosos. En este caso, la tecnología se entiende como resultado más o menos directo de la adaptación al ambiente natural, pero se admite que el medio cambió dinámicamente, aspecto fundamental para explicar la transformación cultural. En el caso de Colombia, el potencial para entender la relación entre cambios ambientales y culturales es amplio, dado que el país –y en general el norte de Suramérica– cuenta con excelentes reconstrucciones ambientales (Clapperton 1993; Gunn 2000; Rull 1987; Schubert y Vivas 1993; Thouret et ál. 1996; Thompson y Mosley-Thompson 1987; Van der Hammen 1972, 1983, 1986a, 1986b, 1992).

En la mayor parte de las discusiones se examinan los cambios en la subsistencia como resultado de las alteraciones climáticas más obvias, especialmente la transición entre el Pleistoceno y el Holoceno (hace 12.500-10.500 años) (Dillehay 2000:8); y específicamente en el caso colombiano, lo que han implicado los cambios climáticos en esa transición en relación con la distribución de la franja de bosques. De acuerdo con los estudios realizados en la sabana de Bogotá, los cambios climáticos habrían tenido un profundo impacto en la intensidad del poblamiento, o incluso en los patrones del mismo. Algunos de los abrigos rocosos con ocupaciones más tempranas habrían sido habitados estacionalmente por pobladores de tierras más bajas (Correal y Van der Hammen 2003). De allí en adelante se propone que el mejoramiento o empeoramiento de las condiciones ambientales jugó un papel preponderante en el poblamiento humano. En su versión más radical se ha planteado un límite a la ocupación de ciertas regiones para los cazadores-recolectores, con base en la idea de su especialización, que los haría incapaces de adaptarse a ciertas ecologías. Por ejemplo, durante muchos años se cuestionó la posibilidad de que los primeros cazadores-recolectores habitaran en la selva tropical (Bailey et ál. 1989; Gross 1975).

Sin objetar del todo la importancia del medio o de los cambios climáticos, los resultados de investigaciones más recientes sugieren que los primeros pobladores debieron enfrentar una complejidad y diversidad ambiental que hace difícil explicar trayectorias de cambio social y modelos de adaptación simplemente como resultado de ellos. Gracias a los estudios de Piperno et ál. (1991) se sabe que Panamá incluía zonas de bosques al finalizar el Pleistoceno, lo cual implica que quienes entraron a Suramérica (e inevitablemente a Colombia) debieron estar adaptados para explotar el medio tropical húmedo. Cada vez con mayor frecuencia, se ratifica que las tierras selváticas dieron cabida a cazadores-recolectores (Behling y Hooghiemstra 1998). Por cierto, a medida que se entiende mejor la naturaleza de los cambios climáticos, la cuestión de la adaptación de los cazadores-recolectores no parece tan sencilla. Pese a las alteraciones climáticas de la transición entre el Pleistoceno y el Holoceno, no parece probable que ciertos tipos de paisaje que existían durante el primero (*i. e.*, bosque o sabana) desaparecieran por completo durante el segundo (Gnecco 1998a). Por lo tanto, la adaptación a una amplia gama de ambientes parece haber formado parte de la vida de los primeros cazadores-recolectores, desde el Pleistoceno, y ciertamente después del comienzo del Holoceno. Otro problema es que la cuestión de la adaptación no parece ser fácil de reducir a cambios en la vegetación en términos muy gruesos, sino también a transformaciones menores que exigen el estudio muy detallado de las condiciones ambientales propias de cada lugar. Así, Gnecco (1997:35) observa que regiones que estaban cubiertas de bosque hace diez mil años en el Cauca tenían, sin embargo, una composición muy diferente a la de los bosques actuales.

Sin duda, los primeros ocupantes debieron enfrentar una gran variedad de ambientes, y como consecuencia adoptaron estrategias relativamente flexibles, algunas de ellas nuevas, para subsistir (Ardila 1992; Gnecco 2003a; Gnecco e Illera 1989). Está comprobado que desde hace doce mil años las poblaciones indígenas vivían y explotaban los ambientes más importantes de América del Sur (Ardila y Politis 1989:37), incluida la Amazonia (Roosevelt et ál. 1996). Esta interpretación se refuerza si se tiene en cuenta que Suramérica, gracias a un largo aislamiento con respecto al resto del continente americano, ofrecía condiciones de fauna y flora diferentes de las de Norteamérica e, incluso, de Centroamérica (Schobinger 1973). En síntesis, los resultados obtenidos cuestionan que se puedan establecer relaciones muy específicas y además simplistas entre los cambios ambientales o la distribución de los recursos con los cambios culturales.

Subsistencia

Otro de los aspectos discutidos es el papel de la cacería de grandes animales, posteriormente extintos a finales del Pleistoceno. Este debate se basa en la imagen de los primeros americanos como cazadores especializados, idea proveniente de los hallazgos realizados en Norteamérica (Scheinsohn 2003), pero es cada vez más insostenible en Suramérica. Los contextos arqueológicos en los cuales se han encontrado restos de mastodontes con evidencias de actividades humanas son muy escasos, no solo en Colombia sino en el norte de Suramérica. Se han reportado raspadores líticos y huesos de mastodonte (*Haplomastodon* sp.) en Socotá (Boyacá), aunque sin evidencias claras de su asociación (Correal 1981:14). Otro hallazgo, esta vez en un contexto más claro, corresponde al sitio de Taima-Taima, en cercanías de la población de Coro, en Venezuela (Cruxent y Ochsenius 1979). En un antiguo pozo de agua se encontraron restos de un mastodonte, en cuya cavidad pélvica se halló alojada una punta de proyectil; además, en el mismo pozo se encontraron otros artefactos. Existen diversas fechas para los restos de Taima-Taima: tres de ellas se obtuvieron a partir de los huesos del animal (de hace 14.200, 13.880 y 12.980 años); otras dos corresponden a restos de ramas presumiblemente ingeridas por el mastodonte (hace 14.800 y 13.000 años). Aunque algunos autores aceptan la evidencia de Taima-Taima (Bryan et ál. 1987; Dillehay 2000:128-33), otros son más escépticos. Morlan (1988:35), por ejemplo, cuestiona la utilización de un pozo para cazar mastodontes, y además resalta la incongruencia entre algunas de las fechas, las cuales supuestamente datan un simple evento. Otros lugares que se han utilizado para argumentar la asociación entre restos de megaterio y cazadores antiguos, como el sitio de Yay (estado de Lara), han sido revaluados (Linares 1989).

En otros sitios colombianos se ha documentado la presencia de restos de mastodontes asociados a actividades humanas. Uno de ellos es Pubenza 3, en la parte media de la cuenca del río Magdalena. Allí, Correal et ál. (2005) documentan, en un sedimento correspondiente a un pantano de aguas salobres, restos de mastodonte, gliptodonte (*Glyptodon* sp.), así como mamíferos medianos y pequeños asociados a artefactos líticos con evidencias de uso. Dos fechas de este lugar son 16550 ± 150 y 16400 ± 420 AP (Van der Hammen y Correal 2001:16). Sin embargo, habrá que esperar a la presentación completa de los resultados para conocer mejor las características del sitio (Politis et ál. 2008:87-8). Otro lugar es El Totumo, al norte de Tocaima. Allí los restos se encontraron en una hondonada que sugiere su hallazgo in situ, pese a que el depósito es coluvial. Una muestra obtenida del colágeno de hueso fue de hace 6.060 ± 60 años. En una capa superior se logró una datación de 5100 ± 320 AP, a partir de los restos de

un caracol. La tercera fecha corresponde a carbón vegetal del nivel 2, y es 2990 ± 40 AP (Correal y Van der Hammen 2003:160). Estas fechas indicarían la sobrevivencia de mastodontes hasta el Holoceno, entre 6000 y 5000 AP. Según Correal y Van der Hammen (2003:162), es probable que hallazgos de restos de mastodonte en Fusagasugá, Garzón y Soatá también correspondan al Holoceno, debido a su bajo contenido de flúor. Por último, se cuenta con las excavaciones realizadas por Correal en Tibitó: el investigador reporta el hallazgo de restos de mastodonte calcinado, que incluyen piezas dentarias y defensas, así como huesos de caballo, venado y zorro. La fecha propuesta corresponde a finales del Pleistoceno (Correal 1981). Algunos autores han cuestionado la asociación entre artefactos y restos de fauna extinta en Tibitó, pero su asociación parece bastante clara para la mayor parte de los especialistas (Dillehay 2000:212).

Bürgl (1957:17) afirma que los restos de mastodonte son muy comunes durante el Pleistoceno colombiano. Van der Hammen (1986c) propone que los restos de estos animales corresponden, en su gran mayoría, al Pleniglacial superior (21000-14000 AP). Van der Hammen anota que durante esta época el clima era más seco y la vegetación más abierta, lo cual permitió un contacto entre la vegetación abierta de páramo y la de pisos térmicos más bajos. Dicho contacto, a su vez, facilitó el paso de mastodontes de una región climática a otra. Se debe recordar, en efecto, que durante el Pleniglacial los cinturones de vegetación descendieron entre 1.200 y 1.500 m, y que la precipitación era aproximadamente la mitad de la actual. Por otra parte, durante el Tardiglacial el clima se hizo más húmedo y cerrado, con lo cual el paso de mastodontes entre diferentes pisos térmicos se habría visto limitado. Esto habría llevado al declive de la población, la cual, enfrentada además a los cazadores humanos, terminó por extinguirse. Se ha propuesto, de hecho, que el final del Pleistoceno implicó el inicio de un clima con estaciones más marcadas y una reducción en el ámbito continental de hábitats propicios para el mastodonte. Aunque las investigaciones del mismo Van der Hammen insinúan la sobrevivencia del mastodonte en épocas holocénicas (Correal y Van der Hammen 2003; Van der Hammen y Correal 2001), no existen datos precisos sobre su extinción.

Nadie duda que había mastodontes, pero parece claro que no tuvieron la importancia que en algún momento se les asignó. En realidad, la gran mayoría de los sitios de los primeros pobladores refleja una situación bastante diferente de la de lugares como Tibitó o Taima-Taima. En los abrigos rocosos excavados en los Andes Orientales se encuentran restos de venado, armadillo, conejo, ratón, aves y curíes, principalmente, que sugieren la caza especializada de animales propios de los bosques y páramos (Correal 1979). Como lo demuestran las investigaciones de Carlos López, habitantes muy tempranos

podieron especializarse en el consumo de peces y otros animales acuáticos desde, por lo menos, 10400 a. C. (López 1999). Además, los estudios realizados en diversos lugares de Colombia apoyan la idea de que los primeros habitantes transformaron en alguna medida el medioambiente, en lugar de simplemente responder a él (Gnecco 1990:47; López 1999:115; Roosevelt et ál. 1996). En los abrigos de El Abra, los cazadores probablemente dieron los primeros pasos para la domesticación del curí (Ijzereef 1978). De acuerdo con Gnecco (1996), en el sitio San Isidro, ubicado cerca de Popayán, y datado entre hace 10.050 y 9.539 años, se encuentran restos de semillas, nueces, aguacate (*Persea*) y el alucinógeno *virola*. En el abrigo rocoso de Chía está documentado el consumo de vegetales entre hace 5.000 y 3.000 años (Ardila 1984a:36), y lo mismo resulta cierto en muchos sitios, probablemente desde antes. En las excavaciones llevadas a cabo en el valle del río Porce, se documentó que los pobladores de hace 9.000 y 5.500 años aprovecharon intensamente los recursos vegetales y animales (Castillo 1998:41-2). Aceituno (2001, 2003:167-8) reporta que entre hace 7.000 y 6.000 años se aprovechaban en el Porce y Cauca Medio plantas cultivadas (*Manihot* o *Dioscorea*), por no mencionar el maíz, ciertas cucurbitáceas y la yuca. El hallazgo de casi todos los restos de mastodonte asociados a cacería humana cerca de fuentes de agua indica, probablemente, que su captura era una práctica oportunista (Gnecco 1990). Borrero (2001) ha propuesto, así mismo, que la cacería de megafauna en Suramérica apenas constituyó un recurso complementario. Evidentemente, las estrategias adaptativas de los primeros pobladores iban desde la cacería de grandes animales hasta la explotación intensiva de plantas, e incluían diversas destrezas mixtas.

¿Aspectos culturales?

Los trabajos realizados por etnólogos en el Amazonas indican que incluso grupos cazadores-recolectores como los nukaks son capaces de modificar el medio, y que ciertamente estas relaciones son más complejas que una simple respuesta cultural determinada por las imposiciones del medio (Cabrera et ál. 1999; Politis 1996a, 1996b, 1999; Politis y Saunders 2002). Esa sola razón no es condición suficiente o necesaria para pensar que en el pasado el caso haya sido el mismo, pero invita a pensar que una tecnología de cazadores-recolectores permite amplias estrategias de explotación y una fuerte intervención en el medioambiente. Más importante aún, obliga a preguntarse si existen buenas bases para pensar que los cazadores-recolectores no pueden ser entendidos sin una comprensión más sofisticada de su cultura.

Los sitios arqueológicos correspondientes a estos primeros habitantes demuestran una variedad que, probablemente, es el resultado de factores culturales. Por ejemplo, es

posible que desde épocas tempranas confluyeran en el país tradiciones culturales diferentes. Trabajos recientes de genetistas sugieren que el poblamiento americano se dio, principalmente, a partir de dos migraciones procedentes de diferentes partes de Asia (Greenberg et ál. 1986). Los estudios realizados en Colombia indican que en el norte de Suramérica confluyeron cuatro haplotipos característicos de los indígenas americanos, mientras dos de ellos son más comunes en Norteamérica y otros dos en el resto de Suramérica (Torres 2005). La evidencia genética corresponde también a una significativa diversidad lingüística (Landaburu 2000), que probablemente tiene su origen en la compleja interacción de sociedades diversas desde hace miles de años.

Por ahora existen pocos trabajos sobre el aspecto cultural de los primeros pobladores cazadores-recolectores, pero hay creciente evidencia de que se trata de un aspecto importante. En Centroamérica (Ranere y Cooke 1991, 1996), Venezuela (Bryan 1986), y en menor medida en Colombia, se reportan puntas de proyectil Clovis (López 1999:49), similares a las halladas en Norteamérica (Haynes 2002). No obstante, también se encuentran puntas de “cola de pescado”, que son una tradición suramericana (Bray 1984; Cooke 1997:138; Ranere 1992; Reichel-Dolmatoff 1965:46), lo cual sugiere la confluencia en la región de dos tradiciones diferentes.

Un ejemplo de la importancia de los aspectos ideológicos es la investigación realizada en La Elvira, un sitio de cazadores-recolectores ubicado en cercanías de Popayán (Gnecco 2000). Este sitio fue excavado con la idea de aportar a la evaluación de las propuestas de Lewis sobre los patrones de movilidad de los cazadores-recolectores, las cuales reducen el asunto a consideraciones ambientales. De acuerdo con lo planteado por de Lewis, las circunstancias ambientales definen el tipo de movilidad a partir de la variabilidad estacional y espacial de los recursos. Pero Gnecco (2000) concluye que, en el caso de La Elvira, es imposible explicar el registro arqueológico a partir de las predicciones ambientales, y que por lo tanto se debe poner atención a factores sociales y culturales. Más recientemente, López (1999:52) advierte que los sitios precerámicos tienen una alta variabilidad, y sugiere que esta no puede ser interpretada simplemente a partir de estrategias de adaptación al medio. En el Cauca, Gnecco (1997:43) ha encontrado que los estilos líticos no son solo el resultado de necesidades tecnoeconómicas, sino que pueden estar marcando desde épocas muy tempranas la delimitación de pequeños territorios.

LOS PRIMEROS AGRICULTORES

Los análisis de isótopos de esqueletos encontrados en las tierras altas de los Andes Orientales sugieren que entre hace 5.000 y 1.500 años se dio un cambio gradual de una

subsistencia basada en la cacería a una que enfatizaba el aprovechamiento de plantas; incluso insinúan que hacia 1000 a. C. el maíz era un componente importante de la dieta (Van der Hammen, Correal y Van Klinken 1990). Otro estudio de isótopos, aunque basado en una muestra muy pequeña, sugiere que en el sitio de Aguazuque, investigado por Gonzalo Correal, hace 3.500 años ya se consumía maíz (Cárdenas 2002). La investigación de Groot (1992) en el sitio de Checua, ubicado a 2.600 msnm, al norte de Bogotá, encontró que entre hace 6.500 y 1.000 años los habitantes del lugar intensificaron el consumo de plantas. Otro sitio, Aguazuque, también en la sabana de Bogotá, pero en el sur, indica que hacia 3000 a. C. se construyeron pequeñas viviendas en forma de colmena de apenas 2 a 3,5 m de diámetro. Tres estructuras circulares de entre 3,75 y 4,50 m se asocian a una fecha de hace 3.890 años. El venado parece haber sido la fuente principal de proteínas, como también en Checua, pero también se encuentran restos de plantas, entre ellos de calabaza (*Cucurbita pepo*) e *Ibia* (*Oxalis tuberosa*) (Correal 1990:256).

En otras regiones de Colombia se vienen reconstruyendo secuencias que indican procesos similares a los de la sabana de Bogotá, aunque parecen existir diferencias cronológicas en cuanto a cuándo se incrementó el consumo de plantas. Un trabajo reciente de Marchant et ál. (2004) indica que los sitios con evidencias de ambientes degradados aparecen primero en las tierras bajas (hace 5.000 años en la costa) y luego en las tierras altas, siendo un patrón relativamente generalizado hace 2.000 años. No obstante, incluso a la llegada de los españoles, algunas sociedades no dependían de su cultivo. Pero el caso es que muchas sociedades habían domesticado plantas desde tiempos muy antiguos. Castillo (1998:37) propone que en el valle medio del río Porce, entre hace 9.000 y 3.000 años, existieron sociedades que también fueron cada vez más dependientes del aprovechamiento de plantas. Aceituno (2000) sugiere que desde hace 7.000 años el cultivo de ciertas plantas era conocido para los pobladores del Cauca Medio, aunque como complemento de la caza y la recolección. En el sitio precerámico de La Elvira se reporta un raquis carbonizado de maíz, fechado en 2.000 años (Gnecco 2001:362). Los estudios de polen realizados en el valle de El Dorado (Valle) reportan polen de maíz datado en 5.150 ± 180 años, así como evidencias de la modificación del paisaje (Monsalve 1985). En la hacienda El Dorado, una fecha de hace 6.690 ± 230 años se asocia con maíz (Bray et ál. 1988). En otros casos el proceso parece bastante más tardío. Por ejemplo, en el sitio de Peña Roja, en el medio río Caquetá, la ocupación humana anterior a la agricultura ya daba cabida al aprovechamiento de plantas; hace unos 1.400 años se encuentran semillas de palma y rizomas comestibles (Mora 2003:164). Los niveles precerámicos de Peña Roja contienen restos de nueve especies de plantas, además de frutas tropicales no identificadas (Morcote 1994). La secuencia

muestra una cada vez mayor importancia de las plantas, y culmina en evidencias de la utilización de cultígenos.

Al parecer, tanto en Checua como en Aguazuque vivían personas que incluyeron progresivamente una dieta basada en plantas, aunque no necesariamente eran agricultores de tiempo completo (Correal 1990; Langebaek 1997). De hecho, aunque desde hace tiempo se considera que Colombia debió ser centro de antiguos procesos de domesticación de plantas (Archila 2005; Piperno y Pearsall 1998), la relación entre ese proceso y la agricultura no es clara. Domesticación y agricultura no son lo mismo (Spriggs 1996), y algunos proponen que, pese a la evidencia anteriormente presentada, el desarrollo de la agricultura probablemente no se remonta más allá de 1000-1500 a. C. (Langebaek y Dever 2000). Naturalmente, todo depende de qué se entienda por agricultura: en este último caso se define como un cambio en el modo de vida, asociado a transformaciones en sistemas sociales y formas de trabajo. Una definición distinta, probablemente, tendría implicaciones muy diferentes a la hora de explicar un problema aparentemente tan elemental como el de cuándo se puede hablar de agricultura.

Tecnología y movilidad

Desde los tiempos de los cazadores-recolectores se identifican artefactos líticos vinculados con el procesamiento de plantas (Ardila 1984a:28; Correal 1990:257; Mora 2003). Parte de la discusión sobre la agricultura se refiere también a aspectos tecnológicos; los artefactos asociados a la explotación de plantas se han encontrado en sitios anteriores a la época que, para la mayor parte de los investigadores, corresponde al desarrollo de la agricultura (Gnecco y Salgado 1989; Ranere 1980). En el caso de los primeros agricultores en Colombia, la discusión se ha centrado en la cerámica, la cual aparece desde épocas muy tempranas en la costa caribe. Cuando Reichel-Dolmatoff encontró por primera vez sitios con cerámica temprana en el litoral, no dudó en considerarla propia de sociedades arcaicas, que no practicaban la agricultura. Pero en los años setenta, Reichel-Dolmatoff (1971) comenzó a considerar que los primeros alfareros fueron, al mismo tiempo, sedentarios y agricultores. Los estudios más recientes tienden a darle la razón a la primera interpretación y a contradecir la última (Drennan 1996b:105-106; Hoopes 1992; Langebaek y Dever 2000; Oyuela 1995).

Los asentamientos del formativo temprano se caracterizan por la presencia de cerámica con desgrasante de fibra (Legros 1989; Oyuela 1996; Rodríguez 1989), con fechas tan antiguas como 3990 ± 60 a. C., en el caso de San Jacinto (Oyuela 1996), y 3270 ± 90 a. C., en Puerto Chacho. La mayor parte de los informes disponibles tienden a enfatizar la rica decoración de esta cerámica temprana. El fenómeno de la alfarería temprana es

interesante porque tiende a aparecer en unos pocos lugares de Suramérica y Centroamérica mucho antes que en otras partes. En efecto, alfarería con fechas similares ha sido encontrada en Valdivia, en Ecuador, y en Monagrillo, Panamá, si bien recientes hallazgos en la Amazonia han sido cuestionados (Williams 1997). En otros lugares la aparición de cerámica parece mucho más tardía. No obstante, a pesar de las especulaciones sobre las relaciones entre lugares tan distantes como Valdivia y los sitios colombianos, realmente parecen existir más diferencias que similitudes (Raymond et ál. 1994). Por otra parte, la función de la cerámica quizá no se redujo al aspecto tecnoeconómico. La del Formativo Temprano en la costa caribe colombiana no reúne las condiciones técnicas para la cocción de alimentos (Oyuela 1996; Pratt 1999). Generalmente se trata de multifuncionales tecomates de fácil transporte, y probablemente no asociados a la agricultura sedentaria (Arnold 1999; Langebaek y Dever 2000). Los estudios realizados en San Jacinto, el más antiguo de los lugares con cerámica, encontraron que la población quizás no era sedentaria: el sitio fue, al parecer, ocupado estacionalmente por no más de dos o tres meses al año durante períodos secos, con el fin de explotar *Gramineae* y *Leguminoseae* silvestres (Bonzani 1997).

Resulta frustrante que no exista mayor información sobre el surgimiento de asentamientos más permanentes y agricultura en la costa caribe (Raymond 2008:87); sin embargo, un estudio reciente en el Bajo Magdalena analizó la secuencia arqueológica con el fin de determinar las condiciones tecnológicas que se pudieran asociar con sociedades agricultoras. Se identificó el momento de la secuencia en el cual los tecomates dejaron de ser la forma predominante, se abandonó el uso de desgrasante de fibra, se dio un aumento en el grosor de las paredes para adaptarlas a la cocción y se redujo la frecuencia de tios decorados (Langebaek y Dever 2000:24). Los resultados sugieren que en esta región la agricultura se desarrolló cientos de años después de la introducción de la alfarería, quizás en una época no muy diferente de aquella en la que se reportan sociedades agricultoras en el resto del país, hacia 1000 a. C. (Langebaek y Dever 2000). Los resultados de esa investigación también sugieren que la densidad de población durante el formativo temprano fue muy baja, y que esta no ocupó prioritariamente los suelos más adecuados para la agricultura. No obstante, el estudio regional en que se basa esa propuesta es muy pequeño, por lo tanto la cuestión permanece sin resolver. Es tan solo una hipótesis para ser tenida en cuenta en el futuro.

Un reciente trabajo llevado a cabo en Porce reporta el hallazgo de una cerámica de hace 5.000 años, aproximadamente, denominada Cancana, que tampoco parece obedecer a una función tecnoeconómica (Castillo y Aceituno, en Aceituno 2003:175). En cambio se propone que probablemente se usaba en festejos que fortalecían vínculos de

parentesco y la identidad local. Castillo (en Aceituno 2003:175) reporta el hallazgo de cerámica del Formativo costeño en Porce, lo cual sugiere que era un objeto de intercambio. En otras partes del continente la cerámica parece introducirse por razones distintas a las estrictamente tecnoambientales, y no necesariamente de forma concomitante con el sedentarismo o la agricultura (Politis et ál. 2002; Sassaman 1993). Más tarde, cuando el uso de la cerámica se generalizó entre muchas sociedades, se introdujo después de la agricultura, y quizá como una tecnología que cumplía funciones tanto tecnoeconómicas como sociales (Herrera et ál. 1989).

Desde luego, lo anterior no resuelve la cuestión de la función de la cerámica temprana. Si los resultados son confiables, se puede hablar del uso de cerámica con intereses distintos a la cocción durante cientos de años, y en sociedades que no eran ni sedentarias ni dependían de la agricultura. La sugerencia de que la cerámica cumplía una función social más que tecnoeconómica es desde luego un aporte fascinante al problema, pero faltan investigaciones que resuelvan el papel de la alfarería en las sociedades del Formativo Temprano costeño. El aspecto “ideológico” queda, por lo tanto, propuesto, pero no resuelto.

Cambios climáticos

Aunque estos han sido utilizados con frecuencia para explicar el desarrollo de la agricultura, en Colombia se han esgrimido con pretensiones más modestas cuando se trata de entender el proceso que llevó a depender menos de la cacería y cada vez más de la recolección. En particular, la discusión ha servido para debatir las condiciones en las cuales se formaron los concheros que parecen característicos de algunos sitios con cerámica del Formativo Temprano, y que continuaron hasta la llegada de los españoles. Reichel-Dolmatoff (1965) consideró que la conformación de los primeros concheros se asociaba como un estadio más en la secuencia prehispánica colombiana (arcaico), que como un desarrollo específico de formaciones sociales muy diversas. Algunos sitios tempranos, como Barlovento (Reichel-Dolmatoff 1955), Canapote (Bischof 1966) y Puerto Hormiga (Reichel-Dolmatoff 1955) se caracterizaban por la presencia de acumulaciones de conchas. No obstante, existen otros sitios del Formativo Temprano que no son concheros, y Reichel-Dolmatoff (1983) se inclinó más tarde por considerar que la conformación de concheros era el resultado de una de las múltiples estrategias adaptativas.

Oyuela y Rodríguez (1992) plantearon que estos se relacionan con épocas húmedas. Estas habrían tenido un impacto en la formación de estuarios y en los ciclos vitales de las diversas especies que habitaban los manglares, lo cual a su vez favorecería su explotación, situación que se revertiría durante los períodos de sequía. Las fechas

disponibles en Colombia ratifican la idea de que la conformación de concheros es propia del Holoceno, y también confirman la impresión general de que las acumulaciones de conchas corresponden a períodos húmedos. Desde luego esto no quiere decir que exista una relación excluyente. Por ejemplo, pese a las condiciones climáticas secas de los últimos quinientos años en la costa caribe, los españoles describieron economías que se basaban en la recolección de moluscos. Es más, aún hoy, pese a la tendencia a la sequía en el Caribe, se forman concheros gracias a las actividades humanas. Lo que parece estar claro es que ciertos períodos fueron más favorables a la productividad de los manglares, y que eso se evidencia en el registro arqueológico. En este contexto, la conformación de los concheros más antiguos parece haber formado parte de las múltiples estrategias de apropiación de recursos diversos, anteriores al desarrollo de la agricultura. Su formación parece responder al carácter oportunista de unos pobladores que ajustaban con cierta facilidad sus estrategias de subsistencia a las presiones del cambio ambiental. Una cuestión que permanece sin resolver es la importancia económica de la explotación de manglares, o su peso en la dieta (Archila 1993). Tampoco es claro el papel que tuvo la explotación del manglar en el desarrollo de otras prácticas económicas, eventualmente en el desarrollo de la agricultura.

DESARROLLO DE SOCIEDADES DESIGUALES

Desde las teorías evolucionistas del siglo XIX se ha propuesto que las sociedades que encontraron los españoles se hallaban en un estadio intermedio entre las antiguas comunidades igualitarias y las grandes civilizaciones andinas y mesoamericanas; de alguna manera se les definía como sociedades que no “habían llegado a ser” (Reichel-Dolmatoff 1965). Desde luego, esta visión de las cosas ha cambiado por completo en los últimos años, a medida que se ha venido tratando de entender en sus propios términos el desarrollo de las sociedades que encontraron los españoles. La idea de sociedades “intermedias” ha dado cabida a una amplia literatura sobre el desarrollo de cacicazgos o jefaturas. Los primeros intentos de hacer una lista de rasgos a través de los cuales se reconociera este tipo de sociedades han fracasado, pero al mismo tiempo es evidente que los españoles encontraron sociedades en las que se habían desarrollado formas de desigualdad política que requieren ser estudiadas. Cómo las llamemos es lo de menos. Los términos *sociedades complejas*, *cacicazgos* o *jefaturas* son tan problemáticos como cualquier otro, pero por lo menos llaman la atención sobre lo que algunos consideran su característica más importante: un desarrollo previamente mínimo de formas de desigualdad social. Conceptualmente eso quiere decir que quienes las estudian asumen

que la desigualdad social que esas sociedades exhibían a la llegada de los conquistadores, aunque diversa, era resultado de un proceso histórico, y por lo tanto una manifestación que no se encuentra en las sociedades más antiguas. No en vano, algunos de los más recientes trabajos sobre sociedades desiguales en Colombia se basan en el supuesto de que un aspecto central para comprenderlas es la estrategia (o las estrategias) gracias a la cual las élites políticas se diferenciaron del resto de la población (Ardila 1998; Gnecco 1998; Langebaek 1993, 1999; Llanos 1995).

Es imposible presentar aquí todos los resultados que pueden ser relevantes para entender las sociedades complejas del siglo XVI. Por lo tanto, este artículo se limitará a describir algunas de las secuencias mejor conocidas en términos regionales, y que fueron estudiadas mediante estrategias metodológicas comparables. Entre ellas se incluyen: los Andes de Nariño, el Alto Magdalena, Calima, Santa Marta, Guajira y los Andes Orientales. En Colombia existe una tendencia cada vez más importante a reconstruir secuencias arqueológicas que no siempre son fáciles de comparar con las “áreas culturales” tradicionales (Patiño 1999; Piazzini 2001). Así mismo, existen otras, como las de los Andes de Antioquia y Caldas, que empiezan a ser conocidas cada vez con más detalle (Langebaek y Dever 2002). No obstante, aquí se da prioridad a las secuencias sobre las cuales existe información de carácter regional que permita discutir tendencias demográficas, sistemas de asentamiento y otros aspectos que difícilmente pueden comprenderse desde la perspectiva de sitio. Las secuencias consideradas en este artículo ofrecen un panorama general: tres del suroccidente (Nariño, San Agustín y Calima), una del centro del país (Andes Orientales) y dos de la costa caribe (Santa Marta y Guajira), lo suficientemente amplio como para cumplir con los objetivos del artículo.

Secuencias

Nariño

La región de los Andes, en Nariño, tiene una secuencia más relacionada con Ecuador que con el resto de Colombia (Cárdenas 1992, 1995; De Francisco 1969; Doyon 1995; Groot y Hooykaas 1995; Ontaneda, 1998; Uribe 1985, 1986, 1988). Esta ha sido postulada a partir de cerámica encontrada en enterramientos (De Francisco 1969), y no es fácil de relacionar con las evidencias encontradas en sitios de ocupación, lo cual ha limitado el estudio de los procesos de cambio desde el punto de vista de la dinámica demográfica y los patrones de asentamiento. Se ha identificado la existencia de tres estilos alfareros, tomados de los trabajos de De Francisco en Ecuador: Capulí, Piartal y Tuza, pero se ha suscitado un considerable debate sobre si se trata de períodos arqueológicos (Cárdenas 1995; Doyon 1995; Langebaek y Piazzini 2003). En términos de cambio

social, se ha propuesto que los primeros cacicazgos que se desarrollaron en la región, correspondientes a la cerámica Piartal, tuvieron marcadas diferencias con las sociedades que encontraron los españoles en el siglo XVI, correspondientes a la ocupación tuza. Uribe y Lleras (1983:350) argumentan que la población de Nariño se habría asentado en el territorio hacia el siglo VIII d. C., proveniente de la sierra norte del Ecuador. Desde esta fase de poblamiento inicial hasta el siglo XIII d. C., la población habría mantenido una economía agrícola basada en el esquema de explotación vertical del medio andino (Uribe 1985:10). También habría desarrollado una red de intercambio con otras regiones, notablemente con la costa pacífica, lo que se deduce por la presencia en tumbas piartales de objetos elaborados con materias primas procedentes de esa región, o copiando estilos exóticos. Si bien es cierto que inicialmente se consideró que el intercambio a larga distancia incluía bienes de subsistencia (Uribe y Lleras 1983:350), posteriormente se propuso que se limitó a bienes de prestigio (Uribe 1985:10). Por cierto, el hallazgo, generalmente en contextos funerarios, de objetos foráneos ha dado lugar a considerar que en Piartal existía una jerarquización política que separaba a los caciques de los comuneros, de acuerdo con la posibilidad de tener acceso a bienes exóticos de lujo (Uribe 1986:8; Uribe y Lleras 1983:47).

Durante el último período prehispánico se reporta una menos frecuente aparición de bienes de prestigio, lo cual ha permitido plantear un debilitamiento del poder de los caciques con posterioridad al siglo XIV (Uribe, 1979:172). Estos cambios se han explicado a partir de dos causas. En primer lugar, una crisis del sistema de tributación. Así, el tributo rendido a los caciques habría tendido a “crecer a medida que el número de estos aumentaba y sus necesidades rituales se hacían más complejas, mientras que por otro lado la sociedad en su conjunto debía subsistir ahora cada vez con menos productos de intercambio”. Como consecuencia, en el período Tuza se habría dado una intensificación de la producción agrícola, que le habría permitido a la población depender menos del intercambio (Uribe y Lleras 1983:350). En segundo lugar se presentó una pérdida de control del sistema de interacción regional por parte de los caciques. El debilitamiento de las relaciones con la costa pacífica, posiblemente ocasionado por el dominio inca en el norte de Ecuador y por la migración de grupos desplazados por esa conquista, habría favorecido una reorientación de las relaciones hacia la sierra ecuatoriana (Uribe 1986:8; Uribe y Lleras 1983:349).

Un reciente estudio regional en Yacuanquer reporta dos ocupaciones, llamadas período 1 (1000-1300 d. C.) y Período 2 (1300-1550 d. C.). Estos no son con seguridad los únicos períodos presentes en los Andes de Nariño, dado que hay evidencias de ocupaciones más tempranas en otros lugares (Cadavid y Ordóñez 1992; Lippi 1998)

y se ha especulado que el frecuente fenómeno de las erupciones volcánicas (Martínez 2001:28) ha ocultado indicios de poblaciones mucho más antiguas (Uribe 1979). Tampoco hay claridad sobre si estas ocupaciones corresponden estrictamente a la alfarería Piartal y Tuza, respectivamente, pues se reconstruyeron a partir de diferencias en la cerámica doméstica abandonada en basureros (Langebaek y Piazzini 2003).

El período 1 se caracteriza por una baja densidad demográfica. La población parece haber ocupado con especial énfasis la parte más baja del área de estudio, considerada como la más apropiada para la agricultura. Otra concentración de población se encuentra sobre los 3.200 y 2.400 msnm. Durante el período 2 ocurre un notable crecimiento de población, la mayor parte de la cual se concentró en la franja intermedia entre el cañón del río Guáitara y los páramos, especialmente sobre la cota de los 2.600-2.800 msnm. En esta zona se encuentra el plano más extenso de la región, pero no las mejores condiciones de productividad. Se trata de tierras muy frías, y en ellas corren vientos muy fuertes. No obstante, presentan la ventaja de permitir rápidos desplazamientos, tanto a la parte más baja de la región como a la más alta, razón por la cual se ha propuesto que la estrategia de control del territorio, en la parte más tardía de la secuencia, enfatizó el control de múltiples ecologías, mientras la primera parte dio mayor énfasis al control de los recursos disponibles localmente, tanto en la parte más baja (principalmente) como en la más alta (donde el poblamiento fue, en comparación, más reducido).

En términos de organización política y social se identifican evidencias de diferenciación social desde el inicio de la secuencia. La cerámica del período 1 corresponde a una alfarería que se produjo en el altiplano nariñense durante el primer milenio d. C. Algunos de sus rasgos estilísticos incluyen figurinas antropomorfas y decoración aplicada, similares a las del complejo cerámico Capulí, y a las de Tumaco-La Toli-ta. La cerámica característica del período 2, por su parte, posee atributos tecnológicos, de forma y decoración, que corresponden indistintamente a la alfarería Piartal y Tuza, sin que se pueda hablar de diferencias cronológicas más refinadas. Los enterramientos suntuarios excavados en la región indican la presencia de líderes que se enterraban con una considerable riqueza en objetos suntuarios, al menos pocos siglos antes de la conquista española. La última parte de la secuencia sugiere que las comunidades le dieron énfasis al control autónomo de los recursos, lo cual coincide con la información etnohistórica (Bernal 2000; Calero 1991; Landázuri 1995; Oberem 1981; Salomon 1980).

Alto Magdalena

La región del Alto Magdalena es conocida por los hallazgos en San Agustín, especialmente por el de monumentales estatuas y llamativos enterramientos. Fue una de las primeras en el país en contar con una secuencia cronológica (Duque 1964; Pérez de Barradas 1943; Preuss 1931) y últimamente ha sido estudiada con intensidad, gracias a un proyecto de carácter regional en el valle de la Plata y luego en la región de San Agustín (Drennan 2000), complementado con estudios de asentamientos (Llanos 1988) y con indagaciones sobre la iconografía de la estatuaria (Llanos 1995; Velandia 1994).

La secuencia en el Alto Magdalena comienza con el período Formativo, hacia el primer milenio a. C., el cual se divide en Formativo 1, 2 y 3. Los primeros habitantes sedentarios del valle de la Plata se establecieron hacia 1000 a. C., la población era pequeña, pero desde entonces aumentó constantemente; si bien la tasa de crecimiento disminuyó durante los últimos siglos a. C., luego del inicio de la era cristiana comenzó a aumentar significativamente (Drennan 2000:119). Inicialmente, durante el Formativo 1, la población ocupaba la región en forma coherente con la distribución de recursos agrícolas, aunque su tendencia a aglutinarse era muy débil. En los primeros 900 años d. C. se desarrolló el período Clásico. Durante esta ocupación las concentraciones de población son más marcadas, y se sugiere la existencia de unidades políticas relativamente pequeñas y autónomas, asociadas con conjuntos de montículos y estatuas (aunque ya desde la última parte del Formativo probablemente se construyeron entierros monumentales). Tanto las evidencias de asentamientos (González 1998) como los análisis de polen (Drennan et ál. 1989) sugieren que, a pesar de su continuo aumento, la población estaba lejos de ejercer una presión significativa sobre los recursos disponibles.

Durante el Clásico Regional ocurrieron cambios importantes. No obstante, el estudio de los montículos funerarios indica que, pese a su monumentalidad, los personajes que fueron enterrados en ellos no tuvieron mayor posibilidad de acumular riqueza personal (Drennan 1995a, 1995b). Adicionalmente, parece probable que el liderazgo se sustentara más en el dominio ideológico que en el económico. En efecto, no se reporta el control de la producción agrícola por parte de una élite (Quattrin 2000), y la producción y distribución de la cerámica, al parecer, fueron descentralizadas (Taft 1993). Por otra parte, la diferencia económica entre unidades domésticas parece haber sido limitada (Blick 1993). Esta situación cambió durante el último período prehispánico, denominado Reciente (900-1530 d. C.). Pese a que se dejaron de elaborar los grandes monumentos característicos del período anterior, no se puede hablar de un colapso o decadencia de la sociedad. Por el contrario, la población siguió aumentando, aunque a un ritmo algo más lento (Drennan 2000). En general, las aglutinaciones de población se mantuvieron e

incluso las fuerzas centralizadoras aumentaron. Hipotéticamente, se ha propuesto que las élites del período Reciente dependieron más de estrategias económicas que ideológicas para afianzar su poder (Drennan 2000:124). No parece claro que esas élites controlaran los suelos más aptos para la agricultura, pero en cambio se cree que la producción y distribución de la cerámica fue más centralizada (Taft 1993). Algunas investigaciones recientes reportan áreas modificadas para la producción intensiva de alimentos (Sánchez 2000). Por otra parte, existen algunos indicios sobre la presencia de viviendas mucho más grandes que las demás (Duque, en Drennan 2000:125).

Una reciente investigación en Tierradentro reconstruye una secuencia similar a la del valle de la Plata y las demás áreas del Alto Magdalena estudiadas por Drennan y su equipo. En Tierradentro la densidad de población a lo largo de toda la secuencia parece haber sido más alta que la de la parte más baja del río de la Plata, pero más baja que la de la parte más alta de esa misma cuenca. El período de construcción de montículos y estatuas, es decir, el Medio, correspondiente al Clásico de San Agustín, no parece caracterizarse por un aumento de población importante. Un período que es clave para entender los cambios más importantes es el Temprano 3 (o Formativo 3, en la terminología empleada en el valle de la Plata). En efecto, este período coincide con el inicio de concentraciones de población en lugares donde se desarrollarían la estatuaria y los montículos, así como con un abrupto aumento de la población, quizá el más importante a lo largo de la secuencia (Langebaek y Dever 2009).

Calima

Esta región se encuentra ubicada cerca de la ciudad de Cali, en las estribaciones altas de la cordillera Occidental. Aunque había llamado la atención de los investigadores por su orfebrería y entierros, solo en las últimas dos décadas del siglo XX se dio inicio a la investigación sistemática en ella (Cardale et ál. 1992; Cardale, ed. 2005; Herrera et ál. 1982; Rodríguez 2002). Gracias a eso, hoy es posible reconstruir una secuencia detallada que abarca desde los primeros agricultores hasta la llegada de los españoles.

La primera ocupación por parte de agricultores y alfareros corresponde al período llama. Comenzó un poco después del año 1000 a. C. Los datos de polen indican que existían grandes extensiones de bosque (Cardale 2005a:39). En las excavaciones se han encontrado restos de granos de maíz, frijol y achiote (*Bixa orellana*); los análisis de fitolitos confirman la presencia de calabaza (*Cucurbita*) y rizomas comestibles (Cardale 1992:43; Kaplan y Smith 1988). Aunque la ocupación de algunos sitios parece haber sido larga –por lo menos de quinientos años (Cardale 2005a:60)–, los sitios de habitación son poco conocidos, y no se ha reportado la presencia de concentraciones de población u

obras monumentales como las que se encuentran en el Alto Magdalena. Pero, en cambio, se conocen en detalle algunas tumbas ubicadas en la parte alta de los cerros, en las cuales se ha encontrado cerámica y orfebrería finamente elaboradas (Cardale 1992). Cada cementerio consiste en agrupaciones de dos a ocho entierros, o hasta de veinte o treinta, con una profundidad de entre 1,5 y 2 m (Cardale et ál. 1992:57), pero hay reportes de entierros suntuarios mucho más profundos, de hasta 8 m. La orfebrería, aparentemente, es una introducción tardía dentro del período Ilama; generalmente se trata de piezas martilladas, cuentas de collar y grandes máscaras (Cardale 1992:53-4). Cardale (2005a:69) observa que a veces las vasijas encontradas en los cementerios del período Ilama comparten rasgos que las diferencian de vasijas encontradas en otros cementerios.

El período siguiente, Yotoco, inició a principios de la era cristiana y culminó unos mil años más tarde (Rodríguez 2002:129). Cronológicamente resulta comparable con el período Clásico Regional de San Agustín. Los estudios paleoambientales indican que hubo una notable tala de bosques, un probable aumento de la población y una agricultura más intensiva (Bray 1992:75, 2005:101). El maíz parece haber sido el cultivo principal, pero hay otros. Los sitios de habitación se ubican sobre tambos (de 8 x 10 m, aproximadamente) de la cordillera. Por lo general se trata de pequeñas agregaciones, pero hay casos en los cuales se identifican concentraciones más importantes, en terrenos planos, hasta de varias hectáreas (Bray 1992:77). Estas aldeas estaban comunicadas por caminos, los cuales, además, salían de la región hacia el litoral pacífico y el valle del río Cauca (Cardale 2000:58-67). La mayor parte de las tumbas excavadas, encontradas en el curso alto del río Calima, son de pozo con cámara lateral, similares a las del período anterior. La orfebrería yotoco es la más elaborada de toda la secuencia (Bray 2005).

La orfebrería yotoco incluye diademas, orejeras, pectorales y brazaletes. Algunos objetos en miniatura son similares a las estatuas agustinianas (Pérez de Barradas 1954:324). Al igual que en el caso de Ilama, algunos enterramientos del período Yotoco son más elaborados que otros; no solo algunas tumbas son definitivamente diferentes de otras, sino que también algunos cementerios son distintos de los demás. Por ejemplo, en la hacienda *Samaría* los cuatro entierros de este período investigados son completamente distintos a cualquier otro excavado en la región Calima (Salgado y Rodríguez 1989:124). Por otra parte, un solo entierro encontrado en La Primavera contenía más de veintidós objetos de oro, algunos de los cuales son propios de ese entierro, y no se encuentran en ninguno otro reportado. Ejemplos espectaculares de orfebrería relacionada con Yotoco se encuentran en el sitio de Malagana (Archila 1996; Bray 2000; Cardale, ed. 2005). Estas piezas “especiales”, en ocasiones, parecen similares a las de San Agustín, pero también hay objetos que son relacionados con los encontrados en otras partes del

suroccidente del país, entre ellas Tolima y Tierradentro (Plazas y Falchetti 1983). Los espectaculares hallazgos en Malagana parecen afines con Yotoco, pero también muestran algunas peculiaridades; el lugar incluye una ocupación proto-llama, pero alcanza su máximo desarrollo contemporáneamente con Yotoco (Bray et ál. 2005:146). Lo más llamativo, además de la elaborada orfebrería y alfarería que se encontró en el lugar, es una enorme estructura en forma de D, dividida en dos partes iguales por un banco y una zanja. Esta clase de estructura no se reporta en otros lugares, y su función no es clara. Los autores no están convencidos de que se pueda asociar a prácticas de guerra, y tienen la impresión de que más bien pudo haber sido construida para controlar las inundaciones (Bray et ál. 2005:148). Muy cerca se encuentra un campo de camellones de cultivo, probablemente asociado (2005:150). Los entierros del sitio no se concentran en un lugar específico; aquellos que tenían la mayor cantidad de oro no son ni más grandes ni más elaborados que los que no tenían oro (2005:157). Bray (2000:109), basado en los hallazgos de objetos, estima que Malagana consiste en una zona arqueológica de no más de 80 km a lo largo del río Cauca, sin que ello implique que se trataba de una unidad política o étnica.

La secuencia calima culmina con el período Sonso, datado en los últimos quinientos años de la ocupación prehispánica, aunque para algunos autores podría ser algo más antiguo (Rodríguez 2002:237). La cerámica y la orfebrería de este período son menos ricas, en términos iconográficos, que las de Yotoco. También parece que los enterramientos de Sonso son, definitivamente, menos espectaculares que los de Yotoco, aunque algunos parecen ser notablemente profundos (Gähwiler-Walder 1992, 2005). Ciertos enterramientos se hicieron en sarcófagos de madera (Von Schuler-Schömig 1981:25-7), otros en urnas (Gähwiler-Walder 1992). Algunos arqueólogos han propuesto que el uso de la orfebrería dejó de estar limitado a las élites (Rodríguez 2002:256), y que esto se debió a una producción más especializada y a que los objetos de metal sirvieron para marcar más diferenciaciones sociales (Langebaek 2003). En efecto, pese a la rusticidad de la cultura material fúnebre de Sonso, existen evidencias de una complejidad social mayor que en el período anterior. Durante la última ocupación prehispánica se construyeron plataformas de hasta 100 m de largo y se realizaron considerables modificaciones en el paisaje, con fines agrícolas (Herrera 1992:156). Algunos indicios sugieren que la población aumentó, en la medida en que los sitios dan la impresión de ser más numerosos y más grandes (Salgado y Rodríguez 1989:124; Gähwiler-Walder 1992:137). Un estudio comparativo de plataformas de vivienda de Yotoco y Sonso concluyó que las de este último período eran más diversas, y por lo tanto indican mayor diferenciación en las actividades realizadas; también, probablemente, una mayor complejidad social (Langebaek 1997).

Santa Marta

Esta región conocida por el desarrollo de la llamada “cultura Tairona”, es una de las más diversas del país. Abarca desde áridas bahías, en los alrededores de la ciudad de Santa Marta, hasta las selvas que cubren las faldas de la Sierra Nevada, y los páramos y áreas nevadas que se encuentran en la parte más alta de esta. La investigación de la región de Santa Marta se concentró durante años en enterramientos y sitios monumentales (Mason 1931; Reichel-Dolmatoff 1965), la reconstrucción de una secuencia cronológica (Bischof 1969; Oyuela 1995; Wynn 1975) y la distribución espacial de los asentamientos (Groot 1982; Oyuela 1995; Serje 1984). En los últimos años se llevó a cabo un reconocimiento regional en las bahías del Parque Tairona, al oriente de Santa Marta, con una metodología comparable a la utilizada en el Alto Magdalena (Langebaek 2003).

Gracias a investigaciones realizadas en la zona costera se ha establecido una cronología que abarca una ocupación malambo (Langebaek 1987), sin datación clara. Más claros son los siguientes períodos: Neguanje (1-700 d. C.), Buritaca (700-1000 d. C.) y Tairona Tardío (1000-1600 d. C.), cada uno de los cuales parecería corresponder a la ocupación de áreas cada vez más amplias de la región (Bischof 1969; Wynn 1975). Estudios más recientes de Dever (2007) permiten identificar divisiones más finas en cada uno de los períodos mencionados, pero el estudio regional disponible se basa en la cronología más gruesa. Por el momento, los hallazgos de cerámica Malambo se limitan a los bajos ríos Córdoba y Toribio, cerca de Ciénaga, y no permiten definir con certeza un período anterior a Neguanje. Durante este último se cubrió la región del litoral, desde Ciénaga hasta la Guajira; durante Buritaca se comenzó la ocupación de los flancos de la Sierra Nevada, y finalmente, durante la ocupación más tardía, se completó el poblamiento de la sierra. En líneas generales, esto sugiere un incremento de población, pero es difícil cuantificarlo, y poco se sabe sobre los aspectos regionales que esa dinámica pudo tener.

Un estudio regional llevado a cabo en el Parque Tairona corresponde a un área de 91 km². Aunque limitado, permite hacer un seguimiento de una parte importante de la secuencia (Langebaek 2005; Langebaek y Dever 2002). Los resultados de este reconocimiento no son tan fáciles de interpretar como los de otros proyectos que han utilizado metodologías similares, debido a que existen evidencias de sitios cuya profundidad supera, con mucho, la que se puede detectar con la estrategia de recolección empleada. Sin embargo, las bahías tienen evidencias de una activa gaaquería que ha removido metros de tierra, con lo cual se espera que la recolección de materiales brinde por lo menos una aproximación satisfactoria a los aspectos demográficos y de patrones de asentamiento (Langebaek 2006). Las bahías tienen un relieve plano que se hace más

abrupto a medida que se asciende hacia las faldas de la Sierra Nevada, la cual alcanza una altura de 5.800 msnm.

La primera ocupación corresponde al período Neguanje. La población es pequeña: 18 ha de área con tiestos. La mayor parte de los sitios tienen una hectárea; el más grande, apenas 2,5 ha, y se encuentra en Cinto, la bahía que ofrece condiciones menos hostiles a la agricultura. De hecho, Cinto concentra cerca del 40% de la ocupación Neguanje. La bahía menos fértil, que le da el nombre al período, no tiene evidencias de ocupación, pero esto no significa que permaneciera desocupada; simplemente la población debió ser muy escasa y la metodología de reconocimiento no encontró evidencias de ella.

En el período Buritaca los sitios crecieron de tamaño y el asentamiento más grande llegó a tener 4 ha. La mayor parte de la población ocupó dos bahías: Cinto (39%) y Concha (44,5%). En el resto de las bahías la ocupación fue reducida. Finalmente, el poblamiento de las bahías durante el período Tairona se repartió de forma más homogénea, excepto en Gairaca, la más pequeña de todas, donde fue relativamente escaso (Langebaek 2005).

La información del reconocimiento regional indica un leve aumento en el índice de población entre los períodos Neguanje y Buritaca (78,8%); luego, un enorme incremento entre este último período y la ocupación Tardía (1.184,5%) (Langebaek 2005), aumento que podría coincidir, por cierto, con el inicio de producción de sal en la bahía de Chenge, hacia 1250 d. C., aunque las condiciones ambientales para el inicio de su explotación, sin duda, fueron anteriores (Dever 2007). Este enorme aumento de población hacia el final de la secuencia es confirmado, además, por los estudios a nivel de sitio realizados por Dever (2007) en la bahía mencionada. En todo caso, durante los períodos Buritaca y, especialmente, Tardío, se encuentran aldeas más o menos grandes, pero no se desarrollaron jerarquías de asentamiento en el área de estudio. No obstante, es posible que existiera jerarquización, si se tiene en cuenta que sitios como Pueblito o Buritaca 200, entre otros, son mucho más grandes que cualquiera de los encontrados en las bahías (Langebaek 2005). Los estudios de Serje (1984) sugieren que en el siglo XVI existían tres niveles de jerarquías de asentamiento en la Sierra Nevada de Santa Marta.

Por otra parte, se debe enfatizar que la ausencia de jerarquías de asentamiento durante el período Neguanje no implica la inexistencia de diferenciación social. Un enterramiento encontrado por Mason en un montículo en la bahía de Neguanje corresponde probablemente a una facción especial (Langebaek 2006). En el montículo se encontraron treinta recipientes de cerámica, cerca de ocho mil cuentas de collar hechas en piedras semipreciosas, pendientes de piedra y adornos de oro y tumbaga, todos de características únicas (Mason 1931, 1936, 1939). De este período son propios algunos adornos

de oro, similares a los de la región Quimbaya, en la cordillera Central (Bischof 1969), así como líticos que recuerdan tradiciones centroamericanas (Snarskis, 1999:60). No tenemos evidencias sobre jerarquización social en Buritaca, quizá la ocupación menos conocida. Pero la base del poder en el período Tardío parece haber sido muy diferente de lo que se reporta para Neguanje. Durante los últimos siglos de la ocupación prehispánica, la población se expandió hacia la Sierra Nevada, dando inicio a la construcción de sistemas de riego y de terrazas de cultivo (Reichel-Dolmatoff 1986). Algunos indicios sugieren que, al menos en las partes más bajas de la sierra, dicho proceso se pudo iniciar durante la ocupación del período Buritaca. Los entierros del período Tairona, aunque en su mayor parte excavados por guaqueros, dan la impresión de indicar jerarquías sociales, pero no tanto por la naturaleza especial del ajuar, como en el caso de Neguanje, sino por la mayor frecuencia de objetos que también se encuentran en muchos otros entierros (Langebaek 2003). Algunos objetos, por ejemplo líticos alargados en forma de caracol, parecen señalar diferencias regionales, pero no sabemos si en el espíritu de marcar la presencia de “culturas” locales o de “élites locales” (sin que sean dos posibilidades excluyentes). No obstante, existe un enorme vacío en la arqueología de la región: no conocemos sobre eventuales diferencias en la jerarquía entre unidades domésticas. Para el período Tairona se ha sugerido que la presencia de metates más elaborados y la inversión de trabajo en la construcción de terrazas podría indicar diferencias sociales (Serje 1984), pero no se han excavado viviendas que permitan refinar la interpretación; y el asunto es completamente desconocido para períodos anteriores.

Guajira

El clima de esta región es seco y cálido, aunque existen algunas variaciones en la pluviosidad (Pérez 1990). La mayor parte de la investigación se ha concentrado en la cuenca media del río Ranchería, una de las más favorables para la ocupación humana. Aunque existen hallazgos aislados de posibles cazadores-recolectores, se conoce mucho mejor una secuencia de alfarería correspondiente a tres períodos, todos ellos relacionados con las secuencias de la cuenca del lago de Maracaibo, de la Sierra Nevada de Santa Marta y, en menor grado, con las del Bajo Magdalena (Arvelo y Wagner 1981; Oliver 1989; Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1951; Tartusi et ál. 1984). El primero de ellos corresponde a una cerámica Malambo, la cual se encuentra en diversos sectores del litoral. Sobre esta ocupación no se han realizado estudios, pero da la impresión de asociarse a grupos de pescadores y recolectores. Luego continúan dos ocupaciones mucho mejor conocidas. La primera de ellas, que habría iniciado alrededor de la era cristiana, corresponde a La Loma-Horno. La segunda arrancarían desde una época no precisada del todo

y continuaría hasta el fin de la secuencia (Ardila 1984b, 1996; Botiva 1982; Langebaek et ál. 1998; Orjuela 1995; Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1951).

Un pequeño estudio regional llevado a cabo en la parte media del río Ranchería reporta aldeas grandes con fácil acceso a las tierras fértiles aledañas al río. Durante la segunda ocupación ocurrió un incremento de población en sectores de poca fertilidad alejados del Ranchería. Probablemente, la población de la primera ocupación dependía más de raíces que del maíz, mientras la del período más tardío cultivaba maíz y vivía en una región menos seca de lo que es hoy. Parece que la población de las dos ocupaciones tenía aldeas de considerable tamaño, pero que la población de la segunda explotó una variedad de ambientes mayor que su predecesora. Aunque se ha planteado que la población de la segunda ocupación fue menor que la de la primera, a consecuencia de un cambio climático que dio inicio a un período seco en el siglo VII d. C., o de la presión de la población sobre un medio frágil (Bray 1995; Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1951), esa hipótesis no coincide con los estudios realizados. En realidad, bajo cualquier criterio, la población aumentó significativamente de la primera a la segunda ocupación. Según los cálculos realizados, el aumento entre una y otra pudo ser cercano al 375% (Langebaek et ál. 1998:53).

Una hipótesis para el caso de la Guajira es que si bien la segunda ocupación fue más densa que la primera, durante los últimos siglos de la secuencia prehispánica se dio un enorme descenso demográfico, como consecuencia de un severo período seco que ocurrió en el siglo XIII d. C. Aunque en teoría este fue breve, existe información que sugiere que en la costa norte se pudo prolongar hasta nuestros días. En el caso de la Guajira, no existe información sólida que permita apreciar en detalle la secuencia climática, así que, pese a recientes trabajos (Socarrás 2003), la cuestión sigue sin resolverse. No parece fácil cuestionar la existencia de aquel período seco, en la medida en que se trata de un evento de alcances continentales; pero la cuestión de si se prolongó o no apenas sirve para descalificar la hipótesis: un efecto sobre la demografía de la región puede ser tanto el resultado de un severo período de sequía corto como de uno largo. Debe mencionarse, en apoyo a la idea de que este período seco tuvo un impacto en la población de la región, que no se reportan fechas de ^{14}C posteriores al siglo XIII d. C. en la cuenca del río Ranchería, y que además las descripciones de los cronistas respecto de la mayor parte de la península dan cuenta de una baja densidad de población, que no parece tener relación alguna con las grandes aldeas reportadas por la arqueología. Pero, por otra parte, se trata de una propuesta que de todas maneras es difícil aceptar sin mayor crítica. Los cronistas describen, efectivamente, una buena cantidad de conucos y asentamientos relativamente importantes, pero lamentablemente se refieren más a la

cuenca del río Cesar, donde predominan condiciones menos secas (María 1977:493-494). Como quiera que sea, existen escenarios alternativos: por ejemplo, que en los últimos siglos de ocupación prehispánica el poblamiento se haya hecho mucho más disperso y móvil (Langebaek et ál. 1998). Esto implicaría que no necesariamente menos gente ocupó la península, sino que lo hizo de forma más dispersa. Por lo tanto, el seguimiento arqueológico de la secuencia demográfica exigiría estudios más amplios e intensivos que los realizados hasta ahora.

Lamentablemente, los estudios realizados en la península se han concentrado en aspectos demográficos y ecológicos, y como ocurre frecuentemente en zonas de climas extremos, estos se han considerado más importantes que los aspectos sociales y políticos. La existencia de grandes aldeas en la región, desde la primera ocupación, no es solamente un problema ecológico, sino social. Desde luego, por sí mismas no son un indicador de centralización impulsada por factores políticos. Las grandes aldeas que se desarrollaron a lo largo del río Ranchería pueden reflejar, simplemente, la agregación de población en regiones aptas para la agricultura. Y por lo que se sabe, no parece haber mayor diferencia entre ellas que dé pistas sobre la existencia de jerarquías de asentamiento. Pero el hecho es que faltan muchas investigaciones que permitan saber “cómo eran” las sociedades de la región. Por ejemplo, no se han hecho investigaciones sobre eventuales diferencias entre unidades domésticas, ni estudios sobre prácticas funerarias.

Valle de Leiva (Andes Orientales)

Los Andes Orientales estaban ocupados por grupos muisca a la llegada de los españoles. Las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas sugieren una considerable diversidad en términos de cultura material, cronología y organización social, razón por la cual el trabajo llevado a cabo en diferentes regiones, especialmente en Fúquene, la sabana de Bogotá y el valle de Leiva, no se puede utilizar para hacer generalizaciones sobre el resto del territorio. En este caso se presentarán los resultados obtenidos en el valle de Leiva, ubicado en el norte del territorio muisca, sobre los 2.000 msnm, un poco más abajo del nivel donde parece haberse concentrado la mayor parte de la población indígena, al menos en el siglo XVI. El reconocimiento regional de este valle cubrió 182 km². Los sitios encontrados abarcan los períodos Herrera (¿400 a. C.-1000 d. C.), Muisca Temprano (1000-1200 d. C.) y Muisca Tardío (1200-1600 d. C.) (Langebaek 1995, 2001). Vale la pena aclarar que esta cronología es tentativa, sobre todo con respecto a lo que corresponde a la transición entre los períodos Herrera y Muisca Temprano, que puede ser algo más temprana. El reconocimiento regional sugiere que la población del período Herrera se distribuyó en las áreas planas y

fértiles a lo largo de los ríos, mostrando poco interés por áreas menos apropiadas para la agricultura. La densidad de población parece haber sido muy baja (21,7 ha de asentamiento), y los sitios bastante pequeños. Otras investigaciones realizadas en los Andes Orientales indican que la población de este período explotaba fuentes de agua salada y conocía la agricultura del maíz (Cardale 1981).

Durante el período Muisca Temprano ocurrió un significativo aumento en el tamaño de la población, y un cambio radical en el patrón de asentamiento. En lugar de numerosos y pequeños asentamientos dispersos, la mayor parte de la población se concentró en dos lugares: Suta, ubicado en las laderas meridionales del área de reconocimiento, y El Infiernito. Cada uno de estos sitios tiene aproximadamente unas 10 o 12 ha. No obstante, ni el uno ni el otro parecen representar lugares centrales que ejercieran un control territorial: aparte de ellos, el resto del valle se encontraba prácticamente desocupado, excepto por una cierta agregación de población en los alrededores de Sáchica (Langebaek 2001:51).

En el período Muisca Tardío la población continuó aumentando, aunque con menor intensidad. Suta y El Infiernito dejan de monopolizar la concentración de población, no obstante, continuaron siendo importantes. También se reporta la existencia de una jerarquización de asentamientos en términos de su tamaño, aunque los estudios realizados en el vecino valle de Fúquene sugieren que, en todo momento, la población parece haber estado por debajo de la capacidad de carga (Langebaek 1995).

Las investigaciones de Boada (1999) en El Venado (valle de Samacá) y de Kruschek (2003) en Funza (sabana de Bogotá) confirman la existencia de diferencias sociales, por lo menos, en la parte final del período Herrera. En Funza, por ejemplo, hay diferencias en el acceso a la cerámica más decorada entre las unidades domésticas de ese período. Sin embargo, tanto Boada como Kruschek plantean que las diferencias en el acceso a los recursos pudieron haber sido más marcadas entre unidades domésticas del Muisca Temprano y del Muisca Tardío. En el caso de El Venado, se sugiere la importancia del control de las tierras más fértiles dentro del asentamiento para el desarrollo de la diferenciación social, pero no se aporta información que soporte esa idea. Los resultados de recientes investigaciones en El Infiernito sugieren que no es tan fácil encontrar diferencias en términos de riqueza durante el período Herrera, pero que estas aparecen en el período Muisca Temprano. Lo que sí se cree es que las unidades domésticas con más cerámica decorada del Muisca Temprano se reportan en el lugar donde había anteriormente más ocupación del período Herrera, y donde probablemente, desde finales de dicha ocupación, se erigieron monolitos que conformaban lo que parece ser una estructura asociada con observaciones astronómicas. No obstante, el sector donde

se dio ese proceso no es el más fértil de El Infiernito, y este hecho contradice la posibilidad de que, al menos dentro del asentamiento, el control de las mejores tierras fuera una consideración de importancia.

En los sitios muisca donde el tema se ha investigado, además de El Infiernito y Suta, en el valle de Leiva, como El Venado, el rol de los festejos parece haber sido importante. A medida que se avanza en el tiempo, la proporción de cerámica asociada a la fermentación de bebidas y al servicio aumenta. Pero subsisten muchas dudas sobre qué significa esto, y, en verdad, también hay dudas sobre qué significan los indicadores de riqueza. Para algunos, la concentración de, por ejemplo, evidencias de huesos correspondientes a los mejores cortes de carne, al lado de una mayor concentración de evidencias de festejos, es evidencia incontrovertible de la acumulación de privilegios y propiedades en manos de una élite (como se afirma, por ejemplo, respecto a El Venado). Pero la explicación no es aceptada por todos, puesto que la evidencia no tiene en cuenta cómo funcionaban las redes de distribución: no es claro si las mencionadas acumulaciones son producto de actividades centralizadas de distribución o de que unos pocos individuos acumularan bienes a expensas de los demás (Langebaek 2006).

Algunos estudios sugieren que, al igual que en su contraparte Neguanje, se introdujo durante el período Muisca Temprano, o a finales de la ocupación del período Herrera, una orfebrería inspirada en diseños quimbayas (Langebaek 2003). Pero, en este caso, no se han encontrado evidencias de enterramientos comparables al excavado por Mason. Las élites del período Muisca Tardío parecen haber ocupado sus asentamientos en cercanías a las tierras más fértiles, como lo sustentan los reconocimientos regionales llevados a cabo en Fúquene y en el valle de Leiva. También en Funza (antigua Bogotá, el cacicazgo más importante a la llegada de los españoles) parece que la sede del cacique más importante se ubicaba sobre las mejores tierras (Kruschek 2003). Pero de nuevo: si se trataba de tierras para su usufructo o de su familia, es cuestión que no se ha resuelto. Al menos los documentos del siglo XVI lo desmentirían: ellos indican un importante papel en la acumulación de excedentes, y la existencia de sistemas de control regional, pero casi siempre sin control de los bienes de subsistencia. Parece enfatizarse más lo político y social que la expropiación de alimentos a sus productores (Langebaek 1995). En ese contexto parecería inscribirse la participación en los festejos.

La naturaleza de las diferencias

Existen notables similitudes entre las secuencias en las que se ha estudiado el desarrollo de sociedades complejas, pero también se encuentran algunas diferencias. Uno

de los contrastes tiene que ver con la cronología. La ocupación por parte de agricultores y alfareros es más temprana en San Agustín y Calima (1000 a. C. o después), algo menos en la Guajira (500 a. C.) y en los Andes Orientales (400 a. C.), tardía en el caso de Santa Marta (¿siglo I d. C.?) y definitivamente muy tardía en el altiplano nariñense (1000 d. C.), si bien al menos en esta región se argumenta que las erupciones volcánicas están ocultando ocupaciones mucho más tempranas que las hasta ahora estudiadas.

Todas las secuencias inician con poblaciones agricultoras que ocupan los suelos con menos riego para cultivar. En todas partes la densidad de estas primeras sociedades agrícolas parece haber sido considerablemente baja. Pero, así mismo, sin excepción, la dinámica de poblamiento se caracterizó por un crecimiento más o menos continuo. Con la discutible excepción de la Guajira, en todas partes la densidad de población en el último período prehispánico era mayor que al comienzo. Pero, desde otra perspectiva, probablemente haya diferencias importantes. En la región del Alto Magdalena la tasa de población fue más baja en el período Reciente (900-1530 d. C.) que durante el Clásico Regional (0-900 d. C.). En el caso de los Andes Orientales, también la tasa de crecimiento es mucho mayor entre el período Herrera (400 a. C.-¿1000 d. C.?) y el Muisca Temprano (1000-¿1200 d. C.?), que entre este último y la ocupación del Muisca Tardío (1200-1600 d. C.). No obstante, sucede todo lo contrario en Santa Marta, donde el crecimiento más notable se observa en la última parte de la secuencia. Por otro lado, vale la pena no subestimar diferencias considerables incluso en zonas relativamente cercanas. Los mejores ejemplos, por ahora, son las diferencias en términos de comportamiento demográfico en las diversas partes del valle de la Plata (Drennan 2000), o entre estas y Tierradentro (Langebaek y Dever 2009), por no mencionar el caso del valle de Leiva en relación con Fúquene.

En algunos casos se ha acudido a la presión de la población como característica del poblamiento en algunas regiones, como el territorio muisca, sobre todo en épocas tardías (Boada 1987). Es posible, en efecto, que se pueda hablar de poblaciones relativamente densas, pero de allí a explicar los procesos de cambio social hay un abismo. Si bien los estudios orientados a evaluar el papel de la presión demográfica en los procesos de complejización son escasos, es más fácil afirmar que existe una buena correlación que una explicación causal. Cuando se miran las secuencias con más detalle, se encuentra evidencia que desmiente la idea. Los períodos de gran crecimiento demográfico, como el Muisca Temprano en los Andes Orientales, o el Clásico Regional, se asocian también a grandes extensiones de tierra fértil desocupadas. En algunos lugares específicos, como reporta Sánchez (2000) en el Alto Magdalena, se puede identificar cierta presión sobre los recursos, pero en el ámbito regional la cosa parece haber sido siempre

muy distinta. En resumen, la presión de la población sobre tierras fértiles parece un pobre candidato para explicar el desarrollo de los cacicazgos.

Otra cuestión importante es que las primeras sociedades con alfarería y agricultura no se organizaron en forma similar. En el Ranchería Medio encontramos grandes aldeas desde la primera parte de la secuencia; en San Agustín, los primeros grandes núcleos de población del Clásico Regional (0-900 d. C.) tienen su antecedente en agregaciones del Formativo, antes de la era cristiana; en el valle de Leiva los primeros agricultores ocuparon un asentamiento mucho más disperso, y solo conformaron aldeas grandes hacia 1000 d. C. En Yacuanquer hay una situación intermedia: las aldeas más tempranas no son tan grandes como las de la Guajira, pero el poblamiento tampoco parece tan disperso como el que caracterizó al período Herrera en Fúquene y el valle de Leiva. En la región de las bahías del Parque Tairona el período Neguanje tampoco se caracteriza por la existencia de aldeas grandes. Por cierto, en algunos casos –como en la Guajira o Nariño– no se sabe si las grandes aldeas identificadas son realmente lugares centrales o simples agregaciones de gente que no ejercieron un control político sobre unidades más pequeñas en una región. Y en ciertos casos, como en el valle de Leiva, se ha sugerido que definitivamente esas primeras grandes aldeas no actuaron como centros de control sobre una población regional. Pero en otros lugares las primeras concentraciones de población sí parecen haber funcionado como sedes de cacicazgos pequeños e independientes, el mejor ejemplo es San Agustín.

En todas las secuencias el desarrollo de jerarquías regionales parece extraordinariamente tardío, pero no necesariamente las diferencias sociales entre unidades domésticas. En realidad, las únicas dos regiones donde se puede hablar con cierta tranquilidad de tres niveles de asentamientos (para algunos, cuestionablemente, un *landmark* de los cacicazgos) son Santa Marta y los Andes Orientales (Langebaek 2004). En algunas regiones, como Calima, la cuestión no ha sido investigada, pero hay asentamientos especiales cuyo funcionamiento en el ámbito político merece estudiarse, como sucede con la aldea en forma de D de Malagana. A nivel de unidades domésticas puede haber contrastes interesantes, pero el asunto no es del todo claro. Por lo menos en el caso de San Agustín parece que a lo largo de la secuencia no es fácil encontrar evidencias económicas entre unidades domésticas hasta bien tarde en la secuencia. Sin embargo, en el caso de los Andes Orientales la situación todavía está abierta a debate: desde por lo menos el final del período Herrera puede haber ciertos contrastes económicos entre unidades domésticas; pero mientras los trabajos realizados en El Venado y Funza tienden a considerar que se trataba de marcados contrastes, la investigación llevada a cabo en El Infiernito favorece la idea de que no lo eran tanto. Existen casos que sugieren

algunas formas de liderazgo anteriores al desarrollo de jerarquías políticas, al parecer vinculadas con aspectos ideológicos: San Agustín, Calima, Nariño y Santa Marta son lugares en los que desde temprano se marcó el prestigio de ciertos individuos mediante objetos o entierros especiales. De otras regiones, como la Guajira, no tenemos información alguna.

En el caso de San Agustín las investigaciones de Drennan (1995b) sugieren que el liderazgo no estaba institucionalizado en el momento en que se construyeron las estatuas y los entierros en montículos. En el caso de Neguanje el estudio regional sugiere que el montículo excavado por Mason se encontraba en una zona donde no se concentró la población. Si se puede hablar de una “élite” de Neguanje es claro que esta no se asoció con un lugar central. El Infiernito alcanzó a concentrar un porcentaje importante de la población a nivel regional, cuando muchas tierras fértiles permanecieron desocupadas. En el caso de los Andes Orientales, sin embargo, parece que en la parte más tardía de la secuencia los asentamientos se orientaron a la explotación de las tierras más fértiles (Langebaek 1995, 2001), y respecto de San Agustín también se ha propuesto, hipotéticamente, que en la última parte de la secuencia el poder de las élites se había involucrado crecientemente en asuntos económicos.

En el norte de Suramérica ha existido cierta tradición de explicar el desarrollo de las sociedades complejas a partir de las características productivas del medio. El ejemplo más claro es el de la Amazonia: el debate sobre la presencia de sociedades complejas en esta región, en el fondo, se ha reducido desde hace años a investigar si el medio *limita* o *estimula* su desarrollo, lo cual implica propuestas igualmente deterministas, solo que con una aproximación diferente al medio. Incluso en el caso de la Sierra Nevada de Santa Marta se ha propuesto que la jerarquización social se desarrolló a partir de cambios climáticos, como lo demuestran los diversos trabajos de Oyuela, aunque realmente no hay la más mínima evidencia a favor de semejante idea, y, en cambio, sí hay mucha en contra (Langebaek 2003; Dever 2007). En otras áreas la importancia del medio ha sido propuesta de forma más interesante y sofisticada. Por ejemplo, a propósito de El Venado (Andes Orientales) se ha propuesto que el control de las tierras más fértiles del sitio fue un aspecto importante en el desarrollo de la complejidad social (Boada 1999). Y en cuanto a El Infiernito se ha insistido en que ese no fue el caso (Langebaek 2006). De todas maneras, no es usual que la secuencia de cambio social de los cacicazgos se interprete a partir de cambios climáticos, al menos en comparación con las primeras ocupaciones de cazadores-recolectores.

Desde luego es posible que existan algunas relaciones, y, sin duda, vale la pena explorarlas. Pero en este caso tampoco parece fácil explicar el desarrollo de sociedades complejas. En términos generales, las propuestas sobre el impacto del clima se han

concentrado en la forma como resultaron afectadas las sociedades por los períodos secos. En el caso de Colombia se ha propuesto la existencia de cuatro épocas secas: entre 750-350 a. C., 200-50 a. C., 550-650 d. C. y 1250-1300 d. C. La anterior información solo es aproximada, y desde luego la naturaleza de esos períodos secos en cada región es poco conocida. En líneas generales, los períodos secos de los siglos VII y XIII d. C. parecen haber sido importantes a lo largo y ancho del norte de Suramérica, si no del continente. El período de sequía más antiguo cae en pleno desarrollo de las primeras evidencias de agricultores sedentarios de todas las regiones. En el caso del período Herrera de los Andes Orientales, y de la Guajira, los primeros asentamientos se ubicaron cerca de cursos de agua, lo cual es consistente con las condiciones relativamente secas que debieron enfrentar. En el valle de La Plata la ocupación del Formativo coincide con condiciones más frías y húmedas que las actuales, y la mayor parte de la población se estableció a una altura aproximada de 1600 msnm. El inicio del período Clásico Regional coincide con un mejoramiento del clima: entonces aumentó la población como nunca antes (Drennan et ál. 1989:226-227). En líneas generales, los cambios climáticos pudieron afectar la forma como se distribuyó la población, el tipo de medios explotados e incluso la productividad. Pero ir más allá parece riesgoso.

En todas las regiones el poblamiento se ubicó, en general, en las áreas menos complicadas para sembrar. Ese período seco, con seguridad, se asocia a ocupaciones con pocas diferenciaciones sociales, tanto a nivel de sitios como de regiones. Sin duda, el período de sequía ubicado entre 550 y 650 d. C. fue anterior a la formación de jerarquías de asentamiento en todas las secuencias, pero es interesante anotar que el primer período seco del siglo VI d. C. coincidió, en los Andes Orientales, con las primeras formas de jerarquización interna en asentamientos, durante la parte final del período Herrera. A primera vista, el período seco del siglo VI d. C. podría corresponder también con el desarrollo de formas de liderazgo como las que se evidencian en el entierro de Neguanje, en la región de Santa Marta, aunque para ser francos la única fecha absoluta para ese montículo es un poco más temprana: corresponde a 310 ± 70 d. C. (Bray 1995:110).

Tampoco es claro si los cambios climáticos del siglo VI d. C. se relacionan con la dinámica demográfica. Al menos en el caso de Santa Marta tales cambios, que coinciden aproximadamente con el paso de la ocupación Neguanje a la ocupación Buritaca, no solo no se relacionan con un descenso de población en el litoral, sino que incluso tienen que ver con un aumento demográfico. La periodización arqueológica en otras regiones no corresponde con dicho período seco. En la Guajira el impacto del período seco del siglo VI d. C. no afectó el crecimiento de la población. Por el contrario, esta aumentó hasta alcanzar el máximo nivel antes de la llegada de los españoles. Por lo

demás, se debe señalar que, sin importar la trascendencia que se le asigne al período seco del siglo VI d. C., después de esa época la correlación entre cambios sociales y la secuencia ambiental no es clara: por ejemplo, en el valle de la Plata la ubicación de los asentamientos del período Clásico Regional no se asocia siempre a condiciones ambientales (Drennan et ál. 1989).

Dado que la primera ocupación corresponde, en todas las secuencias estudiadas, a las tierras con mayor facilidad para desarrollar la agricultura, esta última parece la base de la desigualdad social en Colombia. En otras latitudes se han estudiado sociedades complejas cuya base económica no parece haber sido la agricultura (Widmer 1988). En Colombia no se ha reportado esa situación. Alguna forma de agricultura parece un prerrequisito para el desarrollo de las formas más complejas de organización social. Es probable que la ocupación de las tierras más fértiles tuviera que ver con la necesidad de maximizar los rendimientos de una agricultura cuando en su consolidación esta tuvo que competir con sistemas de subsistencia menos riesgosos (Langebaek y Dever 2000). Aunque es claro que el maíz era conocido desde hacía tiempo, las sociedades complejas parecen haber dependido de forma notable de esa planta, complementada desde luego por un sinnúmero de plantas comestibles que variaban según el caso. En otra ocasión (Langebaek 2004) se ha sugerido que ello tiene sentido con el control regional, no estrictamente local, de las élites, dado el potencial del maíz para intensificar la producción de alimentos. Y esto por no mencionar la enorme importancia ritual que tuvo y, por lo tanto, su no despreciable papel en festividades que podían servir a los intereses de la élite. No obstante, resulta evidente que la simple introducción del maíz no implicó el desarrollo de las primeras formas de desigualdad social. Este producto, por sí solo no es nada sin la existencia de una élite interesada en la producción, o al menos en su ritualización. Cada vez existen más evidencias de que incluso los cazadores-recolectores conocieron el maíz, lo manipularon genéticamente y lo cultivaron (Piperno y Pearsall 1998).

La productividad del medio, en general, es un argumento que con frecuencia se asocia al desarrollo de la complejidad social, entre otras cosas porque la productividad del maíz, más que la de otras plantas, depende del medio. Sin embargo, las sociedades complejas fueron surgiendo en la más amplia diversidad de ambientes, desde las relativamente áridas bahías del Parque Tairona hasta las relativamente fértiles tierras del Alto Magdalena o los Andes Orientales, aunque en momentos diferentes. Un caso que permite hacer ciertas comparaciones sobre el papel de las tierras fértiles es el de los Andes Orientales: el valle de Leiva es un área poco productiva, mientras que la de Fúquene reúne tierras de mayor productividad. La densidad de población en la primera, a lo

largo de toda la secuencia, parece más baja que en la segunda. No obstante, la secuencia en términos de cambio social es comparable (Langebaek 2001).

Las obras de intensificación de la producción aparecen en varias de las secuencias. En muchos casos, por lo menos la mayor parte de la infraestructura construida parece corresponder a la parte más tardía de la secuencia. Por ejemplo, en la Sierra Nevada de Santa Marta los asentamientos más tardíos tienen también evidencias de terrazas de cultivo. En el litoral existen rastros de camellones, pero su escala y su cronología no han sido documentadas adecuadamente (Langebaek 2003). En la secuencia de Calima hay modificación del paisaje con fines de infraestructura agrícola desde el período Yotoco (1000 a. C.-0), pero la escala de las obras del período Sonso parece haber sido mucho mayor. En la sabana de Bogotá se han encontrado evidencias de campos elevados. Tradicionalmente se supone que corresponden a la última parte de la secuencia prehispánica (Kruschek 2003), pero recientes investigaciones sugieren que su construcción puede remontarse al período Herrera (Boada 2006). En el caso del Alto Magdalena, los estudios de Sánchez (2000) muestran que las obras destinadas a incrementar la productividad agrícola corresponden, principalmente, al período Reciente (900-1530 d. C.).

Los factores vinculados con la economía política y la manipulación ideológica son promisorios campos de investigación. En los Andes Orientales el desarrollo del dominio regional de los caciques se asocia a cambios en la iconografía. La cerámica Herrera se caracteriza por diseños geométricos simples, o decoración ungluada, casi siempre incisa (Cardale 1981; Salamanca 2000). La cerámica del Muisca Temprano tiene decoración pintada sencilla, aplicada descuidadamente, también con sencillos diseños geométricos. Muy rara vez incluye diseños antropomorfos. En este caso, la introducción de evidencias de festejos es anterior al desarrollo de jerarquías de asentamientos. Por su parte, la cerámica del Muisca Tardío es mucho más diversa (incluye copas y múcuras, además de las formas correspondientes al período Muisca Temprano). Las jarras y múcuras tienen diseños antropomorfos, mientras las copas incluyen representaciones de serpientes o, más raro, de otros animales. Los cambios observables entre la cerámica del período Herrera y la del Muisca Temprano han sido interpretados como indicadores de un incremento en las festividades, y se manifiestan en el desarrollo de las formas de servicio (cuencos) y un mayor énfasis en la decoración. El período Muisca Tardío se asocia, por su parte, con un aumento aún mayor de formas asociadas a fiestas (copas, jarras, múcuras, además de cuencos) y, en particular, con el desarrollo de jarras muy grandes, relacionadas con el servicio de chicha para mucha gente (Langebaek 1995).

Los estudios de Boada (1998) en El Venado parecen confirmar lo anterior. Sin embargo, en su caso los festejos se han tomado como un indicador de la capacidad de los

caciques de acumular bienes y control sobre la tierra. Una reciente investigación en el sitio de El Infiernito muestra que la proporción de cuencos (asociados al consumo de chicha) se mantuvo similar en los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío, pero que la proporción de jarras (asociadas a la preparación y servicio de chicha) se redujo entre el primero y el segundo. Las jarras, y particularmente las más grandes, se concentran entonces en un sector del sitio, que es también donde se encuentra el conjunto de monolitos interpretado como un observatorio solar. No obstante, el trabajo sugiere que no necesariamente se trataba de unidades domésticas que se enriquecieran a costa de otras. Por el contrario, se sugiere la existencia de un sistema de asimetría del sitio relacionado con festejos calendáricos, muy diferente a la idea de una creciente diferenciación social basada en la apropiación por parte de unas selectas unidades domésticas o de individuos (Langebaek 2006). Por cierto, la información etnohistórica (Langebaek 1987) ha sugerido que el poder de los caciques muisca a la llegada de los españoles no se basaba en la explotación económica, sino en una compleja dialéctica en la cual la generosidad era al menos tan importante como la capacidad de acumular. Si esto es cierto para la última parte de la secuencia de la que parece la sociedad más compleja descrita por los españoles en el siglo XVI, es necesario cuestionarse asuntos relacionados con la ideología en la misma secuencia, y en otras. Un estudio reciente de Henderson (2008) en el valle de Leiva se cuestiona también por la necesidad de interpretar los festejos muisca como resultado de la concentración de poder en manos de una élite capaz de controlar recursos a expensas de la comunidad, y en la misma línea se inscribe el trabajo de Fajardo (2009).

Las manifestaciones monumentales en el paisaje aparecen en las secuencias del Alto Magdalena, Santa Marta y los Andes Orientales. En el primer caso, durante el período Clásico Regional (montículos, estatuas, sepulcros); en el segundo, en Neguanje (montículo); y en el tercero (columnas monolíticas), en una época que se remonta o bien al período Muisca Temprano o bien a la ocupación Herrera. Los objetos de carácter “especial” también aparecen asociados con los primeros cacicazgos. En Santa Marta el suntuoso enterramiento de Neguanje excavado por Mason da pistas sobre un grupo de gente (¿más que un individuo especial?) que fue enterrada en un montículo con un conjunto de ofrendas especiales. En San Agustín el período Clásico Regional se caracteriza por enterramientos en montículos y estatuaria, sin duda, también de personas especiales. En Calima los entierros con objetos especiales de oro y cerámica son de los períodos Ilama y, sobre todo, Yotoco. En Nariño los enterramientos más especiales, con adornos de oro y piezas espectaculares de cerámica, no corresponden a la última parte de la secuencia. En El Infiernito existe un enterramiento de carácter único asociado

con los monolitos, pero su cronología es desconocida. Este tipo de evidencias, seguramente, atestigua la existencia de líderes importantes que fueron enterrados en medio de objetos de lujo bastante notorios.

Muchas veces esos objetos recuerdan iconografías externas. En Calima la orfebrería Yotoco recuerda las estatuas de San Agustín, y el interés por las relaciones con otras áreas se refuerza con la existencia de caminos durante ese período. En el Alto Magdalena algunos objetos de orfebrería son similares a los de Tolima, y la iconografía de las estatuas recuerda las tierras bajas al oriente. Durante el período Muisca Temprano aparecen cuentas de collar de concha marina en los entierros; en Nariño la cerámica de los enterramientos tiene una iconografía que recuerda las tierras bajas del piedemonte amazónico y objetos importados del litoral pacífico (Cárdenas 1998). En trabajos realizados sobre el intercambio se ha insistido en la escasa trascendencia económica de estos vínculos interregionales, en comparación con la importancia política y simbólica (Drennan 2008; Langebaek 1993; Gnecco 1996).

CONCLUSIONES

Con frecuencia, las preguntas que se han formulado sobre el pasado prehispánico no son comparables, no tanto porque correspondan a diferentes posturas teóricas, o por la naturaleza misma del registro, sino por acuerdos tácitos que han predominado acerca de la naturaleza de las sociedades indígenas, de acuerdo con su nivel de complejidad social y su base de subsistencia. El problema no es que se asuma que, históricamente, se conforman sociedades disímiles, basadas en lógicas diferentes, sino que se ha partido de falsas dicotomías entre aspectos ideológicos y tecnoeconómicos que han impedido apreciar las sociedades prehispánicas, con independencia de su “grado de complejidad” o su estrategia de subsistencia, en su verdadera riqueza. Esto ha llevado a cierto grado de inconmensurabilidad que dificulta la interpretación histórica. Un enfoque aparentemente ecologista ha predominado en los estudios sobre cazadores-recolectores, y en menor medida también sobre los primeros agricultores. A medida que se “asciende” en la escala de complejidad, se encuentran aproximaciones que van desde el ecologismo más puro hasta investigaciones en las cuales pareciera que el medio no tiene trascendencia alguna a la hora de entender el comportamiento social.

Los últimos años han traído consigo un enorme aumento en el conocimiento sobre el pasado indígena, y quizá la parte más significativa de ese proceso tiene que ver con las crecientes dudas sobre los “acuerdos tácitos” que han orientado la investigación. Hoy se puede asegurar con buena base empírica que las explicaciones basadas en el

reduccionismo ecológico no son válidas, ni siquiera en los que se suponían casos fáciles: los de los cazadores-recolectores. Por la misma razón es claro que la ideología y la diversidad cultural probablemente desempeñaron un papel importante desde las primeras ocupaciones humanas. Pero esto no ha significado conocer con precisión de qué factores ideológicos y culturales estamos hablando. La importancia de los aspectos no ecológicos se ha propuesto no con base en un mejor conocimiento del papel de la ideología, sino por descarte: simplemente la tecnología y los patrones de movilidad no encajan con lo que debería ocurrir si los aspectos estrictamente tecnoeconómicos fueran determinantes. Desde luego, la conclusión a la que se ha llegado de ninguna manera significa que los aspectos tecnoeconómicos fueran despreciables. Por ejemplo, los cambios climáticos de la transición entre el Pleistoceno y el Holoceno, probablemente, siempre deberán ser tenidos en cuenta a la hora de explicar satisfactoriamente las primeras ocupaciones humanas en el país o los procesos que finalmente desembocaron en el desarrollo de la agricultura.

La complejidad del asunto no se limita a los cazadores-recolectores. Existe buena información sobre el impacto de los períodos secos en la formación de manglares, y por lo tanto en la recolección de moluscos a partir de hace unos 7.000 años. También es claro que los cambios climáticos más recientes han sido importantes en términos de la distribución de recursos, y que esta no es indiferente a las sociedades complejas. A modo de ejemplo, en todas las secuencias parece constante que los primeros pobladores agricultores y alfareros ocuparon las tierras más fértiles. Pero también sabemos que las condiciones ambientales no explican cómo eran y cómo se transformaron las sociedades recolectoras del Caribe. Sabemos tan poco de estas sociedades que, sencillamente, ignoramos qué significa la mayor o menor facilidad con la que pudieron explotar los manglares. Las correlaciones ambientales también parecen permitir simplistas aunque atractivas interpretaciones de la relación entre la organización política de los cacicazgos y los períodos de mayor o menor humedad. En el caso de las sociedades complejas el asunto es aún menos favorable para quienes ven en el medioambiente la explicación de los cambios sociales. En realidad el primero puede explicar aspectos muy gruesos del poblamiento: así, algunos contrastes en la densidad de la población, pero este tipo de explicaciones no resultan tan satisfactorias a la hora de comprender, incluso, los cambios del poblamiento indígena en los diferentes rangos de altura sobre el nivel del mar en Tierradentro. Como se mencionó antes, los trabajos concretos que han explicado el surgimiento de chamanes y jerarquías sociales a partir de algún cambio climático, como los de Oyuela en la región tairona, simplemente prefieren ignorar la evidencia en contra. Por lo pronto, además, es necesario por lo menos admitir alguna variabilidad regional. En la Guajira es probable que los cambios climáticos jugaran un papel relativamente

importante en comparación con otros lugares. En el Alto Magdalena los períodos húmedos o secos parecen haber implicado diferentes estrategias de poblamiento, pero no son un factor que explique las peculiaridades de los desarrollos prehispánicos. En los Andes Orientales las correlaciones con cambios climáticos resultan difíciles de traducir incluso a aspectos generales relacionados con la distribución de la población, excepto, quizá, y de forma muy limitada, para la ocupación Herrera.

En el aspecto económico se han hecho algunos avances. En el caso del intercambio se ha insistido en que no seguía una racionalidad que se pueda reducir a lo económico. Entre los muiscas, la circulación de productos en “mercados” se restringía a grupos de lengua chibcha, y algunos indicios sugieren que se relacionaba estrechamente con aspectos ideológicos y políticos (Langebaek 1987). Esto indica que aspectos culturales como el lingüístico eran importantes a la hora de definir los socios de intercambio, la clase de productos que se intercambiaban y el significado que se le daba a la circulación de esos productos. Pero no es una regla simple: por otro lado se sabe que muchas comunidades de las tierras bajas, menos jerarquizadas que la muisca, buscaban establecer relaciones de intercambio, preferiblemente, con sociedades que hablaran una lengua diferente (Langebaek 1992:177-80).

Para las sociedades complejas existe una abundante evidencia del peso de los factores ideológicos. De ellos se sabe algo más que lo que se podría decir por descarte. Algunas ideas pioneras fueron exploradas por Bray (1984), y han dado lugar a una abundante bibliografía, generalmente centrada en la iconografía de la cerámica o la orfebrería (Cardale 1989; Falchetti 1999; Reichel-Dolmatoff, 1986). Un aspecto que ha llamado la atención de los investigadores es el rol del chamanismo en el liderazgo político. Reichel-Dolmatoff (1986) interpreta la orfebrería como inspirada en actividades chamanísticas. Los enterramientos del Clásico Regional de San Agustín se han asociado a antiguos chamanes que funcionaban más o menos como los actuales chamanes de las tierras bajas (Llanos 1995). Roberto Pineda (1987) ha insistido en que el proyecto político de los caciques del valle del río Cauca era ante todo simbólico, y que, por tanto, el conocimiento chamánico desempeñaba un papel preponderante. Otros autores han sugerido que, incluso entre los muiscas del siglo XVI, la economía estaba orientada a la satisfacción autónoma de las necesidades de las unidades domésticas, y que el poder de los caciques no lo podía impedir; por esta razón se argumenta que el poder de la élite debía ser negociado permanentemente y basarse en gran medida en aspectos ideológicos; también se ha enfatizado el papel de las relaciones con los llanos orientales como fuente de conocimiento esotérico. No obstante, al mismo tiempo se cuenta con abundante información sobre una creciente separación entre el liderazgo

político y religioso, al parecer a favor del predominio del primero, lo cual significa que cualquier comparación con el chamanismo documentado etnográficamente es complicada (Langebaek 1987). Lo que no puede ocurrir es que al suponer que quienes fueron enterrados en los montículos de San Agustín eran chamanes, o que el chamanismo fue importante para las élites nativas, se piense que el asunto está resuelto; no se puede asumir que la literatura etnográfica sirve para saber cómo funcionan las sociedades con chamanes, y punto. Existe abundante bibliografía que alerta sobre los cambios en el chamanismo con el contacto, y que además ilustra una gran diversidad de sistemas chamánicos (Hugh-Jones 1998). Hasta no comprender mejor las transformaciones y la enorme diversidad del chamanismo en las sociedades indígenas se podrán hacer valiosas sugerencias, pero no proclamar que se ha entendido plenamente el asunto.

Quizá la lección más importante del resumen presentado en este artículo es la siguiente: una de las limitaciones de la arqueología colombiana es la tendencia a estudiar las sociedades prehispánicas a la luz de un falso dilema, o bien se les representa como marionetas de un medio que impone respuestas tecnológicas, o bien como “intelectuales” relativamente hábiles para que sus pensamientos, por sí mismos, dictaran sus destinos. Por lo menos podemos estar relativamente seguros de que esa simpleza no fue cierta ni para los cazadores-recolectores ni para las sociedades más jerarquizadas que encontraron los conquistadores. Hoy en día la información disponible permite suponer como errónea la confusión de cambio con adaptación, entendida esta, entre los cazadores y recolectores, como una respuesta tecnológica, y entre las sociedades más complejas, como una réplica cultural. Por otra parte, considerar que el medio simplemente es objeto de la reflexión ideológica de los pensadores indígenas, o que lo político e ideológico pasaba por encima de lo ecológico o de lo económico, sin más, reduce el problema, en forma aparentemente más “sofisticada”, a una manera simplista de ver las cosas. Se podrá avanzar lo que se quiera en el campo de un mejor entendimiento de la ideología prehispánica, pero aspectos como el demográfico, el económico y, en fin, el material, seguirán siendo fundamentales; y viceversa. El problema consistirá en encontrar propuestas que, además de hacer estudios sobre lo tecnoeconómico y lo ideológico, en lugar de entenderlos como aspectos en falaz oposición los integren verdaderamente.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Cristóbal Gnecco y Víctor González Fernández la invitación a participar en esta publicación, así como sus oportunos comentarios sobre los borradores.

REFERENCIAS

Aceituno, Francisco Javier

- 2000 Una propuesta para el estudio de las sociedades arcaicas de la cordillera Central-occidental colombiana. *Boletín de Antropología* 14(31):154-181.
- 2001 Identificación de plantas alimenticias en el Cauca Medio durante el Holoceno temprano y medio. *Boletín de Arqueología* 15(32):51-72.
- 2002 Interacciones fitoculturales en el Cauca Medio durante el Holoceno temprano y tardío. *Arqueología del Área Intermedia* 4:89-114.
- 2003 De la arqueología temprana de los bosques premontanos de la cordillera Central colombiana. En *Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia*, editado por Sofía Botero, pp. 157-184. Universidad de Antioquia, Medellín.

Archila, Sonia

- 1993 Medio ambiente y arqueología de las tierras bajas del Caribe colombiano. *Boletín del Museo del Oro* 34-35:111-164.
- 1996 *Los tesoros de los señores de Malagana*. Banco de la República, Bogotá.
- 2005 *Arqueobotánica en la Amazonía colombiana. Un modelo etnográfico para el análisis de maderas carbonizadas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales - Universidad de los Andes, Bogotá.

Ardila, Gerardo

- 1984a *Chía. Un sitio precerámico en la sabana de Bogotá*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales - Banco de la República, Bogotá.
- 1984b *Arqueología de rescate en la zona central del Proyecto Carbonífero de El Cerrejón. Sitios La Patilla y El Paredón*. EPAM, Bogotá.
- 1992 El norte de América del Sur: diversidad y adaptaciones en el final del Pleistoceno. En *Arqueología en América Latina hoy*, editado por Gustavo Politis, pp. 90-115. Banco Popular, Bogotá.
- 1996 *Los tiempos de las conchas. Investigaciones arqueológicas en la costa de la península de la Guajira*. Universidad Nacional, Bogotá.
- 1998 El poder en escena: Colombia prehispánica. En *El poder en escena. Colombia prehispánica*, pp. 17-48. Museo Nacional de Antropología, México, D.F.

Ardila, Gerardo (editor)

- 1990 *La Guajira: de la memoria al porvenir*. Una visión antropológica. FEN - Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Ardila, Gerardo, y Gustavo Politis

- 1989 Nuevos datos sobre un viejo problema. *Boletín Museo del Oro* 23: 3-46.

Arnold, Philip

- 1999 Tecomates, Residencial Movility, and Early Formative Occupation in Coastal Lowland Mesoamerica. En *Pottery and People. A Dynamic Interaction*, editado por James Skibo y Gary Feinman, pp. 159-170. University of Utah Press, Salt Lake City.

Arvelo, Lilliam

- 1996 Modelo de poblamiento en el lago de Maracaibo. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp. 75-106. Universidad de los Andes, Bogotá.

Arvelo, Lilliam, y Erika Wagner

- 1981 Las Tortolitas: un yacimiento arqueológico del distrito Mara, estado Zulia, Venezuela, informe preliminar. *Boletín del Programa de Arqueología de Rescate* 3(3):103-170.

Bailey, R. C., G. Head, M. Jenike, B. Owen, R. Rechtman y E. Zechenter

- 1989 Hunting and Gathering in Tropical Rain Forests: Is It Possible? *American Anthropologist* 91:59-82.

Behling, Hermann, y Henry Hooghiemstra

- 1998 Late Quaternary Paleocology and Paleoclimatology from Pollen Records of the Savannas of the Llanos Orientales in Colombia. *Paleogeography, Paleoclimatology, Paleocology* 139:251-67.

Bernal, Alejandro

- 2000 La circulación de los productos entre los Pastos en el siglo XVI. *Arqueología del Área Intermedia* 2:125-152.

Bischof, Henning

- 1966 Canapote. An Early Ceramic Site in Northern Colombia. Preliminary Report. En *Actas del 36 Congreso Internacional de Americanistas*, pp. 483-491. Sevilla.
- 1969 La cultura Tairona en el Área Intermedia. En *Actas del 38 Congreso Internacional de Americanistas*, t. 1, pp. 272-80.

Blick, Jeff

- 1993 *Social Differentiation in the Regional Classic Period (1-900 AD) in the Valle de la Plata, Colombia*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Boada, Ana María

- 1987 *Asentamientos indígenas en el valle de la Laguna (Samacá, Boyacá)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.
- 1999 Organización social y económica en la aldea muisca de El Venado-valle de Samacá, Boyacá. *Revista Colombiana de Antropología* 35:118-145.
- 2006 *Patrones de asentamiento regional y sistemas de agricultura intensiva en Cota y Suba, sabana de Bogotá*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Bonzani, Renée

- 1997 Plant Diversity in the Archaeological Record: A Means toward Defining Hunter-gatherers Mobility Strategies. *Journal of Archaeological Science* 24:1129-1139.

Borrero, Luis Alberto

2001 *El poblamiento de la Patagonia. Toldos, milodones y volcanes*. Emecé, Buenos Aires.

Botiva, Álvaro

1982 *Proyecto carbonífero de El Cerrejón-Zona Norte. Apéndice técnico arqueología*. Inédito, Integral, Bogotá.

1994 *Arqueología de rescate. Un viaje por el tiempo a lo largo del oleoducto. Carzadores-recolectores, agroalfareros y orfebres*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Bray, Warwick

1984 Across the Darien Gap: A Colombian View of Isthmian Archaeology. En *Archaeology of Lower Central America*, editado por Fred Lange y Doris Stone, pp. 305-340. University of New Mexico Press, Albuquerque.

1992 El período Yotoco. En *Calima. Diez mil años de historia en el suroccidente de Colombia*, editado por Marianne Cardale, Warwick Bray, Thérèse Gähwiler-Walder y Leonor Herrera, pp. 73-124. Fundación Pro Calima, Bogotá.

1995 Searching for Environmental Stress: Climatic and Anthropogenic Influences on the Landscape of Colombia. En *Archaeology in The Lowland American Tropics. Current Analytical Methods and Applications*, editado por Peter Stahl, pp. 96-112. Cambridge University Press, Cambridge.

2000 Malagana and the Goldworking Tradition of Southwest Colombia. En *Pre-columbian Gold. Technology, Style and Iconography*, editado por Colin McEwan, pp. 94-109. British Museum, London.

2005 Craftmen and Farmers: The Archaeology of the Yotoco Period. En *Calima and Malagana: Art and Archaeology in Southwestern Colombia*, editado por Marianne Cardale, pp. 98-139. Fundación Pro Calima, Lausana.

Bray, Warwick, Marianne Cardale, Leonor Herrera, Ann Legast, Diógenes Patiño y Carlos Armando Rodríguez

2005 Lords of the Marshes: The Malagana People. En *Calima and Malagana: Art and Archaeology in Southwestern Colombia*, editado por Marianne Cardale, pp. 140-201. Fundación Pro Calima, Lausana.

Bray, Warwick, Leonor Herrera y Marianne Cardale

1988 Report on the 1984 Field Season in Calima. *Pro Calima* 4:2-26.

Bryan, Alan (editor)

1986 *New Evidence for the Pleistocene Peopling of the Americas*. Center for the Study of Early Man, University of Maine, Orono.

Bryan, Alan, Rodolfo Casamiquela, José María Cruxent, Ruth Gruhn y Claudio Ochsenius

1987 An El Jobo Mastodon Kill at Taima-Taima, Venezuela. *Science* 200:1275-1277.

Bürgl, Hans

1957 El Cretáceo inferior en los alrededores de Villa de Leyva, Boyacá. *Boletín del Instituto Geológico* 2:13-54.

- Cabrera, Gabriel, Danny Mahecha y Carlos Franky
 1999 *Los Nukak. Nómadas de la Amazonia colombiana*. Universidad Nacional de Colombia - Fundación GAIA, Bogotá.
- Cadavid, Gilberto, y Hernán Ordóñez
 1992 *Arqueología de salvamento en la vereda de Tajumbina, municipio de La Cruz (Nariño)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.
- Calero, Luis
 1991 *Pastos, quillacingas y abades, 1535-1700*. Banco Popular, Bogotá.
- Cardale, Marianne
 1981 *Las salinas de Zipaquirá. Su explotación indígena*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.
 1989 The Snake and the Fabulous Beast. Themes from the Pottery of the Ilama Culture. En *Animals into Art*, editado por H. Morphy, pp. 75-106. Unwin Hyman, London.
 1992 La gente del período Ilama. En *Calima. Diez mil años de historia en el suroccidente de Colombia*, editado por Marianne Cardale, Warwick Bray, Thérèse Gähwiler-Walder y Leonor Herrera, pp. 23-72. Fundación Pro Calima, Bogotá.
 2000 Los caminos al paisaje del pasado. En *Caminos precolombinos. Las vías, los ingenieros y los viajeros*, editado por L. Herrera y M. Cardale, pp. 43-86. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
 2005a The people of the Ilama Period. En *Calima and Malagana: Art and Archaeology in Southwestern Colombia*, editado por Marianne Cardale, pp. 36-97. Fundación Pro Calima, Lausana.
- Cardale, Marianne (editora)
 2005 *Calima and Malagana: Art and Archaeology in Southwestern Colombia*. Fundación Pro Calima, Bogotá.
- Cardale, Marianne, Warwick Bray, Thérèse Gähwiler-Walder y Leonor Herrera (editores)
 1992 *Calima. Diez mil años de historia en el suroccidente de Colombia*. Fundación Pro Calima, Bogotá.
- Cárdenas, Felipe
 1992 Pastos y quillacingas: dos grupos étnicos en busca de identidad arqueológica. *Revista Colombiana de Antropología* 24:63-79.
 1995 Complejos cerámicos como marcadores territoriales: el caso crítico de Piartal-Tuza en la arqueología de Nariño. En *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, editado por Cristóbal Gnecco, pp. 49-58. Universidad del Cauca, Popayán.
 1998 Tierras altas y tierras bajas: un paralelo arqueológico y etnográfico sobre el consumo de alucinógenos en el suroccidente de Colombia. En *Intercambio y comercio entre Costa, Andes y Selva. Arqueología y etnohistoria de Suramérica*, editado por Felipe Cárdenas y Tamara Bray, pp. 31-48. Universidad de los Andes, Bogotá.
 2002 *Datos sobre la alimentación prehispánica en la sabana de Bogotá, Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

Castillo, Neyla

- 1998 *Los antiguos pobladores del valle medio del río Porce*. Empresas Públicas de Medellín - Universidad de Antioquia, Medellín.

Clapperton, C. M.

- 1993 *The Quaternary Geology and Geomorphology of South America*. Elsevier, Amsterdam.

Cooke, Richard

- 1997 The Native Peoples of Central America During Precolumbian and Colonial Times. En *Central America. A Natural and Cultural History*, editado por A. Coates, pp. 137-74. Yale University Press, New Haven.

Correal, Gonzalo

- 1977 Exploración arqueológica en la costa atlántica y en el valle del Magdalena: sitios precerámicos y tipologías líticas. *Caldasia* 11(55):35-111.
- 1981 *Evidencias culturales y megafauna pleistocénica en Colombia*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.
- 1983 Evidencias de cazadores especializados en el sitio La Gloria, golfo de Urabá. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales* 15(58):77-82.
- 1990 *Aguazuque. Evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la cordillera oriental*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Correal, Gonzalo, y Thomas van der Hammen

- 2003 Supervivencia de mastodontes, megaterios y presencia del hombre en el valle del Magdalena (Colombia) entre 6000 y 5000 AP. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* 27(103):159-64.

Correal, Gonzalo, J. Gutiérrez Olano, K. Calderón y D. Villada Cardozo

- 2005 Evidencias arqueológicas y megafauna extinta en un salado tardiglacial superior. *Boletín de Arqueología*, 20:1-58.

Cruxent, José María, y Claudio Ochsensius

- 1979 Paleo-indian Studies in Northern Venezuela. En *Taima-Taima. A Late Paleo-Indian Kill Site in Northernmost South America-Final Reports of 1976 Excavations*, editado por C. Ochsensius y Ruth Gruhn, pp. 9-14. South American Quaternary Documentation Program.

Dever, Alejandro

- 2007 *Social and Economic Development of a Specialized Coastal Community at Chenge, the Tairona Area, Colombia*. Tesis doctoral, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Doyon, León

- 1995 La secuencia cultural Carchi-Nariño, vista desde Quito. En *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, editado por Cristóbal Gnecco, pp. 59-84. Universidad del Cauca, Popayán.

Drennan, Robert

- 1992 What is the Archaeology of Chiefdoms all About? En *Metaarchaeology*, editado por L. Embree, pp. 53-74. Kluwer Academia Publishers, Netherlands.
- 1993 Sociedades complejas precolombinas: variación y trayectorias de cambio. En *La construcción de las Américas*, editado por C. A. Uribe, pp. 31-50. Universidad de los Andes, Bogotá.
- 1995a Chiefdoms in Northern South America. *Journal of World Prehistory* 9(3):301-40.
- 1995b Mortuary Practices in the Alto Magdalena: The Social Context of the San Agustín Culture. En *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, editado por T. D. Dillehay, pp. 79-110. Dumbarton Oaks, Washinton, D. C.
- 1996a One for All and All for One: Accounting for Variability without Loosing Sight of Regularities in the Development of Social Complexity. En *Emergent Complexity: The Evolution of Intermediate Societies*, editado por J. E. Arnold, pp. 23-34. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.
- 1996b Betwixt and Between in the Intermediate Area. *Journal of Archaeological Research* 4(29):95-132.
- 2000 *Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- 2008 Chiefdoms of Southwestern Colombia. En *Handbook of South American Archaeology*, editado por H. Silverman y W. H. Isbell, pp. 381-404. Springer, New York.

Drennan, Robert, Luisa Fernanda Herrera y Fernando Piñeros

- 1989 El medio ambiente y la ocupación humana. En *Cacicazgos prehispánicos del valle de la Plata, t. I, El contexto medioambiental de la ocupación humana*, editado por L. F. Herrera, R. Drennan y C. A. Uribe, pp. 228-34. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology No. 2, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Drennan, Robert, Luis Gonzalo Jaramillo, María Ángela Ramírez, Elisabeth Ramos, Carlos Augusto Sánchez y Carlos A. Uribe

- 1991 Regional Dynamics of Chiefdoms in the Valle de la Plata, Colombia. *Journal of Field Archaeology* 18:297-317.

Dillehay, Tom

- 2000 *The Settlement of the Americas*. Basic Books, New York.
- 2003 Las culturas del Pleistoceno tardío de Suramérica. *Maguaré* 17:15-45.

Dillehay, Tom, Gerardo Ardila, Gustavo Politis y Maria Beltrão

- 1992 Earliest Hunters and Gatherers of South America. *Journal of World Prehistory* 6:145-204.

Duque, Luis

- 1964 *Exploraciones arqueológicas en San Agustín*. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.

Falchetti, Ana María

- 1999 El poder simbólico de los metales: la tumbaga y las transformaciones metalúrgicas. *Boletín de Arqueología* 14(2):53-82.

Fajardo, Santiago

- 2009 *Procesos de centralización política en una comunidad cacical en el valle de Leiva: Jerarquización y negoaciación entre los siglos XI y XVII*. Tesis de Maestría en Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Francisco, Alice de

- 1969 *An Archaeological Sequence from Carchi, Ecuador*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of California, Berkeley.

Gähwiler-Walder, Thérèse

- 1992 Los inicios de la tradición Sonso. En *Calima. Diez mil años de historia en el suroccidente de Colombia*, editado por Marianne Cardale, Warwick Bray, Thérèse Gähwiler-Walder y Leonor Herrera, pp. 125-48. Fundación Pro Calima, Bogotá.
- 2005 A New Lifestile in the Southwest: The Beginnings of the Sonso Tradition. En *Calima and Malagana: Art and Archaeology in Southwestern Colombia*, editado por Marianne Cardale, pp. 202-223. Fundación Pro Calima, Lausana.

Gnecco, Cristóbal

- 1990 El paradigma paleoindio en Suramérica. *Revista de Antropología y Arqueología* 6(1):35-78.
- 1996 Relaciones de intercambio y bienes de élite entre los cacicazgos del suroccidente de Colombia. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl H. Langebaek y Felipe Cárdenas, pp. 175-196. Universidad de los Andes, Bogotá.
- 1997 Cazando mastodontes, recolectando palmas: un ejercicio revisionista de las investigaciones arqueológicas sobre cazadores-recolectores en Colombia. En *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas*, editado por Santiago Mora y Franz Flórez, pp. 29-44. Colciencias, Bogotá.
- 1998a Paisajes antropogénicos en el Pleistoceno final y Holoceno temprano en Colombia. *Revista de Antropología y Arqueología* 10(1):45-62
- 1998b El poder en las sociedades prehispánicas de Colombia: un ensayo de interpretación. En *El poder en escena. Colombia prehispánica*, pp. 49-79. Museo Nacional de Antropología, México, D.F.
- 2000 *Ocupación temprana de bosques tropicales de montaña*. Universidad del Cauca, Popayán.
- 2001 De la caza y la recolección a los orígenes de la agricultura. En *Territorios posibles*, editado por G. Barona y C. Gnecco, pp. 349-365. Universidad del Cauca, Popayán.
- 2003a Contra el reduccionismo ecológico en la arqueología de cazadores-recolectores tropicales. *Maguaré* 17:65-82.
- 2003b Reseña de "Traces of Tropical Tools. A Functional Study of Chert Artefacts form Preceramic Sites in Colombia" de Channa Nieuwenhuis. *Boletín de Arqueología* 18:99-103.

Gnecco, Cristóbal, y Carlos Humberto Illera

- 1989 La Elvira: un sitio paleoindio en el valle de Popayán (informe parcial de investigación). *Boletín de Arqueología* 4(1):19-28.

Gnecco, Cristóbal, y Amal Mohammed

- 1994 Tecnología de cazadores-recolectores subandinos: análisis funcional y organización tecnológica. *Revista Colombiana de Antropología* 31:5-31.

Gnecco, Cristobal, y Héctor Salgado

1989 Adaptaciones precerámicas en el suroccidente de Colombia. *Boletín Museo del Oro* 24:35-55.

González, Víctor

1998 *Prehispanic Change in the Mesitas Community: Documenting the Development of a Chiefdom's Central Place in San Agustín, Colombia*. Tesis doctoral, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Greenberg, H. C., C. G. Turner y L. S. Zegura

1986 The Settlement of the Americas: A Comparison of the Linguistic, Dental and Genetic Evidence. *Current Anthropology* 27:477-97.

Groot, Ana María

1982 Buritaca 200. Arqueología y conservación de una población precolombina (Sierra Nevada de Santa Marta - Colombia). *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 4:255-85.

1991 Territorio y grupos étnicos en el siglo XVI. En *Intento de delimitación de los grupos étnicos pastos y quillacingas en el altiplano nariñense*. Editado por Ana María Groot y Eva Hooykaas. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

1992 *Checua: una secuencia cultural entre 8.500 y 3.000 años antes del presente*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Groot, Ana María, y Eva Hooykaas

1991 *Intento de delimitación de los grupos étnicos pastos y quillacingas en el altiplano nariñense*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Gross, D. R.

1975 Protein Capture and Cultural Development in the Amazon Basin. *American Anthropologist* 77(3):526-65.

Gunn, Joel

2000 *The Years Without Summer: Tracing A.D. 536 and Its Aftermath*. Archaeopress, Oxford.

Haynes, Gary

2002 *The Early Settlement of North America. The Clovis Era*. Cambridge University Press, Cambridge.

Henderson, Hope

2008 Alimentando la casa, bailando el asentamiento: explorando la construcción del liderazgo político en las sociedades muiscas. En *Los muiscas en los siglos XVI y XVII: miradas desde la arqueología, la antropología y la historia*, editado por Jorge Augusto Gamboa, pp. 40-63. Universidad de los Andes, Bogotá.

Herrera, Leonor

1992 El período Sonso Tardío y la conquista española. En *Calima. Diez mil años de historia en el suroccidente de Colombia*, editado por Marianne Cardale, Warwick Bray, Thérèse Gähwiler-Walder y Leonor Herrera, pp. 149-77. Fundación Pro Calima, Bogotá.

Herrera, Leonor, Marianne Cardale y Warwick Bray

1982 El hombre y el medio ambiente en Calima (río Alto Calima y río Grande). *Revista Colombiana de Antropología* 24:381-424.

Herrera, Luisa Fernanda, I. Cavellier, C. Rodríguez, y S. Mora

1989 Los alfareros de la Amazonia: el caso de Araracuara. En *Arqueología*, editado por S. Mora, F. Cárdenas y M. A. Roldán, pp. 185-222. Icfes, Bogotá.

Hoopes, John

1992 Early Formative Cultures in the Intermediate Area: A Background to the Emergence of Social Complexity. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por F. W. Lange, pp. 43-83. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Hugh-Jones, Stephen

1998 Shamans, Prophets, Priests and Pastors. En *Shamanism, History and the State*, editado por N. Thomas y C. Humphrey, pp. 32-74. University of Michigan Press, Michigan.

Ijzereef, G. R.

1978 Faunal Remains from the El Abra Rockshelters, Colombia. *Paleogeography, Paleoclimatology, Paleoecology* 25:153-77.

Kruschek, Michael H.

2003 *The Evolution of the Bogotá Chiefdom: A Household View*. Tesis doctoral, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Kaplan, Lawrence, y C. Earle Smith Jr.

1988 Carbonized Plant Remains from the Calima Region, Valle del Cauca, Colombia. *Pro Calima* 5:43-4.

Landaburu, Jon

2000 Clasificación de las lenguas indígenas de Colombia. En *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva*, editado por M. S. González y M. L. Rodríguez, pp. 25-50. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

Landázuri, Cristóbal.

1995 *Los curacazgos pastos prehispánicos: agricultura y comercio, siglo XVI*. Abya-Yala, Quito.

Langebaek, Carl Henrik

1987 *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muisca, siglo XVI*. Banco de la República, Bogotá.

1992 *Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Universidad de los Andes, Bogotá.

1993 Arte precolombino. Culturas. En *Gran Enciclopedia de Colombia*, t. 6, pp. 27-42. Círculo de Lectores, Bogotá.

1995 Regional Archaeology in the Muisca Territory. A Study of the Fúquene and Susa Valleys. University of Pittsburgh Memoir in Latin American Archaeology No. 9.

- 1997 ¿Quién vive aquí? Viviendas y cambio social en la Colombia prehispánica. Un ensayo preliminar. En *Nuevas memorias de las antigüedades neogranadinas*, editado por S. Mora y F. Flórez, pp. 73-98. Colciencias, Bogotá.
- 1999 Pre-columbian Metallurgy and Social Change: Two Case Studies from Colombia. En *Archaeology in Latin America*, editado por G. Politis y B. Alberti, pp. 244-257. Routledge, London.
- 2001 *Arqueología regional en el valle de Leiva: procesos de ocupación humana en una región de los Andes orientales de Colombia*. Informes Arqueológicos del Instituto Colombiano de Antropología e Historia No. 2, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- 2003 The Political Economy of Pre-columbian Gold Work: Four Examples from Northern South America. En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*, editado por J. Quilter y W. Hoopes, pp. 245-78. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.
- 2004 Secuencias y procesos. Estudio comparativo del desarrollo de jerarquías de asentamientos prehispánicos en el norte de Suramérica. *Arqueología del Área Intermedia* 6:199-248.
- 2005 *The Pre-hispanic Population of the Santa Marta Bays. A Contribution to the Study of the Development of the Northern Colombia Tairona Chiefdoms*. University of Pittsburgh Latin American Archaeology Reports No. 4, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- 2006 De las palabras, las cosas y los recuerdos: El Infiernito, la arqueología, los documentos y la etnología en el estudio de la sociedad muisca. En *Contra la tiranía tipológica en arqueología. Una visión desde Suramérica*, editado por Cristóbal Gnecco y Carl Henrik Langebaek, pp. 215-56. Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Langebaek, Carl Henrik, Andrea Cuéllar y Alejandro Dever
- 1998 *Medio ambiente y poblamiento en la Guajira: investigaciones arqueológicas en el Rancharía Medio*. Estudios Antropológicos No. 1, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Langebaek, Carl Henrik y Alejandro Dever
- 2000 *Arqueología del Bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- 2002 Estudio regional en las bahías del Parque Tairona: arqueología, medio ambiente y desarrollo de sociedades prehispánicas. *Boletín de Arqueología*, 17:3-16.
- 2009 Arqueología regional en Tierradentro, Cauca, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* 45(2):323-68.
- Langebaek, Carl Henrik, y Emilio Piazzini
- 2003 *Procesos de poblamiento en Yacuanquer-Nariño: una investigación arqueológica sobre la microverticalidad en los Andes colombianos (siglos X a XVIII d. C.)*. Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales - Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Legros, Thierry
- 1989 Consideraciones sobre Puerto Chaco, un conchero de las llanuras del Caribe colombiano. En *V Congreso Nacional de Antropología, Villa de Leyva, 1989: memorias del Simposio de Arqueología y Antropología Física*. Instituto Colombiano de Antropología - Universidad de los Andes, Bogotá.

Linares, Omar

- 1989 Nuevo registro para el Cuaternario de Venezuela del megaterio menor *Eremotherium elenense* (*Mammalia Megatheriidae*) y su supuesta vinculación con cazadores antiguos. *Boletín Asociación Venezolana de Arqueología* 5:25-36.

Lippi, Ronald D.

- 1998 *Una exploración arqueológica del Pichincha Occidental*. Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito.

López, Carlos

- 1990 Cazadores-recolectores tempranos en el Magdalena Medio (Puerto Berrío, Antioquia). *Boletín de Arqueología* 4(2):3-23.
- 1994 Aproximaciones al medio ambiente, recursos y ocupación temprana del valle medio del río Magdalena. *Informes Antropológicos* 7:5-15.
- 1999 *Ocupaciones tempranas en las tierras bajas tropicales del valle medio del río Magdalena, sitio 05-YON-002, Yondó, Antioquia*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Lynch, Thomas E.

- 1983 The Paleo-Indians. En *Ancient South Americans*, editado por J. D. Jennings, pp. 87-138. W. H. Freeman, New York:
- 1999 *The Earliest South American Lifeways*. En *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*, vol. 1, editado por F. Salomon y S. S. Schwartz, pp. 188-263. Cambridge University Press, Cambridge.

Llanos, Héctor

- 1988 *Arqueología de San Agustín: pautas de asentamiento en el cañón del río Granates-Salado-blanco*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.
- 1995 *Los chamanes jaguares de San Agustín: génesis de un pensamiento mitopoético*. Héctor Llanos Editor, Bogotá.

- Marchant, Robert, Hermann Behling, Juan Carlos Berrío, Henry Hooghiemstra, Bas van Geel, Thomas van der Hammen, Luisa Herrera, Bert Melief, Guido van Reenen y Michael Wille
- 2004 Vegetation Disturbance and Human Population in Colombia. A Regional Reconstruction. *American Antiquity*, 78:828-38.

María, Nectario

- 1977 *Los orígenes de Maracaibo*. Instituto Nacional de Cooperación Educativa, Madrid.

Martínez, Luis A.

- 2001 *Historia de la actividad del volcán Galeras y percepción de los fenómenos telúrico-volcánicos en el contexto cultural de Pasto*. Ministerio de Cultura, Bogotá.

Mason, Alden

- 1931 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture, 1: Report on Field Work*. Field Museum of Natural History, Chicago.

- 1936 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture, 2: Objects of Stone, Shell, Bone and Metal.* Field Museum of Natural History, Chicago.
- 1939 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture, 3: Objects of Pottery.* Field Museum of Natural History, Chicago.

Mora, Santiago

- 2003 *Habitantes tempranos de la selva tropical lluviosa amazónica.* University of Pittsburgh Latin American Archaeology Reports No. 3, University of Pittsburgh - Universidad Nacional de Colombia, Pittsburgh, Pittsburgh.

Monsalve, José

- 1985 A Pollen Core from the Hacienda Lucitania. *Pro Calima* 4:40-4.

Morcote, Gaspar

- 1994 *Estudio paleoetnobotánico en un yacimiento precerámico del medio río Caquetá (Amazonia colombiana).* Trabajo de grado, Universidad Nacional de Colombia.

Morlan, Richard

- 1988 Pre-clovis People: Early Discoveries of America. En *America Before Columbus: Ice-age Origins*, editado por R. C. Calisle, pp. 31-44. University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Moseley, M. E. y Richardson, James B.

- 1991 Doomed by Natural Disasters. *Archaeology* 45:44-5.

Nials, F. L., E. Deeds, M. E. Moseley, T. Pozorski y R. Feldman

- 1979 *El Niño: The Catastrophic Flooding of Coastal Perú.* Field Museum of Natural History Bulletin 50(7):4-14.

Nieuwenhuis, Channah José

- 2002 *Traces of Tropical Tools. A Functional Study of Chert Artefacts from Preceramic Sites in Colombia.* Archaeological Studies Leiden University No. 9, University of Leiden.

Oberem, Udo

- 1981 El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana (siglo XVI). En *Contribuciones a la etnohistoria ecuatoriana*, editado por Udo Oberem, pp. 45-72. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

Oliver, José R.

- 1989 *The Archaeological, Linguistic and Ethnohistorical Evidence for the Expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeastern Colombia.* Tesis doctoral, University of Illinois, Urbana-Champaign.

Ontaneda, Santiago

- 1998 Arqueología de la Sierra Norte del Ecuador: secuencia cronológica y perspectivas regionales. En *Intercambio y comercio entre Costa, Andes y Selva. Arqueología y etnohistoria de Suramérica*, editado por Felipe Cárdenas y Tamara Bray, pp. 87-114. Universidad de los Andes, Bogotá.

Orjuela, Carlos

- 1995 *Arqueología de salvamento. Gasoducto Ballena Barrancabermeja KM 74 + 0.00*. Informe presentado a Ecopetrol y al Instituto Colombiano de Antropología.

Oyuela, Augusto

- 1995 Centralización e integración en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Boletín Museo del Oro* 38-39:113-33.
- 1996 *Sedentism, Food Production and Pottery Origins in the Tropics: The Case of San Jacinto 1, Colombia*. Tesis doctoral, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Oyuela, Augusto, y Camilo Rodríguez

- 1992 La formación de concheros: el caso del noroccidente de América del Sur. *Revista de Antropología y Arqueología*, 1(2):73-124.

Patiño, Diógenes

- 1999 Agricultura prehispánica y sociedades complejas en Tumaco, Colombia. *Arqueología del Área Intermedia* 1:49-82.

Pérez, Alfonso

- 1984 Aspectos climáticos de la Sierra Nevada de Santa Marta. En *La Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia). Transecto Buritaca-La Cumbre*, editado por Thomas van der Hammen y Pedro M. Ruiz, pp. 33-44. *Studies on Tropical Andean Ecosystems* No. 2, J. Cramer, Berlin.
- 1990 Evolución paleogeográfica y dinámica actual de los medios naturales de la península de la Guajira. En *La Guajira: de la memoria al porvenir. Una visión antropológica*, editado por G. Ardila, pp. 23-58. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Pérez de Barradas, José

- 1943 *Arqueología agustiniana: excavaciones arqueológicas realizadas de marzo a diciembre 1937*. Imprenta Nacional, Bogotá.
- 1954 *Orfebrería prehispánica de Colombia. Estilo Calima*. Talleres Jura, Madrid.

Piazzini, Emilio

- 2001 Cambio e interacción social durante la época precolombina y colonial temprana en el Magdalena Medio. *Arqueología de Área Intermedia* 3:53-94.

Pineda, Roberto

- 1987 Malocas de terror y jaguares españoles: aspectos de la resistencia indígena del Cauca ante la invasión española del siglo XVI. *Revista de Antropología y Arqueología* 3(2):87-114.

Piperno, Dolores, Mark Bush y Paul Colinvaux

- 1991 Paleocological Perspectives on Human Adaptation in Central Panama, I. The Pleistocene. *Geoarchaeology* 6(3):201-226.

Piperno, Dolores, y Deborah Pearsall

- 1998 *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*. Academic Press, New York.

Plazas, Clemencia, y Ana María Falchetti

1983 Tradición metalúrgica del suroccidente, Colombia. *Boletín del Museo Oro* 14:1-32

Politis, Gustavo

1996a *Nukak*. Instituto Sinchi, Bogotá.

1996b Moving to Produce: Nukak Mobility and Settlement Patterns in Amazonia. *World Archaeology* 27:492-511.

1999 La estructura del debate sobre el poblamiento de América. *Boletín de Arqueología* 14(2):25-52.

Politis, Gustavo, y Nicholas Saunders

2002 Archaeological Correlates of Ideological Activity: Food Taboos and Spirit-animals in an Amazonian Hunter-gatherer Society. En *Consuming Passions and Patterns of Consumption*, editado por P. Miracle y N. Milner, pp. 113-29. McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge.

Politis, Gustavo, Gustavo A. Martínez y Mariano Bonomo

2002 Alfarería temprana en sitios de cazadores-recolectores de la región pampeana (Argentina). *Latin American Antiquity* 12(2):167-81.

Politis, Gustavo, Luciano Prates y S. Iván Pérez.

2008 *El poblamiento de América. Arqueología y bioantropología de los primeros americanos*. Eudeba, Buenos Aires.

Pratt, Jo Ann F.

1999 Determining the Function of One of the New World's Pottery Assemblages: The Case of San Jacinto, Colombia. *Latin American Antiquity* 10(1):71-85.

Preuss, Konrad Theodor

1931 *Arte monumental prehistórico: excavaciones hechas en el Alto Magdalena y San Agustín (Colombia), comparación arqueológica con las manifestaciones artísticas de las demás civilizaciones americanas*. Escuelas Salesianas de Tipografía y Fotograbado, Bogotá.

Quattrin, Dale

2000 *Cacicazgos prehispánicos del valle de la Plata: economía vertical, intercambio social durante el período Formativo*. University of Pittsburgh Memoir in Latin American Archaeology No. 4, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Ranere, Anthony J.

1980 Preceramic Shelters in the Talamancan Range. En *Adaptive Radiations in Prehistoric Panamá*, editado por O. Linares y A. Ranere, pp. 16-43. Peabody Museum Monographs No. 5, Harvard University, Cambridge.

1992 Implements of Change in the Holocene Environments of Panama. En *Archaeology and Environment in Latin America*, editado por O. R. Ortiz-Troncoso y Th. van der Hammen, pp. 25-44. Universiteit van Amsterdam, Amsterdam.

Ranere, Anthony J., y Richard Cooke

- 1991 Paleolndian Occupation in Central American Tropics. En *Clovis Origins and Human Adaptations*, editado por R. Bonnichsen y K. Fladmark, pp. 237-54. Center for the Study of the First Americans, University of Maine, Orono.
- 1996 Stone Tools and Cultural Boundaries in Prehistoric Panama: An Initial Assessment. En *Paths to Central American Prehistory*, editado por F. Lange, pp. 49-77. University Press of Colorado, Boulder.

Raymond, J. S.

- 2008 The Process of Sedentism in Northwestern South America. En *Handbook of South American Archaeology*, editado por H. Silverman y W. H. Isbell, pp. 79-92. Springer, New York.

Raymond, J. S., A. Oyuela y P. Carmichael

- 1994 Una comparación de las tecnologías de la cerámica temprana de Ecuador y Colombia. En *Tecnología y organización de la producción cerámica prehispánica en los Andes*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

- 1955 Excavaciones en los conchales de Barlovento. *Revista Colombiana de Antropología* 4:247-272.
- 1965 *Colombia*. Thames and Hudson, London.
- 1971 Early Pottery from Colombia. *Archaeology* 24(4):338-45.
- 1983 Colombia indígena: período prehispánico. En *Manual de Historia de Colombia*, t. 1, pp. 33-224. Círculo de Lectores, Bogotá.
- 1985 *Monsú: un sitio arqueológico*. Banco Popular, Bogotá.
- 1986 *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Segunda Expedición Botánica, Bogotá.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff

- 1951 Investigaciones arqueológicas en el departamento del Magdalena, Colombia. 1946-1950. Partes I y II. *Boletín de Arqueología* 3(1-6).

Rodríguez, Camilo

- 1995 Sites with Pottery in the Caribbean Litoral: A Discusión of the Periodization and Typologies. En *The Emergence of Pottery. Technology and Innovation in Ancient Societies*, editado por W. K. Burnett y J. W. Hoopes. Smithsonian Institution, Washington, D. C.

Rodríguez, Carlos Armando

- 1989 *Tras las huellas del hombre prehispánico y su cultura en el Valle del Cauca*. Inciva, Cali.
- 2002 *El Valle del Cauca prehispánico*. Universidad del Valle, Cali.
- 2005 *Los hombres y las culturas prehispánicas del suroccidente de Colombia y el norte del Ecuador*. Universidad del Valle - Fundación Taraxacum - Arqueodiversidad, Cali.

Roosevelt, Anna, M. da Costa, M. Machado, N. Michab, H. Mercier, J. Valladas, W. Feathers, M. Barnett, A. da Silveira, J. Henderson, J. Silva, B. Chernoff, D. Reese, J. Holman, N. Toht y K. Schick

- 1996 Paleolndian Cave Dwellers in the Amazon: The Peopling of the Americas. *Science* 272:373-84.

- Roosevelt, Anna, R. A., Houseley, M. I. da Silveira, S. Marcanca y R. Johnson
1991 Eight Millenium Potter from a Prehistoric Shell Midden in the Brazilian Amazon. *Science* 254.
- Rull, Valenti
1987 Evidencia de una oscilación climática fría, contemporánea con la Pequeña Edad de Hielo, en los Andes venezolanos. *Boletín Asociación Venezolana de Arqueología* 4:13-27.
- Salamanca, María Fernanda
2000 *Asentamientos tempranos en el valle de Sáchica, Boyacá*. Trabajo de grado, Antropología, Universidad de los Andes.
- Salgado, Hector, y Carlos Armando Rodríguez
1989 Las costumbres funerarias prehispánicas en el curso alto del río Calima. *Boletín Museo del Oro* 24:123-6.
- Sánchez, Carlos
2000 Agricultura intensiva, dinámica de población y acceso diferencial a la tierra en el Alto Magdalena. *Arqueología del Área Intermedia* 2:69-98.
- Salomon, Frank
1980 *Los señores étnicos de Quito*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- Sassaman, Kenneth E.
1993 *Early Pottery in the Southeast. Tradition and Innovation in Cooking Ceramics*. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Scheinsohn, Vivian
2003 Hunter-gatherer Archaeology in South America. *Annual Review of Anthropology* 32:339-61.
- Schobinger, Juan
1973 *Prehistoria de Suramérica*. Labor, Barcelona.
- Schubert, Carlos, y Leonel Vivas
1993 *El cuaternario de la cordillera de Mérida-Andes venezolanos*. Universidad de los Andes - Fundación Polar, Mérida.
- Serje, Margarita
1984 Organización urbana en Ciudad Perdida. *Cuadernos de Arquitectura* 9.
- Snarskis, Michael J.
1999 The Imagery and Symbolism of Precolumbian Jade in Costa Rica. En *Jade in Ancient Costa Rica*, editado por Julie Jones, pp. 59-92. The Metropolitan Museum of Art, New York.
- Socarrás, José Luis
2003 Las plantas en la subsistencia de los antiguos habitantes del Medio Ranchería, sur de la Guajira (Colombia). *Boletín de Arqueología* 18:53-98.

Spriggs, M.

- 1996 Early Agriculture and what Went Before in Island Melanesia: Continuity or Intrusion? En *The Origins and Spread of Agriculture and Pastoralism in Eurasia*, editado por D. R. Harris, pp. 524-37. UCL Press, London.

Taft, Mary M.

- 1993 Parte segunda: Patrones de producción y distribución de cerámica. En *Cacicazgos prehispánicos en el valle de la Plata, tomo 2: Cerámica. Cronología y producción artesanal*, editado por R. Drennan, M. M. Taft y C. A. Uribe, pp. 105-185. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology No. 5, University of Pittsburgh - Universidad de los Andes, Pittsburgh.

Tartusi, Marta, R. A. Antonio, J. Niño y Víctor A. Núñez Regueiro

- 1984 Relaciones en el área occidental de la cuenca del lago Maracaibo con las áreas vecinas. En *Relaciones prehispánicas de Venezuela*, editado por E. Wagner, pp. 67-88. Acta Científica Venezolana, Caracas.

Thompson, L. G., y E. Mosley-Thompson

- 1987 Evidences of Abrupt Climatic Change During the Last 1500 Years Recorded in the Ice Cores from the Tropical Quelccaya Ice Cap, Perú. En *Abrupt Climatic Change: Evidence and Implications*, editado por W. H. Berger y L. D. Labeyrie, pp. 99-110. NASA Series.

Thouret, J. C., T. van der Hammen, B. Salomons y E. Juvigne

- 1996 Paleoenvironmental Changes and Glacial Stages of the Last 50,000 Years in the Cordillera Central, Colombia. *Quaternary Research* 46:1-18.

Torres, María Mercedes

- 2005 *La variabilidad genética, una herramienta útil en el estudio de poblaciones humanas*. Tesis doctoral, Departamento de Ciencias Biológicas, Universidad de los Andes, Bogotá.

Uribe, María Victoria

- 1975 Documentos del siglo XVIII referentes a la provincia de los Pastos: problemas de interpretación. *Revista Colombiana de Antropología* 19:39-63.
- 1979 Asentamientos prehispánicos en el altiplano de Ipiales, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* 21:57-195.
- 1985 Etnohistoria de las comunidades andinas prehispánicas del sur de Colombia. *Anuario de Historia Social y de la Cultura* 12-13:5-40.
- 1986 Pastos y proto-pastos: la red regional de intercambio de productos y materias primas de los siglos X a XVI. *Maguaré* 3:33-46.
- 1988 La estratificación social entre los proto-pasto. En *Etnohistoria e historia de las Américas*, editado por Elizabeth Reichel, pp. 89-96. Universidad de los Andes, Bogotá.

Uribe, María Victoria, y Roberto Lleras

- 1983 Excavaciones en los cementerios Protopasto y Miraflorez, Nariño. *Revista Colombiana de Antropología* 24:335-79.

Van der Hammen, Thomas

- 1972 Historia de la vegetación y del medio ambiente del norte sudamericano. En *Memorias 1 Congreso Latinoamericano de Botánica*, pp. 119-34. Sociedad Botánica de México, México, D.F.
- 1983 The Paleocology and Paleogeography of Savanas. En *Ecosystems of the World: Tropical Savannas*, editado por F. Bourliere, pp. 19-35. Elsevier, Amsterdam.
- 1986a Datos sobre la historia de clima, vegetación y glaciación de la Sierra Nevada de Santa Marta. En *Studies on Tropical Andean Ecosystems 2*, editado por T. van der Hammen y P. M. Ruiz. Cramer, Berlin.
- 1986b Fluctuaciones holocénicas del nivel de inundaciones en la cuenca del Bajo Magdalena-Cauca-San Jorge (Colombia). *Geológica Nor-Andina* 10:11-18.
- 1986c Cambios medioambientales y la extinción del mastodonte en el norte de los Andes. *Revista de Antropología y Arqueología* 2(1-2):27-34.
- 1992 Ensayo de un esquema en tiempo y espacio de la vegetación y el medio ambiente en el noroeste de Suramérica. En *Historia, ecología y vegetación*, editado por Thomas van der Hammen, pp. 63-76. Banco Popular, Bogotá.

Van der Hammen, Thomas, y Gonzalo Correal

- 2001 Mastodontes en un humedal pleistocénico en el valle del Magdalena (Colombia) con evidencias de la presencia del hombre en el pleniglacial. *Boletín de Arqueología* 16(1):4-36.

Van der Hammen, Thomas, Gonzalo Correal y G. van Klinken

- 1990 Isotopos estables y dieta del hombre prehistórico de la sabana de Bogotá. *Boletín de Arqueología* 5(2):3-10.

Van der Hammen, Thomas, J. F. Duivenvoorden, J. M. Lips, L. E. Urrego y N. Espejo

- 1991 Fluctuaciones del nivel del agua del río y de la velocidad de sedimentación durante los últimos 13.000 años en el área del Medio Caquetá (Amazonia colombiana). *Colombia Amazónica* 5(1):91-118.

Velandia, César

- 1994 *San Agustín. Arte, estructura y arqueología*. Banco Popular, Bogotá.

Von Schuler-Schömig, Inmina

- 1981 A Grave-lot of the Sonso Period. *Pro Calima* 2:25-7.

Widemer, Randolph J.

- 1998 *The Evolution of The Calusa-A Nonagricultural Chiefdom on the Southwest Florida Coast*. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Williams, Denis

- 1997 Early Pottery in the Amazon: A Correction. *American Antiquity* 62(82):342-52.

Wynn, Jack

- 1975 *Buritaca Ceramic Chronology: A Seriation from the Tairona Area, Colombia*. Tesis doctoral, University of Missouri.

VI

PANORAMA DE LA ARQUEOLOGÍA ECUATORIANA A INICIOS DEL SIGLO XXI

Ernesto Salazar
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

INTRODUCCIÓN

ENTRE LOS NUMEROSOS PROBLEMAS DE QUE ADOLECE LA ARQUEOLOGÍA ECUATORIANA SE ENCUENTRA la falta de comunicación. El número y la calidad de los encuentros científicos en los ámbitos local o nacional son ínfimos, y los avances realizados por los investigadores extranjeros son apenas percibidos por unos pocos arqueólogos nacionales. Por otro lado, la producción científica ecuatoriana, en sus lineamientos generales, sigue anclada en la mitad del siglo XX, si no en épocas anteriores. De hecho, todavía no hemos logrado deshacernos ni siquiera del viejo esquema de periodización de la época precolombina. Por otro lado, no es menos cierto que la producción de ecuatorianistas extranjeros ha disminuido notablemente, si se consideran los niveles de producción de los años ochenta del siglo XX. En este trabajo se abordarán los hitos más recientes del desarrollo de la arqueología ecuatoriana hasta los primeros años del siglo XXI, en una especie de continuación de un trabajo precedente sobre el mismo tema (Salazar 1993-1994).

DE LA PERIODIZACIÓN

Aunque Jijón y Caamaño debe ser considerado como el primer arqueólogo en establecer una periodización para la arqueología ecuatoriana, con base en los trabajos mesoamericanos de Spinden y Vaillant, fue Emilio Estrada quien elaboró el actual esquema, basado en el de Steward y “oficializado” luego por Betty Meggers (1966).

Dicho esquema ha estado vigente, pues, durante los últimos cincuenta años, aunque los nuevos descubrimientos e interpretaciones de la época aborigen ecuatoriana hechos en este lapso lo han invalidado a tal punto que es necesario ya establecer uno más acorde con las realidades del registro arqueológico. Las objeciones son de diferente naturaleza: su carácter evolutivo unilineal, por un lado, y el contenido de los períodos

cuya caracterización es poco consistente, por otro. Es evidente también que el concepto de fase ha sido manejado alegremente. Hay algunas establecidas sin los requerimientos metodológicos adecuados (a veces a partir de solamente un puñado de artefactos) o sin considerar las implicaciones teóricas en la reconstrucción del pasado. Esta situación ha generado una proliferación innecesaria, a veces con resultados incongruentes, como en el caso del período de Integración, que tiene más fases culturales que el período de Desarrollo Regional (a no ser que revele llanamente que no es período de integración alguna).

Tan inmanejables se han vuelto las fases culturales que, en su reciente síntesis de la arqueología costera, Marcos (1993) ha optado simplemente por dejarlas a un lado e introducir un conjunto de poco eufónicas “series cerámicas” terminadas en oide, como la Jamoide, Bahioide, Guangaloide, Coaqueoide, Huncavilcoide, etc.; mientras, en su síntesis de la arqueología serrana, Myers (2001) ha favorecido un tratamiento basado en “tradiciones regionales”. En la década de 1990 Villalba produjo un cuadro de “desarrollo cultural de la época aborígen”, que ha circulado discretamente “de mano en mano” entre los arqueólogos, con exhibición “oficial”, si se quiere, en la forma de un cartel a la entrada del Museo del Banco Central. La “periodización” de Villalba carece de un documento explicativo que avale sus innovaciones, aunque el problema de fondo realmente no ha cambiado: es el mismo esquema de Estrada y Meggers “remozado” con cronología fina de los últimos tiempos.

LA INVESTIGACIÓN SOBRE CAZADORES-RECOLECTORES

En la década de 1960 se excavó el sitio de El Inga, y se descubrieron en la zona del Ilaló otros sitios tempranos, aunque la investigación arqueológica no pasó de reconocimientos arqueológicos y refinamientos tipológicos en el análisis de materiales líticos. Nuevos descubrimientos en la cueva de Chobshi y Cubilán permitieron confirmar la presencia de seres humanos en el sur del país a comienzos del Holoceno, y establecer la información básica sobre la vida de los cazadores-recolectores tempranos. En la costa se descubrió la cultura Las Vegas, de la península de Santa Elena (Stoother 1988), que presenta una sociedad de cazadores-recolectores con subsistencia de carácter arcaico, en la que la economía de amplio espectro se ha enriquecido ya con una horticultura incipiente del maíz. De paso, Las Vegas ha proporcionado una muestra poblacional con patrones funerarios claramente establecidos, estudiada en su aspecto físico por Ubelaker (las más recientes publicaciones: 1988, 1993, 1997, 2000, 2003; Douglas y Ripley 1999), quien de paso se ha constituido en el investigador que mejor conoce la antropología biológica de las poblaciones precolombinas e históricas del Ecuador.

Un tema importante de la arqueología del Paleoindio ecuatoriano ha sido la búsqueda de la asociación de cazadores-recolectores con la megafauna pleistocénica, asunto bastante bien establecido en la arqueología de los países vecinos. La ausencia notoria de evidencia sobre la caza de animales pleistocénicos en Ecuador llevó al autor a plantear en 1992 la hipótesis de la extinción de dicha fauna debido a un intenso volcanismo en el Pleistoceno final y el Holoceno, antes de la llegada de los primeros pobladores del país (Salazar 1995).

Se esperan importantes revelaciones de la investigación que sobre los mamíferos pleistocénicos del Ecuador hiciera la Misión Italiana en la década de 1990. En el gran depósito fosilífero de Bolívar (provincia del Carchi), particularmente en las quebradas de Cuesaca y Pistud, se han encontrado, en buena estratigrafía, restos de *Haplomastodon* en un nivel inferior, *Glossotherium* y *Mazama* en un nivel intermedio, y *Smilodon* en un nivel superior. Comparaciones con otros perfiles estratigráficos, particularmente de Punín, han llevado a Ficarelli et ál. (1997:36) a la conclusión de que los mastodontes se extinguieron en el Ecuador, probablemente en el último avance glacial, antes que los milodontes y los équidos, y, por supuesto, mucho antes de que arribaran los humanos. En un reciente libro de divulgación, Stothert (2003:23) reporta, en un par de líneas, el hallazgo, realizado por el arqueólogo Oswaldo Tobar, de un mastodonte, en asociación con “algunas herramientas cortantes primitivas” (hay dos fotos del mastodonte y ninguna de los artefactos). Ficarelli et ál. (1997:36) señalan que “en los Andes ecuatorianos, y en las costas de Ecuador y Perú, los mastodontes se extinguieron antes de la llegada del hombre”, aunque no es posible afirmar taxativamente que la extinción de la megafauna haya ocurrido tan drásticamente en la costa ecuatoriana como en la sierra. Por lo tanto, el descubrimiento de Tobar tendrá que ser examinado concienzudamente para determinar si se trata de un hallazgo paleontológico o arqueológico.

Por qué se extinguieron los mastodontes es un asunto más difícil de determinar. Los autores mencionados sugieren que el clima frío del Pleniglacial afectó la distribución y la cantidad de las precipitaciones, forzando una redistribución de las áreas áridas y de forrajeo, y confinando a los mastodontes a regiones secas y frías, donde su potencial de supervivencia habría descendido drásticamente, hasta su extinción (Ficarelli et ál. 1997:36). Aunque los autores no mencionan los efectos de la actividad volcánica, los mismos perfiles de las quebradas del Carchi (y otros, como el del río Chiche) muestran niveles intercalados de ceniza volcánica y pómez, que sugieren claramente la intensidad del fenómeno volcánico.

Algunos de estos eventos han comenzado ya a ser datados, como la impresionante erupción de la caldera del Chalupas (en el interior de la cual se yergue ahora el Quilindaña),

ocurrida hace veinte mil años aproximadamente, que cubrió de piroclásticos y ceniza unos 2.000 km² en la sierra central del país (Beate, en Clapperton 1993:107). El devastador efecto del volcanismo es tan persistente a lo largo de la historia geológica tardía del país, que aún en tiempos precolombinos habría precipitado el abandono brusco de vastas regiones serranas y acaso costeras por parte de los grupos humanos. Hace ochenta años Jijón y Caamaño (1921:4 y ss.) vislumbró ya la importancia del fenómeno volcánico y su incidencia sobre el poblamiento aborígen, aunque las investigaciones académicas sobre la cuestión se vuelven patentes solamente a partir de la década de 1990. De hecho, un simposio sobre el tema (cf. Mothes 1998) se realizó en el Congreso Internacional de Americanistas (Quito, 1997), en el que los participantes presentaron evidencias de las numerosas catástrofes volcánicas ocurridas en la época precolombina. Hall y Mothes (1998) han expuesto incluso la cronología de los eventos producidos, en los últimos trece mil años, por quince volcanes ubicados en el sur de Colombia y en la sierra ecuatoriana. Estas investigaciones han determinado que la tefrocronología sea el hito más importante del desarrollo de la arqueología en los últimos años.

EL PERÍODO FORMATIVO

En general, se puede decir que en lo referente a este período casi no ha habido descubrimientos nuevos. En los últimos tiempos la bibliografía ha continuado abordando los temas tradicionales, desde revisiones de las secuencias locales (Lippi 2003; Raymond 2003; Rostoker 2003; Staller 1994; Zeidler 2003) y el análisis funcional de la cerámica (Delgado 2000) hasta la evolución del patrón de asentamiento y la infaltable iconografía de las figurinas (los más recientes, DiCapua 1994; García 2006; Lubensky 1991; Staller 2000).

El registro arqueológico sigue siendo parco respecto al Formativo de la sierra, al punto que se ha argüido que la escasez de vestigios estaría vinculada con la intensificación del fenómeno volcánico entre 5500 y 1700 AP, que habría forzado el abandono de sectores serranos, particularmente del centro y norte del país (Hall y Mothes 1998:12). Tal vez por ello no constituya sorpresa que los pocos descubrimientos recientes del Formativo hayan sido detectados en la sierra sur (Arellano 1999 –en zona cercana al nudo del Azuay–; Gomis 1999; Idrovo 1999; Temme 1999). Hay que notar que, a nivel teórico-metodológico, las investigaciones del Formativo Serrano se han visto notablemente sesgadas por una dependencia excesiva del modelo Formativo de la costa, y por su énfasis exagerado en la identificación de niveles formativos a partir de la cerámica. Esto ha tenido como consecuencia que el Formativo sea visto más en

términos cronológicos que evolutivos, como recientemente lo ha manifestado Burger (2003:465).

En la región amazónica, el sitio Sangay (hoy Huapula) parecía tener también una ocupación formativa (Porras 1987a), como varios sitios de la cuenca del Pastaza (Porras 1987b). Sin embargo, cabe señalar al respecto que las investigaciones del autor en Huapula (Salazar 1998a) no han dado con un componente formativo. Por otro lado, la fase Pastaza ha sido seriamente cuestionada, tanto por su contenido como por su cronología, al punto que no debe ser considerada ya más como formativa. Así que no queda casi nada del Formativo amazónico en la formulación de la década de los ochenta. Pero lo que se viene puede ser espectacular. Recientes investigaciones llevadas a cabo por arqueólogos del centro francés IRD en el sitio Santa Ana-La Florida, ubicado en las estribaciones orientales de los Andes (provincia de Zamora Chinchipe), señalan el descubrimiento de un conjunto arquitectónico de carácter funerario y ceremonial del tercer milenio a. C. La cultura material incluye cerámica muy temprana de tipo formativo, numerosos cuencos, platos y morteros zoomorfos en piedra pulida, ornamentos corporales de turquesa y malaquita, a demás de muestras de concha marina. Las similitudes estilísticas con materiales de otros sitios cubren una inmensa región, tanto costera como serrana y tropical, de Perú y Ecuador. Según los autores, el hallazgo testimonia no solamente la gran antigüedad de la ideología religiosa andina, sino también su clara precedencia, si no raíz, en las sociedades tropicales de las estribaciones orientales (Valdez et ál. 2005).

Cabe señalar también que el cambio de siglo ha sido una época de reflexiones sobre el trabajo realizado, a fin de abordar, en conjunto, niveles más abstractos sobre la naturaleza del período Formativo y sobre su ideología. El simposio sobre el Formativo suramericano, realizado en 1992 (Ledergerber-Crespo 1999) en la ciudad de Cuenca, ha permitido finalmente abordar en varias ponencias (Arellano 1999; Gomis 1999; Idrovo 1999; Temme 1999) la arqueología del Formativo serrano, en las que además de los contactos con la costa y la región amazónica se perfilan, al menos en la sierra meridional, contactos tal vez más frecuentes con las culturas del norte del Perú. Así mismo, una excelente aproximación global puede ser consultada en el trabajo de Staller (2001), que analiza la cronología y la distribución del Formativo, y las interrelaciones de la costa con la sierra en este período. Dichos esfuerzos de síntesis han culminado con la organización, en Dumbarton Oaks (1995), de un simposio sobre el tema del Formativo, cuyas memorias están ya circulando (Raymond y Burger, eds. 2003). Esta obra, que cubre patrones de asentamiento, variabilidad cerámica, subsistencia, arqueobotánica, zooarqueología e ideología, y que contiene varios apéndices sobre cronología local, debe ser lectura obligatoria de todo estudioso del período Formativo del país.

AGRICULTURA Y ANIMALES DOMÉSTICOS

La agricultura precolombina del Ecuador es una cuestión no del todo dilucidada. Los mayores avances se han hecho en el área costera, sobre todo en leguminosas y cereales, pero la búsqueda del complejo agrícola basado en plantas tropicales, que propusiera Lathrap (1975:21), ha quedado en el olvido. Por cierto, la introducción misma del maíz en la costa ecuatoriana continúa siendo una cuestión no resuelta. Y aún asumiendo su presencia, parecería que no fue consumido con demasiada frecuencia, a juzgar por la falta de caries en dientes de individuos de las fases Valdivia y Machalilla (Turner 1978). Incluso habría indicios de que el maíz no existía en Valdivia I-III, y, cuando es introducido, aparecería como componente secundario de la dieta y con énfasis en el consumo ceremonial (Staller 2003:377).

Pearsall y Piperno (1990:332) han señalado que en el sitio 80 de la cultura precerámica Las Vegas esta planta comenzó a ser cultivada entre 6000 y 5000 a. C., es decir, uno o dos milenios antes que en las tierras altas mexicanas, patria original del maíz. Esta incongruencia cronológica hizo que, en algunos círculos, se discutiera la hipótesis de una domesticación independiente del maíz en Suramérica, que se quedó en el camino por falta de evidencia arqueológica. Finalmente, la cuestión fue resuelta con la afirmación de la dispersión del *teosinte balsas* (probable antepasado directo del maíz domesticado) desde las tierras bajas y húmedas del oeste de México, tanto hacia las tierras altas del mismo país, como hacia América Central y Meridional, hace más de siete mil años (Pearsall y Piperno 1990:335). Recientemente, Staller y Thompson han objetado fuertemente no solo esta hipótesis, sino la cronología de la domesticación del maíz en México (que en datación AMS parece más tardía aún), y los fundamentos de la metodología usada por Pearsall (a partir de la identificación de fitolitos) (Staller 2003; Staller y Thompson 2002). La controversia es solo una más en la larga historia de la investigación del maíz, pero su solución es importante para comprender el rol de la agricultura en el Formativo ecuatoriano.

El conocimiento cada vez más refinado de la cronología de los eventos volcánicos del Ecuador debe llevar a los arqueólogos a una reflexión profunda sobre su incidencia en los sistemas agrícolas precolombinos, que, a la postre, alimentaron a los grupos humanos y determinaron su movilidad en el paisaje. En esta dirección apuntan Isaacson y Zeidler (1998) al analizar los efectos de larga distancia de las erupciones volcánicas sobre la región del noroeste del país, incluyendo la llanura costera. Los autores señalan, por ejemplo, que en la erupción del Pululagua, datada entre 752-182 a. C. cal., el noroccidente de Pichincha habría sufrido el colapso total de la agricultura aborigen por el

enterramiento de los campos bajo gruesas capas de tefra. En cambio, las comunidades costeras del valle de Jama pudieron haber restablecido la producción agrícola de sus campos, abandonando temporalmente la llanura aluvial cubierta de tefra, a favor de la agricultura de ladera en las tierras más altas, donde la pendiente habría permitido más fácil y rápidamente el acarreo hacia abajo de los piroclásticos depositados (Isaacson 1994:137; Isaacson y Zeidler 1998:65).

En la sierra no se ha realizado estudio alguno sobre el origen de la agricultura precolombina, por ello se ignora cuál fue el rol de la región en el proceso de domesticación de plantas, y la cronología del establecimiento de la agricultura como medio de subsistencia. Conocemos en todo caso que en los sitios formativos de La Vega, Cotocollao y Pirincay se practicaba la agricultura intensiva, y que en la sierra norte había importantes conjuntos de campos elevados o camellones (Gondard y López 1983; Knapp 1988). Incluso se han reportado camellones enterrados, a veces bajo gruesas capas de ceniza volcánica, en varios sitios de la ciudad de Quito y de la sierra norte, particularmente el área de Cayambe-Otavallo (Knapp y Mothes 1998; Villalba y Alvarado 1998; Villalba 1998, entre otros).

La investigación de la agricultura precolombina ha recibido un interesante impulso en trabajos realizados en el lago San Pablo y alrededores. Myers y Reidhead (1974) han destacado la gran diversidad ecológica de la zona y su potencial para el asentamiento precolombino, que, aparentemente, cubre desde el período Formativo hasta la invasión inca. Athens (1990, 1994) inició, hace algún tiempo, un proyecto que trataba de relacionar el incremento demográfico con la agricultura en la sierra norte del país. A nivel metodológico, la investigación se centraba en el estudio de la acumulación de polen de maíz en sedimentos lacustres. Al efecto, Athens obtuvo dos cilindros de sedimento del lago San Pablo que revelaron la existencia de polen de maíz a lo largo de toda la secuencia del depósito, con indicios de apertura de bosque y prácticas agrícolas desde 2000 a. C. Aún más, los cilindros lacustres revelaron la existencia de once episodios volcánicos con deposición de cenizas, cuyo conocimiento y datación serán una importante contribución a la cronología volcánica reciente del Ecuador y su incidencia en la vida precolombina. Investigaciones similares se han realizado ya en los lagos Yaguarcocha y Cunro (Colinvaux et ál. 1988). Se requerirá un detallado estudio de las correlaciones estratigráficas con las muestras de Athens para configurar una visión general de la región en cuanto a vulcanología y flora, particularmente de plantas domesticadas.

Por cierto, son necesarias excavaciones arqueológicas para convalidar los datos de los cilindros lacustres. Athens ha trabajado intermitentemente en La Chimba (provincia

de Imbabura), un rico sitio multicomponente con unos 3 m de espesor de depósitos culturales (diecinueve niveles de ocupación identificados), en cuya secuencia se observan contactos regionales con Cosanga y la costa, principalmente (Athens 1990:75). Más importante aún para el proyecto agrícola es la presencia en La Chimba de plantas domesticadas como maíz (granos y tusas), frijol, quinua y acaso algunos tubérculos.

La domesticación de animales en el Ecuador precolombino es asunto muy poco conocido, debido a las escasas evidencias encontradas. En una visión de conjunto sobre la época aborígen costera, Marcos (1993:36 y ss.) propone, en sus inicios, un dudoso manejo de “rebaños” de venados (*Odocoileus virginianus*), sin considerar que este artiodáctilo tiende a ser solitario, o vive apenas en familias nucleares (Walker 1975:1:1394). Por lo demás, la muestra de arqueofauna domesticada de la costa precolumbina incluye perros (*Canis familiaris*), cuyes (*Cavia porcellus*), llamas (*Lama glama*) y patos (*Cairina moschata*).

En los sitios de la sierra se ha registrado la presencia de las mismas especies domesticadas de la costa, aunque en medio de un más abundante repertorio de especies silvestres cazadas. El perro más antiguo del Ecuador proviene de la cueva de Chobshi, y los camélidos más tempranos, junto con unos pocos cuyes, del nivel tardío del sitio de Pirincay, datado hacia 100 d. C. (Miller y Gill 1990:59). Por tanto, queda completamente descartada la vieja hipótesis de la introducción inca de los camélidos en Ecuador, aunque sigue pendiente la cuestión de si hubo o no domesticación in situ en el país. La llama de Pirincay es del tamaño de una alpaca, bastante diferente de las grandes llamas peruanas. Lamentablemente, la pequeña muestra de camélidos (MNI=10) encontrada en el sitio no permite zanjar la cuestión de si es una subespecie de *Lama glama*, o acaso solo un producto de latitud clinal tropical, concordante con la regla de Bergmann, en la periferie del centro de domesticación de los Andes Centrales (véase la interesante discusión de Miller y Gill sobre este punto).

El registro exiguo de especies domesticadas puede dar la impresión de una alimentación bastante restringida, debido a que no tiene en cuenta el consumo y utilización de centenares de especies silvestres. En este aspecto hay que resaltar el gran esfuerzo de los especialistas de arqueofauna por identificar las especies encontradas en sitios ecuatorianos. Solo para el período Formativo, Stahl (2003:192 y ss.) señala la presencia en sitios serranos y costeros de, al menos, 45 especies de conchas bivalvas, 41 de gastrópodos (univalvos), 3 de crustáceos, 177 de peces, 4 de anfibios, 10 de reptiles, 29 de aves y 46 de mamíferos. En Pirincay, el análisis arqueofáunico de Miller y Gill (1990) muestra una fauna muy similar a la de la cueva precerámica de Chobshi, y sugiere una introducción más bien brusca de especies domesticadas. Utilísima también para la arqueología del país es la revisión

exhaustiva del registro arqueológico realizada por Gutiérrez Usillos (2002), en la que constan no solamente los registros de arqueofauna por sitios y períodos, sino también las representaciones iconográficas de animales en la cerámica precolombina, y la interrelación mágico-religiosa y económica del habitante precolombino con la fauna.

EL INTERCAMBIO REGIONAL

El intercambio regional ha sido una cuestión tratada ampliamente en los últimos años, aunque sin demasiada acuciosidad; la cuestión comprende el tema de nuestro emblemático tráfico de la concha *Spondylus*, que a pesar de su importancia sigue siendo objeto de especulaciones no comprobadas. Según Marcos (1986, 2005) el tráfico de la mencionada concha habría tenido dos polos: Mesoamérica y los Andes Centrales. Sin embargo, la “conexión” mesoamericana, que habría implicado largos viajes oceánicos de los manabitas precolombinos a las costas del oeste de México, para abastecerse de más *Spondylus* y suplir la cuantiosa demanda de los Andes Centrales, ha sido y sigue siendo una conexión difusa, por no haber sido sometida a los respectivos “tests” arqueológicos.

En cambio, la conexión de los Andes Centrales tiene más asidero empírico; aquí es evidente la gran red de intercambio establecida en torno a esta materia prima, que viajaba por mar y tierra a los más remotos lugares del mundo andino. En los últimos tiempos ha habido algún desarrollo en la discusión de las rutas de intercambio. La marítima ha sido propugnada por Rostworowski (1989:224), quien arguye que los mercaderes chinchas accedían hasta las costas de Portoviejo y Manta en busca de la concha, entre otros productos. De hecho, la balsa avistada en 1524-1525 por Bartolomé Ruiz en la costa ecuatoriana (balsa de origen chincha según Rostworowski 1989:224) llevaba abigarrada mercadería para trocar con productos de la tierra, particularmente conchas de *Spondylus* (Relación Sámano-Xerez 1967:66 [ca. 1528]).

Aunque esta ruta ha sido generalmente admitida por los especialistas del Área Andina, Hocquenghem (1993) la ha objetado porque no se menciona el trueque de concha *Spondylus* en los documentos sobre el intercambio de los chinchas, la dificultad de navegar a contracorriente a puertos peruanos, debido a la corriente de Humboldt, e incluso la ausencia de la concha mencionada en sitios arqueológicos chinchas. En su lugar, el autor propone una ruta terrestre que penetra de la costa a la sierra por los frecuentes lugares llamados Mollepungo (¿la puerta del *mullu*?). La mencionada investigadora señala una ruta en el norte de Perú y otra en el sur del Ecuador (provincia de Loja), aunque indudablemente no sería la única del país.

En este contexto, tal vez se podría añadir otra ruta que entraba desde la costa por Molleturo (provincia del Azuay) y accedía a Tomebamba, cruzando la cordillera del Cajas. Huayna-Cápac realizó esta travesía “por caminos ásperos y no usados” luego de su visita a la isla de Puná (Cabello 1945:367). Eventualmente, se construyó un ramal secundario del Cápac Ñan (que se puede observar todavía a través del macizo montañoso) hasta Tomebamba, que, al decir de Hocquenghem (1999:77), era el “puerto de comercio” de las caravanas de *mullu*. Por cierto, no se conoce todavía cuál era la contrapartida del intercambio, aunque no se descarta que, al menos en el Ecuador, haya sido la obsidiana, cuyo comercio en el país tiene más o menos la misma distribución geográfica que la concha *Spondylus*.

Se ha planteado el tráfico de obsidiana en virtud de la presencia de obsidiana serrana en sitios arqueológicos costeros, y de la existencia de grandes afloramientos de esta materia prima en la cordillera Oriental. Lo que no está esbozado es el modelo de intercambio, aunque la modalidad “de mano en mano” puede estar en el origen de esta actividad, como parece atestiguar el descubrimiento de una veintena de piezas de obsidiana de Quiscatola en la cueva de Chobshi (hay unos 450 km de distancia entre el sitio arqueológico y la fuente de materia prima), en lo que parece ser la más temprana instancia de intercambio comprobado en el Ecuador aborígen. Por lo demás, análisis de XRF y NAA muestran que toda la obsidiana utilizada en tiempos precolombinos en el país puede ser rastreada hasta las fuentes de la sierra de Guamaní, es decir, Mullumica, Quiscatola, y Yanaurco Chico (Asaro et ál. 1994). De paso, se conoce también que la obsidiana ecuatoriana llegó, por intercambio, hasta el suroccidente de Colombia, particularmente a la región de Tumaco (Dorighel et ál. 1994, 1997) y de Ipiales. Si hubo otro modelo de intercambio (¿comerciantes tipo *mindaloes*?), está por demostrarse. No se han encontrado aún evidencias de sitios “intermedios” de almacenamiento de materia prima entre las fuentes y los destinatarios, ni hay evidencias de monopolio en los afloramientos naturales (*i. e.*, estructuras de control, ni emplazamientos de cantería en gran escala en los flujos de obsidiana). Por último, la esfera limitada de intercambio de esta materia prima puede ser explicada por la existencia de afloramientos de obsidiana, tanto en Colombia como en Perú, que habrían abastecido las demandas locales.

El intercambio de otras materias primas y objetos es aún asunto de conjetura. Los numerosos talleres de procesamiento de cristal de roca en Pirincay (Bruhns 1987) sugieren la existencia de una esfera de intercambio que no ha sido todavía establecida. La turquesa hallada en Santa Ana-La Florida requiere explicación, dado que esta piedra preciosa es muy rara en Suramérica. Marcos (2005:181) ha propuesto que la turquesa del desierto de Atacama, en Chile, formó parte de la esfera de intercambio de la *Spondylus*. Se

trata, sin duda, de la que fue brevemente descrita a comienzos del siglo XX por Evans (1913:158), ubicada en el Cerro del Muerto, centro minero de Pueblo Hundido, en el norte de este país. Aunque no es de muy buena calidad (la turquesa es menos valiosa mientras más se acerca al color verde), esta materia prima fue ampliamente utilizada, como testimonian los numerosos entierros encontrados cerca del cerro. No hay que descartar, sin embargo, la posible existencia de este material en lugares más cercanos a Santa Ana-Florida. Mera (s.f) ha reportado, por ejemplo, la existencia de turquesa en la zona de Chaucha, cordillera Occidental de la provincia del Azuay, asunto que todavía debe ser comprobado en el terreno.

Por sus características naturales (*i. e.*, composición) y su iconografía, los objetos metalúrgicos constituyen un filón aún no explorado con intensidad para aclarar el intercambio precolombino. Hosler et ál. (1990:70 y ss) han documentado instancias de intercambio de objetos de cobre (aleación cobre-arsénico) del valle de Lambayeque (Perú) con las culturas Milagro y Manteña. Hosler (1988:843), así mismo, ha propuesto que la influencia metalúrgica suramericana en Mesoamérica pudo haber sido compartida por ecuatorianos aborígenes que habrían introducido en el oeste de México la tecnología de objetos simples pero valiosos, como pinzas, agujas, ajorcas, y acaso leznas y hachuelas. Por otro lado, las investigaciones de Idrovo (1994) en la provincia de El Oro, y de Idrovo y Gomis (1997) en la provincia de Loja, muestran la frecuente presencia, en sitios arqueológicos y en colecciones locales, de cerámica peruana vicús, moche, chimú, cajamarca e inca. Queda por verse la naturaleza y la intensidad del intercambio para apreciar en su dimensión correcta una probable esfera de interacción con el norte del Perú, no estudiada antes debido a los problemas políticos de Ecuador y Perú.

LAS SOCIEDADES COMPLEJAS

Aunque el control de pisos ecológicos, dentro del ecosistema andino y en la modalidad arriba señalada, se mantiene aún en vigencia entre arqueólogos y otros científicos sociales, no se ha puesto atención a un fenómeno más importante: el control de ecosistemas, cuyos rasgos aparecen discretamente en documentos y aún en sitios arqueológicos. Con ello me refiero a grupos serranos que ocupaban el ecosistema selvático y a grupos amazónicos en el ecosistema andino. Por ejemplo, la presencia de cerámica amazónica Cosanga en sitios arqueológicos de la sierra central y septentrional, y particularmente en la localidad de Píllaro (sierra central), donde hay “centenares de tumbas” con ofrendas cosangas (Porras 1975b:154), llevó a este investigador a plantear una migración cosanga hacia la sierra, aunque sin presentar argumentos ni informes arqueológicos a favor de esta.

Por otro lado, es sabido que el territorio de los Cañaris (sierra sur) abarcaba no solo la sierra, sino también las estribaciones externas de las cordilleras y aún las llanuras de las tierras bajas. En el occidente, Cordero Palacios (1981:72) señala que el territorio cañari no tenía límites fijos y parecía más bien extenderse “hasta las costas del Pacífico”. Verneau y Rivet (1912:29), un poco más cautos, indican que solo en ciertos puntos el territorio llegaba hasta la costa. Al otro lado de la cordillera Oriental, la situación era similar. Taylor (1994:37) señala que grupos cañaris ocupaban el valle del Upano y el curso inferior del Zamora. No deja de ser interesante, por reflejar tal vez la ocupación precolombina del espacio, que las provincias de Azuay y Cañar mantengan todavía en sus jurisdicciones administrativas zonas costeras (llamadas localmente los “calientes” de estas provincias), y que la provincia del Azuay haya mantenido hasta comienzos del siglo XX una parte de la provincia amazónica de Morona Santiago (llamada en la época el “Oriente Azuayo”).

En la provincia de Loja ocurrió algo más trascendental: la migración en masa de los paltas. Hoy la identidad de este pueblo es caso ya resuelto; se trata de un grupo jíbaro que ocupó la sierra meridional del país (cf. Taylor 1994). En fin, para mostrar que la historia se repite tenemos actualmente el caso de los saraguros de la provincia de Loja, que desde hace un par de décadas se tomaron el valle amazónico del Yacuambi.

Por cierto, todavía es posible encontrar en la historia aborígen del país otros ejemplos, tal vez menos concluyentes (como el de los puruhaes), pero una investigación rigurosa de carácter etnohistórico, y sobre todo arqueológico, ayudaría a zanjar la cuestión en los casos propuestos. Así, en la migración cosanga planteada por Porras parece que la evidencia arqueológica no confirma esta hipótesis. En su análisis de la cerámica cosanga de la sierra (llamada “Panzaleo” en esta región), Bray (1995) demuestra claramente que se trataría más bien de un producto de intercambio. El caso de los cañaris puede dar alguna sorpresa. Aunque no se ha encontrado aún una cultura material de este grupo en la selva alta amazónica –a no ser que fueran cañaris los sitios monumentales reportados en las rutas de descenso a la selva (Salazar 2000:20-28)–, es muy intrigante que los mitos de origen de este grupo serrano tengan por protagonistas dos especies de selva tropical, una culebra y dos guacamayas.

El primer estudio sobre señoríos arqueológicos fue, sin duda, el que Athens (1980) llevara a cabo en la década de los setenta, que cae ya fuera del ámbito temporal de esta alocución. Por otro lado, las excavaciones realizadas por el Grupo Ecuador (Oberem y Wurster 1989) en el complejo de Cochasquí produjeron un primer control temporal de los datos, que fue trabajado y acrecentado con ahínco por Athens en busca de una cronología fina para toda el área caranqui. En la década de los ochenta León Doyon trabajó

(1988, 1991) en el sitio la Florida, en un proyecto que ha sido continuado, en el presente, por el Fondo de Salvamento de Quito (Fonsal). Luego podrían citarse las investigaciones de Muse (1991) sobre los centros de acopio de la sociedad Milagro y la de Stemper (1993) sobre los señoríos precolombinos del río Daule. Digno de notarse es también el proyecto arqueológico-paleoetnobotánico realizado en la década de los ochenta por Zeidler y Pearsall (publicación de 1994) en el valle del río Jama, provincia de Manabí. El sector es considerado el centro de la cultura Jama-Coaque, además de contar con vestigios de fases culturales tempranas y tardías, muy poco conocidas.

Otro caso de investigación arqueológica de señoríos es el proyecto del Alto Upano en la región amazónica. En el valle del río mencionado, ubicado en la provincia de Morona Santiago, el autor (Salazar 1998a, 1998b, 2000, Salazar et ál. 1997; ver también Rostain 1999) ha descubierto una serie de complejos de plataformas habitacionales de forma rectangular, construidas en el perímetro de plazas cuadrangulares. Su cronología es básicamente del período de Desarrollo Regional. Hay complejos muy grandes, como Huapula, investigado inicialmente por Porras (1987a), Mau, Carmen y Yurank (este con plataformas de más de 100 m de largo), y otros pequeños, con plataformas de apenas 10 m de largo. Hay indudablemente una jerarquía de sitios que puede llevar a dilucidar la interdependencia de pequeños señores en torno a otros más importantes.

Así, en una región donde la teoría de la restricción ambiental sobre el desarrollo de la cultura (Meggers 1954) anticipaba la presencia de un patrón de vivienda disperso se ha encontrado lo que parece ser un grupo de aldeas nucleadas (las hay de una, cinco, diez, veinte plazas), debidamente planificadas con caminos locales y regionales, que sugieren un incipiente urbanismo. Igualmente, en la costa, en el sitio La Cadena, cerca de la ciudad de Quevedo, Reindel y Guillaume-Gentil (1995) han encontrado cientos de montículos de diverso tamaño, a menudo ubicados en torno a plazas interiores, cuya cronología se extiende por los períodos de Desarrollo Regional e Integración. El fenómeno de las tolas parece originario de las tierras bajas y fue difundido más tarde hacia la sierra.

En torno al desarrollo del centro regional de La Tolita y sus influencias en el *hinterland* esmeraldeño, DeBoer (1996) ha entregado a la comunidad científica los resultados de la larga exploración de la región de los ríos Santiago-Cayapas, realizada entre 1986 y 1992. En estilo fluido y hasta anecdótico, el autor presenta la secuencia arqueológica de la región con sus fases principales: Selva Alegre, Guadual, Herradura-Las Cruces-Mina (estas tres contemporáneas) y Tumbaviro, cuya cultura material y patrón de asentamiento muestran claramente las respuestas de los pueblos del interior al crecimiento y caída del centro de La Tolita.

El impulso del estudio de las sociedades complejas en la arqueología ecuatoriana queda bien rematado por un repunte en la investigación de la presencia inca en el país. La arqueología inca, casi abandonada desde los lejanos tiempos de las investigaciones de Max Uhle (1923) en el sur del Ecuador, ha visto el recorrido físico y la descripción del Cápac Ñan ecuatoriano en el monumental trabajo de Hyslop (1984); la excavación de las ruinas de la ciudad imperial de Tomebamba, llevada a cabo por Jaime Idrovo (2000); la del palacio de El Callo, en la sierra norte, a cargo del arqueólogo David Brown; y la de las ruinas del mirador de Moyepungo (Azuay), realizada por Zuichi Odaira (1997). Paralelamente, cabe destacar la publicación, largo tiempo esperada, sobre el corpus de cerámica inca encontrada en Ecuador (Meyers 1998), y el estudio de mayor ámbito sobre los efectos del imperialismo inca en la frontera norte del imperio, que Bray (1991, finalmente publicado en traducción castellana en Ecuador, 2003) realizara en la cuenca del río Guayllabamba. En contra de la generalizada opinión de que la *pax incana*, al sujetar bajo una sola bandera a pueblos beligerantes, habría promovido el intercambio regional, Bray (2003:214) señala que la evidencia arqueológica apunta más bien a un desmantelamiento de la red comercial, con miras a evitar alianzas peligrosas entre grupos locales recién sometidos.

De gran interés por su combinación de información etnohistórica con evidencia arqueológica es el proyecto sobre el culto de Catequil, que los Topic (1999) han ampliado al Ecuador. La investigación original sobre este héroe cultural andino y su oráculo de Huamachuco (Perú) ha cobrado interés para la arqueología ecuatoriana, en razón de que los mencionados arqueólogos han logrado ubicar en el país siete topónimos Catequilla (una “quichuización” del término Katekil). Un reconocimiento arqueológico de los sitios ha sido ya realizado, y se han hecho las primeras aproximaciones documentales sobre este culto traído por Huayna Cápac y mitimaes huamachuqueños que ocuparon la sierra central del Ecuador.

Las más recientes investigaciones incluyen la de Samuel Connell en el complejo de Quitoloma, donde ya se han realizado las primeras prospecciones con sensores remotos, previas a la excavación en gran escala; la de Ogburn (2004a, 2004b) sobre el transporte de piedras incas de construcción, desde Cuzco hasta el sur del Ecuador (zona de Saraguro), respaldado por análisis de XRF y de información etnohistórica; y la de Lippi en el pucará de Palmitopamba, noroccidente de Pichincha. Esta región fue ya objeto de un proyecto arqueológico en la década de los ochenta, cuando se excavaron y restauraron la tola Alfonso Pozo (Isaacson 1980) y las llamadas “piscinas” de Tulipe (Salomon y Ericson 1984). Así mismo, en el curso de una amplia exploración de la región, Lippi (1998:162 y ss.) ubicó varios pucaraes (Chaupi Corazón, Portalanza, Chacapata, y

Palmitopamba) en lugares estratégicos de los pasos de montaña del Pichincha hacia la llanura costera de Esmeraldas. La excavación de Palmitopamba permitirá acercarse a la naturaleza de la ocupación inca en un paso de montaña muy conocido por ser ruta precolombina de intercambio a larga distancia. Por otro lado, la inclusión en este proyecto de un componente etnohistórico parece que podrá echar luz sobre el incidente postero de la caída del Imperio inca en Ecuador, cual es la huida de Rumiñahui al país yumbo, de donde saldría solamente para ser ejecutado.

ICONOGRAFÍA PRECOLOMBINA

El análisis iconográfico es un tema que está tomando impulso en la arqueología ecuatoriana. Hasta hace pocos años, el trabajo de Wilbert (1974) sobre las fusayolas de la cultura manteña permitía vislumbrar excelentes perspectivas para el estudio de la más bien exuberante iconografía ecuatoriana. Wilbert no solo identificó los seres representados (pájaros, pelícanos, murciélagos, jaguares, monos, etc., además de seres más mitológicos), sino que explicó su simbolismo en términos de otras culturas precolombinas y del presente etnográfico del continente. Una investigación similar, aunque de menor envergadura, fue también abordada por Sánchez Montañés (1972) en la cultura material Tiaone.

Por otro lado, el simbolismo de las figurinas formativas, particularmente las valdivianas, ha sido objeto de numerosos trabajos (ya señalados más arriba), que no han resuelto aún la cuestión de su función. La interpretación más común considera las figurinas como objetos relacionados con la fertilidad y la procreación, ya sea por la presencia de senos grandes en las mujeres, de figuras “fálico-femeninas” (Marcos 1988:2:175), o la sugerencia de ritos de pubertad (DiCapua 1994). Otra interpretación prefiere tratarlas como instrumentos auxiliares en las ceremonias de curación chamánica (Stahl 1986). Desde un ángulo diferente, la lógica de las artes decorativas, Cummins (2003:431 y ss.) ha analizado la iconografía Chorrera como un salto en la expresión artística precolombina, con figurinas de apariencia corpórea más sugestiva de movimiento y con más función icónica como para ser ubicadas en recintos sagrados o tumbas. Cummins et ál. (1996) han abordado también el análisis de los sellos de Jama-Coaque y destacan su uso en la ornamentación de vestidos y cuerpos. Es interesante su discusión sobre las figurinas femeninas que llevan dos sellos colgados de un collar, como curacas locales en control simbólico de las dos mitades de su señorío.

Otras aproximaciones iconográficas son los trabajos de Scott (1995) sobre el dragón mítico, de McEwan (1992) sobre las sillas de piedra de la cultura manteña, y de Di

Capua (2002) sobre varios aspectos de las culturas Tolita, Valdivia y Jama-Coaque. Así mismo, Ochoa (1999) y Bruhns (2002) han abordado el estudio de la iconografía de la vestimenta en el Ecuador precolombino. Finalmente, cabe citar a Porras (1985) con sus investigaciones de los petroglifos del Alto Napo, que presenta más bien un catálogo descriptivo y gráfico de diseños, sin aportar mayormente a la discusión iconográfica. Por otro lado, su interpretación de la distribución espacial de los montículos del sitio Huapula (Porras 1987a:36) como representación de un humano y una hembra jaguar en trance de copular carece de sustento empírico, como lo ha comprobado el autor en sus investigaciones en el mismo sitio (Salazar 2000:53).

ARQUEOLOGÍA DE RESCATE

La eliminación del programa de investigaciones arqueológicas del Museo del Banco Central del Ecuador, y luego la aguda crisis económica que ha afectado al país en las últimas décadas, han tenido como consecuencia la virtual eliminación de la investigación arqueológica nacional. En efecto, desde hace quince años no existe entidad alguna del Estado que la financie. Ante las circunstancias, los investigadores nacionales se han volcado a la arqueología de rescate, hoy en real bonanza, en virtud de regulaciones impuestas por el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) y la Dirección Nacional de Protección del Medio Ambiente (Dinapa) para todo trabajo de envergadura que implique remoción de tierras y peligro para la conservación de los recursos arqueológicos.

Las investigaciones han tenido lugar, por un lado, en los centros históricos de algunas ciudades, y por otro, en la región amazónica. En el primer caso, la renovación urbana de ciudades como Quito, Guayaquil y Cuenca ha llevado a investigaciones arqueológicas cuyos resultados lamentablemente no han sido publicados, y si lo han sido, no pasan de pequeños resúmenes. En Quito, el Banco Central del Ecuador realizó investigaciones de arqueología histórica en una fábrica de tejidos de Latacunga, arrasada por un lahar proveniente del Cotopaxi, y excavaciones en Colta, donde se hallaba emplazada originalmente la ciudad de Riobamba, destruida en 1797 por un terremoto. Sus resultados nunca fueron divulgados. Por otro lado, el INPC y Fonsal han auspiciado o administrado numerosos proyectos en Quito y en la provincia, que tampoco han sido conocidos por el público, con la excepción, tal vez, de las investigaciones en el cerro de El Panecillo (Domínguez 2000) y en un par de sitios de la ciudad (Aguilera de Vázquez 2001; Castillo 2001). En el curso de la exploración y rescate del derecho de vía del Oleoducto de Crudos Pesados, el

autor descubrió en el noroccidente de Pichincha el camino de Quito a Esmeraldas construido por Pedro Vicente Maldonado entre 1735 y 1741. La conservación del camino en ciertos sectores, y la abundante información documental que existe sobre esta obra, han permitido una reconstrucción bastante completa del camino (Salazar 2003), que esperamos le sirva al INPC para su declaratoria de monumento histórico nacional, y a las autoridades seccionales para valorarlo con fines turísticos y educativos.

En Guayaquil, los trabajos realizados en el marco del proyecto urbano Malecón 2000, el Proyecto Arqueología del Gran Guayaquil (a cargo de la Dirección Regional de Patrimonio Cultural), y las prospecciones arqueológicas con ocasión de la realización de obras de infraestructura, han sido grandemente ignorados por la comunidad científica y el público en general (cf. unos pocos trabajos publicados en Salazar, ed. 1999).

En Cuenca, la habilitación de la catedral vieja para museo permitió el descubrimiento, por parte del INPC del Austro, de un cementerio grande de la época colonial (osarios, ataúdes, criptas funerarias, etc.) que habría arrojado importantes luces sobre los ritos funerios de la Colonia. Lamentablemente nunca se ha publicado un informe sobre esta investigación. El único estudio de arqueología histórica de Cuenca continúa siendo el realizado en 1993 por Jamieson (2003), una visión de conjunto de la arquitectura doméstica y la cultura material de los siglos XVII y XVIII. Con un programa de excavaciones en los sectores urbano y rural de la ciudad, ha logrado reconstruir diversos aspectos de la vida colonial de Cuenca, incluyendo diseños de casas de pobres y ricos, y cosas tan cotidianas como el mobiliario, los servicios de mesa, la cerámica local e importada, etc. La investigación del mencionado arqueólogo muestra el inmenso abismo que existe entre un proyecto arqueológico bien diseñado y ejecutado, y los numerosos proyectos de rescate que, como en Quito, solo han servido para acrecentar las bodegas de material cultural del INPC, sin que se haya podido reconstruir la ciudad colonial. Otros proyectos menores, de bajo presupuesto (y calidad), tienen como patrocinadores a los municipios pequeños que poseen en su jurisdicción algún monumento arqueológico y que desean promoverlo para el turismo. De ordinario, la “investigación” consiste en descubrir algún muro enterrado o adecentar una tola para la visita turística. Sin excavaciones que puedan aportar la información pertinente sobre un lugar es poco lo que los guías pueden enseñarle al desprevenido turista que acierta a pasar por la vecindad.

Una de las características de la arqueología de rescate ecuatoriana es que, en su mayor parte, es llevada a cabo por arqueólogos no profesionales, cuya misión es, al parecer, entregar al INPC muestras de cerámica como prueba de su trabajo. Por cierto, no

existe un instructivo general al que deban atenerse los investigadores en cuestiones de muestreo, análisis espacial, recolección de la evidencia arqueológica, etc. Por último, muy pocos informes son publicados, lo cual hace estéril el esfuerzo que hace el INPC por reconstruir el pasado arqueológico del Ecuador.

Hay que ser enfáticos en que no se puede reconstruir el pasado precolombino del país solamente a base de arqueología de rescate, y en este contexto bien podría decirse que vamos ya por la segunda década perdida de la arqueología nacional. Por ello se vuelve imperioso que la investigación arqueológica retome su cauce académico, cuestión que se torna espinosa ante la falta de profesionales nacionales, pero que en modo alguno justifica las prácticas de rescate hoy en boga.

La reciente construcción del Oleoducto de Crudos Pesados fue una prueba de fuego para la arqueología nacional, que prácticamente requirió la participación de todos los arqueólogos del país. En el trayecto del derecho de vía, que atraviesa el territorio nacional desde la selva tropical hasta la costa, cientos de sitios fueron registrados y decenas de ellos intervenidos arqueológicamente. El oleoducto está ya construido y el petróleo está fluyendo por él, pero el país y la comunidad científica desconocen los resultados de esta investigación a gran escala, sin parangón en la historia del Ecuador. Dado el carácter desigual de la preparación académica de los profesionales que participaron en el rescate arqueológico de la vía del oleoducto, se puede anticipar una producción científica de naturaleza similar. Pero hay, sin duda, informes que por su calidad o la mera importancia de los descubrimientos deben ser dados a luz para conocimiento de todos. En perspectiva general, estimo que las mayores sorpresas vendrán de nuestra *terra incognita* arqueológica, la Amazonía, donde se han hallado decenas de sitios, algunos de gran extensión, con estructuras habitacionales, patrones de enterramiento y cronología de ¹⁴C. Se arguye, a menudo, que la no publicación de informes de los sectores petroleros obedece a cláusulas de confidencialidad por varios años que impiden la divulgación de todos los resultados obtenidos en las exploraciones petroleras. Sin embargo, los arqueólogos no excavamos hasta terrenos cretácicos para argüir que nuestros informes puedan destapar “secretos” petroleros. Si tales cláusulas existen, deben ser eliminadas sumariamente por el INPC.

PALABRAS FINALES

Al tiempo del cambio de siglo se observa que el balance de la investigación arqueológica en el Ecuador no tiene más el vigor que tuvo en la década de 1980. Los antiguos camaradas de los soles ecuatoriales parecen haberse retirado a su cuarteles de invierno,

aunque se ve que, desde la lejanía, siguen produciendo ciencia en bien de nuestro país. Lo lamentable es que no han sido reemplazados, ya que actualmente son muy pocos los investigadores ecuatorianistas que vienen al país.

Del lado nacional las cosas han empeorado aún más. Las instituciones ecuatorianas creadas para la investigación arqueológica han languidecido hasta extinguirse, al punto que no existe, en el presente, entidad estatal alguna que financie proyectos de investigación académica. Por otro lado, las compañías petroleras contribuyen a la arqueología de rescate más por obligación que por la convicción de que su patrocinio puede ser crucial para la reconstrucción del pasado precolombino. A la postre, esta situación ha producido una aguda crisis en la arqueología nacional, de la cual no se ve salida digna en el futuro próximo. La “división del trabajo” que se perfila para los años venideros está bastante clara: la arqueología académica y científica para los arqueólogos extranjeros, y la arqueología de rescate para los nacionales. Con pertinentes excepciones, por supuesto.

REFERENCIAS

Aguilera de Vázquez, María

- 2001 Arqueología de salvamento y rescate del centro cultural metropolitano de Quito. En *Primer Encuentro Nacional de Arqueología y Segundo de Antropología*, editado por Hugo Burgos, pp. 77-114. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Cañar, Azogues.

Arellano López, Jorge

- 1999 Primeras evidencias del Formativo Tardío en la sierra central del Ecuador. En *Formativo sudamericano: una reevaluación*, editado por Paulina Ledergerber-Crespo, pp. 160-175. Producciones Digitales UPS, Quito.

Asaro, Frank, E. Salazar, H. V. Michel, R. L. Burger y F. H. Stross

- 1994 Ecuadorian Obsidian Sources Used for Artifact Production and Methods for Provenience Assignments. *Latin American Antiquity* 5(3):257-277.

Athens, J. Stephen

- 1980 *El proceso evolutivo en las sociedades complejas y la ocupación del período Tardío-Cara en los Andes Septentrionales del Ecuador*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.
- 1990 *Prehistoric Cultural Expansion and Population Growth in Northern Highland Ecuador: Interim Report for 1989 Fieldwork*. International Archaeological Research Institute, Honolulu.
- 1994 *Early Maize Agriculture in Northern Highland Ecuador*. International Archaeological Research Institute, Honolulu. Ms.

Bray, Tamara

- 1995 The Panzaleo Puzzle: Non-local Pottery on Northern Highland Ecuador. *Journal of Field Archaeology* 22:137-156.
- 2003 *Los efectos del imperialismo incaico en la frontera norte. Una investigación arqueológica en la sierra septentrional del Ecuador*. Abya-Yala - Marka, Quito.

Bruhns, Karen

- 1987 Los talleres de cristal de roca de Pirincay, provincia del Azuay. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 7:91-100.
- 2002 Vestimentas en el Ecuador precolombino. *Arqueología del Área Intermedia* 4:11-44.

Burger, Richard L.

- 2003 Conclusions: Cultures of the Ecuadorian Formative in their Andean Context. En *Archaeology of Formative Ecuador*, editado por J. Scott Raymond y Richard L. Burger, pp. 465-486. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Cabello Balboa, Miguel

- 1945 *Obras*, vol 1. Editorial Ecuatoriana, Quito.

Castillo Ocaña, Alex

- 2001 La arqueología de Pichincha. Nuevos aportes. En *Primer Encuentro Nacional de Arqueología y Segundo de Antropología*, editado por Hugo Burgos, pp. 131-158. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Cañar, Azogues.

Clapperton, C.

1993 *Quaternary Geology and Geomorphology of South America*. Elsevier, Amsterdam.

Colinvaux, P. A., K. Olson y Kam-Biu Liu

1988 Late-glacial and Holocene Pollen Diagrams from Two Endorheic Lakes of the Inter-Andean Plateau of Ecuador. En *Quaternary Palynology of Tropical Areas*, editado por J. V. Ward y Kam-Biu Liu. Review of Palaeobotany and Palynology 55:83-99.

Cordero Palacios, Octavio

1981 *El Azuay histórico: los cañaris y los inco-cañaris*. Consejo Provincial del Azuay, Cuenca.

Cummings, Tom

2003 Nature as Culture's Representation: A Change of Focus in Late Formative Iconography. En *Archaeology of Formative Ecuador*, editado por J. Scott Raymond y Richard L. Burger, pp. 423-464. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Cummins, Tom, Julio Burgos Cabrera y Carlos Moya Hoyos

1996 *Arte prehispánico del Ecuador. Huellas del pasado. Los sellos de Jama-Coaque*. Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, Serie Monográfica No. 11. Banco Central del Ecuador, Guayaquil.

DeBoer, Warren R.

1996 *Traces Behind the Esmeraldas Shore. Prehistory of the Santiago-Cayapas Region, Ecuador*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Delgado Espinoza, Florencio G.

2000 Análisis funcional del conjunto cerámico y cambios de subsistencia de la sociedad Valdivia de la costa del Guayas, Ecuador. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 9:73-86.

Di Capua, Costanza

1994 Valdivia Figurines and Puberty Rituals: An Hypothesis. *Andean Past* 4:229-279.

2002 *De la imagen al ícono*. Abya-Yala, Quito.

Domínguez, Victoria

2000 La ocupación tardía del Panecillo. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 9:87-97.

Dorighel, Olivier, Gérard Poupeau, Jean-Francois Bouchard y Erika Labrin

1994 Datation par traces de fission et étude de provenance d'artefacts en obsidienne des sites archeologiques de La Tolita (Equateur) et Inguapi (Colombie). *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 91(2):133-144.

Dorighel, Olivier, L. Bellot-Gurlet y G. Poupeau

1997 *Caracterización de artefactos en obsidiana mediante pixe y trazas de fisión. Un enfoque sobre las fuentes de materia prima utilizadas en Ecuador y Colombia entre 9000 a. C. y 1500 d.C.*. Ponencia presentada en el 49 Congreso Internacional de Americanistas, Quito.

Doyon, León G.

1988 Tumbas de la nobleza en La Florida. En *Quito antes de Benalcázar*, editado por Iván Cruz, pp. 51-66. Centro Cultural Artes, Quito.

- 1991 *Comments on Ceramic Styles and Cultural Chronologies in the Northern Highlands of Ecuador: Contextual and Radiocarbon Evidence from La Florida, Quito*. Ponencia presentada en el 47 Congreso Internacional de Americanistas, New Orleans.
- Evans, Oswald H.
1913 A Note on the Occurrence of Turquoise in Northern Chile. *Man* 13:158-159.
- Ficcarelli, G., A. Azzaroli, A. Bertini, M. Coltorti, P. Mazza, C. Mezzabotta, M. Moreno Espinoza, L. Rook y D. Torre
1997 Hypothesis on the Cause of Extinction of the South American Mastodonts. *Journal of South American Earth Sciences* 10(1):29-38.
- Gomis, Dominique
1999 La cerámica formativa tardía de la sierra austral del Ecuador. En *Formativo sudamericano: Una reevaluación*, editado por Paulina Ledergerber-Crespo, pp. 139-159. Producciones Digitales UPS, Quito.
- García Caputti, Mariella
2006 *Las figurinas de Real Alto, reflejos de los modos de vida valdivia*. Abya-Yala, Quito.
- Gondard, Pierre, y Freddy López
1983 *Inventario arqueológico preliminar de los Andes septentrionales del Ecuador*. MAG - Pro-nareg - Orstom, Quito.
- Gutiérrez Usillos, Andrés
2002 *Dioses, símbolos y alimentación en los Andes. Interrelación hombre-fauna en el Ecuador prehispánico*. Abya-Yala, Quito.
- Hall, Minard, y Patricia Mothes
1998 La actividad volcánica del Holoceno en el Ecuador y Colombia austral, impedimento al desarrollo de las civilizaciones pasadas. En *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*, editado por Patricia Mothes, pp. 11-40. Abya-Yala, Quito.
- Hocquenghem, Anne-Marie
1993 Rutas de entrada del mullu en el extremo norte del Perú. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 22(3):701-719.
1999 En torno al mullu, manjar predilecto de los poderosos mortales. En *Spondylus: ofrenda sagrada y símbolo de paz*, pp. 47-102. Fundación Telefónica del Perú, Lima.
- Hosler, Dorothy
1988 Ancient West Mexican Metallurgy: South and Central American Origins and West Mexican Transformations. *American Anthropologist* 90(4):832-855.
- Hosler, Dorothy, Heather Lechtman y Olaf Holm
1990 *Axe-monies and their Relatives*. Studies in Pre-columbian Art and Archaeology No. 30. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Hyslop, John

1984 *The Inca Road System*. Academic Press, New York.

Idrovo Urigüen, Jaime

1994 *Santuario y conchales en la provincia de El Oro. Aproximaciones arqueológicas*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Machala.

Idrovo Urigüen, Jaime

1999 El Formativo en la sierra ecuatoriana. En *Formativo sudamericano: una reevaluación*, editado por Paulina Ledergerber-Crespo, pp. 114-123. Producciones Digitales UPS, Quito.

2000 *Tomebamba, arqueología e historia de una ciudad imperial*. Banco Central del Ecuador, Cuenca.

Idrovo Urigüen, Jaime, y Dominique Gomis Santini

1997 *Enfoques y perspectivas a partir de una colección cerámica*. Banco Central del Ecuador, Cuenca.

Isaacson, John

1980 *Preliminary Report of the Excavations of Tola Alfonso Pozo, Tulipe, Ecuador*. Inédito, Museo del Banco Central, Quito.

1994 Volcanic Sediments in Archaeological Contexts from Western Ecuador. En *Regional Archaeology in Northern Manabi, Ecuador*, vol. 1, editado por James A. Zeidler y Deborah M. Pearsall, pp. 131-140. University of Pittsburgh - Libri Mundi, Pittsburgh - Quito.

Isaacson, John, y James A. Zeidler

1998 Accidental History: Volcanic Activity and the End of the Formative in Northwestern Ecuador. En *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*, editado por Patricia Mothes, pp. 41-72. Abya-Yala, Quito.

Jamieson, Ross W.

2003 *De Tomebamba a Cuenca. Arquitectura y arqueología colonial*. Universidad de Cuenca, Banco Central, Universidad Simon Fraser, Cuenca, Burnaby.

Jijón y Caamaño, Jacinto

1921 Puruhá. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 3(6):1-60.

Knapp, Gregory

1988 *Ecología cultural prehispánica del Ecuador*. Banco Central del Ecuador, Quito.

Knapp, Gregory, y Patricia Mothes

1998 Quilotoa Ash and Human Settlements in the Equatorial Andes. En *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*, editado por Patricia Mothes, pp. 139-155. Abya-Yala, Quito.

Lathrap, Donald

1975 *Ancient Ecuador: Culture, Clay and Creativity*. Field Museum of Natural History, Chicago.

Ledergerber-Crespo, Paulina (editora)

1999 *Formativo sudamericano: una reevaluación*. Producciones Digitales UPS, Quito.

Lippi, Ronald

1998 *Una exploración arqueológica del Pichincha occidental, Ecuador*. Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito.

2003 Formative Period Chronology for the Northern and Central Highlands of Ecuador. En *Archaeology of Formative Ecuador*, editado por J. Scott Raymond y Richard L. Burger, pp. 529-537. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Lubensky, Earl

1991 Valdivia Figurines. En *The New World Figurine Project*, editado por Terry Stocker, vol. 1, pp. 21-36. Research Press, Provo.

Marcos, Jorge

1986 De ida y vuelta a Acapulco con mercaderes de mullu. En *Arqueología ecuatoriana: nuevos enfoques*, editado por Jorge Marcos, pp. 163-196. Espol - Corporación Editora Nacional, Guayaquil - Quito.

1988 Economía e ideología en Andinoamérica septentrional. En *Nueva historia del Ecuador*, editado por Enrique Ayala, vol. 2, pp. 167-183. Corporación Editora Nacional, Quito.

1993 *Ecuador antiguo. Las sociedades de la costa del área septentrional andina*. 300 a. C. - 1500 d. C. Banco del Pacífico, Guayaquil.

2005 *Los pueblos navegantes del Ecuador prehispánico*. Abya-Yala, Quito.

McEwan, Colin

1992 Sillas de poder. Evolución socio-cultural en Manabí, costa del Ecuador. En *5000 años de ocupación, Parque Nacional Machalilla*, editado por Presley Norton y Marco Vinicio García, pp. 53-70. Centro Cultural Artes - Abya-Yala, Quito.

Meggers, Betty J.

1954 Environmental Limitation on the Development of Culture. *American Anthropologist* 56:801-824.

1966 *Ecuador*. Praeger, New York.

Mera G., Miguel

s.f. *Fuentes geológicas de los artefactos líticos recuperados en el Proyecto Arqueológico Tahuín*. Inédito, Banco Central del Ecuador, Quito.

Meyers, Albert

1998 *Los incas en el Ecuador*, 2 vols. Abya-Yala, Quito.

Miller, George R., y Anne L. Gill

1990 Zooarchaeology at Pirincay, a Formative Period Site in Highland Ecuador. *Journal of Field Archaeology* 17:49-68.

Mothes, Patricia (editora)

1998 *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*. Abya-Yala, Quito.

Myers, Thomas P.

- 2001 Ecuadorian Highlands. En *Encyclopedia of Prehistory*, vol. 5, *Middle America*, editado por Peter N. Peregrine y Melvin Ember. Kluwer, New York.

Myers, Thomas P., y Van A. Reidhead

- 1974 Site Stratification in a Lacustrine Environment: Evidence from Highland Ecuador. *Proceedings of the Indiana Academy of Science* 83:65-73.

Oberem, Udo; y Wolfgang W. Wurster (editores)

- 1989 *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador, 1964-1965*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, Band 42, Verlag Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.

Ochoa, Myriam

- 1999 Textiles y vestidos en el Ecuador precolombino. En *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología*, vol. III, *Simposio de Arqueología*, editado por Ernesto Salazar, pp. 275-322. Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito.

Odaira, Zuichi

- 1997 Mirador de Moyepungo: un sitio incaico en el sur de la provincia del Azuay. *Fronteras de Investigación* 1(1):72-77.

Ogburn, Dennis

- 2004a Evidence for Long-distance Transportation of Building Stones in the Inka Empire, from Cuzco, Perú, to Saraguro, Ecuador. *Latin American Antiquity* 15(4):419-439.
- 2004b, Power in Stone: The Long-distance Movement of Building Blocks in the Inka Empire. *Ethnohistory* 51(1)101-135.

Pearsall, Deborah, y Dolores Piperno

- 1990 Antiquity of Maize Cultivation in Ecuador: Summary and Reevaluation of the Evidence. *American Antiquity* 55(2):324-337.

Porras, Pedro I.

- 1975 *Fase Cosanga*. Universidad Católica, Quito.
- 1985 *Arte rupestre del Alto Napo, valle del Misagualli, Ecuador*. Señal, Quito.
- 1987a *Investigaciones arqueológicas a las faldas del Sangay*. Señal, Quito.
- 1987b *Manual de arqueología Ecuatoriana*. Centro de Investigaciones Arqueológicas, Quito.

Raymond, J. Scott

- 2003 Formative Period Chronology for the Southern Highlands of Ecuador. En *Archaeology of Formative Ecuador*, editado por J. Scott Raymond y Richard L. Burger, pp. 547-551. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Raymond, J. Scott, y Richard L. Burger, editores

- 2003 *Archaeology of Formative Ecuador*. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Reindel, Markus, y Nicolas Guillaume-Gentil

- 1995 El proyecto arqueológico La Cadena. Estudios sobre la secuencia cultural de la cuenca del río Guayas. En *Primer Encuentro de Investigadores de la Costa Ecuatoriana en Europa*, editado por A. Álvarez, S. Álvarez, C. Fauría y J. Marcos, pp. 143-178. Abya-Yala, Quito.

Rostain, Stephen

- 1999 Secuencia arqueológica en montículos del valle del Upano en la Amazonía ecuatoriana. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 28(1):53-89.

Rostoker, Arthur

- 2003 Formative Period Chronology for Eastern Ecuador. En *Archaeology of Formative Ecuador*, editado por J. Scott Raymond y Richard L. Burger, pp. 539-545. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Rostworowski de Diez Canseco, María

- 1989 *Costa peruana prehispánica*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Salazar, Ernesto

- 1993-1994 La arqueología contemporánea del Ecuador (1970-1993). *Procesos* 5:27.
- 1995 La extinción de la megafauna pleistocénica del Ecuador. En *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, editado por Inés Cavalier y Santiago Mora, pp. 83-90. Colcultura - ICAN - Fundación Erigaie, Bogotá.
- 1998a De vuelta al Sangay: Investigaciones arqueológicas en el Alto Upano, Amazonía ecuatoriana. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 27(2):213-240.
- 1998b Naturaleza y distribución de los montículos precolombinos de la cuenca del Alto Upano, Ecuador. En *Intercambio y comercio entre costa, Andes y sierra, arqueología y etnohistoria de Suramérica*, editado por Felipe Cárdenas-Arroyo y Tamara L. Bray, pp. 185-211. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.
- 2000 *Pasado precolombino de Morona Santiago*. Casa de la Cultura Ecuatoriana de Morona Santiago, Macas.
- 2003 *El camino de Maldonado: historia y arqueología de una vía colonial*. Ponencia presentada en el Congreso de Caminería Andina, Universidad Católica del Ecuador, Quito.

Salazar, Ernesto, editor

- 1999 *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología*, vol. III, *Simposio de Arqueología*. Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito.

Salazar, Ernesto, Myriam Ochoa y Stephen Rostain

- 1997 Montículos precolombinos en el Alto Upano. *Cultura segunda época*, 2:54-61.

Salomon, Frank, y Clark, Erickson

- 1984 Tulipe, un recinto sagrado en la montaña ecuatoriana. *Antropología Ecuatoriana* 2:57-78.

Relación Sámano-Xerez

- 1967 [ca. 1528] En *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*, editado por Raúl Porras, pp. 63-68. Minerva, Lima.

Sánchez Montañés, Emma

- 1972 Introducción al estudio de la fauna de la costa de Esmeraldas, a través de sus representaciones plásticas. *Revista Española de Antropología Americana* 7(2):75-94.

Scott, John F.

- 1995 El dragón mítico en el arte prehispánico andino. En *Cultura y medio ambiente en el área andina septentrional*, editado por Mercedes Guinea, Jean-François Bouchard y Jorge Marcos, pp. 319-342. Abya-Yala, Quito.

Stahl, Peter

- 1986 Hallucinatory Imagery and the Origin of Early South American Figurine Art. *World Archaeology* 18(1):134-150.
- 2003 The Zooarchaeological Record from Formative Ecuador. En *Archaeology of Formative Ecuador*, editado por J. Scott Raymond y Richard L. Burger, pp. 175-212. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Staller, John E.

- 1994 *Late Valdivia Occupation in Southern Coastal El Oro Province, Ecuador. Excavations at the Early Formative Period (3500-1500 B.C.) Site of la Emerenciana*. Disertación doctoral, Southern Methodist University. UMI Dissertation Services, Ann Arbor.
- 2000 Figurinas Valdivia VII-VIII del sitio San Lorenzo del Mate, provincia del Guayas, Ecuador, y la transición Valdivia-Machalilla. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 9:99-133.
- 2001 Reassessing the Developmental and Chronological Relationships of the Formative of Coastal Ecuador. *Journal of World Prehistory* 15(2):193-256.
- 2003 An Examination of the Paleobotanical and Chronological Evidence for an Early Introduction of Maize (*Zea mays* L.) into South America: A Response to Pearsall. *Journal of Archaeological Science* 30(3):373-380.

Staller, John, y Robert G. Thompson

- 2002 A Multidisciplinary Approach to Understanding the Initial Introduction of Maize into Coastal Ecuador. *Journal of Archaeological Science* 29:33-50.

Stemper, David M.

- 1993 *The Persistence of Prehispanic Chiefdoms on the Río Daule, Coastal Ecuador*. University of Pittsburgh - Libri Mundi, Quito.

Stohtert, Karen

- 1988 *La prehistoria temprana de la península de Santa Elena, Ecuador: cultura Las Vegas*. Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, Serie Monográfica No. 10.
- 2003 Los primeros pueblos. En Karen Stohtert, Florencio Compte Guerrero, Ángel Emilio Hidalgo, Wellington Paredes Ramírez y Carlos Tutivén. *Guayaquil, al vaivén de la ría*, pp. 18-73. Libri Mundi - Enrique Grosse-Luemern, Quito.

Taylor, Anne-Christine

- 1994 Los paltas: los jivaros andinos precolombinos a la luz de la etnografía moderna. En *Conquista de la región jivaro (1550-1650)*, editado por Anne-Christine Taylor y Cristóbal Landázuri, pp. 33-58. IFEA - Marka, Quito.

Temme, Matilde

- 1999 El Formativo en Putushío, sierra sur del Ecuador. En *Formativo sudamericano: una reevaluación*, editado por Paulina Ledergerber-Crespo, pp. 124-138. Producciones Digitales UPS, Quito.

Topic, John, y Theresa Lange Topic

- 1999 *Proyecto Catequil. La historia de un oráculo andino*. Informe para el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Quito.

Turner, Christy G.

- 1978 Dental Caries and Early Ecuadorian Agriculture. *American Antiquity* 43(4):694-697.

Ubelaker Douglas

- 1988 Restos de esqueletos humanos del sitio OGSE-80. En *La prehistoria temprana de la península de Santa Elena, Ecuador: cultura Las Vegas*, editado por Karen Stothert, pp. 105-132. Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, Serie Monográfica No. 10.
- 1993 *Restos humanos esqueléticos de OGSE-MA-172, un sitio Guangala temprano en la costa del Ecuador*. Banco Central del Ecuador - Smithsonian Institution, Guayaquil - Washington, D. C.
- 1997 *Skeletal Biology of Human Remains from La Tolita, Esmeraldas Province, Ecuador*. Smithsonian Contributions to Anthropology vol. 41. Smithsonian Institution Press, Washington, D. C.
- 2000 *Human Remains from La Florida, Quito, Ecuador*. Smithsonian Contributions to Anthropology vol. 43. Smithsonian Institution Press, Washington, D. C.
- 2003 Health Issues in the Early Formative of Ecuador. *Skeletal Biology of Real Alto*. En *Archaeology of Formative Ecuador. A Symposium at Dumbarton Oaks, October 1995*, editado por J. Scott Raymond y Richard L. Burger, pp. 259-287. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Ubelaker, Douglas, y Catherine Ripley

- 1999 *The Ossuary of San Francisco Church, Quito, Ecuador*. *Skeletal Biology*. Smithsonian Contributions to Anthropology vol. 42. Smithsonian Institution Press, Washington, D. C.

Uhle, Max

- 1923 *Las ruinas de Tomebamba*. Conferencia leída en el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay. Imprenta y Encuadernación de Julio Sáenz Rebolledo, Quito.

Valdez, Francisco, Jean Guffroy, Geoffroy de Saulieu, Julio Hurtado y Alexandra Yepes

- 2005 Découverte d'un site cérémonial formatif sur le versant oriental des Andes. *C. R. Palevol* 4:369-374.

Verneau, R., y Paul Rivet

- 1912 Ethnographie ancienne de l'Equateur. En *Mission du Service Geographique de l'Armée pour la Mésure d'un Arc de Méridien Equatorial en Amérique du Sud*, t. 6. Ministerio de Instrucción Pública, París.

Villalba Sevilla, Fabián

1998 Aprovechamiento de campos anegables para la agricultura en la época prehispánica. El caso Cayambe. En *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*, editado por Patricia Mothes, pp. 191-205. Abya-Yala, Quito.

Villalba, Marcelo, y Alexandra Alvarado

1998 La arqueología del valle de Quito, en clave volcánica. En *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*, editado por Patricia Mothes, pp. 73-110. Abya-Yala, Quito.

Walker, Ernest P.

1975 *Mammals of the World*, 2 vols. John Hopkins University Press, Baltimore.

Wilbert, Johannes

1974 *The Thread of Life. Symbolism of Miniature Art From Ecuador*. Studies in Pre-columbian Art and Archaeology No. 12, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Zeidler, James A.

2003 Formative Period Chronology for the Coast and Western Lowlands of Ecuador. En *Archaeology of Formative Ecuador*, editado por J. Scott Raymond y Richard L. Burger, pp. 487-527. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Zeidler, James A., y Deborah M. Pearsall (editores)

1994 *Regional Archaeology in Northern Manabi, Ecuador*, vol. 1. University of Pittsburgh - Libri-Mundi, Pittsburgh - Quito.

VII

EL NOROESTE AMAZÓNICO Y SU PASADO

Santiago Mora
St. Thomas University

GENERALMENTE LAS PREGUNTAS MÁS INTERESANTES DESDE EL PUNTO DE VISTA ARQUEOLÓGICO se formulan después de un intenso trabajo arqueológico que posibilita la coherencia necesaria para conectar diferentes aspectos relacionados con las transformaciones sociales ocurridas en el pasado. Así se realiza un proceso de adición que tiene importantes consecuencias, cuantitativas y cualitativas, sobre la forma como percibimos y explicamos las cosas que nos interesan del pasado. Este proceso no puede ser construido de forma casual, accidental o desordenada; solo puede ser el resultado de una búsqueda coherente de largo plazo. Poco a poco son construidos, seleccionados y adicionados los datos y las ideas que, bajo un cuidadoso escrutinio, permiten trazar, desde el presente, el mapa de un pasado que resulte relevante. Así se crea una visión global, llena de detalles específicos, en un gran esfuerzo de síntesis; ese es el *pasado*.

Desde esta perspectiva, el pasado amazónico no existe. Si las sociedades que encontraran los europeos a partir del inicio de su expansión en las Américas no contaban con un pasado, es decir, con un pasado coherente ante los ojos de los europeos, aún menos podían aspirar a un pasado remoto. Julian Steward (1946, 1974) sabía esto y esperaba que algún día la arqueología construyera este pasado; uno que pudieran entender los occidentales. Los mismos antropólogos que describieran en detalle a los yanomamos, boras, tukanos, desanas, o cualquier otro grupo, solo eran capaces de percibirlos a través de lo que denominaron *presente etnográfico*. Su desplazamiento en el tiempo, como máximo, los llevó a hacer pronósticos sobre el incierto futuro de estos grupos. En fin, se trataba de gentes sin historia y con un futuro sombrío.

A pesar de no existir el pasado en la Amazonia, ya que nuestro mapa apenas cuenta con pocos puntos, en su mayoría inconexos o a partir de los cuales solamente se pueden construir dudosas conexiones, resulta ser un tema fascinante para explorar; quizás las dificultades implícitas al abordar un tema desconocido hacen de él una fuente

de placer. Dadas las condiciones presentes del pasado amazónico me concentraré en algunas temáticas generales derivadas de la observación de procesos documentados en otras regiones; su generalidad hace que, incluso, se puedan formular en la Amazonia. Con ellas intentaré evaluar el estado de las respuestas que pueden dar origen al pasado amazónico. Sin embargo, los datos que las soportan no permiten ir muy lejos. Por ello, este escrito es un texto incompleto, por escribir; un texto que señala una ruta pero que no nos puede decir mucho sobre el recorrido. Es solo un diagnóstico del estado de nuestros conocimientos y, por supuesto, de nuestras más evidentes carencias en la construcción del pasado.

Me centraré en el noroeste de la Amazonia; defino esta región en términos ecológicos y en relación con la cuenca del río Amazonas (figura 1). De forma particular me enfocaré en los datos que provienen de Colombia, área con la cual me encuentro más familiarizado. Esta decisión no obedece a que este territorio sea, desde el punto de vista histórico o ecológico, una región necesariamente diferente del sur o el este amazónicos. Es una decisión que refleja el aislamiento y lo estrecha que es la construcción de un pasado fragmentado por fronteras nacionales que evitan el flujo de la información. Resulta paradójico que en una época en la cual han ocurrido increíbles adelantos en las comunicaciones las fronteras nacionales de los países tercermundistas sean impermeables al flujo de los resultados de sus investigadores. Este fenómeno ha contribuido, enormemente, a que en el centro de las discusiones se encuentren los planteamientos de los investigadores provenientes de la metrópoli, independientemente de sus méritos teóricos o de sus resultados empíricos, en tanto que se desconocen los esfuerzos y resultados de los investigadores locales. Las ideas e interpretaciones derivadas de la metrópoli se han transformado en *lingua franca*, son preponderantes y opacan otras alternativas (Politis 2002; Scheinsohn 2003); este proceso es característico del desarrollo de una arqueología que se forma en condiciones culturales colonialistas, como lo es el de los países de la cuenca amazónica¹.

No emplearé aquí el tradicional esquema que intenta unir puntos en el espacio buscando relaciones, estilísticas o funcionales, en los artefactos². Las explicaciones que se han basado en este esquema parten de la idea de un pasado continuo e interconectado que se puede registrar a partir del uso de conceptos como *horizonte* o *tradición*. A pesar de la popularidad y vitalidad de estos esquemas, que les han permitido “resucitar” más de una vez, no los usaré por varias razones. En primer lugar, su uso ha

1 Para el caso brasileño véase Barreto (1998).

2 Esta estrategia fue utilizada por investigadores como Meggers y Evans (1961, 1983), Lathrap (1970), Meggers (1983), Roosevelt (1999) y Meggers y Miller (2003).

homogeneizado el pasado, resaltando aquello que es semejante y restando importancia a problemas locales que, eventualmente, pueden ser significativos a la hora de responder preguntas sobre el cambio cultural; este último debe ser la preocupación central de quienes estudian el pasado y no su ilusoria apariencia, registrada en la distribución de los artefactos. En segundo lugar, la obsesión por el registro de las relaciones entre los grupos humanos del pasado ha contribuido al desarrollo y empleo de metodologías estrechas en su concepción de la historia y que, por tanto, son incapaces de recuperarla. Tales esquemas crean problemas que involucran los métodos y técnicas empleadas para la recuperación del dato básico y, generalmente, conducen a interpretaciones que descontextualizan los objetos considerados como diagnósticos. A pesar de que el uso de estos esquemas posibilitó la creación de una rápida y “coherente” historia de la Amazonia (p. e., Lathrap 1970; Meggers 1983; Roosevelt 1999), esta resulta irrelevante en términos de los procesos de cambio social y de los habitantes locales, regionales y nacionales. Se ha construido un pasado irrelevante, inocuo y vacío ante los ojos de muchos de los espectadores. Si la arqueología tiene algún tipo de responsabilidad social, no puede darse el lujo de producir estas reconstrucciones enajenantes.

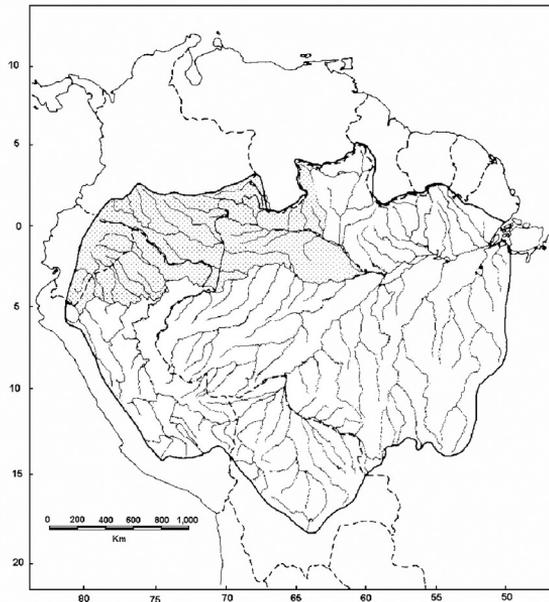


Figura 1. Mapa del norte de Suramérica, se destaca la cuenca amazónica.

Trataré de contestar tres preguntas, para lo cual evaluaré los datos disponibles en el noroeste amazónico: ¿desde cuándo y cómo se adaptaron los primeros habitantes en esta región?; ¿cómo ocurrió la transición a la agricultura?; y ¿qué impacto tuvo esta en el desarrollo de las sociedades? Intentaré mostrar los datos que fundamentan las explicaciones empleando ejemplos provenientes de sitios arqueológicos específicos. Así, espero exponer el estado de la investigación arqueológica en aquella región.

PRIMEROS POBLADORES

El registro cronológico para la ocupación temprana de Suramérica ha sido cuestionado. Los datos que durante mucho tiempo fueron considerados como sólidas bases para la ubicación temporal de las primeras sociedades parecen no corresponder con los primeros habitantes. Sitios como Monte Verde, Piedra Furada, Toca da Bastiana y otros más, sugieren una mayor profundidad cronológica (Ardila y Politis 1989; Guidon y Arnaud 1991; Guidon y Delibrias 1986; Dillehay 1997, 2000; Dillehay et ál. 1992; Haynes et ál. 1997; Roosevelt et ál. 1996; Watanabe et ál. 2003), y posiblemente otras rutas de desplazamiento que, forzosamente, implican una muy temprana ocupación de la Amazonia (Anderson y Gillam 2000). Pero no solo estos datos y las interpretaciones derivadas de ellos han sido cuestionados: junto con las rutas y la cronología se ha puesto en tela de juicio la definición de los sistemas adaptativos empleados por estos grupos (Dillehay 1999, 2000). La imagen del cazador y recolector habituado a vivir en espacios abiertos de los cuales obtiene su sustento mediante el aprovechamiento de grandes animales, como muchos pensaron que lo hicieran los cazadores que produjeron las puntas Clovis y Folsom, parece no acomodarse a las características ecológicas de ciertas regiones, ni ser congruente con lo que vemos a través del registro arqueológico suramericano (Kipnis 1998).

Todo lo anterior dio paso a una nueva imagen del cazador y recolector de esta región: un nómada con una adaptación flexible, portador de una tecnología que le permite aprovechar casi todos los recursos que encuentra dispersos en una geografía muy compleja. Estas ideas, adicionalmente, contradicen el registro etnográfico, en el cual los cazadores y recolectores que habitan en las selvas tropicales solo logran sobrevivir gracias al apoyo de los miembros de sociedades que practican la agricultura y que les proporcionan elementos esenciales en su dieta. En efecto, los datos etnográficos hicieron pensar a algunos investigadores que resultaba insostenible la ocupación temprana de las selvas tropicales con anterioridad a la introducción de la agricultura o a su desarrollo. Los datos etnográficos recolectados a lo largo del planeta, principalmente

durante el siglo XX, así lo sugerían. Pronto estas ideas adquirieron unas dimensiones desproporcionadas y fueron proyectadas hacia el oscuro pasado arqueológico de los trópicos (ver Bailey y Headland 1991; Bailey et ál. 1989; Bailey et ál. 1991; Headland 1987; Headland y Bailey 1991; Sponsel 1989). En realidad eran muy pocos los casos no etnográficos que las comprobaban.

Esta propuesta teórica basada en los datos etnográficos tenía unas implicaciones tremendas para la prehistoria sudamericana. Si los grupos de cazadores y recolectores no podían subsistir en un medio de bosque tropical, la colonización del continente por vía terrestre, a través del istmo de Panamá, para la época propuesta por los modelos generales de poblamiento de Suramérica resultaba imposible. De una u otra forma, como lo demuestran los datos paleoecológicos (Behling et ál. 1998), al entrar los humanos por primera vez al continente se verían obligados a vivir en una selva tropical lluviosa. Las investigaciones adelantadas en la Amazonia contribuyen a esclarecer este debate.

OCUPACIÓN HUMANA Y ADAPTACIÓN TEMPRANA EN EL NOROESTE AMAZÓNICO

Los datos disponibles sugieren que, por lo menos, desde principios del Holoceno había grupos humanos en la región que hoy comprende el sector noroeste de la Amazonia. Allí no se han encontrado asentamientos con fechas extremadamente antiguas, comparables con Monte Verde o Piedra Furada (Adovasio 1997; Dillehay 1984, 1989, 1997, 1999, 2000; Dillehay et ál. 1992; Parenti y Fontugue 1996; Roosevelt 1998). No obstante, una colección de fechas de radio carbón obtenidas en contextos arqueológicos en el sitio de Peña Roja (figura 2), en el curso medio del río Caquetá, no dejan duda: hacia los inicios del Holoceno ya se desplazaban por estas selvas algunos grupos de cazadores y recolectores (Cavelier et ál. 1995; Gnecco y Mora 1997; Mora 2003; Mora y Gnecco 2003). Estas fechas no son sorprendentes, si se tiene en cuenta que existen dataciones semejantes para la región andina (Correal 1986; Gnecco 2002; Salgado 1990), los valles interandinos (López 1998) y la cuenca del río Orinoco, al norte de la Amazonia (Barse 2003). Además, otras regiones, dentro y fuera de la cuenca amazónica, cuentan con evidencias que comprueban esta cronología (Kipnis 1998). Posiblemente, la ocupación, al menos durante el inicio del Holoceno, fue mucho más extendida a nivel del continente de lo que sospechamos.

Aunque no existen grandes dificultades para que los arqueólogos acepten la ocupación de la Amazonia hacia principios del Holoceno, ha resultado mucho más difícil llegar a un acuerdo sobre el tipo de economía que estos habitantes tenían. Las dificultades radican en que los modelos propuestos se han basado en el trasplante y

proyección del dato etnográfico como ejemplo de las condiciones del pasado, homogeneizando el contenido del tiempo y por tanto haciendo equivalente el entonces y el ahora. La propuesta formulada por los antropólogos según la cual ningún grupo de cazadores y recolectores es capaz de subsistir aprovechando de forma exclusiva los recursos de la selva tropical lluviosa, sin sufrir importantes carencias en el consumo de carbohidratos, es el más reciente de estos modelos surgidos y “comprobados” a partir del presente etnográfico (Bailey et ál. 1989; Bailey y Headland 1991; Bailey y Rechtman 1991; Headland 1987; Headland y Bailey 1991; Sponsel 1989). En efecto, desde la publicación de uno de los textos que diera origen a los modernos estudios de cazadores y recolectores, me refiero a *Man the Hunter* (Lee y DeVore 1968), Lathrap (1968) había señalado a quienes practicaban este tipo de economía como el resultado de grupos de agricultores deculturados y readaptados a unas condiciones ecológicas desfavorables. Esta conclusión no se basaba en su trabajo arqueológico; era el resultado de sus apreciaciones sobre la adaptación de los cazadores y recolectores. Para muchos, esta opinión restaba interés al estudio de los cazadores y recolectores, dado que no eran el resultado de una forma de adaptación antigua, sino un subproducto de la reciente introducción de la agricultura a la selva amazónica. Posiblemente esto, sumado a la dificultad para localizar depósitos arqueológicos correspondientes a este tipo de adaptación, determinó que el estudio de los cazadores y recolectores fuera dejado de lado. Algo semejante ocurría con los etnógrafos, quienes no se interesaban por este tipo de sociedades.

Los datos recuperados en diferentes regiones hacen día a día evidente lo disparatado de estos modelos: en el noroeste amazónico, un sitio, Peña Roja, demuestra lo erróneas que son estas aproximaciones. Allí, el estudio de ocupaciones que datan de principios del Holoceno revela una compleja adaptación al bosque tropical lluvioso para una época en la cual no se cuenta con indicios de la existencia de la agricultura (Cavelier et ál. 1995; Mora 2003). Estos primeros habitantes, posiblemente, seleccionaron el sitio de Peña Roja para ubicar su asentamiento, a finales del Pleistoceno, debido a su posición y elevación respecto al río. Evidentemente, el río proporcionaba importantes recursos, como lo pudo ser la pesca, en tanto que el campamento se encontraba a salvo de posibles inundaciones. Dadas las condiciones de preservación comunes a los yacimientos ubicados en estos medios de selva tropical (Pearsall 1995), no existen evidencias directas de la práctica de la pesca. Muchos de los instrumentos empleados en ella, como arpones, anzuelos, redes y canastos, pudieron ser manufacturados con materiales perecederos.

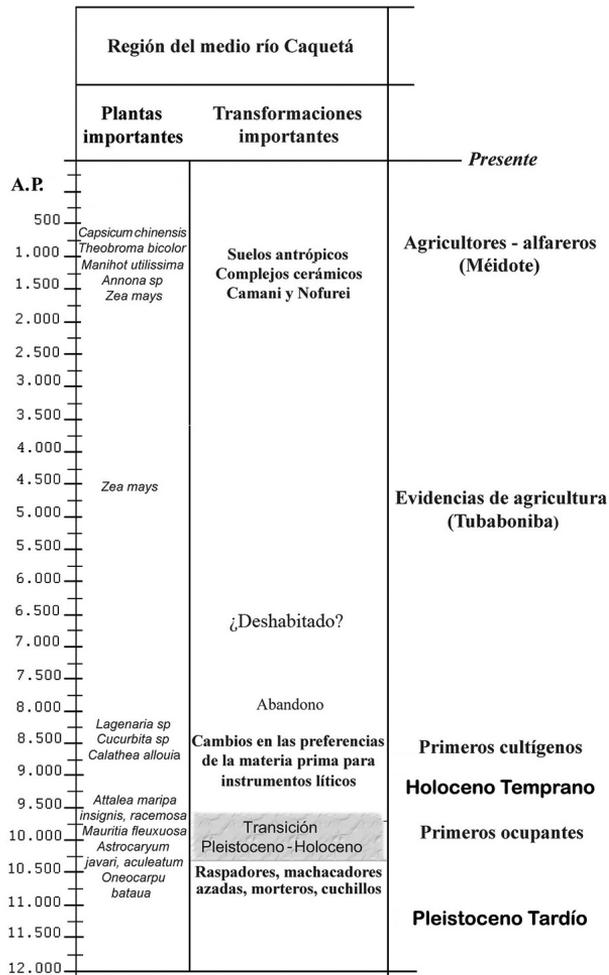


Figura 2. Cronología de la región del medio río Caquetá.

No obstante, el examen de los materiales vegetales carbonizados, usando analogías etnográficas (Morcote et ál. 1998), sugiere que las semillas de *A. javari* y *A. sculeatum* (Morcote 1994), y de *Dieffenbachia* sp. (Cavelier et ál. 2001) que fueron recuperadas en el yacimiento se emplearon como carnadas en la pesca. Igualmente, los restos carbonizados de otras plantas, tales como *A. sculeatum*, y *A. sciophilum*, permiten pensar que estas fueron empleadas como fuentes de materias primas para la construcción, un uso que las comunidades amazónicas aún dan a estas plantas en el presente (Sánchez 1997).

Los restos de *Oneocarpus bataua*, *O. mapora*, *Mauritia flexuosa*, *Astrocaryum aculeatum*, *A. maripa* y *A. insignis* sugieren su uso como alimento a lo largo de la secuencia arqueológica (Cavelier et ál. 2001). La variación de sus porcentajes revela cambios en las prácticas culturales (Mora 2003). La existencia de una tecnología para macerar, durante la primera ocupación del yacimiento, hace evidente el uso de estos recursos del bosque. Otra actividad relacionada con el uso de materiales vegetales, que fuera sugerida por el análisis del material lítico, es el consumo de rizomas que fueron extraídos empleando para ello azadas (Llanos 1997).

Es posible que la frecuencia y diversidad de los recursos vegetales aumentaran a lo largo de las diferentes reocupaciones de Peña Roja, al ser introducidos en la terraza por los grupos que entraban y salían de ella. Esto quiere decir que una vez el área fue colonizada, sobre esta se definieron puntos estratégicos basados en la concentración de recursos, como plantas –p. e., palmas–, que contribuyeron a la identificación de una historia. Esta historia nos habla de una adaptación flexible, que parece definir el espacio basada en la utilización de los múltiples recursos proporcionados por el bosque. Lamentablemente no contamos con informaciones comparables en otros yacimientos del noroeste amazónico, aunque la cronología de algunos sitios ha sido establecida (ver Correal et ál. 1990).

AGRICULTURA Y SOCIEDAD: LAS TRANSFORMACIONES

Los estudios sobre el origen, adopción, desarrollo e impacto de la agricultura en la región amazónica crecieron a la sombra de las chagras indígenas, o al menos a la sombra de la descripción que de ellas hicieran algunos viajeros (p. e., Lange 1912; Orton 1875; Tomlinson 1930; Up de Graff 1974). Sombra que dejaba ver, en un principio, un mundo pobre que apenas podía proporcionar los recursos necesarios para no morir de hambre. Para muchos, un mal vivir era el fruto de estas condiciones. De esta forma, resultaba muy difícil poder pensar en la creación de sociedades con niveles de integración que fueran más allá de un grupo local; en ellas predominaría una baja densidad de población, explicada en función de los recursos (Steward 1974). Así, siguiendo el ejemplo de los modernos habitantes de la Amazonia, se construyó un modelo en el que predominaba la miseria. Un pasado infortunado para un presente mísero.

Por ello resultan apenas naturales propuestas como aquella formulada y sostenida por Betty Meggers, desde los inicios de la década de los cincuenta (Meggers 1954, 1957, 1971, 1991, 1994; Meggers y Evans 1961, 1983), en las cuales una explicación funcional basada en apreciaciones ecológicas determinaba los niveles de integración sociopolíticos.

Evidentemente, este y otros modelos de corte arqueológico ecologista contaban con importantes problemas al nivel de las informaciones que los soportaban. En general, se podría decir que los datos de los modelos constituyen derivaciones lógicas de las premisas que los sostienen y, por lo tanto, carecen de una corroboración empírica soportada por el estudio de las condiciones ecológicas y sociales representadas en secuencias arqueológicas específicas. Es decir, la construcción del modelo se basa en un razonamiento circular diseñado para autocorrobórase. Al final, solo la aparente pobreza del registro arqueológico, de sitios por demás mal documentados, constituía la prueba de lo adecuado del modelo. Así se confirmaba la existencia de este miserable mundo amazónico.

De este modo, los arqueólogos podían dedicar su tiempo, en ese entonces, a describir un buen número de conjuntos cerámicos en la región, con los cuales aspiraban a corroborar las opiniones relativas a los desplazamientos de los grupos humanos que viajaban de un lado para otro, empujados por las guerras y la miseria que los seguían a donde fueran. Se reducía la realidad estudiada, a partir de un sistema clasificatorio que la explicaba con base en una pequeña fracción de la cultura material, representada por la cerámica, la cual parecía confirmar aquellas cosas que asumían desde sus inicios los modelos.

Así, las discrepancias entre un modelo de poblamiento autóctono (Lathrap 1970) y un modelo que suponía un origen foráneo (Meggers 1954, 1957) contribuían a que surgieran nuevos sitios arqueológicos en el mapa del noroeste amazónico, aunque su estudio no permitía comprobar la veracidad de las hipótesis que se evaluaban. Sufrían los modelos de un empate técnico.

De este modo, la región ubicada al norte del río Amazonas entró lentamente a ser parte de la prehistoria, con sitios como los del trapecio amazónico colombiano (Bolian 1972, 1975); la región de Aracua, en el medio río Caquetá (Herrera et ál. 1981); el bajo Caquetá; el Apaporis (Reichel 1976; Reichel y Von Hilderbrand 1983); y la cuenca del río Ariari (Marwitt 1973, 1975; Morey 1976); o con la inclusión en estos modelos de los conjuntos cerámicos descritos con anterioridad en la región (Cruxent 1950; Gillin 1936; Hilbert 1955; Métraux 1930).

No obstante, la necesidad de explicar la composición, densidad y distribución de ciertos conjuntos arqueológicos que parecían alejarse de esta “miseria” llevó a que en la década de los ochenta del siglo pasado se propusiera una hipótesis de cambio tecnológico. De acuerdo con ella, la introducción del maíz contribuiría a crear las condiciones materiales observadas a través del registro arqueológico (Roosevelt 1980, 1997). Al encontrarse basada esta explicación en la introducción de un cultígeno, lógicamente,

los desarrollos se deben ceñir a un rango cronológico específico; para la autora de la propuesta la introducción de este cultígeno se encontraría hacia el primer milenio de nuestra era (Roosevelt 1980). Estas propuestas asumían, como lo habían hecho los estudios correspondientes de los cazadores y recolectores, que la agricultura había sido introducida tardíamente en la región. De este modo cobraba, poco a poco, más relevancia el estudio del origen, desarrollo e impacto de los sistemas agrícolas en la región. Cabe preguntarse, entonces, si existen evidencias que permitan entender más adecuadamente la historia de la agricultura en la Amazonia, y particularmente en el noroeste amazónico. En los últimos años este tema ha sido abordado más seriamente (p. e., Piperno 1990; Piperno y Pearsall 1998). A pesar de ello, aún son escasos los datos que permiten documentarlo.

Peña Roja, en el medio río Caquetá, aporta informaciones sobre los inicios de la práctica de la horticultura. Entre otras cosas resulta evidente al estudiar estos datos que no son muy claras las diferencias entre los contextos arqueológicos de los cazadores y recolectores, y los de quienes por primera vez practicaron algún tipo de horticultura. La separación, tan clara en la teoría, entre uno y otro conjunto resulta ser casi invisible en el contexto del estudio de esta transición. Por ello resulta indispensable definir a qué me refiero con la práctica de la horticultura.

En el depósito arqueológico de Peña Roja esta transformación se da con el inicio del uso de plantas que han sido manipuladas al punto de cambiar sus características. Es decir, el uso repetido y selectivo de algunos conjuntos de plantas genera transformaciones genéticas que alteran su constitución. Este tipo de alteraciones se fechó en Peña Roja hacia 8000 AP, y fue documentado a partir del estudio de los fitolitos (Piperno 1999; Piperno y Pearsall 1998). En efecto, el tamaño registrado para las muestras de *Cucurbita* spp. que fueron recuperadas sugiere que se trata de una planta domesticada. La planta que tiene más posibilidades de encontrarse en esta región, hacia esa época, es *C. moschat* (Piperno 1999). También fueron registradas en el horizonte número cinco *Lagenaria siceria* y *Calathea allouia*; esta última sigue siendo sembrada y consumida por los pobladores locales.

A pesar del uso de estas plantas, los habitantes de Peña Roja continuaron viviendo en un bosque tropical lluvioso, en el cual preservaron la mayor parte de la vegetación. Sus actividades se limitaron a abrir pequeños claros sobre la terraza, con la ayuda de incendios controlados, como lo habían hecho durante un largo tiempo, cuando aún no contaban con plantas cultivadas (Mora 2003). La densidad de la ocupación, basados en lo poco que sabemos de Peña Roja, no parece variar significativamente. Por el contrario, resultan notorios los cambios en la selección de la materia prima para la fabricación

de los instrumentos líticos. En efecto, esta nueva selección, que no se puede atribuir a problemas de acceso a las fuentes de materia prima, se dio simultáneamente con la introducción de las plantas cultivadas (Mora 2003).

Fuera de este registro temprano de las plantas cultivadas, es muy poco lo que se puede decir del noroeste amazónico, a no ser por el registro, a partir de polen fósil, de evidencias de maíz en la región del medio río Caquetá y en Ecuador hacia 7000 AP (Colinvaux et ál. 1996; Piperno 1985; Mora et ál. 1991). Para la misma época, en otras regiones, como Panamá (Ranere y Cook 2003), ya se practicaba una agricultura itinerante. Indudablemente la experimentación que llevaría al surgimiento de la agricultura como la forma de producción preponderante se encontraba bien adelantada en diferentes regiones suramericanas. Lamentablemente su documentación es en extremo pobre y, en cierta forma, errática, puesto que el estudio de este tema no es, al menos en la región noroeste de la Amazonia, el resultado de un programa de investigación dirigido específicamente a documentarlo.

Los datos sobre el uso temprano de plantas cultivadas, en la Amazonia, les dan una larga historia a las chagras de los actuales indígenas de la región. Pero no es esta la única fuente que ha permitido revalorar estos sistemas de cultivo: el estudio de los procesos agrícolas ha demostrado que estas “miserables” chagras son mucho más que eso. Se trata de un complejo sistema agrícola perfectamente adaptado a las condiciones ecológicas reinantes (Beckerman 1983a; Denevan 2003; Hames 1983; Jonson 1983). Esta adaptación, sin embargo, no es estática ni obedece a un modelo único. La diversidad ambiental de la región ha determinado que las condiciones locales lleven al desarrollo de estrategias para garantizar e incrementar la producción en aquellos casos en que las condiciones sociales lo requieran. De este modo es posible ver un sistema altamente diversificado, para cuya evaluación son cruciales las condiciones locales, tanto sociales como ambientales. Esta inmensa variabilidad ha sido puesta de manifiesto por los estudios adelantados por antropólogos, geógrafos y agrónomos (Beckerman 1983b; Denevan 1998; Denevan y Padoch 1987; Denevan et ál. 1984; Padoch y De Jong 1991; Stocks 1983; Vélez y Vélez 1999).

Esta nueva concepción de la agricultura amazónica afecta la visión que los arqueólogos han tenido de ella. En la mayoría de los casos había sido considerada estática y poco diversificada; simplemente se trataba de una copia de las características del sistema de tala y quema, que eran proyectadas al pasado y aceptadas como dogma. Todo esto, sumado al registro de importantes transformaciones pedológicas en directa asociación con los artefactos arqueológicos, llevó al desarrollo de una nueva línea de investigación. En efecto, a partir de la publicación de Smith (1980) sobre los suelos

negros, estos se transformaron en un polo de atracción para aquellos arqueólogos interesados en entender la variabilidad de los sistemas productivos amazónicos. Evidentemente estos suelos redundaban en un aumento de la productividad, como lo habían constatado los etnógrafos en algunas regiones de la Amazonia (Lehmann et ál. 2004), y se asocian en la mitología con antiguas poblaciones en sitios “llenos” de historia (Reichel-Dolmatoff 1990, 1996). Inicialmente se destacó su descripción (p. e., Herrera 1981); luego, algunos trabajos (Andrade 1983; Eden et ál. 1984) dieron pie para la formulación de nuevas propuestas que intentaron evaluar la productividad (cf. Paez 1990) y la relación entre la formación de las sociedades en sitios específicos de la región amazónica colombiana y la producción e intensificación agrícola (Cavelier et ál. 1987, 1990; Herrera et ál. 1988; Herrera et ál. 1992; Mora 2001; Mora et ál. 1989; Mora et ál. 1991).

De esta forma se han propuesto diferentes hipótesis de manejo para comprender las alteraciones observadas en el registro arqueológico. En un principio la discusión se centró en las actividades y el tipo de desechos que contribuyeron a la formación de estos suelos; posteriormente se enfatizó la intencionalidad de los procesos que les daban origen (Mora et ál. 1990). Estas dos temáticas se encuentran íntimamente relacionadas, y serán abordadas más adelante. Baste decir aquí que, recientemente, los trabajos etnoarqueológicos han hecho manifiestos otros componentes importantes en la formación de estos depósitos (German 2004), y nuestros conocimientos sobre los procesos químicos y físicos involucrados se han ampliado (Woods y McCann 2001; Lehmann et ál. 2004). Así se hace evidente una gran diversidad al interior de la categoría.

Por supuesto, al considerar los procesos de formación como actividades soportadas por secuencias históricas concretas, las historias particulares cobran relevancia y contribuyen a explicar la variabilidad. Al mismo tiempo, la posición, extensión y profundidad de estos suelos empiezan a ser empleadas para elaborar hipótesis sobre los patrones de asentamiento de los diferentes tipos de organización que habitaron la Amazonia. Estas mismas características son entendidas como diferentes respuestas a la cuestión sobre impedimentos locales para el desarrollo de sistemas agrícolas sostenibles. Los resultados de las investigaciones adelantadas en el noroeste amazónico han sido fundamentales para la construcción de estos modelos (cf. Denevan 1996, 1998, 2001).

Día a día cobra una mayor relevancia en la arqueología amazónica el estudio de los suelos antrópicos (Falcão et ál. 2004; Hecht 2004; Madani et ál. 2004). No obstante, sigue siendo relevante la evaluación de la pregunta que se intentara responder hace diez años en la Amazonia colombiana: ¿fueron estos suelos creados y mantenidos con el propósito de mejorar la producción agrícola, o son el producto de una secuencia

afortunada de casualidades que contribuyeron a la formación de suelos que facilitaban el desarrollo de la agricultura? Obviamente, en un contexto que incluye la diversidad que le otorgan las historias particulares a la formación de estos restos arqueológicos, las respuestas serán múltiples.

En la década de los ochenta del siglo pasado, Andrade (1983) y Herrera (1981) sugerían que existió poca intencionalidad, o si se quiere, conciencia, en las comunidades humanas que crearon con sus actividades este recurso en la región de Aracacuara. A pesar de ello, Andrade (1983) diferenciaba dos clases de suelos antrópicos: los negros y los pardos, y atribuía sus diferencias a las actividades humanas que les habían dado origen. Así era posible diferenciar las chagras y las huertas caseras del pasado. Se rechazó esta hipótesis a partir de los trabajos adelantados en Aracacuara, en los cuales se encontraron estructuras de habitación en suelos pardos; adicionalmente, fue imposible diferenciar con claridad los cultígenos empleados en estas clases de campos de cultivo –chagra-huerta casera– a partir del análisis palinológico que se llevó a cabo (Mora et ál. 1991). Es posible que las diferencias entre estas categorías, surgidas en contextos culturales específicos, como el moderno, no sean aplicables de manera estricta a condiciones multi y pluriculturales a través de los tiempos. De otra parte, la comparación entre diferentes asentamientos con suelos antrópicos en la región de Aracacuara pone de manifiesto la existencia de un manejo claramente dirigido a preservar e incrementar la capacidad productiva de los suelos (Herrera et ál. 1992; Mora et ál. 1991). Estas consideraciones nos llevan a la formulación de nuevas preguntas.

De una u otra forma, los procesos que dieron origen a los suelos antrópicos se encuentran representados en largas secuencias arqueológicas, caracterizadas por la estabilidad en los asentamientos y una profunda transformación del paisaje; esta condición es impensable en un sistema social soportado por una agricultura itinerante. Este hecho, sumado a la extensión de los asentamientos y al análisis de los materiales en ellos recuperados, parece indicar que ocurrieron procesos de complejización social asociados a la intensificación de la producción; no obstante, aún es necesario abordar de una manera más sistemática las diferentes líneas que evidencian estas ideas.

Las historias sociales y ambientales particulares han cobrado una mayor relevancia en el estudio de la antigua historia amazónica, obviando algunas de las fallas cometidas por los arqueólogos que asumieron la existencia de técnicas y ámbito homogéneos en la Amazonia. Además, las investigaciones adelantadas han tenido un impacto positivo al vincular el desarrollo agrícola del pasado con el potencial manejo de este territorio en el futuro, pues así brindan “innovadoras” aproximaciones a los problemas agrícolas (Clement et ál. 2004).

A pesar de la importancia que pudieran tener los trabajos arqueológicos adelantados en la región amazónica colombiana, en relación con el desarrollo de la agricultura durante las dos últimas décadas del siglo pasado, estos han disminuido. Diferentes factores han contribuido a dificultar, aún más, las investigaciones. A pesar de ello, nuevas secuencias arqueológicas han sido reveladas a partir de la identificación de fragmentos cerámicos en la región. Este es el caso del área interfluvial entre el Putumayo y el Amazonas, en el sitio El Purité, o del estudio de yacimientos con suelos antrópicos en el trapecio amazónico, en Colombia (Morcote 2006). Estos trabajos, indudablemente, abren nuevas posibilidades para adelantar investigaciones que aporten conocimientos sobre secuencias de desarrollo comparables a aquellas que han sido estudiadas en la región del río Caquetá. De este modo se espera poder contribuir a entender de forma comparativa los procesos que permitan la construcción de la historia del noroeste amazónico.

REFERENCIAS

- Adovasio, James, y D. Pedler
1997 Monte Verde and the Antiquity of Humankind in the Americas. *Antiquity* 71:573-580.
- Anderson, David, y Christopher Gillam
2000 Paleoindian Colonization of the Americas: Implications from an Examination of Physiography, Demography, and Artifacts Distribution. *American Antiquity* 65(1):43-66.
- Andrade, Angela
1983 Estudio arqueológico de los antrosoles de Aracuara (Amazonas). *Boletín del Museo del Oro* 14:35-40.
- Ardila, Gerardo, y Gustavo Politis
1989 Nuevos datos para un viejo problema. *Boletín del Museo del Oro* 23:3-45.
- Bailey, Robert, Genevieve Head, Mark Jenike, Bruce Owen, Robert Rechtman y Elzbieta Zechenter
1989 Hunting and Gathering in Tropical Rain Forest: Is It Possible? *American Anthropologist* 91(1):59-82.
- Bailey, Robert, Mark Jenike y Robert Rechtman
1991 Reply to Colinvaux and Bush. *American Anthropologist* 93(1):160-162.
- Bailey, Robert C. Thomas y N. Headland
1991 The Tropical Rain Forest: Is It a Productive Environment for Human Foragers? *Human Ecology* 19(2):261-285.
- Barreto, Cristiana
1998 Brazilian Archaeology from a Brazilian Perspective. *Antiquity* 72:573-581.
- Barse, William
1995 El período Arcaico en el Orinoco y su contexto en el norte de Suramérica. En *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, editado por Inés Cavelier y Santiago Mora, pp. 99-113. Instituto Colombiano de Antropología - Fundación Erigae, Bogotá.
2003 Holocene Climate and Human Occupation in the Orinoco. En *Under the Canopy. The Archaeology of Tropical Rain Forest*, editado por Julio Mercader, pp. 249-270. Rutgers University Press, New Brunswick.
- Beckerman, Stephen
1983a Does the Swidden Ape the Jungle? *Human Ecology* 11(1):1-12.
1983b Bari Swidden Gardens: Crop Segregation Patterns. *Human Ecology* 11(1):85-101.
- Behling, Hermann, Henry Hooghiemstra y Alvaro José Negret
1998 Holocene History of the Chocó Rain Forest from Laguna Piusbi, Southern Pacific Lowlands of Colombia. *Quaternary Research* 50:300-308.

Bolian, Charles

- 1972 *An Archaeological Survey of the Trapecio of Amazonas, Colombia*. Ponencia presentada en Northeastern Anthropological Meetings, Buffalo.
- 1975 *Archaeological Excavations in the Trapecio of Amazonas. The Polychrome Tradition*. Disertación doctoral, University of Illinois, Urbana-Champaign.

Cavelier, Inés, Santiago Mora y Luisa F. Herrera

- 1987 Fracción de espacio: Amazonas. *Arqueología* 1(3):4-12.
- 1990 Estabilidad y dinámica agrícola: las transformaciones de una sociedad amazónica. En *Ingenierías prehispánicas*, editado por Santiago Mora, pp. 73-109. FEN - Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

Cavelier, Inés, Luisa F. Herrera, Sneider Rojas y Fernando Montejo

- 2001 Las palmas como mediadoras en el origen de las plantas cultivadas en el Caquetá, noreste amazónico. En *Memorias del Simposio Pueblos y Ambientes: una mirada al pasado precolumbino*, editado por Gaspar Morcote, pp. 111-130. Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Bogotá.

Cavelier, Inés, Camilo Rodríguez, Luisa Fernanda Herrera, Gaspar Morcote y Santiago Mora

- 1995 No solo de caza vive el hombre: ocupación del bosque amazónico, Holoceno temprano. En *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, editado por Inés Cavelier y Santiago Mora, pp. 27-44. Fundación Erigaie - Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Clement, C. R., J. M. McCann y Nigel Smith

- 2004 Agrobiodiversity in Amazonia and its Relationship with Dark Earths. En *Amazonian Dark Earths. Origins, Properties and Management*, editado por Johannes Lehmann, Dirse C. Kern, Bruno Glaser y William I. Woods, pp. 159-178. Kluwer, The Hague.

Colinvaux, Paul, P. E. de Oliveira, J. E. Moreno, M. C. Miller y Mike B. Bush

- 1996 A Long Pollen Record from Lowland Amazonia: Forest and Cooling in Glacial Times. *Science* 274(5284):85.

Correal, Gonzalo

- 1986 Apuntes sobre el medio ambiente pleistocénico y el hombre prehistórico en Colombia. En *New Evidence for the Pleistocene Peopling of the Americas*, editado por Alan L. Bryan, pp. 115-131. Center for the Study of Early Man, University of Maine, Orono.

Correal, Gonzalo, Fernando Piñeros y Thomas van der Hammen

- 1990 Guayabero I: un sitio precerámico en la localidad de Angusturas II, San José del Guaviare. *Caldasia* 16(77):245-254.

Cruxent, José María

- 1950 Archaeology of Cotua Island, Amazonas Territory, Venezuela. *American Antiquity* 16(1):10-16.

Denevan, William

- 1996 A Bluff Model of Riverine Settlement in Prehistoric Amazonia. *Annals of the Association of American Geographers* 86(4):654-681.

Denevan, William

- 1998 Comments on Prehistoric Agriculture in Amazonia. *Culture & Agriculture* 20(2/3):54-58.
2001 La agricultura prehistórica en la Amazonia. En *Desarrollo sostenible en la Amazonia. ¿Mito o realidad?*, editado por Mario Hiraoka y Santiago Mora, pp. 15-22. Abya-Yala, Quito.
2003 *Cultivated Landscapes of Native Amazonia and the Andes*. Oxford University Press, Oxford.

Denevan, William, y Christine Padoch (editores)

- 1987 *Swidden-fallow Agroforestry in the Peruvian Amazon*. New York Botanical Garden, New York.

Denevan, William, John M. Treacy, Janis B. Alarcón, Christine Padoch, Julie Denslow y Salvador Flores

- 1984 Indigenous Agroforestry in the Peruvian Amazon: Bora Indian Management of Swidden Fallows. *Interciencia* 9(6):346-357.

Dillehay, Thomas

- 1984 A Late Ice-age Settlement in Southern Chile. *Scientific American* 251:106-117.
1989 *Monte Verde, a Late Pleistocene Settlement in Chile. Volume 1: Paleoenvironment and Site Context*. Smithsonian Institution, Washington, D. C.
1997 *Monte Verde: A Late Pleistocene Settlement in Chile. Volume 2: The Archaeological Context and Interpretation*. Smithsonian Institution, Washington, D. C.
1999 The Late Pleistocene Cultures of South America. *Evolutionary Anthropology* 7:206-217.
2000 *The Settlement of the Americas. A New Prehistory*. Basic Books, New York.

Dillehay, Thomas, Gerardo Ardila, Gustavo Politis y María C. Beltrao

- 1992 Earliest Hunter and Gatherers of South America. *Journal of World Prehistory* 6:145-204.

Eden, Michel, Warwick Bray, Leonor Herrera y Colin McEwan

- 1984 Terra Preta Soils and Their Archaeological Context in the Caquetá Basin of Southwest Colombia. *American Antiquity* 49(1):125-140.

Falcão N., N. B. Comerford y Johannes Lehmann

- 2004 Determining Nutrient Bioavailability of Amazonian Dark Earth Soils. Methodological Challenges. En *Amazonian Dark Earths. Origins, Properties and Management*, editado por Johannes Lehmann, Dirse C. Kern, Bruno Glaser y William I. Woods, pp. 255-270. Kluwer, The Hague.

German, Laura

- 2004 Ethnoscience Understandings of Amazonian Dark Earths. En *Amazonian Dark Earths. Origins, Properties and Management*, editado por Johannes Lehmann, Dirse C. Kern, Bruno Glaser y William I. Woods, pp. 179-204. Kluwer, The Hague.

Gillin, John

- 1936 An Urn from the Río Aguarico, Eastern Ecuador. *American Anthropologist* 38(3):469-470.

Gnecco, Cristóbal

2000 *Ocupación temprana de bosques tropicales de montaña*. Universidad del Cauca, Popayán.

Gnecco, Cristóbal, y Santiago Mora

1997 Early Occupations of the Tropical Forest of Northern South America by Hunter-gatherers. *Antiquity* 71(273):683-690.

Guidon, Niede, y B. Arnaud

1991 The Chronology of the New World; Two Faces of one Reality. *World Archaeology* 23(2):167-178.

Guidon, Niede, y G. Delibrias

1986 Carbon-14 Dates Point to Man in the Americas 32,000 Years Ago. *Nature* 321:769-771.

Hames, Raymond

1983 Monoculture, Polyculture and Polyvariety in Tropical Forest Swidden Cultivation. *Human Ecology* 11(1):13-34.

Haynes, Vance, R. E. Reanier, William Barse, Anna Roosevelt, M. Lima da Costa, L.J. Brown, J. E. Douglas, M. O'Donnell, E. Quinn, J. Kemp, C. Lopes Machado, Thomas Headland y Robert C. Bailey

1991 Introduction: Have Hunter-gatherers ever Lived in Tropical Rain Forest Independently of Agriculture? *Human Ecology* 19(2):115-122.

Haynes C. V., R. E. Reanier, W. P. Barse, A. C. Roosevelt, M. Lima da Costa, L. J. Brown, J. E. Douglas, M. O'Donnell, E. Quinn, J. Kemp, C. Lopes Machado, M. Imazio da Silveira, J. Feathers y A. Henderson

1997 Dating a Paleoindian Site in the Amazon in Comparison with Clovis Culture. *Science* 275(5308):1948.

Headland, Thomas

1987 The Wild Yam Question: How Well Could Independent Hunter-gatherers Live in a Tropical Rain Forest Ecosystem? *Human Ecology* 15:463-491.

Headland, Thomas, y Robert C. Bailey

1991 Introduction: Have Hunter-Gatherers ever Lived in Tropical Rain Forest Independently of Agriculture? *Human Ecology* 19(2):115-122.

Hecht, S. B.

2004 Indigenous Soil Management and the Creation of Amazonian Sark Earths: Implications of Kayapó Practices. En *Amazonian Dark Earths. Origins, Properties and Management*, editado por Johannes Lehmann, Dirse C. Kern, Bruno Glaser y William I. Woods, pp. 355-372. Kluwer, The Hague.

Herrera, Leonor

1981 Relaciones entre ocupaciones prehispanicas y suelos negros en la cuenca del río Caquetá en Colombia. *CIAF* 6(1-3):225-242.

Herrera, Leonor, Warwick Bray y Colin McEwan

1981 Datos sobre la arqueología de Araracuara (comisaría del Amazonas, Colombia). *Revista Colombiana de Antropología* 23:183-251.

Herrera, Luisa Fernanda, Inés Cavelier, Camilo Rodríguez y Santiago Mora

1992 The Technical Transformation of an Agricultural System in the Colombian Amazon. *World Archaeology* 24(1):99-113.

Herrera, Luisa Fernanda, Santiago Mora e Inés Cavelier

1988 Araracuara: selección y tecnología en el primer milenio A.D. *Colombia Amazónica* 3(1):75-87.

Hilbert, Peter Paul

1955 *A ceramica arqueológica da regio de Oriximiná*. Instituto de Antropología e Etnología do Pará, Belém.

Imazio da Silveira, J. A. Feathers y A. Henderson

1997 Dating a Paleoindian Site in the Amazon in Comparison with Clovis Culture. *Science* 275(5308):1948.

Johnson, Allen

1983 Machiguenga Gardens. En *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por Raymond B. Hames y William T. Vickers, pp. 29-63. Academic Press, New York.

Kipnis, Renato

1998 Early Hunter-gatherers in the Americas: Perspectives from Central Brasil. *Antiquity* 72:581-592.

Lange Algot

1912 *In the Amazon Jungle*. G. P. Putnam's Sons, New York.

Lathrap, Donald W.

1968 The "Hunting" Economies of the Tropical Forest Zone of South America: An Attempt at Historical Perspective. En *Man the Hunter*, editado por Richard B. Lee e Irvene DeVore, pp. 23-29. Aldine, Chicago.

1970 *The Upper Amazon*. Thames and Hudson, London.

Lee, Richard B. e Irvene DeVore (editores)

1968 *Man the Hunter*. Aldine, Chicago.

Lehmann, Johannes, Dirse C. Kern, Laura A. German, J. McCann, G. C. Martins y A. Moreira

2004 Soil Fertility and Production Potential. En *Amazonian Dark Earths. Origins, Properties and Management*, editado por Johannes Lehmann, Dirse C. Kern, Bruno Glaser y William I. Woods, pp. 105-124. Kluwer, The Hague.

López, Carlos

- 1998 Evidence of Late Pleistocene-Early Holocene Occupations in the Tropical Lowlands of Middle Magdalena Valley. En *Recent Advances in the Archaeology of the Northern Andes*, editado por Augusto Oyuela y Scott Raymond, pp. 1-9. Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

Llanos, Juan Manuel

- 1997 Artefactos de molienda en la región del medio río Caquetá (Amazonia colombiana). *Boletín de Arqueología* 12(2):3-95.

Madari, B. E., V. de M. Benites y T. J. F. Cunha

- 2004 The Effect of Management on the Fertility of Amazonian Dark Earth Soils. En *Amazonian Dark Earths. Origins, Properties and Management*, editado por Johannes Lehmann, Dirse C. Kern, Bruno Glaser y William I. Woods, pp. 407-432. Kluwer, The Hague.

Marwitt, John P.

- 1973 *Reconnaissance of the Upper Ariari River Region, Departament of Meta, Eastern Colombia*. Ponencia presentada en la 38ª. reunión anual de la Society for American Archaeology, San Francisco.
- 1975 *Archeological Reserch in the Colombian Llanos*. Ponencia presentada en la 40ª. reunión anual de la American Anthropological Association, San Francisco.

Meggers, Betty

- 1954 Environmental Limitation on the Development of Culture. *American Anthropologist* 56:801-824.
- 1957 Environment and Culture in the Amazon Basin: An Appraisal of the Theory of Environmental Determinism. En *Studies in Human Ecology*, editado por Angel Palmer, pp. 71-89. Panamerican Union, Washington, D. C.
- 1971 *Amazonia: Man and Culture in a Counterfeit Paradise*. Aldine, Chicago.
- 1983 Aplicación del modelo biológico de diversificación a las distribuciones culturales de las tierras tropicales bajas de Suramérica. *Amazonia Peruana* 4(8):7-38.
- 1991 Cultural Evolution in Amazonia. En *Profiles in Cultural Evolution*, editado por A. Terry Rambo y Kathleen Gillogly, pp. 191-216. Anthropological Papers No. 85, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- 1994 Prehistoric Cultural Development in Amazonia: An Archaeological Perspective. *Research and Exploration National Geographic Society* 10(4):398-421.

Meggers, Betty, y Clifford Evans

- 1961 An Experimental Formulation of Horizon Styles in the Tropical Forest Area of South America. En *Essays in Pre-columbian Art and Archaeology*, editado por Samuel Lothrop, pp. 372-388. Harvard University Press, Cambridge.
- 1983 Lowland South America and the Antilles. En *Ancient South Americans*, editado por Jesse D. Jennings, pp. 287-335. W. H. Freeman, San Francisco.

Meggers, Betty, y Eurico Th. Miller

- 2003 Hunter-gatherers in Amazonia during the Pleistocene-Holocene Transition. En *Under*

the Canopy. The Archaeology of Tropical Rain Forest, editado por Julio Mercader, pp. 291-316. Rutgers University Press, New Brunswick.

Métraux, Alfred

1930 Contribution á l'étude de l'archaéologie du cours superieur et moyen de L'Amazone. *Revista del Museo de La Plata* 32:145-185.

Mora, Santiago

2001 Suelos negros y sociedad: un sistema agrícola de entonces, ¿un sistema agrícola de ahora? En *Desarrollo sostenible en la Amazonia. ¿Mito o realidad?*, editado por Mario Hiraoka y Santiago Mora, pp. 31-45. Abya-Yala, Quito.

2003 *Early Inhabitants of the Amazonian Tropical Rain Forest. A Study of Humans and Environmental Dynamics*. University of Pittsburg Latin American Archaeology Reports No. 3, Pittsburgh.

Mora, Santiago, Inés Cavelier y Luisa F. Herrera

1989 Itinerancia, intensificación y rastrojos: un caso amazónico. *Revista de Antropología y Arqueología* 5(1-2):135-151.

Mora, Santiago, Luisa F. Herrera, Inés Cavelier y Camilo Rodríguez

1990 Suelos antrópicos amazónicos: génesis y dinámica de una organización política. *Revista de Antropología* 6(2):27-39.

Mora, Santiago, Luisa F. Herrera, Inés Cavelier y Camilo Rodríguez

1991 *Cultivars, Anthropic Soils and Stability a Preliminary Report of Archaeological Research in Araracuara Colombian Amazonia*. Latin American Archaeology Reports, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Mora, Santiago, y Cristóbal Gnecco

2003 Archaeological Hunter-gatheres in Tropical Forests: A View from Colombia. En *Under the Canopy. The Archaeology of Tropical Rain Forests*, editado por Julio Mercader, pp. 271-290. Rutgers University Press, New Brunswick.

Morey, Robert

1976 Bosquejo breve de la arqueología de los llanos. *Trocha* 5(40):14-19.

Morcote, Gaspar

1994 *Estudio paleoetnobotánico en un yacimiento precerámico del medio río Caquetá, Amazonia colombiana*. Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

2006 Plantas y gentes antiguas en un igapó estacional del interfluvio Solimoes-Ica (Amazonas-Putumayo). En *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*, editado por Gaspar Morcote, Santiago Mora y Carlos Franky, pp. 253-259. Universidad Nacional de Colombia - Tearaxacum, Bogotá.

Morcote, Gaspar, Gabriel Cabrera, Dany Mahecha e Inés Cavelier

1998 Las palmas entre los grupos cazadores-recolectores de la Amazonia colombiana. *Caldasia* 20(1):57-74.

Orton, James

1875 *The Andes and the Amazon or Across the Continent of South America*. Harper, New York.

Páez, Raúl

1990 *Efecto del litter (capa de hojarasca) y fangos aluviales en el nivel de fertilidad de un suelo disturbado de la Amazonia colombiana*. Tesis de grado, Facultad de Agrología, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá.

Padoch, Christine, y Wil de Jong

1991 The House Gardens of Santa Rosa: Diversity and Variability in an Amazonian Agricultural System. *Economic Botany* 45(2):166-175.

Parenti, Fabio, y Michel Fontugue

1996 Pedra Furada in Brazil and its "Presumed" Evidence: Limitations and Potential of the Available Data. *Antiquity* 70:416-421.

Pearsall, Deborah

1995 Doing Paleoethnobotany in the Tropical Lowlands: Adaptation and Innovation in Methodology. En *Archaeology in the Lowland American Tropics. Current Analytical Methods and Recent Applications*, editado por Peter W. Stahl, pp. 113-129. Cambridge University Press, Cambridge.

Piperno, Dolores

1985 Phytolith Analysis and Tropical-ecology: Production and Taxonomic Significance of Siliceous Forms in the New World Plant Domesticates and Wild Species. *Review of Palaeobotany and Palynology* 45:185-228.

1990 Aboriginal Agriculture and Land Usage in the Amazon Basin. *Journal of Archaeological Science* 17:665-677.

1999 *Report on Phytoliths from the Site of Peña Roja, Western Amazon Basin*. Inédito, Fundación Erigaie, Bogotá.

Piperno, Dolores, y Deborah M. Pearsall

1998 *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*. Academic Press, Orlando.

Politis, Gustavo

2002 South America: In the Garden of Forking Paths. En *Archaeology. The Widening Debate*, editado por Barry Cunliffe, W. Davies y Colin Renfrew, pp. 193-244. Oxford University Press, Oxford.

Ranere, Anthony, y Richard Cooke

2003 Late Glacial and Early Holocen Occupation of Central America Tropical Forest. En *Under the Canopy. The Archaeology of Tropical Rain Forest*, editado por Julio Mercader, pp. 219-248. Rutgers University Press, New Brunswick.

Reichel, Elizabeth

1976 Resultados preliminares del reconocimiento del sitio arqueológico de La Pedrera (comisaría del Amazonas, Colombia). *Revista Colombiana de Antropología* 20:145-176.

Reichel, Elizabeth, y Martín Von Hilderbrand

- 1983 Reconocimiento arqueológico del área del bajo río Caquetá y Apaporis, Amazonas. *Noticias Antropológicas* 76-77:6-7.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

- 1990 Algunos conceptos de los indios desana del Vaupés sobre manejo ecológico. En *La selva humanizada: ecología alternativa en el trópico húmedo colombiano*, editado por François Correa, pp. 35-41. Instituto Colombiano de Antropología e Historia - FEN - Cerec, Bogotá.
- 1996 *The Forest Within. The World-view of the Tukano Amazonian Indians*. Themis, London.

Roosevelt, Anna

- 1980 *Parmana: Prehistoric Maize and Manioc Subsistence along the Amazon and Orinoco*. Academic Press, New York.
- 1997 *The Excavations at Corozaal, Venezuela: Stratigraphy and Ceramic Seriation*. Yale University publications in Anthropology, New Haven.
- 1998 Ancient and Modern Hunter-gatherers of Lowland South America. En *Advances in Historical Ecology*, editado por William Ballée, pp. 190-212. Columbia University Press, New York.
- 1999 The Maritime, Highland, Forest Dynamic and the Origins of Complex Culture. En *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas. Volume III: South America*, editado por Frank Salomon y Stuart B. Schwartz, pp. 264-349. Cambridge University Press, Cambridge.

Roosevelt, A. C., M. Lima da Costa, C. Lopes Machado, M. Michab, N. Mercier, H. Valladas, J. Feathers, W. Barnett, M. Imazio da Silveira, A. Henderson, J. Sliva, B. Chernoff, D. S. Reese, J. A. Holman, N. Toth y Kathy Schick

- 1996 Paleoindian Cave Dwellers in the Amazon: The Peopling of the Americas. *Science* 272:373-384.

Sánchez, Mauricio

- 1997 *Catálogo preliminar comentado de la flora del Medio Caquetá*. TropenBos, Bogotá.

Salgado, Héctor

- 1990 Asentamientos precerámicos en el Alto y Medio Calima, cordillera Occidental, Colombia. *Cespedesia* 16-17:139-162.

Scheinsohn, Vivian

- 2003 Hunter-gatherer Archaeology in South America. *Annual Review of Anthropology* 23:339-361.

Smith, J. H. Niegel

- 1980 Anthrosols and Human Carrying Capacity in Amazonia. *Annals of the Association of American Geographers* 70(4):553-566.

Sponsel, Leslie E.

- 1989 Farming and Foraging: A Necessary Complementarity in Amazonia? En *Farmers as Hunters: The Implications of Sedentism*, editado por Susan Kent, pp. 37-45. Cambridge University Press, Cambridge.

Steward, Julian

1974 American Culture History in the Light of South America. En *Native South Americans. Ethnology of the Least Known Continent*, editado por Patricia Lyon, pp. 4-21. Little, Brown and Co., Boston.

Steward, Julian (editor)

1946 *Handbook of South American Indians*, vol. 1. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Smithsonian Institution, Washington, D. C.

Stocks, Anthony

1983 Candoshi and Cocamilla Swiddens in Eastern Peru. *Human Ecology* 11(1):69-84.

Tomlinson, Henry Major

1930 *The Sea y the Jungle*. Duckworth, London.

Up de Graff, Fritz

1974 Jivaro Field Clearing with Stone Axes. En *Native South Americans. Ethnology of the Least Known Continent*, editado por Patricia Lyon, pp. 120-122. Little, Brown and Co., Boston.

Vélez, Germán, y Antonio Vélez

1999 *Sistemas agroforestales de las chagras indígenas del Medio Caquetá*. TropenBos, Bogotá.

Watanabe, Shigue, Walter Elias, Ferial Ayta y Henrique Hamaguchi

2003 Some Evidence of a Date of First Humans to Arrive in Brazil. *Journal of Archaeological Science* 30:351-354.

Woods, William, y J. M. McCann

2001 El origen y persistencia de las tierras negras de la Amazonia. En *Desarrollo sostenible en la Amazonia. ¿Mito o realidad?*, editado por Mario Hiraoka y Santiago Mora, pp. 23-30. Abya-Yala, Quito.

VIII

EL PAPEL DE LA COCA EN LA INTERACCIÓN MACRORREGIONAL EN EL ÁREA INTERMEDIA Y MÁS ALLÁ

Tamara L. Bray

Wayne State University

Traducido por Cristóbal Gnecco

LAS MODERNAS NACIONES DE COLOMBIA Y ECUADOR COMPRENDEN LA PARTE BAJA DE LA UNIDAD cultural conocida como el Área Intermedia. Estos países están incluidos en esta organización conceptual de espacio cultural con base en ciertas características sociales, políticas y tecnológicas, y en la ausencia de otras. Las razones de la configuración tradicional del Área Intermedia incluyen la predominancia de pequeñas unidades políticas, la resistencia a la formación de Estados, la estabilidad cultural de largo tiempo, la existencia de una tecnología metalúrgica sofisticada, y la presencia de conjuntos cerámicos que exhiben formas (como compoteras y polipodos) y técnicas (como pintura negativa) específicas (Lange 1992; Sheets 1992; Willey 1971). Aunque puede haber cierto grado de coherencia cultural en el Área Intermedia, como es definida tradicionalmente, en términos físico-geográficos Ecuador y Colombia forman el sector septentrional de los Andes. Hay pocas dudas respecto a que durante la era precolombina los lazos entre el norte y el centro de la unidad andina fueran tan significativos y constantes como los contactos con las poblaciones del istmo y de las regiones situadas más al norte.

De acuerdo con los propósitos de este artículo, he reconfigurado los límites de la organización tradicional del espacio cultural, y considero la zona baja del Área Intermedia como parte de la gran región andina; lo hago para destacar aspectos antes poco mencionados de la economía política andina, y para enfatizar el significado de la interacción macrorregional en las trayectorias de desarrollo de las sociedades precolombinas. Así, no solo me preocupa la interacción interregional a lo largo del continuo norte-sur, sino también a lo largo del eje este-oeste, o sea entre las vertientes orientales de la región alto amazónica y las tierras altas. La coca, uno de los productos más significativos de la parte baja del Área Intermedia y de la montaña, será mi punto de entrada para discutir la interacción macrorregional, algunas formas menos discutidas de articulación interzonal, y el papel de bienes y contactos extralocales en el desarrollo de la complejidad social.

INVESTIGACIONES MACRORREGIONALES EN ARQUEOLOGÍA

Durante la mayor parte del siglo XX la idea de que las culturas arqueológicas fueron entidades discretas y bien delimitadas fue una premisa básica, aunque rara vez articulada, de la práctica y la teoría de la arqueología; esta fue una herencia de la etnografía tradicional (e. g., Conkey 1990; Hodder 1982, 1986). En las tres últimas décadas, sin embargo, ha crecido la insatisfacción con el tratamiento de las sociedades como unidades adaptativas y aisladas, tal como fueron concebidas por la ecología cultural y la teoría de sistemas que antes dominaron la disciplina. Como resultado de este descontento se puede notar un renovado interés disciplinario por los contactos, las conexiones y el intercambio entre sociedades. Este interés se refleja, por ejemplo, en la profusión de estudios que intentan aplicar el modelo del sistema-mundo de Wallerstein a las sociedades precoloniales (ver, por ejemplo, Blanton y Feinman 1984; Hall y Chase-Dunn 1993; Kohl 1987; McGuire 1987; Peregrine y Feinman 1996), tanto como en el desarrollo de varios modelos de interacción interregional que han enfatizado el intercambio a larga distancia (Frankenstein y Rowlands 1978), la interacción entre unidades políticas similares (Champion 1989; Renfrew 1986; Renfrew y Cherry 1986) y las esferas de intercambio (Stein 1999). Como parte de este renovado énfasis en “estudios de interacción”, para usar la terminología de Schortman y Urban (1992), los investigadores han empezado a mirar de manera distinta el proceso de cambio social, dónde se origina y cómo puede ser mejor estudiado (e. g., Stein 1999).

En la región andina, las evidencias arqueológicas, paleobotánicas y zooarqueológicas sugieren una considerable profundidad temporal en el movimiento de bienes, ideas e individuos, tanto en el eje este-oeste (entre las macrorregiones de la costa, las tierras altas y las vertientes y tierras bajas orientales), como a lo largo del continuo norte-sur (entre los Andes Septentrionales del Área Intermedia hasta el altiplano boliviano y más allá). Sin embargo, los efectos y el significado de los contactos transzonales y de la interacción interregional en las trayectorias históricas de las sociedades andinas rara vez se discuten, quizás debido al hecho de que la mayoría de las consideraciones de la interacción macrorregional en los Andes han sido dominadas por el modelo del archipiélago vertical. La escasa atención otorgada a la significación social e ideológica de los contactos macrorregionales puede ser atribuida, en parte, a la aceptación generalizada de este modelo y de sus implicaciones.

MODELO DEL ARCHIPIÉLAGO VERTICAL

Este ha dominado, durante más de cuarenta años el pensamiento sobre la articulación interzonal y la economía política de las antiguas sociedades de los Andes (Dillehay 1979; Morris 1985; Patterson 1971; Pease 1982; Stanish 1989). El término *archipiélago vertical* se refiere a la estratificación altitudinal del paisaje andino y al tipo de patrones de asentamiento desarrollados por las poblaciones nativas para acomodarse a ese terreno. El modelo fue construido con base en información etnohistórica temprana acerca de las disposiciones económicas y la tenencia de la tierra entre las etnias de varias partes de los Andes Centrales y Sur-Centrales (Murra 1972). Tal como fue originalmente formulado por Murra (1964, 1968, 1972), el modelo del archipiélago vertical describe una articulación interzonal que enfatiza la autosuficiencia económica y el acceso directo a recursos extralocales a expensas de la contigüidad territorial y del contacto interétnico significativo (véanse también Alberti y Mayer 1974; Brush 1977; Custred 1977).

El modelo, que supone la idea de complementariedad ecológica, describe cómo las comunidades andinas trataron de asegurar su acceso directo a una variedad de recursos por medio del despliegue de colonias permanentes en ecozonas diferentes, dispuestas de manera vertical. Las familias y grupos despachados a las distintas zonas de producción formaban enclaves discretos en territorios usualmente multiétnicos, pero completamente segregados. Los colonos conservaban la membresía en la comunidad original y mantenían un contacto cercano con ella, a través de las obligaciones con sus parientes y de transacciones económicas. En el sistema total, la distribución de bienes estaba basada en relaciones económicas de reciprocidad y redistribución (Murra 1970, 1972, 1985). Puesto que la diversificación económica fue conseguida gracias al control directo de múltiples zonas de recursos, el desarrollo de la especialización (o producción de excedentes para intercambio extradoméstico) habría sido inhibido, y lo mismo habría ocurrido con el desarrollo de mercados y del comercio.

MODELOS ALTERNATIVOS

A pesar del modelo de verticalidad, hay datos sobre regiones andinas, periféricas respecto del área nuclear andina, como la sierra septentrional y la ceja de montaña, que sugieren que existieron otras formas de integración económica y de contactos interzonales en los Andes (Oberem 1978; Rostworowski 1977; Salomon 1985). Los documentos etnohistóricos tempranos de la sierra septentrional, por ejemplo, dejan pocas dudas respecto a que el trueque y el comercio fueron facetas importantes de la economía política en esta región durante el período Tardío. Mucho se ha escrito sobre los

comerciantes especializados en intercambio a larga distancia, conocidos como *mindalaes*, quienes funcionaron como emisarios personales de los dirigentes locales y traficaron con bienes de elevado prestigio y valor unitario (Langebaek 1987; Rappaport 1988; Salomon 1986, 1987). En un pasaje citado frecuentemente, Paz Ponce de León (1965:236 [1582]) reportó que los *mindalaes* “no servían a sus caciques como los demás; solo pagaban tributo de oro y mantas y chaquira de hueso blanco o colorado”; es decir, que estos individuos tenían un estatus único y privilegiado en las sociedades nativas. Generalmente se asume que la función primordial de los *mindalaes* fue garantizar el suministro continuo de productos exóticos para sus señores, aunque existe evidencia de que, ocasionalmente, también se involucraron en actividades políticas (cf. Grijalva 1937:81-84). Los bienes de prestigio obtenidos por estos comerciantes formaron el capital político de las élites locales.

También se han encontrado evidencias de otras formas de articulación interzonal en la sierra septentrional. Una de estas es la probable presencia de mercados o *tianguезes* en algunas partes del norte de Ecuador y del sur de Colombia, una característica considerada anómala en el contexto andino (Hartmann 1971). Sitios como esos habrían servido como lugares centrales para la venta de víveres comunes y de bienes de prestigio, y pudieron haber sido organizados y supervisados por los especialistas de intercambio, los *mindalaes* (Salomon 1986:97-102, 114-115). Otra forma de articulación interregional, sugerida por la documentación etnohistórica del sector Carchi-Nariño del sur de Colombia y norte de Ecuador, involucró el establecimiento de colonias étnicamente mezcladas (Borja 1965:252 [1591]; Oberem 1980; Salomon 1986:212). Esta estrategia implicó, aparentemente, el envío de individuos de comunidades alto-andinas a vivir en territorios foráneos, típicamente en las tierras bajas tropicales (Salomon 1986:214). Las gentes desplegadas en esos territorios debían asimilar la cultura local y, eventualmente, convertirse en miembros permanentes de sus comunidades adoptivas. Las relaciones de intercambio facilitadas por estos trasplantes de población entre las tierras altas y bajas pudieron haber constituido una de las principales razones de su desarrollo. Más adelante discutiré otro modo de articulación interzonal que involucró una situación similar a la aparcería y que se menciona, específicamente, en relación con la producción de coca.

PRODUCTOS DE INTERCAMBIO INTERZONAL

Una variedad de bienes y productos circularon entre las distintas macrorregiones del mundo andino (Browman 1975, 1984; Oberem 1974; Rostworowski 1970, 1975; Salomon

1986). Uno de los más tempranos y significativos fue la concha *Spondylus*, cuyo hábitat nativo son las aguas cálidas de Ecuador. Este elemento, indispensable en rituales y marcador de estatus desde el período Precerámico, se encuentra en contextos arqueológicos en los Andes en estado natural, y como materia prima de adornos personales, por ejemplo, cuentas de collar, pendientes, orejeras y figurinas (Marcos 1977; Paulsen 1974). Otro producto exótico, esencial para las poblaciones de las tierras altas de los Andes, fue la hoja de coca, que discutiré en detalle en la próxima sección de este artículo.

En el registro arqueológico de la parte baja del Área Intermedia es evidente la importancia de los lazos entre las poblaciones de las tierras altas, las de las tierras bajas orientales y las de la costa pacífica. Los bienes foráneos recuperados en varios sectores de esta región incluyen la obsidiana (Gnecco et ál. 1998; Salazar 1992), conchas de *Strombus* (Bray 2001a; Uribe 1977), cuentas de concha y hueso (Doyon 1988; Oberem 1980:203), hachas de piedra verde (Bray 2005; Echeverría y Uribe 1981), oro (Gnecco 1996; Wassen 1995) y cerámica exótica (Bray 1995; Marcos et ál. 1998). En la documentación etnohistórica del norte de la sierra ecuatoriana se relacionan bienes perecederos que fueron intercambiados entre las tierras bajas orientales y la sierra, entre ellos sal, perros, mantas, hierbas medicinales, tintes, plumas, monos y esclavos de las tierras bajas (Borja 1965:248 [1591]). Otras referencias tempranas al intercambio entre las dos regiones mencionan que la canela, el oro, algunos alucinógenos y la coca fueron productos importantes de exportación de la zona de *montaña*, y que el algodón fue un producto importado básico (Langebaek 1998; Oberem 1980:202-209).

En este artículo sostengo que la dominancia del modelo del archipiélago vertical en los estudios andinos ha tenido el efecto de impedir la exploración de otras formas de interacción económica transzonal, representadas por la presencia de esos bienes exóticos foráneos en el registro arqueológico. Además de permitir entender los dominios políticos y económicos, el examen de otros modos de articulación macrorregional puede informar sobre el papel de la ideología en la creación de la desigualdad socioeconómica. Como Helms (1979, 1993) ha sugerido, los viajes a larga distancia y el intercambio han servido, con frecuencia, para la legitimación de las élites, pues demuestran su conexión simbólica con y el dominio de lo extraño, lo externo y lo desconocido. Una aproximación menos dogmática al estudio de la articulación macrorregional en los Andes, que incluya el deseo de estudiar la evidencia en sus propios términos, puede ofrecer miradas frescas sobre el desarrollo de la complejidad social (e. g., Van Buren 1996). En lo que resta de este trabajo ilustraré esta propuesta con el análisis de la evidencia relacionada con la producción y distribución de la coca.

PRODUCCIÓN DE COCA EN EL MUNDO ANDINO

Aunque la coca es un producto de las tierras bajas, es un elemento fundamental de la vida cultural de la sierra. Aquí uso la coca como un punto de entrada para discutir la significación de las relaciones entre las macrorregiones de las tierras altas andinas y el sector oriental de la alta Amazonia, la llamada *montaña*. Analizo las relaciones sociales de producción y consumo asociadas con la coca, y sus connotaciones ideológicas, para resaltar la importancia de los contactos transzonales y las relaciones entre poder, bienes de prestigio y jerarquía social en los Andes.

Los datos etnohistóricos de varias fuentes de los siglos XVI y XVII sugieren que los arreglos económicos involucrados en la producción y distribución de coca no corresponden, por entero, a lo que comúnmente se conoce como el modelo andino típico de articulación interzonal, el modelo del archipiélago vertical. Esto es particularmente evidente en la sierra septentrional, por lo que usaré datos del distrito de Pimampiro, en las tierras altas del norte de Ecuador, cerca de la frontera con Colombia, y de otros sectores, para ilustrar este argumento. Enfocar la discusión en la coca requiere la consideración de modelos alternativos de interacción económica y pone de relieve la significación de los contactos macrorregionales; también destaca el papel de los Andes septentrionales y de las conexiones entre las tierras altas y bajas en la comprensión de las trayectorias de desarrollo de las culturas andinas. En este análisis enfatizo la interdependencia de las macrorregiones que conforman el occidente de Suramérica, más que su autonomía.

La coca es un producto sin parangón en el mundo andino. Parte integral de la vida social y poderoso símbolo de identidad cultural, juega un papel singular en las comunidades alto-andinas, incluso hoy en día (Allen 1981; Burchard 1974; Carter y Mamani 1986; Mayer 1978). En términos sociales, es considerada un elemento indispensable de la interacción cotidiana y sirve como manifestación concreta de relaciones sociales y obligaciones. En términos ideológicos, la hoja media entre lo natural y lo sobrenatural, como es evidente en su uso como ofrenda, en las adivinaciones y en los contextos de curación. En lo económico, es un elemento esencial para el trabajo en las tierras altas y parece haber requerido arreglos productivos especiales en tiempos precolombinos. Ahora exploraré estos aspectos variados de “la planta sagrada de los incas”, como fue conocida (Mortimer 1974 [1901]).

Al momento de la invasión ibérica, la coca era usada en todo el Imperio inca, el occidente de la cuenca amazónica y la mayor parte del norte de Suramérica (Matienzo 1967 [1567]; Naranjo 1981; Rostworowski 1973). La evidencia arqueológica indica que la

práctica de mambear coca tiene una gran profundidad temporal. Las hojas y su parafernalia asociada han sido encontradas en contextos arqueológicos que datan del período Precerámico Tardío (2500-1800 a. C.) en la costa central de Perú (Cohen 1978; Lanning 1967:71-72; Patterson 1971) y en sitios Valdivia tempranos en la costa de Ecuador (Lathrap et ál. 1976). Aunque se ha debatido si la producción y el consumo de coca fueron restringidos por los incas (e. g., Gagliano 1963, 1994; Gutiérrez-Noriega 1944; Gutiérrez-Noriega y Zapata 1947; León 1952; Parkerson 1983), no hay duda de que el mameo tiene profundas raíces históricas y estuvo muy extendido entre muchas culturas del noroccidente de Suramérica.

Su hábitat natural es bastante circunscrito. La especie principal y preferida, comúnmente conocida como coca huánaco (*Erythroxylum coca coca*), es nativa de la vertiente oriental de los Andes y crece bien en los bosques húmedos de montaña, entre 500 y 1.500 msnm, desde Ecuador hasta Bolivia (Plowman 1979:105, 1984:133). La otra especie cultivada, *E. novogranatense*, que resiste mejor las sequías, crece en el interior de Colombia y en los valles costeros de Perú, entre 200 y 1.800 msnm (Plowman 1979:111, 1984:138). En la región andina la producción de coca estuvo, entonces, limitada a una zona específica. Aunque fue una parte integral de la vida de los habitantes que ocupaban el cinturón agrícola situado entre los 3.000 y los 4.000 msnm, la coca no fue un producto disponible localmente.

El cultivo de la planta, tanto como la recolección y curación de las hojas, requería extremo cuidado, y en ciertos momentos del ciclo de crecimiento exigía una gran inversión de trabajo. La técnica de cultivo no parece haber cambiado mucho desde épocas coloniales en la vertiente oriental de los Andes (cf. Acosta 1962:380 [1590]; Carter y Mamani 1986:82-85; Garcilaso de la Vega 1976:2:181-182 [1609]), donde la coca se reproduce a partir de semillas y no de esquejes (Plowman 1981:210). Las semillas revientan en germinadores especiales, donde las plantas jóvenes permanecen entre doce y dieciocho meses; después son trasplantadas a los cocales. En las *yungas*¹ de Bolivia, cerca a La Paz, como en otros lugares de la vertiente oriental, los cocales eran plantados en terrazas artificiales que seguían el contorno de la montaña, semejando inmensas gradas que subían por los filos de las lomas (Carter y Mamani 1986:83; Donkin 1979:122). La preparación adecuada de estas terrazas reducía la necesidad de desmalezar y permitía un uso más eficiente de la tierra cultivable.

1 Este es el término quechua usado, de manera genérica, para referirse a las zonas calientes de bosque semitropical de los flancos andinos y a sus habitantes.

La coca es una excepción a los grandes costos laborales asociados con la mayoría de los cultígenos. Después de alcanzar la madurez, puede ser cosechada tres o cuatro veces por año, dependiendo de la región, y las plantas bien cuidadas pueden permanecer en producción entre veinte y cuarenta años (Carter y Mamani 1986:83). La cosecha de las hojas exige mucho trabajo, porque cada una debe ser cuidadosamente recolectada a mano. El proceso de curación exige tanto cuidado como la cosecha: las hojas se extienden en un patio para que se sequen al sol, y requieren ser constantemente volteadas para asegurar un secado regular. Una vez secas, se empaican y deben ser transportadas a las tierras altas antes de dos semanas, para evitar que se pudran (Carter y Mamani 1986:85).

ORGANIZACIÓN ECONÓMICA DE LA PRODUCCIÓN DE COCA

Varios documentos etnohistóricos tempranos sugieren que el cultivo y la adquisición de la coca involucraron relaciones de producción e intercambio específicas y únicas en los Andes. El examen de las referencias históricas sobre la manera en que fue producida y adquirida sugiere que otros mecanismos de integración económica, además de la redistribución y la reciprocidad, debieron funcionar en las economías políticas prehispánicas, en las tierras altas septentrionales tanto como en los Andes Centrales. Las descripciones del cultivo que se encuentran en los documentos tempranos indican que los tipos de relaciones sociales involucradas en su producción eran distintas de las que típicamente se consideran como la norma; aún más, la naturaleza asimétrica de estas relaciones, sobre las que profundizaremos más adelante, contrasta con las construcciones ideológicas de la coca, que hasta ahora, para las poblaciones indígenas contemporáneas, simboliza reciprocidad e igualdad.

Aunque no crece en las tierras altas *strictu sensu*, su hoja fue, y todavía es, un elemento esencial de la actividad social y ritual en esta zona (Allen 1981, 1988; Carter y Mamani 1986; Mayer 1978). Para los habitantes de los Andes, se trata de es un elemento crítico en una red de relaciones socioeconómicas que liga regiones distantes y ecozonas distintas. Esto es claro en los testimonios de varios informantes nativos, entrevistados por oficiales durante las *visitas* realizadas por los administradores españoles con propósitos de tasación (cf. Dávila de Cangas y Otazu 1991 [1568-1570]; Diez de San Miguel 1964 [1567]; Jiménez de la Espada 1965 [1557-1586]; Ortiz de Zúñiga 1967 [1562]; Ramírez 1971). En sus informes también se encuentran las huellas de otros modos de articulación interregional, además del método estándar de enviar comuneros a colonizar ecozonas productoras de coca. De hecho, en estos registros tempranos sobre la forma

como los habitantes alto-andinos obtenían la coca es posible encontrar numerosas referencias al trueque y al comercio, tanto como a otra práctica que parece semejante a la aparcería.

Las menciones del trueque y el comercio figuran de manera prominente, por ejemplo, en las descripciones tempranas de Pimampiro, donde trabajé durante la década pasada (Bray 1994, 1995, 1998, 2001a, 2002, 2005). La evidencia documental y arqueológica indica que Pimampiro fue un centro renombrado de la producción de coca antes y después de la invasión española (Borja 1965 [1591]; Ordóñez de Cevallos 1960 [1614]). De acuerdo con los registros históricos, también fue un importante lugar de comercio multiétnico, una puerta al oriente, y un centro de la actividad de los *mindalaes* (Salomon 1986:105). La palabra *mindalá* es un vestigio de una lengua extinta de la sierra norte de Ecuador. En los registros más tempranos del vocabulario aymara también se encuentran términos especiales que se relacionan con el comercio y el intercambio en las tierras altas del sur, entre ellos *quiru*, que es definido como un comerciante de coca, y *quiruyqui*, que se refiere a quien se enriquece con el comercio de ese producto (véase Bertonio 1956:298 [1612]; Rostworowski 1973:194-195).

Las relaciones entre coca y riqueza se discuten explícitamente en la información etnohistórica sobre Pimampiro. El documento preparado por Antonio Borja, párroco del distrito a finales del siglo XVI, contiene varios pasajes que se refieren a la relación entre las élites locales y dicho producto. Borja señaló, por ejemplo, que los dueños de los cocalos eran particularmente ricos: “Son estos indios deste valle tenidos por ricos entre los demás naturales deste distrito, por caso del rescate de la coca, porque por ella les traen a sus casas plata, oro, mantas, puercos y carneros y todo lo necesario que han menester” (1965:249 [1591]).

Una situación similar existió, aparentemente, entre los dueños de cocalos en el territorio muisca cerca de Chicamocha, al nororiente de Bogotá, según se anotó en un documento de 1602: “[...] y tienen labranzas de hayales [cocalos] y venden a los indios que se lo vienen a comprar con oro y mantas que les traen porque lo cogen dos veces por año y es su principal trato y ‘granjería’ y no hilan ni tejen mantas porque con el mismo hayo [coca] las tienen con lo cual pagan sus demoras y requintos y sustentan (Henríquez, Archivo Nacional de Colombia, citado por Pérez 1990:21-22).

En cuanto a la región de los Andes Centrales, un reporte del siglo XVI contiene testimonios de varios líderes étnicos, que vivían cerca de Huánaco, que indican que existió un intercambio corriente entre poblaciones de diferentes ecozonas y que la coca figuró prominentemente en esas redes de intercambio (Ortiz de Zúñiga 1967:63-73, 179 [1562]). Algo parecido ocurrió entre los huancas, localizados más al sur, quienes en 1571 dieron noticia de que, entre otros

productos, intercambiaban coca por sal con los grupos étnicos vecinos de Chinchaycocha y Tarama (Espinoza 1963:16). Rostworowski (1973:208) encontró informaciones sobre el intercambio de coca entre sus cultivadores costeros y algunos grupos adyacentes de las tierras altas del valle de Chillón, en un documento legal de la década de 1550.

Sin embargo, más intrigantes que las referencias al intercambio y a la riqueza, son las descripciones de otro tipo de arreglo económico que aparece mencionado de manera prominente en relación con la producción de coca. En el documento de Pimampiro, por ejemplo, Borja aludió a lo que inicialmente parece ser una situación económica singular, que involucraba el “contrato” de mano de obra extralocal para la producción de coca: “Son estos indios de muy poco trabajo, por causa del rescate de la coca, porque están enseñados que los indios extranjeros que les vienen a comprar la coca les labren las dichas chacras de coca para tenerlos gratos, porque no venden la dicha coca a otros indios; y estos son como feligreses [parroquianos], que dicen” (1965:249 [1591]).

En el mismo documento, Borja señaló que “los que entre ellos no tienen coca se alquilan por días y semanas para labrar las chacaras del con que se alquila” (1965:249 [1591]). Finalmente, notó que: “Hay siempre a la contina en este pueblo de Pimampiro y en el valle dicho de Coaque mas de 300 indios forasteros de Otavalo y Caranque y de Latacunga y Sichos y de otras tierras muy apartadas desta, que vienen por caso de la coca a contratar con estos” (1965:252 [1591]).

Este tipo de arreglo económico, que parece involucrar la “venta” del trabajo por pagos en especie, ha sido poco discutido en el contexto de las economías precolombinas (sin embargo, véase Ramírez 1985). No obstante, se ha sugerido la posibilidad de la existencia de tal tipo de relaciones de producción en el pasado precolombino, en el caso de la coca. La revisión de referencias tempranas a la producción en regiones distantes de los Andes revela el mismo patrón. Por ejemplo, en el departamento de Huánaco, en los Andes Centrales, un líder yacha reportó que mientras algunos miembros de grupos étnicos vecinos obtenían coca a través del intercambio directo con su pueblo otros la obtenían yendo a las yungas, como “indios alquilados”² (Ortiz de Zúñiga 1920:306 [1562], citado por Burchard 1974:217). Más al sur, en el distrito Charcas, en Bolivia, un

2 “[...] tienen por comarcas los indios de Chinchacocha y los Yaros y los Yungas y llevan a los Chinchacocha y los Yaros, maíz, frijoles, y traen por ello de rescate lana y pescado y charqui y ovejas y carneros y a los de la coca llevan charqui de venado, papas secas, y cavi y traen rescate coca y con la coca rescatan sal y ají y algodón y van algunos indios alquilados a la coca, sin llevar otra cosa[...].” (Ortiz de Zúñiga 1920:306 [1562]).

oficial español notó que los indígenas de las tierras altas de esta región bajaban a las yungas “con sus carnerillos y maíz y coca, y esto rescatan con coca, y alquilan y págaseles su jornal en la misma coca” (Matienzo 1967:175 [1567]).³ Una situación similar se ha indicado para la zona de yungas de La Paz, en el altiplano boliviano, donde un líder colla de una aldea de las tierras altas: “Dixo que save los yndios yungas susodichos no travaxan en las dichas sus chacaras sino que los yndios serranos collas que entran alla a alquilarse lo travaxan todo y por el travaxo que hazen les pagan la mytad por medio de aquello que cogen de las dichas sus chacaras (Golte 1970:475).

Golte señaló que esta misma situación ocurrió en los tres valles de yungas que formaban el distrito de Sonqo, visitado por los inspectores españoles entre 1568 y 1570 (1970:474). Murra cuestionó inicialmente la validez de estas observaciones, mostrando que la región de las yungas alrededor de La Paz fue duramente impactada por los españoles desde muy temprano, debido a la extrema importancia de la coca para la economía colonial (1975:102-107). Murra vio estos arreglos económicos, por lo tanto, como una deformación del sistema precolombino, como resultado de las presiones coloniales. Golte reconoció esta posibilidad, pero presentó datos sobre las cosechas anuales de coca que indicaban que la producción decreció marcadamente entre 1549 y 1569 (1970:474). Esta información contradujo la idea de que los “nuevos” arreglos de trabajo fueron introducidos para aumentar la producción; de hecho, en su análisis más detallado de los datos de Sonqo, Murra (1991a) parece haber reconocido la situación como autóctona, aunque indicó que no sabe qué tan común pudo haber sido este arreglo económico en el mundo precolombino.

El denominador común en las referencias a la producción y distribución de coca es el verbo *alquilar*. El alquiler del trabajo individual al dueño del cultivo de coca, a cambio de una parte de la cosecha, parece haber sido una práctica bastante común a mediados del siglo XVI. Como Ramírez (1985:432-435) señaló, quizás no debemos tomar el sentido de las palabras *alquilar*, *contratar* o *arrendar* literalmente, porque pocos nativos hablaban español en el período colonial temprano, de manera que las traducciones de los conceptos nativos al español fueron hechas por escribanos españoles o mestizos.

3 “[...] en estos Andes de los Charcas no enferman los indios tanto, ni aún casi nada, siendo de un mesmo temple que los otros, y entrando en ellos gente de la sierra, y de tierra tan fría, como en los Andes del Cuzco, y es porque como no hay tanta coca, y la más es de repartimientos, no se ha introducido este género de alquiler [con caciques como intermediarios], sino que los indios entran allá dentro cada uno con sus carnerillos y maíz, y esto rescatan con coca, y alquilan y págaseles su jornal en la misma coca” (Matienzo 1967:175 [1567]).

Sin embargo, el contexto descriptivo en que se encuentran estos términos sugiere un tipo de aparcería que diferiría significativamente de las relaciones contempladas en el modelo del archipiélago vertical. El hecho de que las regiones mencionadas estén separadas por distancias considerables sugiere que estas relaciones de producción trascendieron las fronteras étnicas; además, la extensión de estas prácticas implica cierto grado de profundidad temporal. En estas descripciones de los arreglos económicos asociados con la producción de coca está implícito que existió un acceso desigual a y un control sobre este producto, tan altamente valorado.

LOS DUEÑOS DE LOS COCALES

Los documentos tempranos indican que los campos de coca eran, por lo general, de propiedad individual o de unidades domésticas, más que de grupos o comunidades, aunque existe alguna evidencia de campos comunales cuyo cultivo estaba dedicado al pago de tributos (Dávila de Cangas y Otazu 1991 [1568-1570]; Golte 1970; Murra 1991b). De acuerdo con una información de 1558, los cocaleros de la zona alta del valle costero de Chancay, relacionados con el grupo étnico de las tierras altas conocido como piscas, eran propiedad de caciques individuales, no del grupo (Rostworowski 1973:216). La visita realizada a la región de Sonqo, que hizo un censo detallado, casa por casa, señaló que los dueños de los cocaleros eran las unidades domésticas, y que tanto las familias de los comuneros como de los caciques los controlaron (Dávila de Cangas y Otazu 1991 [1568-1570]; Golte 1970:474). Los huancas de las tierras altas centrales declararon que sus cocaleros eran de individuos y que su tenencia era perpetua, por lo cual pasaban de padre a hijo (Espinoza 1963:20-23,65; Parkerson 1983:114). La misma situación ocurrió en Pimampiro, donde varios testamentos de nativos de principios del siglo XVII anotan la disposición específica de sus cocaleros (Coronel 1991: 32). Las fuentes ecuatorianas también indican que los cocaleros eran de propiedad de mujeres y hombres (Coronel 1991:32; Ramón 1987:27-28). La cacica de Cicanñaro, Juana Farinango, madre del cacique de Otavalo, por ejemplo, expresó sus deseos respecto a la disposición de sus cocaleros en un temprano testamento de 1560 (Ramón 1987:28). El hecho de que las mujeres de la élite tuvieran derechos de propiedad sobre los cocaleros está corroborado por evidencias de otras partes de los Andes. En registros de Cuzco se ha encontrado que la madre inca del cronista mestizo Garcilaso de la Vega, y la princesa inca Isabel Chimpu Ocllo, eran propietarias de cocaleros (Murra 1991b:576). De igual manera, documentos de la región de Trujillo, en el norte de Perú, indican que las mujeres de la nobleza inca controlaban algunos cocaleros en esta área (Rostworowski 1973:217).

En términos generales, parece que los habitantes de las tierras altas que poseían o controlaban cocales directamente eran caciques o miembros de las élites locales. Algunas familias trasplantadas desde las tierras altas, que atendían cocales en las zonas de yungas en un arreglo que, por lo menos formalmente, recuerda el modelo vertical tradicional, declararon que trabajaban para sus caciques. En un pequeño asentamiento de la región de Huánuco, por ejemplo, se reportó que los residentes eran *cocacamayoq* (productores especializados), “[...] [que] tiene 16 casas y en ellas 12 yndios de los yaros de don Antonio y unos más de [Rodrigo] Tinaco y otros de García Sánchez yacha que son también coca camayos y *sirven a sus caciques donde son naturales* [...]” (Ortiz de Zúñiga, 1967, citado por Murra 1975:69; cursivas añadidas). La misma situación se encontró en la región del altiplano, entre los grupos étnicos lupaq y sacaca (Golte 1970:477), y en el distrito de Pocona (Ramírez 1971). En contraste, respecto de las zonas de yungas, los datos indican que los cocales eran controlados por unidades domésticas de comuneros y de miembros de la élite, y además por una clase especial de individuos conocida como *yanacona* (Dávila de Cangas y Otazu 1991 [1568-1570]). Los dueños de cocales parecen haber tenido en común, independientemente de su posición social, que no realizaban las labores agrícolas.

La evidencia documental también sugiere que había normas culturales sobre las clases sociales que podían o debían migrar a las yungas para participar en la cosecha de coca. Por ejemplo, los cocales de los incas localizados en las tierras altas centrales, cerca de Huamanga, eran trabajados por mujeres y hombres, pero siempre había más mujeres, y siempre fueron solteras o viudas (Espinoza 1973:19). Lo mismo sugiere el testimonio del cacique de Pocona, Hernando Turumaya, quien informó a los inspectores españoles que quince mujeres solas de su unidad doméstica trabajaban en las yungas bolivianas (Ramírez 1971:280). En el cercano distrito de Sonqo, los jóvenes entre dieciséis y veinte años eran asignados a la cosecha de los cocales del Inca (Parkerson 1983:115; Santillán 1968 [1563-1564]). Rostworowski encontró que en el valle costero de Chillón, en Perú, los ancianos deshierbarban y cosechaban los cocales del cacique local, y que los cocales tomados por el Inca y los de la comunidad eran trabajados por mujeres solas (1973:213, 220). En general, parece que quienes cosechaban la coca eran los miembros potencialmente más vulnerables de la sociedad (viudas, solteras, jóvenes y viejos), un asunto que trataré de explicar a continuación.

LA IDEOLOGÍA DE LA COCA

La coca ha sido descrita como el “aglutinante social” de la comunidad andina tradicional, uno de los hilos más importantes del tejido social de los Andes (Allen 1981; Carter y Mamani 1986; Mayer 1978). Para muchos, la representación colectiva de la cultura

andina se encuentra en el uso y el simbolismo de la coca. En el intercambio de coca entre individuos, la hoja se convierte en el medio de expresión de la solidaridad social entre los miembros de la comunidad; además, es el artículo esencial que permite las buenas maneras, la solicitud de favores, la transacción de los negocios de una comunidad o la iniciación de una conversación casual en el camino. La coca ablanda las relaciones sociales básicas en los Andes, de la misma manera que lo hacen un *whiskey* o los cigarrillos en la sociedad occidental (Carter y Mamani 1986:241).

En las comunidades andinas tradicionales la interacción social se concibe en términos de intercambio. Todas las relaciones sociales tienen un aspecto económico subyacente y, al contrario, todos los intercambios económicos pueden ser pensados como expresión de las relaciones sociales. Muchas interacciones económicas en los Andes están formuladas en términos de reciprocidad, y la coca juega un papel importante en este marco cultural. El intercambio de la hoja entre los miembros de una comunidad representa la manifestación física de un contrato social, que se renueva y reafirma diariamente cuando aquella se comparte y se mamea. La coca sirve, por lo tanto, como vehículo cultural para la expresión de lazos sociales, para dar y recibir y para cumplir obligaciones y contraobligaciones que unen a los miembros de las comunidades (Wagner 1978:896-898). Allen afirmó que “la reciprocidad es la esencia de la ceremonia que rodea el mambeo de la coca” (1981:115). El acto de consumir coca integra a los miembros de un grupo y promueve la identidad y la cohesión comunal. El tema es la reciprocidad, el ambiente igualitario y el tipo de intercambio recíproco y simétrico. Allen y otros investigadores (e. g., Mayer 1978) han contrastado el uso de la coca con el de la chicha y otros alcoholes, en términos de las diferencias en el tipo de relaciones que expresan: mientras la coca está asociada con relaciones igualitarias/simétricas, las bebidas alcohólicas lo están con relaciones jerárquicas/asimétricas.

Además de su importancia en la expresión de la solidaridad social y de la obligación, la coca también es un elemento agrícola esencial en las tierras altas de los Andes. El éxito de un campesino andino depende, en buena medida, del intercambio recíproco de trabajo (Burchard 1974:240). Las dos formas principales de obtener trabajo en los Andes son *ayni* y *mink'a*. *Ayni*, el modo principal, se refiere a relaciones simétricas de reciprocidad entre iguales, e involucra, normalmente, compartir trabajo entre parientes, compadres o vecinos. En esta forma recíproca de intercambio laboral se llevan registros implícitos y se espera que los favores sean pagados de manera conmensurable (Allen 1988:92). En contraste, la institución de la *mink'a* desborda los límites de obligaciones laborales y los intercambios puramente simétricos, porque involucra individuos de estatus social distinto y, generalmente, toma la forma de una relación entre patrón y cliente (Allen 1988:93; Fonseca 1974). Las personas involucradas en las relaciones de *mink'a*

no tienen necesariamente lazos de parentesco y no esperan a cambio servicios equivalentes. Más bien, ciertos bienes (normalmente, comida, coca y una pequeña parte de la cosecha) se entregan en compensación por los servicios prestados (Mayer 1977:63). Como Allen señaló, la *mink'a* es similar al trabajo asalariado, aunque los pagos se realizan en especie y no con dinero (1988:93). En las versiones nativas de la *mink'a*, las relaciones sociales no se describen en términos de “alquilar” o “arrendar” el trabajo de cada cual, como sí se hace cuando se habla de la producción de coca.

Esta también es vista como un componente esencial de la *mink'a*. Sin ella, el anfitrión potencial de una *mink'a* no podía ni siquiera solicitar la participación de un individuo, mucho menos patrocinar un evento de esa clase (Carter y Mamani 1986:175). La aceptación de un regalo de coca por parte de un participante potencial de una *mink'a* suponía su asistencia: el acto de recibir la hoja obligaba tanto como un contrato escrito (Carter y Mamani 1986:176). Los trabajadores de una *mink'a* esperaban recibir coca todo el día y al final de la tarea para la cual fueron requeridos. Campesinos entrevistados por Carter y Mamani (1986:173-180) en el altiplano boliviano señalaron que, sin coca, la institución de la *mink'a* habría dejado de existir. La coca, por lo tanto, es considerada esencial para obtener trabajo extrafamiliar, lo que hace de ella un prerrequisito para generar excedentes agrícolas en el sistema productivo andino. Más adelante volveré sobre este asunto crítico.

Dicho producto, a su vez, tiene una profunda significación religiosa y simbólica para las sociedades andinas. Descrita como “la planta sagrada de los incas” (Mortimer 1974 [1901]), es entendida como mediador entre muchas de las dualidades fundamentales de la existencia humana, como pasado y presente, cielo y tierra, vida y muerte, y tierras altas y bajas (Parellada 1991:44). Como sustancia sagrada, la coca negocia las ambigüedades y contradicciones de la cotidianidad y de los eventos extraordinarios; como lazo entre el mundo natural y el sobrenatural sirve como medio a través del cual se comunican las fuerzas divinas del cosmos. Los especialistas en rituales y los adivinadores emplean desde hace mucho tiempo las hojas de coca para interpretar sueños, determinar las causas de las enfermedades, predecir eventos y practicar brujería (Allen 1988:133-135; Carter y Mamani 1986:371-395; Garcilaso de la Vega 1976:181 [1609]; Hulshof 1978; Murúa 1962:120-122 [ca. 1618]). La coca también fue un elemento común en los rituales de sacrificio durante los períodos prehispánicos tardíos y la Colonia temprana. Generalmente, la hoja se quemaba y depositaba en sitios sagrados, como ofrenda a las deidades (Arriaga 1968:210-211, 273-277 [1621]; Betanzos 1968:32-54 [1551]; Cobo 1956:176, 182 [1653]; Garcilaso de la Vega 1976:30, 69, 77 [1609]; Murúa 1962:21, 105-118 [1618]; Pachacuti Yamqui 1968:287-289 [1613]). Aún hoy, los habitantes de los altos Andes consideran la coca una ofrenda apropiada, como evidencian su localización en los cimientos de casas nuevas, los depósitos de hojas que hacen

los viajeros en los caminos de montaña –*apachitas*– y su uso general para pedir favores a los dioses (Allen 1988; Carter y Mamani 1986:390-434; Gagliano 1994:9). Como intermediaria entre seres humanos y sobrenaturales, une lo sagrado y lo profano; también vincula el mundo de los vivos con el de los muertos (Gagliano 1994:10; Gifford y Hogarth 1976).

La discusión de las relaciones de producción que presenté más arriba sugiere otra oposición crítica en la sociedad andina que parece haber sido mediada por la coca: la división social entre élites y comuneros. Como señalé antes, el uso de la coca en la sociedad andina parece haber significado, desde hace tiempo, ideales de reciprocidad, igualdad y solidaridad comunitaria. Sin embargo, los registros etnohistóricos dejan claro que las relaciones sociales involucradas en la producción y distribución fueron algunas de las más aberrantemente asimétricas del mundo andino. La producción de coca se apartó de las prácticas económicas tradicionales basadas en lazos de parentesco e intercambio recíproco de trabajo; más bien, el trabajo necesario fue “alquilado” o intercambiado por una parte de la cosecha. Típicamente, quienes participaban en la cosecha de la hoja eran individuos que habían perdido el acceso a algún elemento de los medios de producción en sus comunidades; esta categoría social incluía viudas, solteras y viejos.

Puesto que el hábitat natural de la coca fue bastante reducido, el acceso a la planta fue también limitado. Debido al valor que se le otorgó, quienes controlaban los cocalos estaban en posiciones ventajosas. La evidencia documental sugiere que los habitantes de las tierras altas que eran dueños de cocalos eran, generalmente, miembros de la élite. Aparentemente, pocos dueños de cocalos creyeron necesario trabajar en el cultivo de la hoja y, por el contrario, contrataron individuos desafortunados; así, realizando la cosecha con trabajo ajeno, pudieron convertir el cultivo en “capital” a través de la *minik'a*. La habilidad para adquirir trabajo extrafamiliar a través de la *minik'a* les permitió a los patrocinatorios amasar grandes cantidades de productos agrícolas. De esta manera es posible sugerir que la coca funcionó como una forma de “capital primitivo” en la economía política andina.

ARQUEOLOGÍA DE LA PRODUCCIÓN DE COCA

La profundidad histórica y el significado de estos patrones relacionados con el desarrollo de la desigualdad social en el mundo andino pueden ser explorados a través del registro arqueológico. Investigaciones recientes en el distrito de Pimampiro han revelado la presencia de complejos de terrazas con frentes de piedra situados en la parte plana del valle caliente del río Mataqui (Bray 1994). La coca fue uno de los cultígenos cultivados en tales sistemas de terrazas (Donkin 1979). El hecho de que Pimampiro haya sido reportado como un importante centro de producción de coca,

en la documentación temprana, sugiere la posible función de las terrazas. La cerámica decorada de la fase Tuza encontrada en varios de estos complejos de terrazas sugiere que fueron utilizados durante el período Tardío, aproximadamente entre 1200 y 1550 d. C. (Bray 1993, 2002).

El período Tardío, en este sector de la sierra septentrional, se caracterizó por el desarrollo de numerosos cacicazgos de pequeña escala. En el país Caranqui, como se conoce este territorio, del cual el distrito de Pimampiro comprende el extremo noreste, se reconoce este tipo de organización sociopolítica, altamente estratificada, por la presencia de grandes montículos piramidales, llamados *tolas*. En esta zona los montículos cuadrilaterales pueden alcanzar tamaños hasta de 80 m de lado y alturas de 8 m o más (Osborn y Athens 1974:5). Estos trabajos masivos en tierra han sido usualmente vinculados a funciones ceremoniales (Jijón y Caamaño 1914; Oberem 1981:66; Osborn y Athens 1974), aunque también pudieron servir como plataformas de vivienda para las residencias de las élites cacicales (Jijón y Caamaño 1952:349; Osborn y Athens 1974; Wurster 1981:100). Dataciones de radiocarbono y excavaciones estratigráficas realizadas en Otavalo, Socapampa, Pinsaquí (Athens 1980) y Cochassquí (Meyers 1981; Oberem 1981; Schoenfelder 1981), en el país Caranqui, indican que los sitios con montículos cuadrilaterales, particularmente los que tienen rampas, fueron relativamente tardíos en esta área; los más tempranos fueron hechos hacia 1250 d. C. (Athens 1980:138; Oberem 1981:133-134).

Cerca de ochenta sitios con montículos han sido identificados en el país Caranqui, la mayoría en un radio de 30 km alrededor del monte Imbabura, un cono volcánico situado entre Ibarra y Otavalo (Athens 1976; Gondard y López 1983; Osborn y Athens 1974). El número de montículos en cada sitio de esta región varía mucho. El sitio más grande conocido es Zuleta, unos 20 km al suroeste de Pimampiro, que contiene más de cien montículos individuales. Más comunes son sitios con veinte a cincuenta montículos, aunque muchos solo tienen uno o dos de ellos (Gondard y López 1983; Oberem 1981; Osborn y Athens 1974). Según Gondard y López (1983:206), el distrito de Pimampiro tuvo un grupo de varios montículos con rampa, pero no existía cuando se completó el reconocimiento de la región, en 1991 (Bray 1993).

Excavaciones recientes realizadas en La Mesa, un sitio asociado a un extenso complejo de terrazas, en el fondo caliente del río Mataqui, ofrecen indicaciones preliminares de que los habitantes de este lugar formaron el enclave más rico en el distrito de Pimampiro (Bray 2002). Las pruebas preliminares hechas en la primera temporada de investigación produjeron más cerámica pintada (principalmente del estilo Tuza) que la encontrada en cualquier otro sitio en el área, incluido Shanshipampa, donde fue excavada un área significativamente más amplia durante un período mucho más largo. Además de cerámica fina encontré en las

excavaciones de La Mesa objetos tallados de hueso y de cuarzo, maíz carbonizado y huesos de pájaros exóticos, nativos de las tierras bajas orientales (Bray 2005). La colección privada del dueño del sitio, que incluye piezas encontradas en tumbas asociadas con este sitio, incluye pedazos de cobre, cuentas de hueso y concha, y dos coqueros. En comparación con otros conjuntos arqueológicos del área, los depósitos y elementos arqueológicos encontrados en La Mesa indican que los residentes eran considerablemente más ricos. Sugiero que la fuente de esta riqueza estaba directamente relacionada con el control de las terrazas agrícolas asociadas que, creo, fueron muy probablemente usadas para cultivar coca.

Las figuras cerámicas conocidas como coqueros ofrecen otra línea de evidencia arqueológica sobre la relación entre estatus, poder y coca en esta región (figura 1). Los coqueros son, generalmente, representaciones de un hombre sentado en un banco (*dúho*), con una prominencia en uno de sus carrillos, que indica el mameo de hojas de coca. Fueron decorados con pintura negativa, que produjo diseños de color negro sobre rojo con motivos diagnósticos del estilo Capulí (conocido también como Carchi-Negativo). La cerámica Capulí se encuentra principalmente en contextos funerarios en la región Carchi-Nariño. Las fechas radiocarbónicas sugieren que Capulí antecedió al estilo Tuza por varios siglos, pero otras evidencias indican que su uso continuó en el período Tardío, lo que sugiere que Tuza y Capulí fueron contemporáneos durante cierto tiempo (Bray 2001b; Cárdenas 1989; Uribe 1977).



Figura 1. Coquero de una tumba del sitio La Mesa. Colección privada de Humberto Román, Pimampiro, Ecuador.

Generalmente, las figuras de los coqueros sentados descansan una o dos manos sobre las rodillas, casi siempre tienen la cara tatuada y llevan taparrabo; además, algunas llevan una banda que les cruza el pecho, mientras otras muestran adornos distintivos en la cabeza (cf. Myers y Brace 2003). Los vestidos, el tatuaje facial, el tipo de peinado, la prominencia del banco y la significación obvia atribuida al mambeo señalan la importancia de los contactos interregionales entre las tierras altas y el oriente en este sector de la sierra septentrional. Estos objetos simbolizan materialmente la relación entre poder, riqueza, regiones distantes y bienes extralocales, en este caso, coca.

DISCUSIÓN

Aunque es difícil exagerar la importancia de la coca en la sociedad andina tradicional, la hoja puede tener mayor significación de la que comúnmente se entiende o expresa. La yuxtaposición del significado simbólico e ideológico de la planta con los hechos físicos de su hábitat nativo, y con los modos de producción y distribución con los cuales se asocia, revela una interesante contradicción. Los dueños de los cocales pudieron convertir la cosecha en capital, a través de la institución de la *min'k'a* y el uso de excedentes de fuerza de trabajo para producir riqueza. Sin embargo, en términos ideológicos la coca era considerada en los Andes como ícono de intercambio simétrico y de reciprocidad. La ideología de la coca funcionó para enmascarar las relaciones asimétricas de producción involucradas en su cultivo, y las desigualdades sociales estimuladas por su distribución y uso. Más que un medio para mantener la igualdad social, puede haber servido para crear e intensificar las jerarquías y la distribución desigual de riqueza en la sociedad andina.

Las fuentes etnohistóricas sugieren que los arreglos económicos involucrados en la producción y distribución de coca no reflejaron, necesariamente, las normas de reciprocidad, tal y como se las conoce en los Andes, ni la autosuficiencia comunitaria, ni el apego al modelo del archipiélago vertical de articulación interzonal. Más bien parece que figuraban de manera más prominente el intercambio interregional, el interés individual y la explotación de los excedentes de fuerza de trabajo. El uso de la coca entre las sociedades de las tierras altas está profundamente embebido en prácticas culturales que todavía juegan un papel fundamental en la reproducción cultural de la sociedad andina tradicional. El hecho de que el hábitat nativo de esta planta esté localizado fuera de los límites de la macrorregión alto andina señala el significado de las conexiones transzonales en la construcción de la identidad cultural y de las relaciones sociales fundamentales en el presente y en el pasado. El mambeo de la coca sirvió como mecanismo

para crear y mantener los sistemas de ideas en la base de la cultura de los altos Andes. El uso de la hoja en las sociedades de la Colonia temprana, y quizás de épocas precolombinas, como capital primitivo, debió crear una contradicción entre las ideas sobre la igualdad de las personas y la realidad de las diferencias en riqueza y jerarquía social. Es posible que las connotaciones ideológicas y simbólicas de la coca, como planta sagrada, mediadora entre dualidades e ícono de reciprocidad e igualdad, surgieran para enmascarar las contradicciones creadas por su control en la economía política andina en tiempos precolombinos tardíos.

En suma, este artículo ha buscado mostrar las sociedades andinas como entidades dinámicas y heterogéneas, involucradas en relaciones importantes con grupos étnicos vecinos de diferentes ecozonas. Enfatizar la interdependencia de los habitantes de los Andes, a nivel macrorregional, ofrece la oportunidad de pensar de manera diferente los procesos de cambio social, dónde se originaron y cómo pueden ser mejor estudiados. Considerar otras formas de articulación interzonal en los Andes, además del modelo del archipiélago vertical, nos ayudará a salir de la visión de las culturas andinas como unidades discretas, autónomas y autocontenidas. Como Salomon (1985:522) sugirió hace casi dos décadas, si queremos avanzar hacia modelos más dinámicos, que puedan explicar el funcionamiento y la transformación de las economías locales y de los sistemas sociales, debemos entender las sociedades como conjuntos de fuerzas cuyas tensiones internas y externas produjeron cambios, y enfocar nuestra atención en la identificación de ejes de conflicto y de aperturas de innovación inherentes a esos sistemas. En ese sentido, un buen camino para seguir es el estudio macrorregional de las trayectorias históricas disímiles de las sociedades de la región andina y del Área Intermedia.

REFERENCIAS

- Acosta, Joseph de
1962 [1590] *Historia natural y moral de las Indias*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Adams, Robert
1974 Anthropological Reflections on Ancient Trade. *Current Anthropology* 15:239-258.
- Alberti, Giorgio, y Enrique Mayer (editores)
1974 *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Allen, Catherine
1981 To Be Quechua: The Symbolism of Coca Chewing in Highland Peru. *American Ethnologist* 8:157-171.
1988 *The Hold Life Has*. Smithsonian Institution, Washington, D. C.
- Arriaga, Pablo José de
1968 [1621] Extirpación de la idolatría del Pirú. En *Crónicas peruanas de interés indígena*, editado por Francisco Esteve Barba, pp. 191-277. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- Athens, John Stephen
1976 Informe preliminar sobre investigaciones arqueológicas realizadas en la sierra norte del Ecuador. *Sarance* 2:56-78.
1980 *El proceso evolutivo en las sociedades complejas y la ocupación del período tardío-Cara en los Andes septentrionales del Ecuador*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, Ecuador.
- Bertonio, Ludovico
1956 [1612] *Vocabulario de la lengua aymara*. Don Bosco, La Paz.
- Betanzos, Juan de
1968 [1551] *Suma y narración de los incas*. En *Crónicas peruanas de interés indígena*, editado por Francisco Esteve Barba, pp. 1-55. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- Blanton, Richard, y Gary Feinman
1984 The Mesoamerican World System. *American Anthropologist*, 86:673-682.
- Borja, Antonio
1965 [1591] Relación en suma de la doctrina e beneficio de Pimampiro y de las cosas notables que en ella hay, de la cual es beneficiado el P. Antonio Borja. En *Relaciones geográficas de Indias*, editado por Marco Jiménez de la Espada, pp. 248-253. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- Bray, Tamara L.
1993 *Informe preliminar del proyecto arqueológico "Vínculos andinos-amazónicos en la prehistoria ecuatoriana: la conexión Pimampiro"*. Inédito, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Quito.

- 1994 Vínculos andinos-amazónicos en la prehistoria ecuatoriana: la conexión Pimampiro. *Sarance* 20:135-146.
- 1995 Pimampiro y puertos de comercio: investigaciones arqueológicas recientes en la Sierra Norte del Ecuador. En *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, editado por Cristóbal Gnecco, pp. 30-47. Universidad del Cauca, Popayán.
- 1998 Monos, monstruos y mitos: conexiones ideológicas entre la sierra septentrional y el oriente del Ecuador. En *Intercambio y comercio entre costa, Andes y selva. Arqueología y etnohistoria de Suramérica*, editado por Felipe Cárdenas y Tamara Bray, pp. 135-154. Universidad de los Andes, Bogotá.
- 2001a Skeuomorphos, conchas en la sierra septentrional: ideología, emulación e intercambio de larga distancia. *Arqueología del Área Intermedia* 3:11-24.
- 2001b Current Research at the Site of Shanshipampa, Ecuador (1998-1999). *Andean Past* 6:195-198.
- 2002 *Informe anual del proyecto arqueológico "Vínculos andinos-amazónicos en la prehistoria ecuatoriana: investigaciones en el sitio La Mesa, Fase II, prospección de Lampas"*. Inédito, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Quito.
- 2005 Archaeological Investigations in Northern Highland Ecuador: The Pimampiro District as a Multi-ethnic Locale. *Journal of Field Archaeology* 30(2):119-141.

Brush, Stephen

- 1977 *Mountain, Field, and Family: The Economy and Human Ecology of an Andean Village*. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

Burchard, Roderick

- 1974 Coca y trueque de alimentos. En *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos*, editado por Giorgio Alberti y Enrique Mayer, pp. 209-251. Instituto de Estudios Andinos, Lima.

Cárdenas, Felipe

- 1989 Complejos cerámicos y territorios étnicos en áreas arqueológicas de Nariño. *Boletín de Arqueología* 4:25-32.

Carter, William, y Mauricio Mamani

- 1986 *Coca en Bolivia*. Librería Editorial Juventud, La Paz.

Champion, Timothy (editor)

- 1989 *Centre and Periphery: Comparative Studies in Archaeology*. Unwin Hyman, London.

Chase-Dunn, Christopher, y Thomas Hall

- 1991 *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*. Westview Press, Boulder, Colorado.

Cobo, Bernabé

- 1956 [1653] *Historia del Nuevo Mundo*, 2 vols. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Cohen, Mark

- 1978 Archaeological Plant Remains from the Central Coast of Peru. *Ñawpa Pacha*, 16:36-57.

El papel de la coca en la interacción macrorregional en el Área Intermedia y más allá

Conkey, Margaret

- 1990 Experimenting with Style in Archaeology: Some Historical and Theoretical Issues. En *The Uses of Style*, editado por Margaret Conkey y Christine Hastorf, pp. 5-17. Cambridge University Press, Cambridge.

Coronel, Rosario

- 1991 *El valle sangriento: los indígenas de la coca y el algodón en la hacienda cañera jesuita, 1580-1700*. Abya-Yala, Quito.

Custred, Glynn

- 1977 Las punas de los Andes Centrales. En *Pastores de Puna*, editado por Jorge Flores, pp. 55-86. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Dávila de Cangas, Diego y Bartolomé de Otazu

- 1991 [1568-1570] *Visita a los valles de Sonqo en los yunka de coca de La Paz (1568-1570)*, editado por John Murra. Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.

Diez de San Miguel, Garci

- 1964 [1567] Visita hecha a la Provincia de Chucuito por Garci Diez de San Miguel en el año 1567. En *Documentos regionales para la etnología y etnohistoria andinas*, t. 1, pp. 419-442. Casa de la Cultura del Perú, Lima.

Dillehay, Thomas

- 1979 Pre-hispanic Resource Sharing in the Central Andes. *Science* 204:24-31.

Donkin, Robert

- 1979 *Agricultural Terracing in the New World*. University of Arizona Press, Tucson.

Doyon, León

- 1988 Tumbas de la nobleza en La Florida. En *Quito antes de Benalcázar*, editado por Iván Cruz, pp. 51-66. Centro Cultural Artes, Quito.

Echeverría, José, y María Victoria Uribe

- 1981 Papel del valle del Chota-Mira en la economía interandina de los Andes septentrionales del Ecuador. *Sarance* 9:25-45.

Espinoza, Waldemar

- 1963 La guaranga y la reducción de Huancayo: tres documentos inéditos de 1571 para la etnohistoria del Perú. *Revista del Museo Nacional* 32:8-60.
- 1973 La coca de los mitmas cayampis en el reino de Ancara, siglo XVI. *Anales Científicos de la Universidad del Centro del Perú* 2:7-67.

Fonseca M., César

- 1974 Modalidades de la minka. En *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos*, editado por Giorgio Alberti y Enrique Mayer, pp. 86-109. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Frankenstein, Susan, y Michael Rowlands

- 1978 The Internal Structure and Regional Context of Early Iron Age Society in Southwestern Germany. *Bulletin of the Institute of Archaeology* 15:73-112.

Gagliano, Joseph

- 1963 The Coca Debate in Colonial Peru. *The Americas* 20:43-63.
 1978 La medicina popular y la coca en el Perú: un análisis histórico de actitudes. *América Indígena* 38:789-808.
 1994 *Coca Prohibition in Peru: The Historical Debates*. University of Arizona Press, Tucson.

Garcilaso de la Vega, Inca

- 1976 [1609] *Comentarios reales*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Gifford, Douglas, y Pauline Hogarth

- 1976 *Carnival and Coca Leaf: Some Traditions of the Peruvian Quechua Ayllu*. St. Martin's Press, New York.

Gnecco, Cristóbal

- 1996 Relaciones de intercambio y "bienes de élite" entre los cacicazgos del suroccidente de Colombia. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia en las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp. 175-196. Universidad de los Andes, Bogotá.

Gnecco, Cristóbal, Diógenes Patiño, Olivier Dorigel, Ludovic Bellot-Gurlet, Gerard Poupeau y Mike Glascock

- 1998 La articulación prehispánica costa-Andes en el suroccidente de Colombia vista a través de las redes de circulación de obsidiana. En *Intercambio y comercio entre costa, Andes y selva. Arqueología y etnohistoria de Suramérica*, editado por Felipe Cárdenas y Tamara Bray, pp. 49-66. Universidad de los Andes, Bogotá.

Golte, Jurgen

- 1970 Algunas consideraciones acerca de la producción y distribución de la coca en el estado Inca. En *Internationalen Amerikanistenkongress*, t. 2, pp. 471-478. K. Renner, Stuttgart.

Gondard, Pierre, y Freddy López

- 1983 *Inventario arqueológico preliminar de los Andes septentrionales del Ecuador*. MAG - Pro-nareg - Orstom, Quito.

Grijalva, Carlos

- 1937 *La expedición de Max Uhle a Cuasmal, o sea la protohistoria de Imbabura y Carchi*. Chimborazo, Quito.

Gutiérrez, Carlos

- 1944 Datos históricos sobre la habituación a la coca en el Perú. *Revista de Medicina Experimental* 3:341-353.

El papel de la coca en la interacción macrorregional en el Área Intermedia y más allá

Gutiérrez, Carlos, y Vicente Zapata

1947 *Estudios sobre la coca y la cocaína en el Perú*. Ministerio de Educación Pública, Lima.

Hall, Thomas, y Christopher Chase-Dunn

1993 World Systems Perspectives and Archaeology: Forward into the Past. *Journal of Archaeological Research* 1:121-143.

Helms, Mary

1979 *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power*. University of Texas Press, Austin.

1993 *Craft and the Kingly Ideal: Art, Trade, and Power*. University of Texas Press, Austin.

Hodder, Ian

1982 *Theoretical Archaeology: A Reactionary View*. En *Structural and Symbolic Archaeology*, editado por I. Hodder, pp. 1-11. Cambridge University Press, Cambridge.

1986 *Reading the Past*. Cambridge University Press, Cambridge.

Hulshof, José

1978 La coca en la medicina tradicional andina. *América Indígena* 38:837-848.

Jijón y Caamaño, Jacinto

1914 *Contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura en la República del Ecuador*. Blas y Cía., Madrid.

1952 *Antropología prehispánica del Ecuador*. La Prensa Católica, Quito.

Jiménez de la Espada, Marco (editor)

1965 *Relaciones geográficas de Indias*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Kohl, Philip

1987 The Use and Abuse of World Systems Theory: The Case of the "Pristine" West Asian State. En *Archaeological Thought in America*, editado por C. C. Lamberg-Karlovsky, pp. 218-240. Cambridge University Press, Cambridge.

Lange, Frederick

1992 The Intermediate Area: An Overview of Wealth and Hierarchy Issues. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 1-14. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Langebaek, Carl

1987 *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muisca, siglo XVI*. Banco de la República, Bogotá.

1998 Los Andes y el oriente: un caso de construcción colonial en los Andes del norte de Colombia. En *Intercambio y comercio entre costa, Andes y selva. Arqueología y etnohistoria de Suramérica*, editado por Felipe Cárdenas y Tamara Bray, pp. 13-30. Universidad de los Andes, Bogotá.

Lanning, Edward

1967 *Peru before the Incas*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.

Lathrap, Donald, Don Collier y Helen Chandra

1976 *Ancient Ecuador: Culture, Clay, and Creativity, 3000-300 B.C.* Field Museum of Natural History, Chicago.

León, Luis

1952 Historia y extinción del cocaísmo en el Ecuador, sus resultados. *América Indígena* 12:7-32.

Marcos, Jorge

1977 Cruising to Acapulco and Back with the Thorny Oyster Set: A Model for a Lineal Exchange System. *Journal of the Steward Anthropological Society* 9:99-132.

Marcos, Jorge, Aurelio Álvarez y Giulio Bigazzi

1998 El tráfico a distancia temprano entre la hoya de Quito y la península de Santa Elena: las evidencias de Real Alto. En *Intercambio y comercio entre costa, Andes y selva. Arqueología y etnohistoria de Suramérica*, editado por Felipe Cárdenas y Tamara Bray, pp. 163-184. Universidad de los Andes, Bogotá.

Matienzo, Juan de

1967 [1567] *Gobierno del Perú*. Institut Francais d'Études Andines, Lima.

Mayer, Enrique

1977 Beyond the Nuclear Family. En *Andean Kinship and Marriage*, editado por R. Bolton y Enrique Mayer, pp. 60-80. American Anthropological Association, Washington, D. C.

1978 El uso social de la coca en el mundo andino: contribución a un debate y toma de posición. *América Indígena* 38:849-865.

McGuire, Randall

1987 The Papaguerian Periphery: Uneven Development in the Prehistoric U.S. Southwest. En *Politics and Partitions*, editado por Kathryn Trinkhaus, pp. 123-139. Anthropological Research Papers No. 37, Arizona State University, Tempe.

Meyers, Albert

1981 Análisis de la cerámica de Cochasquí. En *Cochasquí: estudios arqueológicos*, editado por Udo Oberem, pp. 219-285. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, Ecuador.

Morris, Craig

1985 From Principles of Ecological Complementarity to the Organization and Administration of Tawantinsuyu. En *Andean Ecology and Civilization*, editado por S. Masada, Izumi Shimada y Craig Morris, pp. 477-491. University of Tokyo Press, Tokyo.

Mortimer, William

1974 [1901] *The History of Coca, "the Divine Plant of the Incas"*. And/Or, San Francisco.

Murra, John

1964 Una apreciación etnológica de la visita. En *Documentos regionales para la etnología y etnohistoria andinas*, t. I, pp. 419-442. Casa de la Cultura del Perú, Lima.

El papel de la coca en la interacción macrorregional en el Área Intermedia y más allá

- 1968 An Aymara Kingdom in 1567. *Ethnohistory* 15:115-151.
- 1970 Current Research and Prospects in Andean Ethnohistory. *Latin American Research Review* 5(1):3-36.
- 1972 El "control vertical" de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En *Documentos para la historia y etnología de Huánuco y la Selva Central*, t. II, pp. 427-476. Universidad Nacional Hermilio Valdizán, Huánuco, Perú.
- 1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 1985 "El archipiélago vertical" revisited. En *Andean Ecology and Civilization*, editado por S. Masuda, Izumi Shimada y Craig Morris, pp. 3-14. University of Tokyo Press, Tokyo.
- 1991a Los cultivadores aymara de la hoja de coca: dos disposiciones administrativas [1568-1570]. En Diego Dávila de Cangas y Bartolomé de Otazu, *Visita a los valles de Sonqo en los yunka de coca de La Paz (1568-1570)*, editado por John Murra, pp. 653-674. Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.
- 1991b Introducción al estudio histórico del cultivo de la hoja de coca [Erythroxyylon coca] en los Andes. En Diego Dávila de Cangas y Bartolomé de Otazu, *Visita a los valles de Sonqo en los yunka de coca de La Paz (1568-1570)*, editado por John Murra, pp. 565-581. Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.

Murúa, Martín de

- 1962 [ca. 1618] *Historia general del Perú*, 2 vols. Biblioteca American Vetus, Madrid.

Myers, Thomas, y Karrie Brace

- 2003 Face Painting and Clothing of a Capuli Coquero. *Journal of Latin American Lore* 21(2):221-238.

Naranjo, Plutarco

- 1981 Social Function of Coca in Pre-columbian America. *Journal of Ethnopharmacology* 3:161-172.

Oberem, Udo

- 1974 Trade and Trade Goods in the Ecuadorian Montaña. En *Native South Americans*, editado por Pat Lyon, pp. 346-57. Little, Brown and Co., Boston.
- 1978 El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana (siglo XVI). En *Actes du XLII Congreso Internacional des Americanistes*, t. IV, pp. 5-64. París.
- 1980 *Los quijos: historia de la transculturación de un grupo indígena en el oriente ecuatoriano*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, Ecuador.

Oberem, Udo (editor)

- 1981 *Cochasquí: estudios arqueológicos*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, Ecuador.

Ordóñez de Cevallos, P.

- 1960 [1614] Historia y viaje del mundo. En *Cronistas coloniales*, pp. 477-519. J. M. Cajica, Puebla.

Ortiz de Zúñiga, Íñigo

- 1920 [1562] Informaciones sobre encomenderos y encomiendas [1562]. *Revista del Archivo Nacional del Perú* 1:1-463.
- 1967 [1562] *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562*, t. I, editado por John Murra. Universidad Hermilio Valdizán, Huánuco, Perú.

Osborn, Alan, y J. Stephen Athens

1974 *Prehistoric Earth Mounds in the Highlands of Ecuador: A Preliminary Report*. Inédito, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, Ecuador.

Pachacuti Yamqui, Joan de Santacruz

1968 [1613] *Relación de antigüedades deste reyno del Perú*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Parellada, Alejandro

1991 The Suppression of Coca would Mean the end of the Andean Culture: An Interview with José Mirtenbaum. *International Working Group for Indigenous Affairs Newsletter* 3:44-46.

Parkerson, Phillip

1983 The Inca Coca Monopoly: Fact or Legal Fiction? *Proceedings of the American Philosophical Society* 127:107-123.

Patterson, Thomas

1971 Central Peru: Its Population and Economy. *Archaeology* 24:316-321.

Paulsen, Allison

1974 The Thorny Oyster and the Voice of God: *Spondylus and Strombus* in Andean Prehistory. *American Antiquity* 39:597-607.

Paz Ponce de León, Sancho

1965 [1582] Relación y descripción de los pueblos del partido de Otavalo. En *Relaciones geográficas de Indias*, editado por Marco Jiménez de la Espada, t. II, pp. 233-242. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Pease, Franklin

1982 The Formation of Tawantinsuyu: Mechanisms of Colonization and Relationship with Ethnic Groups. En *The Inca and Aztec States, 1400-1800: Anthropology and History*, editado por George Collier, Renato Rosaldo y John Wirth, pp. 173-198. Academic Press, New York.

Peregrine, Peter, y Gary Feinman (editores)

1996 *Pre-columbian World Systems*. Prehistory Press, Madison.

Pérez, Pablo Fernando

1990 El comercio e intercambio de la coca: una aproximación a la etnohistoria de Chicamocha. *Boletín del Museo del Oro* 27:15-35.

Plowman, Timothy

1979 Botanical Perspectives on Coca. *Journal of Psychedelic Drugs* 11:103-117.

1981 Amazonian Coca. *Journal of Ethnopharmacology* 3:195-225.

1984 The Origin, Evolution, and Diffusion of Coca, *Erythroxylum spp.*, in South and Central America. En *Pre-columbian Plant Migration*, editado por D. Stone, pp. 129-163. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology No. 76, Cambridge.

El papel de la coca en la interacción macrorregional en el Área Intermedia y más allá

Ramírez Valverde, María (editor)

1971 Visita a Pocona (1557). *Historia y Cultura* 4:269-308.

Ramírez, Susan

1985 Social Frontiers and the Territorial Base of Curacazgos. En *Andean Ecology and Civilization*, editado por S. Masuda, Izumi Shimada y Craig Morris, pp. 423-442. University of Tokyo Press, Tokyo.

Ramón, Galo

1987 *La resistencia andina, Cayambe 1500-1800*. Quito, Centro Andino de Acción Popular.

Rappaport, Joanne

1988 Relaciones de intercambio en el sur de Nariño. *Boletín del Museo del Oro* 22:33-52.

Renfrew, Colin

1986 Introduction: Peer Polity Interaction and Socio-political Change. En *Peer Polity Interaction and Socio-political Change*, editado por Colin Renfrew y John Cherry, pp. 1-18. Cambridge University Press, Cambridge.

Renfrew, Colin, y John Cherry (editores)

1986 *Peer Polity Interaction and Socio-political Change*. Cambridge University Press, Cambridge.

Rostworowski de Díez Canseco, María

1970 Mercaderes del valle de Chíncha en la época prehispánica. *Revista Española de Antropología Americana* 5:135-177.

1973 Plantaciones prehispánicas de coca en la vertiente del Pacífico. *Revista del Museo Nacional* 39:193-224.

1975 Pescadores, artesanos y mercaderes costeros en el Perú prehispánico. *Revista del Museo Nacional* 38:250-314.

1977 *Etnia y sociedad*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Salazar, Ernesto

1992 El intercambio de obsidiana en el Ecuador precolombino: perspectivas teórico-metodológicas. En *Arqueología en América Latina hoy*, editado por Gustavo Politis, pp. 116-131. Fondo de Promoción de la Cultura, Bogotá.

Salomon, Frank

1978 Pochteca and Mindalá: A Comparison of Long-distance Traders in Ecuador and Mesoamérica. *Journal of the Steward Anthropological Society* 9:231-247.

1985 The Dynamic Potential of the Complementarity Concept. En *Andean Ecology and Civilization*, editado por S. Masuda, Izumi Shimada y Craig Morris, pp. 511-531. University of Tokyo Press, Tokyo.

1986 *Ethnic Lords of Quito in the Age of the Incas*. Cambridge University Press, Cambridge.

1987 A North Andean Status Trader Complex Under Inka Rule. *Ethnohistory* 34(1):63-77.

Santillán, Hernando de

1968 [1563-1564] *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los incas*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.

Schoenfelder, Udo

- 1981 Cerámica fina y hallazgos menores. En *Cochasquí: estudios arqueológicos*, editado por Udo Oberem, pp. 151-267. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, Ecuador.

Schortman, Edward, y Patricia Urban

- 1992 *Resources, Power, and Interregional Interaction*. Plenum Publishers, New York.

Sheets, Payson

- 1992 The Pervasive Pejorative in Intermediate Area Studies. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 15-41. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Stanish, Charles

- 1989 Household Archaeology: Testing Models of Zonal Complementarity in the South Central Andes. *American Anthropologist* 91:7-24.

Stein, Gil

- 1999 *Rethinking World-systems*. University of Arizona Press, Tucson.

Uribe, María Victoria

- 1977 Asentamientos prehispánicos en el altiplano de Ipiales, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* 21:57-195.

Van Buren, Mary

- 1996 Rethinking the Vertical Archipelago: Ethnicity, Exchange, and History in the South Central Andes. *American Anthropologist* 98:338-351.

Wagner, Catherine Allen

- 1978 Coca y estructura cultural en los Andes peruanos. *América Indígena* 38(4):877-902.

Wallerstein, Immanuel

- 1974 *The Modern World-system*, t. 1. Academic Press, New York.

Wassen, Sven

- 1955 Algunos datos del comercio precolombino en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* 4:87-109.

Willey, Gordon

- 1971 *An Introduction to American Archaeology II: South America*. Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.

Wurster, Wolfgang

- 1981 Aportes a la reconstrucción de edificios con planta circular sobre las pirámides de Cochasquí. En *Cochasquí: estudios arqueológicos*, editado por Udo Oberem, pp. 79-124. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, Ecuador.

IX

CULTURAS CHIBCHAS DEL LITORAL CARIBEÑO: EXPLORACIÓN DE LAS CONEXIONES PRECOLOMBINAS ENTRE COLOMBIA Y COSTA RICA

John W. Hoopes
University of Kansas

Traducción de Cristóbal Gnecco y Víctor González

INTRODUCCIÓN

“¿QUIÉNES ERAN?”. ESTA ES LA PREGUNTA MÁS FRECUENTE QUE LE HACE EL PÚBLICO A LOS ARQUEÓLOGOS que se especializan en la región comprendida entre Mesoamérica y los Andes Centrales –entre el territorio de los antiguos mayas y el Imperio inca–. Para justificar el apoyo del público, debemos entregar una solución adecuada. Las respuestas claras son, usualmente, ciertas solo en un nivel superficial, pero sirven a un propósito valioso: establecer un entendimiento común que estimule investigaciones futuras. Nuestra noción de los niveles antiguos y de las modernas naciones-Estado dificulta que mucha gente pueda imaginar un paisaje de individuos que no estuvieron dominados por o unidos en una sola entidad política, algo que no ocurrió en el Área Istmo-Colombiana. Casi un siglo de investigación en Costa Rica ha perpetuado la noción de que sus culturas indígenas resultaron de una mezcla de rasgos mesoamericanos y suramericanos, una conclusión que deja en la oscuridad las innovaciones significativas de origen autóctono. Se les ha negado, así, una rica herencia a los descendientes de estos pueblos antiguos, ya sea que estén entre los 250.000 hablantes actuales de lenguas chibchas o entre los ciudadanos de Costa Rica, Panamá y Colombia, quienes no han perdido los vestigios genéticos del proceso colonial. Aquella noción ha tenido también un efecto negativo para la comprensión más profunda de la larga interacción entre los seres humanos y la naturaleza en el sur de América Central y en el norte de Suramérica. Debemos tratar de encontrar conexiones menos formales, enraizadas en el parentesco, en las creencias y en una prolongada interacción en un paisaje compartido.

El concepto de Costa Rica como un área de “influencia suramericana” tuvo su origen en algunas nociones etnocéntricas, e incluso racistas, sobre la evolución cultural unilineal de los comienzos del siglo XX; fue, originalmente, desarrollado para justificar la caracterización de los pueblos indígenas contemporáneos del sur del istmo centroamericano

como una cultura inferior, cercana a los “salvajes” del trópico suramericano, y menos civilizada, más violenta, baja y oscura que los nobles olmecas, mayas y otros vecinos mesoamericanos del norte. El concepto se desarrolló en una época cuando los mayas fueron pensados como pacíficos filósofos, que solo sacrificaban flores y frutas, y como autores de documentos escritos que esperaban ser traducidos, pero que fueron considerados, básicamente, religiosos. La “influencia” suramericana incluía la caza de cabezas, el uso de drogas y una preocupación insana por el oro y la guerra, y aparecía como un velo tardío, intruso y de poca duración, sobre un sustrato de aldeas más viejas y estables. Este sesgo es evidente en el modelo, propuesto por Snarskis, de una “sociedad agrícola duradera y estable seguida por una edad más oscura y secular”, que contrasta una influencia mesoamericana temprana de “comunidades extendidas de pequeña escala que trataban de vivir en armonía con la naturaleza y sus congéneres”, con una influencia suramericana, más tardía, caracterizada por la “expresión de agresividad y propósitos expansionistas de élites en sistemas jerárquicos seguramente bajo presión demográfica y medioambiental” (2003:194). Este contraste de rasgos mesoamericanos positivos con rasgos suramericanos negativos, que oblitera cualquier patrón autóctono, probablemente refleja más los sesgos de los investigadores que la realidad del pasado, y se deriva de procesos coloniales que buscan marginar, eliminar y/o aculturar los pueblos indígenas. Son incuestionables las similitudes con los mitos de los “constructores de montículos” del este de los Estados Unidos, que identificaron a los indígenas contemporáneos con agresivos grupos bárbaros que eliminaron a poblaciones civilizadas más tempranas con propósitos de genocidio y aculturación (Silverberg 1968). En Costa Rica, el proceso ha devastado a la población indígena y casi ha eliminado la cultura nativa.

Las representaciones difundidas de cocodrilos con dos cabezas, pájaros con largos picos e individuos con sombreros cónicos, como los que usan actualmente los sacerdotes koguis e ikas, sugieren un sistema de creencias compartido, en el tiempo y en el espacio, en un área que se extiende desde norte hasta el oeste y el centro de Panamá y Costa Rica (Hoopes y Fonseca 2003). Las coincidencias o las similitudes en el contenido iconográfico, y las continuidades de la imaginería tairona temprana en los períodos tardíos del arte del Pacífico central de Panamá y Costa Rica (Hoopes 2004), además de ciertas similitudes en las representaciones de elementos, como las de los seres con lenguas salientes en San Agustín, en la cultura Tairona y en Costa Rica (Jones 1998:figura 2-8; Labbé 1986:cat. 163; Snarskis 1998a:planchas 48, 49, 52, 71, 72), sugieren lazos profundos entre los sistemas de creencias del norte de Colombia y los del istmo centroamericano. Bray (1984:327) notó que “los datos cerámicos representan mal la cantidad de contactos interregionales a lo largo del tiempo”.

Los estudios cerámicos son esenciales para evaluar relaciones, pero deben ser considerados en un contexto más amplio que incluya muchas líneas de evidencia. Estas sugieren que el término *chibcha* puede ser el más preciso que se puede aplicar a las poblaciones indígenas del sur de América Central y del norte de Suramérica (figura 1). El término *macro-chibcha* es impreciso, porque este grupo lingüístico hipotético es demasiado amplio. *Chibcha*, como fue originalmente sugerido por Uhle (1890), se refiere a un conjunto de lenguas del istmo y del norte de Colombia que han sido delineadas más claramente por Constenla (1995) en su propuesta de un “linaje chibcha”; este conjunto va desde el pech, en el oriente de Honduras, hasta el muisca, en el altiplano cundiboyacense. *Tairona* se usa para referirse a ciertos patrones culturales de la región de Santa Marta, que, se presume, son ancestrales en los grupos indígenas que viven actualmente en el área: koguis, ikas, wiwas y kankuamos (Uribe 1997), quienes hablan lenguas pertenecientes al subgrupo magdalénico del linaje chibcha (Constenla, 1991). La población indígena contemporánea de Costa Rica estaba compuesta de varios grupos diferentes: huetar, cabécar y bribri, hablantes del subgrupo ístmico. Otro subgrupo, el vótico, estaba formado por poblaciones que vivían en el nororiente de Costa Rica. No existe un término étnico análogo a *tairona*, que subsuma las unidades arqueológicas de Costa Rica, que corresponden a estos chibcha hablantes, aunque comúnmente se hace referencia a ellos como la gente de la fase La Cabaña (en la vertiente caribeña), de la fase Cartago (en las tierras altas centrales) y del período Chiriquí (en el sur del Pacífico costarricense y en el oeste de Panamá).

Los investigadores han identificado, por muchos años, relaciones directas e indirectas entre las culturas precolombinas de Costa Rica y las del norte de Colombia; sin embargo, hay teorías opuestas sobre la naturaleza de esas relaciones. Una larga tradición, que enfatiza la “influencia suramericana” en Costa Rica, alude a migraciones en sentido sur-norte. Otros modelos suponen movimientos poblacionales que habrían llevado a extranjeros –mesoamericanos o chibcha-hablantes– desde el istmo centroamericano hasta el norte de Colombia. Una posibilidad alternativa hace énfasis en la historia local de las poblaciones chibcha-hablantes, en el sur de América Central y en el norte de Colombia (Fonseca 1998; Hoopes y Fonseca, 2003). Estas hipótesis, que descansan en conceptos como *difusión* y *migración*, y en la identificación de áreas arqueológicas, pueden situarse en el paradigma teórico de la historia cultural, sometido a intensas críticas en los últimos años (e. g., Lyman, O’Brien y Dunnell 1997); sin embargo, también son significativas en los debates sobre la identidad cultural y los usos del pasado, característicos de la arqueología posprocesual. Este artículo explorará la naturaleza de la evidencia de las relaciones específicas entre Costa Rica y Colombia, con énfasis en la discusión de algunos aspectos que merecen atención adicional.



Figura 1. Mapa de Costa Rica, Panamá y el noroeste de Colombia, con sitios discutidos en el texto.

Existen varios paralelos intrigantes entre la arqueología de Colombia y la de Costa Rica; entre ellos están: a) similitudes entre las culturas del litoral de Santa Marta y las de las tierras bajas del Caribe de Costa Rica en el uso de piedras verdes pulidas y/o pendientes de jade; b) similitudes entre el Alto Magdalena y Costa Rica en la construcción de tumbas de cancel; c) similitudes entre algunos asentamientos taironas y las grandes aldeas del centro de Costa Rica, especialmente después de 1000 d. C.; y d) una iconografía difundida, caracterizada por seres antropomorfos con forma de cocodrilos, murciélagos y pájaros. Algunas prácticas culturales específicas merecen estudios más detallados, como el uso de piedras pulidas en la adivinación y la curación, el uso de pintaderas cilíndricas y planas, el papel de las mitologías de creación en los rituales y la existencia de un sacerdocio formalizado. También hay similitudes generales y específicas entre las aldeas taironas tardías, como Pueblito y Buritaca 200 (Ciudad Perdida) y aldeas costarricenses como Las Mercedes, Guayabo de Turrialba, Rivas, Aguacaliente y Pozo Azul. Entre las primeras se cuenta la localización de los asentamientos en

geoformas estratégicas, como las crestas de las montañas, donde las habitaciones, los caminos pavimentados, los espacios públicos, acueductos y cisternas se adecuan a los contornos de la topografía natural, en vez de imponer un orden independiente. Así mismo, compartieron el uso extendido de cantos rodados y lajas planas en la construcción; la edificación de plantas de vivienda circulares y de gran tamaño, de caminos bordeados por cantos rodados, de pavimentos, escaleras, conductos y depósitos de agua; y técnicas para controlar el movimiento en y hacia los sitios por medio de puertas, entradas en el paisaje y caminos rituales.

Estos patrones fueron compartidos por Costa Rica y la región de Santa Marta, pero contrastan con otros existentes en áreas intermedias, como Panamá Central, la región Sinú/San Jorge y el Bajo Magdalena. ¿Estas características son adaptaciones, sin relación alguna, a condiciones medioambientales similares, especialmente al piedemonte del litoral caribeño, las laderas pendientes, húmedas y boscosas de la Sierra Nevada de Santa Marta y las montañas volcánicas de Costa Rica? Las semejanzas en cultura material e iconografía, que datan, por lo menos del siglo IV d. C., sugieren conexiones históricas específicas. ¿Las similitudes entre las evidencias de los ancestros de los subgrupos vótico, ístmico y magdalénico del linaje de la lengua chibcha, representadas por la arqueología tairona y la de las aldeas tardías de Costa Rica, son puramente superficiales y coincidentes, o indican una relación más profunda, con raíces en una historia común y una interacción de largo tiempo? ¿pueden ser atribuidas a movimientos poblacionales desde el istmo centroamericano al norte de Colombia, o viceversa? Al respecto existen distintas opiniones.

Bray señaló que “se ha prestado demasiada atención al estilo, poca atención a aspectos sustantivos y aún no se ha valorado el estudio de la iconografía” (1984:338). Es más difícil hacer observaciones sobre los sistemas de creencias que sobre la cultura material, pero las relaciones entre Colombia y Costa Rica pueden haberse manifestado, de manera más profunda, en los sistemas mitológicos y simbólicos subyacentes que en tecnologías específicas. Esto puede ser ilustrado con un ejemplo (figura 2). Una figura de tumbaga, procedente de la tumba principal de Nehuange (Mason 1936:plancha CXLVIII, figura 10; Bray 2003:figura 11), un sitio en la costa caribeña de Colombia, cercano a Santa Marta, y un pendiente contemporáneo (pero sin procedencia) de jade, de Costa Rica, con forma de “dios-hacha” (Snarskis 1998a:plancha 51), exhiben un contenido idéntico en medios, pero estilos radicalmente distintos; ambos muestran un individuo con un pájaro de pico grande encima de la cabeza. Los diseños en espiral en la cara de la figura de jade se asemejan a las orejeras de la figura de tumbaga. ¿Estos objetos no están relacionados, o representan sistemas de creencias compartidos que trascendieron

estilos y tecnologías distintas? Óscar Fonseca y yo describimos, objetos como estos como evidencia de una “unidad difusa” en el Área Cultural Istmo-Colombiana (Hoope y Fonseca 2003).

La interpretación de cualquiera de las culturas chibcha-hablantes debe ser mejor informada y estar situada en el contexto más amplio de todas ellas antes de hacer preguntas sobre las relaciones existentes entre estos objetos. Nuestra perspectiva se opone a las interpretaciones que se han limitado a hacer observaciones en áreas pequeñas, incluso dentro de los límites de las repúblicas de Costa Rica, Panamá y Colombia. El estudio tradicional de la Gran Nicoya “mesoamericanizada”, por ejemplo, ha enfatizado las conexiones externas manifiestas en los fuertes lazos demostrables con esta subárea y otras partes de Costa Rica (Fonseca 1994). Las interpretaciones de áreas identificadas tradicionalmente como de “influencia suramericana” predominante, como la vertiente caribeña, las montañas centrales y Diquís, también tienden a ser fragmentarias; irónicamente, rara vez tienen en cuenta las evidencias arqueológicas de Colombia.



Figura 2. a) objeto de tumbaga de Nehuange (Mason 1938: plancha CXLVIII, figura 10) y b) pendiente de jade de Costa Rica (Snarskis 1998a: plancha 51).

Siguiendo a Reichel-Dolmatoff, un número creciente de arqueólogos colombianos apoya un modelo que atribuye los cambios en la cultura material ocurridos en el oriente de los Andes a migraciones internas de grupos chibcha-hablantes, cuyo origen se ubica en el istmo centroamericano, especialmente en las tierras bajas del Circuncaribe, incluida Costa Rica (Lleras 1995; Sáenz y Lleras 1999). Un modelo simplificado es el de “efecto dominó”, que sugiere que hablantes chibchas del istmo se asentaron primero en el litoral caribeño, cerca de Santa Marta y, después, en las zonas altas de la Sierra Nevada de Santa Marta y en la cordillera Oriental. Por otra parte, Michael Snarskis, un especialista en Costa Rica, atribuye los cambios en la cultura material ocurridos hace unos 1.500 años a “influencias suramericanas” con origen en el norte de Colombia (Snarskis 2003). Antes de empezar a evaluar cuál de estas hipótesis es correcta, es necesario establecer el contexto histórico que permite estudiar la interacción precolombina entre Costa Rica y Colombia.

INFLUENCIA SURAMERICANA EN COSTA RICA Y VICEVERSA: UNA VISIÓN HISTÓRICA

El término “influencia suramericana” tiene una larga historia en la arqueología de Costa Rica. La investigación de su uso ayuda a delinear algunos de los problemas que existen para trazar posibles relaciones entre Costa Rica y Colombia. Aunque desde hace tiempo Suramérica se ha invocado como una posible fuente de los rasgos culturales de Costa Rica, ha habido una notable escasez de trabajo en la comparación de sitios, artefactos y rasgos de Costa Rica y Colombia. Sin embargo, algunas áreas que, sin duda merecen estudios comparativos, han sido ignoradas. Por ejemplo, un libro reciente sobre caminos precolombinos (Herrera y Cardale 2000; véase también Oyuela 1990) provee un cubrimiento extenso de Colombia y los Andes Centrales, pero no incluye evidencia similar de Costa Rica. Un reporte sobre el asentamiento Rivas, del siglo XIV (Quilter 2004), caracterizado por viviendas con cimientos circulares de piedra y un cementerio que contiene ricas ofrendas de oro, no explora comparaciones con sitios taironas contemporáneos que exhiben características similares. Las comparaciones de petroglifos similares en Colombia y Costa Rica está por hacerse; son objetos que merecen un examen más cuidadoso, con la colaboración de arqueólogos especialistas en estas áreas.

La primera interpretación de Costa Rica como una mezcla de rasgos mesoamericanos y suramericanos apareció en la disertación que Lothrop escribió en Harvard, en 1917, eventualmente publicada como un monumental estudio, en dos tomos, sobre la cerámica de Costa Rica y Nicaragua (Lothrop 1926). Lothrop fue influenciado por Spinden, quien,

en el desarrollo de su hipótesis “arcaica” sobre la difusión desde México de la civilización basada en el maíz (1917), postuló la existencia de lo que llamó un Área Cultural Chorotega (Spinden 1925), representada por una colección unificada de agricultores de maíz de origen mesoamericano, cuyo territorio se extendía, por el sur, hasta Costa Rica. Spinden creía que estos agricultores fueron reemplazados, más tarde, por pueblos inferiores y menos civilizados provenientes de Suramérica. En el mismo sentido, Lothrop (1926:411) anotó que “el examen de la cerámica de Chiriquí indica que pertenece casi *in toto* a Sur América”; también creyó que sus *Appliqué Wares* (cerámicas con decoración aplicada) representaban cerámica “aliada casi totalmente con Sur América” (1926:413), y que la influencia suramericana era evidente en patrones sociales y religiosos, incluso al norte del límite de la influencia alfarera. Siguiendo a Spinden, Lothrop (1926:416) señaló que “no hay indicación de que algún hallazgo [chibcha] en Costa Rica sea muy anterior a la Conquista”. Su modelo terminó reificado en el esquema “chorotega, huetar, brunca” de los pueblos indígenas de Costa Rica (Lines 1938), para el cual los dos primeros son mesoamericanos y el último suramericano, de manera que deja poco a la interpretación autóctona del cambio (Corrales 1999). Lothrop (1937, 1942) reconoció la existencia de relaciones entre Panamá y Colombia, como resultado de sus excavaciones en Sitio Conte. Sin embargo, atribuyó el movimiento de artefactos de estilo quimbaya y esmeraldas al intercambio a larga distancia, en vez de hacerlo a movimientos poblacionales. Es intrigante que Mason reconociera los lazos lingüísticos entre Costa Rica y Colombia (1940) pero que no hablara de Suramérica en su interpretación de las evidencias de Costa Rica (1945); tampoco estableció paralelos entre la arqueología de las tierras bajas del Caribe de Costa Rica y la de Santa Marta, donde había conducido un extenso trabajo de campo en la década de 1920 (Mason 1931, 1936, 1939), quizás debido a su interés específico por las esculturas de piedra, sin semejantes en Santa Marta.

En la década de 1950, Doris Stone (1951, 1958) perpetuó la idea de que un gran sector de Costa Rica era una zona de “influencia suramericana”, y contribuyó a desarrollar aún más el concepto en dos libros (1972, 1977). Stone definió el istmo como un “puente arqueológico”, y favoreció la hipótesis de que muchos rasgos culturales tenían su origen en Suramérica en vez de ser innovaciones locales. La autora apuntó a procesos más generales, y así escribió sobre “el enigma que caracteriza el aspecto no norteño de la cultura de la Baja Centro América, un enigma que involucra tanto las raíces básicas como la aparición repentina de rasgos de desarrollo específico” (Stone 1972:110). Este “enigma” sería la introducción, por parte de la migración proveniente desde fuera de la región, de todos los rasgos significativos. Entre sus publicaciones de 1972 y 1977, Stone cambió su opinión sobre las fuentes de esta influencia: inicialmente pensó que estaban localizadas

en el norte de Colombia y después que estaban en áreas situadas al este y al oeste, específicamente en Venezuela y en la Amazonia, o en el Ecuador y los Andes Centrales. En el libro de 1972 aludió a similitudes entre motivos de Centro América y Colombia, como el diseño “hombre-sobre-esclavo” de las estatuas de Barriles y la metalurgia muisca (1972:102), y sugirió que varios rasgos específicos –pendientes alados, cuentas de concha, dispensadores de rapé en arcilla, sapos en jadeíta tallados de una manera plana estilizada, picos de pájaro, figurinas antropomorfas en jadeíta y botones planos del mismo material– indicaban que hubo intercambio con o influencia de los taironas (1972:155). También notó que algunos rasgos arquitectónicos del período Tardío (850 - 1400 d. C.) “se relacionan culturalmente con el norte de Sur América, parcialmente con los taironas y parcialmente con los chibchas” (1972:174), y mencionó jaguares, murciélagos, cocodrilos y sapos de la metalurgia diquís y chiriquí como indicadores “del avance occidental del culto del oro que los cronistas describieron tan vívidamente como de significación religiosa en Panamá y Colombia” (1972:202). Inicialmente, atribuyó la presencia de objetos suramericanos en la vertiente caribeña de Costa Rica al intercambio y migración de pueblos de la familia lingüística arawak, quizás debido a una asociación equivocada de los taironas como “posiblemente arawaks” (1972:155), y a una identificación incorrecta de los documentos etnohistóricos y las comparaciones con grupos del Caribe como evidencia de la presencia de hablantes arawaks en Panamá y de colonias arawaks “en el bajo istmo” (1972:205).

Aunque no es claro si Stone sugirió que los taironas hubieran hecho presencia en el istmo, es significativo que en su libro de 1977, sobre Costa Rica, no mencionara a los arawaks ni a los taironas. Su síntesis de la arqueología de Costa Rica exploró, con más detalle, el tema de las “influencias suramericanas”, pero difirió de su publicación de 1972 al no considerar el norte de Colombia. De hecho se trata de una ausencia reiterada en sus trabajos posteriores. Solo mencionó a Colombia una vez, en su libro de 1977 (129), y en él no hay ninguna referencia a las culturas Quimbaya, Tairona, Muisca ni a ninguna otra cultura colombiana; tampoco hay citas del trabajo de Reichel-Dolmatoff ni de ningún otro especialista colombiano. En cambio, enfatizó las conexiones entre Guana caste y “mercaderes y marinos de Ecuador que usaron sitios de la costa de Nicoya como puertos transitorios” (1977:2), y las influencias religiosas y agrícolas del Amazonas y el Orinoco (1977:4), desde donde se introdujeron el pejibaye o pupunja (*Bactris gasipaes*) y el cacao (1977:7). Stone (1977:82) sugirió que mercaderes nicaraos, que viajaron a Venezuela, introdujeron la coca y otros cultígenos a Nicaragua y Guanacaste, y notó (1977:103) que algunas técnicas decorativas cerámicas, como el aplicado, estaban asociadas con el este de Suramérica; también vio “un complejo religioso definitivamente suramericano”

en la estatuaria y en las bolas monumentales de piedra de la región comprendida entre Diquís y el río Coto (1977: 4), y escribió que “podemos considerar altamente posible que esta cultura peculiar fue resultado de un grupo que arribó por el mar y dejó una colonia en este lugar aislado. Como los puertos transitorios del área de Nicoya, el delta fue probablemente visitado por esos viajeros marinos del continente suramericano” (1977:5). Sin embargo, favoreció a los Andes Centrales como fuente de la influencia, y trazó la ruta de comunicación de los diseños rojos y negros sobre blanco en la Alligator Ware (Buenos Aires Polícromo), desde el sureste de Costa Rica hasta Perú (1977:110). También vio continuidades suramericanas en la Stone Cist Ware (cerámica de la fase Cartago, encontrada en tumbas de cancel) de las tierras altas centrales de Costa Rica, y observó que “se extiende desde Ecuador, y posiblemente Perú, hasta Costa Rica y se ha visto cerámica similar en la región atlántica de Venezuela”; finalmente, sugirió que una clase de cerámica de la península de Santa Elena, en Ecuador, “bien podría ser el prototipo o la inspiración del estilo costarricense” (Stone 1958:212).

Dada su influencia en la arqueología de Costa Rica, el libro de Stone, indudablemente, jugó un papel determinante, de muchas maneras, en la disminución del énfasis en las conexiones y continuidades con Colombia. Por ejemplo, no hubo representantes de la arqueología colombiana en el simposio sobre la Baja América Central organizado en 1980 en la School of American Research por Frederick Lange y Doris Stone, aunque Warwick Bray fue invitado después a escribir un artículo para el libro que recogió las ponencias presentadas en el evento (Bray 1984). El desdén de Stone por Colombia contrasta con el énfasis que otorgó Helms (1979) a la supuesta influencia de las culturas colombianas sobre los caciques prehispánicos de Panamá, y es justo decir que, desde los tiempos de Lothrop, Colombia siempre ha recibido mucha más consideración en la arqueología panameña.

Al final de la década de 1970, Michael Snarskis emergió como el principal defensor del modelo que favorece un papel fuerte de las fuentes “sureñas” en el cambio cultural en Costa Rica; citó una vasija con una efigie de camélido como evidencia de contacto directo con los Andes Centrales (o, al menos, con alguien que había estado allí) y advirtió elementos específicos de cultura suramericana en Costa Rica. Snarskis reportó que una tuza de maíz de un contexto datado hacia 350 d. C., en Severo Ledesma, un sitio del período El Bosque, fue identificada por Walton Galinat como perteneciente a la variedad “pollo” de ocho líneas, la más temprana conocida en Colombia (Snarskis 1975, 1976, 1978:172). En su disertación doctoral, Snarskis (1978:173) anotó que los “botánicos han determinado que la mayoría del maíz que se encuentra en América Central [...] se deriva de antecedentes suramericanos”, y que “en vista de

este hecho resulta incongruente que la ocurrencia de maíz arqueológico en el Área Intermedia todavía sea considerada como indicadora de influencia mesoamericana”; sin embargo, en una publicación posterior (1984:211) cambió esta opinión y señaló que la tuza en cuestión no podía ser interpretada como evidencia de contacto real entre el este de Costa Rica y Colombia. Aunque hay evidencias de polen y fitolitos de cultivo de maíz en Costa Rica asociados a cerámica Tronadora (Clary 1994; Piperno 1994), en el noroeste de Costa Rica los macro-restos más tempranos son apenas de 700 a. C. (Horn y Kennedy 2001); por lo tanto, queda por resolver si el maíz fue introducido desde Mesoamérica o desde Suramérica.

En suma, desde hace mucho se han reconocido los lazos generales entre Costa Rica y Suramérica, pero el desarrollo de modelos específicos de interacción es escaso. Este hecho ha empezado a cambiar en la última década, aunque con resultados dispares. Los modelos actuales defienden: a) una “influencia” colombiana en Costa Rica, que presumiblemente implica migraciones; b) migraciones de hablantes chibchas desde el istmo de Centro América (Costa Rica o Panamá) al norte de Colombia; o c) una compleja “unidad difusa” de culturas chibcha-hablantes, que interactuaron entre ellas constantemente y compartieron elementos de un sistema de creencias común e iconografía.

INFLUENCIA COLOMBIANA EN COSTA RICA

Snarskis ha sido el defensor más reciente y significativo de una “influencia suramericana” en Costa Rica. En publicaciones que abarcan veinticinco años (1978, 2003) ha propuesto un modelo general de cambio cultural en el oriente de Costa Rica caracterizado por dos oleadas significativas de influencia externa. La primera ocurrió hace más de dos mil años, y consistió en la introducción de la agricultura intensiva de maíz por parte de grupos mesoamericanos derivados de los olmecas, quienes también introdujeron el uso extendido de tallas en jade, en formas como hachas, ligadas a prácticas de desmonte y fertilización agrícola. La segunda, datada alrededor de 500 d. C., está relacionada con la introducción de patrones derivados de Suramérica, entre ellos la metalurgia de estilo colombiano (Snarskis 1985) y un cambio marcado hacia plataformas de montículos circulares y reforzadas con piedras y tumbas de cancel (Snarskis 2003), supuestamente de aparición más temprana en el norte de Colombia. Sin embargo, Snarskis no ha ofrecido un modelo detallado sobre cómo o por qué arribaron a Costa Rica: “[...] aunque la interpretación de la proveniencia sureña de los componentes de cambio cultural en el período V se puede sostener [...] otro asunto es establecer las fuentes específicas suramericanas, tanto en tiempo como en espacio” (1984:223). No es claro si lo que ocurrió fue un

“empuje” desde Colombia o una “atracción” desde el istmo, aunque hay indicaciones de que la interrupción del intercambio al final del período Clásico Temprano, en el área maya –posiblemente asociada al declive de Teotihuacán en el siglo VI d. C.–, produjo un vacío de influencia que dejó a las poblaciones del oriente y sur de Costa Rica en situación receptiva a los cambios originados en el sur. No hay duda de que la metalurgia del oro en Costa Rica se derivó, en última instancia, de Colombia. Sin embargo, existen varios problemas con la interpretación de Snarskis sobre el cambio en la forma de las viviendas. Uno de sus supuestos es que las formas circulares reemplazaron las plantas rectangulares, pero se conocen pocas estructuras tempranas. La planta de vivienda más antigua conocida en Costa Rica está fechada en ca. 1800 a. C., y tiene forma circular (Bradley 1994; Hoopes 1994c). Las similitudes específicas entre sitios guayabos y taironas fueron inicialmente señaladas por Fonseca (1981:110), quien citó parecidos con Pueblito, y por Snarskis (1984:230), pero no han sido documentadas con análisis detallados.

MIGRACIONES DE COSTA RICA A COLOMBIA

Los modelos que postulan una influencia centroamericana en Colombia contrastan con aquellos que citan la influencia colombiana en los patrones de Costa Rica. Los primeros oscilan entre hipótesis que atribuyen la introducción del maíz y de los metates, y los orígenes de las sociedades complejas, a estímulos mesoamericanos, e hipótesis más recientes que tratan de explicar los orígenes centroamericanos (no mesoamericanos) de los chibcha-hablantes y, por implicación, de las raíces de las culturas Tairona y Muisca.

De manera similar a la interpretación de Snarskis sobre los contactos olmecas con el oriente de Costa Rica, Reichel-Dolmatoff identificó evidencia mesoamericana en culturas del norte de Colombia. En las décadas de 1950 y 1960 atribuyó a algunos elementos arqueológicos de Momil, en el Bajo Sinú, y a ciertos elementos etnográficos de los koguis, de la Sierra Nevada de Santa Marta, un origen “mesoamericano”. En Momil identificó un cambio abrupto de sistemas agrícolas basados en yuca, indicados por la presencia de budares en Momil I, a sistemas basados en maíz, indicados por manos y metates, en Momil II. Este cambio y la presencia de cerámica polícroma y vasijas trípode fueron mostrados como evidencia de la llegada de grupos mesoamericanos a la costa norte de Colombia en los primeros siglos de nuestra era. El maíz y la capacidad asociada de almacenar semillas fueron identificados como claves en la emergencia de la complejidad social en el norte de Colombia. Sin embargo, Reichel-Dolmatoff identificó tantos rasgos “mesoamericanos” en el sistema de creencias kogui, que escribió:

“[...] encontramos la sobrevivencia de un patrón esencialmente mesoamericano en una cultura actual de la región montañosa de Colombia” (1965:157). Años más tarde revisó la fuente de las migraciones externas de Momil y, en vez de Mesoamérica, señaló una región sin especificar en el istmo de América Central; sin embargo, aún no se ha hecho una cuidadosa comparación entre la mitología kogui y las de Costa Rica y Panamá.

El modelo de Reichel-Dolmatoff ha sido modificado recientemente con la identificación del istmo como el territorio ancestral de las poblaciones chibcha-hablantes que migraron al litoral caribeño situado al norte de la Sierra Nevada de Santa Marta y, finalmente, a la cordillera Oriental de Colombia. Lleras (1995) escribió que

[...] los Andes Orientales parecen haber sido poblados por grupos chibchas en una época cercana al siglo VIII o IX, a partir de las tierras bajas del litoral Caribe, en lo que constituiría la primera gran oleada de poblamiento [...] Una segunda oleada de poblamiento llegó a los Andes Orientales alrededor del siglo XIII. Es probable que parte de estos nuevos migrantes proviniera también de las tierras bajas del litoral Caribe y que se tratara, como en el caso de la primera oleada, de gentes de habla chibcha portadoras de una cultura material y unas costumbres similares a las de los primeros pobladores.

Sáenz y Lleras (1999) concluyeron una revisión sistemática de artefactos colombianos de piedra pulida, cerámica y oro, aludiendo a “una fuerte influencia de los Chibchas de origen costarricense”; al respecto escribieron:

La pertenencia a un tronco ancestral común puede explicar el que grupos separados entre sí por miles de kilómetros y habitando en medios ecológicos muy diferentes, mantuvieran aún después de varios milenios una ideología básica similar que se expresaba en objetos de cultura material parecidos. En el altiplano cundi-boyacense, en los cañones de los ríos de Santander, en las gélidas alturas de las Sierras Nevadas del Cocuy, Santa Marta y Mérida, y en los bosques de Urabá, los Chibchas de Colombia y Venezuela conservaron en sus leyendas y mitos el recuerdo de su tierra ancestral en Costa Rica.

Bray (1997) también sugirió la posibilidad de que migraciones de grupos de lengua chibcha del sur de América Central puedan estar indicadas por cambios en la cultura material, alrededor de 600 d. C., sobre todo en patrones en el trabajo del oro, que han sido discutidos en detalle (Quilter y Hoopes 2003).

CONEXIONES TEMPRANAS (1-500 D. C.)

Las conexiones más tempranas entre el istmo centroamericano y Colombia ocurrieron durante el Paleoindio y el Formativo Temprano; el primero ha sido evaluado en detalle en una disertación doctoral (Pearson 2002), mientras el segundo ha sido intensamente documentado por décadas (Hoopes 1994b). La síntesis de estos dos períodos supera el propósito de este artículo, pero es justo decir que la evidencia de una interacción general se extiende en el tiempo mucho más allá de los dos últimos milenios.

Para el Formativo Temprano, el sitio de Momil ha sido citado por casi medio siglo como evidencia de migraciones externas al norte de Colombia, y ha sido considerado como representante de una ruptura significativa con tradiciones más tempranas, como Puerto Hormiga y Malambo: “Momil es diferente; no existe un antecedente claro para su alfarería, otros artefactos de cerámica y sus conjuntos líticos” (Reichel-Dolmatoff 1965:79). Reichel-Dolmatoff (1965:78) pensó que Momil demostraba evidencia de rasgos “mesoamericanos”, que asoció con la introducción del maíz, relacionada con la presencia de manos y metates y con cambios en los patrones de asentamiento. En su disertación doctoral, Snarskis (1978:151), citando las fechas radiocarbónicas obtenidas por los Reichel-Dolmatoff (1974) en los niveles más tempranos de Momil, 200 a. C., advirtió similitudes entre la cerámica de Momil y el complejo de las tierras bajas del Caribe que acababa de definir: El Bosque, que fechó entre 100 a. C. y 400 d. C., con base en cinco dataciones de ^{14}C de ciertos rasgos (Snarskis 2003:172), especialmente “la costumbre de dejar un panel sin engobe de color claro alrededor del exterior del cuello de una vasija en la cual se aplicaron técnicas decorativas y se usó el estampado con un rodillo dentado”. Sin embargo, Snarskis no especificó la fase (Ia-d o II) de la ocupación de Momil, ni hizo comparaciones con tipos específicos. También hay similitudes entre Momil I y la cerámica de Black Creek (figura 3), un sitio excavado en la costa caribeña de Costa Rica (Baldi 2001); entre estas se cuenta la presencia de vasijas aquilladas.

Los budares están en La Montaña y en Momil I, pero no figuran en Momil II. Bray (1984:323), sugiriendo una frontera entre Momil I y II “alrededor de los inicios de nuestra era”, encontró una clara correspondencia con el cambio entre La Montaña y El Bosque, que Snarskis también identificó como correspondiente al influjo de la agricultura de maíz desde Mesoamérica. Este hecho motivó a Bray y a Snarskis a pensar que hubo un aumento en la agricultura del maíz en el istmo y en el norte de Colombia en los primeros siglos de nuestra era, que habría incrementado la habilidad de almacenar y redistribuir comida y habría contribuido a la emergencia de la complejidad social. Reichel-Dolmatoff, eventualmente, revisó su interpretación de influencia del “istmo”, más

Momil I que en Momil II. Sin embargo, Momil I tardío y Momil II pueden representar una época de importantes interacciones.

Los estilos pintados rojo sobre blanco, negro sobre rojo, pintura negativa y policromo de Momil I tardío y Momil II no tienen paralelos en las fases El Bosque o La Selva, de la secuencia de la vertiente caribeña, ni en la fase Pavas de las tierras altas centrales de Costa Rica. Bray sugirió que la difusión de la cerámica pintada debió ocurrir desde Colombia a Panamá (1984:324). Los tipos pintados de Momil están relacionados más cercanamente con los tipos de la fase Arenal (500 a. C.-600 d. C.) (Hoopes 1994a) y del período Bagaces (300-800 d. C.) del Pacífico noroccidental de Costa Rica, y con los tipos de las fases La Mula (ca. 200 a. C.-250 d. C.) y Tonosí (ca. 250-500 d. C.) del centro de Panamá, que con cualquier otra cerámica costarricense. Esto indica la posibilidad de que una conexión más cercana pueda volverse aparente con investigación adicional en el norte de Panamá, un área con probables vínculos tanto con el centro del Pacífico de Panamá como con el Caribe colombiano. Tres tiestos pintados de Momil (Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1956: figuras 2-9, 5-7, 8) tienen motivos lineares con rombos, que también aparecen en el diseño del borde de la cerámica y la metalurgia de Diquís; estos tiestos fueron encontrados en los niveles 3 y 4, que corresponden a la porción media de Momil II (sin división de subfases), cuyos estilos de policroma se asemejan a la de Tonosí.

LOS ORÍGENES DE TAIRONA - NAHUANGE

El sitio de Nahuange (también escrito “Neguanje”), localizado en el litoral norte caribeño de la Sierra Nevada de Santa Marta, e identificado y excavado inicialmente por J. Alden Mason en la década de 1920 (Mason 1931, 1936, 1939), ha vuelto a recibir atención (Bray 2003; Langebaek 2003) como un lugar crítico para entender los orígenes de la tradición Tairona Clásica. Sus artefactos de piedra verde y otros rasgos sugieren conexiones con Costa Rica, que ameritan más investigación. Materiales similares a los de Nahuange se identificaron estratigráficamente debajo de depósitos del período Tairona Tardío, en el sitio de Pueblito (Bischof 1969a, 1969b), y aparecieron en el sitio Buritaca 200 (Wynn 1975). La fase Nahuange, que sigue a la Malambo en el Bajo Magdalena, es la base de la cronología cultural posterior de la región de Santa Marta.

Hay un rasgo muy especial de Nahuange que proporciona importantes pistas sobre el desarrollo de la jerarquización, de la complejidad social y de las prácticas religiosas que culminarían en el sacerdocio kogui (Oyuela 2001, 2002). Se trata de que ciertos pendientes de “alas anchas” o de “murciélago-alado”, hechos de piedra verde, que

aparecen por primera vez en tumbas de Nahuange, todavía se usan como campanillas en los bailes de los *mamos koguis* (Reichel-Dolmatoff 1965:149); a ello se suma una clara evolución estilística del “hombre murciélago” en pendientes de tumbaga del período Tairona Clásico (Legast 1987; Looper 1996, 2003; Bray 2003:324), a partir del ejemplo más temprano conocido –la figura femenina de la tumba principal de Nahuange (Bray 2003:figura 11)–. La fecha de 300 d. C. asignada a la tumba se basó en una fecha de 310 ± 70 d. C. (OxA-1577) del núcleo carbonizado del pendiente.

La asignación de una fecha de inicio de 300 d. C. para la fase Nahuange también se apoya en los datos de Buritaca 200 (Wynn 1975), Papare (Langebaek 1986) y Cinto, y Gaira (Oyuela 1986, 1987b). Estos datos han permitido revisar la fecha inicial propuesta por Bischof, 500 d. C., que se basó en comparaciones cerámicas (1969a, 1969b). Se ha hecho durar la fase Nahuange hasta 800 d. C. (Langebaek 2003:258), o hasta 1000 d. C. (Bray 2003:322), sin subdivisiones cronológicas. La fase, entonces, es contemporánea a dos del oriente de Costa Rica: El Bosque (100 a. C.-400 d. C.) y La Selva (400-700 d. C.), y, probablemente, también a la subsiguiente fase Cartago (800-1500 d. C.). Sin embargo, todo esto requiere una revisión cuidadosa, con fechas radiométricas adicionales y buenos contextos. Hay razones para ubicar la mayoría de los depósitos conocidos de la fase El Bosque en fechas más próximas a 300-400 d. C., y la división temporal entre El Bosque y La Selva no es aceptada por todos. De hecho, los rasgos bien datados de Nahuange, El Bosque, y La Selva parecen ser contemporáneos y estar fechados entre los siglos IV y V d. C. (Hoopes 2004).

Los artefactos más distintivos de la tumba central de Nahuange son las asociaciones directas de cerámica pintada en rojo sobre crema (correspondientes al comienzo del Primer Horizonte Pintado en Colombia), varios pendientes de piedra verde y los ejemplos de orfebrería más tempranos para la región de Santa Marta. Algunos elementos de la orfebrería de Nahuange, específicamente los espirales que decoran los extremos de pectorales de oro martillado, recuerdan los ornamentos espirales de la fase Tonosí recuperados de entierros del sitio Cerro Juan Díaz (Cooke y Sánchez 1998; Cooke et ál. 2000), mientras que el diseño se anticipa a los temas más tardíos del estilo de orfebrería Conte, así como al de la cerámica de Macaracas (Hoopes 2004). Las similitudes entre Nahuange y el Pacífico central de Panamá también incluyen las decoraciones curvilíneas de la cerámica rojo sobre crema y el uso de largas cuentas tubulares, generalmente pulidas, y ornamentos de concha. Snarskis hace énfasis en que el oro no aparece en Costa Rica sino hasta 500 d. C. o “muy poco antes” (2003:184).

Los ornamentos de oro no se han encontrado en asociación con el complejo El Bosque, lo que ha llevado a Snarskis a afirmar que hay una marcada transición, desde una

preferencia por ornamentos pulidos de jade verde a una desaparición del jade en favor del oro, alrededor de 700 d. C.; y a datar el período crítico para este cambio entre 400-700 d. C. (2003:175), fechas que corresponden a la fase de La Selva de la costa caribeña de Costa Rica, a las fases Tonosí/Cubitá de Panamá Central, y a la mayor parte de la fase Nahuange, en la región de Santa Marta. Sin embargo, Costa Rica, y no Panamá, es la que presenta analogías más cercanas a la piedra verde pulida de Nahuange (de nephrita y otros minerales, pero no jadeíta), que incluyen seis tallas de figuras humanas en bajorrelieve (figura 4).

Bray (2003) ha notado dos similitudes específicas entre el trabajo de jade o piedra verde de Costa Rica y el de Colombia: a) la práctica de dividir el objeto verticalmente en dos mitades, y b) la práctica de taladrar huecos en los pendientes para suspenderlos vertical y también horizontalmente (2003:327). Dos de los pendientes de Nahuange y uno de Pueblito (2003:figura 14,4-6) presentan ambos rasgos. Se trata de figuras humanas que se suspendían verticalmente, pero las partieron por la mitad y las volvieron a taladrar para colgarlas en forma horizontal. La otra pieza (2003:figura 14,3) se volvió a taladrar después de estar muy usada, pero no fue partida por la mitad. Hay una similitud general entre estas figuras y los objetos de jade verde de Costa Rica, pero más al nivel del contenido que de la forma específica. Los ejemplos colombianos son figuras humanas completas, y no la típica forma del dios-hacha, cuyas analogías en Costa Rica provienen todas de contextos saqueados. Un pequeño motivo nos indica otra conexión. Tres de las figuras humanas femeninas de Nahuange (2003:figura 14,1-3) y otra estrechamente relacionada, pero respecto a cuya procedencia no hay información (Sáenz y Lleras 1999:foto 60), están decoradas con un motivo redondo sobre el abdomen, que también puede verse en las figuras de una placa de oro (Mason 1936:plancha CXLV; Bray 2003:figura 12) y en un pendiente de tumbaga (Bray 2003:figura 11) de la tumba principal de Nahuange. También aparece en una figura femenina (Snarskis 1981:cat. 163, 1998a:plancha 76), en una figura con máscara en jade (Snarskis 1998a:plancha 73), en pendientes sin más decoración, como el de Las Mercedes (Jones 1998:plancha 6), en un pendiente en forma de placa de las tierras bajas caribeñas de Costa Rica (Snarskis, 1981:cat. 167) y en un pendiente bastante reutilizado (Snarskis 1998a:plancha 60). Aunque parece un ombligo exagerado, y hace pensar en estatuillas femeninas en embarazo, puede ser un rasgo ancestral de un motivo encontrado en una figura cerámica masculina del noroeste de Costa Rica (Benson 1981:carátula).

Mesoamérica es todavía considerada la fuente original del uso del jade, una aserción razonable, dada la antigüedad de su uso entre los olmecas y su adoración continuada por parte de los mayas y aztecas, el hecho de que la única fuente geológica conocida esté en el sur de Guatemala (Harlow 1993; Harlow y Sorenson 2001; Seitz et ál. 2001), y la relativa

ausencia de trabajo en piedra verde en el norte de Suramérica. El jade olmeca aparece por primera vez en las tierras bajas de Mesoamérica, aproximadamente, en 800 a. C., con lo cual se establece una anterioridad clara de este material al norte de Costa Rica. Doris Stone (1973) jugó un papel importante en la identificación de Mesoamérica como origen de la iconografía del dios-hacha, después reiterada por Easby (1968) y Snarskis (1984, 1998a, 2003). Este último autor ha hecho énfasis en la similitud entre los dioses-hacha de jade verde de Costa Rica en forma de placa y las placas talladas olmecas.

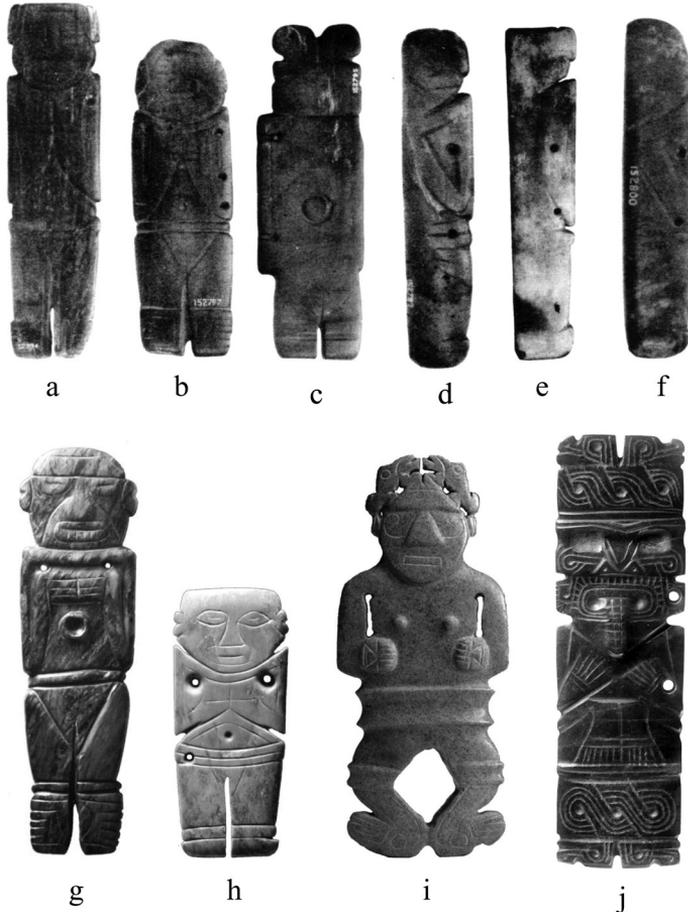


Figura 4. Figuras humanas en piedra verde y jade: a-f) tumba principal de Nahuange, Colombia (Mason 1936:plancha XCII, 1-6); g, h) región de Santa Marta (Sáenz y Lleras 1998:fotos 60-1 y 60-2); i) Hakiuv, Talamanca, Costa Rica (Snarskis 1981:cat. 177); j) procedencia desconocida, Costa Rica (Jones 1998:cat. 52).

Sin embargo, ha sido difícil rastrear una evolución clara de las formas de Costa Rica a partir de los ejemplos olmecas, sobre todo con respecto a las tallas de figuras humanas o de aves que adornan las mitades superiores de estos objetos. También es importante reconocer que ya existía una larga tradición de fabricación de cuentas talladas de piedras duras, como cristal de cuarzo y cornalina, en el norte de Colombia.

En otro trabajo he sugerido que el período principal del uso del jade en Costa Rica fue alrededor de 200-400 d. C. (Garber et ál. 1993), pero más recientemente (Hoopes 2005) he revisado estas fechas y he considerado más probable el lapso entre 300 y 600 d. C., basado en varias líneas de evidencia, entre ellas un reciente estudio de la cerámica del cementerio de Las Huacas, en el noroeste de Costa Rica (Heckenberger y Watters 1993), donde varios dioses-hacha de jade fueron encontrados in situ. El uso extendido del jade, y de dioses-hacha en particular, fue entonces contemporáneo con los artefactos de piedra verde de la tumba principal de Nahuange, que a su vez representa el inicio de la tradición cultural Tairona (Bray 2003; Langebaek 2003). ¿Hay una relación directa entre los pendientes de figuras humanas de Nahuange y los pendientes de Costa Rica? Quizás. ¿Es posible que una forma se derive de la otra? Esto no se puede saber aún. El argumento más fuerte a favor de un origen en Costa Rica es la mayor variedad y la abundancia de jade y piedra verde en ese país, en contraste con su rareza extrema en Colombia. Los pendientes de Costa Rica, hechos en jadeíta, representan una intensidad mucho más alta en la producción, y un mejor dominio del material. Las tallas son más profundas y el pulido más brillante, lo que requiere una mayor inversión de trabajo. Por ejemplo, se taladraron orificios en diversas partes de los diseños de pendientes de Costa Rica, mientras que en los ejemplos de Nahuange solo se taladraron agujeros para suspensión. Los pendientes de Costa Rica son más naturalistas, con una elaboración más detallada de las caras y otras partes del cuerpo, mientras que la postura y el estilo de todos los ejemplos de Nahuange son muy uniformes. Los pendientes de Nahuange son femeninos, mientras que el sexo de las piezas antropomorfas de Costa Rica normalmente no está indicado. Es necesario comparar directamente los artefactos para poder evaluar las técnicas de fabricación; sin embargo, las formas rectangulares de algunos ejemplos publicados de Nahuange hacen pensar en pre-formas simples de piedra verde, de un tipo que también parece haber servido para hacer los pendientes alados. Los dioses-hacha costarricenses típicamente eran hechos sobre placas, aunque también se trabajaron pre-formas tabulares para hacer los pendientes. No hay ninguna analogía clara. A pesar de las diferencias en los estilos y materiales, es difícil descartar una relación entre los pendientes de Nahuange (Bray 2003:figura 14-3) y los de Costa Rica (Snarskis 1998a:plancha 60). Si es que están relacionados, la evidencia favorece un origen costarricense en lugar de uno colombiano, tanto para la “inspiración” como para los patrones de uso.

LOS PENDIENTES ALADOS

Estos son otra clase de artefactos que se han citado como evidencia de una relación entre el istmo y el norte de Colombia (figura 5). Los ejemplares de estos pendientes provienen de contextos arqueológicos de Momil, Nahuange, Pueblito y otros sitios en Colombia. Muchos otros provienen también de contextos tardíos en Venezuela y las Antillas. Se han encontrado in situ en Panamá Central, pero no en Costa Rica. Todo ello ha dificultado poder establecer relaciones cronológicas. Snarskis cree que los ejemplares del istmo anteceden a los colombianos por varios siglos (1998a:90). En Costa Rica los pendientes horizontales en forma de murciélago parecen ser contemporáneos o más tardíos que los dioses-hacha verticales, según indica un ejemplo de un hacha pulida que antes ya había sido taladrada para suspenderla verticalmente, a la que se le hicieron incisiones que representan un murciélago y agujeros para suspenderla en forma horizontal (Snarskis 1998a:plancha 61). Los ejemplares colombianos son muy estilizados, y solo pueden reconocerse como murciélagos cuando llevan incisiones, mientras que los pendientes costarricenses son más naturalistas. El diseño de una cabeza grande entre “alas” sugiere que los pendientes costarricenses y colombianos podrían remontarse, finalmente, a objetos como el pectoral de cuarcita de Dumbarton Oaks, un objeto olmeca en su manufactura, pero redecorado con glifos mayas alrededor de 100 d. C. (Coe 1966).

En Colombia hay pendientes alados hechos tanto de piedra como de cerámica. Ejemplares de estos materiales provienen del nivel 12 de Momil (Ia) (Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1956:lámينا XIX, 3, 5, 6), y de los niveles 9 y 10 de Momil (Ib y Ic) (1956:lámينا XXVII, 12, 13).

La forma cóncava en la porción de la suspensión de uno de los ejemplares cerámicos (Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1956:lámينا XIX, 6) se parece a los pendientes de piedra de Nahuange y de Pueblito (Mason 1936:planchas LXXXV y LXXXVI), en una forma que todavía no se encuentra en Centroamérica. Sin embargo, el elemento de suspensión de los ejemplos de piedra más tempranos es similar al de un pendiente de procedencia desconocida, pero reportado como de las tierras bajas caribeñas de Costa Rica (Snarskis, 1998a:plancha 86), y puede ser predecesor de los elementos de pendientes de ágata mucho más tardíos de las tumbas 6, 13 y 19 de Sitio Conte (Lothrop 1937:plancha IIIa, i-k). Lothrop (1937:164) fue el primero en señalar las similitudes entre los pendientes alados de Panamá y los pendientes de murciélago horizontales, tallados en jade, de sitios como Las Huacas, en el noroeste de Costa Rica (Hartman, 1907:plancha XLIV, 6, 7). Es clara la asociación de los pendientes de alas anchas con cerámica

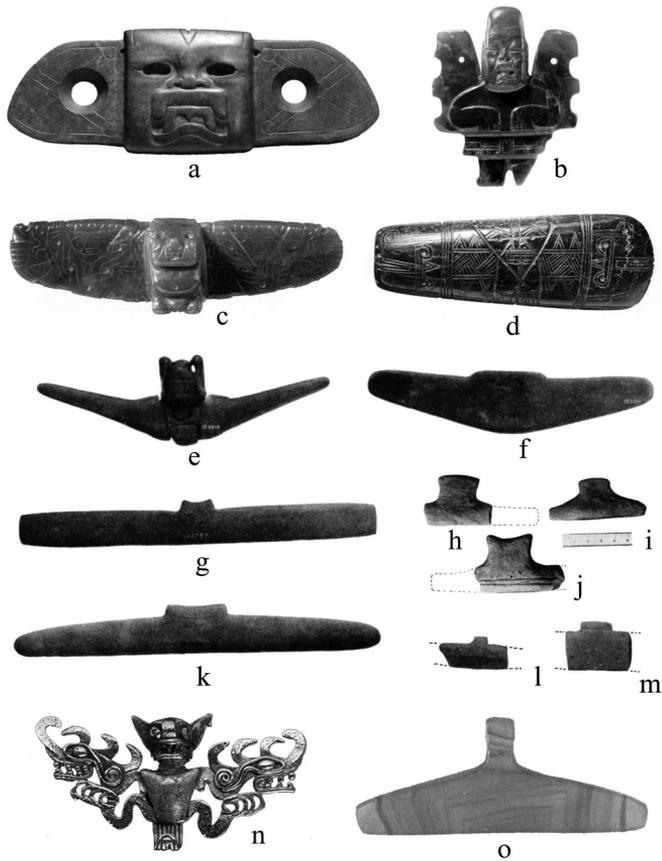


Figura 5. Objetos alados de piedra verde, jade y oro. a) Pectoral olmeca de jade, procedencia desconocida, colección Dumbarton Oaks (Schele y Miller 1986:plancha 32); b) pendiente olmeca de jade, Costa Rica (Snarskis 1998:plancha 23); c) pendiente de jade en forma de murciélago, Costa Rica (Snarskis 1998:figura 48); d) hacha de jade con diseño de murciélago, Costa Rica (Snarskis 1998:plancha 61); e) pendiente de piedra verde en forma de murciélago, Taganga, Colombia (Mason 1936:plancha XC-1); f) pendiente alado de piedra verde, Nahuange, Colombia (Mason 1936:plancha XC-3); g) pendiente alado de piedra verde, Nahuange, Colombia (Mason 1936:plancha LXXXVI-1); h-j) fragmentos de pendientes alados de cerámica, Momil, Colombia (Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1956:lámينا XIX, 3, 5 y 6); k) pendiente alado de piedra verde, Nahuange, Colombia (Mason 1936:plancha LXXXVI-7); l, m) fragmentos de pendientes alados de piedra, Momil, Colombia (Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1956:lámينا XXVII, 12 y 13); n) pendiente murciélago de tumbaga, Sitio Conte, Panamá (Hearne y Sharer 1992:plancha 19); o) pendiente alado de ágata roja, Sitio Conte, Panamá (Lothrop 1937:plancha IIIi).

pintada y orfebrería tempranas de Nahuange. En el entierro principal se encontraron ejemplos, junto con estatuillas humanas de piedra verde, dentro de un ofrendatario pintado en rojo sobre blanco (Mason 1936:plancha LXXXVI, 1, 7). La presencia de fragmentos de pendientes alados en Momil Ia-c, junto con la pintura rojo sobre blanco en Momil tardío, sugieren una relación temporal con Nahuange en la porción media de la ocupación del sitio.

Los ejemplares del istmo difieren de los colombianos en varios aspectos. Los de Sitio Conte tienen alas muy aguzadas, mientras que los de Nahuange y Pueblito tienen alas ensanchadas. Lothrop notó que los pendientes de ágata de Sitio Conte habían sido decorados por el fuego, pero esto no se ha registrado en otra parte (1937:163). Los ejemplos costarricenses más estrechamente relacionados con los de Pueblito son los ilustrados por Hartman (1907:plancha XLI, 1, 4, 9), pero estos tienen alas mucho más cortas y se suspendieron por un par de agujeros que los atraviesan. También de esta clase son los ejemplos con cabezas dobles (Hartman 1907:plancha XXXVIII, 1, 2, 4, 5).

La asociación con murciélagos, explícita en varias piezas costarricenses, es invisible en las formas tardías de Sitio Conte; sin embargo, los pendientes de Nahuange y Pueblito indican murciélagos estilizados con incisiones. ¿Podremos rastrear una serie desde las formas naturalistas a las puramente estilizadas? Esto sugeriría que los pendientes estilizados de Nahuange se derivaron históricamente de formas costarricenses. ¿Si no, cómo es que los escultores costarricenses asociaron esta forma horizontal con murciélagos? Dado el papel central de los “hombres murciélagos” en la iconografía tairona (Bray 2003; Legast 1982; Looper 1996, 2003), y el uso de pendientes en los brazos por parte de los danzantes koguis (posiblemente para evocar el vuelo de murciélagos), parece haber una relación entre el papel de los murciélagos en la mitología indígena de la creación en Colombia y los significados de los pendientes de jade en Costa Rica. Sin embargo, sin contar con información de proveniencia o con asociaciones bien fechadas para las formas costarricenses, es difícil asignarles un orden cronológico. Los pendientes murciélagos son piezas a menudo reutilizadas de otros ornamentos de jade, práctica que pudo haber sido una respuesta a estímulos externos.

En general, la gran abundancia de jade y de artefactos de piedra verde en Costa Rica sugiere fuertemente que las formas colombianas se derivan de las del istmo; sin embargo, este no siempre fue el caso. Los animales de cola enroscada fundidos en tumbaga parecen haber sido copiados en piedra verde en Costa Rica: están “entre los últimos jades tallados en Costa Rica, probablemente entre el 500 y 700 d. C.” (Snarskis 1998b:89). En el modelo de Snarskis estos objetos deben haber sido copiados de los ejemplares en oro importados, y no al contrario. Algunos de estos pendientes parecen

haber sido importados directamente desde la región quimbaya (Snarskis 1981:cat. 187; Stone y Balser, 1965). Si este proceso ocurrió durante el período de uso del jade verde, parece también posible que diseños como los de los pendientes alados se movieran de sur a norte.

LOS ORÍGENES COLOMBIANOS DE LAS TUMBAS DE CAJÓN DE PIEDRA COSTARRICENSES

La tumba de cajón de piedra de Nahuange también es sugestiva de una conexión con el istmo, aunque los ejemplos más tempranos están en Colombia. Tumbas rectangulares demarcadas con cantos de piedra son típicas del complejo El Bosque, que incluye cementerios con múltiples tumbas “de corredor” en los sitios de La Montaña (Snarskis 1978) y Severo Ledesma (Snarskis 1984). Tumbas delineadas con piedras, con fechas de 300-600 d. C., también han sido reportadas para la región de Arenal (Hoopes y Chénault 1994); sin embargo, ninguna de ellas está construida como caja o cajón con piso de piedra y paredes, o tapa. La tumba de Nahuange fue descrita de la siguiente manera:

En el centro exacto del montículo de tierra y bajo su cúspide se encontró una excelente tumba de cajón de piedra, localmente conocida como bóveda. Los lados están compuestos de varios bloques de piedra verticalmente colocados como columnas, siete a cada lado y al parecer enterrados unas pulgadas bajo el piso de la tumba. En ambos extremos, hacia pies y cabeza, las columnas han sido reemplazadas por grandes bloques rectangulares con las caras internas alisadas. Estos dos bloques colocados a cada extremo no alcanzan el techo de la tumba, que estaba compuesta de muchas piedras irregulares similares a las columnas verticales que forman los lados de la tumba en cuyos bordes descansaban las piedras del techo. Se amontonaron doce de ellas horizontalmente, una sobre otra, de forma paralela y transversa al diámetro más largo de la tumba. (Mason 1931:33)

Esta notable construcción indica un esfuerzo centralizado para honrar al difunto, un individuo de alto estatus y de autoridad. ¿Tiene esto algún precedente en Costa Rica? A pesar de que hay evidencia para entierros contemporáneos en tumbas de montículos de rocas, no hay ninguna analogía contemporánea clara en Costa Rica para la tumba de cajón de piedra de Nahuange.

Aunque es concebible que tumbas hechas de madera en Costa Rica puedan haber precedido a las tumbas de piedra del norte de Colombia, no hay ninguna evidencia de esto. Sin embargo, los cajones de piedra (que se llaman “tumbas de cajón” en Costa Rica y “tumbas de cancel” en Colombia) sí se vuelven una forma ubicua después de varios

siglos. Alrededor de 700 d. C., una forma de tumba no solo con paredes, sino también pavimentada con un piso de piedra, y con techo de lajas planas, se vuelve una de las características que definen la fase La Cabaña en las tierras bajas caribeñas, y la fase Cartago, en las regiones montañosas centrales. Este tipo de entierro se encuentra tan al oeste y al norte como la cordillera de Tilarán, donde se usó en el cementerio de El Silencio, cerca del lago Arenal, durante la fase El Silencio (800-1300 d. C.) (Bradley 1984). Cientos de ejemplos de tumbas de cancel se han encontrado en Costa Rica en sitios como Chircot y Orosi (Hartman 1901), El Cristo (Blanco 1983) y Aguacaliente (Vázquez 1984). El más grande y “monumental” de los ejemplos conocidos es el del sitio de Rodríguez, cerca de la cúspide del volcán de Irazú, con fecha de 1000 d. C., donde se usaron piedras de hasta 700 kg como techo de la tumba (Snarskis 1992:157).

La aparición de tumbas de cancel en Costa Rica es un elemento del modelo de Snarskis sobre la “influencia del sur”; este autor notó que la tumba de cancel también se usó en el Alto Magdalena, en Colombia, donde las tumbas de esta forma están asociadas a la cultura San Agustín del período Clásico Regional (1-900 d. C.). Las fechas de radiocarbono sugieren que estas últimas pueden haber sido aún más tempranas que la tumba de Nahuange. ¿La aparición de tumbas de cancel en Costa Rica es un desarrollo de las formas más tempranas de El Bosque, o es un patrón que se difundió de sur a norte, vía Santa Marta, desde un origen temprano en el Alto Magdalena, o un desarrollo independiente de los patrones de Colombia? Estas cuestiones solo podrán ser contestadas cuando se entiendan mejor la cronología y el contexto regional más amplio.

El argumento de que las tumbas de cancel costarricenses se derivan de las tumbas de cancel colombianas tiene méritos, pero requiere más evidencias que lo apoyen. Parte de la reticencia de Snarskis para proponer conexiones específicas se debe a una cronología imprecisa. Este autor hace notar que los elementos arquitectónicos y mortuorios de San Agustín se han fechado en “los primeros siglos después de Cristo, y muchos de estos centros ceremoniales importantes con su impresionante escultura de piedra estaban abandonados para el período V [500-1000 d. C.]” (1984). Esto es técnicamente correcto. Sin embargo, una cronología revisada para el período Clásico Regional sugiere que cambios significativos en el Alto Magdalena no ocurrieron sino hasta 900 d. C. –la fecha final de este período–. Algunas de las tumbas del Alto Magdalena son notablemente similares a las del oriente de Costa Rica (Duque y Cubillos, 1979), pero han sido datadas varios siglos antes. Otras pueden ser contemporáneas, y ello aumentaría su probabilidad de difusión, pero esto no puede asegurarse hasta que haya un mejor manejo de las subdivisiones cronológicas del período Clásico Regional. Es importante anotar que aún quedan por proponerse los mecanismos mediante los cuales las formas de tumbas se

habrían difundido desde Alto Magdalena hacia Costa Rica, durante un período de unos siete siglos o más.

Al contrario del patrón común en San Agustín (Drennan 2000), la tumba de Nahuange era rica en ajuar funerario. Su fecha, 300 d. C., precede a las tumbas de cajón de piedra costarricenses, pero la fase de Nahuange persiste hasta 700 o 1000 d. C. (dependiendo de las fuentes). Esto justificaría preferir a Santa Marta sobre el Alto Magdalena como la probable fuente de difusión de esta forma de tumbas a Costa Rica, salvo por un hecho significativo: el entierro de Nahuange es excepcional en su riqueza y no tiene ningún paralelo en otros sitios del período Nahuange (Langebaek 2003). No representa un patrón extendido, sino una ocurrencia relativamente rara. Por otro lado, hay varios sitios en Costa Rica, incluso en Las Huacas (Hartman 1907), La Fortuna (Stone y Balser 1965) y Tibás (Snarskis 1979), donde se han reportado tumbas “ricas” de un período contemporáneo. Si hay una conexión entre la tumba principal de Nahuange y los patrones culturales del istmo, quedaría aún por demostrar en qué dirección se estaba moviendo la “influencia”.

Queda también por probarse si los poderosos chamanes o sacerdotes de San Agustín influenciaron el istmo o el norte de Colombia, aunque hay algunas similitudes intrigantes en los temas de la escultura lítica de San Agustín y de la escultura de piedra y de jade del oriente de Costa Rica que merecen más investigación. Después del período del uso de las tumbas monumentales, en el Alto Magdalena la época de San Agustín fue seguida por la expansión de varios centros cacicales centralizados, después de 900 d. C. En la Sierra Nevada de Santa Marta se desarrolló el centro tairona de Buritaca 200 hasta poco antes de la llegada de los españoles, cuando Pueblito permanecía ocupado. En Costa Rica, sitios con tumbas ricas y arquitectura monumental, como Guayabo y Rivas (Quilter y Blanco 1995; Quilter 2004), continuaron ocupados hasta, por lo menos, el siglo XIV. Es probable que ciertos elementos de la cosmología temprana sobrevivieran en las culturas tardías por toda la zona, y se pueden encontrar en las fuentes etnohistóricas y en la mitología indígena viva.

LAS CONEXIONES DEL PERÍODO TARDÍO (500-1500 D. C.)

¿Hay alguna razón para sospechar un origen de los taironas y de sus descendientes en el istmo centroamericano?; ¿hubo interacción continuada a largo plazo entre Santa Marta y Costa Rica? El problema de los orígenes de las poblaciones taironas es todavía una pregunta abierta. No hay ninguna muestra de ADN de restos humanos antiguos, y los únicos estudios disponibles se basan en personas vivas. La lingüística histórica sugiere que el foco de dispersión de las lenguas chibchas se localizó en el istmo

centroamericano (Constenla 1991, 1995), en el oriente de Costa Rica y el occidente de Panamá. Esta hipótesis tiene algún apoyo en la genética chibcha, que también indica un origen autóctono antiguo para los grupos hablantes del chibcha en Costa Rica y Panamá (Barrantes et ál. 1990). La genética comparativa, que ha usado muestras de ADN mitocondrial (pero no nuclear) de los koguis e ikas, indica afinidades claras entre las poblaciones de la región de Santa Marta y las del istmo (Melton 2005) alrededor de 8000-7000 AP (aún con grandes rangos de errores en la estimación).

Hay buenas razones para ser escépticos sobre el modelo de Snarskis acerca de la difusión de formas de casa redondas a Costa Rica desde América del Sur. Hay pocas plantas de casa rectangulares identificadas en Costa Rica, y estas provienen exclusivamente de un área limitada. Los ejemplos de casas con entierros subterráneos en Severo Ledesma requieren de una publicación completa para ser evaluados adecuadamente, sobre todo con respecto a las fechas (parece improbable que los mismos cimientos fueran usados durante trescientos años!). El piso de vivienda más temprano excavado en Costa Rica es anterior a 1800 a. C., y tiene cimiento redondo (Bradley 1994; Hoopes 1994c), marcado por postes, no por piedras. Stirling (1969) reportó un cimiento redondo de piedra, en Melcocha, con una asociación de jade cuya fecha de radiocarbono es de 144 d. C. (no corregida), varios cientos de años antes del cambio propuesto por Snarskis. Hay estructuras rectangulares en Guayabo y otros sitios, aunque las estructuras redondas predominan. El mayor problema es que los datos sobre formas de casas antes de 700 d. C. son muy limitados en Costa Rica. Es justo anotar que lo mismo sucede en Panamá y en Colombia.

“El argumento de una relación especial sería más fuerte si pudieran identificarse piezas costarricenses en Colombia, pero hay muy pocos objetos en la zona tairona que puedan indicar contactos directos” (Bray 2003:330). Entre estos se cuentan unos pendientes-cuchara de concha –fabricados, quizás, para el uso de alguna medicina– que son piezas que “difícilmente podrían haberse inventado dos veces” (2003:331). Estos objetos fueron hechos de cerámica en Costa Rica (Stone 1977:158, figura 212b) y de piedra en Colombia (Mason 1936:205-207), aunque hay un objeto similar hecho de oro, también de Colombia (Plazas 1987; Bray 2003:figura 16). Las fechas de estos objetos son desconocidas, aunque su posible asociación con un cementerio fechado en ca. 300-500 d. C. en Costa Rica (Baudez y Coe 1966) y con el período Nahuange en Santa Marta sugiere que estarían asociados a un período de actividad religiosa común a toda la gran región, alrededor de 300-600 d. C. (Hoopes 2005). Sin embargo, el descubrimiento de ejemplares similares requerirá de una cuidadosa búsqueda por parte de los especialistas en colecciones costarricenses y colombianas.

ASENTAMIENTOS DEL PERÍODO TARDÍO EN SANTA MARTA Y COSTA RICA

El período posterior a 1000 d. C. en el oriente de Costa Rica se caracterizó por el desarrollo de varios sitios con una arquitectura de casas de cimientos redondos, hechos de piedras de río y cantos rodados, que se parecen a los pueblos taironas contemporáneos de la Sierra Nevada de Santa Marta. Entre aquellos se encuentran: (en las tierras bajas del Caribe) Las Mercedes, Nuevo Corinto, Anita Grande, Williamsburg y La Cabaña; (en la meseta central) Guayabo, Aguacaliente y La Fábrica; (en el norte de Costa Rica) Cutrís y Cubujuquí; (en el Pacífico central) Pozo Azul y Jesús María; y (en el General/Diquís) Rivas, Murciélago y Grijalva II. La mayoría tiene una ocupación principal fechada después de 1000 d. C., aunque con ocupación inicial de varios siglos antes. La Fábrica, denominado así por estar localizado en terrenos de la Fábrica Nacional de Licores, en Grecia, Costa Rica, parece tener el ejemplo más temprano de casas con cimientos circulares de piedra, con fecha de unos 700 d. C. (Snarskis 1984:156, 2003:178). Sin embargo, este importante sitio no se ha documentado de forma completa. Los sitios bien documentados son Guayabo (Aguilar 1972; Fonseca 1981; Troyo 2002) y Rivas (Quilter y Vargas 1995; Quilter 2004). Vale la pena resaltar algunas de las similitudes y diferencias, anticipándonos a un análisis más detallado que, en el futuro, corresponde sobre todo a investigadores con conocimiento de primera mano de los sitios de Costa Rica y Colombia.

Ninguno de los sitios costarricenses conocidos supera el tamaño de Buritaca 200 (26 ha), Pirámide (20,2 ha) o Nulicuandecue (13 ha) (Soto 1988:150), aunque sitios hoy muy dañados, como Las Mercedes, Williamsburg y Aguacaliente, pueden haber cubierto áreas similares. Se ha dicho que Guayabo, cuya ocupación máxima habría tenido lugar hacia 800-1300 d. C., tendría un área, aún por mapear, que se extiende por unos 12 km en el filo de la loma. La porción mapeada del sitio consiste en casi cincuenta estructuras, distribuidas en un área de unos 400 m de largo por 200 m de ancho, con un centro ceremonial de unos 8.000 m². La estructura más grande, Montículo 1, se construyó con cuatro muros de contención concéntricos y redondos, que miden de 14 a 30 m de diámetro y están separados por distancias de cerca de 1 m. Murciélago fue descrito como un sitio de 4 km², dividido en seis sectores de 1 a 6 ha cada uno (Drolet 1984:258). Sus estructuras más grandes eran de 30 a 35 m de diámetro, y se estima que tuvo un centro ceremonial de unos 5.000 m². Se piensa que Rivas, ocupado desde 800/900 d. C. hasta 1300/1400 d. C., cubría unos 2 km², la mitad del tamaño de Murciélago, pero su centro ceremonial cubriría unas 6 ha y sus cimientos residenciales más grandes tenían unos 25 m de diámetro (Quilter 2004). Calcular la población de los sitios costarricenses es difícil, debido a su cartografía incompleta o a su poca preservación. Se estima que Buritaca 200, el sitio tairona más grande que

está bien conservado, tenía una población máxima de 1.700 individuos (Soto 1988:150). Esta cifra es similar a la de 2.000, estimada para los pueblos más grandes del oriente de Costa Rica en el momento del contacto español (Ibarra 1990).

Aunque presentan gran variación, que probablemente corresponde a funciones cívicas y ceremoniales diferentes, los sitios costarricenses se parecen a los sitios taironas con respecto a: a) localización en la selva húmeda tropical; b) cimientos de casas de formas redondas, construidos de piedras y cantos rodados; c) uso de caminos y escaleras de piedra; d) localización de los sitios sobre filos de lomas; e) organización de los sitios de acuerdo a la topografía natural, y no a un esquema artificialmente impuesto; y f) control del agua a través de acueductos, canales, y depósitos. Por ejemplo, el ambiente natural de Guayabo (figura 6), que está localizado en un filo estrecho, a una altitud de 1.100 metros en un denso bosque lluvioso de hojas perennes, con unos 3.500 mm de precipitación, recuerda al de varios sitios taironas. A diferencia de los grandes sitios de Mesoamérica y de los Andes Centrales, que tenían orientaciones marcadamente astronómicas, la mayoría de los sitios costarricenses y de los poblados taironas se orientaron según las formas de las lomas y sus desagües¹. Guayabo, en particular, pudo haberse orientado hacia la cúspide del volcán de Turrialba. Los sitios costarricenses y los poblados taironas crecieron, claramente, de forma gradual, con nuevas casas añadidas con el tiempo alrededor de un sector central, y con pocas evidencias de una planificación central a largo plazo.

Algunas de las diferencias principales entre los sitios costarricenses y los taironas son la presencia, en los primeros, de a) caminos de piedra que sirven de entrada formal al sector central del sitio, b) amplias áreas con piso de piedra alrededor de los montículos principales, c) esculturas de piedra antropomórficas tridimensionales, d) tumbas de cajón de piedra dentro de las casas y e) cementerios aislados. Los sitios taironas difieren de los costarricenses en que tienen a) terrazas agrícolas y arquitectónicas y b) poca evidencia de tumbas, entierros o cementerios de personas de alto estatus. En Guayabo, por ejemplo, Anastasio Alfaro (1893) excavó grandes tumbas con cajones de piedra y elaboradas esculturas de piedra, acompañadas de metates, asientos y tabloncillos de piedra decorados con figuras animales. El cementerio de Rivas, intensamente saqueado, parece haber sido sumamente rico en oro (Quilter 2000). Estos rasgos pueden haber estado también presentes en los sitios del Tairona Tardío, pero muchos han sido, indudablemente, destruidos debido al intenso saqueo, o han permanecido ocultos por los ocupantes indígenas de la región.

1 Los cimientos principales de Buritaca 200, sin embargo, sí muestran una orientación general en sentido sur-norte.

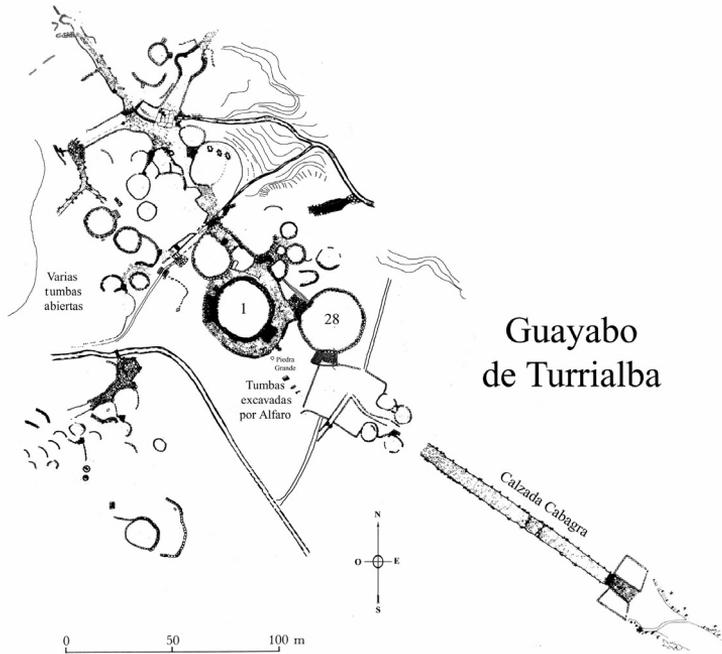


Figura 6. Mapa de Guayabo de Turrialba, Costa Rica. Dibujo del autor basado en las figuras de Aguilar (1972) y Fonseca (1981).

Hay evidencias más claras de una ocupación a largo plazo en los sitios costarricenses que en los sitios taironas. Guayabo tiene evidencia de un largo período de ocupación, que empieza con la fase Barva del Formativo Temprano (ca. 1000 a. C.) y continúa a través de las fases El Bosque (1-400 d. C.) y La Selva (400-700 d. C.), con el período de ocupación principal con posterioridad a 1000 d. C. El Montículo 1 se construyó sobre una estructura más temprana, cuya forma específica se desconoce, pero estaba asociado a cerámica de El Bosque y La Selva, fechada en 1-700 d. C. Una significativa ocupación de la fase Pavas (300-500 d. C.) es evidente en La Fábrica. Situación análoga a la presencia de material contemporáneo de la fase Nahuange en Pueblito y Buritaca 200, aunque no está claro si este último tiene fechas de antes de 300 d. C. Algunos patrones comunes indican el surgimiento de sitios nucleados en Costa Rica y en Colombia alrededor de 500 d. C., y favorecen la noción de que estos eran el resultado de fenómenos asociados

con la formalización del personal religioso y sus prácticas (Hoopes 2004; Oyuela 2001, 2002).

Una de las principales diferencias entre los sitios costarricenses y los taironas está en el uso de la escultura en piedra. Una gran cantidad de esculturas de piedra fueron encontradas en Las Mercedes, incluidas esculturas de figuras humanas que estuvieron localizadas sobre la cima del montículo central (Hartman 1901:9). También se encontraron estatuas de estas en Anita Grande (Skinner 1926). Un grupo de tres figuras humanas, una masculina acompañada por dos femeninas, las tres desnudas, se encontró in situ al lado de la pared de una tumba de cajón de piedra, cerca de la base de Montículo 1, en Guayabo. Una de las figuras femeninas sostenía una cabeza-trofeo, mientras que la figura masculina, con una cara felina por detrás de su cabeza, sostenía sus órganos genitales (Trovo y Garnier 2002:93-94). Estas figuras tienen pocas analogías en Colombia. Sin embargo, hay una escultura de piedra del sitio Quebrada Valencia, en la Sierra Nevada de Santa Marta, que Alicia Dussán de Reichel (1967) interpretó como similar a las esculturas *del Sukia*, del oriente de Costa Rica (Mason 1945:plancha 43). Bray (2003:figura 15) interpreta una protuberancia en la mejilla izquierda de la figura como una representación de masticación de la coca, una práctica que permanece todavía poco documentada para Costa Rica, y como evidencia de fabricación en Colombia. Las costillas sobresalientes y la posición de los brazos también son atípicas. Aparte de este ejemplo, la escultura de piedra no parece haber sido hecha o usada por los taironas.

Otra diferencia entre los sitios costarricenses y los taironas es la creación de un aparente espacio ritual. El sitio de Guayabo, con una calzada empedrada que comunica a los montículos principales, y con acueductos y depósitos cuidadosamente diseñados, parece haber sido construido como un espacio ritual. Aguilar (1972) sugirió que esta era la residencia de famosos chamanes que gozaban de gran prestigio a lo largo de la región. Esto es aparente en la ausencia de estructuras a lo largo de los 150 m de largo y 6,5 m de ancho del camino de la “Cabagra” (Garnier y Trovo 2002:65). Este continúa como un camino más pequeño que une a Guayabo con un cementerio localizado a unos 1,5 km. Lo mismo parece aplicarse a Rivas, aunque el cementerio de personas de alto estatus del Panteón de la Reina está mucho más cerca. Quilter notó que los metates completos y otros artefactos que indicarían prácticas domésticas cotidianas están eminentemente ausentes, y sugiere que Rivas funcionó principalmente como un centro ceremonial, cuyas actividades principales eran fiestas y entierros de personas de alto estatus (Quilter 2004:91). Aunque esta hipótesis requiere un análisis más detallado, el modelo en Costa Rica parece haber sido de asentamientos dispersos combinados con centros regionales dedicados a las prácticas religiosas y mortuorias, incluidos sitios que pueden haber

servido durante siglos como lugar de entierro especial para varios linajes de una amplia región. Este modelo recuerda los patrones de asentamiento del período Clásico Regional en el Alto Magdalena (Drennan 2000), aunque las formas específicas de las casas en Costa Rica son más similares a las del período Tairona Tardío.

El grupo indígena histórico kogui puede proporcionar algunas pistas para entender estos patrones. Es posible que cada uno de los sitios representara la base de un sacerdocio, de manera similar a los asentamientos usados para el entrenamiento de los *mamas koguis* (Reichel-Dolmatoff 1976). Sin embargo, las continuidades históricas entre los grupos tairona y kogui deben ser analizadas críticamente (Uribe 1997). La etnografía comparativa y la etnohistoria de Costa Rica y de Colombia deben ser una prioridad en la investigación. La filiación étnica de Guayabo es desconocida, pero Hurtado (2002:30) sugiere que estos eran los antepasados de las poblaciones cabécares vivientes que ahora ocupan los asentamientos de Hekwi (Pacuare), Tayni (Estrella), Chirripó y Teribe, habiendo sido desplazados al oriente por los eventos de la Conquista. Los cabécares de Chirripó también son candidatos plausibles para ser los descendientes de los antiguos ocupantes de Rivas, aunque también deben considerarse Boruca y Teribe. Sitios como Aguacaliente eran, probablemente, ocupados por los antepasados de los grupos guarcos históricos del valle de Reventazón, conocidos como huetares, mientras que los grupos de Voto y Bribri pueden considerarse las mejores analogías de los antiguos ocupantes de Las Mercedes. Cuentas de collar de vidrio en tumbas indígenas indican que Las Mercedes y Aguacaliente continuaron siendo usados durante las fases iniciales de la Conquista española. Esto aumenta las esperanzas de establecer las filiaciones étnicas de sus habitantes. Como ya se ha mencionado en otra parte, los estudios lingüísticos y genéticos de las poblaciones chibchas deben ser complementados con una arqueología meticulosa, para poder establecer las identidades antiguas de manera convincente (Hoopes y Fonseca 2003).

CONCLUSIÓN

La interpretación del registro arqueológico en Costa Rica y Colombia es, por muchas razones, un gran desafío. En primer lugar, más de un siglo de saqueos ha sacado miles de artefactos de sus contextos originales, y los propios depósitos han resultado destruidos en el proceso. La incapacidad para asignar fechas exactas a artefactos que contienen importante información ha dificultado nuestra comprensión de la cronología, y ello ha resultado en una profusión de fases muy largas sin subdivisiones internas, como las (conservadoramente definidas) fases Nahuange (300-1000 d. C.)

y El Bosque (300 a. C.-400 d. C.), de setecientos años, y el período Clásico Regional (1-900 d. C.). Esta situación puede remediarse con la excavación meticulosa y con abundantes fechas de radiocarbono, como han demostrado Cooke y sus estudiantes para Panamá Central, pero la tarea será exitosa solo donde haya habido un período prolongado de cambio regular en los estilos y tecnologías. Es esencial, para la región del istmo y de Colombia, realizar dataciones cruzadas, para que las secuencias sean puestas a prueba, sobre todo en el contexto de una perspectiva regional amplia. Parecería extraño si no estuviera ocurriendo una interacción regular, sobre todo por vía acuática, en el mundo circuncaribe.

La comunicación entre el istmo centroamericano y el norte de Colombia es más antigua que las fases de El Bosque o de Nahuange. En mi disertación doctoral y en publicaciones subsecuentes (Hoopes 1987, 1992, 1994b, 1994c) indiqué ciertas similitudes entre las cerámicas de Barlovento y Canapote, y la de complejos costarricenses tempranos como Chaparrón, La Montaña, Naranjo y Tronadora. Las fechas de radiocarbono asociadas con los primeros tres complejos costarricenses se habían interpretado, inicialmente, como posteriores por varios siglos a Barlovento y Canapote. Sin embargo, la interpretación más reciente sugiere que las cerámicas costarricenses más tempranas pueden ser aproximadamente contemporáneas de esos complejos colombianos y de Malambo, así como de otros conjuntos de artefactos relacionados con fechas de antes de 500 a. C. y que probablemente se remontan a 2000 a. C. Dada la gran antigüedad de la cerámica de San Jacinto (Oyuela 1987a, 1995), la tecnología cerámica inicial en Costa Rica debió ser desarrollada independientemente, o bien se difundió de sur a norte, desde Colombia o desde el occidente de Panamá (Cooke 1995). Los recientes descubrimientos de cerámica formativa temprana en asociación con fechas del segundo milenio a. C., en Black Creek, Costa Rica (Baldi 2001), sugieren que la gente de la costa caribeña puede haber jugado un papel crítico en la transmisión de ideas o, incluso, en el transporte de vasijas de cerámica a lo largo del istmo centroamericano. Nuevos datos del norte de Panamá (Griggs, comunicación personal) confirman la presencia de Monagrillo y, quizás, de estilos cerámicos más tempranos. La publicación de estos datos será una contribución significativa a la interpretación del litoral caribeño del sur de Centroamérica, que permanece aún poco conocido.

Aunque no existen secuencias locales muy precisas, varias líneas de evidencia señalan el período de 300-600 d. C. como clave para el desarrollo de la desigualdad social (Hoopes 2005). En otra parte he sugerido que esto puede haber sido el resultado de la concreción de conjuntos de mitos y prácticas al servicio de ciertos custodios de la tradición, formalizados en un proceso que Oyuela (2001, 2002) llama rutinización,

y que él asocia con la aparición de sacerdocios similares a los que persistieron en la forma de los *mamos koguis*. Este período de cambio social, probablemente, no estuvo marcado por grandes migraciones del istmo al norte de Colombia, o viceversa. Pudo haber, sin embargo, movimientos de individuos y de sus familias extendidas que pueden haber sido incorporados a la mitología como héroes de la cultura y guardianes de la tradición, y pueden haber fundando linajes al tiempo que se formalizaban los mitos de creación. En la ausencia de archivos escritos, nunca sabremos sus nombres. Dada la intensidad del saqueo, es probable que sus tumbas ya se hayan profanado y que sus posesiones se esparcieran entre colecciones de antigüedades en todo el mundo. Los restos de sus residencias están desapareciendo rápidamente.

Los arqueólogos tienen la responsabilidad de localizar su trabajo dentro de un contexto lo más amplio posible. Aunque los estudios enfocados en sitios y subregiones específicas tienen obvios méritos, la excesiva concentración, incluso dentro de los límites nacionales de Costa Rica, Panamá y Colombia, ha llevado a una miopía que descuida los patrones más amplios. Entre los principales problemas que deben resolverse acerca de las relaciones entre Costa Rica y Colombia en tiempos prehispanicos, se cuentan cuestiones de: a) cronología, b) contextos culturales y c) eventos históricos específicos. En otros artículos (Hoopes 2004, 2005; Hoopes y Fonseca 2003) he enfatizado evidencias que sugieren unas ideologías comunes a toda la región que pueden haber sido fomentadas por unas tradiciones mitológicas y religiosas compartidas. El intercambio no ocurrió simplemente por sí mismo. Bien fuera hecho por caciques en busca de poder o por individuos que sabían que las fuentes de poder descansaban en la habilidad de articular los mitos específicos de origen con la identidad social, el intercambio a larga distancia se enfocó en ciertos objetos a los cuales se podía, fácilmente, asignar valores a través de significados específicos.

La identificación de un Área Cultural Istmo-Colombiana implica interrogantes significativos, como la distribución del uso de la coca y del cacao. ¿Por qué razón en Costa Rica no hay prácticamente ninguna evidencia del uso o cultivo de coca, un elemento central de las prácticas culturales del Valle del Cauca y del norte de Colombia? ¿por qué tampoco hay evidencia del uso o cultivo de cacao en Colombia, una cosecha originalmente suramericana y una bebida sagrada para los indígenas, desde México hasta el sur de Costa Rica? Si la interacción hubiera ocurrido por canoa, por vía de la costa, debe haber sido fácil transportar semillas y brotes en ambas direcciones. Se necesita una investigación más a fondo para determinar si unas fuertes identificaciones culturales con estas plantas crearon o no límites estrictos para su cultivo, y quizás para su uso.

DIRECCIONES PARA LA INVESTIGACIÓN FUTURA

Bray ha escrito que para “complementar los datos arqueológicos necesitamos extender a Colombia los programas de investigación genéticos y lingüísticos llevados a cabo en el istmo” (Bray 2003:332). Algunos de estos trabajos ya han avanzado, incluida la evaluación genética de los koguis y de las poblaciones relacionadas en el norte de Colombia. La aculturación ha enmascarado la existencia de muchas comunidades indígenas. En Costa Rica, Miguel Ángel Quesada ha tenido éxito recuperando restos del idioma extinto huetar y de las tradiciones de comunidades como Quitirrisí (Quesada 1990, 1992, 1996), donde la investigación lingüística se ha complementado con estudios genéticos (Santos 1992; Santos et ál. 1994). En Colombia una prioridad debería ser la investigación complementaria de grupos indígenas como los zenúes en las áreas de lingüística, la mitología y la cultura material. Los grupos del Sinú tienen una historia compleja, pero los sitios de Momil evidencian que su estudio es necesario para probar las hipótesis sobre continuidades geográficas entre los grupos hablantes del chibcha de la región de Santa Marta y del istmo.

Es indispensable continuar el estudio de la historia cultural dirigida a refinar las secuencias culturales detalladas del Caribe colombiano, así como lo es apoyar la investigación que se adelanta en la región caribeña de Costa Rica. Debemos también incentivar estudios comparativos extensos entre las dos. Contamos con varios ejemplos a seguir. Para Costa Rica y Nicaragua, Frederick Lange organizó una serie de conferencias que tuvieron éxito en la tarea de revisar la cronología y la tipología cerámica de la región de la gran Nicoya (Bonilla et ál. 1990; Lange 1987; Lange et ál. 1984; Vázquez et ál. 1994). Richard Cooke y sus estudiantes han hecho grandes progresos en la labor de organizar una cronología cerámica unificada para Panamá Central (Cooke 2001; Cooke y Sánchez 1998; Cooke y Sánchez 2000; Cooke et ál. 2000). Un esfuerzo similar se requiere para el oriente y el sur de Costa Rica, y para el norte de Colombia. Debemos emprender cuidadosos análisis comparativos de las cerámicas de Costa Rica, Panamá y Colombia dentro de un contexto regional. Infortunadamente, existe mucha información, pero no es fácilmente accesible. La disertación doctoral de Snarskis (1978), que ya tiene más de treinta años, permanece aún como el trabajo individual más importante sobre la historia cultural del oriente de Costa Rica; sin embargo, solo está disponible en formato de microfichas o en fotocopias, y en consecuencia es, por regla general, desconocida entre los estudiosos del norte de Colombia. Muchos trabajos importantes y significativos sobre Costa Rica y Colombia permanecen aún en las manos de los investigadores en estos países, y ellos aún no logran colaborar mutuamente. Es esencial transcender el límite

artificial entre Sur y Centro América, y que continuemos apoyando talleres internacionales de arqueología, iconografía y etnohistoria del Caribe que involucren a los estudiosos de Costa Rica, Panamá y Colombia.

En este artículo no he siquiera mencionado la tremenda disyunción que todavía existe entre la arqueología del continente caribeño y la de las Antillas Mayores y Menores. Finalmente, la arqueología del Área Circuncaribe deberá entenderse dentro de un contexto unificado. Una consideración comprensiva del “margen caribeño” seguramente proveerá el marco de referencia para un acercamiento productivo. Las corrientes oceánicas en el Caribe habrían facilitado el viaje cerca de la costa, navegando en canoa o barco, en el sentido contrario a las agujas del reloj, desde la costa centroamericana hacia el norte de Colombia. Sin embargo, los mismos vientos alisios habrían hecho más fácil para los viajeros, desde Colombia, bordear las Antillas rodeando el Caribe occidental antes de llegar por el norte a la costa de Costa Rica. Estas consideraciones pueden ayudar a explicar por qué, con la excepción de la orfebrería (que puede haberse desplazado en distancias más cortas) es más aparente en Colombia la “influencia” costarricense que al contrario.

La arqueología es una empresa costosa que no es fácil financiar con los presupuestos existentes en los países en desarrollo. No obstante, se puede lograr mucho con esfuerzos colaborativos entre los gobiernos de Costa Rica, Panamá y Colombia en intercambios de estudiantes e investigadores, colecciones y publicaciones. En México y el norte de Centroamérica el turismo ha sido una fuente importante de ingresos; sin embargo, para atraer el turismo es crucial poder presentar una historia del pasado que sea atractiva, sin ser sensacionalista. También tenemos una responsabilidad con las poblaciones indígenas, que han sufrido terriblemente durante medio milenio de contacto europeo. Una visión más amplia de la historia y de la identidad cultural de las gentes hablantes del chibcha ayudará a contrarrestar, por otra parte, ese sentido de aislamiento e inferioridad que de vez en cuando surge de las concepciones populares sobre la “superioridad” de las civilizaciones de Mesoamérica y de los Andes Centrales. La atención a estos problemas puede ayudar a echar marcha atrás esa tradición de borrar los rastros de las culturas chibchas, y puede más bien elevarlas a un estado comparable al de sus vecinos del norte y del sur.

REFERENCIAS

- Aguilar, Carlos H.
1972 *Guayabo de Turrialba; arqueología de un sitio indígena prehispánico*. Editorial Costa Rica, San José.
- Alfaro, Anastasio
1893 Arqueología costarricense. *El Centenario* 4:241-246.
- Baldi Salas, Norberto
2001 *Black Creek (Cat. U.C.R. No. 467): primeras interpretaciones arqueológicas de un modo de vida costero en el Caribe sur de Costa Rica*. Universidad de Costa Rica, San José.
- Barrantes, Ramiro, Peter E. Smouse, Harvey W. Mohrenweiser, Henry Gershowitz, Jorge Azofeifa, Tomás D. Arias y James V. Neel
1990 Microevolution in Lower Central America: Genetic Characterization of the Chibcha Speaking Groups of Costa Rica and Panama, and a Taxonomy Based on Genetics, Linguistics, and Geography. *American Journal of Human Genetics* 46:63-84.
- Baudez, Charles F., y Michael D. Coe
1966 Incised Slate Disks from the Atlantic Watershed of Costa Rica: A Commentary. *American Antiquity* 31:441-443.
- Benson, Elizabeth (editora)
1981 *Between Continents/Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica*. Harry N. Abrams, New York.
- Bischof, Henning
1969a Contribuciones a la cronología de la cultura Tairona (Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia). *Proceedings of the 38th International Congress of Americanists* 1:159-169.
1969b La cultura Tairona en el Área Intermedia. *Proceedings of the 38th International Congress of Americanists* 1:272-280.
- Blanco, Aida M.
1983 Arqueología de salvamento del sitio C39-EC, Ochomogo. En *Prehistoric Settlement Patterns in Costa Rica*, editado por Frederick W. Lange y Lynette Norr, pp. 269-280. *Journal of the Steward Anthropological Society* vol. 14, University of Illinois, Urbana.
- Bonilla, Leidy, Marlin Calvo, Juan Vicente Guerrero, Silvia Salgado y Frederick W. Lange
1990 La cerámica de la Gran Nicoya. *Vínculos* 13, volumen especial.
- Bradley, John. E.
1984 The Silencio Funerary Sites. *Vínculos* 10:187-192.
1994 Tronadora Vieja: An Archaic and Early Formative Site in the Arenal Region. En *Archaeology, Volcanism, and Remote Sensing in the Arenal Region, Costa Rica*, editado por Payson D. Sheets y Brian R. McKee, pp. 73-86. University of Texas Press, Austin.

Bray, Warwick

- 1984 Across the Darien Gap: A Colombian View of Isthmian Archaeology. En *The Archaeology of Lower Central America*, editado por Fred W. Lange y Doris Z. Stone, pp. 305-340. School of American Research - University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1997 Metallurgy and Anthropology: Two Studies from Prehistoric America. *Boletín del Museo del Oro* 42:37-55.
- 2003 Gold, Stone, and Ideology: Symbols of Power in the Tairona Tradition of Northern Colombia. En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, pp. 301-344. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Clary, Karen H.

- 1994 Pollen Evidence for Prehistoric Environment and Subsistence Activities. En *Archaeology, Volcanism, and Remote Sensing in the Arenal Region, Costa Rica*, editado por Payson D. Sheets y Brian McKee, pp. 293-302. University of Texas Press, Austin.

Coe, Michael D.

- 1966 *An Early Stone Pectoral from Southeastern Mexico*. Dumbarton Oaks, Studies in Pre-columbian Art and Archaeology No. 1, Washington, D. C.

Constenla, Alfredo

- 1991 *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. Universidad de Costa Rica, San José.
- 1995 Sobre el estudio diacrónico de las lenguas chibchenses y su contribución al conocimiento del pasado de sus hablantes. *Boletín del Museo del Oro* 38-39:13-56.

Cooke, Richard

- 1995 Monagrillo, Panama's First Pottery: Summary of Research, with New Interpretations. En *The Emergence of Pottery: Technology and Innovation in Ancient Societies*, editado por William Barnett y John W. Hoopes, pp. 169-184. Smithsonian Institution, Washington, D. C.
- 2001 Gran Coclé. En *Encyclopedia of Prehistory, vol. 5, Middle America*, editado por Peter N. Peregrine y Melvin Ember, pp. 197-203. Kluwer/Plenum, New York.

Cooke, Richard, y Luis Alberto Sánchez

- 1998 Coetaneidad de metalurgia, artesanías de concha y cerámica pintada en Cerro Juan Díaz, Panamá. *Boletín del Museo del Oro* 42:57-85.
- 2000 Cubitá: un nuevo eslabón estilístico en la tradición cerámica del "Gran Coclé", Panamá. *Precolombart* 3:5-20.

Cooke, Richard, Luis Alberto Sánchez y Koichi Udagawa

- 2000 Contextualized Goldwork from "Gran Coclé", Panama: An Update Based on Recent Excavations and New Radiocarbon Dates for Associated Pottery Styles. En *Pre-Columbian Gold: Technology, Style and Iconography*, editado por Colin McEwan, pp. 154-176. British Museum, London.

Corrales, Francisco

- 1999 El pasado negado: la arqueología y la construcción de la nacionalidad costarricense. *Vínculos* 24(1-2):1-26.

Drennan, Robert

2000 *Las sociedades prehispanicas del Alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia: Bogotá.

Drolet, Robert

1984 A Note on Southwestern Costa Rica. En *The Archaeology of Lower Central America*, editado por Fred W. Lange y Doris Z. Stone, pp. 254-262. School of American Research - University of New Mexico Press, Albuquerque.

Duque, Luis, y Julio César Cubillos

1979 *Arqueología de San Agustín: Alto de los Ídolos, montículos y tumbas*. FIAN, Bogotá.

Dussán de Reichel-Dolmatoff, Alicia

1967 Una escultura lítica de tipología costarricense de la Sierra Nevada de Santa Marta. *Razón y Fábula* 2:39-42.

Easby, Elizabeth K.

1968 *Pre-columbian Jade from Costa Rica*. André Emmerich, New York.

Fonseca, Óscar

1981 Guayabo de Turrialba and Its Significance. En *Between Continents/Between Seas: Pre-colombian Art of Costa Rica*. Editado por Elizabeth P. Benson, pp. 104-109, Harry N. Abrams, New York.

1994 El concepto de Área de Tradición Chibchoide y su pertinencia para entender Gran Nicoya. *Vínculos* 18:209-228.

1998 El espacio histórico de los amerindios de filiación chibcha: el área histórica Chibchoide. En *Congreso Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica y sus Fronteras*, editado por María Eugenia Bozzoli, Ramiro Barrantes, Daniel Obando y Myrna Rojas, pp. 36-60. Universidad Estatal A distancia, San José.

Garber, James F., David C. Grove, Kenneth G. Hirth y John W. Hoopes

1993 Jade Use in Portions of Mexico and Central America: Olmec, Maya, Costa Rica, and Honduras. A Summary. En *Precolumbian Jade: New Geological and Cultural Interpretations*, editado por Fred W. Lange, pp. 211-231. University of Utah Press, Salt Lake City.

Garnier, José Enrique, y Elena Troyo

2002 El uso del espacio y la arquitectura del sitio. En *Guayabo de Turrialba: una aldea prehispanica compleja*, editado por Elena Troyo, pp. 60-70. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Centro de Investigación y Conservación de Patrimonio Cultural, San José.

Harlow, George E.

1993 Middle American Jade: Geologic and Petrologic Perspectives on Variability and Source. En *Precolumbian Jade: New Geological and Cultural Interpretations*, editado por Fred W. Lange, pp. 9-29. University of Utah Press, Salt Lake City.

Harlow, George E., y Sorena Sorenson

2001 Jade: Occurrence and Metasomatic Origin. *The Australian Gemologist* 21:7-10.

Hartman, Carl V.

1901 *Archaeological Researches in Costa Rica*. Royal Ethnographical Museum, Stockholm.

1907 *Archaeological Researches on the Pacific Coast of Costa Rica*. Memoirs No. 3, Carnegie Museum, Pittsburgh.

Heckenberger, Michael J., y David R. Watters

1993 Ceramic Remains from Carl V. Hartman's 1903 Excavations at Las Huacas Cemetery, Costa Rica. *Annals of the Carnegie Museum* 62(2):97-129.

Helms, Mary W.

1979 *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power*. University of Texas Press, Austin.

Herrera, Leonor, y Marianne Cardale (editoras)

2000 *Caminos precolombinos: las vías, los ingenieros y los viajeros*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

Hoopes, John W.

1987 *Early Ceramics and the Origins of Village Life in Lower Central America*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.

1992 Early Formative Cultures in the Intermediate Area: A Background to the Emergence of Social Complexity. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred W. Lange, pp. 43-83. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

1994a Ceramic Analysis and Culture History in the Arenal Region. En *Archaeology, Volcanism, and Remote Sensing in the Arenal Region, Costa Rica*, editado por Payson D. Sheets y Brian McKee, pp. 158-210. University of Texas Press, Austin.

1994b Ford Revisited: A Critical Review of the Chronology and Relationships of the Earliest Ceramic Complexes in the New World, 6,000-1,500 B.C. *Journal of World Prehistory* 8:1-50.

1994c The Tronadora Complex: Early Formative Ceramics in Northwestern Costa Rica. *Latin American Antiquity* 5(1):3-30.

2004 Atravesando fronteras y explorando la iconografía sagrada de los antiguos chibchas en Centroamérica meridional y Colombia septentrional. *Arqueología del Área Intermedia* 6:129-166.

2005 The Emergence of Social Complexity in the Chibchan World of Southern Central America and Northern Colombia, AD 300-600. *Journal of Archaeological Research* 13(1):1-47.

Hoopes, John W., y Marc Chenault

1994 Excavations at Sitio Bolívar: A Late Formative Village in the Arenal Basin. En *Archaeology, Volcanism, and Remote Sensing in the Arenal Region, Costa Rica*, editado por Payson D. Sheets y Brian McKee, pp. 87-105. University of Texas Press, Austin.

Hoopes, John W., y Óscar Fonseca

2003 Goldwork and Chibchan Identity: Endogenous Change and Diffuse Unity in the Isthmo-Colombian Area. En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, pp. 49-90. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Horn, Sally P., y L. M. Kennedy

2001 Pollen Evidence of Maize Cultivation 2700 Years Ago at La Selva Biological Station, Costa Rica. *Biotrópica* 33:191-196.

Hurtado de Mendoza, Luis

2002 Desarrollo socioeconómico de la región de Guayabo (tiempos prehispánicos). En *Guayabo de Turrialba: una aldea prehispánica compleja*, editado por Elena Troyo, pp. 25-57. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Centro de Investigación y Conservación de Patrimonio Cultural, San José.

Ibarra Rojas, Eugenia

1990 *Las sociedades cacicales de Costa Rica (siglo XVI)*. Universidad de Costa Rica, San José.

Jones, Julie (editora)

1998 *Jade in Ancient Costa Rica*. Metropolitan Museum of Art, New York.

Labbé, André

1986 *Colombia Before Columbus: The People, Culture, and Ceramic Art of Prehispanic Colombia*. Rizzoli International Publications, Santa Ana.

Lange, Frederick W.

1987 Breve resumen de las conferencias sobre la cerámica de la Gran Nicoya. *Vínculos* 13:1-5.

Lange, Frederick W., Suzanne Abel-Vidor, Claude F. Baudéz, Ronald L. Bishop, Winifred Creamer, Jane S. Day, Juan Vicente Guerrero, Paul F. Healy, Silvia Salgado, Robert Stroessner y Alice Tillet

1984 New Approaches to Greater Nicoya Ceramics. En *Recent Developments in Isthmian Archaeology: Advances in the Prehistory of Lower Central America*, editado por Frederick W. Lange, pp. 199-214. BAR International Series, Oxford, England.

Langebaek, Carl

1986 La cronología de la región arqueológica Tairona vista desde Papare, municipio de Ciénaga. *Boletín de Arqueología* 2:83-101.

2003 The Political Economy of Pre-columbian Gold Work: Four Examples from Northern South America. En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, pp. 245-278. *Dumbarton Oaks*, Washington, D. C.

Legast, Anne

1982 La fauna mítica tairona. *Boletín del Museo del Oro* 5:1-18.

1987 *El animal en el mundo mítico tairona*. FIAN, Bogotá.

Lines, Jorge A.

1938 *Notes on the Archaeology of Costa Rica*. The National Tourist Board of Costa Rica, San José.

Lleras, Roberto

- 1995 Diferentes oleadas de poblamiento en la prehistoria tardía de los Andes Orientales. *Boletín del Museo del Oro* 38-39:3-11.

Looper, Matthew G.

- 1996 The Iconography and Social Context of Tairona Gold Pectorals. *Journal of Latin American Lore* 19:101-128.
- 2003 From Inscribed Bodies to Distributed Persons: Contextualizing Tairona Figural Images in Performance. *Cambridge Archaeological Journal* 13(1):25-40.

Lothrop, Samuel K.

- 1926 *The Pottery of Costa Rica and Nicaragua*. Museum of the American Indian, New York.
- 1937 *Coclé, an Archaeological Study of Central Panama, Part 1*. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology No. 7, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- 1942 *Coclé: An Archaeological Study of Central Panama, Part 2*. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnography No. 8, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.

Lyman, R. Lee, Michael J. O'Brien y Robert C. Dunnell

- 1997 *The Rise and Fall of Culture History*. Plenum Press, New York.

Mason, J. Alden

- 1931 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture, Pt. 1: Report on Field Work*. Anthropological Series No. 20, Field Museum of Natural History, Chicago.
- 1936 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture, Pt. 2, Sec. 1: Objects of Stone, Shell, Bone, and Metal*. Anthropological Series No. 20, Field Museum of Natural History, Chicago.
- 1939 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture, Pt. 2, Sec. 2: Objects of Pottery*. Anthropological Series No. 20, Field Museum of Natural History, Chicago.
- 1940 The Native Languages of Middle America. En *The Maya and their Neighbors*, editado por Charles L. Hay, pp. 52-87. New York: D. Appleton Century Company.
- 1945 *Costa Rican Stonework: The Minor C. Keith Collection*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History No. 39, Pt. 3, American Museum, New York.

Melton, Phillip E.

- 2005 *Molecular Perspectives on the Origins of Chibchan Speakers from the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*. Tesis de Maestría, Department of Anthropology, University of Kansas, Lawrence.

Oyuela, Augusto

- 1986 Contribución a la periodización cultural en el litoral del Parque Tairona. *Boletín de Arqueología* 1:24-28.
- 1987a Dos sitios arqueológicos con desgrasante de fibra vegetal en la serranía de San Jacinto (departamento de Bolívar). *Boletín de Arqueología* 2:5-26.
- 1987b Gaira: una introducción a la ecología y arqueología del litoral de la Sierra Nevada de Santa Marta. *Boletín del Museo del Oro* 19:34-55.
- 1990 Las redes de caminos prehispánicos en la Sierra Nevada de Santa Marta. En *Ingenierías*

- prehispánicas*, editado por Santiago Mora, pp. 47-71. FEN - Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
- 1995 Rocks versus Clay: The Evolution of Pottery Technology in the Case of San Jacinto 1, Colombia. En *The Emergence of Pottery: Technology and Innovation in Ancient Societies*, editado por William Barnett y John W. Hoopes, pp. 133-144. Smithsonian Series in Archaeological Inquiry, Smithsonian Institution Press, Washington, D. C.
- 2001 The Rise of Religious Routinization: The Study of Changes from Shaman to Priestly Elite. En *Mortuary Practices and Ritual Associations: Shamanic Elements in Prehistoric Funerary Contexts in South America*, editado por John E. Staller y Elizabeth J. Currie. BAR International Series No. 982, Oxford, England.
- 2002 El surgimiento de la rutinización religiosa: la conformación de la élite sacerdotal tairona-kogi. *Arqueología del Área Intermedia* 4:45-64.
- Pearson, Georges
- 2002 *Pan-continental Paleoindian Expansions and Interactions as Viewed from the Earliest Lithic Industries of Lower Central America*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Kansas, Lawrence.
- Piperno, Dolores R.
- 1994 Phytolith Records from the Proyecto Prehistórico Arenal. En *Archaeology, Volcanism, and Remote Sensing in the Arenal Region, Costa Rica*, editado por Payson D. Sheets y Brian McKee, pp. 286-292. University of Texas Press, Austin.
- Plazas, Clemencia
- 1987 Forma y función en el oro tairona. *Boletín del Museo del Oro* 44-45:25-33.
- Quesada, Manuel A.
- 1990 La lengua huetar. *Estudios de Lingüística Chibcha* 9:7-64.
- 1992 Posición del huetar entre las lenguas chibchas. *Estudios de Lingüística Chibcha* 11:71-100.
- 1996 *Los huetares: historia, lengua, etnografía y tradición oral*. Editorial Tecnológica de Costa Rica, San José.
- Quilter, Jeffrey
- 2000 The General and the Queen: Gold Objects from a Ceremonial and Mortuary Complex in Southern Costa Rica. En *Precolumbian Gold: Technology, Style, and Iconography*, editado por Colin McEwan, pp. 177-195. British Museum, London.
- 2004 *Cobble Circles and Standing Stones: Archaeology at the Rivas Site, Costa Rica*. University of Iowa Press, Iowa City.
- Quilter, Jeffrey, y John W. Hoopes (editores)
- 2003 *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
- Quilter, Jeffrey, y Aida Blanco Vargas
- 1995 Monumental Architecture and Social Organization at the Rivas Site, Costa Rica. *Journal of Field Archaeology* 22(2):203-221.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

1965 *Colombia*. Praeger, New York.

1976 Training for the Priesthood among the Kogi of Colombia. En *Enculturation in Latin America: An Anthology*, editado por Johannes Wilbert, pp. 265-288. University of California, Los Angeles.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo, y Alicia Reichel-Dolmatoff

1956 Momil: excavaciones en el Sinú. *Revista Colombiana de Antropología* 5:109-333.

1974 Momil: dos fechas de radiocarbono. *Revista Colombiana de Antropología* 17:185-187.

Saénz, Juanita, y Roberto Lleras

1999 Las relaciones pre-hispánicas entre los territorios de Costa Rica y Colombia. En *oro y jade: emblemas de poder en Costa Rica*, pp. 67-89. Museo del Banco Central de Costa Rica - Museo Nacional de Costa Rica - Museo del Oro, San José.

Santos, María

1992 *Análisis de la variación genética del ADNmt y nuclear de una población amerindia huetar*. Tesis de Maestría, Sistema de Estudios de Posgrado, Universidad de Costa Rica, San José.

Santos, María, R. H. Ward y Ramiro Barrantes

1994 mtDNA Variation in the Chibcha Amerindian Huetar from Costa Rica. *Human Biology* 66:963-977.

Schele, Linda, y Mary Ellen Miller

1986 *The Blood of Kings: Dynasty and Ritual in Maya Art*. New York: George Braziller.

Seitz, R., G. E. Harlow, V. B. Sisson y K. A. Taube

2001 "Olmec Blue" and Formative Jade Sources: New Discoveries in Guatemala. *Antiquity* 75:687-688.

Silverberg, Robert

1968 *Mound Builders of Ancient America: The Archaeology of a Myth*. New York Graphic Society, Greenwich.

Skinner, Alanson

1926 Notes on Las Mercedes, Costa Rica Farm, and Anita Grande. En *The Pottery of Costa Rica and Nicaragua*, editado por Samuel K. Lothrop, pp. 451-467. Museum of the American Indian, New York.

Snarskis, Michael J.

1975 Excavaciones estratigráficas en la vertiente atlántica de Costa Rica. *Vínculos* 1(1):2-17.

1976 Stratigraphic Excavations in the Eastern Lowlands of Costa Rica. *American Antiquity* 41:342-353.

1978 *The Archaeology of the Central Atlantic Watershed of Costa Rica*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Columbia University.

1979 El jade de Talamanca de Tibás. *Vínculos* 5:89-107.

- 1981 Catalogue. En *Between Continents/Between Seas: Precolumbian Art of Costa Rica*, editado por Elizabeth P. Benson, pp. 177-227. Harry N. Abrams, New York.
- 1984 Central America: The Lower Caribbean. En *The Archaeology of Lower Central America*, editado por Fred W. Lange y Doris Z. Stone, pp. 195-232. School of American Research - University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1985 The Comparative Iconography of Metalwork and Other Media in Precolumbian Costa Rica. En *Metalurgia de América precolombina*, editado por Clemencia Plazas, pp. 120-136. Banco de la República, Bogotá.
- 1992 Wealth and Hierarchy in the Archaeology of Eastern and Central Costa Rica. En *Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred W. Lange, pp. 141-164. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
- 1998a The Imagery and Symbolism of Precolumbian Jade in Costa Rica. En *Jade in Ancient Costa Rica*, editado por Julie Jones, pp. 59-91. Metropolitan Museum of Art, New York.
- 1998b Stone Sculpture and Pre-columbian Cultural Evolution in the Central Highlands-atlantic Watershed of Costa Rica. *Precolombart* 1:19-41.
- 2003 From Jade to Gold in Costa Rica: How, Why, and When. En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes. pp. 159-204. Dumbarton Oaks, Washington, D. C.
- Soto, Álvaro
- 1988 *La ciudad perdida de los tayrona: historia de su hallazgo y descubrimiento*. Neotrópico, Bogotá.
- Spinden, Herbert J.
- 1917 The Origin and Distribution of Agriculture in America. En *Proceedings of the 19th International Congress of Americanists*, pp. 269-276. Washington, D. C.
- 1925 The Chorotegan Culture Area. En *21st International Congress of Americanists*, vol. 2, pp. 529-549. Göteborg.
- Stirling, Matthew W.
- 1969 Archaeological Investigations in Costa Rica. *National Geographic Society Research Reports*, 1964 Projects 239-247.
- Stone, Doris
- 1951 Una definición de dos culturas distintas vistas en la antropología de la América Central. En *Homenaje a Alfonso Caso*, pp. 353-361. México.
- 1958 A Living Pattern of Non-maya, Non-mexican Central American Aborigines. En *Miscelánea Paul Rivet, Octogenario Dicata*, vol. 1, pp. 669-679. México.
- 1972 *Pre-columbian Man Finds Central America. The Archaeological Bridge*. Peabody Museum Press, Cambridge, Massachusetts.
- 1973 El dios-hacha de jadeíta en la América Central: su localización geográfica y su lugar en tiempo. En *Acta, 40th International Congress of Americanists*, vol. 1, pp. 213-218. Roma - Génova.
- 1977 *Pre-columbian Man in Costa Rica*. Peabody Museum Press, Cambridge, Massachusetts.
- Stone, Doris, y Carlos Balsler
- 1965 Incised Slate Disks from the Atlantic Watershed of Costa Rica. *American Antiquity* 30:310-329.

Troyo, Elena (editora)

- 2002 *Guayabo de Turrialba: una aldea prehispánica compleja*. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Centro de Investigación y Conservación de Patrimonio Cultural, San José.

Troyo, Elena, y José Enrique Garnier

- 2002 Acciones para la preservación del sitio Guayabo: consolidación y restauración. En *Guayabo de Turrialba: una aldea prehispánica compleja*, editado por Elena Troyo, pp. 71-135. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Centro de Investigación y Conservación de Patrimonio Cultural, San José.

Uhle, Max

- 1890 Verwandtschaften un wanderungen der Tschibtscha. En *Actas del VII Congreso Internacional de Americanistas*, pp. 466-489. Stuttgart - Munich.

Uribe, Carlos Alberto

- 1997 Una reconsideración de los “contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta”. En *El pueblo de la montaña sagrada: tradición y cambio*, editado por Antonino Colajanni, pp. 17-50. Filial Colombiana, Ricerca e Cooperazione de Colombia - Casa Indígena, Santa Marta, Colombia.

Vázquez, Ricardo

- 1984 Estructura, integración y comparación demográfica en un cementerio con tumbas de cañón del Intermontano Central de Costa Rica. En *Inter-regional Ties in Costa Rican Prehistory*, editado por Elizabeth Skirboll y Winnifred Creamer, pp. 59-81. BAR International Series No. 226, Oxford, England.

Vázquez, Ricardo, Frederick Lange, John Hoopes, Óscar Fonseca, Rafael González, Ana Cecilia Arias, Ronald Bishop, Nathalie Borgnino, Adolfo Constenla, Francisco Corrales, Édgar Espinoza, Laraine Fletcher, Juan Vicente Guerrero, Valerie Lauthelin, Dominique Rigat, Silvia Salgado y Ronaldo Salgado

- 1994 Hacia futuras investigaciones en Gran Nicoya. *Vínculos* 18:245-278.

Wynn, Jack T.

- 1975 *Buritaca Ceramic Chronology: A Seriation from the Tairona Area*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Missouri, Columbia.

X

EL ÁREA INTERMEDIA, EL CACICAZGO Y LA INVESTIGACIÓN DE LA DINÁMICA DEL CAMBIO SOCIAL

Robert D. Drennan
University of Pittsburgh

NO ES NOVEDOSO OBSERVAR QUE EL ÁREA INTERMEDIA MUESTRA UNA GRAN DIVERSIDAD DE FORMAS de organización social durante los últimos tres o cuatro mil años. Carece de la homogeneidad cultural que Mesoamérica y los Andes Centrales supuestamente poseen. Su vieja caracterización como área intermedia entre las dos “altas civilizaciones” americanas se debe a esta observación. De ahí también se deriva el complejo de inferioridad persistente que los arqueólogos especializados en la región han sufrido. La solución para algunos de ellos ha sido buscar para Centroamérica y el norte de Suramérica algún conjunto de características consistentes y homogéneas que permita que el área (o por lo menos parte de ella) sea calificada tan “alto” como sus vecinas. Los artículos presentados en este volumen demuestran, claramente, que estamos listos para dejar atrás esta etapa de la arqueología del Área Intermedia (o, por lo menos, casi listos).

No es tan claro, hasta ahora, para dónde vamos en la próxima etapa. Me permito aquí el lujo de esbozar, brevemente, una visión de uno de los destinos posibles hacia donde la investigación del pasado del Área Intermedia podría dirigirse. No es la única manera de formular objetivos para la arqueología de esta área y, desde luego, no puede ser compatible con todas las diversas arqueologías que se practican actualmente. Esta visión tiene sus raíces en la idea de que la arqueología no solo puede ayudarnos a averiguar qué sucedió en el pasado, sino que también puede aportar a nuestro entendimiento de tales sucesos. Lo que planteo me parece consistente con mucho de lo que los autores representados en este volumen han escrito en sus respectivos artículos, y no podía ser de otra manera, pues una buena parte de la inspiración de esta formulación viene de los avances, empíricos y conceptuales, que ellos han expuesto aquí.

En especial, quisiera enfocar la atención en los cambios sociales que ocurrieron entre los grupos sedentarios y agricultores del Área Intermedia; estos produjeron sociedades centralizadas que incorporaron una población más extensa que la de una sola comunidad local, y cuya centralización dependía de la formación de relaciones sociales des-

iguales. Este proceso sucedió repetidamente en diferentes regiones del Área Intermedia. Algunos suelen llamarlo el *surgimiento de los cacicazgos*, y es conveniente tener una expresión que podemos utilizar para señalar esta clase de cambio, tan frecuente e interesante. Este sentido de la expresión es muy general e incluye entre los cacicazgos muchas variantes sociales que otras definiciones más específicas excluirían. Esta comprensión muy general de qué es un cacicazgo nos ayuda a especificar una de las razones principales del interés por el Área Intermedia: es un área grande, en donde la vida sedentaria basada en la agricultura se estableció temprano y dio paso al desarrollo de un gran número de cacicazgos regionales con diversas características. A pesar de su carácter regional (o supralocal), los cacicazgos del Área Intermedia persistieron por mucho tiempo en una escala relativamente pequeña de integración política. Esta situación nos enfrenta con posibilidades fascinantes para el estudio comparativo de la dinámica del cambio social.

Por un lado tenemos la oportunidad de explorar la gran diversidad de formas de organización que se encuentran entre los cacicazgos del Área Intermedia. Parece que varían en cuanto a sus escalas espacial y demográfica, en cuanto a sus grados de centralización y de jerarquización, en cuanto a los roles de los factores económicos e ideológicos en su integración, en cuanto a la importancia de la especialización económica y de la intensificación de la producción agrícola, y en muchas otras características. Sus trayectorias de desarrollo muestran patrones diferentes en cuanto a la rapidez del cambio, la estabilidad de las unidades políticas individuales y de las formas de organización, y en el orden relativo del surgimiento de distintas características.

Es interesante, en este contexto, considerar otra parte del mundo que podría ser descrita en términos parecidos: la Polinesia. La antropología del Pacífico tradicionalmente ha dedicado mucha atención a la diversidad de formas que ha tomado la organización social en las diferentes islas o grupos de islas, y estos estudios influyeron mucho en la formulación teórica de la evolución cultural y en la delineación de una variante de cacicazgo (que subsecuentemente fue adoptada por algunos antropólogos como la única forma posible de cacicazgo). Las islas de la Polinesia fueron colonizadas progresivamente por la misma cultura (según evidencias lingüísticas y genéticas), y las grandes distancias que las separan contribuyeron a que tuviera lugar un alto grado de aislamiento, que permitió un desarrollo bastante independiente en diferentes regiones. La diversidad de los resultados sociales de este proceso ha sido interpretada, más que todo, en términos unilineales. Se ha planteado, por ejemplo, la idea de que la abundancia y la diversidad de los recursos de ciertas islas permitieron el desarrollo de los cacicazgos más estratificados y de mayor escala, mientras que la escasez y la homogeneidad de los recursos de otras islas limitaron el grado de desarrollo.

Parece que el Área Intermedia nos presenta mucha más diversidad de trayectorias de cambio social en sus diferentes regiones, y ello a pesar del alto nivel de interacción documentada entre ellas. Esta gran diversidad puede ser relacionada con el hecho de que la ocupación humana de que se trata en el Área Intermedia es muchísimo más larga que la de la Polinesia, pero es indudable que indica también la importancia de los procesos muy locales.

Es interesante considerar la historia intelectual de la arqueología de la Polinesia. El tamaño pequeño de las islas, y su separación en un océano tan vasto, junto con el corto período de ocupación humana, hizo muy sencilla la tarea arqueológica de establecer los “sistemáticos del espacio y del tiempo”, o sea delinear las unidades por medio de las cuales, tradicionalmente, organizamos el registro arqueológico. En fin, en comparación con las de otras partes del mundo, la arqueología de la Polinesia perdió muy poco tiempo en esta etapa clasificatoria. Fue un paso obvio y fácil el de tomar cada grupo de islas como una unidad de análisis, y –también gracias a la historia particular de la Polinesia– existió una abundante documentación etnográfica/etnohistórica para cada grupo. Los patrones sociales semejantes de Hawái, Tahití, las Marquesas, Tikopía, etc. se atribuyeron a su ocupación inicial por parte de descendientes de la misma cultura, mientras que se asumió que la variación social entre ellos surgió después de la separación de distintas comunidades humanas en diferentes grupos de islas. Con la presencia tan fuerte de las sociedades indígenas de la Polinesia, los arqueólogos no podían perderse en sus clasificaciones de la cultura material. Tenían que pensar y conversar en términos, no de artefactos, sino de comunidades humanas y de sus patrones de organización social. El “presente etnográfico” de la Polinesia es tan fuerte que este retrato sincrónico dominó casi toda la discusión por mucho tiempo. Lo difícil ha sido darle una dimensión diacrónica, es decir, establecer con buena base arqueológica cómo eran las sociedades de cierta región durante los siglos anteriores, para poder estudiar las trayectorias de cambio. En otras palabras, las sociedades de la Polinesia son tan bien conocidas que la necesidad de investigar sus pasados en términos arqueológicos ha sido difícil de percibir.

La historia intelectual de la arqueología polinesia ofrece un contraste fuerte con la del Área Intermedia. Aquí, el arqueólogo enfrentó, hace cien años, una situación mucho más confusa. El contexto que produjo tanta información etnográfica y etnohistórica para la Polinesia en los siglos XVIII y XIX fue muy diferente a la Conquista española del Área Intermedia en el siglo XVI. La documentación sobreviviente de las sociedades indígenas de la región, aunque muy útil, fue mucho menos abundante y detallada que en la Polinesia. Las regiones demarcadas, correspondientes a diferentes sociedades (de escalas no tan diferentes de las de los grupos de islas de la Polinesia), fueron imposibles

de identificar con una simple mirada al paisaje terrestre. La arqueología se dedicó a la clasificación la cultura material, tarea que se enredó progresivamente, dada la diversidad que, en este ámbito, se encontró en regiones con poca separación espacial. Además, resultaron muy fuertes las distracciones representadas por las semejanzas descontextualizadas que, con frecuencia, se pueden observar entre la cerámica, las tumbas o las estatuas de regiones distantes. En fin, después de muchos intentos, no tuvieron éxito ni la búsqueda de una definición arqueológica que le diera al Área Intermedia una identidad como la que tiene Mesoamérica, ni los esfuerzos por delinear una secuencia del Área Intermedia (estilo Formativo, Clásico, Posclásico) que comprendiera la esencia de su trayectoria de cambio (y que al mismo tiempo solucionara el complejo de inferioridad de los arqueólogos especializados en esta área).

Pero lo que la arqueología de Mesoamérica ha aportado durante el último medio siglo a nuestro entendimiento de la dinámica del cambio social no se deriva de su definición como área cultural. De hecho, todavía continúa la discusión sobre la mejor manera de definir el área cultural de Mesoamérica, y sobre hasta dónde llega exactamente, pero ocupa la atención de muy pocos arqueólogos. No es que la arqueología mesoamericana haya solucionado este problema para poder avanzar en el estudio del cambio social, sino, más bien, que lo ha superado para dejar de perder su tiempo con él. Los avances que Mesoamérica nos ofrece en la comprensión del cambio social se basan en estudios de la organización social, política, económica e ideológica de regiones cuyo tamaño varía desde unos cientos hasta unos pocos miles de kilómetros cuadrados, regiones como el valle de Oaxaca, la cuenca de México, la cuenca de Puebla-Tlaxcala, la costa sur del Golfo, Xoconusco, el Petén, Yucatán y otras. Esta escala ha servido como centro de gravedad de la investigación arqueológica mesoamericana durante los últimos cincuenta años porque permite la delimitación de las unidades relevantes. Dichas unidades no son áreas de cultura material, sino comunidades humanas, las cuales se manifiestan más en la distribución de ciertos aspectos de la evidencia arqueológica que en las características de los artefactos mismos.

Si queremos avanzar en la comprensión de la dinámica del cambio social tenemos que enfocar nuestra atención en la interacción entre individuos y unidades domésticas dentro de las comunidades locales, y reconstruir sus actividades y relaciones con los análisis minuciosos de las actividades domésticas asociadas, no con una casa o dos, sino con una muestra de tal vez decenas de ellas en una diversidad de comunidades locales. Estos análisis dependen mucho más de las distribuciones de desechos que de las descripciones de las características de artefactos. Tenemos que continuar a una escala mayor de análisis para atender a las relaciones entre comunidades locales, que a veces conforman comunidades

más grandes, e incluso comunidades de escala regional (que pueden ser denominadas “cacicazgos” o “Estados”). Y la progresiva expansión de la escala de análisis continúa en el nivel macrorregional, con las relaciones económicas y políticas que se establecen entre las unidades sociales delineadas a nivel regional. Esta clase de estudio macrorregional no consiste en la simple observación de semejanzas en las culturas materiales de diferentes regiones. Se requiere un conocimiento de patrones de interacción entre regiones, que depende, sobre todo, de la distribución interna –dentro de comunidades regionales y locales– de los materiales que señalan tales relaciones interregionales. La cerámica importada, por ejemplo, ¿llega a todo el mundo?, ¿o únicamente a ciertas aldeas?, ¿o a todas las comunidades locales, pero solamente a ciertas familias en cada una?

Contestar tales preguntas exige una cantidad y una calidad en la información arqueológica que no tenemos en muchas partes del mundo. Existen para ciertas regiones de Mesoamérica, por ejemplo, y los artículos que aparecen en este volumen demuestran que se están acumulando para algunas regiones del Área Intermedia. La definición de áreas culturales, estilos, tradiciones, horizontes, etc., aporta muy poco a la adquisición de la clase de información que se necesita para hablar de la organización de las comunidades humanas en el pasado, pero las costumbres tradicionales de la arqueología son fuertes, y este volumen demuestra, también, que sigue siendo difícil descartar todo el equipaje intelectual que ya no necesitamos (por lo menos, los que tomamos como objetivo avanzar en nuestro entendimiento del cambio social, no lo necesitamos). Buscar una identidad integrada para el Área Intermedia nos lleva a perder tiempo discutiendo cómo la denominamos y dónde quedan sus límites exactamente. Aún peor, desmiente lo que ha sido obvio desde el principio y lo que las investigaciones regionales descritas en este volumen documentan con más claridad cada año: la gran diversidad de formas de organización social que se encuentran en el Área Intermedia (independientemente de si las llamamos *cacicazgos* o no).

Aprovechar la oportunidad que esta gran diversidad de formas de organización nos presenta requiere no solo que no la neguemos, sino que la abracemos. La arqueología de la Polinesia ha sido capaz de aprovechar una oportunidad muy semejante: la diversidad de formas de organización en diferentes regiones, que ha abierto la puerta a observaciones empíricas de importancia teórica. Es un enfoque regional (y no un énfasis en el área cultural como entidad) que ha abierto la misma puerta en Mesoamérica, aunque en este contexto las relaciones interregionales son más frecuentes y más fuertes, y se reconoce no solo la diferenciación, sino también muchos paralelos entre las diversas trayectorias regionales de cambio social. Los artículos de este volumen demuestran que estamos saliendo ya de un largo período perdido en “la arqueología” del Área Intermedia en sí. Se han acumulado

conocimientos suficientes como para iniciar comparaciones de las trayectorias de cambio social en regiones como la península de Santa Elena, la cuenca del Guayas, el medio río Caquetá, el Alto Magdalena, Calima, el área muisca, Santa Marta, los llanos de Venezuela, el Gran Coclé, el Gran Chiriquí, Guanacaste, Puerto Rico y otras. Lo que aparece en este volumen acerca del cambio social es mucho más que lo que se pudo decir hace diez años. Es un momento oportuno para tratar de visualizar qué esperamos sacar de tales comparaciones. Por supuesto, ya no nos sirve simplemente señalar una semejanza entre las cerámicas o las tumbas o las estatuas de dos regiones distantes y decir: “¡ajá, vea!”. Entonces, ¿cómo son las comparaciones que buscamos?, ¿hacia dónde vamos con ellas?

Para empezar, cabe aclarar que las similitudes interregionales de las trayectorias de cambio social son muy diferentes de las relaciones interregionales, aunque ambas funcionan a una escala macrorregional, y la comparación puede ser conectada a la investigación de relaciones. Para poder comparar trayectorias de cambio, las características de interés de las sociedades de las distintas regiones tienen que ser establecidas con evidencias propias de las respectivas regiones. Por ejemplo, puede ser que en una región, durante un período definido, la distribución restringida de los objetos finos de oro en contextos funerarios y domésticos indique su acumulación en pocas manos, que uno tal vez interprete como las manos de una élite. En otra región pueden aparecer objetos de oro semejantes en un período contemporáneo. Esta observación, en sí, sugiere una relación entre las regiones, pero no nos dice mucho acerca de su naturaleza, y no es evidencia suficiente como para plantear un paralelo entre sus trayectorias de cambio social. Puede ser que en la segunda región solo aparezcan los objetos de oro en cantidades muy reducidas, o que su distribución no refleje ninguna concentración en manos de nadie. Estas últimas observaciones desmentirían la idea de cambios sociales paralelos en las dos regiones. El contacto aparente entre ellas habría tenido poco impacto social o, por lo menos, no habría producido en la segunda el mismo cambio social que habría sucedido en la primera. La comparación de trayectorias de cambio social en diferentes regiones supera, con mucho, la comparación de la cultura material de diferentes regiones; no es la búsqueda de contactos o relaciones, sino de paralelos cuya independencia puede ser investigada.

Pero, dada la diversidad social ya reconocida del Área Intermedia, parece muy probable que las comparaciones sistemáticas descubran más diferencias que paralelos. A medida que nuestros conocimientos se vuelven más detallados se amontona una cantidad creciente de diferencias. ¿Será que finalmente nos perdemos en una neblina de particularismo? Una clase de conclusión general es que la forma de organización social del Área Intermedia fue, de manera persistente, el cacicazgo (si aprovechamos la definición mínima o más general de la palabra). Otras áreas, superficialmente semejantes (tales como Mesoamérica

y los Andes Centrales), vieron el surgimiento de múltiples ejemplos de entidades con una integración política a escala mucho mayor (y con otras características diferentes a las de cualquier sociedad del Área Intermedia, que también podrían ser enfatizadas). Este hecho ha sido reconocido desde hace décadas, pero nuestro entendimiento de cómo o por qué sucedió así es muy primitivo, y no tenemos modelos muy sofisticados en espera de la evaluación empírica. Parece que estamos en un momento de exploración con más preguntas que respuestas: ¿cuáles son los recursos básicos (materiales, humanos, históricos, ideológicos, sociales y otros) con los cuales las comunidades humanas construyen diferentes formas de organización? ¿Cuáles son las condiciones (históricas, sociales, naturales, políticas, ideológicas y otras) que facilitan o dificultan el surgimiento de ciertos patrones de organización? ¿Cómo es que ciertas condiciones afectan el curso de conflictos entre comunidades humanas o entre sectores internos de ellas? ¿Cómo se siente el impacto de la necesidad de asegurar el bienestar y la reproducción de la población que conforma una comunidad humana?

Las diferentes “escuelas” de pensamiento de la antropología nos ofrecen nociones muy diferentes de las respuestas a tales preguntas. Las que valen finalmente tienen que ayudarnos a entender cómo es que un cacicazgo surgió muy temprano en una trayectoria mientras que en otra región vecina sucedió algo muy semejante, pero más de un milenio después. O tienen que conectar las dimensiones exageradas de la acumulación de riqueza en una sociedad con sus demás elementos, de manera que entendamos mejor cómo es que otra trayectoria produjo un alto grado de desigualdad no económica. Los conceptos muy generales de *cacicazgo* y de *Área Intermedia* nos han servido bien en el pasado. Hemos reconocido que los cacicazgos surgieron repetidamente en muchas, pero no en todas las regiones del Área Intermedia. Ahora es dudoso que saquemos mucho más jugo de estas ideas. Las ideas no son malas, nuestros conocimientos se han nutrido de su jugo; pero el próximo paso parece profundizar nuestra comprensión mediante una exploración más detallada que busca patrones en una diversidad más grande de trayectorias de cambio social. El Área Intermedia fascina en esta etapa de investigación precisamente porque nos ofrece mucho más para el estudio que sus vecinos del norte y del sur, que llamaron tanto la atención de los arqueólogos en el siglo pasado.

XI

¿ADÓNDE VAN LAS ÁREAS CULTURALES?

Hope Henderson

Universidad Nacional de Colombia

Traducción de Cristóbal Gnecco

Los legados son siempre problemáticos y deben ser ordenados para responder a nuevas tareas.

Eric Wolf, *Envisioning Power, Ideologies of Dominance and Crisis*

LAS ÁREAS CULTURALES, COMO MESOAMÉRICA Y EL ÁREA INTERMEDIA, PUEDEN SER PUNTOS DE referencia geográfica prácticos que facilitan las comparaciones de las sociedades del pasado; sin embargo, estos conceptos son demasiado simples para ser analíticamente efectivos, y están limitados por la premisa de que las áreas geográficas fueron a) limitadas culturalmente; b) internamente homogéneas; y c) resultado de la proximidad. Estas ideas subyacentes han hecho que las investigaciones privilegien las similitudes a expensas de las diferencias. Aunque una noción renovada de las áreas culturales puede estimular un enfoque analítico de procesos macrorregionales, también son prometedores otros enfoques antropológicos ya establecidos, especialmente aquellos que han investigado la práctica o el poder estructural (cf. Brumfiel 1992; Ortner 1984; Paynter 1989; Wolf 1990, 1999) como una crítica de las “totalidades” analíticas¹. Para evitar prejuicios deberíamos preguntarnos cómo, cuándo y hasta qué punto surgieron variaciones en las sociedades del pasado; estas son preguntas antropológicas clásicas que separan la forma del contenido.

Al reflexionar sobre la forma como el concepto de área cultural nos puede ayudar a entender las diferencias y similitudes entre las sociedades indígenas de Mesoamérica y del Área Intermedia pienso en Eric Wolf (1990, 1999), quien abogó para que los antropólogos piensen de nuevo sus categorías y unidades de análisis, sin perder de vista el conocimiento antropológico acumulado. En su exploración de la relación entre ideas y poder, Wolf (1999:20) recuerda la observación de Marx acerca de que “la tradición de todas las generaciones muertas pesa como una pesadilla en el cerebro de los vivos”, y nos

1 Véase Barnard (2000) para una discusión de los enfoques antropológicos centrados en la agencia. Véase Rodseth (2005) para una discusión sobre el poder estructural y el enfoque de Wolf sobre el concepto de cultura. La discusión completa de la teoría de práctica y agencia excede los propósitos de este artículo.

anima a entender cómo los contextos históricos y las historias intelectuales dan forma a nuestras unidades de análisis básicas. El concepto de área cultural, que es parte de las herramientas antropológicas desde la década de 1890, ¿es una pesadilla conceptual?². Para la mayoría de nosotros es como un par de viejos zapatos cómodos que nos ayudan a llegar a otra parte: las áreas culturales son construcciones analíticas que tendemos a aceptar, tácitamente, para proceder a realizar el trabajo antropológico de comparación, más interesante. Debemos mantener el énfasis en las comparaciones, pero también ser conscientes de que los enfoques de áreas culturales tienden a privilegiar las similitudes sobre las diferencias³. Una consideración breve del concepto de área cultural puede ilustrar la crítica de Wolf sobre la manera como los conceptos tácitos pueden simplificar, innecesariamente, nuestras investigaciones, y minimizar, en el caso de las áreas culturales, la relevancia de la variación interna.

Este artículo examina los antecedentes históricos y una de las primeras refutaciones empíricas del concepto de área cultural; también discute tres críticas del concepto *Mesoamérica* que sugieren cómo las investigaciones futuras, donde quiera que se realicen, pueden examinar procesos macrorregionales. Con la idea de expandir la discusión sobre las diferencias al interior de las sociedades y entre ellas, muestro cómo las preguntas que privilegian escalas de análisis más pequeñas, por ejemplo las unidades domésticas (Henderson 1998, 2003, 2011), pueden producir estudios de caso que contribuyan a los debates contemporáneos sobre los contextos específicos y los procesos variables relacionados con el poder estructural (Wolf 1990, 1999), agencia (Dobres y Robb 2000; Kristiansen 2004) e identidad (Smith 2004).

ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y REFUTACIONES

El concepto de *área cultural* fue comprometido, desde el principio, por sus orígenes históricos e intelectuales (Harris 1968:373-392), porque en él está implícita la noción de homogeneidad cultural en grandes áreas geográficas. Esta idea refleja, en parte, la errónea noción de que las sociedades indígenas del Nuevo Mundo cambiaron poco a través del tiempo y son comparables a las sociedades neolíticas del Viejo Mundo; es una concepción

2 Véanse Drennan (1996), Politis (2003) y Funari (2004) para discusiones diferentes del enfoque histórico-cultural.

3 Véanse Drennan (1991, 1995, 1996), Jamieson (2005) y Stannish (2001) como ejemplos de perspectivas temáticas y comparativas recientes sobre Suramérica.

que debe su origen a la teoría evolucionista unilineal del siglo XIX. En consecuencia, los estudios arqueológicos y antropológicos de la variación cultural en América, a finales de ese siglo, tuvieron un énfasis básicamente espacial y geográfico, que fue formalizado por la definición de áreas culturales, hecha por Mason en la década de 1890 y por Wissler en los primeros años del siglo XX⁴. Este último consideró las áreas culturales como herramientas para producir una mejor comprensión de las sociedades indígenas de América. La historia del concepto de área cultural en Mesoamérica ha sido examinada por Romero y Ávila (2001), y por Matos (2000). En vez de repetir sus observaciones, reflexionaré sobre el hecho de que el concepto de área cultural fue refutado, empíricamente, desde 1934, pero los investigadores continuaron reformulándolo, exigiendo mayor rigor analítico en los estudios comparativos.

Para Mason (1907:427), la geografía física, el clima y los recursos asociados con medioambientes específicos (*i. e.*, plantas, animales y minerales) fueron los factores determinantes que dieron forma a los desarrollos culturales. Este autor entendió las áreas culturales como “medioambientes étnicos que establecen límites para las tribus y modifican sus vidas industrial, estética, social, intelectual y religiosa”. Su formulación sufre, fatalmente, del prejuicio de que las sociedades “primitivas” eran particularmente “sensibles” a los medioambientes físicos. ¿Cómo afectaron los factores medioambientales de un área determinada sus desarrollos culturales? Este es el tipo de pregunta pensado por Mason.

Wissler (1914:501-503) adoptó un enfoque menos determinista y pensó que los rasgos culturales eran formados por factores como la difusión, las continuidades históricas locales y el medioambiente. Consideraba que las áreas culturales eran prometedoras porque proveían un estudio más objetivo de la cultura material; con ese propósito, propuso nueve áreas culturales para Norteamérica. Su meta era explicar la similitud de los rasgos culturales encontrados en el continente americano. La concepción de Wissler acerca de las áreas culturales implicó una serie de preguntas sobre cómo aquella multiplicidad de factores le dio forma a la cultura material: ¿cómo los factores A, B o C constituyeron la forma y el contenido de la cultura material? Aunque para Wissler las fuentes de la variación cultural diferían, el producto final era uniforme: la cultura material A correlacionada con el área cultural A. Wissler reconoció la variación dentro de las áreas culturales, pero minimizó la relevancia de las diferencias, porque su objetivo fue explicar las similitudes: “Es un axioma que la identidad cultural absoluta es imposible; esta es otra forma

4 Véanse Harris (1968), Trigger (1988), Willey y Sabloff (1993), y Barnard (2000) para discusiones sobre este período intelectual.

de asegurar la variación. Podemos esperar, por lo tanto, ciertas individualidades tribales” (Wissler 1914:472).

Holmes también discutió las áreas culturales como una herramienta para estudiar las antigüedades, y reconoció las diferencias culturales: “De ninguna manera asumo que los fenómenos culturales de cualquier área considerable sean uniformes a través de ella. Puede haber mucha diversidad, posiblemente gran complejidad de condiciones. Puede haber un número importante de centros de desarrollo independientes de casi igual importancia, o un solo centro puede haber difundido su influencia en un área amplia” (1914:416)⁵.

En 1934, Woods notó que el concepto de área cultural era más popular fuera de la antropología que dentro de la disciplina, y demostró su debilidad encontrando variaciones significativas entre grupos indígenas norteamericanos de la misma área cultural; sus investigaciones pusieron al descubierto variaciones dentro de las áreas culturales, y con ello mostraban la falta de correlación entre rasgos materiales e inmateriales. Su crítica a las áreas culturales de Wissler está basada en el estudio de 66 rasgos no materiales (como la organización social, el matrimonio y la familia) en 118 grupos indígenas de Norteamérica. Solamente entre cuatro y quince rasgos no materiales (6% y 22% de su muestra, respectivamente) se encontraron entre grupos de las mismas áreas culturales. Woods demostró que había mayor variación que uniformidad dentro de áreas culturales específicas, aunque no la explicó. Su análisis invalidó los presupuestos basados en la idea de que las áreas geográficas tenían límites culturales y eran homogéneas debido a su proximidad; sin embargo, no rechazó el concepto, porque pensó que los análisis regionales podían ser exitosos si los investigadores eran más precisos. Para Woods, las áreas culturales ocurrían en una escala menor: “Todavía es posible reconocer la distribución espacial de elementos culturales y la significación de esta circunstancia” (1934:523).

5 Sahlins (1999) argumentó que la crítica del evolucionismo del siglo XIX que hicieron los primeros antropólogos americanos no reificó las culturas como totalidades autocontenidas y estáticas (1999:404-405); sin embargo, Stocking (1974) señaló que la insistencia de Boas en el estudio de las relaciones entre los elementos y las totalidades fue muy influyente en la orientación de los antropólogos hacia la consideración de integración y agregados geográficos, psicológicos o históricos. Al discutir el legado de Boas en las generaciones posteriores de antropólogos, Stocking (1974:18) anotó que “la antropología de Boas hizo que ciertos tipos de preguntas antropológicas fueran más relevantes que otras”. En mi opinión, el sesgo de las explicaciones de similitudes culturales, más que cuestionar la relevancia de las diferencias internas, es un legado infortunado que surge tanto del enfoque evolucionista como antievolucionista de las áreas culturales. Véase también Rodseth (2005) para una discusión similar.

En la década de 1930, antropólogos como Kroeber cuestionaron la noción de fronteras culturales y buscaron delimitar las áreas culturales de una manera más adecuada, como medio para entender historias culturales específicas (Romero y Ávila 2001:242); para hacerlo, se enfocaron en la noción de *intensidad cultural* o en las áreas donde co-ocurrían rasgos culturales (cf. Harris 1968:340-341). Esta reformulación procesual del concepto fue particularmente influyente en la definición que hizo Kirchoff de Mesoamérica (Matos 2000; Romero y Ávila 2001). El legado intelectual de este autor continúa intrigando, productivamente, a los antropólogos que trabajan en la región (Manzanilla y López 2000).

Puesto que la retrospectiva es ventajosa, y puesto que antropólogos como Wissler estuvieron comprometidos, originalmente, con el rigor analítico, no necesitamos revisar las reformulaciones subsecuentes del concepto de área cultural para sospechar de las ideas de que las regiones tienen límites, los tipos de artefactos son representativos de las totalidades culturales, los rasgos materiales e inmateriales se corresponden y el medioambiente es el factor determinante en la forma de las expresiones culturales. Podemos seguir la senda de quienes afirmaron que la uniformidad cultural es un fenómeno que debe ser explicado (McGuire y Paynter 1991:3; Paynter 1989), e indagar por los contextos que engendraron diferencias, tanto como similitudes. También podemos hacer preguntas sobre el tiempo y la génesis de las diferencias y las similitudes al interior de macrorregiones como el Área Intermedia o Mesoamérica, y entre ellas. ¿Cómo interactuaron las personas y crearon fronteras a través del tiempo?; ¿qué tan unificadas internamente eran las sociedades del pasado?; ¿cuándo y cómo esas sociedades se volvieron más diferenciadas internamente? Al hacer preguntas antropológicas generales como estas estamos construyendo sobre el trabajo de académicos como Wissler (1914) y Woods (1934), como Wolf (1990, 1999) quiso que hiciéramos; sin embargo, las preguntas que indagan por diferencias y similitudes no tienen por qué ser planteadas en el marco de investigaciones formuladas en términos geográficos como Mesoamérica o el Área Intermedia.

REFORMULACIÓN DE “MESOAMÉRICA” PARA EXPLICAR EL SURGIMIENTO Y LA ARTICULACIÓN DE LAS MACRORREGIONES

Varios libros recientes (Blanton et ál. 1993; Carmack et ál. 1996; López y López 1996) consideran a Mesoamérica como una unidad analítica, y renuevan el concepto de área cultural al reconocer la complejidad y la variación procesual dentro de esta gran macrorregión. Esos textos reconocen algunos de los elementos que hicieron a Mesoamérica distinta de otras macrorregiones, como Aridamérica u Oasisamérica (López y López 1996), y tratan la idea de Mesoamérica más como una pregunta que como una clasificación establecida.

Aunque esos trabajos están dirigidos a un público mesoamericano, se ocupan de temas que son relevantes para la investigación de macrorregiones. Los arqueólogos que trabajan en Colombia también han considerado los enfoques panregionales al hacer preguntas complementarias (Bray 2004; Cárdenas-Arroyo y Bray 1998; Gnecco 1995; Langebaek 1987; Uribe 1995). En términos más generales, las investigaciones macroregionales son parte de una tendencia bastante extendida en la antropología desde la década de 1980, que indaga por el origen, creación y reproducción de las totalidades culturales y de los sistemas (Brumfiel 1992; Ortner 1984; Paynter 1989).

La reformulación que hicieron Carmack, Gasco y Gossen del concepto de Mesoamérica es interesante porque comienza por reconocer que las sociedades comprendidas en el área jamás se han visto a sí mismas como un solo pueblo unificado; sin embargo, los autores piensan que la trayectoria histórica total de las sociedades mesoamericanas fue particular y dinámica, una combinación de tradiciones regionales y locales que es “cohesiva, única e influyente” (1996:6). Además, notaron que los mesoamericanos han sido “localistas y las identidades colectivas basadas en grupos étnicos, comunidades y linajes fueron, probablemente, más fuertes que aquellas basadas en afiliación política” (1996:6). Infortunadamente, no exploraron los vínculos entre los procesos locales y los macrorregionales, y pueden ser criticados por atribuir, aún sin intención, una naturaleza “local”, esencial y atemporal a los pueblos mesoamericanos; tampoco cuestionaron si la afiliación política fue separada significativamente del parentesco y de las relaciones comunitarias. Con todo, su reformulación del concepto de Mesoamérica puede inspirar a los académicos a preguntar cómo los factores locales, fenómenos localizados a una escala analítica más pequeña, influyeron en la formación de las diferencias culturales; esta perspectiva también nos anima a considerar si los procesos políticos de gran escala reformaron las identidades y relaciones locales, o si fueron reformados por estas (McGuire y Paynter 1991).

López y López sugirieron que cualquier aplicación significativa del concepto de área cultural mesoamericana debe ser construida alrededor de un entendimiento sistemático de las relaciones intersociales, y propusieron tres preguntas que cuestionan la creación y reproducción de una entidad macrorregional: a) ¿cuáles fueron las conexiones causales que condujeron a sociedades diversas a integrarse e interactuar?; b) ¿qué relaciones y conexiones las llevaron a mantener esos vínculos?; y c) ¿cuáles fueron las conexiones estructurales que hicieron que cada una de las partes se integrara a la totalidad sistémica? (1996:60). Esta perspectiva sistemática los llevó a proponer una cronología uniforme de siete períodos que marcaron cambios en el contenido cultural y en las interrelaciones de las sociedades mesoamericanas. Las relaciones que privilegiaron son políticas y económicas, e incluyen la producción, las economías políticas regionales y la autoridad

política hegemónica (1996:278-279). El éxito de este marco depende, enteramente, de la realización de investigaciones orientadas problemáticamente que indaguen dónde y cómo las sociedades llegaron a ser interrelacionadas, contingentes y/o interdependientes de una manera sistemática. ¿Las investigaciones futuras mostrarán que las macrorregiones se formaron como resultado de procesos políticos? Siguiendo un enfoque similar en relación con el Área Intermedia, Gnecco (1995) demandó un tratamiento más sistemático de los ordenamientos de tiempo y espacio para los Andes Septentrionales, que pueda proveer el fundamento empírico necesario para la evaluación crítica de la emergencia y articulación de regiones y macrorregiones.

En otro enfoque sistémico que enfatiza procesos políticos, Blanton et ál. (1993) examinaron escalas, integración, complejidad y límites en tres regiones de Mesoamérica (el valle de Oaxaca, el valle de México y las tierras bajas orientales) para entender mejor sus evoluciones culturales particulares, y señalaron que las sociedades deben ser analizadas desde adentro y desde afuera, incluso si se va a desarrollar adecuadamente una escala de análisis macrorregional que compare una sociedad con otra sistemáticamente (1996:217). Con base en estos niveles sociales de comparación, consideran el área cultural mesoamericana como producto de las interacciones entre las selectas minorías, y sugieren que las élites políticas de diversas sociedades y regiones tuvieron más en común entre ellas que con los comuneros de sus propias zonas geográficas. Tratando de responder qué es Mesoamérica, estos autores ven el área cultural como un sistema-mundo sostenido por una estructura de prestigio de las élites que emergió hacia 1000 a. C. y dependió, por lo menos, de un nivel cacical de integración social y política; además, definen las estrategias político-económicas de las élites en el núcleo y en la periferia (1996:223-224), cuyos ciclos e interacciones de larga duración determinaron las fronteras y el contenido cultural del sistema de prestigio de las élites en Mesoamérica. De manera similar a como hicieron López y López, Blanton et ál. (1996) propusieron expectativas que se pueden poner a prueba: ¿Mesoamérica fue una ideología política impuesta a poblaciones que no formaban parte de las élites?; ¿en qué medida las relaciones interregionales de las élites y la competición por prestigio originaron prácticas endémicas en otras sociedades?⁶.

6 Véanse Flannery y Marcus (1994:385-390, 2000) para una discusión sobre las interacciones interregionales entre las élites y la distribución de motivos similares que aparecieron en medios diferentes con el desarrollo de sociedades estratificadas pequeñas entre 1200 a. C. y 850 a. C. en Mesoamérica. A partir de una discusión comparativa sobre cacicazgos, Flannery y Marcus muestran la variabilidad de las sociedades y de sus contenidos, esto es, símbolos y cultura material.

Aunque los enfoques de sistema-mundo (Champion 1989) o de unidades políticas pares (Renfrew y Cherry 1986) no han sido aplicados a las sociedades prehispánicas de Colombia, Uribe (1995) contribuyó a esta clase de investigaciones al explorar las relaciones entre el final de los cacicazgos en el sur del país y su subsecuente emergencia en la parte norte. Langebaek (1987) examinó documentos del período colonial para entender los sistemas de intercambio entre el área muisca y áreas vecinas. El libro editado por Cárdenas-Arroyo y Bray (1998) también ofrece múltiples ejemplos de estudios sobre el intercambio y comercio a escala interregional, y observa las conexiones entre tres zonas diferentes: la costa, los Andes, y la selva. Finalmente, Bray (2004) redefinió el concepto de Área Intermedia con base en la definición de cultura de Wolf y promovió una mirada con énfasis en la interconectividad y no en los límites culturales. Estos estudios ofrecen bases analíticas para cuestionar y explorar el surgimiento y la articulación de las macrorregiones.

VARIACIÓN EN LAS PRÁCTICAS DE LAS UNIDADES DOMÉSTICAS EN K'AXOB, BELICE

En la década de 1980, la ruptura de las totalidades culturales y el interés teórico en las prácticas condujeron a los académicos a mirar los fenómenos locales a través del examen sistemático de la unidad doméstica como una unidad de análisis más pequeña y relevante para los estudios arqueológicos de asentamientos y regiones (Wilk y Rathje 1982). La arqueología de unidades domésticas, especialmente como fue propuesta y desarrollada por académicos en Mesoamérica (Kurjack 1974; Flannery 1976; Manzanilla 1987; Santley y Hirth 1993; Wilk y Ashmore 1988), ha estimulado una gran cantidad de investigaciones sobre la variación cultural y los fenómenos locales⁷. Como argumenta Berman (1994), los análisis de las unidades domésticas permiten entender mejor el cambio sociocultural y/o las continuidades tradicionales desde una perspectiva local, y aportan una reconstrucción alternativa que complementa las que proponen las escalas regionales y macrorregionales. Las unidades domésticas de una sola comunidad son también relevantes en los debates sobre áreas culturales.

7 Véase Berman (1994) para una discusión teórica de los análisis del cambio social de las unidades domésticas, especialmente su relación con los períodos de la centralización política en los Andes.

Mi interés en los análisis de unidades domésticas, como medio para entender las variaciones que ocurrieron al interior de una comunidad específica, surge del trabajo que hice en K'axob, Belice, donde examiné los patrones de larga duración en el consumo y producción de cultivos básicos, el tamaño de las unidades y la diferenciación de riqueza en una muestra de 72 unidades domésticas (Henderson 1998, 2003, 2011). En K'axob, las unidades domésticas grandes y pequeñas difieren en la forma como manejaron su reproducción y como produjeron sus cultivos básicos; tales diferencias son relevantes para esta discusión porque muestran más complejidad a nivel local que la que podrían esperar los enfoques macrorregionales actuales. La comunidad no fue, en aquel sitio, una entidad autocontenida; la construcción de las identidades locales tuvo variaciones internas y también fueron diversas las formas en que las unidades que no pertenecieron a las élites realizaron actividades tradicionales y ajustaron el desarrollo de unidades políticas regionales. Estos hallazgos cuestionan la noción de que la formación de entidades políticas más grandes y más incluyentes, como los cacicazgos y los Estados, transformó el contenido de las prácticas preexistentes de las personas que vivieron dentro de sus "fronteras". La lección antropológica más general es simple: las relaciones entre forma y contenido son variables.

K'axob, en Belice, fue una pequeña comunidad agraria ocupada entre los siglos IX a. C. y IX d. C. y localizada cerca de las tierras pantanosas del New River (figuras 1 y 2). Es una de las diez comunidades residenciales localizadas en las orillas de pantano Pulltrouser; el sitio arqueológico está formado por 49 montículos residenciales visibles, dispersos en 84 ha y 220 campos de cultivo elevados. Dos comunidades más grandes y con arquitectura monumental están localizadas 7,5 km al noreste y 4 km al suroeste de K'axob; estos sitios se convirtieron en capitales regionales desde el siglo IV a. C. hasta el siglo IX d. C., lo que sugiere que la emergencia de las élites regionales y de una unidad política regional debió influenciar la vida cotidiana de sitios vecinos más pequeños, como K'axob. En publicaciones anteriores (Henderson 1998, 2003) he señalado que las unidades domésticas de los agricultores en K'axob fueron, básicamente, independientes, y que las élites regionales solo tuvieron un efecto indirecto sobre las estrategias de producción de cultivos básicos. Hubo diferencias entre las unidades domésticas grandes y las pequeñas en términos del promedio de la dieta de los adultos, el consumo de carbohidratos y de proteínas, la riqueza y número de ocupaciones secuenciales (tabla 1). En mi opinión, estas diferencias significan que las estrategias de producción en las unidades domésticas grandes y en las pequeñas fueron diferentes; los resultados sugieren que las élites regionales no influyeron en la producción de las unidades domésticas, pero la formación de sociedades complejas en el norte de Belice indica que la manera como las unidades domésticas organizaron la producción para su propio beneficio sí cambió.

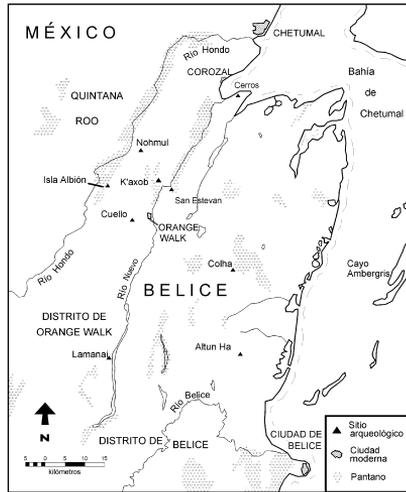


Figura 1. Mapa regional del norte de Belice y sitios arqueológicos. Nohmul y San Estevan surgieron como centros regionales durante el siglo IV a. C.

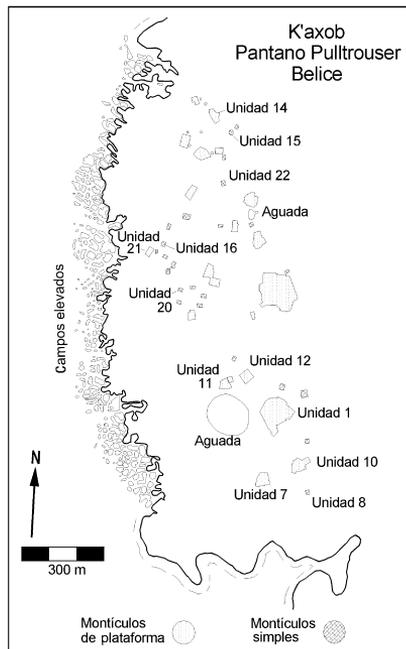


Figura 2. Mapa de montículos residenciales y campos elevados del sitio arqueológico de K'axob, Belice. Las residencias más grandes estaban sobre montículos con plataforma.

<i>Tamaño de residencia</i>	<i>Tipo de montículo</i>	<i>Patrón especial residencial</i>	<i>Porcentaje promedio de Zea mays en la dieta⁸</i>	<i>Consumo de proteína</i>	<i>Diferenciación de riqueza entre grupos</i>	<i>Número promedio de ocupaciones⁹</i>
Residencias corporativas, grandes	Montículos con base de plataforma	Estructuras unidas a un patio central enyesado	24 - 35%	Dietas en adultos más desiguales	Arquitectura residencial elaborada	5,3 - 6,2 ocupaciones
Residencias menores	Montículos con base de plataforma y montículos simples	Estructuras individuales o varias estructuras con distribución informal	34 - 37%	Dietas en adultos más similares	Arquitectura residencial simple, a nivel del suelo	2,5 - 3,0 ocupaciones

Tabla 1. Variabilidad en la ocupación residencial de K'axob, Belice.

El alto nivel de autonomía de las unidades domésticas en K'axob se refleja en patrones de larga duración de producción y consumo de alimentos básicos. Todas las unidades domésticas agrarias siguieron un patrón distinto de producción y consumo de alimentos básicos, desde el siglo IX a. C. hasta el siglo IX d. C. El análisis de isotopos estables en los huesos de 25 adultos de 21 ocupaciones de unidades domésticas diferentes, localizadas a lo largo de toda la secuencia temporal, indicó que el promedio de la dieta de los adultos consistió en 1/3 de *Zea mays* y 2/3 de plantas comestibles con marcador C3, como tubérculos, granos, zapallo y frutas tropicales; los adultos también consumieron cantidades consistentes de proteína animal, seguramente de perro, venado, pecarí y/o tortuga (Henderson 1998, 2003, 2011). La cantidad de proteína animal y las proporciones de plantas comestibles consumidas por los adultos no cambiaron mucho a través del tiempo; esto sugiere que la producción de cultivos básicos –los alimentos que los agricultores produjeron para su propio consumo– fue relativamente diversa y estable

8 Cálculos basados en valores promedio a un error estándar.

9 Cálculos basados en valores promedio a un error estándar.

entre las fechas apuntadas. Esta dieta, robusta y diversificada, sugiere que hubo prácticas agrícolas y tradiciones culinarias centradas en plantas diferentes, especialmente aquellas con marcador C3 *pathway*, entre las unidades domésticas de sitios pequeños en las tierras bajas como K'axob.

Podemos esperar esta clase de continuidad si pensamos en tradiciones culturales endémicas; sin embargo, no todas las unidades domésticas en K'axob participaron en estas prácticas agrícolas o culinarias al mismo nivel: algunas diversificaron y otras simplificaron la producción y consumo de alimentos básicos. La formación de unidades domésticas muy grandes, que comenzó en el siglo IV a. C., es relevante porque coincide con la emergencia de élites regionales; además, involucró un patrón ligeramente más diversificado de consumo de alimentos básicos. Los adultos de estas unidades domésticas más grandes consumían, en promedio, menos *Zea mays*, cerca de 30% de su dieta, mientras los adultos de las unidades más pequeñas consumían más de esta especie, cerca de 36% (Henderson 1998, 2003, 2011). Las unidades domésticas más grandes, capaces de organizar grupos de trabajos de mayor tamaño, pudieron cultivar y consumir, consistentemente, una mayor variedad de plantas comestibles con marcador C3 desde el siglo IV a. C. Por otro lado, algunas de las unidades domésticas más pequeñas de K'axob siguieron un patrón productivo menos diverso a través del tiempo; en cada ocupación secuencial la producción y el consumo de *Zea mays* fueron incrementados. Encuentro una correlación entre la duración de la ocupación de las unidades domésticas y los valores de apatita ^{13}C : la duración de la ocupación ayuda a explicar el 69% de la variación en los valores de apatita ^{13}C en las unidades domésticas más pequeñas del lugar (Henderson 1998, 2003, 2011). Aún más, la diferencia promedio de 6% en el consumo de *Zea mays* entre las unidades domésticas más grandes y las más pequeñas, documentada por este estudio, representa en realidad casi $\frac{1}{4}$ de la variación promedio documentada para toda la región maya usando valores de apatita ^{13}C (Tykot et ál. 1996:359; Gerry y Krueger 1997:202). Así se relacionaron sutiles diferencias de organización entre las unidades domésticas con pequeñas diferencias en las prácticas agrícolas y culinarias.

Una segunda fuente de variación en K'axob atañe a las relaciones entre las diferencias en la reproducción de las unidades domésticas y la construcción de identidades locales. El desarrollo de identidades, en la medida en que estuvo ligado a la longevidad y afiliación de las unidades domésticas, también se diversificó. Una de las características más notables del registro arqueológico de K'axob, y de otros sitios cercanos de las tierras bajas, es el número de veces que los grupos mayas renovaron y reconstruyeron las ocupaciones residenciales secuenciales directamente encima una de la otra. En un mismo sitio se construyeron estructuras residenciales sucesivas, y la historia ocupacional de una sola excavación puede

cubrir largos períodos de tiempo, hasta diez siglos (Henderson 2003:tabla1). La secuencia de ocupación más larga de un montículo residencial en K'axob mostró once ocupaciones separadas; la secuencia más corta, solo dos ocupaciones (2003:tabla 1). En promedio, las unidades domésticas más grandes mostraron seis ocupaciones secuenciales ($n = 25$), y las demás unidades, más pequeñas ($n = 34$), mostraron tres ocupaciones ($t = 5,926$, $df = 57$, $p = 0,0005$)¹⁰. Solo las unidades domésticas más grandes pudieron reproducirse a sí mismas construyendo residencias nuevas sobre los cimientos de las anteriores. Las personas que vivieron en las unidades domésticas más pequeñas no mantuvieron ni reprodujeron afiliaciones residenciales de larga duración. No sé qué significó el abandono de los sitios residenciales para estas gentes; tampoco sé si se vieron a sí mismas como sustancialmente diferentes de aquellas que no abandonaron los sitios residenciales preexistentes. Aún así, puedo afirmar que las diferencias en la permanencia de las unidades domésticas tuvieron consecuencias, porque la gente de las unidades más pequeñas fue a vivir a otra parte, cambió de lugar; se deduce que la forma en que estas personas se movieron de un sitio a otro y se establecieron en otras comunidades, en otras regiones o en otras unidades domésticas, es indicadora de prácticas alternativas ligadas a la identidad.

Esta breve descripción de algunas de las variaciones que ocurren entre unidades domésticas grandes y pequeñas en K'axob provee dos ejemplos de la manera como las prácticas específicas, el cultivo y preparación de una variedad de plantas comestibles, y la auto-reproducción de esas unidades nos pueden informar sobre cómo interactuaron las personas y las formas como crearon diferencias duraderas. Las unidades domésticas más grandes y más pequeñas deben ser entendidas en términos de la habilidad de algunos grupos para construir a partir de tradiciones culturales existentes, y en términos de la incompetencia de otros grupos para, incluso, mantener esas prácticas. Solamente los individuos pertenecientes a las unidades domésticas más grandes fueron capaces de crear, a partir de actividades agrícolas y de conocimientos tradicionales orientados alrededor de una amplia variedad de plantas, y fueron capaces de pasar esas habilidades a los miembros de las unidades domésticas subsecuentes. La formación de estas unidades grandes hacia el comienzo del siglo IV a. C. refleja la génesis de una variedad local de poder estructural, es

10 El propósito del estudio original no fue atribuir fechas absolutas a las ocupaciones de las unidades domésticas; más bien, cada ocupación representa un período de tiempo cuando el área residencial completa fue reconstruida, sepultando ocupaciones previas bajo los cimientos de las nuevas casas.

decir, “el poder manifiesto en las relaciones que no solamente opera dentro de los lugares y dominios sino que también los organiza y orquesta” (Wolf 1999:5).

Los estudios de unidades domésticas, como el que exponemos, pueden contribuir a realizar consideraciones más contextuales de agencia (Dobres y Robb 2000; Kristiansen 2004) e identidad (Smith 2004), al mostrar cómo grados diferentes de autonomía y longevidad doméstica coinciden con la formación de complejas unidades políticas regionales. En el caso de K'axob, la manera como las diferentes unidades domésticas ajustaron la producción y reproducción, una vez se formó una unidad política regional, determinó el grado al cual se llevaron a cabo actividades tradicionales preexistentes. La formación de entidades políticas regionales tuvo una influencia indirecta, pero significativa, sobre la forma como los individuos de unidades domésticas grandes y pequeñas manejaron su supervivencia. Finalmente, es importante señalar que este patrón particular representa unidades domésticas de un asentamiento (Henderson 1998, 2003); no es representativo de las respuestas domésticas a unidades políticas regionales en toda el área “maya” (Liendo 2002) ni, incluso, a otras unidades domésticas de la región (Henderson 1998, 2003; Levi 2002).

CONCLUSIONES

En la práctica académica las áreas culturales son para muchos individuos un asunto de divisiones disciplinarias (cómo dividimos a los antropólogos, no a las sociedades del pasado) y, por lo tanto, no son pesadillas conceptuales o simplificaciones analíticas. Las designaciones geográficas de los Andes (Jamieson 2005), norte de Suramérica (Drennan 1995), Área Intermedia (Drennan 1996) o incluso la dudosa designación periférica de “extremo norte de los Andes” (Stanish 2001:figura 1) son productivas cuando estimulan y sostienen análisis comparativos que superan los presupuestos originales de las áreas culturales. Al criticar el concepto de área cultural no pretendo minimizar uno de los propósitos fundamentales de la investigación antropológica: las comparaciones rigurosas. Estos términos han sido desarrollados continuamente como herramientas objetivas de investigación, y persistirán como una necesidad de caracterizar estudios pan-nacionales; sin embargo, también podemos apreciar cómo los presupuestos no examinados tienen el efecto insidioso de simplificar las preguntas que hacemos sobre las sociedades del pasado. Este es ya otro asunto, y es el centro de mi crítica. Para ir más allá debemos ampliar el debate y hacer más preguntas a distintas escalas de análisis, como han hecho exitosamente los investigadores en la región del Alto Magdalena, en Colombia, por cerca de veinte años (cf. Drennan 2000). También debemos tener en mente que las

formas en que interactuaron las personas, a nivel de las unidades domésticas o de las macrorregiones, no implicaron cambios en las actividades preexistentes: la forma y el contenido de las sociedades humanas no co-varían uniformemente.

En su reformulación de los conceptos de área cultural los investigadores mesoamericanos han hecho preguntas interesantes sobre la formación y la articulación de las macrorregiones y sobre la génesis y reproducción de los sistemas, incluso cuando reconocen las dificultades y la falta de metodologías macrorregionales. Las investigaciones que se realizan en el norte de Suramérica o en el Área Intermedia todavía tienen que tener en cuenta el concepto de macrorregiones de la misma manera comprensiva, aunque algunos académicos han empezado a formular preguntas de investigación complementarias (Bray 2004; Cárdenas-Arroyo y Bray 1998; Gnecco 1995; Langebaek 1987; Uribe 1995); en este sentido, es posible y necesario hacer trabajos más creativos que surjan de enfoques ya establecidos (Champion 1989; Renfrew y Cherry 1986). Si la designación del Área Intermedia dirige las investigaciones de la misma manera que lo ha hecho el concepto de Mesoamérica, entonces debemos empezar a hacer preguntas más explícitas sobre el tiempo, el contenido y las consecuencias de las relaciones intersociales. Al mismo tiempo que hacen preguntas sobre macrorregiones, los investigadores pueden hacer avances en la identificación y explicación de las diferencias que ocurren al interior de áreas, regiones, comunidades e, incluso, unidades domésticas contiguas, sin reificar estas y otras unidades de análisis como “sujetos arqueológicos esenciales” (Smith 2004). A quienes minimizan la relevancia de las diferencias internas les recuerdo la investigación que hizo Woods en 1934, que invalidó, empíricamente, la noción de áreas culturales al revelar mayor variación (78-94%) que homogeneidad (22-6%) dentro de un área cultural específica. Para acceder a esa variabilidad necesitamos trabajar simultáneamente en varias escalas analíticas, cuestionar la noción original de área cultural y hacer más preguntas sobre los contextos que engendraron diferencias y similitudes.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Cristóbal Gnecco y Víctor González por invitarme a escribir este artículo y por comentar los borradores preliminares. Las ideas expresadas son de mi entera responsabilidad. Agradezco también a Cristóbal Gnecco por traducir el artículo al español.

REFERENCIAS

- Barnard, Alan
2000 *History and Theory in Anthropology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Berman, Marc
1994 *Lukurmata. Household Archaeology in Prehispanic Bolivia*. Princeton University Press, Princeton.
- Bray, Tamara
2004 Cultura, interacción y contacto en el Área Intermedia: re-enmarcando la cuestión de las delimitaciones culturales. *Revista del Área Intermedia* 6:277-293.
- Brumfiel, Elizabeth
1992 Breaking and Entering the Ecosystem: Gender, Class, and Faction Steal the Show. *American Anthropologist* 94(3):551-67.
- Blanton, Richard, Stephen Kowalewski, Gary Feinman y Laura Finsten
1993 *Ancient Mesoamerica. A Comparison of Change in Three Regions*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Carmack, Robert, Janine Gasco y Gary Gossen
1996 *The Legacy of Mesoamerica, History and Culture of a Native American Civilization*. Prentice Hall, Upper Saddle River, New Jersey.
- Cárdenas-Arroyo, Felipe, y Tamara Bray (editores)
1998 *Intercambio y comercio entre costa, Andes, y selva. Arqueología y etnohistoria de Suramérica*. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Champion, Timothy
1989 Introduction. En *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archaeology*, editado por Timothy Champion, pp. 1-21. Routledge: London.
- Drennan, Robert
1991 Pre-hispanic Chiefdom Trajectories in Mesoamerica, Central America, and Northern South America. En *Chiefdoms. Power, Economy, and Ideology*, editado por Tim Earle, pp. 263-287. Cambridge University Press, Cambridge.
1995 Chiefdoms in Northern South America. *Journal of World Prehistory* 9(3):301-340.
1996 Betwixt and Between in the Intermediate Area. *Journal of Anthropological Research* 4:95-132.
2000 *Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- Dobres, Marcia-Anne, y John Robb (editores)
2000 *Agency in Archaeology*. Routledge, London.

Flannery, Kent (editor)

1976 *The Early Mesoamerican Village*. Academic Press, Orlando.

Flannery, Kent, y Joyce Marcus

1994 *Early Formative Pottery of the Valley of Oaxaca, Mexico*. Memoirs of the Museum of Anthropology No. 27, University of Michigan, Ann Arbor.

2000 Formative Mexican Chiefdoms and the Myth of the “Mother Culture”. *Journal of Anthropological Archaeology* 19:1-37.

Funari, Pedro Paulo A.

2004 Western Influences in the Archaeological Thought in Brazil. En *Teoría arqueológica en América del Sur*, editado por Gustavo Politis y Roberto Peretti, pp. 235-243. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría, Argentina.

Gerry, John, y Harold Krueger

1997 Regional Diversity in Classic Maya Diets. En *Bones of the Maya: Studies of Ancient Skeletons*, editado por Stephen Whittington y David Reed, pp. 196-207. Smithsonian Institution, Washington.

Gnecco, Cristóbal

1995 Evaluación crítica de las sistematizaciones arqueológicas de los Andes Septentrionales. En *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, editado por Cristóbal Gnecco, pp. 298-313. Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

Harris, Marvin

1968 *The Rise of Anthropological Theory*. HarperCollins, New York.

Henderson, Hope

1998 *The Organization of Staple Crop Production in Middle Formative, Late Formative, and Classic Period Farming Households at K'axob, Belize*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

2003 The Organization of Staple Crop Production at K'axob, Belize. *Latin American Antiquity* 14(4):469-496.

2011 Understanding Households in Their Own Terms: Investigations on Households Sizes, Production, and Longevity at K'axob, Belize. En *Ancient Households of the Americas: Conceptualizing What Households Do*, editado por John Douglas y Nan Gonlin. University of Colorado Press, Boulder. En prensa.

Holmes, Wendell H.

1914 Areas of American Culture Characterization Tentatively Outlined as an Aid in the Study of the *Antiquities*. *American Anthropologist* 16(3):413-446.

Jamieson, Ross

2005 Colonialism, Social Archaeology, and lo Andino: Historical Archeology in the Andes. *World Archaeology* 37(3):352-372.

Kristiansen, Kristian

- 2004 Genes Versus Agents. A Discussion of the Widening Theoretical Gap in Archaeology. *Archaeological Dialogues* 11(2):77-99.

Kurjack, Edward

- 1974 *Prehistoric Lowland Maya Community and Social Organization. A Case Study at Dzibilchaltun, Yucatán, México*. Middle American Research Institute, Publication No. 38, Tulane University, New Orleans.

Langebaek, Carl

- 1987 *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas, siglo XVI*. Banco de la República, Bogotá.

Levi, Laura

- 2002 An Institutional Perspective on Prehispanic Maya Residential Variation: Settlement and Community at San Esteban, Belize. *Journal of Anthropological Archaeology* 21:120-141.

Liendo, Rodrigo

- 2002 *La organización de la producción agrícola en un centro maya del Clásico. Patrón de asentamiento en la región de Palenque, Chiapas, Mexico*. University of Pittsburgh - Instituto Nacional de Antropología e Historia, Pittsburgh.

López, Alfredo, y Leonardo López

- 1996 *El pasado indígena*. El Colegio de México - Fideicomiso Historia de las Américas - Fondo de Cultura Económica, México, D.F.

Manzanilla, Linda (editora)

- 1987 *Coba, Quintana Roo, análisis de dos unidades habitacionales Mayas*. Universidad Autónoma de México, México, D.F.

Manzanilla, Linda, y Leonardo López (editores)

- 2000 *Historia antigua de México. Volumen IV: aspectos fundamentales de la tradición cultural mesoamericana*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.

Mason, Otis

- 1907 Environment. En *Handbook of American Indians North of Mexico, Part I*, editado por Fredrick Webb Hodge, pp. 427-430. Bureau of American Ethnology, Washington, D. C.

Matos, Eduardo

- 2000 Mesoamérica. En *Historia antigua de México*, vol. I, editado por Linda Manzanilla y Leonardo López, pp. 95-120. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.

McGuire, Randall, y Robert Paynter

- 1991 The Archaeology of Inequality: Material Culture, Domination, and Resistance. En *The Archaeology of Inequality*, editado por Randall McGuire y Robert Paynter, pp. 1-27. Blackwell, Oxford.

- Ortner, Sherry
1984 Theory in Anthropology since the Sixties. *Comparative Studies in Society and History* 26(1):126-166.
- Paynter, Robert
1989 The Archaeology of Equality and Inequality. *Annual Review of Anthropology* 18:369-389.
- Politis, Gustavo
2003 The Theoretical Landscape and the Methodological Development of Archaeology in Latin America. *American Antiquity* 68(2):245-272.
- Renfrew, Colin, y John Cherry (editores)
1986 *Peer Polity Interaction and Sociopolitical Change*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Rodseth, Lars
2005 Introduction: Giving Up the Geist: Power, History, and the Culture Concept in the Long Boasian Tradition. *Critique of Anthropology* 25(1):5-11.
- Romero, Tonatiuh, y Laura Ávila
2001 Mesoamérica: historia y reconsideración del concepto. En *Historia de la ciencia en México. La antropología*, editado por Tonatiuh Romero, pp. 239-262. Universidad Autónoma del Estado México, México, D.F.
- Sahlins, Marshall
1999 Two or Three Things that I Know about Culture. *The Journal of the Royal Anthropological Institute* 5(3):399-421.
- Santley, Robert, y Kenneth Hirth (editores)
1993 *Prehispanic Domestic Units in Western Mesoamerica*. CRC Press, Boca Ratón, Florida.
- Smith, Adam
2004 The End of the Essential Archaeological Subject. *Archaeological Dialogues* 11(1):1-20.
- Stanish, Charles
2001 Origins of State Societies in South America. *Annual Review of Anthropology* 30:41-64.
- Stocking, George
1974 *A Franz Boas Reader. The Shaping of American Anthropology, 1883-1911*. University of Chicago Press, Chicago.
- Trigger, Bruce
1988 *A History of Archaeological Thought*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Tykot, Rob, Nikolaas J. van der Merwe y Norman Hammond (editores)
1996 Stable Isotope Analysis of Bone Collagen, Bone Apatite, and Tooth Enamel in the Reconstruction of Human Diet: A Case Study from Cuello, Belize. En *Archaeological*

Chemistry: Organic, Inorganic, and Biochemical Analysis, editado por Mary V. Orna, pp. 355-365. American Chemical Society, Washington, D. C.

Uribe, María Victoria

1995 Tendencias del desarrollo tardío de las cacicazgos andinos colombianos. En *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, editado por Cristóbal Gnecco, pp. 245-262. Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

Wilk, Richard, y Wendy Ashmore

1988 *Households and Community in the Mesoamerican Past*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Wilk, Richard, y William Rathje

1982 Household Archaeology. *American Behavioral Scientist* 25:617-639.

Willey, Gordon y Jeremy Sabloff

1993 *A History of American Archaeology*. Thames and Hudson, London.

Wissler, Clark

1914 Material Culture of North American Indians. *American Anthropologist* 16(3):447-505.

Woods, Carter

1934 A Criticism of Wissler's North American Cultural Areas. *American Anthropologist* 36(4):517-523.

Wolf, Eric

1990 Facing Power. Old Insights, New Questions. *American Anthropologist* 92:586-596.

1999 *Envisioning Power, Ideologies of Dominance and Crisis*. University of California Press, Berkeley.



**El libro que usted tiene en sus manos,
Arqueología en el área intermedia,
se terminó de editar e imprimir en la ciudad de Bogotá
en enero de 2012.**



Este libro tiene la intención de romper el aislamiento tradicional de los arqueólogos que trabajan en el Área Intermedia y tender puentes de comunicación que permitan superar el desconocimiento imperante entre los practicantes de la disciplina en cada país y región. Una compilación que presenta la arqueología de las subdivisiones arbitrarias de la macrorregión que forman los países actuales y nos empuja a pensar en las ventajas que tiene para la arqueología la existencia histórica de esa unidad en la diversidad.

La sección principal está dedicada a la arqueología de los países (Costa Rica, Panamá, Venezuela, Colombia y Ecuador) y las regiones (el Caribe y el Amazonas Occidental) que forman el Área Intermedia, mientras que la segunda incluye artículos relacionales y discusiones que desbordan las fronteras, tratando de ver el asunto desde una perspectiva regional más amplia.



ISBN 978-958-8181-79-0

